BOLÍVAR

Su gloria y triste final

Armando Barona Mesa

Bolívar

Su gloria y triste final

Armando Barona Mesa

BOLÍVAR
Su gloria y triste final

© Armando Barona Mesa

ISBN: 978-958-49-7433-4

Diseño e impresión:
El Bando Creativo

Primera edición, octubre 2022
Santiago de Cali, Colombia

Impreso en papel Earth Pact "Pacto con la tierra"
100% fibra de caña de azúcar, producto sostenible
para la protección del medio ambiente.

Contenido

Prólogo **7**

Primera parte: Bolívar en pos de la gloria **13**

Introducción **15**

Capítulo I: La perspectiva del sur. Bomboná 23
Capítulo II: La entrevista de Bolívar y San Martín 41
Capítulo III: El Perú y la gloria de Juníny Ayacucho 63
Capítulo IV: Bolivia y su constitución 103
Capítulo V: Los ardientes caminos del regreso 133
Capítulo VI: De nuevo Bogotá y Caracas 147
Capítulo VII: Viaje a Caracas en busca de la Paz con Páez 171
Capítulo VIII: Regreso a Bogotá de Venezuela y asunción del poder 185
Capítulo IX: La convención de Ocaña 221

Segunda parte: La desgracia de la fase final **237**

Capítulo X: Bolívar asume la dictadura 239
Capítulo XI: La noche Septembrina 249
Capítulo XII: El juicio a los comprometidos 267
Capítulo XIII: La guerra con el Perú y viaje de Bolívar 293
Capítulo XIV: Cambio de Gobierno en el Perú 327
Capítulo XV: El asunto de la monarquía 337
Capítulo XVI: Cambio definitivo contra la monarquía 353
Capítulo XVII: Llegada a Bogotá e inicios del congreso 365
Capítulo XVIII: Debates y nueva constitución 381
Capítulo XIX: Final de un camino y comienzo del último 405
Capítulo XX: Aumentan las contrariedades políticas 421
Capítulo XXI: Los pasos finales y el último puerto 467
Epílogo 501

Bolívar

No, no fueron los desengaños
ni las frustraciones
ni las obnubilaciones
con las que intentaron
fundir su espada
con la niebla.

Tampoco fueron las traiciones,
ni siquiera el cuchillo
que no alcanzó su carne.

Ni fueron las tormentas
y los rayos
que no lograron esculpir
su derrota,

porque para el gigante enjuto
de marchita y cenicienta
faz, ni el aquilón ni el aguijón
con que a empellones buscaron
arrebatar su gloria
y hacer triste su existencia,
lograron impactar su magro pecho
o su cabeza alada.

Nada opacó su luz
de arco iris, porque
como entre el vuelo
de una abeja
y el horizonte
de una llama,
está resplandeciente,
como los rayos de Zeus.

Bolívar nida entre
los Andes igual que el trueno
y la centella.
Por los caminos
calcinantes
camina con estrépito
su huella.

Retumba
el ruido de su marcha
sobre el corcel de plata.
Y está como un demiurgo
vigilante,
igual que todas las estrellas.

Armando Barona Mesa

Prólogo

El libro que usted tiene en sus manos, amable lector, constituye un inagotable trabajo para recoger y mostrar conceptos muy especiales que aportan espléndidas luces a la biografía del libertador Simón Bolívar. Las propias expresiones del autor, como también las citas de los más importantes historiadores y personajes de la mayor trascendencia, a más del copioso epistolario bolivariano al igual que sus proclamas y conceptos, han sido las bases para identificar la verdadera realidad de la vida del Libertador Simón Bolívar, en esta obra de mi amigo historiador Armando Barona Mesa.

Damos acceso a estas páginas para cumplir el delicado encargo de este gran historiador, quién me ha honrado inmerecidamente al pedirme que produzca un prólogo a su excelente obra "GLORIA Y TRISTE FINAL DE BOLÍVAR", plasmada desde su profunda investigación acerca de la vida y obra del Gran Caraqueño.

Es maravilloso observar que el libro surge de ese valiosísimo trabajo de investigación sobre la indiscutible grandeza del Padre de la Patria en su múltiple condición de pensador, líder, patriota insigne, y grande por encima de todos aquellos que en aquellos momentos eran sus cohabitantes del continente americano. Sin duda alguna en este juicioso trabajo se proyecta, como una consolidación de los tiempos, aquel singular y excelso ser humano que es nuestro máximo prócer: el Libertador.

Además de la docta presentación, acompañada de los acertados conceptos del autor, éste a su vez, en muchas oportunidades, se convierte en uno de los mayores críticos de nuestra historia, en la medida en que descuella el enfoque humano de aquel hombre de existencia colosal, pero humano al fin y al cabo. Porque en verdad Bolívar cometió errores surgidos de su condición humana y de las circunstancias ambientales que dieron marco a su vida.

Bolívar aparece en toda la dimensión de su pensamiento con sus magníficas intervenciones públicas que fluyen en aquella extraordinaria producción de cartas y proclamas; pero al mismo tiempo el lector lo sentirá en su intimidad; y en ambas posiciones aparece marcada aquella lucha tenaz en pos de sus más preciados objetivos que eran sin lugar a dudas la independencia y libertad de los pueblos.

Vale la pena observar que Bolívar, después de triunfar en su patria y en la nuestra, prolonga su misión para ir en busca de la libertad del resto de América Latina. En eso está su genialidad. Además esas acciones y su propio desarrollo liberan su batalla de cualquier malinterpretación que intente desdibujar ese sincero sentimiento de libertad, para confundirlo con un ambicioso de poder. Ese es un punto esencial que, aunque los enemigos así lo proclamaran por todos los medios, la lectura de todos estos documentos demuestra lo contrario.

Asombra aquel colosal paso de la cumbre de la cordillera de los Andes en busca de la luz de la independencia de aquellos pueblos, dentro de ese auto deber impuesto solo por sus propios sueños. Era el mayor punto humano de esa mente afiebrada en pos del cumplimiento de ese sueño que parecía quimérico.

Todo esto se va cumpliendo desde el delirio sobre el Chimborazo y de los vapores de la fiebre en Pativilca que casi terminan su existencia.

Se vive en el libro, como si fuere una ficción, aquel despliegue epopéyico que tiene lugar en el río Desaguadero sobre la cordillera de Perú y la futura Bolivia, todo logrado a pesar de haber tenido que delegar su poder, por órdenes del Congreso tantas veces hostil de Bogotá, al mariscal Sucre.

Resalta la grandeza de esa voluntad avasalladora que impulsa el pensamiento bolivariano y que se concreta en los elevados picos de Junín y Ayacucho. Luego vencer al realista mariscal de Olañeta hasta conseguir la libertad del alto Perú; como lo ejecutó aquella especie de alter ego suyo que era Sucre y de otro joven general granadino José María Córdova, cumpliendo las órdenes minuciosas del Libertador, son cosas que asombran en medio de esa aparente irrealidad.

Fue así como se consolidó la libertad de media parte del continente sudamericano. Todo ese conjunto admirable de acciones fueron el resultado de los diseños que se iban desarrollando, nacidas del cerebro magistral de Bolívar, como lo va delineando el autor de esta obra salida de la pluma de Barona Mesa.

El alto Perú quería independizarse del Perú y además de las posibilidades del zarpazo de Argentina y hacerse soberanamente libre con ese territorio de tanta extensión, que abarcaba en buena parte el fabuloso lago Titicaca. Allá estaba la mano de Bolívar y la de Sucre y Córdova, en esos lugares hermosos que tuve el privilegio de conocer y disfrutar cuando tuve el honor de ser el embajador de Colombia en Bolivia.

Y ese país que así nacía, tuvo el orgullo de llevar el nombre de aquel hombre delgado, de estatura baja, que llega entonces a la cumbre de una gloria que lo seguía con un raro encanto. En todas partes el Libertador recibe el caluroso homenaje de gratitud de los pueblos andinos, dónde consolida su grandeza, bien ganada, junto al singular y enorme esfuerzo de sus heroicos subalternos antes mencionados, el Mariscal Sucre y el Vencedor de Ayacucho José María Córdova. Es muy alto ese punto en el desarrollo de la historia universal.

Y la gloria crece, como lo dijera el poeta Olmedo, "como crece la sombra cuando el sol declina".

Pero es precisamente en esos momentos, como lo describe en este libro su autor Armando Barona, cuando esa gloria gigantesca del Libertador se fue opacando por la envidia e incomprensión de muchos de sus amigos y subalternos, movidos por mezquinos sentimientos políticos. Y fue entonces cuando una parte de aquellos que permanecían a su lado hasta llegaron a proponerle una corona que él rechazó, como se puede leer en la famosa carta a Páez en la que le propuso el trono de Napoleón.

Empero, pesar de las múltiples insinuaciones de buscar alguna forma monárquica hereditaria, el Libertador siempre fue básicamente un demócrata, como lo expresó en tantas oportunidades, a pesar de haber pensado en que estos bisoños pueblos, que habían vivido la monarquía y los virreinatos españoles, no estaban aún preparados para el juego ampuloso de la democracia plena.

De ahí que se imponía durante un tiempo en la necesidad de un ejecutivo fuerte, qué sin atropellar, buscara la felicidad de los pueblos recién liberados dentro de un orden tranquilizador. Mas las conspiraciones fueron múltiples, todas tomando como base las propuestas constitucionales del Libertador. Él creía tener la razón y era posible que se equivocara como hombre, pero sin duda era un idealista y realmente lo que le importaba era la trascendencia en el tiempo. De ahí que solo aceptaba la confrontación de ideas alrededor de los más altos ideales de paz.

Desde Lima el 8 de agosto de 1826, en carta al general Santander, comienzan a aflorar las diferencias de estos dos grandes hombres, que fue creciendo en la medida en que iban naciendo *ad-hoc* los partidos políticos.

De ahí que cuándo se preparaba para regresar a Colombia, apareció una fuerte resistencia de sus seguidores peruanos para que no se fuera del aquel país, también envuelto en intrigas y ambiciones. Y eran estos los momentos en que Santander veía de qué manera Páez maquinaba en Venezuela poniendo en grave peligro la existencia de aquella Colombia, sueño de Bolívar y objeto de toda su ardiente batalla.

De ahí que el propio Santander reclamaba su presencia, tanto en la Nueva Granada como en Venezuela, indispensable para salvar lo hasta allí logrado por el ejército libertador. Pero antes del viaje del Libertador a este país hermano, en Valencia estalla la revolución a cuya cabeza se encuentra Páez maquinando con doble faz.

Bolívar anuncia a los peruanos en varias cartas su promesa de volver en un año, cosa que no podría cumplir. Era un país donde en un momento dado lo amaron las multitudes, pero al siguiente las ambiciones e intrigas hicieron que lo abominaran. En realidad nunca pudo volver.

La partida de Bolívar se da una noche en que Manuela convoca a los amigos más próximos a una fiesta, casi íntima de despedida en la quinta de la Magdalena. Y parte Bolívar en una fría madrugada, mientras Manuela que estaba a su lado, anuncia su salida con lágrimas. Había cumplido la misión enorme de libertar a esos dos grandes países de Perú y Bolivia.

El Libertador emprende el regreso al norte del continente. Pasa al Ecuador y a la antigua Nueva Granada y recorre extensamente el vasto territorio en su caballo, seguro de que enfrentaría dificultades, por la inconformidad entre la Constitución de Cúcuta vigente desde 1821 hasta 1831 y la presidencia vitalicia que ordena la nueva constitución de Bolivia, aprobada igualmente en Perú.

Ha dejado Bolívar en este último país encargado del poder al mariscal Santa Cruz, sin pensar en las incomprensiones dolorosas que vendrían por cuenta de aquellos que él creía sus amigos y promotores de sus sueños de una gran Federación Suramericana, cuya extensión enorme -soñaba el Libertador-, fuera la garantía de un gran futuro suramericano.

Pero los anteriores criterios, aparecidos en la Constitución de Bolivia, comienzan a mostrar las dificultades y diferencias de opinión con el general Santander. Entretanto en Lima se produce el golpe de estado dado por el General Santa Cruz y sus seguidores, que lograron anular la elección de Bolívar como presidente vitalicio.

Desde Guayaquil en carta a Santander en septiembre de 1826, el Libertador rechaza con energía la monarquía, pero acepta la necesidad de un gobierno fuerte y duradero por largo tiempo.

Son claras las múltiples expresiones del Libertador, que acreditan su pensamiento alrededor de la democracia indispensable salida de la voluntad popular.

A su llegada a Colombia se fue deteniendo en varios sitios hasta llegar a Bogotá, donde había un periódico llamado la "Bandera tricolor", de los más agresivos enemigos del Libertador y amigos del General Santander, quien con sus periódicos de esquina incendian el ambiente. Por cierto Santander, en aquellos días manifiesta su deseo de retirarse del gobierno por estar siendo atacado por el malestar de los venezolanos.

A la sesión del Congreso convocado por el propio Libertador asistieron varios santanderistas temerosos de que éste, por causa de sus propias y violentas intervenciones que habían desplegado contra Bolívar. Pero fue este mismo quien les mandó a decir que podían vivir tranquilos y seguros, pues no alimentaba ningún rencor en su contra, lo que significa una magistral muestra de la grandeza del Libertador.

Es muy importante que el autor Armando Barona Mesa haya tratado de penetrar la propia psicología del libertador usando para esto las múltiples cartas que éste envió a sus parientes, allegados, amigos y dependientes sino a los políticos, inclusive a sus propios enemigos, con mucha delicadeza.

Entonces es importantísimo tener esto en cuenta, porque en realidad esta magnífica obra que ha presentado el autor Armando Barona deja la clara sensación de que la grandeza nunca le quedó grande al libertador y que siempre en sus pensamientos y aúnen sus errores, se elevó en su dimensión humana sin que la traición y el juego sucio de quienes han querido distorsionar sus designios, pudieren alterar la dimensión del genio.

En el acopio de cada una de esas cartas hecho por Barona Mesa se siente ese pensamiento despejado y sincero de Bolívar, al par que se palpa con dolor el desarrollo de su enfermedad mientras en medio de su lucidez, que nunca perdió, se siente el impacto de aquellos hechos vividos, con una absoluta fidelidad. Libro que conmueve y hace sentir esa superioridad manifiesta del héroe sin par, nuestro Libertador. Su espíritu conciliador y sobre todo la manera sabia como hubiera querido gobernar, son verdades que se encuentran a flor de línea, aunque también es una verdad que Bolívar detestaba el ejercicio del poder.

Miguel Santamaría Dávila
Presidente de la Sociedad Bolivariana de Colombia

Primera parte

Bolívar en pos de la gloria

He sacrificado mi salud y fortuna por asegurar la libertad y felicidad de mi patria. He hecho por ella cuanto he podido más no he logrado contenerla y hacerla feliz. Todo lo abandoné a la sabiduría del Congreso, confiado en que efectuara lo que no ha podido conseguir un individuo. Con todo fervor pido al cielo que preserve a Colombia de la guerra civil con que se ha tiznado la historia de los Estados de la América del Sur. Si para evitar ésta el Congreso creyese indispensable, y el pueblo desease, establecer una Monarquía, no me rebelaré contra sus deseos; pero tenga Vd. bien presente lo que le digo: la corona jamás ceñirá la cabeza de Bolívar[1].

1. Obras completas de Bolívar, tomo ¡!!, Editorial Piñango Caracas, párrafo tomado de una colección de Vicencio Pérez y Soto.

Introducción

Para iniciar los períodos de grandes contrastes de la vida del Libertador Simón Bolívar, se le ocurre al autor de esta obra recordar una carta suya remitidadesde La Paz el 8 de septiembre de 1825, en la plenitud de su gloria y en época de cordial amistad, al general Francisco de Paula Santander. Estaba presente en ella ese Bolívar triunfante que escribe con sinceridad sobre sí mismo y mide distancias de su destino, sin importar hasta donde podría llegar. Esa misiva dice en parte:

> *(…) Del lado de Buenos Aires todo va mal, pues los portugueses (se refiere al imperio portugués de Río de Janeiro, explicamos nosotros) cada día los aprietan más. Se me pone que tendremos que auxiliar a esos malvados ingratos (los argentinos en el Perú se habían manejado mal con los colombianos y lo mismo hicieron en Bolivia). El demonio de la gloria debe llevarnos hasta la Tierra del Fuego; y a la verdad ¿qué arriesgamos ? Este ejército no es necesario por allá (se refiere a Colombia) y las naciones del sur necesitan para su reposo y para su libertad, de una parte de los vencedores de Ayacucho. Con darnos de baja pueden Uds. dar de alta las cuatro repúblicas del Sur.*
>
> *Ruego a Ud. que le pida al congreso en mi nombre que me deje seguir mi destino y que me deje ir a donde el peligro de la América y la gloria de Colombia nos llama. Sucre, Córdova y el ejército entero participan de este sentimiento conmigo.*
>
> *Salud, de mi corazón. Bolívar.*
>
> *P. D. He visto con mucho gusto que Ud. ha salido triunfante de sus enemigos sobre el negocio de los comisionados para el empréstito, y también he visto que los departamentos del Sur piensan en Ud. para vicepresidente. Si Ud. no sale reelecto no me encargo de la presidencia, porque no quiero que otro me pierda. Ud. y Sucre son los hombres de Colombia para el mando supremo. Yo no valgo nada para esto y lo digo de todo corazón. Yo soy el hombre de las dificultades y no más: no estoy bien sino en los peligros combinados con los embarazos; pero no*

en el tribunal ni en la tribuna; que me dejen seguir mi diabólica inclinación y al cabo habré hecho el bien que puedo. Basta de posdatas. Soy nuevamente de Ud.

Se vislumbra en esa importante epístola a un hombre que no piensa en el poder en sí mismo, pues de ser así estaría gobernando legítimamente desde el Perú, sino en el "demonio de la gloria", que él llama.

Precisamente había salido del imperio de los Incas sin presión de nadie a reconquistar el Alto Perú que querían tomar los argentinos y a enfrentar entuertos que venían desde el Sur. Busca dar cara a las injusticias, que siempre habrá en el mundo, aúnen la Tierra del Fuego, hacia donde en tal momento dirige sus ojos, porque es como el fin de toda la geografía. Y es allí donde sus sueños dan lugar a un "imperio sin imperio", como lo identificarían sus pretensiones poco tiempo después.

Es decir, tal como lo ve, América del Sur sería una potencia similar a la del Norte de América, pero sin que necesariamente su persona fuera el ostentador del poder supremo.

Así lo iremos viendo en el curso de esta narración.

Finalmente, su temperamento ansioso habría de autodefinirse en la carta que acabamos de ver, como "*el hombre de las dificultades y no más, no estoy bien sino en los peligros combinados con los embarazos…; y al cabo habré hecho el bien que puedo…*".

Sí, Simón Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Palacio Ponte y Blanco, nacido en Caracas el 24 de julio de 1783, no era hombre de dejar pasar las cosas sentado y quieto. Era arrojado en sus acciones porque estaba gobernado bajo un impulso interior y su energía desbordante lo llevaban a ser siempre el primer protagonista. El propio Santander decía en la Convención de Ocaña que en su presencia era muy difícil estar en desacuerdo con él, porque tenía una personalidad subyugante que convencía. Pálido y trigueño fue al comienzo, pero después, bajo el despliegue de todos los soles de llanura y montaña, fue adquiriendo un color tostado y moreno.

La idea lo movía y su ejecución lo impulsaba. Por tanto, debía siempre estar en movimiento y en el ánimo de cambiar las cosas.

Es por eso que, no obstante la levedad de su cuerpo, era valiente y osado. Jamás lo detuvo el peligro ni el miedo. Ni el enemigo agresivo y criminal. Y amaba a las mujeres y el baile como un hechizo que lo transportaba a un mágico mundo compensatorio de su agitado diario trajinar.

El irlandés general Daniel Florencio O´Leary, inicialmente su edecán, después su ayudante y hombre de confianza, agudo observador y escritor, describe a su jefe Bolívar a la mitad de su vida así:

> *Bolívar tenía la frente alta, pero no muy ancha, y surcada de arrugas desde temprana edad -indicio de pensador-. Pobladas y bien formadas las cejas. Los ojos negros, vivos y penetrantes. La nariz larga y perfecta; tuvo en ella un pequeño lobanillo que le preocupó mucho, hasta que desapareció en 1820, dejando una señal casi imperceptible. Los pómulos salientes; las mejillas hundidas, desde que le conocí en 1818. La boca fea y los labios algo gruesos. La distancia de la nariz a la boca era notable. Los dientes blancos, uniformes y bellísimos; cuidábalos con esmero. Las orejas grandes, pero bien puestas.*
>
> *El pelo negro, fino y crespo lo llevaba largo en los años 1818 a 1821, en que empezó a encanecer, y desde entonces lo usó corto. Las patillas y bigotes rubios; se los afeitó por primera vez en el Potosí en 1825.*
>
> *Su estatura era de cinco pies, seis pulgadas inglesas* -1,67m. en sistema métrico decimal-. *Tenía el pecho angosto, el cuerpo delgado, las piernas sobre todo. La piel morena y algo áspera. Las manos y los pies pequeños y bien formados, que una mujer habría envidiado. Su aspecto, cuando estaba de buen humor, era apacible, pero terrible cuando irritado; el cambio era increíble.*

Se dispensará al autor de este ensayo que aporte lo que anota sobre Bolívar en el libro de su autoría "Tres momentos históricos"[2], en relación con la personalidad el gran héroe:

La vida de los hombres no puede tratarse como el plano de un edificio, todo milimétrico y sometido a un cálculo matemático. Porque el ser humano es imperfecto y porque, como lo avizoró Ortega, no solamente es el yo sino su circunstancia. La mayoría de las veces es ésta la que determina quien es o quien será el primero. Aunque muchas veces, como en este caso, es el héroe el que crea sus propias circunstancias. Las contradicciones, las pasiones, las tendencias,

2. Armando Barona Mesa, "Tres momentos históricos", Editora Feriva, Cali, 2003.

los errores, en fin, los defectos, son la expresión diaria en la que toman cuerpo los buenos propósitos, o naufragan los más encumbrados proyectos.

Y Bolívar, ser exaltado, poético, audaz, impaciente e impulsivo, valeroso y lleno de voluntad y determinación, trazó su propia carta de navegación que encerraba el más noble de todos los proyectos: la libertad de su patria y de la gran patria americana. Se lo vio fracasado tantas veces, pero encaró como un proscrito la derrota; y la muerte cercana le hizo sentir sobre sus magras espaldas como el hielo de un cuchillo, mientras la enfermedad agolpó su fatiga y doblegó la débil carnadura, sin jamás vencerlo. Esas eran las dificultades soportables por encima de las cuales pasó con desdén.

Empero, minaron su resistencia las traiciones que adquirían o la fisonomía de la incomprensión, o del ataque aleve y soterrado. A veces de frente, pero casi siempre bajo las sombras, en un calculado recuadro de pasiones.

Podría decirse que se logra una visión más certera de Bolívar cuando se recorre a profusión el último epistolario, vuela pluma, de su fase final. Allí está el hombre con sus altibajos, superando el desvencijamiento de su carne y las oquedades sanguinolentas de sus pulmones, para alumbrar el futuro con su última proclama, dar consejos y mantener presentes hasta a los últimos jefes y rincones de esa patria de seres ingratos que lo habían repudiado.

Pero aun así, en esa etapa final, su temperamento oscila entre el optimismo cargado de proyecciones nuevas ante la perspectiva del regreso a un mundo que disfrutó en su juventud y que finalmente, por la pérdida de su fortuna y la salud, no pudo alcanzar; y la necesidad de la nimia ayuda a ese lejano combatiente que era él mismo, y el que, como el coronel de García Márquez, reclamaba la pensión del olvido.

Idealista como ninguno, buscó por todos los medios la realización de la idea obsesiva de la independencia sudamericana, desde que muy joven adoptó ese ideal bajo el influjo de las enseñanzas de un maestro a su medida, Simón Rodríguez, locato él, moderno, con sueños heroicos. Y en él encontró el apego por la naturaleza y las ideas en boga que emanaban de aquella revolución ardiente de Francia.

Puesto en contacto tempranamente por Rodríguez con los numerosos libros prohibidos por el oscurantista régimen español que, en líneas generales

llamaron La Enciclopedia, los leyó todos al igual que las antiguas pero sabias obras que Plutarco denominó las "Vidas Paralelas"[3]; las tragedias, la historia antigua, Sócrates, Aristóteles y Platón y todo lo que emergiera de aquellas culturas griega y romana que habían trascendido los espacios y los años. Se hizo pues, con su talento desbordante, dueño de una formación intelectual que dejaba al descubierto en sus grandes y memorables escritos políticos y en sus cartas y proclamas.

Pero él mismo creó sus propias dificultades. Fue imaginativo para encontrarlas y vivió por ellas y para ellas. En casi todas estuvo cerca de la gloria y de la muerte.

Se diría que el hombre vive para la vida, pero su más asidua compañera es la muerte que lo atisba y atalaya en cualquier recodo y sin horario conocido. Ésta lo buscó en tantas oportunidades de las cuales salió indemne, que llegó a pensarse que lo amparaba una protección sobrenatural. Pero puede decirse que cuando llegó la muerte de verdad, ésta le salvó la vida en la penuria grande de ese final que ya había comenzado a vivir. Le quitó el sufrimiento; pero sobre todo, le abrió el anchuroso espacio de la inmortalidad.

Por todo esto invito al lector a que hagamos, a través de esta obra, un recorrido por lo que fueron las andanzas de Bolívar después de consolidarse la independencia de la Nueva Granada con la victoria del Puente de Boyacá y Carabobo que libera a Venezuela, y se proyecta la vida nueva de un mundo desconocido que él tenía bajo su jurisdicción en el territorio de sus sueños.

Y es precisamente en estas profusas andanzas en las que se destaca con mayor presencia el "Hombre de las Dificultades" y sus citas terribles con la muerte.

Vendrán en el relato a continuación la lucha con los pastusos y las batallas de Bomboná y Pichincha, al igual que la famosa entrevista con el general José de San Martín y luego Junín y Ayacucho y la consolidación de la existencia de un nuevo país que inicialmente llevó su apellido, pero después pasó a ser Bolivia.

De allí, culminada la cima de su gloria, se entrará en esa dolorosa fase final de la vida del Libertador, marcada con la que ardorosamente fue su lucha equivocada y mal comprendida, la que finalmente corrigió, aunque ya era tarde.

3. Plutarco, autor griego. "Las vidas paralelas".

Mostrar estos aspectos y establecer por el lector la meditación adecuada, constituye el propósito a dejar plasmado en este libro.

El autor invita entonces al lector a una meditación juiciosa sobre lo expresado en aquella nutrida correspondencia del héroe, como el brote auténtico de su propia sicología.

Es de esa manera como el mismo apreciado lector habrá de adentrarse en el inicio y desarrollo de la amarga etapa de la lucha final bolivariana, que comprende el período después de la salida de Bolívar de Lima una vez agotada su misión. Se han logrado ciertamente los objetivos de la independencia en las batallas de Junín y Ayacucho. Y es este el punto culminante de su grandeza, pero es allí precisamente donde se inicia el declive.

Dentro del plan general de la obra, viviremos esa salida hacia Bogotá desde la quinta de La Magdalena, cerca a Lima, antiguo palacio que lo fue de un virrey, y que ocurrió en la madrugada del 3 de septiembre de 1826.

Discurriendo dentro de estos desarrollos ocupará espacio el paso por Ecuador, último viaje a Venezuela y el regreso traumático a Bogotá con el nacimiento de la enemistad abierta con Santander. La Convención de Ocaña y la dictadura en la Nueva Granada; con culminación en la noche septembrina y los juicios del juzgamiento que ocasionó este atentado. Viene luego la travesía por Popayán, Pasto y Quito bajo el llamado de la guerra con el Perú, la renuncia al poder ante el Congreso Admirable y luego la marcha final por el río Magdalena, en medio de las incesantes contradicciones políticas y desengaños provenientes de todos los ángulos, especialmente el cierre de su entrada a Venezuela, como un ignominioso legado histórico de Páez y sus amigotes. Finalmente, San Pedro Alejandrino y el testamento.

El autor de este libro advierte que de modo general, al abordar estos pasajes de la vida del Libertador, utiliza las citas ilustrativas de los historiadores más reconocidos, coetáneos de la época como Restrepo y Posada Gutiérrez o de estudiosos de archivos que agotan la historia con el relato veraz e independiente, escrupulosamente escogidos.

De igual el modo, el autor anuncia que en el texto que tiene en sus manos, querido lector, se utiliza lo ya escrito por él en la obra "Córdova, gloria y asesinato del héroe"[4], en la que se desarrolla el largo relato no solo de la biografía del héroe antioqueño, sino la del Libertador Simón Bolívar, imbricadas ambas en el curso de sus propias vidas, y con su presencia humana, en toda su dimensión, de la lucha vital y titánica del Gran Caraqueño, soportando sobre sus hombros el proceso humano de sus errores y la incomprensión de sus antiguos amigos, que allí se deja expuesta.

Todo ese conjunto vital es realmente nuestro hombre, tendiendo su red en un firmamento en busca de estrellas y luceros.

4. "Córdova, gloria y asesinato del héroe", obra en dos tomos, escrita por quien esto escribe, la que aúnremitiéndose como una biografía de la vida del héroe antioqueño muerto en el Santuario, de todas maneras recorre la biografía del Libertador en sus momentos culminantes.

Capítulo I

La perspectiva del sur. Bomboná

Cali y Popayán. Anexión de Panamá. Viaje de Sucre y Córdova hacia el Ecuador por mar desde Buenaventura y Panamá. Viaje de Bolívar a Pasto por tierra. Batalla de Bomboná y regreso del Libertador por el trapiche (hoy Bolívar en el departamento del Cauca). Capitulación de Pasto. Batalla de Pichincha. Quito y Manuela en el desfile. Inicio de tales amores.

Han salido bien las cosas. Todas las angustias y derrotas de los primeros años, primera y segunda república en Venezuela, son cosas del pasado. Pero Bolívar tiene unsueño alimentado por muchos elementos fraguados por una realidad que fue invadiendosus anhelos. Ese sueño no se sacia con el gran triunfo de Boyacá y Carabobo. Estas victorias, a pesar de su gran dimensión histórica, se diría que son solo el comienzo desu gloria dentro de un cerebro desbocado sobre el largo mapa de Sudamérica.

La fundación de la República de Colombia, formalmente convertida en ley suprema en Angostura y Constitución Nacional de Cúcuta (1821) -sucesos que por cierto, como se ha advertido en la introducción de esta obra no son parte de esta narrativa-, hacen florecer las esperanzas de libertad de los pueblos. Así, pues, cuandoestos hechos gloriosos se dan, el asunto apenas comenzaba. Faltaban Ecuador, Perú, el Alto Perú y algunos otros aspectos que tenían que ver con los argentinos y el imperioportugués trasladado a Brasil, donde el Gran Caraqueño estuvo dispuesto a meterle lamano al asunto.

En esa forma, después de arreglar problemas naturales que van surgiendo en Santa Marta y Maracaibo, pero conseguida la victoria de Carabobo (24-6-1821) que marca definitivamente el triunfo de los patriotas en Venezuela, la gloria de Bolívar se abre de par en par.

Tiene 38 años y aún es garboso y muy ágil. Mantiene el pelo negro largo hasta laespalda, que se anuda a la altura del occipital, en combinación con unos bigotes así mismo negros, que le dan un impacto de seguridad a sus expresiones. (Por cierto el retrato de la carátula de esta obra, de autor desconocido, tuvo que haberse pintado enel Perú, antes de cortarse el pelo y el bigote, cuando frisaba esos 38 años).

Ha llegado entonces el Libertador a un punto cenital. Sus sueños vuelan aceleradamente sobre el cielo americano y se convierte en un héroe mundial. El poeta inglés Lord Byron, que va a pelear por la libertad al Medio Oriente, pone el nombre de Bolívar a su yate.

Y por supuesto su orgullo humano lo lleva a dejar sentado como parte de su discurso en Angostura:

> *La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado, ha sido el voto uniforme de los pueblos y gobiernos de estas repúblicas.*
>
> *La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los colombianos; (...). Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal, que ofrece un cuadro tan asombroso. Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros y observando desde allá, con admiración y pasmo la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del Universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas entre esos océanos que la naturaleza había separado, y que nuestra Patria reúne con prolongados y anchurosos canales.*

En su vuelo de imaginación está presente esa gran república, próspera, pujante, poderosa, generosa y unida con la que sueña:

> *Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana. Ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra, los tesoros que abrigan sus montañas de plata y de oro. Ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo. Ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuan superior es la suma de las luces, a la suma de las riquezas, que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la Libertad empuñando el cetro de la justicia, coronada por la Gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno.*

Todo se despeja y parece fácil. Por cierto, cuando se apresta para viajar al Ecuador, sabe que allá en Quito, las fuerzas de España son menores.

Bolívar, que en esos momentos ha logrado reunir un ejército de más de 4.000 valientes veteranos con la posibilidad de congregar a muchos más, sabe con orgullo que todo funciona bajo el compás de sus arengas heroicas y de su imagen magnética.

Por supuesto ya avizora el paso hacia la independencia de la potencia colonial más rica e importante del Sur, que es el Perú.

Curioso que el autodenominado Hombre de las Dificultades tenga de su mano en esos momentos a esa deidad esquiva que es la gloria -quizás la misma Tique fatal de los griegos- y que ésta lo acompañe complacida. Es, digámoslo con verdad, el resultado de ese esfuerzo infatigable y de su visión de un mundo nuevo que él se siente llamado a cambiar.

Pero naturalmente no es nada fácil organizar toda esta empresa. Santander, a quien ha entregado en Cúcuta la vicepresidencia de la república, mantiene intactos su gran devoción y afecto por ese Bolívar que le dio la mano y lo llevó al poder.

Pero el cucuteño, que es hombre de una brillante inteligencia que a veces oculta o disimula, bajo el paso del tiempo se dejará alimentar de odios por una camarilla de amigos, casi todos abogados y escritores, y que está resuelta a todo por él. Muchos son extraídos de una Logia Masónica en Bogotá, fundada por el propio vicepresidente. La Masonería es el símbolo de la intelectualidad y el idealismo y como sabemos, el mismo Bolívar se ha hecho masón en Francia.

Santander pues, es portador de grandes ambiciones, en el comienzo de esta aventura libertaria y se desempeña como un gigante en la administración para cumplirle a su jefe y a la historia. Y a fe que lo hace bien, aunque con las restricciones propias de las dificultades económicas de la guerra.

Al comienzo y bien avanzados los itinerarios, la correspondencia entre los dos grandes hombres es múltiple y afectuosa. Bolívar es amplio, locuaz y cariñoso. Santander es más restrictivo en sus verdades.

Pero como es preciso buscar insaciablemente dinero para la dotación de un ejército creciente, uniformes, alimentos, municiones, locomoción, salud, pólvora, sueldos y etc., en un esfuerzo demasiado costoso dentro de una economía desbaratada por el tiempo de la guerra, va quedando lentamente un sinsabor de incomprensión entre los dos héroes que no solo es ideológica sino administrativa.

La tarea es ingente, casi increíble, pero sin duda alguna, a pesar de las dificultades, Santander ha cumplido con talento. Además, esa inteligencia le sirve adicionalmente para organizar la educación pública y todos los diferentes frentes del poder ejecutivo. Es hombre de minucias y de pequeñas y grandes causas. Pero también es el hombre de las leyes, como lo llamó con acierto el propio Bolívar.

Superados muchos aspectos, Bolívar, siempre acosado por el tiempo, antes de viajar al Ecuador, llega a Cali con tropas, en comienzos de 1821. Recorre las ciudades de Buga, Tuluá y Cartago. Ha tomado la decisión de que toda comunicación con Quito y el Sur se haga utilizando el mar desde Buenaventura. Ir por el camino natural del Patía y Pasto ha resultado horrible para los patriotas.

Lo que le aconteció a Nariño que estaba ya casi triunfante, oliendo el pan caliente para el desayuno; y al norteamericano Alejandro Macaulay acompañado del héroe caleño don Joaquín de Cayzedo y Cuero, a pesar de unos tratados firmados que los pastusos incumplieron, no puede repetirse. Los pastusos y los patianos, amantes súbditos del rey Fernando VII, son gente fanática y cruel, conforme ya lo había experimentado la empresa libertadora.

El historiador José Manuel Restrepo, conocedor a fondo de toda esta historia,y quien fuera miembro de varios gabinetes ministeriales de Santander y de Bolívar, escribe en su obra monumental "Historia de la Revolución de Colombia" sobre estepunto concreto[5]:

> *Bolívar, desde su arribo a Cali, había determinado trasladarse a Guayaquil con la mayor parte de su ejército, y emprender por allí la campaña de Quito. Pensaba que evitaría de ese modo la deserción, las enfermedades en el mortífero clima de Patía y las formidables rocas del Juanambú y del Guáitara. Igualmente juzgaba que aseguraría a Colombia la posesión de Guayaquil, a cuyo gobierno dirigió una seria intimación para que se incorporase a la República.*
>
> *Ya los batallones Neiva y Bogotá habían marchado al puerto de la Buenaventura (sic) para embarcarse en algunos transportes venidos de Guayaquil; otros cuerpos debían seguir por escalones la misma ruta, cuando el Libertador recibió noticias que por desgracia le hicieron variar su excelente plan de campaña. Fueron estas una correspondencia del General Sucre, en que le avisaba el arribo de Mourgeon a Quito con su expedición realista. Decíale también que cruzaban sobre las costas del Alto Chocó, desde Buenaventura, la corbeta Alejandro*

5. Autor citado, obra citada, tomo IV, edit. Bedout

y otros cuatro buques pequeños armados en guerra, con el destino de apresar los transportes que condujeran tropas colombianas. Fácilmente podían hacerlo porque solo teníamos en el Pacífico el bergantín Ana, mal armado.

Contrariados eternamente los proyectos de Bolívar con este acontecimiento, y no poseyendo medios para armar buques en el Pacífico, viose compelido con mucho sentimiento a variar su primitivo plan de campaña. Aunque tenía esperanzas de que la escuadra de Chile, que había seguido a la costa de Realejo en busca de las fragatas españolas Prueba y Venganza destruyera también los buques de Mourgeon, no era seguro. (...) y obligaron al Libertador a emprender su próxima campaña sobre Pasto.

Como se ve, unos días antes, estando Bolívar aún en Cali, Juan de la Cruz Mourgeón acababa de llegar de España a Panamá investido del pomposo cargo de Gobernador y Capitán General del Nuevo Reino de Granada. Ha organizado unas fuerzas y se ha provisto de viejas embarcaciones de guerra que pone en funcionamiento. Sabe que no puede permanecer en el istmo donde no hay guarniciones realistas y dispone todo para pasar al Ecuador, donde se prepara un nuevo encuentro con el malvado de Bolívar. Finalmente Mourgeón, en medio de una gran tempestad, logra llegar al puerto de Esmeralda, sobre el río de ese nombre y en la zona de Atacame. No ha logrado reunir arriba de setecientos u ochocientos hombres.

Pero Bolívar, como lo dice Restrepo en la cita anterior, no tiene equipo de transporte seguro y armado para enfrentarlo en el mar, por lo que decide irse a Popayán y prepararse para el odioso viaje por Patía y Pasto. Pero no se desanima.

En Popayán, donde tiene un grupo importante de amigos, se detiene a enterarse de todo y a dirigir el conjunto de cosas, impartiendo órdenes al vicepresidente y a los generales con mando. Uno de esos amigos importantes en Popayán, con gran patriotismo, sortea gastos. Es el señor José María Mosquera Figueroa y Arboleda, padre de Tomás Cipriano, con posterioridad varias veces presidente, de Joaquín quien igualmente fue el primer presidente nombrado en reemplazo de Bolívar y de quien llegará a ser el arzobispo primado de Colombia, José Manuel Mosquera y Arboleda. También lo acompañan allí otros personajes de aristocráticas familias, similares a aquellas como la del propio Bolívar, que en Caracas, como se sabe, constituían la elevada clase social de los *mantuanos.*

Estando en Popayán Bolívar recibe un documento que le hace llegar oficialmente el vicepresidente Santander: Panamá, después de la visita de Juan de

la Cruz Mourgeón -ya éste en el Ecuador-, decide independizarse y se anexa a Colombia. Esto ocurre el 28 de noviembre de 1821.

Tan importante episodio ocurre cuando Mourgeón, ostentando el alto rango de Gobernador y Capitán General, decide que no tiene un oficio mayor en el istmo y sigue su camino hacia Ecuador en donde siente que su presencia es más necesaria. Entonces le entrega el mando de Panamá al teniente coronel, nacido allí, José Fábrega y lo asciende a coronel efectivo.

Días después los demás funcionarios de la administración pública en Panamá, ido ya Mourgeón, se constituyen en cabildo y deciden independizarse y anexarse a la república que había creado el gran héroe Bolívar. Piden refuerzos a éste y ayuda. El Libertador entonces le envía a Santander la orden de que Córdova, que se encuentra en misión en Cartagena, viaje a Panamá y posteriormente a Guayaquil a reforzar a Sucre. Santander da las órdenes y el héroe antioqueño logra partir hacia Guayaquil en un transporte pesado y duro. Fue un viaje accidentado el de Córdova y sus hombres, que llegaron en gran parte enfermos.

Un crucero con agua maligna y casi sin movimiento personal en el incómodo transporte. Con Córdova y su pequeño contingente viaja el valiente coronel efectivo Hermógenes Maza, que venía de efectuar una gran campaña en Santa Marta. Es el mismo gran héroe que recibe a Bolívar en Bogotá cuando, a galope tendido después de la batalla de Boyacá, el Libertador devorando caminos llega a la capital.

Bueno es recordar la anécdota: Bolívar, después de la batalla de Boyacá, triunfante pasa noche en la Venta y al otro día, con gran ansiedad, emprende el camino hacia la capital, que a partir de ese día por órdenes suyas solo se llamó Bogotá a secas, sin el Santafé. Levanta polvareda y va con una camisa roja del ejército español. Maza, acompañado del pintor José María Espinoza, le imparte[6] el santo y seña: "Alto quien vive" y Bolívar, que lo ha conocido en Venezuela, le contesta: "*Soy yo, no sea pendejo".* Entonces Maza presenta al Libertador su parte: "*Aquí no todos pudieron escapar, mi General".*

El arribo de Córdova al Ecuador y el viaje no fue ni fácil ni agradable. Pero finalmente Córdova, después de varios días enfermo al igual que su pequeño contingente, logra integrarse al equipo de su amigo y jefe inmediato Sucre; y lo que aconteció después, con todas las dificultades propias, fue la batalla gloriosa de Pichincha.

6. Lo cuenta en su obra sobre el general Hermógenes Maza el autor Carlos Delgado Nieto, Instituyo Popular de Cultura.

Conviene ver de qué manera Córdova informaba a su amigo el vicepresidente Santander, carta de 20 de junio de 1822, su viaje tormentoso por el mar y su llegada a Guayaquil:

> (…) *Mi general, la navegación regular de Panamá a Guayaquil se hace en treinta días y yo lo hice en el buque más pesado que se conoce en el Pacífico en veinte; pero el objeto de mi cuento es decir a usted que como en Panamá a una vía un jefe de la División de la Costa, este a penas me dio agua para menos de veinte días, así fue que por mi mucho cuidado y algún vinagre que traía felizmente, llegamos a Guayaquil: en una isla que hay en las bocas de aquel río dejé las tropas y yo seguí a la ciudad a ver quien mandaba, con quién me entendía; me encontré en un bochinche muy gracioso: un gobierno de canallas independiente de todo el mundo; mucha parte del pueblo y todas las señoras, colombianas, y de otra parte, por el Perú; mucha risa me daba a todo, y yo hubiera pasado por allí para reunirme en Alausí a muy buen tiempo con el ejército, pero un coronel inglés, y Illingrot, me presentó una orden del general en que mandaba que todas las tropas que viniesen de Colombia se pusiesen a sus órdenes; este señor me hizo ir por el Naranjal, pasando una montaña, y después antes de llegar a Cuenca, los Andes; lugares desiertos, sin recursos, donde como derrotados se me dispersó el batallón, si yo contara a usted multitud de circunstancias que me acarrearon el perjuicio dicho, no acabaría hoy de escribir a usted. Por fin llegué a Cuenca enfermo, y ya el General* -se refiere a Sucre-, *como era regular, hacía cuatro días que había marchado con el ejército; once estuve en cama; apenas me repuse, habiéndose ya reunido cuatrocientos hombres, pasé al cuartel, y escogiendo uno por uno saqué ciento noventa, y forzando diez marchas me reuní al ejército de Tacunga, con ciento sesenta; vinimos sobre el enemigo…*

Logra pues Córdova, en el punto a que se refiere en el final de su informe -Tacunga-, alcanzar a Sucre e integrarse al ejército de colombianos y peruanos. Estos últimos participan por órdenes de San Martín.

Para mayor claridad leamos el documento original, procedente del mismo Sucre, en el que éste informa a su jefe Bolívar los pormenores de la batalla de Pichincha de 24 de mayo de 1822. No puede haber un documento más completo:

> *El 22 y 23 los provocamos nuevamente a un combate* (se refiere a los españoles), *y desesperado de conseguirlo, resolví marchar por la noche a colocarnos en el Ejido del norte de la ciudad, que es mejor terreno, y que nos ponía entre*

Quito y Pasto, adelantando, al efecto, al señor Coronel Córdova con las dos compañías del batallón Magdalena. Un escabroso camino nos retardó mucho la marcha; pero a las ocho de la mañana llegamos a las alturas del Pichincha, que dominan a Quito, dejando muy atrás nuestro parque cubierto por el batallón Albión. La compañía de cazadores de Paya fue destinada a reconocer las avenidas, mientras que las tropas reposaban, y luego fue seguida por el batallón Trujillo (del Perú) *dirigido por el señor Coronel Santacruz, Comandante General de la División del Perú. A las nueve y media dio la compañía de cazadores con toda la División española, que marchaba por la derecha a la posición que teníamos; y roto el fuego se sostuvo mientras conservó municiones; pero en oportunidad llegó el batallón Trujillo, y se comprometió el combate; muy inmediatamente las dos compañías de Yaguachí reforzaron ese batallón, conducidas por el señor Coronel Morales en persona. El resto de nuestra infantería a las órdenes del señor General Mires, seguía el movimiento, excepto las dos compañías del Magdalena, con que el señor Coronel Córdova marchó a situarse por la espalda del enemigo; pero encontrando obstáculos invencibles tuvo que resolverse. El batallón Paya pudo estar formado hasta cuando, consumidos los cartuchos de estos dos cuerpos, tuvieron que retirarse no obstante su brillante comportamiento.*

El enemigo se adelantó por consiguiente algún poco; y como el terreno apenas permitiese entrar más de un batallón al combate, se dio orden a Paya que marchase a la bayoneta, y lo ejecutó con un brío que hizo perder al enemigo, en el acto, la ventaja que había obtenido; comprometido nuevamente el fuego, la maleza del terreno permitió que los españoles aún se sostuvieran. El enemigo destacó tres compañías de Aragón a flanquearnos por las tres compañías de Albión (que se había atrasado con el parque) y entrando con la bizarría que siempre ha distinguido a este cuerpo, puso en completa derrota a los de Aragón. Entre tanto el señor Coronel Córdova tuvo la orden de relevar a Paya, con las dos compañías del Magdalena; y este Jefe cuya intrepidez es muy conocida, cargó con un denuedo admirable, y desordenado el enemigo y derrotado, la victoria coronó a las 12 del día a los soldados de la libertad.

Reforzado este Jefe con los Cazadores de Paya, con una compañía de Yaguachí y con las tres de Albión, persiguió a los españoles entrándose hasta la capital y obligando a sus restos a encerrarse en el fuerte de Panecillo.

Aprovechando este momento pensé ahorrar la sangre que nos costaría la toma del fuerte la defensa que permitía aún la ciudad e intimé verbalmente

al General Aymerich por medio del edecán O´Leary para que se rindiese; y en tanto, me puse en marcha con los cuerpos, y me situé en los arrabales, destinando antes al señor Coronel Ibarra (que había acompañado en el combate a la infantería) que fuese con nuestra caballería a perseguir la del enemigo, que yo observaba se dirigía hacia Pasto, el general Aymerich ofreció entregarse por una capitulación que fue convenida y ratificada al siguiente día en los términos que verá Us. Por la adjunta copia que tengo el honor de someter a la observación de Su Excelencia.

Es admirable la capacidad de síntesis que demuestra Sucre al narrar esa batalla, clave para la América del Sur.

Siguió a continuación la capitulación y el cumplimiento del mismo, que fue lapartida hacia Cuba de las fuerzas españolas, incluido el general Melchor Aymerich,quien murió tiempo después en esa Perla del Caribe. Y es preciso igualmente destacar que la actuación de Córdova fue decisiva en la batalla de Pichincha, comolo resalta el futuro Mariscal de Ayacucho.

Más de mil quinientos prisioneros quedaron en poder de los patriotas, muchos de los cuales, por no tener los espacios suficientes para la reclusión y vigilancia, huyeron hacia Pasto. A la cabeza de estos fugitivos iba un sobrino de Tomás Boves, aquel general que tan terrible había sido en Caracas con los americanos, de nombre Benito Boves. Ya en Pasto éste, asociado al guerrillero Agustín Agualongo, y otros pastusos, constituyen un ejército de retaguardia que daría muchas penurias a los patriotas para la movilización de fuerzas y elementosde guerra, mientras Bolívar, quien ya se encuentra muy activo en Guayaquil, celebra la anexión de esta ciudad a Colombia y la famosa entrevista con San Martínque concluye con su viaje a Lima.

Es obligado señalar que, no obstante la crueldad que demuestra el comandante español Basilio García en Pasto en la batalla que un poco adelante narraremos de Bomboná, lo cierto es que la misma impidió que don Basilio García,como era su propósito, se desplazara hacia Quito a reforzar las fuerzas de Aymerich, lo cual habría podido cambiar los resultados del triunfo patriota de Pichincha.

Pero debemos volver al lado de Bolívar, a quien hemos dejado en Popayán, cuando ha tenido que abandonar la idea de irse por mar a Guayaquil, que vimos un párrafo atrás.

Bolívar ya sabe cómo es el paso por la tierra de los Pastos para seguir al Ecuador. Sabe que los pastusos, por su intransigente lealtad al rey lejano español,

se habían constituido en una pesadilla para los patriotas, hasta el punto de que él mismo llegó a decir que "Pasto es el sepulcro nato para todos los amantes de la libertad". Eran crueles y traicioneros, pero sobre todo estaban amparados por una geografía de grandes precipicios y ríos profundos como el Guáitara, el Juanambú, el Mayo y otros, con pequeños y grandes picos donde ellos se apostaban. Su ataque siempre fue a mansalva y sobreseguro.

Es posible entender que ese apego al rey de los pastusos y su militancia con las fuerzas españolas obedecía a un criterio tradicionalista y religioso respetable. Pero sin duda alguna esa posición agresiva de los pastusos fue la más temible que debieron soportar las fuerzas patriotas en busca de la libertad.

Y mientras el Libertador en Popayán toma impulso para arremeter por tierra hacia el sur, viene otro hecho muy importante que detiene momentáneamente el avance del Gran Caraqueño. Es la noticia que le llega, en nota especial, procedente del cabildo de Guayaquil que se declara ciudad libre e independiente.

Estos hechos habrían de ocurrir el 9 de octubre de 1820 cuando después de un baile en el que participaban las gentes principales del importante puerto ecuatoriano, dos días después se proclamaron independientes de España y de todos los demás: Provincia Libre de Guayaquil, se llamaron oficialmente.

Como dato curioso, todos pertenecían a una Logia masónica denominada La Estrella de Guayaquil, la que un tiempo después asumiría el nombre de La Fragua de Vulcano. A ella pertenecía un prócer local llamado José Joaquín Olmedo, poeta él. Todo indicaba que habían sido discípulos a la distancia del Gran Maestro Francisco de Miranda. Pero había de por medio una circunstancia especial y es que Olmedo, a quien no le hacía gracia la determinación de Bolívar de integrar tres países bajo el nombre mirandino de Colombia, era simpatizante del Perú, a cuyo virreinato habían pertenecido. A la sazón, por supuesto, el nombre de Miranda era un recuerdo disuelto en el olvido.

Ha pasado, naturalmente por la lentitud de las comunicaciones, un tiempo precioso de ocurridos tales hechos en el puerto sobre el río Guayas. Así que cuando Bolívar recibe grato la noticia de esa proclamación de Guayaquil; pero al verle la cara oculta contraria a sus propósitos, decide inmediatamente enviar un delegado ante Olmedo y los demás guayaquileños de la Junta; y escoge al meritorio general José Mires, Jefe del Estado Mayor del Ejército del Sur, nacido en España y quien había llegado a Venezuela como profesor de matemáticas. Lo fue de muchos, entre otros del general Sucre; y cuando se proclamó la

independencia en Caracas, adhirió a la causa, habiendo estado preso en España. Brillante patriota, muy amigo de Bolívar.

El general Mires debe ir a convencer al terco Olmedo. Se embarca con la rapidez posible desde Buenaventura hasta Guayaquil. Lleva provisiones, dinero, mil fusiles y un pequeño contingente listo a integrarse en el apoyo del importante puerto. Habla Mires con convicción, pero se encuentra a unos seres cerrados contra la idea de que se adhieran a los empeños de Bolívar. Total, el estamento dirigente de Guayaquil era definitivamente properuano.

Claro que ese ser humano excepcional que era el Libertador no era el hombre de admitir un no por respuesta. Como ya se ha dicho al comienzo, Bolívar era imponente, nervioso, impositivo y dialéctico. Había siempre una cauda de razones detrás de un discurso suyo, que era casi imposible de enfrentar.

Entonces, como la gestión de Mires no ha dado un buen resultado, decide enviar al puerto ecuatoriano a su mayor amigo, que era el general Antonio José de Sucre, quien logra devolverse de Almaguer -la ruta de los Andes- para seguir a Buenaventura y se embarca. Va con tropas y a pesar de que a su llegada no es recibido con entusiasmo por la Junta guayaquileña, su personalidad termina por imponerse y entra en la organización de la lucha contra el español. Todo es tan complicado.

Por su parte los peruanos, por intervención directa del Protector José de San Martín, se preparan para lo que sigue que es la pelea abierta con los realistas. Sucre a su vez, como Bolívar, también era carismático y argumentaba con elocuencia.

Mas la intransigencia de los guayaquileños, orientados por los peruanos fue tanta, que ni siquiera dejaron desembarcar a Sucre en el puerto sino que tuvo que hacerlo en una isla de la ría del Guayas.

Aparte de estas cosas, ya desde Cali ha conocido Bolívar al teniente coronel José María Obando, nacido en el norte de la provincia caucana (hacienda García) y procedente de la loca aventura de su abuela doña Dionisia Mosquera -de la misma familia ilustre de los Mosquera que hemos visto- y un personaje, socio de su esposo, llamado don Pedro de Lemos. Al esposo, un alto comerciante que venía de un viaje a Curazao, lo estrangularon los adúlteros por temor al escándalo -ella estaba embarazada- en una tarde borrascosa de truenos y rayos; y luego hicieron aparecer que lo había embestido un toro bravo que dizque

pasaba por la calle, mientras unos comprometidos gritaban "Cuidado, toro bravo", que nunca existió distinto a unos percheros con cuernos de novillo.

La víctima se llamaba Pedro de Crespo. Y cuando hacía la siesta después de un suculento almuerzo que le sirvió doña Dionisia, le clavaron los cuernos del perchero en el pecho.

La historia del general José María Obando, dos veces presidente de Colombia, es trágica. Fue llamado el Edipo rey granadino en la acusación ante el Senado que le hiciera el doctor Salvador Camacho Roldán cuando Obando fue presidente de la República y cayó por un golpe de estado de su amigo José María Melo. Camacho Roldán, quien también fue presidente de la República, actuó como fiscal dentro del juicio por indignidad que le adelantó el congreso y en el cual, por cierto, fue condenado el general caucano.

Obando cuando era niño, en ese juego del destino entre el bien y el mal, fue adoptado por una familia de españoles de ese apellido; y al ser adulto entró al ejército de las fuerzas realistas a cargo del general don Basilio García, como ya se sabe, gobernador de Pasto.

Éste, a iniciativa de Bolívar, ha entablado mientras prepara todo para la guerra, un pequeño diálogo de canje de prisioneros con los patriotas. Bolívar entra desde Cali con Obando en el tipo de conversación que éste avizoraba, y que era, sin duda alguna, hacerle ver que su patria era Colombia.

Basilio huele esta para él traición. Era un hombre muy bravo. Y estando ya Bolívar en Popayán, el teniente coronel Obando bajo el impulso de su convicción, adhiere a las tropas del Gran Caraqueño conservando el mismo grado de coronel. Su causa es ya la independencia.

Basilio, cruel como español que era, sabe que por la causa de las fragatas y goletas de Mourgeón, obligadamente Bolívar no podrá utilizar el Pacífico para ir a Guayaquil ni a Quito -cosa que ya habían hecho Sucre y Córdova-, sino que necesariamente pasará por Pasto. Y recorre con maldad el Patía y las regiones por donde debería pasar con sus tropas el Libertador y hace retirar los ganados de los establos y alista los andamios en los que ha de colocar a sus franco-tiradores al frente de los abismos.

Retrotrayendo un poco el relato es preciso señalar que mientras se cumplen las maldades de don Basilio, por el lado del Ecuador Mourgeón ha tenido que librar

una suerte adversa en Guayaquil, en donde lo despojan de las naves, endeudadas por el pago de salarios a las tripulaciones y los impuestos. Parece increíble.

Su segundo al mando es Melchor Aymerich. Mourgeón, desengañado de su viaje y con rabia, sufre una fuerte caída y como consecuencia de ella le sobreviene la muerte el 3 de abril de ese 1821.

Por su parte Bolívar, antes de viajar por Pasto, levanta otro plan realmente absurdo. Según lo anota la historiadora peruana Marie Arana[7] el Libertador se ingenia una jugada -¿todo vale en la guerra?- Que consiste en falsificar unos documentos del gobierno español en los que declaran que la revolución independentista ha triunfado en toda la América del Sur.

La Arana escribe:

Mientras tanto, Bolívar -sin poder depender de nadie- forjó su travesía hacia el sur a lo largo de la ruta montañosa a Popayán. Cuando se aproximaba a esa ciudad fuertemente custodiada, el coronel español a cargo, José María Obando, apareció debajo de una bandera de tregua y sorprendió a Bolívar al pedirle una entrevista.

El carisma del Libertador y la pasión por la causa americana conquistaron de inmediato al coronel. Obando no solamente se rindió, sino que ofreció sus servicios y los de su guarnición completa al bando patriota. Esta pizca de politiquería persuadió a Bolívar de que podría tener un éxito similar con otros realistas. Si tan solo le permitieran hablar con ellos. Le escribió a Santander con una idea:

"Toda la noche[8] he estado sin dormir meditando sobre las nuevas dificultades… Estoy cierto que no llevaré dos mil hombres al Juanambú, como también estoy cierto que el enemigo me presentará más de cuatro mil … si no espero, voy a dar un combate más aventurado que el de Boyacá, y voy a darlo de rabia y de despecho… Mi mayor esperanza la fundo en la política que voy a emplear en ganar el país enemigo y aún los jefes y tropas, si es posible; para lograr esto se necesita emplear cuanto voy a proponer".

Lo que propuso era una farsa. Le ordenó a Santander que le enviara cartas y documentos que dijeran que España se había rendido y que ahora reconocía la independencia de la Gran Colombia. Con estos documentos falsificados y

7. Marie Arana, "Bolívar", Editora Géminis SAS, Bogotá Colombia

8. Carta de Bolívar a Santander desde Popayán de 29 de enero de 1822, cita igual de la autora nombrada.

"anuncios" ubicados de manera estratégica en la Gaceta local, engañaría a Quito, lo forzaría a bajar la guardia y podría entrar a la ciudad. El objeto de toda esta barahúnda -le escribió a Santander- es el persuadir al enemigo que todo está hecho: que deben tratar conmigo y que debemos ahorrar nuevos sacrificios de sangre.

De nada sirvió esa treta, que solo muestra un talento maquiavélico, por aquello de que el fin justifica los medios. Y como el tiempo apremiaba, Bolívar se vio en la necesidad de partir de Popayán por la vía del Patía. Llevaba dos mil quinientos hombres. Fue muy duro todo aquello. En mi obra "Córdova, gloria y asesinato del héroe"[9] narro cómo ocurrieron esos hechos desastrosos para la gesta emancipadora:

La batalla de Bomboná tuvo lugar el 7 de abril de ese mismo año -1822-. *Bolívar, por las circunstancias, había tenido que seguir una ruta similar a la que debió emprender en su momento Ernesto Macaulay y Caizedo y Cuero. Esta vez los patriotas pasaron por Chaguarbamba, Mombuco, Sandoná, Consacá, Yacuanquer -donde los patriotas al mando de Macaulay habían firmado en el año 12 un pacto de honor que los pastusos incumplieron de modo agresivo y descarado fusilando a los patriotas ya mencionados* [10]*-. Los realistas habían escogido el terreno, desde donde esperaban la llegada y el paso del ejército republicano. Cerca del terraplén sobre el río Cariaco había una gran piedra desde donde el Libertador escogió un sitio para dirigir la batalla. Su ejército, compuesto por los batallones Rifles, Bogotá y Vargas y otras compañías, sumaba 2.500 hombres. La batalla comenzó a las tres de la tarde.*

Una montaña estratégica llamada Loma de Paja era el sitio desde donde los realistas dominaban el campo en el que estaban situados los patriotas. Los artilleros realistas eran allí, con toda su metralla, una especie de francotiradores. Todas las armas estaban dirigidas al mismo punto por donde aquellos obligadamente debían pasar.

En media hora acabaron con mil hombres al mando del general venezolano Pedro León Torres, también herido gravemente, y quedaron tendidos unos sobre otros. Fue una carnicería. El comandante español era Don Basilio García.

9. "Córdova, gloria y asesina del héroe", Armando Barona Mesa, Edit. Gobernación del Valle del Cauca 2019, T. I.

10. En mi libro "Cali precursora" estudio en detalle estos episodios.

Ese terreno pertenecía a la hacienda Bomboná, en ese tiempo de propiedad del doctor Tomás de Santacruz Cayzedo, primo hermano del prócer caleño Joaquín de Cayzedo y Cuero y precisamente quien había dado la orden de su fusilamiento, al igual que el del norteamericano Maculay y otros patriotas diezmados. Curiosamente esta vez Santacruz mostraba una especie de piedad con el general Pedro León Torres, a quien tuvo bajo su cuidado en la hacienda hasta que murió a consecuencia de las heridas.

En el momento de iniciarse el combate el Libertador había dado la orden al general Manuel Valdez, comandante del Rifles, de que atacara por el flanco derecho donde se ubicaron en parte alta de la Loma de Paja los artilleros realistas. El Rifles subió por la loma de Piquiurco, atravesó la Leonera y siguió hasta la altura de Jusepe, desde donde descendió hasta la retaguardia de los pastusos que defendían Catambuquillo. Allí estaban situadas tres compañías del Aragón. El general Valdez finalmente atacó con fiereza, habiendo vencido a dos de esas compañías, causando pánico a las fuerzas dirigidas por don Basilio García, que eran inferiores.

El Rifles había tomado ese flanco derecho antes del anochecer y los realistas, que habían estado prevalidos de su posición privilegiada, se desplazaron con premura de derrotados, abandonando el campo al caer de la noche y fueron a situarse en un lugar llamado La Guaca, a alguna distancia.

Ese desplazamiento de los realistas es el que ha sido considerado como una victoria de los patriotas, aunque realmente no lo fue. Las fuerzas españolas solo habían perdido 250 hombres, contra la mitad del ejército libertador que quedaba tendida en el campo. La batalla de Bomboná había sido realmente una victoria pírrica.

Al día siguiente el comandante español Basilio García le envió a Bolívar la bandera del batallón Bogotá con un mensaje cargado de ironía y amenazas, y al tiempo que le ofrecía un salvoconducto para que con sus diezmadas tropas regresara a Popayán, le agregaba:

Remito con el conductor la bandera del Bogotá, que la suerte de la guerra puso en mis manos habiendo quedado el asta en los puntos de defensa y el abanderado muerto en el campo del honor.

Bolívar le contestó el mensaje:

Doy las gracias a Vuestra Señoría por la bandera de Bogotá que se ha servido dirigirme. No puedo responder a vuestra Señoría con igual dádiva, porque no hemos tomado banderas enemigas; pero sí el campo de batalla.

Basilio habría de ripostar: "Aunque ha tomado el campo de batalla, fue abandonado por mí sin ser vencido".

Frasecitas al viento con finas ironías.

En el Patía, además, habían quedado cerca de mil soldados enfermos por el clima ardiente y malsano, afectados de paludismo y malaria. Más otros mil que quedaron para siempre tendidos en el campo de batalla. Basilio es taimado y malo y obliga a retroceder a Bolívar, a quien le ofrece pasaporte para que pueda moverse. Todo dentro de la mayor humillación.

Pero Bolívar no va hacia Popayán, sino que se desplaza, subiendo dispendiosamente desde el valle del Patía, hacia el pueblo llamado entonces Trapiche, que hoy es el municipio de Bolívar, una ciudad levantada sobre la Cordillera Central en la ruta tradicional de los indios, que sigue hasta Almaguer, de donde se descuelga hacia el camino de Pasto. Cerca está el Macizo Colombiano, nacimiento de los cuatro más grandes ríos del país.

El Trapiche es un lugar apacible donde se repone el Libertador y recupera a los enfermos y, en consecuencia, crece nuevamente su contingente. Es aterrador reconstruir mentalmente y sobre el terreno, lo que fueron esas jornadas con marchas unitarias en fila india en los picos más altos de la geografía andina.

Y es así como vuelve a llegar a Pasto. Bolívar, ya lo sabemos, es tenaz y no se doblega. Han pasado dos meses desde Bomboná; y el 8 de junio de 1822, sin tener noticias del Ecuador, ingresa una vez más a San Juan de Pasto con más de cuatro mil hombres.

Llega al centro de la ciudad y les intima capitulación a los pastusos, con la presencia del señor Basilio García, de Tomás de Santacruz y Cayzedo, primo hermano y verdugo de Joaquín de Cayzedo y Cuero, como ya se anotó, y el arrogante cabildo. Todos tienen que firmar y firman. Aparentemente el problema de los pastusos ha quedado resuelto. Pero no sería así, como luego veremos.

En un aparte del documento de la capitulación se dice:

El gobierno español en Pasto y Quito, no tiene pertrechos y armas, ni casi tropas a excepción de 300 españoles que habrá en el país; todo lo demás es paisanaje indisciplinado y de ningún modo aguerrido... que si antes pasé el Juanambú con poco más de 2.000 hombres, ahora será con poco más de 4.000.

Tenemos derecho para tratar todo el pueblo de Pasto, como prisionero de guerra... para confiscar todos sus bienes como pertenecientes a enemigos... tenemos derecho en fin, a tratar esa guarnición con el último rigor de la guerra y al pueblo, para confinarlo en prisiones estrechas como prisioneros de guerra en las plazas fuertes marítimas...

Aquí, con la mala redacción que acusa el documento, se nota la indignación del triunfador. Empero, Bolívar ofrecía con su firma un conjunto de garantías que amparaban a los sureños. Éstos no estarían obligados al pago del servicio militar y serían respetados en su religión a la manera en que la practicaban. Tampoco pagarían tributos para la guerra y otras garantías ciudadanas, aunque eso no fue suficiente en orden a apaciguar los odios pastusos contra Bolívar y los patriotas, que más bien crecieron.

Había pasado mucho tiempo precioso sin que Bolívar se pudiera hacer presente en Quito. Y naturalmente el tiempo apremiaba, pues conforme se ha expuesto, ya se había cumplido con el mayor de los éxitos la que fue la batalla clave de Pichincha, sin que el comandante supremo de los patriotas hubiere podido asistir. En realidad eso no importó mucho porque el Gran Caraqueño era el jefe máximo de las fuerzas republicanas.

El Ecuador había recibido con delirio el triunfo de Pichincha y el éxito grande del héroe Sucre, aunque todos sabían que detrás de éste estaba el Libertador Simón Bolívar.

Sucre manda a Córdova con mil hombres a recibir al Gran Caraqueño a la ciudad de Ibarra. Siguen a Quito, donde lo encuentra su subalterno entrañable Sucre y se ha dispuesto un desfile triunfal espontáneo por esa ciudad de arquitectura española y grandes iglesias. Quiero repetir aquí lo que consigné sobre ese episodio en mi obra antes citada[11]:

Y marcharon hacia Quito donde llegaron el 16 de junio del 22.

11. "Córdova, gloria y asesinato del héroe", ya citado. Como se trata de obra del mismo autor, pienso que no son necesarias las comillas.

El recibimiento al Libertador fue apoteósico. Suenan conjuntos musicales y lanzan cohetes de pólvora. Todo es júbilo y regocijo y un pueblo desbordado por la alegría y la esperanza inunda las calles.

Bolívar entra a caballo bajo arcos triunfales. De un momento a otro le cae desde un balcón una pesada corona de flores que él alcanza a recibir con las manos sin lesionarse. Y al seguir la ruta del ramo en el aire, encuentra al fondo los ojos de fuego y la sonrisa abierta y coqueta de una mujer que viste la banda de una orden militar sobre su traje blanco, del que sobresalen sus carnes trigueñas cargadas de sensualidad. Bolívar, que como se sabe ha sido siempre un hombre galante, queda fascinado con aquella mujer cuyo nombre ignora, mientras ésta desaparece en la medida en que avanza el héroe y sus acompañantes en el cortejo.

Pero esa noche, en el baile solemne de celebración, la volverá a ver en medio de su exquisita voluptuosidad.

Era Manuela Sáenz de Thorne, casada con quien algunos sostenían que era un médico inglés de nombre James Thorne, pero que en realidad era un comerciante. Perteneciente ella, aunque de modo indirecto a la alta sociedad quiteña, liga apasionadamente a Bolívar desde ese momento.

Y sería aquella amante quien varios años después, en medio de la noche aciaga y tormentosa del 25 de septiembre de 1828 en Bogotá, que en ese momento era imposible de prever, la que después de salvarle la vida como veremos adelante, recibiría de él, del Libertador agradecido por su gesto intrépido al enfrentar a los conjurados que entraron a matarlo, el título de La Libertadora del Libertador.

Cuánta pasión albergó el héroe caraqueño por esta dama quiteña, que lo buscó con decisión y sin pausa aquel 16 de junio de 1822 en el baile de honor, no obstante que su marido inglés estaba viendo y sintiendo la infidelidad de su mujer, pero que con su flema inglesa, no alcanzaba en esos momentos a definir si lo que estaba pasando era un ultraje a un alto honor.

Capítulo II

La entrevista de Bolívar y San Martín

Ecuador se hace parte de Colombia. Entrevista de Bolívar y San Martín. Diciembre negro en pasto. El congreso en Bogotá demora el permiso para moverse al Perú. Al fin llega un año después.

Asombra que, pasando una revista a todos los personajes que en cualquier escala fueron protagonistas de la larga batalla de la independencia suramericana, no se encuentra uno solo a quien le haya podido pasar por su cabeza la totalidad del plan que albergaba desde sus inicios Bolívar, un militar que fue haciéndose en la propia lucha, cayendo un día sí, pero al otro levantándose como si nada hubiera sucedido la víspera.

Ese militar tan joven en un comienzo, de talla pequeña y delgada, sin ninguna experiencia en la arisca labor de la guerra, desde un comienzo albergó en su cerebro la empresa de que su hazaña no solo debía cubrir a Venezuela, su país natal, sino que debería llegar hasta mucho más allá de lo que él conocía de aquella extensa geografía suramericana. Los países libertados, debían ser todos, y debían mostrar una gran solidez institucional.

Sí, solo en la cabeza de este ciudadano surgido de la alta clase social de los mantuanos, se iban perfilando los planes, dando por descontado que todo ocurriría enfrentados con ardentía a la poderosa fuerza militar de los españoles, compuesta de unos ejércitos conservadores y crueles, superiores en número y además valientes y audaces, con todo el poder económico de la metrópolis. Ellos eran el enemigo.

Y él, Bolívar, fue creciendo con sus ejércitos inicialmente desarrapados, hasta convertirlos en avezados veteranos, ingeniosos y valientes. Ocurrieron cambios estratégicos como el abandono de su idea pertinaz, que tantos muertos

causó, de llegar, como única alternativa primero a Caracas victorioso, para entrar en una variante luminosa. Esa variante iba a dar un largo rodeo por el páramo de Pisba, para libertar primero a la Nueva Granada y abrir seguro el camino de Venezuela.

Su presencia sacrificada en los desfiladeros y derrumbes de Pisba, la alta moral de padecer él mismo las penurias heroicas de sus soldados, crearon la identificación plena del héroe, dinámico y valeroso con las tropas de base. La nueva estrategia funcionó inmediatamente en el Pantano de Vargas y en Boyacá, extendiéndose la perspectiva a toda Venezuela. Esa fue la primera parte de la epopeya gloriosa, que solo pudo medir en perspectiva una inteligencia superior como la del propio don Pablo Morillo, el Pacificador español, quien en su último informe a la Corona presiente la gloria y los avances de aquel hombre al que antes consideraba como un facineroso cualquiera.

Después tendrían que llegar las victorias del Ecuador, el Perú y un enorme territorio que en ese tiempo se conocía como el Alto Perú. Ah, y la anexión de Panamá, segunda parte de la epopeya. Todo lo tenía el Gran Caraqueño en su mente iluminada, aún cuando la muerte le rondara en el lecho, como las Moiras de los griegos, en Pativilca o en el Chimborazo.

Como consecuencia de la batalla gloriosa de Pichincha, Ecuador se suma a Colombia, aunque Guayaquil, proclamado estado independiente, muestra de todas maneras su simpatía, como ya se ha anotado, por pertenecer al Perú, donde gobierna el Protector José de San Martín en una independencia que se siente languidecer.

Con la alegría de todas sus gentes, y a pesar del deseo de varios de integrarse al Perú, conforme se ha visto, la ciudad Libre de Guayaquil, no obstante las reiteradas manifestaciones de Olmedo y sus amigos, se habrá de anexar a Colombia.

Sucre, con su talento, había dejado sentenciado que "Pichincha había resuelto el pleito de la anexión de Guayaquil a la Gran Colombia". Así pues que son los hechos los que dejan consagrados a Bolívar y a Sucre como héroes reconocidos, cargados de gloria.

Pero Bolívar, que calcula detalles del futuro, sabe que mientras el Protector del Perú, Libertador José de San Martín estuviere allí, él no podría llegar sin dejar de ser un ayudante suyo o un intruso. Y era evidente que por más buena voluntad que hubiere demostrado el argentino, su aporte había llegado a un punto muerto dejándole más posibilidades de éxito a los españoles sobre los

criollos. Según apunta el propio San Martín, las fuerzas españolas podrían alcanzar en Perú alrededor de unos diecinueve mil hombres contra unos cuatro o seis mil en total de peruanos y argentinos. Esto lo tienen bien calibrado tanto Bolívar como el Protector. O sea, en pocaspalabras, que ambos saben que uno de los dos sobra.

Al otro día de arribar triunfal a Quito, Bolívar, dejando a un lado los amores volcánicos de Manuelita, le escribe al Protector una misiva dulce. Esel 17 de junio del año 22:

> *Tengo la mayor satisfacción en anunciar a V.E. que la guerra de Colombia está terminada, y que su ejército está pronto a marchar donde quiera que sus hermanos lo llamen, y muy particularmente a la Patria de nuestros vecinos del Sur a quienes por tantos títulos debemos preferir comolos primeros amigos y hermanos de armas. Bolívar.*

Y se pone en movimiento de inmediato hacia Guayaquil. En seguida, estando en Babahoyo, crea el batallón Pichincha -que aún existe en la ciudad de Cali- integrado por los batallones Alto Magdalena y Payas, con los veteranos de la batalla gloriosa del Pichincha; y coloca al mando al coronel José María Córdova, con más de 1.200 soldados y oficiales. Inmediatamenteles ordena adelantarse hacia Guayaquil.

Y sobre el movimiento inmediato, Bolívar llega a ese puerto el 13 de julio del mismo año 22. El pueblo lo recibe como en Quito con arcos triunfales, no obstante el malestar de Olmedo y otros que tenían, como se ha visto, planes diferentes como antiguos miembros del virreinato del Perú.

Bajo el impulso de la emoción y los discursos, el pueblo ordena reunir el cabildo. Coincidencialmente ese mismo día 13 le llega al Gran Caraqueño una carta de San Martín muy diciente, quien igualmente se muestra entusiasmado con la participación de Bolívar en la gran empresa de liberacióndel Perú. No escapa a ninguno de ellos que una reconquista, con el riesgo conjunto para Argentina y Colombia, provendría de los españoles a través del imperio de los Incas. La misiva del Libertador argentino expresa:

> *Ansío cumplir mis deseos, frustrados en el mes de febrero por las circunstancias que ocurrieron entonces; pienso no diferirlo por más tiempo; es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos, para que una sólida y estable prosperidad les haga conocer mejor el beneficio de su Independencia. Antes del 18 saldré del puerto del Callao, y apenas desembarque*

en el de Guayaquil, marcharé a saludar a V. E. en Quito. Mi alma se llena de pensamientos y de gozo, cuando contemplo aquel momento; nos veremos y presiento que la América no olvidará el día que nos abracemos.

Esta carta, enviada a Quito, no llegó de momento a su destinatario, quien ya se había movilizado a Guayaquil, como hemos visto.

No imaginaba el Libertador argentino que Bolívar en esos pocos días iba a resolver con su sola presencia y su hábil manejo, la adhesión de Guayaquil a Colombia. San Martín, en nombre del gobierno peruano que se le ha confiado, ya había levantado su voz para decir que tanto el Ecuador como Guayaquil le corresponden al Perú. Aunque bien conoce él que su empresa de independencia de este importante país no puede llevarse a cabo sin la ayuda de Bolívar y las nuevas fuerzas de los colombianos, como que no había ninguna otra fuente de poder, cosa que igualmente conocía Bolívar.

Tampoco sabía San Martín como era la persona con la que iba a tratar. Ese era un misterio para él. Y ocurre que, ante la urgencia y necesidad de ayuda que tiene el argentino, sin que tampoco le hubiere llegado la carta de Bolívar en la que le señalaba en qué momento iba a estar en el puerto sobre el río Guayas, el Protector se adelanta en el viaje y parte hacia Guayaquil en la goleta Macedonia.

Llega en la madrugada a la ría del puerto, donde se advierte la isla de Puna, que le da abrigo a los barcos que llegan. Es el 25 de julio del año 22. San Martín, que como se anotó ha reclamado para el Perú la tierra de Guayaquil, piensa que se encontrará con su émulo Bolívar en tierra peruana.

El barco atraca y en ese momento es informado que Bolívar ya está en la ciudad y, por cierto, la noche anterior le han celebrado con esplendor su cumpleaños número 39; y algo más: ya se ha producido la anexión de la ciudad a Colombia.

Entonces, levantado en su orgullo, el argentino ordena que leven anclas y partan sin más. No desea desembarcar.

Bolívar duerme bajo los efectos de la fiesta. Ha bailado y disfrutado el ágape que le dedican con afecto. Al comentarle sobre la llegada de San Martín, se levanta y le escribe una nota que envía con una comisión importante de bienvenida. Pero volvieron y le informaron que San Martín no estaba en ánimo de desembarcar. Entonces le escribe otra nota cargada de emoción en la que dice:

No, usted no dejará burlada el ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿Cómo es posible que

Ud. venga de tan lejos, para dejarnos sin la presencia corporal en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer y, si es posible, tocar tierra? No es posible, respetable amigo; yo lo espero, y también iré a encontrarle donde quiera que Ud. tenga la bondad de esperarme.

Es de imaginarse lo que sentiría San Martín cuando le habla Bolívar de suelo colombiano. Se siente humillado y burlado. Después de un rato largo, San Martín, que sabe que de todos modos necesita a los colombianos, cede y acepta bajarse y entrar a la prevista reunión con el Libertador Bolívar al día siguiente, 27 de julio. Y piensa Bolívar que la reunión tendría lugar en la mejor edificación de Guayaquil, la Mansión Luzárraga, donde se hospedarían.

El 26 de julio -1822- San Martín baja del barco. Había salido del Callao el 14. Y allí está Bolívar con guardia de honor y uniforme de parada.

San Martín es elegante, apuesto, trigueño, de pelo negro y gran presencia con su uniforme de generalísimo, aunque en su biografía se dice que era hijo de un español y de una mestiza americana. Pero es, por supuesto, un Libertador tan grande como él.

Al reunirse en la mañana del mismo 26 se le tributan al Protector los homenajes protocolarios. Luego tiene lugar la reunión secreta de ellos dos, sin que se sepa concretamente cómo fue la conversación. Así lo quiso Bolívar y también San Martín. Todo debía ser altamente reservado. En la antesala permaneció el coronel Tomás Cipriano de Mosquera, muy allegado de familia como se sabe, al general Bolívar y quien ha sido designado por éste como secretario suyo.

Unas horas después, de allí saldría el Protector hacia el muelle, donde abordó el mismo barco con rumbo de regreso al Perú. Al llegar al Callao ya había tomado su decisión: ordenaría reunir al Congreso constituyente y ante él presentaría una lacónica carta de renuncia.

Esto ocurrió el 20 de septiembre del mismo año 22. Ese día San Martín puso sobre la mesa directiva del Congreso su bastón de mando que devolvía al pueblo. Y agregó con voz sonora y gesto firme: "Peruanos, os devuelvo el mando que me diste. Tenéis ya entregado el gobierno del Perú. ¡Quedaos con Dios!"

Luego emprendería el regreso definitivo, primero a Chile donde enfermó gravemente y fue atendido por Bernardo O´Higgins y luego a Buenos Aires, de donde pasaría a Inglaterra con su única hija Mercedes Tomasa de San Martín Carmen Escalada y después a París y a Boulogna sur Mer. Su mujer, María de

los Remedios Carmen Escalada había muerto de tuberculosis un año antes en Mendoza, la provincia criolla argentina donde habían vivido y tenían su casa.

Solo una vez regresó San Martín a su país, cinco años después de haber partido, en el inicio de la dictadura de Juan Lavalle, quien acababa de derrocar y asesinar al presidente legítimo Manuel Dorrego, personaje que amaba al Libertador argentino y quien lo había invitado a volver. Pero fue tan desoladora la historia que oyó al llegar, que no se bajó del barco donde estuvo anclado tres días en el muelle bonaerense; y de donde volvió a zarpar para Montevideo, país aparte ya, y ciudad en la que permaneció tres meses con un seudónimo.

Tenía San Martín una salud frágil. Un mal le recorría el cuerpo y de un momento a otro el dolor no lo dejaba moverse. La medicina de entonces, como remedio extremo, le proveyó de una dosis diaria de láudano -bebida a base de opio- tomado. Costoso, para un hombre como él que nunca fue rico, ni siquiera acomodado. Vivió con una pequeña pensión que le otorgó el gobierno del Perú. Sin embargo sobrevivió veintisiete años al Libertador Bolívar, a pesar del opio.

No quiso nunca participar en las reyertas y diferencias de sus compatriotas, que irían a llegar pronto al despotismo de Juan Manuel Rosas. Por supuesto que lo tratado en reserva por los dos grandes Libertadores se ha conocido de ambas partes. Veamos:

Bolívar dicta una memoria para el Secretario de Relaciones, que va a Bogotá con su propia firma y otro ejemplar para el general Santander. Ese documento se lo ha dictado Bolívar al general José Gabriel Pérez, su secretario general en Guayaquil. Tal documento es el mismo que le envía, con la firma de J.G. Pérez al general Sucre, Intendente de Quito.

Allí consigna el propio Gran Caraqueño desde la nimiedad de los saludos, hasta frases tan generales como:

> *El Protector se abrió desde luego a las conferencias más francas y ofreció a S. E.*[12] *que pocas horas en tierra serían suficientes para explicarse. Luego, al dar inicio a las conversaciones, refiere: "El Protector dijo espontáneamente a S. E. y sin ser invitado a ello, que nada tenía que decirle sobre los negocios de Guayaquil en los que no tenía que mezclarse; que la culpa era de los guayaquileños refiriéndose a los contrarios. S. E.* (se refiere al mismo Bolívar) *le contestó que se habían llenado perfectamente sus deseos de consultar a este pueblo; que el 28*

12. Se refiere a Bolívar.

del presente se reunirían los electores y que contaba con la voluntad del pueblo y con la pluralidad de los votos de la asamblea. Con esto cambió de asunto". Y luego agrega: El Protector se quejó altamente del mando y sobre todo se quejó de sus compañeros de armas que últimamente lo habían abandonado en Lima. Aseguró que iba a retirarse a Mendoza; que había dejado un pliego cerrado para que lo presentaren al Congreso, renunciando al Protectorado; que también renunciaría a la reelección que contaba se haría en él. Que desde luego que obtuviera el primer triunfo se retiraría del mando militar, sin esperar a ver el término de la guerra; pero añadió que antes de retirarse dejaría bien establecidas las bases del gobierno; que éste no debía ser democrático en el Perú porque no convenía, y últimamente que debería venir de Europa un príncipe aislado y solo a mandar aquel estado. S.E. (de nuevo se refiere a Bolívar, que es quien dicta este informe) *contestó que no convenía a la América ni tampoco a Colombia la introducción de príncipes europeos. Y habló de una federación americana en la cual, teniendo por capital a Guayaquil, estaba seguro de que entraría Chile y de todas maneras el Perú. Y adicionó con las seguridades de que no habría problemas sobre límites, pues haría valer la influencia de sus amigos en el Congreso para impedirlo. Y termina con otra generalidad que expresa su absoluta voluntad positiva con Colombia: "El Protector piensa que el enemigo es menos fuerte que él, y que sus jefes aunque audaces y emprendedores no son muy temibles. Inmediatamente va a emprender su campaña por Intermedios en una expedición marítima y también por Lima cubriendo la capital por su marcha de frente. El Protector ha dicho a S. E. que pida al Perú todo lo que guste, que él no hará más que decir sí, sí, sí a todo, y que espera que en Colombia se haga otro tanto. La oferta de sus servicios y amistad es ilimitada".*

El documento por supuesto es más largo, y hay que agregarle que Bolívar luego habría de pedir a Santander que mantuviera su reserva.

De la primera parte del comunicado firmado por J. G. Pérez es preciso recalcar que fue redactado por el propio Bolívar. Como que no había otro testigo sino San Martín.

Allí se encuentra la forma de gobierno monárquico que propone éste con un príncipe traído de Europa. Bolívar rechaza la idea, hablando de un gran gobierno federativo americano -fórmula de Miranda- que tuviera sede en la propia Guayaquil. En esta misma fórmula pensaría cuando iba a tener lugar en Panamá el Congreso Anfictiónico.

Ese, sin duda alguna, es el pensamiento político de Bolívar de ese momento histórico, sobre lo cual tendremos que volver adelante, cuando entremos formalmente en la última fase de la vida del Gran Caraqueño.

Es necesario dejar claro que, aunque las cosas pasaron contrarias a las aspiraciones del gran argentino, las relaciones entre San Martín y Bolívar no quedaron maltratadas, hasta el punto de que por medio de Carta del mes siguiente, agosto 29, aquel habría de enviarle al Libertador Bolívar como regalo, muy valioso en aquellos tiempos, una escopeta, dos pistolas y un caballo. Leamos la parte final de esa misiva, redactada con mucha admiración y afecto:

> (…) *Con el Comandante Delgado, dador de ésta, remito a usted una escopeta, un par de pistolas, y el caballo de paso que ofrecí a usted en Guayaquil; admita usted, General, este recuerdo del primero de sus admiradores.*
>
> *Con estos sentimientos, y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la Independencia de la América del Sur, se repite su afectísimo servidor, JOSÉ DE SAN MARTÍN.*

La entrevista de los dos grandes hombres ha sido muy discutida por los historiadores de todos los tiempos. Es por eso que el autor acude una vez más al ensayo citado antes[13] de su propia autoría, que nos dará una mayor claridad sobre el asunto, comprendiendo que las relaciones entre los dos personajes perduraron con respeto y aprecio recíproco, pero habían quedado definidos unos puntos de trascendencia política manejados con maestría por Bolívar. Veamos lo que anoté en aquella obra:

> *La visión que dejó la entrevista en los lados de San Martín y de Bolívar, es bien diferente. Salvador de Madariaga*[14] *por boca de Lecuna, sostiene que al término de la misma San Martín habría dicho una frase tremenda y desoladora: "Bolívar y yo no cabemos en el Perú: he penetrado sus miras arrojadas; he comprendido su desabrimiento por la gloria que pudiera caberme en la prosecución de la campaña. Él no excusará medios por audaces que fuesen, para penetrar en esta República (el Perú) seguido de sus tropas. Y quizás entonces no me sería dado evitar un conflicto a que la fatalidad pudiera llevarnos, dando así al mundo un humillante escándalo".*

13. "Tres momentos históricos, algunos aspectos de la entrevista de Bolívar y San Martín, citada antes, A. Barona-

14. Bolívar t. II Salvador de Madariaga, quien cita a Lecuna.

Domingo Faustino Sarmiento, quien fuera presidente de la Argentina, y un admirable devoto de la personalidad y acciones de San Martín, por lo demás hombre de estudio y probo, estando al lado de éste en su refugio en Francia de Boulogne sur Mer, pinta la reunión así:

Las conferencias participaron de la posición en que se habían puesto ambos jefes. El uno manifestando abiertamente su pensamiento, el otro embozándolo cuidadosamente, a fin de no dejar traslucir sus proyectos aún no maduros. San Martín, de talla elevada, echaba sobre el Libertador, de estatura pequeña, y que no miraba a la cara nunca para hablar, miradas escrutadoras, a fin de comprender el misterio de sus respuestas evasivas, de los subterfugios de que echaba mano para escudar su conducta, en fin, de cierta afectación de trivialidad en sus discursos, él que tan bellas proclamas ha dejado; él, que gustaba tanto de pronunciar toasts llenos de elocuencia y de fuego. Cuando se trataba de reemplazar las bajas, Bolívar contestaba que esto debía estipularse de gobierno a gobierno; sobre facilitar su ejército para terminar la campaña del Perú, oponía su carácter de presidente de Colombia que le impedía salir del territorio de la República; ¡Él, dictador, que había salido para libertar la Nueva Granada y Quito, y agregándolas a Venezuela!.

San Martín creyó haber encontrado la solución de las dificultades, y como si contestase al pensamiento íntimo del Libertador Bolívar le espeta: "Y bien, General -le dijo- yo combatiré bajo sus órdenes. No hay rivales para mí cuando se trata de la Independencia americana. Esté usted seguro, General; venga al Perú, cuente con mi sincera cooperación; seré su segundo".

Bolívar levantó repentinamente la vista, para contemplar el semblante de San Martín, en donde estaba pintada la sinceridad del ofrecimiento. Bolívar pareció vacilar un momento; pero enseguida, como si su pensamiento hubiese sido traicionado, se encerró en el círculo de imposibilidades constitucionales, que levantaba en torno de su persona, y se excusó de no poder aceptar aquel ofrecimiento tan generoso. San Martín regresó al Perú dudando un poco de su compañero de armas...

Es de resaltar que en ese regreso inmediato al Perú, el Benefactor San Martín lleva un batallón de mil ochocientos colombianos que le entrega Bolívar, lo que refleja el camino de la amistad y colaboración en el que se han movido no obstante las diferencias; y también es preciso anotar que San Martín en el momento de su charla con Domingo Faustino Sarmiento muchos años después,

no estaba al tanto, ni el uno ni el otro, de saber que era cierto lo que argumentaba Bolívar en relación con el congreso de su país y el celo constitucional de su vicepresidente, encargado del poder ejecutivo, que conforme a la constitución del 1821 no lo dejaba mover fuera de Colombia con mando de tropas.

Tantas cartas hay del Libertador en que se queja de esas limitaciones. Porque además nunca entendieron, ni Santander ni los otros, lo que significaban aquellas gestas heroicas, no tanto para la gloria individual del Libertador, sino para la de todos los que habían tomado parte en toda esa grandiosa empresa de la emancipación y libertad de la mitad de América del Sur. Esas dificultades, que así surgieron, lo sabemos, habrían de llevar a la terminación -también lo veremos después- de la amistad entre Bolívar y Santander.

Pero es necesario que se entienda, en relación con la famosa entrevista, por qué, tres días después, cuando las relaciones aun son muy buenas con Santander, el Libertador le envía a éste una carta muy significativa, quizás la que más refleja un estado de ánimo feliz, en la que dice con exaltación:

> *Guayaquil, 29 de julio de 1822*[15]*. A S. E. el General F. de P. Santander. Mi querido general: Antes de ayer por la noche partió de aquí el general San Martín, después de una visita de treinta y seis o cuarenta horas: se puede llamar visita propiamente, porque no hemos hecho más que abrazarnos, conversar y despedirnos. Yo creo que* él *ha venido por asegurarse de nuestra amistad, para apoyarse con ella con respecto a sus enemigos internos y externos. Lleva 1.800 colombianos en su auxilio, fuera de haber recibido la baja de sus cuerpos por segunda vez, lo que nos ha costado más de 600 hombres: así recibirá el Perú 3.000 hombres de refuerzo por lo menos.*
>
> *El Protector me ha ofrecido su eterna amistad hacia Colombia; intervenir en favor del arreglo de límites; no mezclarse en los negocios de Guayaquil; una federación completa y absoluta aunque no sea más que con Colombia, debiendo ser la residencia del congreso de Guayaquil; …*
>
> *… Gracias a Dios, mi querido general, que he logrado con mucha fortuna y gloria cosas muy importantes: primera, la libertad del Sur; segunda, la incorporación a Colombia de Guayaquil, Quito y las otras provincias; tercera, la amistad de San Martín y del Perú para Colombia; y cuarta, salir del ejército aliado, que va a darnos en el Perú gloria y gratitud, por aquella parte.*

15. Simón Bolívar, Obras completas, vol 1, Editorial Piñango, 1982, Caracas.

Todos quedan agradecidos, porque a todos he servido, y todos nos respetan, porque a nadie he cedido. … Quiero decir que ya no me falta más que retirarme y morir. Por Dios, que no quiero más: es por la primera vez que no tengo nada que desear y estoy contento con la fortuna". (Resaltado del autor)

Vale la pena destacar la frase: "Todos quedan agradecidos, porque a todos he servido, y todos nos respetan, porque a nadie he cedido". Cuánto conocimiento de la sicología colectiva demuestra este ufano pensamiento. Pareciera ser que no estaba por allí, en esos momentos, el hombre de las dificultades. Todo le sonríe de acuerdo con lo planeado en su mente. Esa debiera ser, sin duda, la felicidad.

Dos días después de la entrevista, el cabildo abierto de Guayaquil aprobaba oficialmente la anexión de esa ciudad y su entorno al territorio de la República de Colombia. Olmedo y sus amigos buscaron por todos los medios torpedear la idea de la anexión, contra una mayoría intensa decidida por tales planes; y hasta les tocó a los inconformes buscar un refugio seguro. Fue en esas cuando Bolívar, agotada la paciencia, ordenó que se definiera de una vez por todas el asunto contra los peruanos y properuanos. Bolívar ganó y Olmedo y sus amigos aceptaron.

Mas como quiera que el congreso en Bogotá discutía largo el permiso al Libertador para moverse fuera del territorio nacional con tropas, Bolívar regresa a Quito, donde ha dejado de Intendente -máximo cargo autónomo de la provincia- al general Antonio José de Sucre.

A pesar del buen manejo de la situación en Guayaquil, han surgido una vez más los problemas graves de Pasto. El señor Benito Boves, de la mano del teniente coronel Agustín Agualongo, han convocado al pueblo y han incitado el espíritu rebelde y realista de los pastusos.

De nada sirvió la capitulación que les impusiera el propio Bolívar, dominando en tropas al regreso de El Trapiche como se vio antes, y con la presencia de Basilio García y Tomás de Santacruz y todos los líderes del cabildo. Todo esto había vuelto a la época anterior y las armas, escondidas en el campo, habían vuelto a salir, mientras se organizaba un ejército de guerrillas bien entrenadas. Benito Boves, intrépido y audaz como su tío, ha nombrado como gobernador de la provincia al señor Estanislao Merchancano. Uno de los historiadores

más veraces y objetivos, el doctor Sergio Elías Ortiz, nariñense él, en su obra biográfica de Agualongo[16] que citamos por su objetividad y por provenir de un escritor nariñense, dice:

Así habían transcurrido cinco meses a partir de la firma del tratado[17], cuando a fines de octubre llegó a Pasto un personaje que iba a ser fatal para la ciudad: el teniente coronel Benito Boves, que (sic) habiéndose escapado del depósito de prisioneros caídos en Pichincha, en compañía de Agustín Agualongo, buscó su salvación por la vía de Pasto y aquí cayó como en su propia casa, pues encontró sujetos que iban a hacerle coro en sus fantasías de reacción. Era este Boves sobrino materno del sanguinario don Tomás Rodríguez Boves, personaje sombrío en las luchas de Venezuela, lo que comunicaba al sobrino cierta celebridad. Había venido a Quito con el capitán general Mourgeon.

Pocos días le bastaron a Boves para entenderse en conciliábulos con los cruzados de la causa, introducido y recomendado por quien era ya un personaje célebre en el pueblo, el ya teniente coronel Agualongo, luchador en Yaguachí y en Pichincha y que iba a ser el segundo en la nueva rebelión. En el mayor sigilo se hizo el acarreo de las armas desde los montes vecinos al convento de monjas concepcionistas, donde se conservaban vivos los más exagerados sentimientos monárquicos para presentarse en la plaza, el 28 del mismo mes, en son de guerra, con el estandarte real que le arrebataron a la fuerza al alférez que lo guardaba y proclamar, al grito de ¡Viva el rey!, la guerra santa contra los malvados usurpadores de los derechos del muy amado Fernando VII y enemigos jurados de la religión católica, apostólica y romana. Lo rodeaban varios centenares de milicianos armados de toda clase de elementos bélicos, fusiles, lanzas y hasta cachiporras. Se dio el mismo el título de Comandante General del Ejército División del Rey y como medida necesaria para sus planes destituyó a todas las autoridades constituidas en gobierno, que no quisieron atender sus sugestiones, reemplazándolas con elementos complacientes, entre ellos don Estanislao Merchancano que había firmado la capitulación como jefe del escuadrón invencible, a quien Boves nombró gobernador militar y político de Pasto; se incautó de los pocos haberes del erario y organizó sus huestes para lanzarlas tras de Bolívar que a la sazón estaba en el sur del departamento de Quito, ocupado en graves negocios de estado…

16. Sergio Elías Ortiz, "Agustín Agualongo y su tiempo", Talleres Gráficos Banco Popular.

17. Por supuesto se refiere a la capitulación que les impuso Bolívar.

Bolívar, quien como se anotó, con San Martín había mandado a Lima a 1.800 hombres, también había enviado a Sucre con otros dos mil y había hecho otros envíos de tropa. Pero no había podido viajar él al Perú, tanto porque el congreso aun no había autorizado esa movilización como se ha advertido, por un lado, y por otro, quizás el más importante, por la situación que se había vuelto a plantear en Pasto, listos a regresar a Quito para levantar de nuevo las banderas de España. Córdova mientras tanto estaba trabajando en Bogotá, a solicitud de Santander.

Sabe entonces Bolívar que el problema de Pasto, a pesar de que se les gane una o varias batallas, no ha quedado resuelto y que volverán en cualquier momento y circunstancia a constituirse en el mayor peligro para las fuerzas republicanas. Su posición geográfica de enclave obligado, como es obvio, es ineludible en el tránsito de los patriotas.

Con dispensa del amable lector, veamos cómo enfoco en mi libro citado antes "Córdova, gloria y asesinato del héroe"[18] este episodio conocido como la navidad sangrienta, impactante de la historia nacional, aún en los tiempos que corren, sobre todo en la geografía nariñense y pastusa:

> *Bolívar aún se encuentra en Quito. Se entera de estos acontecimientos con mucha molestia. Él mismo ha tenido gran parte de culpa, porque el coronel Antonio Obando, a quien había dejado encargado de Pasto, ha sido despojado de casi todas sus tropas para reforzar los contingentes que están yendo al Perú. Entonces envía mensaje a Sucre*[19] *y le ordena que al mando de los batallones Rifles, Cazadores Montados, Dragones de la Guardia y los escuadrones Guías, regrese del Perú y parta con mano dura a enfrentar estas rebeldías. Para ese momento Boves y Agualongo han logrado reunir un ejército de 1.500 hombres.*
>
> *El 24 de noviembre (1822) Sucre y sus hombres se hallan en las tierras de esa provincia* (la provincia nariñense) *buscando un camino para llegar a Pasto, mientras los pastusos se encuentran en las mejores posiciones alrededor del escalofriante Guáitara. Los patriotas intentan por varias partes abrirse ese camino, pero es inútil.*
>
> *Los pastusos son gente brutal, de gran coraje y conocimiento de su agresivo terreno. Es tan dura la perspectiva y la pérdida de soldados, que un hombre tan*

18. "Córdova, gloria y asesinato del héroe", Armando Barona Mesa, tomo I, citado antes.

19. Sucre, como se ha apuntado, se encuentra en el Perú con mando de tropas.

valiente y ducho en la guerra como el general Sucre decide echar marcha atrás hacia Túquerres donde se instala y pide refuerzos al Libertador. Bolívar, efectivamente, se encuentra indignado y calibra el peligro que encarna la situación.

Sabe que Boves ha reclutado con mandato obligatorio más tropas y su propósito es volver a Quito a repetir intensamente la pelea. Por cierto en ese momento ya Boves ha llegado a Tulcán, pero se devuelve, él también temiendo perder a Pasto a manos de ese Sucre al que se jactaba de haber derrotado un poco más de un mes antes.

Bolívar, justamente alarmado mide la posibilidad del absurdo que implica que Boves y su gente intenten una nueva confrontación en Quito, cuando ya casi todas las fuerzas se han enviado a Guayaquil, y en especial al Perú. Entonces llama al coronel Córdova de quien, como ya se ha visto, conoce sus altas dotes de militar y le entrega los batallones Vargas, Bogotá y Milicias de Quito para que salga en auxilio de Sucre en orden a hacer juntos la retoma efectiva de Pasto.

Y así, fortalecido el ejército al mando de Sucre, van en busca del español y de Agualongo, quienes en conocimiento de estos movimientos esperan atalayados a Sucre, de quien se han mofado por su retroceso a Túquerres. Son las diez de la noche del día 23 de diciembre 1822 cuando Sucre llega. Boves y Agualongo se han ubicado en las mismas posiciones que lo hicieron dos meses atrás, alrededor del Guáitara.

Ese día Sucre salió de Túquerres, donde estaba instalado, a las once de la mañana. Como estrategia midió en los diferentes puntos de la ruta la posibilidad de adelantar la batalla. El enemigo estaba atento y fatigado por la espera, moviéndose igualmente por donde Sucre lo hacía. Desplazarse en medio de la abrupta montaña con toda la impedimenta, es sin duda agotador, aún para los pastusos que están en su casa.

Por supuesto Sucre ya tenía el plan y era salirle a Boves y Agualongo a la confrontación en el mismo lugar, frente al Guáitara, donde los pastusos, dos meses antes, los habían hecho devolver hacia Túquerres.

A las diez de la noche, profunda la oscuridad, les impide tender el puente colgante y allí pasan la noche en silencio. Al siguiente día los pastusos los ven, pero a pesar de iniciar las descargas de fusiles, no alcanzan a impedir que se despliegue el puente ni que los miembros del Rifles, expertos ya en este tipo de tácticas pastusas, suban a disputar a los cuarenta hombres con los cuales se llenaron los picos claves para disparar como francotiradores.

La batalla fue dura, pero el genio militar de Sucre estaba allí en esos riscos. Ejercitado en las derrotas que le infligieron los pastusos, aprendió finalmente a vencerlos. Y le imparte a Córdova la orden de atacar por detrás de donde lo hacía el Rifles. Córdova brilla en la acción y ya de noche, el batallón pastuso abandona. También, de consuno, lo hace el ejército al comando de Sucre y se asientan a un lado del río Yacuanquer. Era el 23 de diciembre del mismo año 1822. Cuando huyen los pastusos, los patriotas saben que están victoriosos, aunque no se vea al enemigo.

Y entran en la ciudad el día 24 de diciembre (1822). Intiman una rendición que de antemano está concedida. Victoriosos, Sucre aspira a pasar el día de las navidades en un cuartel en vía de descanso. Pero la tropa queda suelta por todas las calles, con acceso a iglesias y conventos. Y se desata la barbarie, en una especie de sangrienta purificación o purga de excesos pasados. Sucre desaparece y la demencia se apodera de las calles y casas, en una locura general donde es imposible calcular el número de muertos todo ese día de tradiciones de paz.

En mi libro sobre Córdova que he citado por ser la misma historia, acudo a la cita equilibrada del doctor Sergio Elías Ortiz[20] sobre esta navidad negra que aún hoy doblega el dolor de los pastusos y su rabia contra Bolívar, a quien señalan como el personaje detrás de esta matanza. Ortiz dice:

> *Lo que pasó después fue una iniquidad que no puede perdonar la historia. Los soldados vencedores penetraron a la ciudad ebrios de sangre y empezaron a matar a todo el que oponía la más mínima resistencia o se lo encontrara con un arma en la mano. Como muchos de los habitantes se habían encerrado en sus casas y echado el cerrojo, empezó la obra de destrucción de hacer volar en astillas puertas y ventanas para buscar a los milicianos o los haberes de las familias para saquearlos, sin perdonar las vidas. En algunos hogares perecieron todos los moradores porque se creía que ocultaban algo. No se perdonó a las mujeres, ni a los ancianos, ni a los niños, aunque muchos se habían refugiado en las iglesias. En la de San Francisco, joya de arte colonial por sus altares y por la riqueza de sus paramentos, los Dragones penetraron a caballo y cometieron los más horribles excesos en las mujeres que allí se habían acogido; del robo solo se libraron los vasos sagrados que horas antes se habían puesto a buen recaudo. La Noche buena de ese año fue para los pastusos una negra noche de amargura. Una navidad sangrienta, llena de gritos de desesperación, de ayes*

20. Biografía de Agualongo, citada atrás.

de moribundos, de voces infernales de la soldadesca entregada a sus más brutales pasiones. Imposible narrar todos los horrores en esa que debía ser "noche de paz, noche de amor". Por tres días se prolongaron los salvajes excesos en los que se distinguieron como más crueles y desalmados los soldados del batallón Rifles; por ello quedó en la crónica familiar, como un recuerdo atroz, la frase que encarnaba el episodio trágico: "Cuando entraron los Rifles"...

¿Permitió Sucre estas horribles matanzas y saqueos ? Él, tan noble, tan caballeroso?, "El más digno de los generales de Colombia", ¿pudo ver impasible semejantes desafueros ? ¿Lo autorizó? No podemos decirlo. Quizás su autoridad no fue suficiente para contener a la soldadesca, pero no hay constancia de que la hubiera llamado al orden, ni que hubiera impuesto las sanciones del caso.

El historiador Restrepo calcula que los muertos pudieron ser cuatrocientos. Es posible que hayan sido más, si se tiene en cuenta que el jolgorio duró tres días. Y lo más seguro, como lo estudio en mi libro sobre Córdova, que recoge como líneas paralelas la historia del propio Libertador Simón Bolívar, es que él, indignado con esta gente realista, verdugos de la provincia del Sur, haya dado las órdenes secretas de tal matazón. Ya había hecho pasar a cuchillo a más de ochocientos españoles en la cárcel de Caracas, cuando la Campaña Admirable y la guerra a muerte.

En la guerra se edifica el odio como un elemento sustancial de la lucha violenta. Lo que es peor es que tanto el odio, como la matanza, terminan siendo un elemento sustancial y a gusto del ser humano, factor principal de gloria y heroísmo.

Veamos en aras a la imparcialidad historiográfica lo que el doctor José Rafael Sañudo, el escritor pastuso que ha sido más cáustico y crítico de Bolívar, escribió en un libro[21], en el que sobre este asunto concreto anota:

Ya desde que venía para Pasto (Bolívar), traía horribles propósitos pues de Ibarra el 23 de diciembre de 1822, escribía que marchaba para ensayar contra ella, el método empleado en la Ciénaga (población del Magdalena) con los Rifles, que tuvo buen efecto; el 21 de julio desde Quito escribe a Santander: "Yo he dictado medidas terribles contra ese infame pueblo, y U. tendrá una copia para el ministerio; de las instrucciones dadas al general Salom... las mujeres mismas son peligrosísimas"; y añade que en Pasto 3.000 (no quedaban más),

21. "Estudios sobre la vida de Bolívar", Edit. Bedout, Medellín.

son enemigas "Pero un alma de acero que no plega por nada es preciso destruirlo hasta en sus elementos"; mas Santander el 2 de agosto, le contestó que los expulsados de Guayaquil publicaban en Jamaica horrores de su conducta en Pasto. Todavía le duraba la inquina contra Pasto, por lo de Bomboná, él 10 de febrero de 1824 exacerbado por la sublevación de Callao, pues daba a Salom, las órdenes de "destruir a los pastusos. Us. sabe muy bien que mientras exista un solo rebelde en los Pastos, están a punto de encallar las más fuertes divisiones nuestras": y que tomara reclutas y ocupara todo y publicara una ley marcial; y añadía:

"Pero esta declaración de ley marcial ofrece el inconveniente de que los rebeldes de Pasto, se harán tanto más fuertes, cuanto más victoriosos crean que se hayan los españoles en el Perú" y aún el 21 de octubre de 1825 decía desde el Potosí a Santander: "Los pastusos deben ser aniquilados, y sus mujeres e hijos transportados a otra parte, dando a aquel país una colonia militar. De otro modo Colombia se acordará de los pastusos cuando haya el menor alboroto o embarazo, aún cuando sea de aquí a cien años, porque jamás se olvidarán de nuestros estragos, aunque demasiado merecidos".

Es grande la ira acumulada del doctor Sañudo, a quien todos los historiadores respetan a pesar de su pasión, porque todo lo que dice es verdad. Pero también es verdad desde la propia vivencia de Bolívar o de cualquier lector de ahora desprevenido, lo terribles que fueron los realistas del Sur. Pasto fue un enemigo muy caliente. Quizás por los tiempos agitados, o por los sermones de los curas de Pasto, o por sus creencias conservaduristas, en fin, quizás por las circunstancias que llevaron a ese pueblo tan respetable, a ser un enemigo de horror, auxiliado con una geografía intrincada en favor suyo.

Ellos fueron la parte contradictoria de la época: mientras Bolívar tenía, como mucho tiempo después Martin Luther King un sueño noble y altruista de libertad, los pastusos creyeron en ese rey español lejano, con tanta fe, que pensaban ciegamente que en verdad era un reflejo de Dios y su representante en la tierra.

Y por cierto que esa navidad negra no habría de terminar con ese enclave de fuerzas enemigas. Merchancano, movido por Agualongo, llevaría las cosas mucho más allá en la prosecución de la lucha encarnizada. Bolívar, como ya se ha dejado consignado, había dejado al general José Salom al frente del comando civil y militar, pero desguarnecido de un número apreciable de fuerzas, que todas se estaban utilizando para la guerra con el Perú. Tal vez ese fue un error sin que existiera para el Libertador la alternativa contraria.

Y a Salom le tocó salir de Pasto y refugiarse, como había tenido que hacer el propio general Sucre, tal como se dejó reseñado antes, en Túquerres. Es más, al general Juan José Flores le dieron nalgadas afrentosas los pastusos.

La situación creada por los pastusos es tan irregular, que en los inicios de 1823, Bolívar decide desplazarse con tropas a Pasto. Está indignado. Veamos cómo narra lo que en esos momentos aconteció el gran historiador José Manuel Restrepo[22]:

> *Bolívar, que daba la mayor importancia a la guerra de Pasto, llegó a esta ciudad en los primeros días de enero. Publicó un indulto para todos los que se presentaran dentro de un breve término; impuso a los pueblos rebeldes del cantón una contribución forzada de treinta mil pesos para la subsistencia de las tropas; hizo extraer de las haciendas tres mil reses de ganado vacuno y 2.500 caballerías que habían robado los pastusos del Cantón de Túquerres, cuando el cabecilla Boves ocupó a los Pastos. Dispuso igualmente que se reclutaran todos los hombres* útiles *para las armas, y que a los más inquietos se les llevara en calidad de presos, todos los cuales debían ser conducidos a las provincias meridionales de Quito. Mandó confiscar los bienes de los que hubiesen tomado parte en la insurrección, de cualquier modo que lo hubieran ejecutado, o que no se presentaron a Sucre en los días que asignó para hacerlo, después de ocupada la ciudad. Así mismo dispuso confiscar los bienes de aquellos pastusos que los tenían en el Cantón de Túquerres y que permanecieron en Pasto después de la rebelión. Con tales decretos casi todas las propiedades de los pastusos vinieron a ser confiscables y se mandaron repartir (sic) a los militares de la República en pago de sus haberes. La infiel Pasto quedó desierta en su mayor parte, y su castigo resonó en todos los* ángulos *de Colombia.*

Medidas realmente duras contra una región, pero Bolívar todo lo había ensayado con ellos. Regresa a Quito desde donde mira pasar los días y los meses sin que el congreso apruebe la licencia para moverse al Perú. Él, un hombre impaciente, calibrando la idea de que esos abogados santanderistas del congreso están a favor de los españoles y en contra suya. Tal vez no le faltaba del todo la razón.

Entra el año de 1823 y nada sale del congreso. Allí se ven en crecimiento los amigos del general Santander, civilistas de esquina y de pasquín, que por cierto no habían tenido inconveniente en esos días en levantar, con el visto bueno del Vicepresidente, una horrible acusación contra el general Antonio Nariño,

22. "Historia de la revolución de Colombia", tomo IV, citado antes.

quien fuera el vicepresidente de Colombia cuando el Congreso de Cúcuta, que expide bajo sus luces y dinamismo, la Constitución vigente de 1821.

Acusaban al noble Nariño ante el Senado que él mismo había creado, entre otros "crímenes", por haberse entregado a los pastusos en su última campaña libertaria, cuando estando perdido por la traición de un sujeto que ostentaba el grado de coronel llamado José Ignacio Rodríguez[23], apodado El Mosca, al que el Precursor había puesto a cargo de las fuerzas de retaguardia, numerosas por cierto, pero las que aterradas a base de las mentiras de este sujeto, se evaporaron, movidas por el cuento falso de que Nariño había sido derrotado.

En ese juicio parlamentario se elevó la estatura del Precursor con un discurso de defensa lapidario, en el que brilla su oratoria más preclara. Y la injusticia que querían con él cometer.

Veamos unos apartes del comienzo de ese discurso ejemplar:

Señores de la Cámara del Senado.

Hoy me presento, señores, como reo ante el Senado de que he sido nombrado miembro, y acusado por el Congreso que yo mismo he instalado, y que ha hecho este nombramiento. Si los delitos de que se me acusa hubieran sido cometidos después de la instalación del Congreso, nada tenía de particular esta acusación; lo que tiene de admirable es ver a dos hombres que no habían quizá nacido cuando yo ya padecía por la patria, haciéndome cargos de inhabilitación para ser senador, después de haber mandado en la República, política y militarmente en los primeros puestos sin que a nadie se le haya ocurrido hacerme tales objeciones. Pero lejos de sentir este paso atrevido, yo les doy las gracias por haberme proporcionado la ocasión de poder hablar en público sobre unos puntos que daban pábulo a mis enemigos para sus murmuraciones secretas; hoy se pondrá en claro, y deberé a estos mismos enemigos, no mi vindicación, de que jamás he creído tener necesidad, sino el poder hablar sin rubor de mis propias acciones.

¡Qué satisfactorio es -para mí, señores, verme hoy, como en otro tiempo Timoleón, acusado ante un Senado (en Roma) *que él había creado, por dos jóvenes por malversación, después de los servicios que había hecho a la República, y el poderos decir sus mismas palabras al principiar el juicio: "Oíd a mis acusadores -decía aquel grande hombre-, oídlos, señores, advertid que todo*

23. Todo este doloroso episodio lo trato en mi libro "Nariño y Miranda, dos vidas paralelas", Editora Anzuelo Ético, Cali Colombia, 2010.

ciudadano tiene derecho de acusarme, y que en no permitirlo, daríais un golpe a esa misma libertad que me es tan glorioso haberos dado!".

Por supuesto el Senado absolvió a Nariño en medio de delirantes aplausos. Entonces este, con sencillez y moviendo lentamente el pie derecho por recuerdo de la cadena que debió arrastrar, se retiró paso a paso del recinto, salió a la calle y lentamente llegó a su casa.

El Senado de ese mismo congreso solo el 4 de junio de 1823, después de una espera de más de un año y medio, autoriza el paso de Bolívar al Perú.

Córdova quien se encuentra en Bogotá a petición del propio Santander, se moviliza hacia el Sur. El Libertador Bolívar solo logra embarcarse en Guayaquil casi cuatro meses después hacia el Perú, por el conjunto de circunstancias adversas que lo obstaculizaban.

Sale de Guayaquil hacia el puerto del Callao donde arriba finalmente el 1° de septiembre de ese año 23.

Se diría quizás que ese tiempo largo lo había destinado el Libertador a los amores intensos con Manuela, en Quito. Pero no fue así. En esos largos meses solo la había visto y estado con ella en cuatro oportunidades. La guerra era prioridad y todo estaba agitado y era incierto, dependiendo los sucesos de varios puntos neurálgicos en juego.

Manuela, cuyos amores con Thorne nunca existieron, con un temperamento dominante ella, pasa los días en Quito en la soledad de una mujer ansiosa y desairada. Ella se consume de pasión e impaciencia, mientras él se mueve por el territorio y atiende primero las urgencias de la conflagración. Manuela significa para él el descanso del guerrero, pero que aún no ha logrado entrar en descanso.

Ella le manda por esos días una carta donde trata de concretar su amor.

Él le contesta con otra misiva, diciente y romántica, pero incierta. Pide tiempo para pensar. Sabe que Manuela significa un ultraje a las buenas costumbres y por supuesto no solo está en juego la reputación de ella, que ha dejado de existir, sino la propia del héroe que despierta la admiración colectiva de los quiteños y ecuatorianos, hombres y mujeres.

Pero Manuela con su marido inglés al lado, en aquella época pacata de tradición religiosa, es una adúltera sostenida en el pecado, y sin duda alguna iría a lastimar la buena reputación del prócer.

Le escribe pues Bolívar el 3 de julio de 1822 la carta de respuesta a la quiteña:

> *Quiero contestarte, bellísima Manuela, a tus requerimientos de amor, que son muy justos. Pero he de ser sincero para quien, como tu todo me lo ha dado… Es tiempo de que sepas que antes amé a otra con singular pasión de juventud, que por respeto nunca nombro. Solo reflexiono y te doy un tiempo a ti, pues tus palabras me obligan a regresar a ti; porque sé que esta es mi época de amarte y de amarnos mutuamente. Solo quiero tiempo para acostumbrarme, pues la vida militar no es fácil ni fácil retirarse. Me he burlado de la muerte muchas veces, y* ésta *me acecha delirante a cada paso. Permíteme estar seguro de mí, de ti … No podría mentirte. ¡Nunca miento! Que es loca mi pasión por ti, lo sabes. Dame tiempo.*

En los inicios del año 23, Bolívar otorga el grado de brigadier general a José María Córdova, quien solo tenía veinticuatro años de edad.

En cuanto a Benito Boves, días antes de llegar aquel diciembre negro en Pasto, había huido para Sibundoy, desde donde logró llegar por los ríos hasta el Brasil y de allí a Cuba y a España y nunca más volvió.

Agualongo daría todavía más guerra. Y fue él, como temible guerrillero, quien, en una batalla que perdió en los esteros de Tumaco, disparó su pistola sobre el rostro de un coronel, muy bravo él, dejándole una falla terrible en el maxilar y una dicción de eses repetidas, que obligó al paciente a sobrellevar un apodo que ninguno se atrevió a decirle en su cara: Mascachochas. Era el después varias veces presidente de la república Tomás Cipriano de Mosquera.

José María Obando, antiguo oficial del ejército de España, atraído por el propio Bolívar a las huestes patrióticas como se dejó anotado atrás, fue quien capturó a su antiguo camarada Agustín Agualongo y habría de fusilarlo en Popayán el 13 de julio de 1824.

Capítulo III

El Perú y la gloria de Junín y Ayacucho

La llegada a Lima. Pativilca. Junín y Ayacucho. Manuela en la lucha de la sierra. Regreso de Bolívar a Lima y regreso de Manuela a Lima. El alto Perú y Bolivia. Nueva carta de Bolívar hablando de la separación con ésta. Reaparece Mr. Thorne. Viaje de Bolívar al Cuzco. Regreso a Lima y proclamación del congreso como dictador y luego como presidente vitalicio.

Bolívar sabe que quizás por la larga espera para su movilización al Perú y la permanencia de unos contingentes colombianos sin su presencia en Lima y otras ciudades, los colombianos han ganado un mal ambiente en el país austral, especialmente en su capital. Hay además otros motivos de nacionalismo que se mueven. En este país en el que siempre había dominado una aristocracia con títulos nobiliarios y una gran vida disoluta, a la que se suma una clase de raíces aborígenes discriminadas a la que distinguen despectivamente como *los cholos,* se han vuelto los colombianos tan odiados, casi como los propios españoles.

Así, todos los contingentes que ha mandado Bolívar sin su presencia, son mal tratados. Se diría que ese año largo transcurrido entre la entrevista del Libertador con el Protector del Perú, fue un motivo de conjeturas desfavorables al Gran Caraqueño. Pero es del caso anotar que cosa similar también había ocurrido en su momento con el general San Martín.

Claro que aunque este ambiente reinaba en contra de él y los colombianos, Bolívar era dueño de su personalidad y producía unos efectos carismáticos. Como se ha detallado antes, nada en realidad lo detenía en sus propósitos. De manera que cuando el Libertador se debate con un congreso lento en Bogotá,

en el que se encunan pensamientos antibolivarianos y a eso se suma la situación de Pasto, en el Perú han ocurrido unos acontecimientos que alarman.

Los españoles, bien organizados, bajo el comando del general José de Canterac, eliminan en el propio enero de 1823 en Moquegua, cerca de Lima, al último ejército de chilenos y argentinos que llevó San Martín. Todo está al garete y se ve en el horizonte venir la reconquista. Como consecuencia, el mismo cuadro se proyecta a la Nueva Granada y a la propia Venezuela.

El aristócrata José Mariano de la Riva Agüero y Sánchez Boquete había sido elegido presidente del Perú por el congreso y entra en traición con los españoles y se instala en Trujillo. Entonces el congreso lo destituye y lo expulsa del Callao. Curiosamente, en medio de tamaña anarquía, el mismo congreso le pide a Sucre, quien está en Lima, que se encargue de la presidencia, cosa que hace el noble oficial venezolano. Mas la vida se ha vuelto tan insufrible entre la guerra civil o la reconquista española, que Sucre le entrega el poder a un exalcalde de Lima, de estirpe igualmente noble llamado José Bernardo Tagle, Marqués de Torre Tagle.

Éste reúne al congreso y le expresa que la única esperanza que queda es Bolívar, quien permanece en Guayaquil. Le envían entonces una comisión para que exponga al Gran Caraqueño lo que está ocurriendo y le suplique que ingrese al Perú con sus tropas como salvador.

Se repiten tres delegaciones más. De la última hace parte el poeta José Joaquín Olmedo, quien le haría después un canto grande a Bolívar. Él, properuano como se ha visto, viajó hacia Lima en el mismo barco en que lo hiciera San Martín y entró a ser parte del congreso.

Habla con Bolívar al cual ya admira. Y los comisionados le exponen la urgencia que existe de su presencia en Perú.

Esto ha ocurrido antes de librar el congreso colombiano la autorización del viaje de Bolívar.

El Libertador explica a los comisionados que aún no ha sido autorizado por el congreso de su país, donde él es el presidente de la república, aunque hay un encargado de la presidencia que es el general Francisco de Paula Santander. Ese es, pues, un problema insalvable de choque con la constitución colombiana.

Redacta luego Bolívar una respuesta señalando su deseo vehemente por la liberación del Perú y vuelve a expresar la excusa por no tener la licencia de su parlamento.

Y es en esos momentos cuando de modo imprevisto le llega de Bogotá la nota de Estado expedida el 3 de junio de 1823 por el congreso notificándole que constitucionalmente se le permite el movimiento. Naturalmente el transporte del documento demora un tiempo, pero al fin llega al Perú hacia finales de agosto. Y, según Marie Arana[24], "En menos de una hora está abordando el barco rumbo al Callao". Posiblemente la historiadora peruana exagere un poco… aunque hay que decir que ese era Bolívar. El Gran Caraqueño, dándose de manera tan fluida la invitación de los peruanos y produciéndose la licencia del congreso colombiano para su ingreso al Perú, lo decide como un cóndor al vuelo.

Y así, cuando llega al Callao ese 1° de septiembre de 1823, el recibimiento es glorioso. Fanfarrias, desfiles, carros con flores y las más bellas mujeres y personajes participando con gran entusiasmo. Era por supuesto el mismo recibimiento que dos años antes, el 12 de julio de 1821, también se le había tributado al General José de San Martín, Protector del Perú y Libertador de la Patria como aún hoy lo siguen reconociendo.

Sin duda alguna fue el general San Martín quien proclamó la independencia peruana, con la presencia del pueblo en la Casa de los Virreyes en Lima, hoy palacio de gobierno, el 28 de julio de 1821. Entonces dijo con gesto altivo y sonora voz militar:

> *¡El Perú es, desde este momento, libre e independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa, que Dios defiende! ¡Viva la patria! ¡Viva la libertad! ¡Viva la independencia!*

En su largueza para arreglar el problema sin derramamiento de sangre, San Martín había intentado antes una negociación directa con el propio virrey y los españoles, aún hablándoles conforme era su idea, de la instauración de un príncipe de esa nacionalidad como gobernante. Todo esto había fracasado y el general argentino había tenido que cargar con el odio de los peruanos que lo llegaron a calificar de traidor. Fue precisamente en ese momento cuando, fatigado de tantas intrigas, el gran hombre argentino entró al viejo palacio de los virreyes, o casa de gobierno a proclamar la independencia plena y absoluta de España, con lo que volvió a alimentarse su inicial prestigio de héroe.

Y es así que cuando en finales del año 22 se produjo la renuncia ante el congreso del General San Martín, de la que hemos hablado, el cuerpo constituyente

24. "Bolívar", de la escritora peruana Marie Arana, citado antes.

nombró a una junta provisional de gobierno integrada por José de la Mar, Felipe Antonio Alvarado y el conde de Vista Florida, Manuel Salazar Baquijano. Pero esta vez, con la llegada del Gran Caraqueño, el mismo congreso se ha movilizado hasta el Callao y le hace entrega del poder supremo a Bolívar y la presidencia al aristócrata Bernardo Tagle, IV Marqués de Torre Tagle, como una figura decorativa, quien también está allí en el Callao en ese recibimiento alborozado.

Bolívar, enamorado y pasional, lleva en el viaje a Manuela. El inglés James Thorne, esposo de ésta, vivía allí, en Lima, acompañado de la concubina que consiguió con la participación de la misma Manuelita, porque ésta era infecunda y Thorne quería tener hijos. Y a fe que los tuvieron. Ambos pues vivían en Lima, cuando Manuela se desplaza a Quito a conocer a Bolívar, con quien tempranamente sueña. O sea que ahora se vuelven a reunir.

A pesar de su concubina, el inglés ve como lo más natural sus derechos de marido sobre Manuela que reclama con energía.

Siguen a Lima donde el recibimiento es igual. Se diría que espontáneo y lleno de emoción. Una comisión del congreso saluda al héroe con gran emoción. Y Bolívar que es un orador portentoso, responde solemnemente bajo el embrujo de su palabra:

> *Los soldados libertadores no volverán a su patria sino cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales. Vencerán y dejarán libre al Perú o todos morirán. Yo lo prometo.*

Alfonso Rumazo, historiador ecuatoriano objetivo y serio, expone en su obra sobre Manuela Sáenz[25] lo que fue esa llegada de Bolívar al Perú:

> *Bolívar llega a Lima en forma espectacular (2 de septiembre 1823). El presidente del Perú Torre Tagle, viaja hasta el Callao para el recibimiento, en compañía de varios miembros del gobierno, de autoridades, de funcionarios. Las tropas han sido colocadas en dos alas para que pase el héroe. Se reviven los días de la entrada gloriosa de San Martín. La ciudad se encuentra embanderada, se disparan cañonazos, se arrojan flores a su paso, las persianas moriscas de los balcones están abiertas y las lujosas bellezas de Lima se disputan a porfía una mirada del hijo de Caracas. (...)*

Pero agrega a modo de pregunta metódica:

25. Manuel Sáenz la Libertadora del Libertador", A. Rumazo, ediciones Mundial Bogotá.

(…) ¿Estaba el Perú en condiciones de lanzarse con brío a tamaña empresa?

No. Todo lo contrario.

Cuando Bolívar llegó al Perú la revolución estaba agonizante. Anonadada en los campos de batalla hallábase desprestigiada en la opinión pública. Los sucesos posteriores a la salida de San Martín habían postrado a la nación en una serie de males tan grandes que el mismo Sucre hubo de confesar a tiempo que no veía más salvación posible que la presencia de Bolívar. Para lo político había quedado de presidente Riva Agüero y para lo militar el general Santa Cruz. El primero, miope y petulante, pensó que lo oportuno era desatar una campaña nacionalista contra los colombianos y se convirtió en el enemigo de Sucre desde el primer día.

El segundo, contra todas las opiniones sensatas y por sobre la autoridad de Sucre, se lanzó a una desastrosa campaña por el sur, con dirección al alto Perú, cuyo final fue la pérdida de más de cuatro mil hombres. ¡Regresó derrotado, sin haber combatido y con solo 700 soldados!

Estas eran las circunstancias reales que, más allá de la emoción de la llegada, permanecían yacentes y vivas en el suelo peruano, pero con una perspectiva de futuro que no dejaba de ser amarga.

Durante varios días Bolívar se entretiene en la gran ciudad. Va al teatro, asiste a fiestas, la bebida no ha sido nunca su debilidad, pero sí el baile. Le han escogido una casa elegante de las suntuosas mansiones que existen en Lima. Pero está en el fondo angustiado. El anterior presidente, el aristócrata de nombre rimbombante, José Mariano de la Riva Agüero y Sánchez Boquete, se ha negado a reconocerlo y levantó fuerzas contra el congreso; y lo que es peor, traiciona la causa patriota descaradamente con el virrey La Serna, que se encuentra en el Cuzco.

Al día 2 de septiembre el Libertador Bolívar es investido con todo el poder militar por el congreso. Él acepta, pero exige poderes especiales para establecer un control al desgreño, la inmoralidad y la corrupción tan rampantes y a la indisciplina. Le son otorgadas esas facultades.

Entonces decide no recluirse en la mansión, sino moverse. Sin embargo, en el elástico destino tan cambiante, los españoles han vuelto a tomar a Lima.

Pero Bolívar que es astuto, hace sus averiguaciones y descubre con pruebas a la mano la traición de Riva Agüero. Viaja entonces a Trujillo, donde éste se

halla, para capturarlo. Estando allí se encuentra con un coronel peruano muy valiente y honesto, Antonio Gutiérrez de la Fuente, muy amigo de Riva. Bolívar le pregunta sobre el patriotismo de éste y de la Fuente contesta que cree en él a pie juntillas. Bolívar le insiste y le dice: ¿Qué haría usted si yo le demuestro con pruebas su traición? Pues lo pondría preso. Entonces el Libertador le enseña los documentos pactados con el virrey; y ante la evidencia, el coronel La Fuente, al frente del batallón Cruceros, lo detiene.

Es el 25 de noviembre de 1823 y es convocado de inmediato un juicio de juzgamiento en el que se examina la posibilidad de aplicar la pena de muerte. Luego la cambian por un destierro a Guayaquil, que propone el propio Bolívar para Riva y sus amigos. Pero luego el Libertador acepta que Riva y su familia viajen desterrados a Europa, donde habrían de permanecer largo tiempo. Es un gesto noble de benevolencia de Bolívar, que gana amigos en el Perú y levanta la moral de todo el pueblo.

Pero al lado de esta felonía de tan alto nivel, ocurre así mismo un delito grave de desobediencia de parte del general Andrés de Santa Cruz, quien ha nacido en el Alto Perú. Éste, desconociendo que Sucre ha sido acreditado como el comandante general de las fuerzas aliadas, lo desconoce no obstante haber combatido con él bajo sus órdenes en la batalla de Pichincha; y también desconoce a Bolívar. Santacruz, por exhibicionismo y vanidad, con una poderosa fuerza de cinco mil hombres, se va a enfrentar al ejército español que se ha trasladado a la alta sierra al mando del virrey José de la Serna, José Canterac, Jerónimo Valdez, Olañeta el gobernante español del Alto Perú y el mariscal Monet.

Santa Cruz persiguió pensando que la suerte lo favorecía y podía, él solo, vencer a todo el cuadro español.

Era torpe esa desobediencia, pues de los cinco mil hombres bajo su comando, solo quedaron en pie seiscientos o setecientos. Todo esto aturde a los patriotas colombianos. Ni siquiera habían perdido en franca batalla, sino que los soldados fueron huyendo en las estribaciones de la sierra hasta un rio llamado El Desaguadero, lindero con el Alto Perú.

De igual modo muchos de los que componen el ejército colombiano están desertando de los batallones, especialmente pastusos reclutados a la fuerza después de la batalla de Pasto y otros ecuatorianos. Así mismo los pocos reductos chilenos también escapan desmoralizados. Un capitán de barco degüella más de trescientos caballos que van para los aliados, dizque porque no caben

en el barco. Los argentinos igualmente están escapándose para entregarse a los realistas.

Bolívar un tanto atribulado, piensa que solamente cuenta, de modo efectivo, con los cuatro mil hombres a cuya cabeza se encuentra Sucre y otros tres mil peruanos, contra un número superior, en tales momentos, a quince mil del ejército español.

A lo anterior se agrega que Bolívar, que ha estado en Trujillo y en otros lugares desplazándose a caballo por los extensos territorios del país inca y en barco en la costa norte del Perú, el primero de enero de 1824 siente que una enfermedad de fiebres intensas y vómito negro lo derriba. Detienen el barco y entran a un pequeño puerto en zona desierta peruana. Es Pativilca. Y entra allí con una fiebre despiadada, el vómito negro y un desaliento general como de muerte.

En Pativilca casi muere el Libertador Bolívar, antes de que se dieran las grandes confrontaciones. El mal que le afecta es el tabardillo, enfermedad de fiebre grande por la exposición intensa al sol. A esto hay que agregarle los problemas de la bilis, que lo redujeron a un estado depresivo de gran tristeza.

El cuadro anímico y físico de Pativilca derrumba al Libertador, que en esos momentos desolados sabe que de ninguna manera puede ganar y que su gloria, de la que era tan celoso, quedará allí reducida en el polvo de la primera gran derrota.

Un escritor venezolano, Américo Fernández[26], formula este interesante comentario:

> *El 7 de enero de 1824 Bolívar se halla en Pativilca, enfermo, y con ganas de abandonar la causa. Sobre ello escribe a Santander a Bogotá porque el problema no es solo su salud complicada y agravada por su intensa marcha por el Sur en manos de fuerzas enemigas poderosas, sino las continuas deserciones y la falta de un ejército numéricamente importante, disciplinado y coherente.*
>
> *Bolívar pide auxilios a Colombia porque los godos son poderosos y hacen movimientos envolventes. Pero el Libertador se pregunta qué hacer con los auxilios en caso de que lleguen sino son tropas organizadas sino reclutas sin disciplina, sin moral, sin orden y sin equipo. Qué pueden hacer sus 7.000 hombres contra 12.000 del enemigo ya vencedores, aguerridos y orgullosos.*

26. Crónicas de Américo Fernández. Conocido por haber escrito una serie de crónicas sobre los hechos y personajes de la independencia.

Bolívar ve el panorama demasiado oscuro. Sobre todo porque el gobierno de Colombia no responde eficiente ni suficientemente con tropas. "Si hay 400 granadinos o venezolanos -dice en su carta a Santander el Libertador- *es lo que más tenemos, y los suranos son tan desertores como no hay ejemplo; tanto es, que hemos perdido ya 3.000 hombres en el ejército del Perú. De todo esto se deduce que yo no me quiero encargar de la catástrofe de ese país".*

"Además -continúa el Libertador su misiva a Santander-*, no quiero encargarme tampoco de la defensa del Sur, porque en ella voy a perder la poca reputación que me resta con hombres tan malvados e ingratos".*

Bolívar manifiesta a Santander que debido a esta situación no le queda más alternativa que irse a Bogotá tan pronto se restablezca de sus males agravados tras una prolongada marcha por la sierra del Perú. Se trata de una complicación de irritación interna y de reumatismo, de calentura y de un poco de mal de orina, de vómitos y de dolor cólico.

Todo esto -dice Bolívar- hace un conjunto que me ha tenido desesperado y me aflige todavía mucho.

Ya no puedo hacer un esfuerzo sin padecer infinito. Ud. no me conocería porque estoy muy acabado y muy viejo, en medio de una tormenta como esta represento la senectud... "Mas Bolívar se restablecerá, permanecerá en Pativilca hasta marzo y en junio con su victoria en la batalla de Junín cambiará todo el panorama oscuro que el 7 de enero en medio de las calenturas de sus males veía con deprimente pesimismo".

El cuadro es patético. No obstante lo cual Bolívar permanecerá en ese pequeño reducto del mar, Pativilca, durante cuatro meses. Lo agudo de su cuadro clínico durará ocho días y lo demás es recuperación. Sin embargo, ese ser aletargado en la propia miseria de su enfermedad, está pendiente de todo el panorama de sucesos y hasta le envía una carta al general Bartolomé Salom a Popayán el 25 de enero, en plena convalecencia, para ordenarle que lleve al obispo de Popayán a Pasto en busca de mediar con sentimiento cristiano contra toda la soberbia y el odio.

Veamos, con la dispensa del lector, como enfoca el historiador José Manuel Restrepo[27] todos estos hechos dramáticos:

27. Obra citada antes.

Trasladose en consecuencia Bolívar a Pativilca, pequeño puerto situado treinta leguas al norte de Lima (...) Desgraciadamente, las fatigas del viaje por aquellos ardientes arenales le causaron una fuerte enfermedad de irritación en el estómago y de violenta fiebre, que le tuviera postrado en cama y delirando, desde el 1º de enero hasta el 8. Entonces principió a ceder la enfermedad, aunque por algún tiempo se mantuvo débil en extremo y su ánimo se turbó luego que se disminuyeron las fuerzas físicas. Veía el horizonte político negro por doquiera, y llegó a persuadirse que estaba comprometida fuertemente su reputación en el Perú, y que sería muy difícil salir con lucimiento.

Por fortuna arribó a Pativilca el señor Joaquín Mosquera[28]*, amigo íntimo del Libertador, quien habiendo tenido noticia en Supe de su enfermedad, fue inmediatamente a acompañarle en aquel peligro de su vida. Hallole convaleciente, flaco y extenuado. "Estaba, dice Mosquera en una carta, sentado en una pobre silla de vaqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco y sus pantalones de guin, que le dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil, y su semblante cadavérico.*

Tal aspecto debía causar a Mosquera un profundo sentimiento y cuidado con la vida de Bolívar.

Aquella terrible enfermedad no podía acaecer en época más peligrosa. El ejército de seis mil hombres que el General Santa Cruz condujo al Alto Perú, se había disipado sin pelear, y huyendo de los españoles desde Oruro hasta el Desaguadero. El de Chile había regresado a su país, abandonando la causa de la Independencia del Perú. Solo quedaban, pues, para sostenerla, cuatro mil colombianos situados de Cajamarca a Santa, mandados por el General Sucre, y como tres mil peruanos, que se organizaban y se disciplinaban en el Departamento de Trujillo. Tan débiles fuerzas debían oponerse a veintidós mil hombres, bien disciplinados y valientes, de que se acompaña el ejército español en el Alto y Bajo Perú. Para completar este negro cuadro añadiremos que los peruanos estaban divididos en bandos y partidos políticos que contrariaban la unidad y el vigor de acción.

28. Hermano de Tomás Cipriano y del arzobispo Mosquera. A la sazón, nombrado por el mismo Bolívar, era agente diplomático de Colombia en el Perú. Fue además el primer presidente constitucional después de Bolívar.

En tan críticas circunstancias, pregunta Mosquera a Bolívar: "¿Y qué piensa usted hacer ahora?" "!Triunfar!" fue la contestación del Libertador (...)

(...) Continuando Mosquera tan notable e interesante conversación, le preguntó en seguida: "¿Qué hace usted para triunfar?". Entonces, con un tono sereno y de confianza, le dijo: "Tengo dadas las órdenes para levantar una fuerte caballería en el Departamento de Trujillo; he mandado fabricar herraduras en Cuenca, en Guayaquil y Trujillo; he ordenado que se tomen para el servicio militar todos los caballos buenos del país; y he embargado todos los alfalfares para mantenerlos gordos. Luego que recupere mis fuerzas, me iré a Trujillo. Si los españoles bajan de la cordillera a buscarme, infaliblemente los derroto con la caballería. Si no bajan, dentro de tres meses tendré una fuerza para atacar, subiré la cordillera y derrotaré a los españoles que están en Jauja".

Bueno, allí aparecen los dos estados antagónicos del Libertador Bolívar: está el cuadro del hundimiento vital y espiritual de un hombre obsesivo e irreductible, por un lado, y por el otro, el regreso de la voluntad briosa buscando el triunfo donde nadie lo podía encontrar. Porque lo admirable históricamente es que, como se vio, cuando en medio del dolor y la enfermedad se le pregunta qué piensa hacer, grita huracanado: ¡Triunfar!, por encima de la debilidad de su cuerpo.

El espíritu de acero espera pacientemente, cuando todo lo tiene planificado en su cabeza. Y así, tal como describe previamente las acciones y movimientos militares tan pronto se recupere, habría de ocurrir como veremos luego. Es la mente por encima de la debilidad humana.

Entre tanto Manuela que conforme a los deseos del Libertador lo evita, andaba contra su voluntad enredada en constantes encuentros con el tenaz inglés, quien la sigue y persigue, no obstante tener él mismo su entretenimiento en casa, y una hija -después aumentaron- lograda en los amores suplentes que le ayudó a conseguir la misma quiteña.

A finales de octubre Manuela, fatigada de la persecución de Mr. Thorne, le escribe una misiva diciente, impulsiva, irreverente y burlona, que refleja todo su temperamento:

Lima, octubre de 1823. ¡No, no, no más hombre, ¡Por Dios! ¿Por qué me hace usted escribirle, faltando a mi resolución? Vamos, ¿qué adelanta usted sino hacerme pasar por el dolor de decirle mil veces no?

Señor: usted es excelente, es inimitable; jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de usted, sería nada.

¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de este general por siete años, y con la seguridad de poseer su corazón, preferiría ser la mujer de otro, ni del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo, o de la Santísima Trinidad?

Si algo siento es que no haya sido usted mejor para haberlo dejado. Yo sé muy bien que nada puede unirme a Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor.

¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi esposo? ¡Ah!, yo no vivo de las preocupaciones sociales, inventadas para atormentarse mutuamente.

Déjeme usted en paz, mi querido inglés. Hagamos otra cosa. En el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra no. ¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo que usted es muy descontentadizo.

En la patria celestial pasaremos una vida angélica y toda espiritual (pues como hombre, usted es pesado); allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores digo; pues en lo demás, ¿Quiénes más hábiles para el comercio y la marina?). El amor les acomoda sin placeres; la conversación, sin gracia, y el caminar, despacio; el saludar, con reverencia; el levantarse y sentarse, con cuidado; la chanza, sin risas. Todas estas son formalidades divinas; pero a mí, miserable mortal, que me río de mí misma, de usted y de todas las seriedades inglesas, ¡Qué mal me iría en el cielo! Tan malo como si me fuera a vivir en Inglaterra o Constantinopla, pues me deben estos lugares el concepto de tiranos con las mujeres, aunque no lo fuese usted conmigo, pero sí más celoso que un portugués. Eso no lo quiero. ¿No tengo buen gusto?

Basta de chanzas. Formalmente y sin reírme, y con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo que no me juntaré jamás con usted. Usted es anglicano y yo atea, es el más fuerte impedimento religioso; el que estoy amando a otro, es el mayor y más fuerte. ¿No ve usted con qué formalidad pienso?

Su invariable amiga, Manuela

Claro que si el señor James Thorne no tenía acceso a las delicias del tálamo con Manuelita, ésta tampoco las tuvo con Bolívar, enfrentando en Pativilca los conflictos y enredos de la muerte cerca.

Para el 5 de febrero del año 24 Bolívar aún se encuentra en Pativilca, donde ha concentrado su comando y tiene varios amanuenses para dictar cartas de mando profusamente. Continúa la convalecencia después del terrible debilitamiento que sufrió, pero despacha con el ritmo que reclaman los hechos atropellados que se viven.

Ese día tiene lugar un suceso muy grave: un grupo de oficiales argentinos y chilenos del bando patriota, a cuya cabeza se encuentra un sargento argentino de nombre Dámaso Moyano, se apodera del Fuerte del Real Felipe de El Callao, que dominan las armas republicanas y por supuesto el puerto, muy cercano como se sabe a Lima. Protestaban porque no se les habían pagado los sueldos ni las planillas de alimentación ni los gastos de regreso.

Moyano, como un traidor cualquiera, al frente de un contingente numeroso, pone presos al gobernador, general Alvarado, y al comandante de la marina general Vivero, a quienes había colocado allí el presidente José Bernardo de la Torre y Portocarrero, Marqués de Torre Tagle. Y como parte de su gran desafío, ponen en libertad a los numerosos presos españoles a cuya cabeza se encuentra el coronel José María Casariego. Acto seguido hace izar la bandera de España y pide una recompensa de 100.000 soles para devolverlo a los patriotas.

Dos días después hace su aparición el teniente coronel Isidro Alaix, enviado por el general español José Ramón Rodil y Campillo y se toma el Callao y el fuerte. A continuación Rodil aparece en el fuerte y entra a ejercer el mando, que se extiende a todo el puerto. Lleva dos mil hombres. En el acto asciende a coronel al sargento Moyano y les entrega la cantidad de diez mil soles. Digamos que un buen dinero.

Se pierde pues el gran esfuerzo realizado antes para tener ese puerto insignia y por supuesto, también se pierde la capital Lima.

Y hay algo peor aún, que todavía no se conoce en toda su integridad: el presidente Torre-Tagle también se ha vendido previamente al español, a espaldas del Libertador. Ante la situación cada vez más apremiante, éste piensa que debe buscarse un armisticio y envía a Torre Tagle, como presidente y a su ministro Juan Berindoaga a Jauja para entablar conversaciones con el general español, de origen francés, César José de Canterac, comandante de la fuerza realista. El asunto, según los españoles, no daba para alcanzar el conocimiento de la alta jerarquía del virrey José de la Serna.

En el desempeño de la misión confiada por Bolívar -con plenos poderes como se ha visto- Torre Tagle, al igual que lo había hecho Riva Agüero, desarrolló toda su traición. Ni siquiera propuso el armisticio, pero ofreció al español que se restablecía el gobierno ibérico y algunas condiciones adicionales. Es importante ver lo que apunta Restrepo[29] tan bien informado como estuvo siempre:

> *El general Canterac era quien manejaba el hilo de tal negociación, que se adelantaba secretamente. Torre Tagle ofrecía a los españoles restablecer en Lima la autoridad real, entregar la plaza de El Callao y prestar a su amo el Rey cuantos servicios le fuera posible para remachar las cadenas del Perú, contribuyendo a la destrucción de los auxiliares colombianos, argentinos y chilenos, que derramaban su sangre por dar independencia y libertad a aquel país.*

Todo esto ha ocurrido unos meses atrás, cuando aún Lima permanecía en poder de los patriotas, aunque solo la sostenía un batallón de setecientos hombres. Veamos la descripción de tales sucesos inmediatos, tal como los expongo en mi citado libro sobre Córdova[30]:

> *Es entonces cuando se reúne el Congreso Constituyente del Perú el 10 de febrero de 1824 y, en una sola sesión, decide bajo el desespero de las causas perdidas, investirlo del poder supremo* -a Bolívar-*, como ocurrió con Cincinato en la antigua Roma. Se le otorga la dictadura para que, lejos de la dispersión y las continuas traiciones al más alto nivel, pueda dirigir omnímodamente la guerra y la economía desde el mando supremo. Es teóricamente un mando muy alto, pero reducido por las circunstancias tan adversas que se vivían.*
>
> *Bolívar calibra el reto y conociéndose suficientemente a sí mismo, el 13 de febrero* -mismo año 24- *se presenta al Congreso y en una proclama reúne de nuevo las esperanzas:*
>
> *¡Peruanos, las circunstancias son horribles para nuestra patria! Vosotros lo sabéis; pero no desesperéis de la República. Ella está expirando, pero no ha muerto aún. El ejército de Colombia está todavía intacto y es invencible. Esperamos además diez mil bravos que vienen de la Patria de los héroes de Colombia. ¿Queréis más esperanzas? ¡Peruanos! En cinco meses hemos experimentado cinco traiciones y defecciones; pero os quedan contra millón y medio de enemigos catorce millones de americanos que os cubrirán con el escudo de*

29. José Manuel Restrepo, autor, obra citada.

30. "Córdova, gloria y asesinato del héroe", citado antes.

sus armas. La justicia también nos favorece, y cuando se combate por ella, el Cielo no deja de conceder la victoria.

Tal vez el primer acto como Dictador del Libertador Bolívar fue enviar a Lima al general argentino Mariano Necochea a que tratara de salvar lo que alcanzara. En ese momento la traición de Torre-Tagle y su inicuo ministro Berindoaga se había consumado. Había llamado a los españoles a que ocuparan la capital y todos los poderes les fueron entregados. El infame presidente republicano José Bernardo de la Torre, Marqués de Torre-Tagle -cuyo nombre inexplicablemente ostenta, aún hoy, con honor la Cancillería peruana- lanza una proclama contra Bolívar en la que utiliza los peores términos. "Tirano y monstruo -lo llama-, enemigo de todo hombre de bien y de quien se opusiera a sus monstruosas ambiciones".

Nada fácil le fue a Necochea cumplir su misión en Lima, donde llegó el 27 de febrero. Sin embargo, rescató a cuatrocientos soldados y se percató de todas las infamias cometidas contra los colombianos.

El lector debe llevar su imaginación a un escenario de confluencias tan desastrosas como las que se vivían, para calibrar el genio del Gran Caraqueño, todavía bajo los efectos devastadores de su enfermedad en Pativilca. Primero, con un gobierno y un congreso en Bogotá creados por él, que lejos de comprender el alto alcance de una victoria en el Perú, más el trance de vida o muerte que se vive allí, le quita la libertad de movimiento a su presidente constitucional y héroe Libertador al cual le impide participar en las batallas. Son las últimas medidas adoptadas en Bogotá. Y también prohíbe el envío de refuerzos sin el consentimiento del mismo legislativo, con toda la rémora de los trámites y debates en favor y en contra. Por lo demás, ha perdido la mitad de las fuerzas republicanas por la acción de los propios amigos -hay que recordar a Santacruz- y de los traidores, entre ellos dos presidentes de la República del Perú.

Los españoles lo duplican en fuerzas y en profesionalismo y, casi que de modo simultáneo, pierde el puerto más importante de El Callao donde posee un equipo de guerra y barcos, mientras que con la misma traición de Torre-Tagle, casi que a manera de un puntillazo final, también se pierde la capital Lima con todos los recursos no solo propios, sino peruanos.

El riesgo de que los españoles lleguen a Pativilca donde aún se encuentra Bolívar, es cosa marcada en el tiempo como ineludible. Es por eso que después de meditarlo, y más allá de cualquier desesperación, Bolívar sabe que debe

moverse de inmediato hacia Trujillo, donde existen acantonadas las fuerzas básicas más importantes de los libertadores de Colombia. Allí está Sucre a quien manda a llamar y le da instrucciones terminantes que hay que hacer conocer del comandante de Guayaquil para desviar los barcos. Córdova está próximo a llegar en medio de este desastre.

En ejercicio de la autoridad plena que se le ha confiado, Bolívar manda a detener al traidor de Torre-Tagle, pero éste logra escaparse al Fuerte del Real Felipe del Callao. No duraría allí por mucho tiempo, pues la muerte por escorbuto lo estaba esperando.

A comienzos de marzo Bolívar se moviliza con las fuerzas que mantiene en Pativilca hacia la importante ciudad de Trujillo, donde se encuentra Sucre, como ya se ha narrado, con una guarnición importante.

El traidor Torre Tagle ha lanzado un manifiesto injurioso y calumnioso contra el dictador venezolano Bolívar, que ha regado por todo el país. El Gran Caraqueño, con su estilo elegante le contesta desde Trujillo con otro manifiesto, que igualmente hace llegar a todo el Perú, con fecha marzo 11 -mismo año 1824- en el que dice:

¡Peruanos! Vuestros Jefes, vuestros internos enemigos han calumniado a Colombia, a sus bravos y a mí mismo. Se ha dicho que pretendemos usurpar vuestros derechos, vuestro territorio y vuestra independencia. Yo declaro a nombre de Colombia, y por el sagrado honor del ejército libertador, que mi autoridad no pasará del tiempo indispensable para prepararnos a la victoria; que al acto de partir el ejército de las provincias que actualmente ocupa sereis gobernados constitucionalmente por vuestras leyes y por vuestros magistrados.

¡Peruanos! El campo de batalla que sea testigo del valor de nuestros soldados, del triunfo de nuestra libertad, ese campo afortunado me verá arrojar de la mano la palma de la Dictadura; y de allí me volveré a Colombia con mis hermanos de armas, sin tomar un grano de arena del Perú; dejando la libertad.

Esta promesa, sin duda alguna, fue cumplida por Bolívar. Pero las cosas, como se ve, están saliendo mal. Lo que más temía el Libertador, que era la pérdida del fuerte Real Felipe de El Callao y del importante puerto, se produjo como se ha visto, por la traición de los argentinos. Los barcos que traen las esperadas ayudas del gobierno central de Colombia deben buscar otros puertos más al sur de menor eficacia y mayor peligro. Y es así que se produce la esperada llegada

del general José María Córdova, quien viaja en la goleta Macedonia con mil soldados colombianos y viene escoltada por las fragatas Limeña, Monteagudo y Mirror. Ha salido de Guayaquil el 29 de febrero.

El pequeño convoy se desintegró antes de su desembarcó en Pacasmayo, al sur. En la trayectoria habían perecido 130 efectivos veteranos. Los buques hacían agua, y estaban mal preparados y mal acondicionados. Un desastre. Y algo más grave, el armamento no venía con ellos. Córdova había permitido que por la estrechez e incomodidad del viaje se transportaran en otra nave del convoy.

Bolívar se indignó con el propio Córdova y al mensaje de llegada que le envía éste, contesta con una carta el 27 de febrero -mismo año 24- fuerte y discriminatoria, dictada por él a su secretario amanuense:

Al señor general José María Córdova. En este instante acaba S. E. de recibir las comunicaciones que Us. conducen de Bogotá y la nota de Us. de Pacasmayo. Sin duda ha extrañado mucho que la Macedonia, único buque de guerra que escoltaba el convoy de la Monteagudo y la Mirror se haya separado de ellas dejándolas expuestas al peligro de ser tomadas por los corsarios españoles.

También ha extrañado S.E. mucho que conduciendo la Limeña el armamento de la columna, no lo hubiera Us. tomado a bordo de la Macedonia o a bordo de los transportes, pues ahora resulta el gravísimo mal de que la columna venga desarmada. Así, S.E. con esta fecha, previene al señor coronel Ordegoso, Comandante General de Lambayeque, que mande volando a buscar por tierra a Paita el armamento y cuando tenga a bordo dicho buque perteneciente a la columna y cuando haya recibido el Guayaquil para conducir a este ejército.

Así previene S. E.: 1. Que luego que se desembarque toda la columna se ponga Us. en marcha para esta ciudad, haciendo muy cortas jornadas para que la tropa no se estropee, y que las marchas nunca se emprendan antes de las tres de la tarde. 2. Que todo el material de la columna sea conducido por el Coronel Torres Valdivia a esta ciudad. 3. Que Us. tome del señor Torres Valdivia las noticias necesarias sobre el itinerario que debe seguir hasta esa ciudad. A este Coronel y al Coronel Orbegoso se les previene que anticipadamente hagan preparar todo para la tropa en las pascanas que determinen, para que nada falte a la tropa. 4. Que los enfermos estropeados vengan en la goleta Macedonia a Huanchaco, y que las fragatas de transporte vuelvan inmediatamente a Guayaquil. Dios etc. Trujillo, marzo 27 de 1824. J. Gabriel Pérez. (este J. Gabriel Pérez era su secretario, mismo que firma el acta de la entrevista con San Martín).

Claro que la posición en Trujillo es transitoria, como ya se ha anotado. La guerra es dinámica y se mueve. De manera que cuando el general José de Canterac observa que Bolívar se moviliza al territorio minero de Pasco, él, al mando del grueso de la tropa española, se acerca a Humaluco y a Humalies y Huamachuco. Esa movilización recíproca busca el encuentro final. Llevan varios años de expectativa y una guerra a medias. O sea que todos, por ansiedad humana, quieren terminar esa aventura real que los embarga; y los españoles creen que todo está de su parte.

Bolívar sabe que reuniendo sus cinco mil hombres y otros dos o tres mil más que están prometidos que deben llegar de Guayaquil, no puede perder la batalla. A pesar de la prohibición que le ha determinado el congreso de no dirigir tropas, él se mueve y organiza. Envía muchas cartas al vicepresidente y al propio congreso y hasta se aventura a decir que se apresta para ir de viaje a Bogotá a fin de cumplir esos objetivos en busca de auxilio.

Veamos esta patética carta de 25 de febrero de 1824, estando aún en Pativilca, en la que, con la firma de su secretario J. Gabriel Pérez al que ha dictado la carta dirigida al Secretario de Guerra, el venezolano general Carlos Soublette, describe su casi desesperada situación, sin numerario y con pérdidas tan importantes como las que está sufriendo:

Secretaría General – Cuartel General en Pativilca, a 25 de febrero de 1824 – Al señor Secretario de Estado del Despacho de la Guerra de la República de Colombia.

Señor Secretario: El 5 del presente se sublevó el regimiento del Río de la Plata, que guarnecía las fortalezas del Callao; prendió a todos sus Oficiales y al Gobernador; puso en libertad a los prisioneros españoles detenidos en las bóvedas; proclamó al Rey de España y enarboló su pabellón en los tres castillos. Mil y mil tentativas se han hecho para hacer una contrarrevolución y poner de nuevo en nuestro poder las fortalezas, pero todo hasta ahora ha sido inútil, y los facciosos continúan siendo dueños de ellas.

Este desgraciado acontecimiento, que nos ha arrancado el único punto fortificado del Perú y nos ha privado de los depósitos considerables de elementos de guerra de todo género que contenía, es de una trascendencia incalculable.

Se perderá la ciudad de Lima porque no hay tropas que oponer al Brigadier Rodil, que se movió ya sobre ella desde Pisco, que sólo dista sesenta leguas; y

con la pérdida de la capital perderemos una gran parte de la moral y de los infinitos recursos que da una capital tan populosa como aquélla.

Las noticias de la Sierra aseguran que se espera a Valdés en Jauja, donde se halla Canterac actualmente con cerca de siete mil hombres, y será reforzado por Valdés con más de cuatro mil. Reunidos Canterac y Valdés, marcharán sobre nuestras posiciones de la Provincia de Huamalíes, en la Sierra, y los otros no podemos hacer frente con cuatro mil colombianos a once mil realistas. (...)

Su excelencia repite hoy lo que ha dicho tantas veces: que si no es auxiliado por el Gobierno por lo menos con doce o dieciséis mil hombres armados y equipados, entre ellos mil por lo menos de caballería de llaneros de Venezuela, no puede responder ni del Perú, ni de la salvación del ejército de Colombia que se halla aquí, ni de los Departamentos del Sur, que todos caerán en poder del enemigo, pudiendo quizá ir a hacer alto del otro lado del Juanambú si los pastusos están para entonces ya exterminados. La urgencia y la prontitud con que su Excelencia reclama y espera estos auxilios debe conocerla el gobierno por la posición en que se halla su Excelencia frente al enemigo, con menos fuerzas que él *y con inmensos desiertos para una retirada. (...).*

Muchas veces ha demostrado su Excelencia el Libertador al Gobierno que la pérdida del Perú produciría necesariamente la del todo el Sur de Colombia, y que el enemigo poderosamente reforzado aquí, comenzara en Colombia una nueva guerra; que cuantos refuerzos y auxilios se envíen en favor del Perú son otros tantos medios de seguridad propia...

No hay cómo ponderar a Usía la escasez del numerario que tenemos; así es que su Excelencia insta por que los dos millones que pide no se le remitan todos en letras, que son muy difíciles de cambiarse, sino que se le remita en numerario tanto cuanto se pueda, y si es posible la mayor parte. Dios guarde a Usía. J. Gabriel Pérez.

A estas falencias económicas que describe el Libertador hay que agregar un gasto mayor inaplazable: los barcos de que dispone el ejército colombiano y el del Perú, todos necesitan el encarenamiento urgente, inmediato, para salvarlos de la destrucción a que han estado sometidos por tener que acudir a puertos menores en medio de un mar casi siempre agitado y convulso.

Como los auxilios colombianos no llegan, el Libertador ejerce las facultades plenas que le ha entregado el gobierno del Perú y arbitra un dinero, sobre

todo en el centro minero de Pasco, recursos con los que logra cambiar todo su equipo equino, adquiere uniformes, recluta peruanos y aumenta el parque.

Hay, por supuesto, una regla imperativa para él: no puede perder ninguna batalla. Si hubiere una retirada su ejército no la resistiría en el paso de un desierto como el de Sechura con treinta y dos leguas de ancho. O sea que la suerte está por definirse y además, los mismos españoles han decidido que será en la alta sierra donde habrá de decidirse la suerte americana.

Mas en medio de tanta penuria y las enormes dificultades a las que se sobrepone con su genio imbatible, sobreviene un hecho interno dentro de las filas españolas que es como una bendición del cielo para el Gran Caraqueño y sus tropas:

Se entera de que, como consecuencia de la actitud del rey Fernando VII al desconocer la Constitución de la Pepa y abrir el cadalso para los liberales que la habían expedido en la península, el ejército mismo se ha dividido no solamente en España sino en el Perú. Precisamente ese fue el motivo que provocó la Revolución del general Rafael del Riego en enero de 1820 en la Península, y por cierto también lo fue para que Morillo no recibiera los refuerzos que esperaba y regresara, cuando aún no había cumplido hasta su final la misión represora. Fue un "Golpe de Fortuna loca", que llamó el propio Bolívar y que recoge la importante obra del autor colombiano José Antonio Salazar Cruz[31] en la que toca el tema ampliamente.

Las pasiones se han exacerbado en esa vieja España, con un país dividido durante cien años, pues a la lucha de independencia americana sucedieron las conocidas guerras carlistas y posteriormente la de republicanos y realistas y finalmente la guerra civil de los años treinta del siglo pasado; y ese odio, ya en aquel momento, ha trascendido a América.

De ahí que el virrey José de La Serna y Martínez, duque de Los Andes, fuere de tendencia liberal, es decir contrario al absolutismo real que había restaurado el antiguamente llamado El Deseado. El general Canterac y otros más siguen la orientación del virrey. Por su parte el general Pedro Antonio Olañeta, antiguo comerciante -oficio que todavía desempeña- y comandante del Alto Perú, era súbdito cerrado del rey y practicaba su política de vieja estirpe conservadora.

Por supuesto la diferencia política entre ambos sectores comenzó a sentirse en el Perú desde 1823; y Olañeta, que es poderoso, comenzó a adoptar una política

31. "Golpe de fortuna loca", Búhos Editores Ltda., Tunja, Colombia, Noviembre 2020.

contraria a la que desarrollaba La Serna desde El Cuzco, su capital. Veamos lo que sobre ese tema tan importante escribe el observador doctor José Manuel Restrepo en su obra[32] tantas veces citada:

> *En los últimos días del año anterior principió Olañeta a ejecutar por sí solo operaciones que no eran de un vasallo sumiso, batiendo al General La Hera, Gobernador del Potosí, y al Brigadier Maroto, que mandaba en la Provincia de Charcas; ambos tuvieron que abandonar sus Gobiernos, y habiendo seguido el partido de Olañeta el Coronel don Francisco Valdés, apellidado el Barbarucho, y el Gobernador de la Provincia de Santa Cruz de la Sierra, don Francisco Aguilera, quedó dueño de todo el Alto Perú desde el Desaguadero.* (en este Desaguadero fue donde el general Santacruz perdió, como se vio antes, casi todas las tropas patriotas, en un juego torpe de irresponsabilidad)
>
> *Para colorir su atrevida empresa, decía Olañeta que el Virrey era un intruso que tenía el proyecto de establecer un imperio independiente que se extendería desde Túmbez hasta Túpiza; plan que también se había atribuido por los exaltados realistas a Abascal y al General Goyeneche. Añadía Olañeta que siendo decididos sostenedores de la Constitución española los Jefes Laserna y sus tenientes, no reconocerían al Rey Fernando en la plenitud de su poder luego que la recuperase. En efecto, supo este acontecimiento por la vía de Buenos Aires, y con grande solemnidad proclamó en 21 de febrero, en la ciudad de Charcas o Chuquisaca, a Fernando VII como Rey absoluto.*
>
> *El Virrey había destacado contra Olañeta al General don Jerónimo Valdés a la cabeza de una brillante división, compuesta de cuatro batallones, cuatro escuadrones y dos piezas de montaña. En su marcha al Alto Perú supo Valdés el pronunciamiento de Olañeta por el Rey absoluto; creyendo ganarle hizo lo mismo el 29 de febrero, disposición que aprobara el Virrey. Empero, de nada sirvió tal paso, ni una entrevista que tuvo con Olañeta. Mantúvose* éste *firme en que el solo debía mandar política y militarmente en las Provincias del Alto Perú. Decía que Laserna y todos sus lugartenientes habían cesado en sus destinos por el decreto de Fernando VII, dado en el Puerto de Santa María en 1° de octubre, declarando abolido e insubsistente todo cuanto se hubiera hecho en el tiempo que rigió la Constitución de 1812* -la Pepa-. *Por una condescendencia ofrecía Olañeta reconocer a Laserna como Virrey de Lima, siempre que éste*

32. Restrepo, "Historia de la revolución de Colombia", t. 5, antes citada.

reconociera también su autoridad en el Alto Perú, que antes correspondía al Virreinato de Buenos Aires. No se conformó el Virrey con estas condiciones, y dio a Valdés órdenes terminantes para abrir la campaña si Olañeta no se sujetaba a "presentarse en El Cuzco con sus principales partidarios, a fin de que fueran juzgados, con arreglo a las leyes, los que hubieran sido causa de tan escandalosas desavenencias".

Principiose en consecuencia la guerra el 20 de junio, para la cual tenía ya Olañeta preparados en varios cuerpos cerca de cuatro mil hombres, mandados por valientes Jefes que opusieron a la actividad y pericia militar de Valdés la más vigorosa resistencia. Distraído el ejército real por la discordia civil, no pudo marchar hacia el Norte a destruir al denodado y activo caudillo de la Independencia.

Persuadido el Libertador de que tardarían mucho en arribar al Perú los socorros de toda especie que había pedido a Colombia, y estando aún incierto de que se le enviaran, se decidió a obrar con la mayor prontitud y decisión, sacando del país que mandaba -Perú- *todos los recursos que pudiera. Usando, pues, de la plenitud de facultades anexa a la dictadura que ejercía, y desplegando la actividad y los resortes de su poderoso genio, hizo prodigios en poco tiempo. Auxiliado por los generales Sucre, Lamar, Santacruz*[33]*, Necochea, Miller, Lara, Córdova, y otros varios jefes y oficiales, consigue restablecer en dos meses la moral del ejército unido; le aumenta desde siete a nueve mil quinientos hombres de toda arma, le disciplina e infunde a sus cuerpos el noble orgullo de los colombianos, que tantos laureles había cegado en los campos de batalla.*

O sea que según esta larga y diciente cita, la situación que sobreviene de la misma España, sin duda alguna feliz para los patriotas, es una circunstancia adicional sobreviniente de la pelea interna de los realistas; y fue, sin duda alguna, la causa fundamental de la victoria próxima para americanos.

Con ella se elevó el orgullo nacionalista en la integración patriótica bajo el genio del Libertador y se eliminaron las diferencias que reinaban.

Se diría que en adelante el destino estaba señalado con signos inequívocos, aprovechados por el talento del jefe caraqueño.

33. Esta nota al pie fue puesta por el doctor Restrepo y dice: "Después que Santacruz había cometido tantos desaciertos entre los cuales se contó el de haber hostilizado al Libertador, declarándose partidario de Riva Agüero, se retiró avergonzado a Piura. Bolívar siempre generoso, le llamó a su lado, y le hizo Jefe de Estado Mayor General. Después daría un golpe de estado.

Bolívar entonces ordena la gran movilización para unificar sus efectivos, que deben llegar al sitio señalado por él, de donde saldrían sobre la marcha en busca del enemigo. Es el mes de mayo -1824-.

Vienen muchos de Cajamarca, distante doscientas leguas del sitio convenido que es la tierra minera de Pasco, pasando por la llanura y la escarpada y fría sierra andina. Todo el ejército patriota ha sido dividido en once batallones, siete colombianos y cuatro peruanos. Estos últimos están al mando del general José Domingo de La Mar. Sucre es el comandante en jefe de todo el ejército patriota que alcanza la cifra de nueve mil quinientos hombres.

Por primera vez éstos superan en número a las fuerzas realistas que llegan a siete mil quinientos. Luego aumentarían un poco. El resto de la tropa realista se encuentra diseminada en El Callao y Lima.

En el mes de junio las tropas en busca de llegar a su meta de Pasco, han pasado por las poblaciones peruanas en el ascenso de la cordillera y han sido bien recibidas. Ha operado un cambio ostensible de simpatía patriótica, mientras se desarrolla el duro paso por la montaña helada. Al fin llegan a Huanuco y a la cabeza se encuentra Bolívar a quien reciben con gratitud.

Las tropas están divididas estratégicamente por el propio Libertador. A la vanguardia de la marcha va Córdova, en el centro José La Mar y en la retaguardia el general Jacinto Lara. Sucre está desempeñando el papel logístico de recoger alimentos para sostener un ejército tan grande cuando lleguen a Pasco.

La parte realista al mando del general Canterac, se encontraba en Jauja con la totalidad de las tropas, que constituían ocho batallones de veteranos bien adiestrados. En esos momentos de la lucha cada uno busca al otro, pero tratando de acertar en escoger el mejor terreno para la confrontación. Ese propósito por supuesto no es fácil. Pero lo que sí parece que es incontrovertible es que la batalla que los enfrente será definitiva en orden a decidir la guerra.

Ya en Pasco, el 2 de agosto, Bolívar reúne en una parada a toda la fuerza y les dirige una proclama. La prohibición al Libertador del congreso colombiano de acercarse a las tropas aun no ha llegado:

> *Soldados: Los enemigos que debéis destruir se jactan de catorce años de triunfos: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates.*

Soldados: el Perú y la América toda aguarda de vosotros la paz, hija de la victoria, y aún la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. ¿La burlareis? ¡Noo! ¡No! ¡No! ¡Vosotros sois invencibles!

Luego subió al caballo y pasó revista a las tropas y agregó la arenga:

Soldados: la esperanza de las naciones está pendiente de vosotros. En este mismo mes vosotros habéis triunfado en Caracas y en Boyacá; dad un nuevo día de gloria a vuestra patria.

Cerca estaba una laguna transparente llamada Reyes, en medio de una campiña hermosa. Allí tiene nacimiento el río Amazonas. Es el departamento de Junín, al cual pertenecen igualmente Jauja y Pasco. El 1º de agosto Canterac ha logrado reunir en Jauja a 9.000 hombres y el 4, pensando en dar la sorpresa a Bolívar, se prepara para atacar.

En horas de la noche llega a Reyes, para luego en su persecución alcanzar a llegar a Carhuamayo, de donde pasaría a Pasco. Bolívar, bien informado por la red de espionaje que ambos bandos tienen, se mueve. Él debe escoger el sitio.

El día 3 Bolívar toma a la derecha del río Jauja y se pone en una dirección paralela a Canterac. Y siguiendo los movimientos del jefe español, toma por el río Conacancha y después de deslizarse forzadamente vuelve a Reyes el 5 de agosto. Esa misma noche Canterac se movió a marchas forzadas para no enfrentarlo allí. La batalla de Junín está por comenzar. Será una confrontación sin humo.

Me dispensará el amable lector que de nuevo acuda, para más exactitud en la narrativa de esta acción trascendental para Colombia y el Perú, al historiador José Manuel Restrepo[34], en cuya sabiduría histórica concurre la mayor autoridad:

Impuesto Canterac de que tenía tan próximo a todo el ejército republicano, emprendió aquella misma noche su retirada desde Carhuamayo. Entre tanto dio el Libertador sus disposiciones para atacar al enemigo al día siguiente. Empero el ejército libertador se hallaba aún distante de Reyes como ocho leguas; por este motivo, desde las cuatro de la mañana se rompió la marcha; la división Córdova en la vanguardia; el general Lamar a la cabeza del ejército peruano, en el centro, y la división Lara a retaguardia. A las diez de la mañana supo

34. Autor cit., "Historia de la revolución de Colombia", V t.

Bolívar que el General Canterac se retiraba aceleradamente desde Pasco por el mismo camino que antes siguiera. Acelerose en consecuencia cuanto fue posible la marcha del ejército libertador; pero hallándose la infantería muy atrasada, dispuso Bolívar que el general Necochea -Mariano Necochea es un gran héroe nacido en Buenos Aires que llegó a ser mariscal en el Perú- *se pusiera a la vanguardia con siete escuadrones de caballería en número de novecientos jinetes, y que la infantería prosiguiera su marcha con la mayor celeridad posible.*

El mismo Bolívar con los generales Sucre, Lamar y Santacruz siguieron el movimiento de la caballería. Así fue que al asomar los patriotas, a las dos de la tarde, a la altura que domina la llanura de Junín, vieron sus jefes por la primera vez al enemigo que seguía rápidamente hacia Tarma, cuando nuestra infantería se hallaba atrasada. Deseoso el Libertador de contener la marcha de los realistas, mandó a avanzar los siete escuadrones de caballería, dejando atrás doce escuadrones y toda la infantería a una legua de distancia.

El general español, que confiaba mucho en el valor, disciplina y superioridad de mil doscientos caballos que tenía consigo, se alegra de que se le presente ocasión tan favorable de empeñar un combate de solo caballería. Manda, pues, continuar la marcha de sus infantes, y formando tres cuerpos determina atacar a un mismo tiempo nuestra derecha, centro e izquierda. La carga que dio la caballería española, dirigida por Canterac en persona, fue maestra y terrible. Los patriotas se habían avanzado imprudentemente, y empeñándose en la estrechura que formaban una laguna a la izquierda y algunas colinas a la derecha. Un solo escuadrón que iba adelante pudo desplegar en la pampa; los demás fueron atacados a galope en aquella desventajosa posición, y aunque los independientes sostuvieron el choque con mucho valor, no pudieron resistir; fueron desordenados y acuchillados horriblemente. Allí cayó prisionero y con siete heridas el general Necochea y solo unos pocos granaderos a caballo de Colombia, a las órdenes del mayor Braun, pudieron conservar su formación y abrirse paso por entre los enemigos. También quedó formado e íntegro un escuadrón peruano, que estaba un poco a la retaguardia cuando se trabó el primer choque.

Este escuadrón, guiado por el Teniente Coronel Suárez, avanzó sin oposición, mientras que los realistas perseguían en desorden a los patriotas y se colocó a la espalda de aquellos. Cárgalos entonces con vigor y lo mismo hace Braun a la cabeza de los Granaderos a caballo. A la sombra de estos dos valientes cuerpos,

los coroneles Silva, Carvajal, Bruix y el General Miller restablecen bastante la formación de sus escuadrones desordenados. En su mayor parte vuelven a la carga con su acostumbrada osadía y valor. Los realistas, atacaron de nuevo cuando no conservaban su formación, no pueden resistir una embestida tan violenta como inesperada; huyen por todas partes, sin embargo de que varios de sus Jefes y oficiales hacen prodigios de valor para que los patriotas no les arranquen la palma de la victoria. Fueron perseguidos hasta sobre las filas de la infantería, que continuó su retirada por la noche. Perdieron los españoles en los tres cuartos de hora que duró aquel terrible choque, diez y nueve oficiales, trescientos cuarenta y cinco soldados muertos y ochenta prisioneros, cuatrocientos caballos ensillados y algunas armas.

La pérdida de los republicanos consistió solamente en cuarenta y cinco muertos y noventa y nueve heridos. Durante la refriega, el General Necochea fue libertado de los enemigos que lo conducían prisionero. Mientras se curaba de sus heridas, el mando de la caballería recayó en el General Miller (William Miller de la Legión Británica).

En tan regio combate no se disparó un solo tiro, y solamente se peleaba con la lanza y el sable, que tantos destrozos hacen manejados por valientes y denodados jinetes.

En esa trascendental batalla, última en que interviene el Libertador y que en un principio estaba perdida por el apabullante ataque inicial de la caballería española, hubo un hecho formidable y decisivo cuando todo estaba perdido, que expongo en mi libro sobre Córdova[35]. Veámoslo:

Los del primer escuadrón (patriota) *sobrevivientes del feroz ataque* (de los españoles)*, se desparraman en desorden en medio de tantos muertos y heridos, siendo perseguidos por los españoles que también se desordenan por la misma causa en la persecución. Es entonces, cuando todo parece perdido y Bolívar siente la derrota. (…)*

O sea que el resultado de la arremetida de Miller al asumir el mando tuvo todos los aspectos de un gran descalabro que quebrantó, como se ve, en ese momento el ánimo *de Bolívar. Pero la suerte deparaba una sorpresa absolutamente inesperada. Mientras los españoles perseguían a las fuerzas de caballería del primer contingente republicano, quizás por la estrechez del campo limitado*

35. "Córdova, gloria y asesinato del héroe", ya citado.

por la laguna, el teniente coronel argentino Manuel Isidoro Suárez, al mando del contingente Úsares del Perú, que estaba bajo la dirección de Miller, se ubicó con sus jinetes en uno de los accidentes geográficos del terreno, ocultándolo de modo que se sustraía de la acción y allí permaneció, seguramente esperando órdenes, mientras sucedía el brutal ataque de los españoles, a los que Suárez vio pasar en la persecución de los patriotas.

Ya en ese momento, cuando todo tenía el aspecto de la derrota que el propio Bolívar sentía, el mayor peruano José Andrés Razuri, de propia iniciativa, le comunica a Suárez la orden, que nunca recibió de superior alguno por cierto, de que atacara a la caballería española por detrás. Y Suárez atacó con ardentía y furor; y mientras los jinetes patriotas estimulados por este inesperado ataque al enemigo volvían las grupas, los españoles se vieron atacados por el frente y por detrás, ataque al que se sumaron los Granaderos de Colombia, Regimiento de Granaderos a Caballo y Úsares de Colombia.

Allí fue el desastre para los realistas. Nadie podía creer lo que veía. Y en el desorden de una fuga colectiva, dentro de la estrechez del movimiento, los españoles al mando de Canterac, emprendieron una retirada terrible en la mayor confusión. Eran las cinco de la tarde. La lucha había durado una hora. Según algunos, cuarenta y cinco minutos. Habían muerto 148 republicanos por 254 realistas. (puede ser que los números de las bajas no concuerden, pero de todas maneras los realistas más que doblaron las bajas republicanas) *Y no se había disparado un solo tiro. Cuando se daba esta retirada fue rescatado el pundonoroso general Necochea a quien curaron sus heridas.*

Es el 6 de agosto de 1824. Este triunfo curioso de Junín, se diría que casi determinista, va a influir sicológicamente en el resultado final de la suerte del Perú. Solo falta una batalla decisiva y toda la suerte está echada.

El general José Canterac, con el alma lastimada, comprende el error grande cometido y abandona a marchas forzadas el escenario. Su propósito es llegar ante el jefe máximo, que es el propio virrey La Serna; y de Jauja pasa al río Apurímac. Cree que Bolívar viene detrás, pero éste se toma unos días de descanso en Reyes con su ejército. Es, como se ha dicho, una zona hermosa y privilegiada, a pesar del invierno.

Un mes pasa, mientras recorre el propio Bolívar con Córdova y Sucre las poblaciones vecinas de Huamanga, capital del departamento de Ayacucho, Tambobamba, Jáquira y Mara. Bolívar, que se ha movido en estos días más como

una preparación del ejército que como descanso, se traslada a Challhuanca con las tropas, repartidas en los pueblos vecinos. Espera la oportunidad de poder atacar por la retaguardia a los realistas. Todos estos nombres de pueblos y ciudades, como es inocultable, son incas.

Por su parte Canterac se ha encontrado con el virrey La Serna y le ha enterado de su fracaso en Junín. El virrey le ordena al general Jerónimo Valdez, quien viene de haber enfrentado a Olañeta por comisión del mismo virrey, reforzar las tropas de Canterac; y el propio virrey asume él mismo el comando general. Canterac es el segundo.

Mientras estas cosas están sucediendo, Bolívar que esperaba noticias de Bogotá, debe moverse de urgencia a Lima, ciudad casi abandonada en estos momentos por los españoles. Recoge de hospitales heridos en número de unos mil combatientes, ya restablecidos y también sabe que están llegando al Perú unos tres mil refuerzos y ayuda económica.

Pero igualmente le llega la ley de 28 de julio de ese año 24, por orden de la cual, conforme ya se sabía, debe abstenerse el Libertador de comandar fuerzas en país extraño, aún cuando sea al mismo tiempo jefe de estado del Perú. Ese mando vacío se deposita en Sucre, por orden de Santander y el propio Bolívar.

Santander todavía es amigo, aunque en el congreso sus partidarios dejan escuchar voces críticas y variadas contra Bolívar. Así, pues, éste no tiene más remedio que dirigir a control remoto desde Lima las acciones de la guerra en una correspondencia muy nutrida con Sucre.

Entre tanto Manuela se ha trasladado al centro de operaciones en la sierra, haciendo valer su condición de coronela y amante de Bolívar. Da órdenes de las cuales no se le escapa el comandante Sucre, quien la respeta y quiere, y además la oye. Fueron muchas las cartas que Manuela escribió y después entregó en copias al en ese momento coronel Daniel Florencio O´Leary, de las que solo se salvaron para la historia cuarenta y seis. Veamos una sola para observar el tono y la redacción:

> *… Obre usted con absoluta libertad y como convenga; pero tome usted en cuenta las siguientes consideraciones: que de la suerte del cuerpo que usted manda depende la suerte del Perú tal vez para siempre, y la de la América entera tal vez por algunos años; y que las circunstancias prescriben una extrema circunspección y un gran tino en las operaciones. No divida usted nunca su ejército. Procure conservarlo a todo trance.*

Como se observa la recomendación de la quiteña es prudente y hasta sabia, aunque no deja de ser una intromisión de la dama en asuntos que realmente no le correspondían. Pero es que esa era la mujer pasional, obsesiva y hecha al mando que conocemos.

Sucre es reflexivo y respetuoso del alto mando que le ha declinado el Libertador, al que respeta en alto grado. No se ha movido de Challuaca, ciudad en que éste lo dejó; y previo escrito al Libertador informando, se desplaza a Mamará.

Va en busca de información y le escribe una vez más a Bolívar solicitándole permiso para trasladarse a Corpa. Las murmuraciones son grandes en relación con los desplazamientos del enemigo. Bolívar envía unas instrucciones terminantes solo dentro de las cuales se puede mover. "No le era posible iniciar ningún avance sin la seguridad de no tener que retroceder y en las posiciones que obtuviere debían caber tanto la posibilidad de la ofensiva como de la defensiva".

Entonces, observando las instrucciones, Sucre se acerca a Sañaico, Loraya, Capaya, Toraya y Pichirgua o Pichirhua, donde se encuentra Córdova con su división.

Veamos lo que expone el ajustado historiador ya citado otras veces Roberto Botero Saldarriaga[36] sobre estos momentos alucinantes, previos a la batalla decisiva de Ayacucho:

> *... en los planes del General Sucre entraba el mover el ejército unido después de unos veinte días en que las subsistencias se hubieran agotado, acercando su línea sobre la rivera izquierda del Apurímac, y prolongando su ala derecha a traer al enemigo hacia Mamará a fin de arrojarlos definitivamente sobre la rivera derecha de aquel río Apurímac; y de lograrlo, amenazar con un movimiento serio por San Agustín para tentar la posesión del Cuzco mismo. Sucre advertía al Libertador que haría estos esfuerzos dado caso de que ciertamente supiera que el ejército enemigo solo contara con los contingentes de Canterac y Valdés, pues si ese ejército hubiera sido reforzado por el del general Olañeta, no solo se movería sino que conservaría su línea detrás del Pachachaca.*
>
> *El invierno se había declarado crudo y constante sobre aquellos páramos y pampas que ocupaban ambos combatientes. El teatro de la lucha era una sucesión de altísimas cumbres, estrechos valles cruzados por pésimos caminos, ríos que corren encañonados y en veces se precipitan veloces desde lo alto para*

36. R. Botero Saldarriaga, "Córdova", Edit. Bedout, citado antes.

excavar un profundo cauce de escarpados accesos. En resumen: en ese territorio las maniobras militares implicaban terribles fatigas para el soldado y el peligro de constantes sorpresas, inevitables en aquella topografía laberíntica. Evidentemente que el éxito iba a ser de aquel jefe que despegara el mejor conocimiento en la táctica de semejante campaña.

Sucre, ateniéndose a renovadas órdenes del Libertador, conservó su línea detrás del río Pachachaca, pero avanzó fuertes reconocimientos sobre las orillas del Apurímac.

De manera que para fines de octubre el ejército patriota ocupaba con su infantería el terreno comprendido entre Sirca y Lambrama, y toda la caballería se encontraba veinticinco kilómetros atrás de la infantería. Sucre avanzaba con algunas compañías en un reconocimiento a fondo de los pueblos de Mara, Jáquira, Tambobamba. Como se ve, concentraba sus siete mil hombres y los tenía a mano para cualquier evento.

Cuánto cuidado hay en estos dispositivos. Sucre era metódico y ordenado. Así lo fue toda su vida. Y la totalidad del ejército que lo acompañaba, incluso los peruanos y los argentinos que quedaban, era disciplinada y optimista. Creían en su causa y en sus jefes.

Mientras estos hechos suceden despacio en la sierra, se diría que minuto a minuto, Bolívar ha entrado a Lima.

Oh sorpresa, los españoles la han dejado casi sola para trasladarse ellos al fuerte de El Callao donde se sentían muy fuertes. Entonces ocurre un fenómeno de multitudes que salen a la calle a expresarle su afecto a aquel caraqueño que ha llegado de tierras lejanas para luchar por la libertad de su patria. Se dijo que en alguna oportunidad casi lo ahogan por el delirio y los abrazos de las multitudes. Y es en esos momentos cuando se demuestra el odio que se ha acumulado contra los españoles y su gobierno de explotación de varios siglos.

Realmente el objetivo de Bolívar era ver de qué manera se podía retomar la administración pública en abandono total, para regresar a Chancay donde ha quedado Sucre con las tropas, para de nuevo volver a Lima. Empero las circunstancias no se dieron así porque los habitantes de la capital le suplicaron que no se fuera de regreso sino que se quedara con ellos protegiéndolos del atropello. Llega el 7 de diciembre y el pueblo rodea el sitio donde se hospeda ese Libertador.

En realidad con su afecto decidido y la mirada puesta en el triunfo cercano, no lo dejan salir de la capital hacia Chancay.

Previamente, el día 13 de noviembre, Sucre ocupa Andahuaylas. Todas sus fuerzas están ansiosas de entrar en batalla. Ese día, conforme lo refiere O´Leary, el casi Mariscal Sucre escribe una carta un tanto lacónica, como era su estilo, al Libertador:

> *Cuando supimos ayer que los españoles iban a llegar hoy a Andahuaylas, no puede usted pensar el contento del ejército juzgando ya que una batalla iba a terminar la campaña; algunos decían que estamos cortados y eran contestados por la tropa: "Mejor, pues estamos ciertos de que nos esperan. Con esta clase de gente no dudo de que batimos en cualquier parte a los enemigos".*

Pero otras cartas irían llegando justo en estos días, originarias del propio Libertador a Sucre en que le transmitía malas noticias. La más grave de todas, dada su urgencia, la envía Bolívar mediante un correo muy especial de su propio edecán Celedonio Medina. Es una carta dramática. Estaba enterado de que los españoles, en una especie como de esfuerzo final, habían surcado las aguas del Pacífico con una flota nueva, a sabiendas de que la situación de los barcos colombianos y peruanos, perdida la posesión del Callao, reclamaba un encarenamiento general de las naves, muy costoso y no había recursos.

De igual manera supo el Libertador que no llegarían, según esas últimas noticias, ni los refuerzos humanos con los que se contaba, ni ninguna otra ayuda de Bogotá. Y las fuentes tributarias del Perú estaban más que agotadas. La calamidad volvía a reinar en medio de la zozobra.

Lo que significa que Bolívar sabe que deben actuar con las mismas fuerzas que han tenido hasta ese momento, las que en la medida en que discurre el tiempo, se verán más disminuidas por las fallas de la larga movilización, por los malos caminos de la cordillera empinada y agreste del Perú, por la enfermedad y sobre todo las deserciones de los pastusos que iban quedando.

Así, ya para ese momento, lo que se imponía era no darle más larga a la acción y enfrentarse en el menor tiempo posible.

Claro que en el campo de los españoles también estaban sucediendo fenómenos iguales. Venían dando vueltas por la misma cordillera, buscando el lado que les diera Sucre, quien finalmente los esquivaba en la fase final. Además el método de movilización de ellos era el *pasitrote*, lo que les daba velocidad sí,

pero cuando llegaban lo hacían dominados por un gran cansancio general que exigía un inmediato descanso.

El virrey La Serna, que era un militar curtido, ha asumido la movilización de la tropa. Y juega algunas pasadas a los aliados dirigidos por Sucre, que le causan a éste gran contrariedad y pérdidas cuantiosas. Veamos una vez más la irremplazable narración de José Manuel Restrepo[37], objetiva, dispendiosa y con un enfoque exacto de lo que pasaba en aquellas latitudes en medio de las sofisticadas estrategias persecutorias:

> *El grave mal del ejército español era la deserción, que sus jefes no podían impedir, aún con las precauciones más severas que tomaban de continuo. Temiendo las deserciones, el Virrey no enviaba partidas en busca de víveres. De aquí se originó que algunos días tuvieron los realistas que alimentarse hasta con carne de burro. Fueron inmensos los sufrimientos de ambos ejércitos en aquellas heladas y escabrosas cimas, cortadas en todos sentidos por valles y profundos barrancos, donde a una bajada de algunas leguas se seguía otra subida aún mayor por desiertos y páramos inhospitables.*
>
> *Conociendo Sucre el sistema adoptado por los enemigos, determina obrar en consecuencia. Dejando, pues, el camino que conduce a Huamanga, cambia su dirección oblicuándose a la derecha. A media noche (diciembre 5) emprende su marcha, atraviesa la profunda quebrada de Acocro y se dirige por Acosvinchos al pueblo de Quinua. Los realistas siguen una marcha casi paralela a dos leguas de distancia.*
>
> *En el Tambillo había determinado el Virrey ocupar a Quinua, y previno al general Valdez que lo ejecutara. Sin embargo de la rapidez con que marchó, ya se le había anticipado Sucre. Hallándose éste en una fuerte posición, los realistas no creyeron prudente atacarle. Colocáronse, pues, a la espalda de los patriotas en las formidables alturas de Pacaicasa, de donde siguieron a Huamanguilla, doblando así de nuevo la línea de sus adversarios. Para impedirles absolutamente la retirada, el Virrey envió destacamentos a los desfiladeros de Murca, de Mayo y a otros puntos, con el fin de inutilizar los caminos y cortar los puentes.*
>
> *La situación de los independientes era crítica en extremo. No había provisiones para cinco días, ni se podían conseguir en un país destruido en gran parte*

37. "Historia de la revolución de Colombia", citada antes.

por la guerra. En los últimos quince días había tenido el ejército libertador más de mil doscientas bajas, de modo que apenas podía contar seis mil hombres escasos, con la desventaja de que habiendo perdido los jinetes sus mulas en Corpahuaico, tenían que marchar a pie llevando sus caballos del diestro. Añadíase a esto que los indios de Huanta, Huacambélica, Chincheros, Huando y otros pueblos inmediatos se habían levantado contra los patriotas, a quienes hacían muchos daños, matando a los dispersos y atacando a las partidas pequeñas. En Huanta se habían apoderado los realistas, cuando cortaron la retirada a los patriotas, de un hospital ambulante y de los equipajes del ejército, que distribuyeron entre sí.

Sucre, irritado con este acontecimiento, dispuso que el Sargento Mayor Rafael Cuervo marchase por un flanco del enemigo con dos compañías y cincuenta jinetes, a fin de rescatar el hospital y los equipajes, castigando al mismo tiempo a los sublevados. Ejecutose esta operación con felicidad; empero, solo pudieron recuperarse algunos pocos enseres y caballerías; mas fueron castigados los vecinos de Huanta que se habían sublevado, y Cuervo condujo algunas reses para el ejército. Sin embargo, todo presentaba un aspecto melancólico y un porvenir funesto.

Tal como se aprecia, la situación había empeorado y lo único que alentaba a los patriotas era su alto pundonor y fe en los ideales planteados por Bolívar, como se sabe distante en Lima, pero a sabiendas de que allí estaba. Por supuesto, como también se ve, en unos movimientos de inagotable seguimiento en los accidentes geográficos y la destrucción de puentes por parte de los realistas. Era pues inexorable que finalmente se encontraran y entraran, sin evadirse, a la lucha.

Así llega el día 8 de diciembre de 1824. Ese día el virrey La Serna se acerca a las tropas independentistas. Son horas de la tarde. En un momento dado, escoge su campo, despacio y casi en el mismo lugar donde encuentran los rebeldes.

Es un pequeño valle o declive en la bajada del gran pico Condorcunca. El valle de Ayacucho al lado de Quinua. Y escoge el sitio para situar su ejército; y de una vez va tomando lugares. Le gusta la posición del que desciende suavemente de lo alto por una cañada relativamente estrecha. Allí se sitúa, pensando que el combate inevitablemente se dará al día siguiente. Los patriotas hasta allí no se han movido. Les corresponderá ascender. Y toman igualmente las posiciones desde abajo. Hay una regla de caballería primaria: es mejor subir que bajar.

Es preciso que volvamos a los conocimientos y la narración inigualable de Restrepo, en la no fácil exposición minuciosa de estos hechos[38], para determinar con exactitud cómo fueron los preliminares de la que habría de ser la más famosa batalla de la independencia:

> *El virrey examinó cuidadosamente con su Estado Mayor la posición ocupada por los independientes. Todos fueron de opinión que no se podía atacar por el frente del norte sin muy graves dificultades, a causa del barranco y profunda cañada que separaban a ambos ejércitos. Dispuso entonces que trepando el ejército real a las alturas, descabezara aquella cañada (diciembre 8), situándose al oriente, en el declive del cerro de Condorcunca, que presentaba un descenso bastante cómodo sobre la llanura de Ayacucho.*
>
> *Tiene ésta mil doscientas varas de largo y mil de ancho; está flaqueada a derecha e izquierda por dos profundos y escabrosos barrancos. A poniente se encuentra el pueblo de Quinua, desde el cual hay una bajada suave de dos leguas hasta el camino de Huamanga, ciudad que dista como tres leguas. Al oriente del llano de Ayacucho se eleva majestuosamente la alta cima de Condorcunca, que corriendo del Norte a Sur domina aquel célebre campo, hasta el cual hay una bajada de buen declive. La llanura se haya partida oblicuamente por una quebrada practicable por la infantería, dejando libre para que pase la caballería una extensión unida como de trescientas varas a la parte septentrional. (...)*

La noche del 8, estando a tan corta distancia los dos ejércitos, la malicia de Córdova intenta hacerles un acto de gran cortesía a las fuerzas españolas; y tarde de esa noche, como si fuera una serenata de amor, lleva a sus músicos antioqueños a que toquen con toda la algarabía unos bambucos y pasillos. Pero en realidad no era un acto galante, sino que lo hacía para no dejarlos dormir.

La mañana del 9 de diciembre de 1824 amaneció radiante. El sol de los Andes alumbra pleno y todo brilla más. Eran las diez. Sucre ordenó la formación y pronunció una arenga de estímulo. Lo mismo hizo el virrey La Serna con los suyos y el general Canterac.

Sucre ordenó tres grandes divisiones: a la vanguardia estaba Córdova con mando en siete batallones. Sería este el más glorioso día de su corta vida, al consagrarse como el gran Héroe de Ayacucho. Sucre lo sabía y estimaba al héroe antioqueño con sobrada esperanza. Era su mejor hombre.

38 Autor, obra citada.

Por el lado izquierdo de los patriotas estaba el general peruano José la Mar con una asignación de hombres igual. En el centro estaba la caballería al mando del general inglés William o Guillermo Miller. El general Jacinto Lara quedaba en la reserva o retaguardia. Tal vez por la dificultad de movimiento en la montaña, solo tenían un cañón de artillería.

Por su parte las fuerzas españolas, por órdenes directas del virrey La Serna, también se formaron en tres grandes columnas, que bajaban casi paralelas del Condorcunca. En su vanguardia y a la derecha estaba el general Jerónimo Valdez con cuatro batallones, dos escuadrones y seis piezas de artillería. El general español Juan Antonio Monet al centro con cinco batallones y a la izquierda el mariscal Alejandro González Villalobos con su división.

En la retaguardia permanecían los batallones Fernando VII y Gerona bajo el mando de José Canterac. En esos momentos los realistas eran mayoritarios en número de soldados y habían escogido el que creyeron era el mejor sitio en estratégica marcial para ellos.

Mas antes de que se iniciara la acción, el general Juan Antonio Monet, con toda la elegancia de su gran cabalgadura, se paseó con una bandera blanca por el campo. Quería dialogar con Sucre. Éste lo oyó con respeto. La guerra tenía ciertos protocolos. El virrey -dijo- quiere que antes de la acción bélica, la sangre y el dolor, se intentara un armisticio. Fue Córdova el que contestó: "El Perú quiere, conforme a una regla general, que cada cual mande en su casa. El único arreglo que cabe es el de reconocer la independencia y que ustedes regresen a su casa". Monet respondió: "No podemos hacer esa manifestación que solo podría realizar el rey. Nos vemos en la batalla". Y se apartó del sitio.

A las diez de la mañana Sucre pasa revista en la parte alta del campo a sus tropas y observa cómo se mueve la división del general Jerónimo Valdez y se encuentra con las tropas del mariscal Alejandro González Villalobos hacia el lado izquierdo, que antes se notaba un poco vacío, a los cuales se agrega el general Monet y bajan arrasadores sobre la división peruana comandada por el general José La Mar, mientras los cañones de los realistas truenan en el aire y causan estragos en la tropa peruana.

Los españoles llegan a creer que están ganando la batalla en muy corto tiempo. Ha pasado solo una hora. Los realistas bajan, conforme a su estrategia escogida desde el día anterior, del cerro de Condorcunca.

Sucre, de inmediato, ordena al general William o Guillermo Miller que refuerce a Córdova que está a su lado, a quien le manda entrar en la acción. En una parte de su informe al Libertador Sucre expresa:

> *Observando que aún las masas del centro no estaban en orden, y que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido, mandé al señor General Córdova que lo cargase rápidamente, con sus columnas, protegido por la caballería.*

Entonces, cuando el joven general de veinticinco años José María Córdova se cuadra ante su superior con respeto militar a acatar las órdenes, sale acompañado de su cuerpo de oficiales como una exhalación. Antes de entrar a la acción, con su voz poderosa y su estampa señera, pasa una breve revista a sus hombres y exclama: *"¡División!, ¡Armas a discreción, de frente, paso de vencedores!"* Y marchan con valor, con coraje y orgullo a enfrentarse con la gloria.

Es muy difícil recordar de aquella época por los que la vivieron, cómo se desarrolló la acción. Ni el más atento podía tomar nota de ese desarrollo. Pero la costumbre de la guerra y sus propias reglas ayudan a describir la batalla y de hecho todas están descritas.

Hay versiones que gustan más que otras, aunque lo cierto es que ninguno pudo retener de memoria lo que ocurrió de una manera tan fugaz, como que el resto de ese combate duró solo dos horas más. Tiempo muy breve para quien va perdiendo la batalla y entra a ganarla como un huracán.

El brillante biógrafo de Córdova, R. Botero Saldarriaga[39] agrega como parte de esa batalla:

> *En aquella marcha heroica fue el escuadrón de San Carlos* -del bando realista-, *afamadísimo por su pericia y valor, el primero que chocó con la columna de Córdova, y minutos después yacía sobre la sabana ensangrentada en confuso montón de muertos y heridos: "El valiente escuadrón de San Carlos quedó casi todo en el campo de batalla", dice el Brigadier García Camba* -español-. *Batallones tras batallones formaban para detener aquella columna infernal* -de Córdova-, *pero en balde: a su paso todo plegaba, era el paso de la muerte, era la segurigualadora (sic) aplicada rápida, prodigiosamente sobre aquel campo. Los soldados de la República solo se desviaban de la recta de ataque para salvar los montones de cadáveres y de los obstáculos que constituían los caballos muertos, cañones, furgones y otros elementos abandonados.*

39. Autor y obra citados.

Uno tras otro fueron desapareciendo a los golpes de las bayonetas y las lanzas colombianas: el imperial Alejandro -Valdez-*, muriendo su jefe, Coronel don Juan Moraya; Primer Regimiento, muriendo su intrépido jefe, el Coronel Rubín de Celis. Monet mismo, viendo que Villalobos se encuentra destruido, se lanza valientemente al combate con dos batallones tratando de restablecerlo, pero es herido y solo se retira cuando ve anonadados sus contingentes. (…)*

… Entre tanto la columna de Córdova continúa su ascensión victoriosa sobre la loma, oblicua sobre su izquierda y concluye con toda resistencia en el centro realista. El virrey La Serna, que se ha batido con extraordinario valor, aún intenta empeñar sus reservas, pero en vano, es arrollado y recibe siete heridas, cayendo prisionero de Córdova, quien le acoge con gran respeto y consideraciones.

Hay en Córdova un fenómeno de guerra que lo impulsa incontrastable e incontenible. Es un héroe compulsivo como Aquiles. Entonces después de su lucha imparable, viene la victoria que se muestra en su esplendor, lamentablemente en medio de cadáveres regados como piedras en la avenida de un río caudaloso.

El virrey José de la Serna, herido aunque sin gravedad, ha caído prisionero. Declara entonces que quiere una capitulación, pero Canterac objeta que él ya no puede hablar en nombre de las tropas españolas porque ha perdido su libertad; y propone una retirada, que no cabe por supuesto. Sucre es magnánimo pero no tanto; y cuando la misma tropa española se reúne y exige la capitulación y matan además al oficial de menor rango que se opone, redacta Sucre un documento de capitulación honrosa y noble para éstos. Día de gloria este 9 de diciembre de 1824.

En la pradera hermosa han quedado tendidos los cuerpos de 1.800 españoles y de 500 republicanos y una suma brutal de heridos que sueltan su dolor con lamentos conmovedores en la noche.

El documento de claudicación, con un valor universal, contenía fuera de los adornos oficiales de derecho público, los compromisos siguientes:

1. La permanencia realista en El Callao y el nacimiento de Perú a la vida independiente, con una deuda económica a los países que contribuyeron militarmente a su independencia.

2. La entrega de las plazas realistas a las autoridades peruanas.

3. El reconocimiento peruano de la deuda que las guerras independentistas generaron en España.

4. El estado peruano cubriría los gastos del retorno de los españoles.

Hubo por supuesto alguna inconformidad del lado patriota, por lo relativo a El Callao y al reconocimiento de los gastos de la guerra que ordinariamente corren por cuenta del perdedor. Pero eso realmente no valía nada cuando se estaba consiguiendo que los realistas entregaran de inmediato todo el territorio y nada menos que se reconocía la existencia del Estado peruano y el regreso a su país de los españoles.

Olañeta protestó y se negó de momento a entregar el Alto Perú, cosa que finalmente ocurriría solo cuatro meses después, el 1° abril de 1825, cuando Sucre por órdenes de Bolívar y al mando de un poderoso ejército mandó a someterlo. Ese día, en un acto de convicción y valor en favor de su rey, muy respetable, en la Villa de las Chichas, cuando sus tropas todas defeccionaron, Olañeta se enfrentó solo a las tropas peruanas y se hizo matar. Fue realmente un suicidio de honor.

En cuanto a El Callao, el brigadier José Ramón Rodil, que se lo había tomado como se vio antes cuando derrotó al coronel Luis Urdaneta en Lima, resistió allí hasta que el general Bartolomé Salom, por órdenes de Bolívar, lo derrotó un año después, el 22 de enero de 1826.

El grueso de los españoles se fueron de inmediato y se les cubrieron los gastos. Pero Monet, que había quedado herido y al que el rey le había concedido desde antes el título de mariscal, se restableció y finalmente arrió sus bártulos, arregló sus amores y viajó también a España.

Breve y sencillo fue el parte de victoria que en una carta a su amigo antioqueño Sinforoso García le envía el general Córdova:

> *Se anunció el combate por una guerrilla nuestra que impedía establecer una batería de seis piezas de artillería y yo marché a la francesa con seis columnas, cuatro de infantería y dos de caballería; digo a la francesa, porque hice llevar armas a discreción hasta medio tiro de pistola. Todo fue romper los fuegos y rechazar dos columnas de caballería y hacer pedazos con dos mil hombres a más de cinco mil que tenía a mi frente.*

Sucre, consolidado definitivamente el triunfo y llevado al papel, cansado como estaba, ha tenido un disgusto banal con Bolívar y se va con el grueso de su tropa al Cuzco, la capital del virreinato y del imperio Inca, precisamente donde el gran conquistador Francisco Pizarro y su hermano Diego cometieron el alevoso crimen con Atahualpa. Allí, momentáneamente, conserva su cargo el exvirrey La Serna solo para efectuar la entrega de todo el territorio a la república y al comandante del ejército triunfante. Se cumple, sin dificultad, la que bien podría llamarse la ceremonia de transmisión del mando.

Mientras esto se da, cuando culmina la sangrienta batalla de Ayacucho, Bolívar recibe en Lima por correo especial llevado por el capitán Pedro José Alarcón, la noticia y se dispone a viajar inmediatamente a Cuzco. Hay cabos sueltos que no se pueden dejar al azar. Olañeta, ascendido a Mariscal a última hora por el rey - como había pasado con el ascenso a General de Agualongo-, ha sido nombrado virrey del Alto Perú y alista sus tropas para defender el territorio. Comienzan esos problemas adicionales que se veían venir desde antes.

De otro lado Manuela, que como se dijo atrás había participado con denuedo en todas las actividades de la guerra que acaba de terminar, con ansiedad quiere reunirse con Bolívar y se constituye, ella misma a pesar del enviado de Sucre, en la primer correo que lleva a Bolívar las cartas e informes de Sucre.

Es claro que la victoria conlleva otros compromisos de comportamiento al Gran Caraqueño; y además, míster Thorne, que no se resigna fácilmente a renunciar a su esposa, a pesar de que le acompaña la misma amiga que Manuela le ha ayudado a conquistar -ya con varios hijos-, ha hecho una vez más su aparición al saber que ésta ha regresado a Lima. Es pertinaz.

O sea que Bolívar, aunque quiere ardorosamente a la quiteña, resuelve una vez más dar por terminada esa relación que desdice de su nombre en épocas pacatas de extrema religión en las que existía el delito de concubinato.

Es conmovedora la carta 20 de abril de ese 1825 que le envía el Libertador a Manuela desde Ica:

> *Mi bella y buena Manuela: Cada momento estoy pensando en ti y en el destino que te ha tocado. Yo veo que nada en el mundo puede unirnos bajo los auspicios de la inocencia y del honor. Lo veo bien y gimo de tan horrible*

situación, para ti porque te debes reconciliar con quien no amabas, y yo porque debo separarme de quien idolatro… Sí, te idolatro, hoy más que nunca jamás! Al arrancarme de tu amor y de tu posesión, se me ha multiplicado el sentimiento de todos los encantos de tu alma y de tu corazón sin modelo. Cuando tú eras mía, yo te amaba más por tu genio encantador que por tus atractivos deliciosos. Pero ahora ya me parece que una eternidad nos separa, porque por mi propia determinación, me veo obligado a decirte que un destino cruel pero justo nos separa de nosotros mismos. Sí, de nosotros mismos, puesto que nos arrancamos el alma que nos da existencia, dándonos el placer de vivir. En lo futuro tu estarás sola, aunque al lado de tu marido; yo estaré solo en medio del mundo. Solo la gloria de habernos vencido será nuestro consuelo. El deber nos dice que no seamos más culpables. No, no lo seremos más. Bolívar.

Son realmente tantos los oficios que en ese momento demandan la actividad de Bolívar, quien no es como se sabe un personaje para dejar las cosas a medias. De pronto la posguerra tiene mucho más trabajo que la propia guerra. Por eso es consciente de que en esos días su lugar no es la molicie de Lima, sino ir a afrontar los nuevos asuntos. Y, naturalmente, el primero de ellos es su propia gloria y vanidad.

Su presencia es reclamada de todos los puntos del Sur del Perú y de la alta sierra. Él es el hombre de la acción, y "de las dificultades", como lo dirá próximamente en la carta a Santander desde La Paz, de la que hablamos al comienzo de este libro.

Capítulo IV

Bolivia y su constitución

Las fases finales de la guerra. El congreso constituyente de Lima prorroga los plenos poderes. El nuevo mundo de Bolivia que se abre. ¿Otro amor de Bolívar? María Costas y un hijo. El nuevo Estado de República de Bolívar. La constitución de Bolivia. La constitución del Perú y sus vigencias. La dictadura y los problemas de todas partes. Elegido Bolívar presidente del Perú. Regreso de Manuela a la Magdalena y los vientos de la frivolidad. El congreso anfictiónico de Panamá. Carta de Páez ofreciendo título de emperador y respuesta de Bolívar. Un plan para desconocer la constitución de Cúcuta con los colegios electorales.

Es obligado decir que antes de los sucesos que iban a tener desarrollo en Bolivia, tan pronto como se ejecutó por el antiguo virrey La Serna en el Cuzco lo pactado en la capitulación que éste firmó con el mariscal Sucre en que se reconocía tanto el triunfo como la independencia republicanos, como hemos visto, Bolívar lo primero que hace de regreso a Lima, en los inicios de ese 1825, es convocar el Congreso Constituyente de forma inmediata, para presentar oficialmente los informes pertinentes de la victoria y la consolidación de la independencia.

Pero sobre todo, en cumplimiento de su palabra ofrecida de renunciar una vez obtenida la independencia, al cargo de Dictador que se le ha asignado y explicar con sumo respeto republicano el desarrollo de su gestión a la cabeza del poder supremo. Como si fuera el propio Cincinato.

Veamos como narra lo relativo al discurso del Libertador en la instalación del congreso constituyente y los demás sucesos, el gran historiador José Manuel

Restrepo[40], a quien acudimos como ya ha sido dicho por sus vivencias personales y su capacidad de asimilación de la historia:

> *Señores: -dice Bolívar- El Congreso queda instalado. Mi destino de soldado auxiliar me llama a contribuir a la libertad del Alto Perú y a la rendición de El Callao, último baluarte del poder español en la América Meridional. Después* volveré a mi *patria a dar cuenta a los representantes del pueblo colombiano de mi misión en el Perú, de vuestra libertad y de la gloria del ejército libertador.*
>
> *Presentada que fue esta solemne renuncia, el Congreso instó al Libertador por medio de diputaciones a que continuase ejerciendo el poder supremo. Bolívar se resiste (febrero 10 1825), y en el mismo día el Congreso peruano exhibe un decreto por el cual, bajo del título de Libertador y Salvador del Perú, le confiere de nuevo el mando político y militar de la República hasta la inmediata reunión constitucional del Congreso, que debía ser en el año próximo. Este mando fue sin limitación alguna; pues aún podía suspender artículos de la Constitución y delegar a una o más personas las facultades que se le conferían. Entonces Bolívar aceptó aquel inmenso poder, y dio cuenta al gobierno de Colombia de los motivos que le habían decidido. Dijo que no era por convicción sino por complacencia. "Yo no he podido resistir a un pueblo que me cree necesario para su conservación, aunque su existencia ya está asegurada por sus victorias y por sus leyes. Un terror pánico a la anarquía domina todavía el ánimo de los peruanos. Para calmar este doloroso sentimiento, me he creído obligado a ofrecer mi permanencia aquí hasta la reunión del próximo congreso en el año de 26, siempre que los representantes de la soberanía nacional de Colombia me permitan esta ausencia, y el ejercicio de una autoridad que reconozco monstruosa en sí misma y demasiado impropia en mí".*

Adicionalmente el Congreso legalizaba un reconocimiento por la suma de un millón de pesos, que era mucho dinero, con destino a una gratificación al Libertador, que éste, con todo su desprendimiento, no aceptó de ninguna manera a pesar de la insistencia del Congreso. También hubo gratificación a Sucre y a Córdova, que, como se sabe, eran carentes de todo recurso.

El discurso del Gran Caraqueño, como se observa, está impregnado de grandeza. Allí no afloran los sentimientos mezquinos de un dictador de verdad, ni de un ambicioso, mucho menos de un déspota. Ese es realmente Bolívar en toda su dimensión.

40. Autor, obra citada.

Es obligado resaltar que el Libertador traza ante ese Congreso soberano la línea de conducta a seguir, previa advertencia de que una de las gestiones que va a adelantar es por la independencia del Alto Perú, dentro del riesgo entendido y vivido de que los argentinos, de un momento a otro, le iban a echar mano a ese importante país. Y es entonces cuando Bolívar, siguiendo el clamor popular, se traslada a ese encumbrado territorio.

El Libertador, pues, viaja inicialmente a Cuzco en primeros días de enero del 25. Hace parte de sus deberes de Libertador agotar en todos los aspectos formales y materiales la obra realizada. Ya en esta ciudad mitológica da órdenes a Sucre, como se vio antes, de que regrese a las armas y se traslade al río Desaguadero, que es el lindero entre Perú y el Alto Perú y desaloje al mariscal Pedro Antonio Olañeta.

Esas órdenes se cumplen por el mariscal Sucre, con todas las divisiones a su mando, a pesar de que no quiere continuar la guerra. Sale de Cuzco en busca de Olañeta el 19 de enero -1825-, e intercepta comunicaciones de éste y lo vence fácil, sobre todo cuando las tropas realistas que debían acompañarlo lo abandonan en las Chichas.

Es de advertir que cuando se produce la detención del virrey José La Serna el 9 de diciembre antes de terminar la batalla de Ayacucho, la junta de la Real Audiencia del Cuzco nombró virrey interino al mariscal Pío Tristán, de las fuerzas españolas pero nacido en América, para que enfrentase a Sucre.

El asunto es que seis días después Tristán, criollo como era, reconoció el triunfo de Sucre y de Bolívar y acató a los patriotas a cuyo lado, sin ninguna otra consideración, se sumó, haciendo parte del nuevo gobierno como Prefecto de Arequipa.

Era el tío de la bella mujer llamada Flora Tristán, quien escribiría parte de esta historia familiar en una obra de memoria histórica que publicó en París y que tituló: “Peregrinaciones de una paria”. Fue esta mujer la abuela del pintor Paul Gauguin, y muy seguramente hija de Bolívar y Therese Laisney, a quien en una carta apócrifa Bolívar aparece frente al mar de Santa Marta dirigiéndole un sentido adiós desde San Pedro Alejandrino y la llama “querida prima”. Carta que imita el estilo florido del Libertador, pero la misiva nunca existió.

Pero sí aquella amante volcánica del muchacho que andaba conociendo las frívolas noches de París y el mundo intelectual de Francia con su nueva nobleza, derivada del imperio napoleónico.

Esta Flora fue Precursora de los movimientos socialistas de Europa al lado de Karl Marx. Suya fue la frase que habría de copiar éste en el famoso Manifiesto Comunista: "¡Proletarios del mundo uníos!"

Volviendo al tema del Alto Perú, cumple señalar que el problema ancestral de las gentes de la Alta Sierra, que no eran ni se sentían peruanos, era el querer ansiosamente independizarse del Perú. Ellos son en realidad un país aparte y una gente distinta; y ante la ambición de los argentinos de caer sobre ese territorio de dos millones de kilómetros cuadrados con el argumento de que pertenecía al virreinato de Buenos Aires, todos creen que se debe aprovechar el momento para proclamar su propia independencia de la mano de Bolívar.

Desde luego que hay muchos opositores a esa declaración; pero surge la idea, oportuna por cierto, de utilizar el nombre y el prestigio del Libertador para llamar al nuevo estado la república de Bolívar.

En esos momentos es muy difícil oponerse a esa idea que llega hasta lo más profundo de la sensibilidad del Gran Caraqueño. Y es así que cuando en todas partes las gentes se levantan en júbilo y alaban al gran hombre, Bolívar recorre con agrado las ciudades de la sierra. Y así Su Excelencia se hace presente en La Paz el 18 de agosto de 1825.

El Héroe de Ayacucho, general José María Córdova, ya se encuentra allí prestando el servicio como comandante de las tropas, que en ese momento superan los once mil hombres. Éste ha asumido esa posición designado por el propio Sucre, quien tal como se dejó anotado, quería descansar de la guerra y de la actividad pública.

En esos días nada es comparable a la emoción que proyecta la presencia de Bolívar; y las gentes se vuelcan a las calles y campos para verlo. Sin duda alguna constituye para Bolívar el momento más encumbrado de su gloria máxima, consolidado como el libertador de cinco naciones suramericanas. Con Panamá seis.

En todas partes hay homenajes, que Bolívar disfruta. Es generoso como siempre y desprendido, pero sensible en su vanidad y ansias de gloria, que ya se la ha ganado.

En la ciudad de La Paz el 18 de agosto, al llegar a una de esas recepciones sublimes, le entregan una espada con empuñadura de oro y piedras preciosas, como el gran Libertador americano. Esa es la misma espada que, pasado un tiempo, como ya lo veremos adelante, él regalaría con desprendimiento y generosidad inmerecidas, en una ceremonia similar en Caracas, al ingrato José Antonio Páez.

Y luego, en la ciudad sagrada de Potosí -mismo año 25- se suceden otros recibimientos apoteósicos. Una hermosa dama vestida con otras como ninfas salidas del ensueño, le hacen entrega al gran hombre, en presencia de Córdova, de una corona de laurel de oro al estilo romano, con filigrana y piedras preciosas, que él, antes de recibirla sobre sus sienes, toma en sus manos y la entrega al Héroe de Ayacucho José María Córdova, como el mayor reconocimiento a su gloriosa actuación en ese triunfo trascendental. Y, como se ha dicho, ese precisamente fue el momento de mayor gloria en la vida del gran héroe antioqueño.

Córdova, todavía aturdido con el gesto de Bolívar, unos meses después, con gran generosidad hace donación del trofeo al municipio de Río Negro-departamento hoy de Antioquia-, en la Nueva Granada, donde se conserva.

Todo esto sublimiza el esfuerzo realizado por el Libertador. Pero allí también sucede un interesante episodio en la vida de éste, que el historiador Antonio Cacua Prada[41] recoge sobre algo que le ocurrió a Bolívar en acto similar a este -¿o seguramente el mismo?- en esa ciudad sagrada de Potosí:

> *En una mañana despejada* -dice Cacua- *y con el sol brillando en todo su esplendor, el 5 de octubre de 1825, el general Simón Bolívar, seguido por Sucre y su Estado Mayor, llegó a Potosí.*
>
> *Todos los pueblos emulaban en los actos de recibimiento y en las ofrendas y regalos que obsequiaban a sus libertadores. En la plaza principal de la villa montaron la escenificación de un templo griego. Una embajada de preciosas damitas vestidas como ninfas, encabezadas por la encantadora señora, de 31 años de edad, María Costas, le dirigió unas sentidas y emotivas palabras y colocó sobre sus sienes una guirnalda de filigranas de oro, tachonada con piedras preciosas. Mientras cumplía con tan solemne encargo, en medio del frenesí de la concurrencia, los aplausos, los vivas y las músicas, María le dijo al oído:*
>
> *Cuídese General, tratan de asesinarlo.*

41. Antonio Cacua Prada, "Los hijos secretos de Bolívar", Plaza y Janés, 1992 Bogotá.

El Libertador, entre los cumplidos, le dijo a la dama que quería conversar con ella. Ésta le respondió que esa misma noche se verían.

Marujita era la más bella exponente del sexo femenino de aquellos históricos tiempos e hija de una tradicional familia de la ciudad del gran Potosí.

Caída ya la tarde, en la casa consistorial divinamente engalanada e iluminada se realizó el tradicional baile al que concurrieron los oficiales visitantes y la ciudadanía. El General Bolívar estaba más inquieto que de costumbre. Bailó varias piezas con Marujita, que le fascinó. Ella se retiró prudentemente al cabo de un rato y momentos después se esfumó el Libertador con una guardia de confianza. En un lugar modesto pero seguro se realizó esta primera cita. Ella le informó que el teniente español León Gandarías, pariente suyo -era su tío-*, junto con otros realistas, preparaban un atentado para asesinarlo y lo habían planeado para esa noche. (…)*

La dama salvó la vida al héroe y a los hombres comprometidos en el complot los cogieron, entre ellos al tío de la linda Marujita. En ella, patriota como era, prevalecía el amor al héroe máximo de su patria, que su propio nexo familiar. Pero el asunto es que, bellísima como era la Marujita Costas, Bolívar se prendó de ella durante esos días de entrevistas secretas y ella quedó embarazada. Su marido, un general argentino llamado Hilarión de la Quintana, la repudió y nació un niño llamado José Antonio Costas, que llevó solo el apellido de su madre.

Un tiempo después, según lo cuenta Cacua, Bolívar los invitó a que fueran hasta la Quinta de La Magdalena en Lima para conocer al niño. Además le había escrito a ella una carta esquiva y misteriosa antes del nacimiento de la criatura:

De mi estimación y respeto: Ha llegado el momento en que como hombre de mundo y como militar de talento confiese y me ratifique en mi pecado. Mi lucha interna fue más que enorme pero el destino lo quiso: Cupido derrotó a Marte en buena ley y con las mejores armas. Lo que ahora conviene es que el botín de este combate, se reserve en lo más profundo e íntimo de nuestros corazones, ya que de lo contrario ¡Qué sería de ambos! … Diga usted que mis visitas frecuentes a su casa fueron, las más nocturnas, por cualquier pretexto que su ingenio peculiar habrá de dictarle. Por lo restante, seguiré muy de cerca el desenlace ya que fuera de Bolívar y Ponte, pondré a buen recaudo la honra de usted en cuanto a mi conducta personal. A los pies de usted, Bolívar.

Es una carta precavida con un lenguaje delicado y hasta poético como todas sus cartas, pero elusivo, aunque acepta como un valor entendido, el hecho del hijo. El "botín" lo llama. El mismo historiador Cacua continúa:

Anota el historiador don Luis Subieta Sagárnaga lo siguiente:

El Libertador en su charla con su edecán Luis Perú de la Croix, le dijo en 1828 encontrándose en Bucaramanga: "El Potosí tiene para mí tres recuerdos: allí me quité el bigote, allí usé un vestido de baile y allí tuve un hijo". Otro día al hablar de la numerosa prole de cada uno de los miembros de su familia, dijo: Que él *solo no había tenido posteridad porque su esposa murió muy temprano, y que no ha vuelto a casarse, pero no se crea que es estéril o infecundo, porque tiene prueba de lo contrario. (Diario de Bucaramanga, pág. 121)*

La afirmación sobre los tres recuerdos del Libertador respecto a Potosí, que según el historiador boliviano está en el Diario de Bucaramanga, no la hemos encontrado en ninguna de las varias ediciones que hemos revisado. En todo caso parece que fueron ciertos.

Es de anotar que el Diario de Bucaramanga duró cuarenta años sin publicarse y que además sufrió varios cambios y mutilaciones, según la conveniencia de los editores. De otro lado, Bolívar hacía esfuerzos en esos momentos para separarse efectivamente de Manuela, como se ha visto en carta de páginas atrás de manera que estaba libre para nuevos amores.

Por supuesto, en medio de estas grandes fiestas a las que asiste Córdova y luego también Sucre, se va conformando el nuevo Estado de Bolivia. Se ha integrado la Asamblea Constituyente que crea el cuerpo soberano de la Nación; y Bolívar es nombrado primer presidente. Luego es él mismo el que redacta la primera Constitución, bajo el impulso de esa gloria transeúnte, y un poco bajo la influencia de Simón Rodríguez, su viejo y acendrado maestro que allá aparece, invitado por su alumno aventajado.

La famosa Constitución consagra una presidencia y un senado vitalicios; y como un híbrido, consolida una oligarquía y juega con unas instituciones griegas y romanas que intenta, de buena fe, introducir en el texto, pero que no calzan. Bolívar era un genio, ya lo hemos visto; pero no era un jurista y menos experto en derecho público.

El congreso delegatario aprueba la constitución y debe así comenzar de derecho la nueva república. Vale la pena ver lo que sostiene don Ramón de Zubiría sobre esa misma Carta política:

> *Podría considerarse como el testamento político del Libertador. Representa el punto terminal de una larga indagación sobre la índole, la idiosincrasia de nuestras gentes, de sus raíces históricas, de su complejidad étnica y cultural, y el postrer intento hecho por el Libertador para producir un instrumento jurídico, una constitución que estuviese acorde con los rasgos diferenciales de los ciudadanos, de sus repúblicas como todos los documentos políticos del Libertador, está signada por un inequívoco propósito de orden moral, de educar, al amparo de leyes humanas y dignificantes, y de elevar el bajo* índice *prevalente entonces, y hay que decirlo, aún no modificado, de madurez política del pueblo para la vida civil.*
>
> *Como sabemos, aquella constitución se convirtió en manzana de la discordia. La gran ironía es que el Libertador pensaba lo contrario, que ella, su constitución, podía ser el instrumento que consolidara y galvanizara la vacilante estructura de la Gran Colombia. (…)*

La Constitución fue aprobada por el Congreso Constituyente de Bolivia el 25 de mayo de 1826, es decir, más de un año después de la confrontación de Ayacucho.

Bolívar pronuncia un discurso de alabanzas en que explica la creación de esos cuatro poderes que hemos mencionado unos renglones atrás, el electoral, el ejecutivo, el legislativo y el judicial. Se introducen instituciones de la antigua Grecia y de la República Romana. Y -él mismo lo dice- toma la Constitución de Haití como modelo, pues le parece la más perfecta, con un poder ejecutivo y legislativo vitalicio. Dice el por qué, aún cuando no es difícil entender que obra bajo el recuerdo agradecido de aquel personaje que le brindó la mano en los momentos más difíciles de su carrera: el presidente Alexander Petion.

Pero tal código, sin duda alguna, es un desastre desde el punto de vista del derecho político, en medio de un mundo tirante en el que, bajo el embrujo de las ambiciones personales, cada uno se cree un presidente en ciernes y tiene el derecho a serlo a como haya lugar.

Veamos unos apartes de ese discurso ante el Congreso de Chuquisaca en el que, sin vacilación alguna, es forzoso admitir objetivamente que se destaca la buena fe. Pero no la razón en sí misma, sometida de ordinario al poder mezquino del ser humano:

(…) El Presidente de Bolivia -habla en abstracto- *participa de las facultades del ejecutivo Americano, pero con restricciones favorables al pueblo. Su duración es la de los Presidentes de Haití. Yo he tomado para Bolivia el Ejecutivo de la República más democrática del mundo.*

La isla de Haití (permítaseme esta digresión) se hallaba en insurrección permanente; después de haber experimentado el imperio, el reino, la república, todos los gobiernos conocidos y algunos más, se vio forzada a ocurrir al ilustre Petion para que la salvase. Confiaron en él, y los destinos de Haití no vacilaron más. Nombrado Petion presidente vitalicio con facultades para elegir el sucesor, ni la muerte de este grande hombre, ni la sucesión del nuevo Presidente, han causado el menor peligro en el Estado: todo ha marchado bajo el digno Boyer[42]*, en la calma de un reino legítimo. Prueba triunfante de que un Presidente vitalicio, con derecho para elegir el sucesor, es la inspiración más sublime en el orden republicano.*

El Presidente de Bolivia será menos peligroso que el de Haití, siendo el modo de sucesión más seguro para el bien del Estado. Además, el Presidente de Bolivia está privado de todas las influencias: no nombra los magistrados, los jueces, ni las dignidades eclesiásticas, por pequeñas que sean. Esta disminución de poder no la ha sufrido todavía ningún gobierno bien constituido: ella añade trabas sobre trabas a la autoridad de un Jefe que hallará siempre a todo el pueblo dominado por los que ejercen las funciones más importantes de la sociedad. Los sacerdotes mandan en las conciencias, los Jueces en la propiedad, el honor y la vida, y los magistrados, en todos los actos públicos. No debiendo éstos sino al pueblo sus dignidades, su gloria y su fortuna no puede el Presidente esperar complicarlos en sus miras ambiciosas. (…)

Sucre inicialmente no asistió a Bolivia, porque, tal como se ha hecho referencia, tuvo un disgusto con el propio Libertador por haber éste desautorizado la convocatoria que hiciera como comandante de armas el Gran Mariscal para el 9 de febrero de ese 1825, a una asamblea de todos los pueblos liberados con el fin de que soberanamente escogieran su destino. Bolívar tenía los planes un poco diferentes, aunque en realidad todo concluiría en la misma fórmula de Sucre.

Pero tal malestar desaparecería cuando supo éste que el Congreso de Lima había prorrogado los plenos poderes otorgados al Libertador durante un año

42. Jean Pierre Boyer, presidente que reemplazó a Petion en 1818 y duró hasta 1843.

más. Entonces presentó una serie de disculpas a Bolívar, a quien tanto amaba y al cual los peruanos ya reconocen como el Gran Libertador del país austral.

Y mientras el gran militar Sucre reasumía sus obligaciones ante un personaje al que era casi imposible decirle que no, por cansado que estuviera, detendría su marcha allí, en Bolivia, como ya se llamaba ese gran territorio.

Algunos sostienen que en la escogencia del nombre de Bolivia estuvo metida la mano de Manuelita, quien ha sido llamada una vez más a su lado por su amante Bolívar. Es probable. Manuela no era el ser de dejar pasar sin intervenir. Sin embargo, es conocido que fue el diputado por Potosí Manuel Martín Cruz, quien en la asamblea constituyente de Chuquisaca, cuando se estaba escogiendo el nombre del nuevo estado, dijo: "*Si de Rómulo Roma, de Bolívar Bolivia".*

Lo que siguió en la historia de ese país hermano fue el momento en el que el Gran Mariscal de Ayacucho, ostentando la alta magistratura del nuevo estado que ha declinado Bolívar, a quien también se le ha entregado esa máxima distinción el congreso del Perú, asumiría la presidencia de la república del antiguo Alto Perú, ahora Bolivia. Y es de anotar que, en ausencia de Sucre, Córdova había desempeñado la misma posición como encargado.

El historiador ecuatoriano Alfonso Rumazo[43] transcribe parte de una carta que Bolívar le manda desde tan larga distancia a Santander, a quien supone ardiendo de la envidia -maldades de amigo-, y en la que aflora la soberbia y el orgullo humanos. Veamos la cita de Rumazo:

> *En el Cuzco, al mes siguiente, las mujeres más bellas le ponen en las sienes* -al Libertador- *una corona de perlas y brillantes. La acepta, pero la remite de obsequio a Sucre. Sigue luego hacia La Paz. Una delegación de la Asamblea Constituyente, creadora legal de la nueva república, viene a saludarle y a poner en sus manos la resolución en cuya virtud el nuevo país ha dejado de llamarse Alto Perú, para tomar el nombre de República Bolívar. El héroe, a la sazón de solo cuarenta y dos años de edad, se infla en delirio y escribe estas nerviosas palabras a Santander:*
>
> *"Mi derecha estará en las bocas del Orinoco y mi izquierda llegará hasta las márgenes del Río de la Plata. Mil leguas ocuparán mis brazos. Si usted se desagradó por la Ciudad Bolívar[44], ¿qué hará ahora usted con la Nación Bolívar?"*

43. Alfonso Rumazo, "Manuela Sáenz, la libertadora del Libertador".

44. Angostura se llamó Ciudad Bolívar desde aquellos tiempos.

El 6 de noviembre de 1826, finalmente, se clausura la Asamblea Constituyente en Chuquisaca, donde se había deliberado con toda la solemnidad de que es capaz el ser humano; y se promulga la Constitución bolivariana. Bolívar que ya está de nuevo en el Perú, envía el siguiente mensaje altamente conmovido:

*Mi desesperación se aumenta al contemplar la inmensidad de vuestro premio, porque después de haber agotado los talentos, las virtudes, el genio mismo del más grande de los h*éroes, *todavía sería yo indigno de merecer el nombre que habéis querido daros, ¡el mío!*

!Hablaré yo de gratitud, cuando ella no alcanzará jamás a expresar ni débilmente lo que experimento por vuestra bondad que, como la de Dios, pasa todos los límites! Sí: Solo Dios tenía potestad para llamar a esta tierra Bolivia…

¿Qué quiere decir Bolivia ? Un amor desenfrenado de libertad, que al recibirla vuestro arrobo, vio nada que fuera igual a su valor. No hallando vuestra embriaguez una demostración adecuada a la vehemencia de sus sentimientos, arrancó vuestro nombre, y dio el mío a todas vuestras generaciones. Esto, que es inaudito en la historia de los siglos, lo es aún más en la de los desprendimientos sublimes. Tal rasgo mostrará a los tiempos que están en el pensamiento del Eterno, lo que anhelabais: la posesión de vuestros derechos, que es la posesión de ejercer las virtudes políticas, de adquirir los talentos luminosos, y el goce de ser hombres. Este rasgo, repito, probará que vosotros erais acreedores a obtener la gran bendición del Cielo -la Soberanía del Pueblo- única autoridad legítima de las Naciones. Simón Bolívar.

Lo caprichoso del destino es que, a partir de estos días sublimes, las cosas fueron cambiando, movidas por circunstancias que aceleradamente surgieron de todos los lugares y geografías. Y es a partir de allí cuando mal interpretado, la grandeza del Libertador se fue opacando, luego distorsionando y finalmente desapareciendo.

El que llega a la cúspide de la montaña, hacia donde dirija la mirada después, siempre será el descenso.

Ese es el aspecto que queremos estudiar cuando lleguemos a la segunda parte de esta obra. Lo que fue pasando en la mente de Bolívar y su obsesión por imponer la Constitución de Bolivia que ya estaba adoptada en el Perú y subrogar la de Cúcuta de 1821, la que no se podía reformar según su propio mandato antes de diez años de haberse promulgado.

Bolívar entra triunfalmente a Lima por última vez, el 10 de febrero de 1826 en medio de discursos y adulaciones. En el Congreso de la República un diputado, señalándole la silla presidencial, le dice que "Él era el único digno de ocupar la primera silla del Estado". Bolívar, con gesto humilde y desprendido, cogió al azar al general José Lamar, y lo sentó en la poltrona, a tiempo que con su potente voz exclamaba: "Este es, señores, el hombre digno de mandar en el Perú". Por supuesto lo que quería significar era que ellos tenían hombres muy capaces para asumir el mando, y que lo suyo era una cuestión simplemente transeúnte.

Y, sin más revuelos, asumió el alto cargo. Lo que siguió ya no era la dictadura sino la Presidencia de la República.

La obra de la independencia en el Perú se había terminado a plenitud; pero en tales momentos sus gentes querían que ese Libertador tan grande permaneciera entre ellos como su gran dirigente y orientador un tiempo más. Incluso enviaron una comisión de dos miembros del Congreso peruano al Congreso colombiano en Bogotá con notas especiales y regalos, para agradecer la obra de la libertad que se les había entregado. Pero incluso, a más de eso, respetuosamente solicitaban al congreso colombiano que extendieran la licencia otorgada al Presidente constitucional del gran país del Norte, Libertador Simón Bolívar, para que pudiera dirigir un tiempo más al país del Sur.

Es de agregar como otro hecho muy importante, que el 23 de enero anterior -1826- se había firmado la capitulación del general español José Ramón Rodil y de todo su cuadro directivo ante el general colombiano Bartolomé Salom, comisionado por Bolívar para tal efecto, quien los había sitiado y vencido. O sea que la recuperación de los fuertes de El Callao y especialmente del gran puerto, dejaban libre en su totalidad el territorio peruano.

Bolívar entonces, como presidente de la República, se traslada de nuevo a La Magdalena a finales de febrero, inicialmente solo, después con Manuela que ha marchado con todo su interés a participar en el nacimiento de ese fenómeno republicano que se llamó Bolivia, al lado de su gran amigo Antonio José de Sucre; y a organizar el archivo personal del Libertador. Y es cuando entrega los archivos que ella religiosamente ha conservado de Bolívar al todavía coronel Daniel Florencio O´Leary, quien pudo conservarlos en su mayor parte.

Sobrevienen al caraqueño descanso total y frivolidad. Mujeres limeñas hermosas, aristocráticas, sensitivas y sensuales. No ha llegado Manuela y por lo tanto viene el desbordamiento de pasiones paganas y sexo. Ese era, como ya

lo sabemos, el punto débil del Gran Caraqueño. Noches intensas repetidas. El escritor colombiano de los años cuarenta Bernardo Arias Trujillo, impactado por tales desenfrenos escribe:

> *En esta mansión de La Magdalena todo convida al sabroso vivir y nada al dolido meditar. Todo convida al amor como en un serrallo oriental: la temperatura grata, los fulgores diáfanos del cielo, los follajes y las fragancias de arboledas y jardines, la sonata de los surtidores, el ambiente yodado del cercano mar, la piel tibia de una tierra seca y táctil, y el pabellón militar de un sol grávido de vitaminas y de cantáridas. La Magdalena o La Voluptuosidad debe ser el nombre y el subnombre de la castiza mansión que en Lima dio en reconocimiento a su emancipador y padre.*
>
> *¿Cuántas mujeres le amaron aquí? Nadie podría saberlo. Lo cierto es que en Lima las hembras y los vinos se les sirvieron en bandejas de plata para que el héroe las bebiera hasta las más exquisitas embriagueces. Y él, nada corto, apuró* ávidamente *ambos licores hasta extenuarse de voluptuosidad.*

Claro que Manuela, ansiosa como siempre, llega pronto y trata de imponer un orden. Pelea como fiera herida con las rivales, pero mantiene el desenfreno pasional. Ya ella conocía esa Malmaison similar a la de Josefina, cuando al lado de San Martín y su amiga Rosita Campusano Cornejo, celebraban las fiestas inventadas por las dos mujeres.

Alfonso Rumazo[45] comenta:

> *Se pierde* -Bolívar- *en un cúmulo de aventuras galantes que solo en perfumes le costaron al héroe más de diez mil pesos. Él lo presidía todo; ella* -se refiere a Manuela que ya ha llegado- *lo hermoseaba todo, aureolada también de heroísmo, participante también en las campañas, bella cual ninguna, imperiosa y alegre, de frases bellamente mordaces, audaz por sobre todas.*
>
> *Tuvo la inteligencia suprema* -se vuelve a referir a Manuela- *en esos días, de no estorbar los placeres de su amante* -discutible, agregamos nosotros, porque hubo enfrentamientos de Manuela-. *Se contentó con la total satisfacción de su orgullo femenino.*
>
> *… No decae el remolino de pasión de La Magdalena, pero aumenta por momentos el descontento en el Perú. Se resienten con los postulados de la constitución boliviana; sufren el peso de varios miles de soldados colombianos. El*

45. Autor citado, "Manuela Sáenz la libertadora del Libertador".

concepto primitivista y de extranjeros sale a flor de labios por todas partes. Y al mismo tiempo desde Bogotá le exigen perentoriamente a Bolívar que regrese para que solucione los problemas surgidos por la actitud del General Páez en Venezuela, quien se ha negado a obedecer las disposiciones emanadas de Bogotá y comienza a actuar por su propia cuenta, encastillado en Valencia, armas en mano, en actitud de franca rebeldía y en intento evidente de independizarse de la Gran Colombia. Y ruedan las olas en las playas vecinas a la quinta, como comienza a rodar la tormenta; suave al principio, casi discreta, pero insistente, tenaz. Manuela siente el soplo del vendaval, atisba, se informa, en medio de los salones, en las calles de Lima, en las vecindades; es una admirable observadora que defiende a su hombre con solicitud, con orgullo, con pasión. En sus manos están todas las cartas. También las publicaciones de prensa que critican la constitución boliviana y que sirve de base para acusar al Libertador de pretensiones dictatoriales. Creen que el genio aspira a una dictadura vitalicia.

El congreso peruano se vuelve a reunir y entran a estudiar la situación general del nuevo estado. Sin embargo la armonía se rompe con la inconformidad, que siempre aparecerá en todas las situaciones; y alguien dice que esas fuerzas colombianas debieran ya abandonar la república del Perú.

Era el 31 de marzo -año 26-. Bolívar se informa de estas expresiones y monta en cólera. De un día para otro hace saber a ese parlamento y a todo el país que abandonará la tierra del Perú de manera inmediata con las fuerzas colombianas que les han dado su libertad.

Esa decisión irrevocable enciende los grandes temores de los congresistas, y entonces los jueces y magistrados, las autoridades administrativas y las que podrían llamarse las fuerzas de opinión de la nación, se van todos en romería a La Magdalena a pedirle al Libertador que no los abandone, que no sabrían qué hacer sin él e inexorablemente caerían en la anarquía.

El Libertador después de escucharlos, accede y pasa a atenderlos con la mayor atención. Ellos exponen sobre las muchas dificultades por las que atraviesan y dejan entonces a la consideración de Bolívar un cuestionario con las siguientes cuestiones fundamentales para decidir: 1. Aplazar la instalación del congreso un año más. 2. Que se consultara a las provincias si debía reformarse la Constitución de la República y si la reforma debía ser radical o parcial: 3. Sobre el individuo que la opinión pública designara como más a propósito para ejercer la Primera Magistratura del Estado.

El pueblo en general y el gobierno, a cuya cabeza se encontraba como ministro del Interior el conocido diplomático de origen español José María Pando, acató la reforma total de la constitución y también aceptó la propuesta de Bolívar de que se integraran unos colegios electorales que fueran los que hicieran la adopción de la nueva Carta.

Por cierto ya había llegado a Lima el coronel Daniel Florencio O´Leary portando la de Bolivia, después de haberla enseñado en el Congreso y en los medios políticos en Bogotá por órdenes del Libertador.

O´Leary estaba de regreso y la portaba para enseñarla en el Perú, según las mismas instrucciones expresas de aquel.

La constitución de Bolivia era un poco complicada en su parte orgánica. El poder legislativo, como ya se adelantó se componía de tres cámaras: la Cámara de tribunos, la Cámara de Senadores y la Cámara de Censores. Cada Cámara constaba de veinte miembros. Eran vitalicios después de la primera elección. Se agregaba el poder Ejecutivo que ejercían igualmente de forma vitalicia el Presidente de la República, y el Vicepresidente hereditario, al fallecer el primero. Cuatro ministerios integraban el gabinete: el de Relaciones Exteriores, el del Interior, el de Economía y Finanzas Públicas y el Ministerio de Guerra y Marina.

El Poder Judicial se integraba por la Corte Suprema de Justicia compuesta por seis vocales y un Fiscal.

El hecho de que no se hicieran elecciones para establecer el poder ejecutivo, según el pensamiento bolivariano, garantizaría que no hubiera la anarquía y los enfrentamientos habituales en esos certámenes electorales. Allí estaba la mayor convicción del Libertador acerca de la tranquilidad que traería un sistema que no fuera absolutamente democrático en estos pueblos, carentes de la cultura suficiente para garantizar una alternación pacífica y tranquila mediante elecciones del poder público.

Conociendo lo que han sido estos países bolivarianos durante los doscientos años siguientes de luchas y guerras, es muy posible decir sin equivocarse, que la razón podía asistirle en gran parte, aunque no de ese modo.

No obstante, esa misma manera de pensar del Libertador era, sin lugar a dudas, la misma con que veía el asunto diez años atrás en la denominada Carta de Jamaica, que recomendamos leer.

Eran dependientes de esta Corte las cortes judiciales de cada capital de Departamento, con un Presidente y varios vocales en números que variaban según la población. Los Juzgados individuales eran los de Letras y de Paz.

Así, pues, casi de modo simultáneo se aprobó la Constitución bolivariana tanto en Bolivia -6 de noviembre 1826- como en el Perú -30 de noviembre 1826-, aunque en realidad su vigencia fue por muy corto tiempo.

En aquel país -Bolivia- la constitución dejó prácticamente de existir cuando en la ciudad de Chuquisaca le levantaron una conspiración violenta al Mariscal Sucre el 18 de abril de 1828, como consecuencia de la cual, cuando quisieron asesinarlo, éste se defendió valerosamente, aún cuando perdió el movimiento del brazo derecho.

La Constitución realmente estuvo en vigencia en el nuevo país hasta el 14 de agosto de 1831, cuando se aprobó una reforma constitucional, ya bajo la presidencia del general Andrés de Santa Cruz.

En el Perú la constitución estuvo vigente solo cincuenta días, hasta cuando cayó el régimen bolivariano el 27 de enero de 1827 por un golpe de estado. Se argumentó entonces que había habido una nulidad en el trámite por haber utilizado una institución que nunca existió: los consejos electorales.

En este último país ya se había objetado por algunos que hacían parte de los descontentos, que esos colegios electorales no estaban en condiciones de hacer un estudio serio de la nueva constitución, como era verdad, y otros observaron que una presidencia vitalicia con transmisión hereditaria no era buena y podría conducir a algo parecido a una monarquía. El Libertador contestó con un discurso ante la asamblea constituyente en el que decía con toda su elocuencia:

> *!Legisladores!, la libertad de hoy más será indestructible en la América. Véase la naturaleza salvaje de este continente, que expele por sí sola el orden monárquico; los desiertos convidan a la independencia. Aquí no hay grandes nobles, grandes eclesiásticos; nuestras riquezas eran casi nulas, y en el día lo son todavía más. Aunque la Iglesia goza de influencia, está lejos de aspirar al dominio; está satisfecha en su conservación. Sin esos apoyos, los tiranos no son permanentes; y si algunos ambiciosos se empeñan en levantar imperios, Dessalines, Cristóbal, Iturbide les dicen lo que deben esperar. No hay poder más difícil de mantener que el de un príncipe nuevo. Bonaparte, vencedor de todos los ejércitos, no logró triunfar de esta regla, más fuerte que los imperios. Y si*

el gran Napoleón no consiguió mantenerse contra la liga de los republicanos y de los aristócratas, ¿Quién alcanzará en América a fundar monarquías en un suelo encendido con las brillantes llamas de la libertad, y que devora las tablas que se le ponen para elevar esos cadalsos regios? No, legisladores; no temáis a los pretendientes a coronas; ellas serán para sus cabezas la espada pendiente sobre Dionisio. Los principales flamantes que se obsequen hasta construir tronos encima de los escombros de la libertad erigirán túmulos a sus cenizas, que digan a los siglos futuros ¡como *prefirieron su fatua ambición a la libertad y la gloria!*

Es innegable que ese es el pensamiento de un demócrata que rechaza por convicción histórica cualquier forma de monarquía. En realidad esa ha sido su manera de pensar, expuesta en tantas oportunidades anteriores, y la que habría de sostener en el inmediato futuro.

Pero así mismo hay que hacer énfasis en que en Bolívar había hecho carrera la convicción de que no estábamos preparados para la democracia plena por la falta de educación y las desigualdades de un pueblo, siempre mal tratado por la monarquía española. Había pensado mucho en ese tema y le asistía la convicción de que era necesario un ejecutivo fuerte que asentara pasiones sin atropellar a nadie. Parecía fácil.

Ese, pues, sin equivocaciones, es el pensamiento bolivariano que le permitió tener la convicción plena de que su constitución, fuerte y restringida de la democracia entronizada en Bolivia y después en el Perú, era el código que debería garantizar la felicidad de los pueblos sudamericanos, rechazando la monarquía.

Es verdad que hubo desde un comienzo manifestaciones minoritarias en Lima en contra de Bolívar y los colombianos. Restrepo[46] recoge estos recuerdos:

El proyecto de que la Constitución boliviana se sancionara por los colegios electorales hirió a multitud de descontentos; aumentose, pues, el odio que ya existía contra los colombianos, cuyas maneras y costumbres no se acordaban con las peruanas, sin que valiera para calmarlos la exacta disciplina que observaban las tropas auxiliares. Disminuyose también sobre manera la popularidad del Libertador, a pesar de su gobierno justo, fuerte y que daba garantías de orden.

Bien pronto se comenzaron a ver los efectos de aquel estado de cosas. Descubriose una conspiración cuyo principal objeto era arrojar a los colombianos

46. José Manuel Restrepo, obra citada, tomo V

del Perú y aún asesinar a Bolívar, según se dijo entonces. Un tribunal especial juzgó a varios de los comprendidos en ella, y el Teniente peruano Aristizábal fue condenado a perder la vida, el que antes de ser pasado por las armas afirma que muere por servir a su patria. Se escapan algunos de los cómplices y se les condena en contumacia, unos a presidio, otros a ser arrojados del país; otros, en fin, a diferentes penas menores. Esta conspiración tenía extensas ramificaciones, y fueron comprendidos en ella algunos generales, coroneles y otros empleados. A consecuencia de tales tramas, el Consejo de Gobierno mandó salir del Perú a todos los naturales de Buenos Aires y de Chile, a quienes se atribuyera que atizaban el fuego de la discordia y que promovían el odio contra los colombianos; providencia despótica, justamente censurada. ...

Frente a este conjunto de conspiraciones que refleja el brillante y objetivo historiador Restrepo, tal vez corresponda a la realidad histórica decir que esa ha sido durante todos los tiempos la política en sus expresiones mezquinas. Y por supuesto Bolívar no era el hombre que se asustara ante eso. Al contrario, él creía tener razón y solo aceptaba la lucha en pro de esos ideales.

Es de destacar que al lado de estos personajes discordantes había un partido grande con gentes de representación que exaltaban a Bolívar y contra sus propias palabras, hablaban del héroe como futuro Emperador de Los Andes, que comprendía a Bolivia, Perú y Colombia incluida Panamá. Eran beligerantes, aduladores y medraban. Entre ellos estaba el ahora ministro José María Pando, nacido español, diplomático y a quien Bolívar había nombrado en el Perú como Ministro del Interior y Relaciones Exteriores. Fue él por cierto quien se encargó de poner en ejecución los colegios electorales que aprobaron la constitución de Bolivia en el Perú.

Tal vez estos aduladores lograron que el Libertador se abstuviera de aceptar las críticas apropiadas y que, cuando se anticipa en Lima, como acaba de verse, la fatídica Noche Septembrina con intenciones de darle muerte y se abre el patíbulo contra los conspiradores, se diría que en ese país, que lo idolatró como acaba de verse, ya se había llegado a un sendero de odio sin regreso.

Ya para estos momentos Bolívar trabaja intensamente, como ha sido el hábito de su vida, en otros aspectos. Él cree como se ha visto y recogiendo el pensamiento mirandino que era conveniente el establecimiento de una gran autoridad federativa en Panamá; y de acuerdo con esto, vale la pena intentar

esa gran federación de estados americanos con sede en Panamá, como lo fue la liga del Peloponeso que hubo en el istmo de Corinto para los espartanos, con unos objetivos comunes en el campo del comercio y de las aduanas. Trabaja en ello y convoca a varios países a que asistan y se integren al congreso inaugural.

Gran parte de ellos declinan la invitación, como Argentina, Chile y Brasil, que conservan, sobre todo los dos primeros, gran rencor con Colombia por lo de San Martín. El tercero por los incidentes que casi desatan una guerra, en la que el Libertador llegó a pensar y es lo cierto que estuvo tentado a emprender. Era inaceptable para él que en la América del Sur existiera un imperio portugués con dominio en todo el territorio gigantesco del Brasil.

En fin, el congreso que el propio Bolívar llamó utilizando una palabra griega Antictiónico, se reunió en el istmo el 22 de junio de ese año 1826 y se clausuró el 16 de julio. Nada salió de allí, salvo unas cuantas enfermedades causadas por el mal clima que se vivía entonces en ese territorio colombiano.

Entre tanto Páez, ciego de ambición, ve propicio el momento de levantarse en la patria chica del Libertador y organiza unas fuerzas en Valencia, cuyo objetivo es el poder y por supuesto la desintegración de la gran Colombia. Al fin, cuando el congreso colombiano con sede en Bogotá, ante las evidencias de su insubordinación lo emplaza a un juicio, que inicialmente acepta y de modo jocoso le pide a Santander que le consiga en arrendamiento un sitio para vivir; después se suelta y organiza su levantamiento que podrá llegar, como lo hizo, hasta el extremo de no permitir, en la fase final de la vida del Libertador, su entrada a Venezuela, ni de Sucre cuando éste llega comisionado por el Congreso Admirable.

Empero y más allá de sus verdaderas intenciones, el sinuoso Páez antes intenta una carta tentadora a Bolívar -que seguramente alguien le escribió-, que le envía con otro personaje de la diplomacia, Antonio Leocadio Guzmán, quien no solo trae la carta sino que llega a endulzar el oído de Bolívar con su proyecto de constitución que debe extenderse a los tres países colombianos y él será un instrumento al servicio del Libertador.

En la carta Páez incita a éste a que, dadas las circunstancias históricas, asuma como Napoleón la corona imperial y ejerza con mano dura[47]:

47. Daniel F. O´Leary, Memorias, tomo 2°, pág. 57

Caracas, Octubre 1° de 1825.
A S. E. el General Bolívar, etc., etc., etc.
Mi querido General y amigo:

La gran distancia á que U. se encuentra de nosotros me proporciona muy de tarde en tarde ver letra suya; le aseguro que este es uno de los muchos males que experimentamos y un bien para los malvados á quienes conviene semejante posición. Hace mucho tiempo que deseaba explicarme con U. con la franqueza de un amigo y compañero de armas, pero no me atrevía á fiar semejantes cosas á la pluma por los conductos ordinarios, pues la mala fé nos ha reducido hasta el caso de desconfiar de los correos, y por lo tanto veo como un feliz acontecimiento la marcha del General Briceño en direccion hacia U. El es el conductor de la presente y mucho me alegraría que se viesen UU., porque él bien enterado de todo por lo que hemos hablado y ha visto, puede decirle todo lo que se deja de expresar en este escrito.

Querido General, U. no puede figurarse los estragos que la intriga hace en este país teniendo que confesar que Morillo le dijo á U. una verdad en Santa Ana sobre "que le había hecho un favor en matar a los abogados". Pero nosotros tenemos que acusarnos del pecado de haber dejado imperfecta la obra de Morillo, no habiendo hecho otro tanto con los que cayeron por nuestro lado; por el contrario, les pusimos la república en las manos, nos la han puesto á la española, porque el mejor de ellos no sabe otra cosa, y están en guerra abierta con un ejército á quien deben todo su sér, y de cuyo cuartel general han salido los Congresos sin tomar la más mínima parte en ellos como corporación y obrando con aquella buena fé que sólo se conoce en la noble profesión de los militares.

La situación de este país es muy semejante en el día á *la de Francia cuando Napoleón el Grande se encontraba en Egipto y fue llamado por aquellos primeros hombres de la revolución, convencidos de que un Gobierno que había caído en las manos de la más vil calaña no era el que podía salvar aquella Nación, y U. está en el caso de decir lo que aquel hombre célebre entonces: "Los intrigantes van á perder la patria, vamos á salvarla".*

Este país en lo general de su población no tiene más que los restos de una colonia española, de consiguiente falto de todo elemento para montar una República; U. y un puñado más de valientes lo han hecho todo; el día que U. lo deje, deja de ser lo que U. lo ha hecho, de consiguiente la existencia de un orden de cosas aquí que pueda llamarse Gobierno, es consustancial con U., y en prueba

es que solo su alejamiento ha producido un estado habitual de anarquía que no puede atajar la actual administración, a pesar de sus mejores deseos. (...)

Es esta carta, más las instrucciones que verbalmente trasmite Antonio Leocadio Guzmán, una tentación abierta al Libertador para que abandone el sentimiento democrático que sin duda alguna lo ha animado y entre en el plano de una monarquía directa.

Pero veamos antes, para tener un mejor conocimiento de estos asuntos, sobre todo de lo que había pasado en Lima después de aprobada la Constitución de Bolivia por los consejos electorales que vimos un poco antes, cómo relata el propio Bolívar esos hechos en una carta a Tomás Cipriano de Mosquera[48], que está de Intendente en el Ecuador, y por donde ha pasado de regreso el señor Antonio Leocadio Guzmán y ha organizado en Guayaquil una reunión de amigos para promover una especie de plebiscito en favor de la modificación de la Constitución de Cúcuta en orden a instaurar la de Bolivia, ya vigente en Perú.

Lima, 1º de agosto de 1826. Al señor coronel Tomás Cipriano de Mosquera. Mi querido Mosquera:

He recibido con otros varios papeles de esa ciudad la carta en que usted me da parte de las ocurrencias que tuvieron lugar en ella. El primer rumor que llegó aquí fue de tal modo funesto, que he visto con placer el desenlace que ha presentado definitivamente. Sin embargo, deseo y encargo a Ud. muy particularmente que nada se añada a lo hecho ya, porque tales movimientos, aunque suaves en su origen, pueden concluir por un trastorno que lo confunda todo en la anarquía. Los sucesos de Venezuela ofrecen igualmente un aspecto lisonjero según los documentos que he recibido: el general Páez da fin a uno de ellos con las palabras siguientes: "El nombre del Libertador está escrito en el fondo de mi corazón y mi aliento le llama en cada suspiro". Allí, como en todo Colombia, se conserva un punto de contacto nacional y mi suerte quiere que sea yo.

Dentro de veinte o treinta días me pondré en marcha para esa ciudad: Yo volaré a la salvación de la patria y espero hallar a sus hijos todos dispuestos al mismo empeño: entre tanto, pueden mis amigos desde luego publicar mis opiniones porque ellas son de naturaleza pública. El código boliviano -se refiere a la Constitución- *es el resumen de mis ideas, y yo lo ofrezco a Colombia como*

48. "Obras completas de Simón Bolívar", tomo II, Librería Piñango, Caracas.

a toda la América. A mis ojos no se presenta ningún otro medio de rescate y todo lo demás me parece absurdo.

Bolivia continúa su marcha majestuosa y la gratitud dirige todos sus pasos. El congreso ha admitido todo el proyecto de constitución que le presenté con dos o tres variaciones en favor del estado, pero de muy poco interés. En el Perú será admitido con toda probabilidad, a pesar de los esfuerzos que hacen por impedirlo algunos miserables. De éstos se han reunido muchos para conspirar contra el ejército colombiano y el orden actual de cosas: Han sido descubiertos; todos están ya presos y la justicia sola decidirá de su suerte. Concluido este punto podré dejar este país seguro de su estabilidad por mucho tiempo. (...)

Obsérvese cómo en esta carta casi íntima a Mosquera, a los opositores los llama Bolívar "miserables". Eso demuestra que él no ejercía la que podría llamarse una resistencia pasiva. Era un ser convencido de tener la razón, que en este caso radicaba en esa constitución que él llama sencillamente código y que entendía como el *ábrete sésamo* de la felicidad.

Como lo dice el propio Libertador con cierto orgullo, después de los diferentes movimientos de estudio, ese congreso de Lima asociado a los colegios electorales que fundara él mismo, e igual que hiciera el de Bolivia, acogieron sin escrúpulo alguno y solo con unas modificaciones sin trascendencia, esa Carta que instituía presidente y congreso vitalicios y lo eligieron a él igualmente Presidente Vitalicio.

Por supuesto su siguiente paso era que esa misma carta fundamental se acogiera en Bogotá para todo el estado llamado Colombia, con Venezuela incluida.

Dejemos pues esta observación como una gran premisa de la buena fe, innegable, con la que actuaba Bolívar, pero discutible y blanco fácil para quienes, con un criterio oportunista o con una convicción filosófica y democrática que comenzó a reinar, enfilaron sus pasquines en contra de esas normas. Sin embargo, puede decirse que era una verdad que la dictadura, al estilo de Cincinato, había dejado de existir en la tierra de los Incas.

A pesar de la claridad de estas conclusiones, cumple decir que los fuegos estaban próximos a encenderse; y como el Gran Caraqueño era testarudo, se alimentó de algunos rencores que fueron imperceptiblemente dejando una huella de incomprensión, que habría de durar por todo el corto tiempo de vida que restaba al héroe, hasta ese momento rodeado de gloria y cierta idolatría de los

pueblos americanos. Y además es de destacar que había gente -siempre la habrá para todo- que funcionaba a esas expectativas y ambiciones del grande hombre.

Es imperativo agregar que, aunque no derrotado en sus planes alrededor de la carta boliviana, el Libertador comienza a sentirse viviendo una especie de tragedia griega determinista, como hemos de apreciarlo a continuación, pero no rehúye.

Es de gran interés histórico en la confrontación de estos estados sicológicos de Bolívar, que entreguemos al lector varias cartas de la nutrida correspondencia del Libertador, cuando ya su situación en Lima había cambiado y él necesitaba ausentarse de modo definitivo de ese gran país, al que solo su empeño y gigantesco esfuerzo debía la independencia.

Veamos entonces, para que el lector las asuma y penetre en ellas, las dos significativas cartas con las que contesta a Páez la que éste le había enviado con el general Jorge Briceño Méndez, al igual que con el señor Antonio Leocadio Guzmán, que se comentó páginas atrás, y que son de gran interés histórico en cuanto muestra la metamorfosis en el ánimo de Bolívar, ayer brillando como un rayo de luz, hoy naufragando en el pesimismo y la desesperanza.

También miremos a posteriori otra significativa misiva al general Santander, cuya amistad aún se conserva, no obstante algunas raspaduras causadas por los nuevos momentos y por esa cohorte de abogados que clamaban contra Bolívar y los militares en las esquinas de Bogotá y en los pasquines que editaban tan profusamente.

Veamos entonces la carta a Páez:

La Magdalena, 6 de marzo de 1826
Al Exmo. Señor General en Jefe José Antonio Páez.

Mi querido general y amigo: He recibido la muy importante carta de Ud. del 1º de octubre del año pasado, que me mandó Ud. por medio del señor Guzmán, a quien he visto y oído no sin sorpresa, pues su misión es extraordinaria. Ud. me dice que la situación de Colombia es muy semejante a la de Francia cuando Napoleón se encontraba en Egipto y que yo debo decir con él:

"los intrigantes van a perder la patria, vamos a salvarla". A la verdad, casi toda la carta de Ud. está escrita por el buril de la verdad, mas no basta la verdad sola para que un plan logre su efecto. Ud. no ha juzgado, me parece, bastante imparcialmente el estado de las cosas y de los hombres. Ni Colombia es

Francia, ni yo Napoleón. En Francia se piensa mucho y se sabe todavía más, la población es homogénea, y además la guerra la ponía al borde del precipicio. No había otra república más grande que la francesa y la Francia había sido siempre un reino. El entonces gobierno republicano se había desacreditado y abatido hasta entrar en un abismo de execración. Los monstruos que dirigían la Francia eran igualmente crueles e ineptos. Napoleón era grande y único, y además sumamente ambicioso. Aquí no hay nada de esto. Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero imitar a César; aún menos a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, es imposible degradarlo. Por otra parte, nuestra población no es de franceses en nada, nada, nada. La república ha levantado el país a la gloria y a la prosperidad, dando leyes y libertad. Los magistrados de Colombia no son ni Robespierre ni Marat. El peligro ha cesado cuando las esperanzas empiezan; por lo mismo, nada urge para tal medida. Son repúblicas las que rodean a Colombia y Colombia jamás ha sido un reino. Un trono espantaría tanto por su altura como por su brillo. La igualdad sería rota y los colores verían perdidos todos sus derechos por una nueva aristocracia.

En fin, amigo, yo no puedo persuadirme de que el proyecto que me ha comunicado Guzmán sea sensato, y creo también que los que lo han sugerido son hombres de aquellos que elevaron a Napoleón y Iturbide (Agustín Iturbide, quien se hizo proclamar emperador en México y terminó siendo fusilado) *para gozar de su prosperidad y abandonarlos en el peligro, o si la buena fe los ha guiado, crea Ud. que son unos aturdidos o partidarios de opiniones exageradas bajo cualquier forma o principios que sean.*

Diré a Ud. con toda franqueza que este proyecto no conviene ni a Ud. ni a mí ni al país. Sin embargo, creo que, en el próximo período señalado para la reforma de la constitución, se pueden hacer a ella notables mutaciones en favor de los buenos principios conservadores y sin violar una sola de las reglas más republicanas. Yo enviaré a Ud. un proyecto de constitución que he formado para la república de Bolivia; en él *se encuentran reunidas todas las garantías de permanencia y de libertad, de igualdad y de orden. Si Ud. y sus amigos quisieran aprobar este proyecto, sería muy conveniente que se escribiese sobre él y se recomendase a la opinión del pueblo. Este es el servicio que podemos hacer a la patria; servicio que será admirado por todos los partidos que no sean exagerados, o, por mejor decir, que quieran la verdadera libertad con*

la verdadera estabilidad. Por lo demás, yo no aconsejo a Ud. que haga por sí solo lo que no quiero para mí, mas si el pueblo lo quiere, y Ud. acepta el voto nacional, mi espada y mi autoridad se emplearán con infinito gozo en sostener y defender los decretos de la soberanía popular. Esta propuesta es tan sincera como el corazón de su invariable amigo. Bolívar.

Páez en su autobiografía[49] dice que esta carta no es auténtica y agrega:

En años posteriores se ha publicado una carta que dicen me dirigió Bolívar en respuesta de ésta, en la cual se habla de que Colombia no es Francia, ni el Libertador es Napoleón, etc. Dicha carta que no recuerdo haber recibido nunca, y que no se haya entre los documentos de la Vida Pública de Bolívar, tiene más visos de un manifiesto a la nación que respuesta a una comunicación privada.

Hay quien ha escrito que el señor Antonio Guzmás fue comisionado por mí para llevar la carta en que se dice que yo proponía al Libertador el establecimiento de una monarquía en Colombia. Afortunadamente vive aún el Sr. Guzmán, que se jacta de ser mi enemigo y a cuyo testimonio apelo, sin embargo, para que diga si yo le entregué la susodicha carta, y si de mi propio peculio o de la tesorería de Venezuela recibió jamás fondos para ir en comisión al Perú, donde se hallaba el Libertador y si su viaje tuvo por objeto proponer a éste *algún plan de monarquía…*

Vale la pena acotar sobre esta afirmación de Páez que sin duda alguna el viaje de Antonio Leocadio Guzmán se efectuó y llegó a Lima donde entró en contacto con el Libertador y se puso a su servicio. Después viajó al Ecuador, y estuvo en la Nueva Granada, en Panamá y en la propia Venezuela. Y ¿quién le pagó los viáticos?

Pues la respuesta es simple: con esos viáticos de Páez llegó Guzmán desde Venezuela; y por supuesto ese viaje acredita plenamente la autenticidad de la importante misiva, agregando además que nadie se atrevería a adoptar una impostura ante esos personajes. Por tanto, sin lugar a dudas, la presencia en Lima de Guzmán acredita la carta de la que era portador.

Por lo demás, esta sin lugar a dudas, es una de las más luminosas misivas del Libertador, en la que rechaza en forma rotunda y analítica seria, histórica y social la propuesta tentadora de Páez asumiendo el papel de Mefistófeles

49. "Autobiografía José Antonio Páez", t. 1, Editorial Bedout S. A.

tentando al maestro, que Bolívar, con la convicción de toda su capacidad intelectual de raíces conservadoras rechaza con un *vade retro Satana.*

No es posible creer que la convicción inteligente e inobjetable que contiene la carta no fuera en realidad el pensamiento profundo y analítico de Bolívar, que hemos de tener presente cuando en la parte correspondiente de esta obra abordemos la coyuntura acerca de si hubo o no en un momento dado un pensamiento monarquista del Libertador.

Dejemos estos comentarios como la parte de un silogismo de acción, que en detalle estudiaremos en su momento.

Complementaria de esta carta es la que el mismo Bolívar le escribió al impetuoso Páez unos meses después, desde la misma Lima donde aún se encontraba, el día 8 de septiembre del año 26, que vale la pena ver para confrontar el pensamiento de Bolívar y su estado anímico, en ese momento soportando una especie de depresión y delirio negativo, pero que en realidad quería era mostrar al destinatario el fondo del peligro de los tiempos que vivían:

Al Exmo General en Jefe José Antonio Páez.

Mi querido General: Ud. me mandó ahora meses al señor Guzmán para que me informase del estado de Venezuela y Ud. mismo me escribió una hermosa carta en que decía las cosas como eran. Desde esa época todo ha marchado con una celeridad extraordinaria, los elementos del mal se han desarrollado visiblemente. Dieciséis años de amontonar combustible van a dar el incendio que quizás devorará nuestras victorias, nuestra gloria, la dicha del pueblo y la libertad de todos. Yo creo que bien pronto no tendremos más que cenizas de lo que hemos hecho.

Alguno de los del congreso, compuesto de los que fueron esclavos de Morillo, han pagado la libertad con negras ingratitudes y han pretendido destruir a sus libertadores. Ud. era la primera víctima que se ofrecía a sus ojos. El celo indiscreto con que Ud. cumplía las leyes y sostenía la autoridad pública debía ser castigado con oprobio y quizás con pena. La imprenta, tribunal espontáneo y órgano *de los pensamientos ajenos, ha desgarrado las opiniones y los servicios de los beneméritos: además ha introducido el espíritu de aislamiento en cada individuo, porque, predicando el escándalo de todos, ha destruido la confianza de todos.*

El ejecutivo -por supuesto se refiere al de Bogotá-*, guiado por esta tribuna engañosa, y por la reunión desconcertada de aquellos legisladores, ha marchado en busca de una perfección prematura y nos ha ahogado en un piélago de leyes y de instituciones buenas, pero superfluas por ahora. El espíritu militar ha sufrido más de nuestros civiles que de nuestros enemigos: se le ha querido destruirle hasta el orgullo: ellos deberían ser mansos corderos en presencia de sus cautivos y leones sanguinosos delante de los opresores, pretendiendo de este modo una quimera, cuya realidad sería muy infausta. Las provincias se han desenvuelto en medio de este caos. Cada una tira para sí la autoridad y el poder; cada una debería ser el centro de la nación. No hablaremos de los demócratas y de los fanáticos; tampoco diremos nada de los colores, porque al entrar en el hondo abismo de estas cuestiones el genio de la razón iría a sepultarse en él como en la mansión de la muerte. ¿Qué no deberemos temer de un choque tan violento y desordenado de pasiones, de derechos, de necesidades y de principios? El caos es menos espantoso que ese tremendo cuadro: y aunque apartemos la vista de él, no por eso lo alejaremos ni dejará de perseguirnos con toda la saña de su naturaleza. Crea Ud., mi querido general, que un inmenso volcán está a nuestros pies, cuyos síntomas no son poéticos sino físicos y harto críticos. Nada me persuade que podamos franquear la suma prodigiosa de dificultades que se nos ofrece. Estábamos como por milagro sobre un punto de equilibrio casual, como cuando dos olas enfurecidas se encuentran en un punto dado y se mantienen tranquilas apoyada una de otra y en una calma que parece verdadera aunque instantánea. Los navegantes han visto muchas veces este original. Yo era este punto dado, las olas Venezuela y Cundinamarca, el apoyo se encontraba entre los dos, y el momento acaba de pasarse en el período constitucional de la primera elección.* (acababa de producirse una reelección en Bogotá del cargo de presidente para Bolívar con una votación muy alta, y de vicepresidente para Santander, con algunas dificultades, explica el autor) *Ya no habrá más calma ni más olas ni más punto de reunión que forme esta prodigiosa calma: todo va a sumergirse al seno primitivo de la creación, de la materia. Sí, de la materia, digo, porque todo va a volverse nada.*

Considera Ud., mi querido general, quien reunirá más los espíritus, quien contendrá las clases oprimidas. La esclavitud romperá el yugo; cada color querrá el dominio, y los demás combatirán hasta la extinción o el triunfo. Los odios apagados entre las diferentes secciones volverán al galope, como todas las cosas

violentas y comprimidas. Cada pensamiento querrá ser soberano, cada mano empuñar el bastón, cada espada manejada por el primer ambicioso, cada toga la vestirá el más turbulento. Los gritos de sedición resonarán por todas partes. El trueno de la destrucción ha dado la señal. Y lo que todavía es más horrible que todo esto es que cuanto digo es verdad. Me preguntará Ud. ¿qué *partido tomaremos ? En qué arca nos salvaremos ? Mi respuesta es muy sencilla: "Mirad el mar que vais a surcar con una frágil barca cuyo piloto es tan inexperto ". No es amor propio ni una convicción íntima y absoluta la que me dicta este recurso. Es, sí, la falta de otro mejor. Pienso que la Europa entera si se empeña en calmar nuestras tempestades, no haría quizás más que consumar nuestras calamidades. El congreso de Panamá, institución que debiera ser admirable si tuviera más eficacia, no es otra* ***Se me ha escrito que muchos pensadores desean un príncipe con una constitución federal. Pero ¿dónde está el príncipe? ¿Y qué división política producirá armonía?*** *cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos, consejos: nada más.*

Todo esto es ideal. Ud. me dirá que de menos utilidad es mi pobre delirio legislativo, que encierra todos los males como la Caja de Pandora. Lo conozco, pero algo he de decir por no quedarme mudo en medio de este conflicto. La memoria de Guzmán dice mil bellezas pintorescas de este proyecto. Ud. la leerá con admiración y sería muy útil que Ud. se persuadiese por la fuerza de la elocuencia y del pensamiento, pues un momento de entusiasmo suele adelantar la vida política como la física. Guzmán extenderá a Ud. mis ideas sobre este proyecto -naturalmente se refiere al desarrollo de la constitución boliviana que tanto trajinó *con* Guzmán y de quien se dice que fue el redactor principal-. *Llego a desear que con algunas ligeras modificaciones, podría acomodarse el código boliviano a estados pequeños como Venezuela, enclavados en una vasta confederación. Aplicando la parte que pertenece al ejecutivo, al gobierno general; y el poder electoral, a los estados particulares, puede ser que con esto se obtengan algunas ventajas de más o menos duración, según el espíritu que nos guíe en tal laberinto.*

Desde luego lo que más conviene hacer es mantener el poder público con vigor para emplear la fuerza en calmar las pasiones y reprimir los abusos ya con la imprenta, ya con los púlpitos, y ya con las bayonetas. La teoría de los principios es buena en las épocas de calma, pero cuando la agitación es general

la teoría sería un absurdo, como pretender regir nuestras pasiones por las ordenanzas del cielo que, aunque perfectas, no tienen conexión algunas veces con las aplicaciones.

En fin, mi querido general, el señor Guzmán dirá a Ud. todo lo que omito aquí por no alargarme demasiado en un papel que siempre queda escrito aunque se varíen mil veces los hechos. Bolívar.

Esta carta también figura publicada en la autobiografía de Páez, tomo II[50] Y es preciso agregar un comentario de la propia editorial: "Este borrador está escrito de puño y letra de Bolívar. La carta fue expedida con fecha 8 de agosto del 26. Se reproduce más adelante porque no es exactamente igual al borrador. Tiene algunas modificaciones sin importancia, y llegó a su destino con Guzmán.

La extensa misiva, como puede apreciarse, es -lo dice él mismo- una especie de delirio pesimista, trágico. Todo está determinado al fracaso, aunque él siente que su *leit motiv,* que es la constitución de Bolivia, puede adoptarse en Venezuela y en Cundinamarca. Todo gira alrededor de esta constitución que ha llegado a ser para él la solución a unos problemas ancestrales que aparentemente no tienen solución. Esa carta, pues, es la síntesis de las inquietudes y dudas de Bolívar frente a los acontecimientos negativos que ve venir y que los enemigos exageran y dan por cierta una voluntad autocrática que nunca existió. Es como decir que el hombre no tiene salvación porque todo conduce a su propia muerte.

50. "Autobiografía José Antonio Páez", tomo II, editorial Bedout.

Capítulo v

Los ardientes caminos del regreso

Salida del Perú. Guayaquil, quito, ingreso a Colombia, Pasto, Popayán. Encuentro con Santander en Fusagasugá. Entrada a Bogotá. Avisos en distintos lugares de respaldo a la constitución del 21. Los días de la quinta.

El Libertador está ya de salida del Perú y ansía esa salida. Los problemas de Colombia se han crecido. Páez, como se ve, trabaja casi que clandestinamente y la separación parece un problema indetenible. Urge pues la presencia de Bolívar para calmar los ánimos, como que es el único con autoridad frente al llanero. Cierto es que el Gran Caraqueño no da el brazo a torcer y lo espera una lucha que él sabe de qué tamaño es. Su propósito más importante, de momento, es llegar a Venezuela, separada formalmente ya en esos momentos de Colombia.

Debe arreglar personalmente con Páez y piensa, con razón, que ninguno otro sería oído por el Catire. Sabe por demás que sin Venezuela, que es su patria chica, no tiene destino el sueño del imperio sin imperio con que sueña. Cree con fe poder arreglar el problema, porque así era él. Pero sin duda alguna, ya ha comenzado a sentir el declive.

Aun veamos en ese sentido otra carta suya fechada en Lima y dirigida a su amigo Pedro Briceño Méndez con el mismo tema, un tanto obsesivo:

Lima, 8 de agosto de 1826
Sr. General Pedro Briceño Méndez
Mi querido Briceño:

El peligro que amenaza a Colombia me tiene tan inquieto que casi no pienso en otra cosa que en buscar los medios de contener el incendio que veo asomarse por todas partes. Entre otros, me ha ocurrido el mandar a Guzmán a Venezuela

con el objeto que comunique al general Páez y a todas las personas que tengan influjo, el proyecto que he concebido y que Guzmán detallará a Vd. Lleva cartas para el general Páez, el general Toro, Carabaño y otros; y yo espero que Vd., bien empapado del negocio, escriba también a Venezuela y a todas partes donde Vd. pueda dirigirse con fruto. Guzmán hablará también en Cartagena a los generales Montilla y Padilla y a los demás que crea necesarios. He escrito largamente a Guayaquil a Castillo y Valdés sobre lo mismo. Me dirigiré a todas partes anunciando mi modo de pensar para que, una explosión prematura e imprudente, no nos destruya. Si logro que todas las cosas queden en el estado en que están, sin dar otros pasos que empeoren la situación, podré luego que llegue a Colombia emplear todos los esfuerzos posibles para que la república no caiga en el abismo que le preparan. Mucho me intereso con todos esos señores para que se penetren de la necesidad de conservar la mejor armonía y la más estrecha unión de las partes con el todo, para que no perdamos a la vez el crédito, la moral, el ejército y nuestra existencia. Si se empeñan imprudentemente en desunirse del gobierno no hay que contar con nada. En el momento los extranjeros cobrarán lo que se les debe y no nos prestarán ni un maravedí más; los soldados, perdiendo el espíritu nacional, querrán cada uno irse a su país y todo será miseria, horrores y por término la nada. Escribo a Venezuela y a todas partes que se empeñen en inclinar la opinión pública a adoptar el proyecto de la constitución de Bolivia y les predico en el entretanto unión y armonía hasta mi llegada. Repito a Vd. que escriba bajo estos mismos principios a todo el mundo, para ver si siquiera el mal da espera hasta que yo llegue.

Yo tengo todo listo y empaquetado para marchar, y lo habría hecho ya si me hubieran llamado de Colombia; pero el general Santander, lejos de decirme nada malo de allá, me ha pintado siempre la situación interna de la república en el estado más brillante. Sin embargo, hoy debo recibir el correo de Bogotá que debe traerme noticias hasta el 6 de junio y entonces resolveré. Entretanto Colombia y el Perú me tienen desesperado, indeciso y lleno de agitación.

Acaba de llegar el deseado correo de Colombia con noticias hasta el 6 de junio que nada añaden a lo que sabía de Venezuela, comunicado por Cartagena. Así es que he quedado en la misma oscuridad que antes. El general Santander tampoco tenía hasta el 6 de junio más noticias de Venezuela que las mismas que Vd. y yo sabemos, traídas a Cartagena por la fragata inglesa "La Galatea". El general Santander dice que si fuere urgente me llamará.

Soy de Vd., mi querido Briceño, su mejor amigo. Bolívar.

Penetrando en esa alta siquis bolivariana a través de las cartas, es innegable que Bolívar después de haber calibrado y sentido el ambiente, mantiene un estado de desesperanza. Quizás no es para menos, aunque conserva su capacidad de lucha y busca en el ajedrez como acomodar sus fichas. Aún es tiempo, cree él, a pesar de los hechos venezolanos de la Cosiata.

Ahora veamos con el mismo interés la carta que se había anunciado en el mismo sentido y que le envía el 8 de agosto, casi desde el estribo de su caballo, al general Santander, quien como lo sostiene en la carta anterior el Libertador, no ha expuesto en toda su intensidad los motivos que agitan su atención en Bogotá.

Lima, 8 de agosto de 1826.
A. S. E. El General F. de P. Santander.
Mi querido General:

Cuando yo esperaba este correo con una impaciencia mortal para que me informase del verdadero estado de las cosas en Venezuela, me encuentro con que Vd. no sabe más que lo que yo sé veinte días ha. Hace cien días, por lo menos, que han tenido lugar los sucesos de Páez en Valencia -la separación definitiva de Colombia-*, y todavía no he podido recibir un parte oficial sobre un acontecimiento tan peligroso a la seguridad de Colombia.*

Desde que recibí el primer aviso de la comunicación de Valencia (se refiere a la revolución de la Cosiata que luego veremos)*, calculé todos los males que nos van a causar y me preparaba ya a embarcarme, cuando se ha descubierto en esta capital* (se refiere obviamente a Lima) *una conspiración tramada por los argentinos y los partidarios de Riva Agüero contra el gobierno. Este incidente tan desagradable me ha retenido, bien a mi pesar, con el objeto de ahogar este inicuo proyecto, tomar todas aquellas medidas de seguridad que sean necesarias a la tranquilidad de este país y aguardar al general Santa Cruz, que ha ido a la sierra a poner en orden todo aquel país, que había sido inquietado con la sublevación de dos escuadrones de Húsares de Junín que venían a esta capital. Ya he mandado llamar al General Santa Cruz para que venga a ponerse a la cabeza del gobierno y entonces ya nada me detiene: me embarco y me voy a Guayaquil.*

Desde allí podré escribir a Vd. con más extensión, porque veré las cosas más de cerca, con más tranquilidad y conoceré con más exactitud el remedio que se pueda aplicar. No obstante, me adelanto a decir a Vd. que yo no encuentro otro modo de conciliar las voluntades y los intereses encontrados de nuestros

conciudadanos que el presentar a Colombia la constitución boliviana, porque ella reúne a los encantos de la federación, la fuerza del centralismo; a la libertad del pueblo, la energía del gobierno; y, en fin, a mi modo de ver las cosas, yo que las peso en mi corazón, no encuentro otro arbitrio de conciliación que la constitución boliviana, la que contemplo como la arca donde únicamente podemos salvar la gloria de quince años de victorias y desastres, y, últimamente, yo presentaré a Colombia y prometo hacer cuanto dependa de mí por alegar las cosas, y entienda Vd. que este sacrificio lo emprendo más bien por salir de este Perú que por el gusto de ir a Colombia.

Mañana saldrá de aquí mi edecán, el coronel Demarquet, con dirección a Quito a aconsejar a todos aquellos señores que se mantengan quietos; que no cometan desatinos y, en fin, que aguarden a que yo vaya.

*También vuelve Guzmán a Venezuela a llevar mis consejos al general Páez y a indicar mis pensamientos con respecto a la constitución boliviana de que he hablado ya. Este Guzmán es un excelente muchacho; tiene mucho talento y si no dígalo la ojeada de la constitución que es escrita por él (*es muy importante advertir que gran parte del trabajo de redacción de la constitución fue obra de Guzmán, observamos). *Además está cordialmente adicto a mí y puede servir muy bien empleándolo. Aunque él se ocupó en Venezuela contra Vd., fue, no por malignidad, sino porque venía lleno de las ideas liberales de España, y porque en Caracas era moda pensar todo mal contra el gobierno. Por medio de Guzmán escribo a Páez un cuadro horroroso de lo que nos espera. Yo no ahorro los colores más fuertes, porque estoy tan penetrado de horror y de desesperación que nada espero de bueno.*

Vd. se sorprenderá de la inconsecuencia que notará en esta carta. Me explicaré, todo lo que antecede lo ha dicho Páez y yo digo lo que sigue.

No creo que se salve Colombia con la constitución boliviana ni con la federación ni con el imperio. Ya estoy mirando venir el África a apoderarse de la América y todas las legiones infernales establecerse en nuestro país. Si yo quisiera imitar a Sila pudiera retardar quizás algún tanto nuestra pérdida, pero después de haber hecho el Nerón contra los españoles me basta de sangre. Me servirá de disculpa el llamarlos tiranos, pero contra los patriotas no valdrá esta excusa. Napoleón no ha mandado mal a otro mundo tantos como yo, es decir, por mi orden. Ahora, si añado a los pobres patriotas que será necesario exterminar para establecer el orden, no habrá termino para mis desgracias,

pues estoy cansado de mandar, de sufrir y de quejas contra mí. El amor a la libertad me ha forzado a seguir un oficio contrario a todos mis sentimientos.

Estoy desesperado por irme para Colombia, pero no más por salir de aquí; en llegando a Guayaquil diré a los colombianos que he vuelto, que estoy a sus órdenes, pero que no quiero mandar más y aunque el diablo se los lleve a todos no cambiaré de resolución. Prefiero perecer de miseria a ser víctima de las pasiones y de las facciones ajenas. No sería malo llamarme jefe mientras que tuviera que lisonjear bajamente a más de cuatro infames canallas que dispondrán de los cuatro ángulos de Colombia con demasiada facilidad. Créalo Vd., mi querido general, las cosas van a dar la ley a esas pobres provincias de la sierra que no merecen ser víctimas de esas hordas africanas… pero lo serán. Mis temores son los presagios del destino; los oráculos de la fatalidad.

Soy de Vd. su mejor amigo. Bolívar

P. D.-Cerrada ya esta carta la he abierto para anunciar a Vd. que en este instante recibo carta de Ibarra y de Urbaneja, de Payta, participándome que venían comisionados por el general Páez cerca de mí y a instarme a que me restituyese a Colombia. Ellos se devolvieron a Guayaquil; porque un maldito capitán les dijo que yo salía del Callao para Guayaquil el 12 del pasado, por lo cual regresaron estos señores a aguardarme allí. Así, pues, yo estoy resuelto y muy resuelto a irme dentro de muy pocos días.

Es realmente una carta patética a la que se le siente sin fingimiento alguno la sinceridad con la que expresa su deseo de no mandar más, aunque sí quiere el resultado favorable de su política. Ese deseo, realmente, ha sido una constante de Bolívar. Se nota el afán de abandonar el Perú, por el juego de intrigas que se ha levantado contra su nombre. Esa constitución de Bolivia, cosa que él no cree, le ha hecho daño en unos sectores políticos que se desatan en consejas contra él. Pero hay algo significativo que es observar el afecto que todavía profesa a Santander, "su mejor amigo".

Y además veamos otra carta dirigida a un peruano, Agustín Gamarra, con una esposa locata, hermosa, fumadora de puros como Manuela, bebedora como hombre, llamada Francisca Zubiaga y Bernales y a la que parece que en algún momento dado Bolívar llevó al lecho. En ese mensaje el Libertador resalta su filosofía de ese momento girando toda, con inocultable buena fe, sobre la tantas veces mencionada Carta de Bolivia, llevada al Perú:

Lima, 18 de agosto de 1826
Al señor General Agustín Gamarra.
Mi querido General:

Tengo a la vista la última carta que Vd. me ha escrito, la que me ha sido ciertamente muy agradable, porque en ella veo que Vd. está siempre animado de los mejores sentimientos hacia su patria y hacia mí.

Por este correo será Vd. informado de los últimos acontecimientos de esta capital, que, a la verdad, se ha mostrado muy superior a cuanto podía esperarse del pueblo más agradecido. El colegio electoral de esta provincia a (sic) sancionado unánimemente la constitución boliviana y me ha proclamado presidente perpetuo. Este suceso tan extraordinario me promete las más bellas esperanzas en orden a la federación de que antes he hablado a Vd. de los tres estados de Bolivia, Perú y Colombia, y casi me da la certeza de que consiga la realización de un plan que asegure la dicha y la estabilidad de las tres hermanas. La fuerza de estos mismos sucesos, lejos de detenerme en esta capital, me lleva nuevamente a Colombia a preparar allí los espíritus a fin de que se acepte la constitución boliviana junto con la federación, y establecer el orden y la estabilidad, que están amenazados por la fuerza de los partidos. También es mi objeto consultar la voluntad general de aquel pueblo, sin la cual no puedo aceptar la presidencia que tan generosamente me ha ofrecido este pueblo.

Hágale Vd. mil cumplimientos a todos mis amigos del Cuzco; yo amo esa ciudad y le soy agradecido.

Soy de Vd. afectísimo amigo. Bolívar.

Está claro el plan de acción de Bolívar en relación con su idea grande de unir en una federación, como la del país del norte del continente, que aglutine distintas nacionalidades unidas por la religión, la raza mestiza, el idioma y el ancestro común indígena. Era, por supuesto, un gran pensamiento que de haber prosperado hoy sería uno de los más grandes países del mundo. Pero por supuesto ya pintan los partidos políticos contrarios.

Es de destacar que parte de su plan era no aceptar de momento la presidencia vitalicia o perpetua, como él mismo la llama, que le había otorgado el Perú, hasta que no se consolidara la idea en su país Colombia, con sus tres grandes provincias. Todo esto estaba por comenzar, siendo así que Páez se había expresado ya, con tropas en movimiento, hacia una separación de Venezuela.

Ahora veamos, dentro del mismo propósito de estudiar la secuencia histórica que fue operando desde Lima, otra misiva al general Antonio Gutiérrez de la Fuente, viejo amigo que atrás vimos y otro de los principales líderes de ese país, del cual se habló en los comienzos de la presencia del Gran Caraqueño en el país del Sol:

Lima, 18 de agosto de 1826
Señor General Don Antonio Gutiérrez de la Fuente.
Mi querido General:

Estando ya al embarcarme para Colombia he tenido que demorar mi marcha a causa de los últimos sucesos de esta capital. Desde el momento que se supo en ella que yo estaba decidido a partir, pusieron en movimiento todos los resortes imaginables a fin de obligarme a revocar mi determinación. Se reunieron las corporaciones, los barrios y también las señoras a suplicarme no los abandonase en tan críticas circunstancias. Últimamente se ha reunido el colegio electoral de esta provincia y unánimemente, grande y generoso, me ha obligado a detenerme quince o veinte días más en esta capital con el objeto de que no se pierdan la esperanzas que han concebido todos estos señores de mejorar su actual posición política. Esta misma lisonjera esperanza es la que me lleva a Colombia que clama por mi presencia para calmar los partidos que ha producido mi larga ausencia, y también a consultar la voluntad general, sin la cual no podré aceptar la presidencia que me ofrece este pueblo.

Soy de Vd., mi general amigo de corazón. Bolívar.

De esta carta se desprende que en el Perú había una gran confusión. Muchos aspirantes a dirigir el propio país, como después se vio, y unos partidarios de Bolívar, quienes eran conscientes de que al irse éste dejaría un vacío y una gran silla en abandono. La carta es diciente y aporta parte del conocimiento de los factores de poder que están jugando en la bella Lima y en todo el Perú.

Todo se está fraguando en la oscuridad, y aunque Bolívar no lo exprese, lo sabe por su deseo ardiente de salir de allí, como se ha visto en varias cartas. Y ese momento de la partida llegó:

Fue la noche del 3 de septiembre -1826- cuando los íntimos le hacen una fiesta de despedida a Bolívar. En esa misma noche habrá de emprender el viaje a El Callao, donde habrá de embarcarse en la corbeta Congreso. Manuela le ha puesto todo su sentimiento a esa despedida que se lleva a cabo en la quinta de La Magdalena. Los invitados son amigos íntimos y bellas damas de la sociedad

peruana. Hay licores finos y música y baile. Bolívar se divierte y baila. Sabe para sus adentros, no obstante que ha notificado a sus amigos peruanos una ausencia por un año, que nunca más volverá a ese país donde lo han amado las multitudes, pero al mismo tiempo lo odian los émulos callados, esperando su momento. La intriga no duerme.

La noche es clara en esa primavera (las estaciones al sur son invertidas) y reina la alegría en todos los rostros. La fiesta no anunciaba que era una despedida. Pero a eso de las tres de la madrugada Manuela anuncia el viaje inmediato de Bolívar y se ven las caballerías esperando. Entonces éste, con su voz sonora, dice unas palabras conmovidas. Celebra la belleza y a la mujer. De un momento a otro, cuando menciona a la quiteña, se le quiebra la voz y no acierta a continuar. Manuela llora al igual que las otras damas. Ese Bolívar tan grande ha cumplido la misión de la libertad en el Sur, pero los problemas lo esperan en su país natal, Venezuela. Y en Bogotá y en otras partes donde están en espera los partidos para expresar su inconformidad con la constitución y la presidencia vitalicia.

Apenas comienzan los disgustos y las dificultades que él ha consentido como un gran desafío. Se entiende ya que los opositores han adoptado el nombre de liberales y la ingratitud se explaya rápidamente, mientras comienzan a llamar godos a los militares bolivarianos.

Antes de que se atisben los primeros rayos del nuevo amanecer, ya suenan sobre el empedrado los cascos del caballo blanco en el que monta ese Libertador aún lleno de energías. Y cabalgará concentrado en un porvenir incierto como tantas veces lo ha hecho en ese desfiladero que es su destino. Al llegar a El Callao en la mañana, surgen espontáneamente personas que a pie o a caballo lo reconocen y se suman a un desfile espontáneo de reconocimiento y afecto. Se embarca y a la noche está en aquel Guayaquil donde aparentemente se despejó su camino hacia la gloria del sur.

Previa a su partida de Lima Bolívar había integrado un consejo de gobierno que habría de reemplazarlo en su ausencia, presidido por el mariscal Andrés de Santa Cruz y Calahumana (nacido en Bolivia), quien venía desde antes en el gabinete de gobierno de aquel. Santa Cruz fingía con arte ser amigo de Bolívar. Y es así que éste, días después de su llegada a Guayaquil, creyendo ingenuamente en la amistad de aquel boliviano, le escribe una carta eufórica haciendo planes futuros para el desenvolvimiento del buen gobierno que en sus sueños

albergará, como se ha visto, la gran federación suramericana que conformará un gran país tanto en extensión de tierra como en gentes. No hay que olvidar que en esos momentos el pueblo peruano, salvo las disidencias solapadas, sentía por ese Libertador una especie de veneración. Veamos esa carta:

Guayaquil, 14 de septiembre de 1826
A. S. E. el Gran Mariscal Don "Andrés de Santa Cruz.
Mi querido general:

Me tiene Ud. ya aquí y el 18 marcho para Quito para seguir rápidamente a Bogotá. He recibido muchas noticias que detallan los progresos de los acontecimientos de Venezuela y que Ud. verá en los papeles públicos que le incluyo. La mala inteligencia entre el general Páez y el general Santander está tan formalmente declarada, que no habría ninguna esperanza de concierto pacífico si yo no me presentara allí. Afortunadamente yo soy el punto a donde vienen a reunirse todos los partidos, todos los intereses y todos los deseos por opuestos que sean entre sí. Esta confianza me hace el árbitro y el componedor de sus diferencias. Tengo, pues, muchas esperanzas de que todo se organizará y de que las cosas volverán a entrar en el orden debido. De todos los puntos de la república he recibido invitaciones para ir a serenar la tempestad que los amenaza, poniendo todos sus destinos y su suerte en mis manos.

Todos los departamentos del Sur me han aclamado dictador como verá Ud. por las actas que acompaño; puede ser que todo Colombia haga otro tanto, y entonces el camino se ha franqueado infinitamente más de lo que yo esperaba.

Al señor Pando escribo sobre los motivos que tengo para desear que Uds. no ratifiquen los tratados celebrados en Panamá, antes de que yo les haya manifestado mi última opinión sobre ellos, después de meditarlos detenidamente en Bogotá y que Uds. me hayan manifestado también su opinión sobre ellos, para de este modo proceder con pleno acierto y no entrar en comprometimientos que nos embaracen o perjudiquen. Ud. verá mi carta al señor Pando.

El general Santander se queja en sus últimas comunicaciones que he recibido aquí de que ha faltado un correo entero. Antes de ahora he recibido iguales quejas del general Sucre. Si la administración de correos no está servida por personas íntimamente adictas al gobierno puede hacernos un mal de una inmensa magnitud. Ud. sabrá muy bien el temperamento que debe tomar para dar a las comunicaciones del gobierno toda la seguridad y prontitud que exigen siempre,

y mucho más en las actuales circunstancias. Por lo mismo, la administración de correos de esa capital debe estar en manos seguras.

Mi querido general, voy a entrar en un laberinto horrible que me ocupará todo entero de Colombia, por lo mismo, Ud. no extrañará el que no hable mucho de las cosas del Perú sino respuesta de lo que usted me diga. La dictadura que me espera debe operar una reforma completa, porque la organización misma que tenemos, es un exceso de fuerza mal empleada; y, por consiguiente, dañosa. Ud. sabe que yo ya aborrezco los negocios de administración, y que me son muy fastidiosos los cuidados sedentarios: todo esto me abrumará, me quitará el humor de escribir a Ud. y a los otros amigos con la extensión que yo deseara. Espero que Ud. tenga la bondad de decirlo así a esos señores, y muy particularmente a los generales La Fuente, Gamarra, Pardo de Zela, Orbegoso y Echenique, a quienes tendrá Ud. la bondad de escribirles en todos los correos alguna fineza de mi parte. Este cuidado será agradable a todos.

He visto al señor Vidaurre (Manuel Lorenzo de Vidaurre y Encalada, habría de dar el golpe de estado contra Bolívar a los cincuenta días del viaje de éste y además fue el que expulsó con mal trato a Manuela)*, que, como siempre me hace muchos cariños; quiere irse para el Perú a llevar sus tratados, aunque le han dicho que el gobierno quería emplearlo en Colombia. Ayer, comiendo y en público muy numeroso, ha dicho cosas bellas sobre la reunión del Perú y Colombia. Si se mantiene en este espíritu puede ser útil. Él ha cambiado mucho su lenguaje. Le hablé sobre que debería ser empleado con el señor Pando en un tratado de convención con Colombia; me respondió que era una idea que le lisonjeaba mucho y que la había concebido más de tres años ha, poniendo para esto al general Castillo de testigo, quien dijo que era cierto. Todo esto me induce a creer que tratando bien al señor Vidaurre, él se portará bien con el gobierno. Creo que el señor Pando debería encargarse de escribirle fuertemente si no se va; y si marcha para allá deberá tratarlo con frecuencia para que le imponga de sus sentimientos e ideas. Me ha confesado que profesa el mayor respeto a Pando, y yo he procurado fortificarle estas ideas, asegurándole que era su amigo y otras cosas más.*

Soy de Ud. de todo corazón. Bolívar.

Se ha dicho antes que el Libertador siempre fue un optimista, y si en unas cartas que se han transcrito y comentado hay un sentimiento pesimista hacia el inmediato futuro, y hasta llega a imaginar como un sentimiento absolutamente

negativo el deslizamiento del continente africano hacia esta América, tal como comenta en la segunda carta a Páez, levanta de nuevo el ánimo cuando ve posible que las circunstancias y la lealtad de unos amigos patriotas hagan posible la adopción general de su código, aparentemente ya en vigencia en Bolivia y en el Perú. Es por eso que ve en Vidaurre una posibilidad de que se convierta en adalid amigo de su constitución. Esos sueños bien pronto mostrarán que todo es vano y que el inmediato futuro está marcado en contra de esos ideales en los que cree más que con ambición, con sinceridad. Sobre todo cuando se encuentra la figura de Vidaurre mandando en el Perú después del golpe de estado que viene encima.

Empero, lo que corresponde decir es que cuando Bolívar ve perfilarse su sueño en la conformación de un gran país que se oriente por su constitución, otros están sintiendo el golpe de la dictadura y empiezan a rechazar la presidencia vitalicia y hereditaria como un ataque directo a la democracia. Además son éstos los que dan pábulo a la idea de que Bolívar quiere ceñir en sus sienes una corona. Es esos momentos cruciales un sol está naciendo, para otros. Y para él, aún en el sueño de la gloria, entraba la hora sombría del crepúsculo.

Manuel Lorenzo Vidaurre -al que se refiere en la última misiva a Santa Cruz, era la encarnación de la traición a la que no llegaba el pensamiento, ya distante, del Gran Caraqueño. Fue él quien realizó un motín el 26 de enero de 1827, que tuvo origen en el levantamiento interno de José Bustamante dentro de las tropas colombianas, que por cierto celebró Santander para malestar de Bolívar.

Ese mismo Vidaurre, adulador del boliviano Santa Cruz, constituía la ambición y el despotismo, que también cobijaban al propio jefe boliviano, quien encabezó el movimiento que eliminó la constitución bolivariana, pretextando tal vez con aparente razón, que había sido adoptada por unos colegios electorales sin valor para reemplazar al congreso constituyente, como lo veremos con detalle adelante.

De paso, con el golpe de estado de Vidaurre, se anuló también la elección de Bolívar como presidente vitalicio.

Todo el derrumbe comenzó allí, en ese personaje sombrío de Vidaurre, al que se refiere en tan buenos términos el Libertador.

En mi libro "Córdova, gloria y asesinato del héroe"[51], anoto sobre este momento crucial:

51. Obra citada antes

El golpe de estado contra Bolívar, que comenzó con la revuelta del coronel José Bustamante y del Villar -26 de enero 1827- y la División Tercera, ya se ha consolidado con la salida de esa misma división y de casi todas las tropas colombianas que dos años antes les habían conquistado -a los peruanos- la independencia de España. Ese mismo general peruano Manuel Lorenzo de Vidaurre, ya ejerciendo el mando al lado de Santa Cruz, le ha notificado a Córdova de la orden de la salida del territorio inca, que también extiende a Manuela Sáenz, a la que odiaban casi de modo general los peruanos por ser la querida de Bolívar y por las glamurosas noches de la Magdalena. El espejismo del Perú se había disuelto en el viento.

Era el 11 de abril de 1827, o sea siete meses después de haberse ido el Libertador, cuando el general Córdova debe embarcarse de regreso en El Callao. Lleva un contingente de 10 oficiales y 130 soldados que había rescatado enfermos de un hospital de Lima, para cuyo transporte pidió, como ya se dijo, al general José de Santa Cruz los elementos logísticos necesarios. Santacruz, a pesar de sus ambiciones y traiciones, guardaba un gran respeto por aquel joven general a quien había visto brillar como un dios olímpico en el campo de Ayacucho, y por supuesto, amablemente accedió a todo lo que le solicitó. También viajaba el coronel Ramón Espina, que había participado en la insurrección de Bustamante y ahora lo repudiaban los peruanos. Y por supuesto también viaja Manuela con sus dos esclavas libertas Nathan y Jonathán.

Días antes a Manuela le habían allanado su vivienda de la Magdalena, de donde la condujeron al convento de las Hermanas Nazarenas por órdenes del nuevo hombre fuerte Vidaurre. De este sitio fue remitida a la casa del cónsul colombiano Cristóbal Armero, quien intentó darle asilo. Vidaurre entonces le envió al cónsul una carta llena de arrogancia y suficiencia:

> *Con noticias muy exactas que tuve de cuanto se imaginaba por Armero -el cónsul-, y por esa mujer, cuya escandalosa correspondencia tanto ha insultado el honor y la moral pública, lo hice llamar a las cuatro de la tarde. Le dije: La Manuela Sáenz se embarcará entre veinticuatro horas (...)*
>
> *Señor Armero: Se muy bien cuanto se trata en casa de U. contra el Estado. No ignoro los privilegios de los ministros extranjeros, los que tienen sus límites. Si U. no varía de conducta, conocerá que la administración actual nada tiene de débil. Haré que se ponga a la casa de U. fuego y se convierta en pavesas.*

Dos días después Manuela viajaba con Córdova.

El viaje fue movido. El Pacífico a veces lo es, otras no lo es tanto y puede ser temible. Algunos han hablado de que la lujuria de Manuela le puso el ojo al atractivo general Córdova, que siempre había sido huidizo con ella. Y dijeron que lo buscó y se le insinuó en su camarote en el marco de sus dos bellezas de ébano. Pero agregaron que Córdova, por su lealtad a Bolívar, rechazó la oferta e hirió el corazón de la mujer.

Este último comentario lo hace el autor con base en las anotaciones de Rumazo, a quien se ha citado varias veces. Pero el académico Antonio Cacua Prada, de toda credibilidad, sostiene que ese incidente jamás existió y que Manuela, no obstante ser descocada y loca, jamás le fue infiel a su amante Bolívar. El autor de esta obra considera por varios motivos que no son del caso ahora, que Cacua tiene razón. De todas maneras lo que si es cierto es que Manuela quería a Sucre, que la dejaba participar en todos los asuntos, pero odiaba a Córdova como hemos de ver adelante.

Capítulo VI

De nuevo Bogotá y Caracas

Guayaquil, Quito, Ibarra, Pasto, Popayán, Bogotá. Se definen los partidarios de la dictadura y el cambio de la constitución y los encendidos defensores de la carta del 21, enemigos de la dictadura. Cruce epistolar con Santander. El meollo que habrá de terminar con los sueños del Libertador. Emprende el viaje a Caracas. Despedida en Hatogrande. Chiste de Bolívar sobre el empréstito a Santander.

Era el 12 de septiembre de 1826 cuando el Libertador llega a Guayaquil. A su recibimiento acuden el teniente Coronel Tomás Cipriano de Mosquera, y los generales Juan Paz del Castillo y Juan Manuel Valdez, los dos últimos venezolanos, y les acompañan los asistentes de menor graduación. Ya ha estado por allí en meses pasados y en misión especial, el enviado de Páez Antonio Leocadio Guzmán, a quien Bolívar le ha confiado la misión, con cartas credenciales especiales y otras personales del propio Libertador, de organizar en el Ecuador, en la Nueva Granada, en Panamá y Venezuela el movimiento que conduzca a elaborar un plebiscito en favor de que se permita modificar la Constitución de la Villa del Rosario de Cúcuta de 1821, que ordena que no puede hacérsele modificación alguna en el curso de los primeros diez años. En efecto, el Artículo 191 de esa Carta dice:

> *Cuando ya libre toda o la mayor parte de aquel territorio de la República que hoy está bajo el poder español, pueda concurrir con sus representantes a perfeccionar el edificio de su felicidad, y después de una práctica de diez o más años haya descubierto todos los inconvenientes o ventajas de la presente Constitución, se convocará por el Congreso una Gran Convención de Colombia, autorizada para examinarla o reformarla en su totalidad.*

En razón a esa norma y al apego que muestran a ella los constitucionalistas, ya declarados enemigos del gobierno del Libertador, los numerosos amigos de éste encuentran en la misma Carta fundamental una salida posible que facilita los intereses del Libertador. Es un sustitutivo transitorio que hace parte de los llamados poderes de excepción, Artículo 128, que puede ejercer el presidente en los casos de alteración del orden público. Esos poderes son, en términos populares, la dictadura. O sea que allí había una salida transitoria contra la rigidez de la Carta del 21.

Y así lo habían acordado en ese mismo puerto de Guayaquil el 6 de julio de 1826, cuando Mosquera llega, conforme a las instrucciones de Bolívar llevadas por Guzmán, a ejercer como nuevo intendente en reemplazo del general venezolano Juan Paz del Castillo, quien acepta de mala gana. Y vuelven a mencionar los colegios electorales, invento de Bolívar insinuado por el mismo Guzmán, que aparentemente tan bien le han funcionado en Bolivia y Lima, digamos que hasta aquí.

Por medio de esta nueva forma, se hace una elección simple de delegados que asumen el poder de integrar el Colegio que tiene todas las facultades para derogar y establecer una nueva Carta por delegación.

Esta, pues, se convirtió en una vía para emprender cualquier reforma; y así se piensa entonces y se hará por ese medio.

En el orden de prioridades del Libertador, como se nota en las cartas que en ese propósito se han transcrito y comentado en las páginas finales del anterior capítulo, está en primer lugar crear la unificación constitucional -parece lógico- en todos esos países salidos de su gran sueño, y bajo un sistema federalista, darle existencia a un solo gran país que no tuviere que estar enredado en elecciones periódicas agitadas y violentas, recordando que se trata de naciones que culturalmente no están preparadas para la democracia plena, conforme lo ha anotado el Libertador en la conocida Carta de Jamaica y en muchas otras intervenciones, como se ha visto.

Así de grande es el hechizo que tiene para él esa carta fundamental que ha creado para Bolivia, adoptada ya en el Perú y en vigencia aparentemente; y que debe extenderse, como un elemento vital de grandeza y progreso, a todos los países bajo su mando.

Se podría anotar que no es, pues, el poder lo que se busca tan afanosamente, sino la fortaleza de un gran imperio que en realidad no lo era, porque él no

estaba en plan de ser emperador sino de presidente vitalicio. Es allí donde radica, cree él, la aparente genialidad de su pensamiento. Un imperio que no lo era.

Y sin duda alguna podría haber sido genial, si no fuera porque nunca existe en una sociedad un pensamiento unánime, como que la gente suele pensar distinto; y algo más, casi siempre va en busca de la democracia con elecciones periódicas y cambios de cara en el gobierno y en las instituciones. Por cierto ese es y ha sido el pensamiento liberal.

Guzmán es el gran elemento propagador de aquellos principios de iniciativa bolivariana, en una campaña cuyo objetivo primordial es generar las condiciones políticas en unos pueblos libertados por él, para alcanzar tales objetivos. Tal vez, piensa, que fue así como creció el imperio romano y dominó al mundo. Mejor aun, así obró Julio César en aquella Roma que aún seguía siendo la república.

A propósito, ésta fue época difícil para Antonio Leocadio Guzmán, quien, creyendo en Páez y sus mentiras, acabó siendo tan odiado como el propio Bolívar. Páez, como se vio un poco atrás, lo consideraba ya su enemigo.

El profesor Rogelio Altez de la Universidad Central de Venezuela[52] escribe un ensayo ciertamente conmovedor, del cual sacamos el siguiente párrafo:

> *Los años que pasó* -Antonio Leocadio Guzmán- *remontando los Andes llevando y trayendo la correspondencia del libertador, fueron igual de ondulantes que su actitud ante los intereses de Caracas. Fue sospechoso de todo, y con razón. Si se le asociaba con Páez, entonces era conspirador contra la unidad colombiana; si le veían muy bolivariano, le simpatizaban las dictaduras; si hablaba mal de Santander, era odiado en Bogotá; si la emprendía contra Páez, tendría sus días contados. De vuelta en la capital de Venezuela puso tierra de por medio con estos peligros y se marchó a Maturín con Santiago Mariño, haciendo las veces de secretario y consejero del general. Con todo, Bolívar, tirano y héroe, le miraba con ternura y hasta le agradaban sus opiniones: "Este Guzmán es un excelente muchacho* -así lo leímos en una de las cartas a Santander que incorporamos unas páginas atrás-*; tiene mucho talento"; "siempre me refiero a lo que me dice Guzmán como muy positivo". Aquel respaldo le hacía tan digno de ojerizas como intocable.*

52. Rogelio Altez "El Bolívar que no fue, auge y caída de Antonio Leocadio Guzmán", Universidad Central de Venezuela.

Todo esto sería embestido y aplastado por el rechazo general hacia el Libertador que campeaba en la Caracas de 1830. ***El inefable héroe había sido tildado de "traidor a sus juramentos" e "ingrato a su patria", su cabeza tuvo precio (dos mil pesos) y se autorizó a "todos los ciudadanos… para matar a Bolívar". Resueltos a "reducir todo a cenizas antes que permitir al tirano ocupar una sola aldea del sagrado territorio de Venezuela",*** *los caraqueños marcaban su rumbo, muy lejano al de la unión colombiana, con derrotero separatista. En esa marca revuelta, Antonio Leocadio habría de sobrevivir tras bastidores, flotando entre cargos públicos que le ubicaron bajo el paraguas de los conservadores por algunos años, hasta que se apartó de las tareas institucionales durante su tiempo.*

Este pequeño párrafo del profesor Rogelio Altez señala lo que era por esos tiempos agitados la variable figura de Bolívar, por quien hasta recompensa hubo en caso de que alguien le diera muerte.

Pero, de regreso al tema que se traía, teníamos al Libertador recién llegado a Guayaquil reunido con Mosquera, Paz del Castillo y Valdez. Como ya se indicó, teniendo en cuenta que meses antes se habían hecho en este puerto las reuniones con levantamiento de actas con Antonio Leocadio Guzmán y otras personalidades, que propició Mosquera, quien en esa época era solo teniente coronel. Bolívar lo oyó con aprecio y ascendió a coronel. Igual cosa hizo con otros oficiales. Para eso es el poder -se podría decir-, para ayudar a los amigos y en esos momentos Bolívar mostraba su gran prodigalidad en ascender a quienes mostraban simpatías por su pensamiento.

Leamos como presenta en aquellos momentos ese cuadro en el Ecuador el gran historiador venezolano Guillermo Ruiz Rivas[53]:

Bolívar les escucha en silencio (En Guayaquil). *No aprobó ni improbó las actas, pero lanzó una proclama:*

A los colombianos: "El grito de vuestra discordia, dice, penetró en mis oídos en la capital del Perú y he venido a traeros una rama de oliva. Aceptadla como el arca de la salud. ¡Qué! ¿Faltan ya enemigos en Colombia? ¿No hay más españoles en este mundo? Y aún cuando la tierra entera fuera nuestra aliada

53. Guillermo Ruiz Rivas, "Bolívar más allá del mito", tomo II, Editorial Piñango, Caracas. Ya hemos citado a este autor.

y estuviera cubierta de nuestra raza, deberíamos permanecer sumisos esclavos de las leyes y estrechados por la violencia de nuestro amor"[54].

Aquello quería decir que no tenía interés por la dictadura. Pero elevó a Mosquera al grado de coronel, ascendió a varios oficiales que habían firmado las actas y suspendió la sentencia de la Alta Corte Militar contra el coronel Febres Cordero, condenado por irrespetos a su Jefe a ser removido de su empleo por un año.

Estos actos eran dictatoriales. Su política en adelante se inclinó a favor de los militares. Seis días después viajó a la capital Quito; se entrevistó con Flores, le ascendió a General de Brigada y dejó a su Secretario José Gabriel Pérez para que asesorara al mandatario en cuestiones administrativas y le mantuviera informado de las ocurrencias. (...)

¿Qué sucedía entre esos pueblos quejosos y descontentos? (continúa Ruiz Rivas) "*Estaban convencidos de que la independencia era sinónimo de felicidad, como se les repicaba con incesante constancia. Lo normal era que, ya serenados con la paz, hubiesen aprendido las palabras trabajo, siembra, cosecha, pastoreo, tan importantes en la economía de un país; que fuesen los hombres blancos quienes dieran el ejemplo en las inmensidades baldías que se les adjudicaban. Pero el orden colonial no estaba así establecido. El ancestro regulaba su ideología. Por eso, la primera palabra que ocurrió a los dirigentes, fue empréstito; la forma como el indolente busca endeudarse con el trabajador. Los tiempos gloriosos de Santander, cuando disponía de recursos para atender a los jefes impacientes, habían pasado. La bancarrota fiscal reinaba en las arcas nacionales, agravada con la quiebra de GOLDSCHMIDT que se llevó enredados los dos millones de pesos. Los situados estaban suspendidos(...)".*

El 19 de septiembre (1826) le escribe Bolívar al general Santander, con quien aviva su correspondencia constante y comedida. El 19 de septiembre le envía desde Guayaquil una diciente carta que vale la pena examinar con detenimiento[55]:

Guayaquil 19 de septiembre de 1826. A S.E. el General F. de P. Santander.
Mi querido General:

54. O´Leary, citado por Ruiz Rivas, II, pág. 635.

55. "Simón Bolívar, obras completas", tomo II, Publicaciones Reunidas S. A. Alfonso XII Badalona España.

He llegado al Sur, que he encontrado algo conmovido con algunas especies ciertas de Venezuela y otras falsas con respecto al Perú. Yo he tenido el gusto de dejar esta ciudad ya muy contenta con algunas lisonjas y más esperanzas de adelantos locales. Cuenca está más conmovida. Barreto ha querido transtornar el orden, mal aconsejado. Torres ha sufrido, pero ya quedará satisfecho, porque he llamado a Barreto que es una bestia. Quito se ha movido, pero como Guayaquil quedará contento. En Quito hay partidos. Los militares están algo alborotados con las ideas de Páez. No he podido ver a Ibarra ni a Urbaneja porque se fueron a Lima mientras yo me venía.

El código boliviano estará ya adoptado en Bolivia y Perú. Aquí lo quieren porque se parece a la federación y porque es mío. Este país tiene mucho de pardocracia y mucho de republiqueta.

La dictadura está a la moda, promovida por Guzmán, que mandé a Venezuela donde el general Páez a decirle que me pidiese para su tiempo la constitución boliviana, que participa de la federación y de la monarquía que desean los dos partidos de aquel país. *En el Sur están con las mismas ideas. Los militares quieren fuerza, y el pueblo independencia provincial. En esta confusión la dictadura lo compone todo, porque tomaremos tiempo para preparar la opinión para la gran reforma de la convención del año 31, y en tanto calmamos a los partidos de los extremos. Con las leyes constitucionales no podemos hacer más en el negocio de Páez que castigar la rebelión; pero estando yo autorizado por la nación lo podré todo. Yo no creo que este congreso se reúna en enero* (se ha hecho citación de un nuevo congreso constituyente para el mes de enero) *y, por lo mismo, tan solo la nación tiene derecho de darme su confianza absoluta. Por otra parte, este país está malcontento con todo, bueno y malo.* (Resaltado del autor)

La hacienda necesita de mucha reforma y algunas relaciones interiores también.

Vmd. me habla con alguna seriedad sobre monarquía: yo no he cambiado jamás. Yo espero que Vmd. se acordará de mis principios y de mis palabras cuando Vmd. brindó porque yo despotizara a Colombia más bien que otro, si alguno la hubiera de despotizar -viene de déspota-. Por consiguiente, me admira que Vmd. me hable como de una cosa cuestionable para mí. Libertador o muerto es mi divisa antigua. Libertador es más que todo; y, por lo mismo, yo no me degradaré hasta un trono. Respondo a esto porque me ha picado la carta en cuestión; carta que ha navegado

en el Norte y en el Pacífico y pudo perderse y comprometerme de algún modo; pues no todos me creen con estas ideas. Si quieren que me vaya de Colombia que me hablen más de trono. (Resaltado del autor)

En fin, me voy hoy para Quito y pronto estaré por allá. Quiero la Quinta y no el palacio. Luego partiré para Caracas.

Soy de Vmd. de corazón, Bolívar.

Hay sin duda allí un Libertador parado en sus principios, rechazando con energía la monarquía, no obstante que desea la dictadura y la rigidez de un gobierno conforme a las concepciones de que hemos hablado en precedencia. O sea que, no obstante lo lisonjero -palabra que gusta tanto al Libertador- que hasta allí ha resultado su viaje de regreso y las deficiencias que anota sobre la organización del estado en Ecuador, que por cierto llama con desprecio republiqueta y pardocracia -gobierno de los pardos que eran criollos mestizos-, pero de todas maneras, salvo lo que está ocurriendo en Venezuela con Páez, se palpa hasta allí su optimismo en el porvenir.

Mas preguntemos metódicamente, ¿qué tenemos hasta allí? De un país a otro ya no son los problemas políticos de cambio de la constitución los que ocupan prioritariamente a las gentes del Ecuador, sino los problemas que irrumpen de la pobreza. Una gente que no sabe trabajar, o carecen de los conocimientos para hacerlo y de los elementos propios de una reforma agraria de verdad. El consumo de bienes o su privación, que deja en el pueblo la sensación de haber vivido un engaño. Ya no son las multitudes emocionales aplaudiendo, sino pidiendo con las manos levantadas. Todo esto para un Bolívar que no era de escritorio ni de gestos populistas. Se piensa en el empréstito y se acudió a él, primero para comprar armas y avituallamiento, incluidos los uniformes. Después para vivir a debe pagando a las gentes con auxilios que no salen de ninguna parte y unos recursos provenientes del empréstito que se escapan por múltiples caminos y bolsillos particulares.

Las cosas se vuelven confusas y no deseables. Bolívar, como se ve, es ese ser superior que todo lo capta y nada se le escapa, no por ambiciones, sino por la imposición de los hechos, golpeando la realidad con una faz de farsa y de mentira.

No obstante en medio de estas incertidumbres y realidades, hay algo que llega a refrescar esas angustias y es el amor tendido que lo une a Manuela, en cuya última imagen la ve suspirando en la madrugada de Lima. Llega una carta suya que lamentablemente se perdió en la quema del archivo de ésta en

Paita tantos años después, con la pandemia de difteria que azotó entonces a los pueblos peruanos. La letra y el perfume lo alivian y alicientan. El Libertador contesta con su flor poética[56]:

Ibarra 6 de octubre de 1826. A Manuela Sáenz

Mi encantadora Manuela: Tu carta del 12 de septiembre me ha encantado: Todo es amor en ti. Yo también me ocupo de esta ardiente fiebre que nos devora como a dos niños. Yo, viejo, sufro el mal que ya debía haber olvidado. Tu sola me tienes en este estado. Tú me pides que te diga que no quiero a nadie. ¡Oh! no, a nadie amo: a nadie amaré. El altar que tu habitas no será profanado por otro ídolo *ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo. Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa o de Manuela. Créeme: te amo y te amaré sola y no más. No te mates. Vive para mí, y para ti: vive para que consueles a los infelices y a tu amante que suspira por verte.*

Estoy tan cansado del viaje y de todas las quejas de tu tierra que no tengo tiempo para escribirte con letras chiquitas y cartas grandotas como tú quieres. Pero en recompensa si no rezo estoy todo el día y la noche entera haciendo meditaciones eternas sobre tus gracias y sobre lo que te amo, sobre mi vuelta y lo que harás y lo que haré cuando nos veamos otra vez. No puedo más con la mano. No se escribir[57].

El itinerario del Libertador en el Ecuador fue rápido. Salió de la capital Quito el 5 de octubre. El 6 estuvo en Otavalo donde almorzó y cenó en dos haciendas diferentes y el día 7 estuvo en Ibarra por dos días y escribió varias cartas, como se ha visto.

Bolívar se palpa afanoso en este largo y escabroso camino de regreso del Sur. Las montañas son muy altas, los abismos se pronuncian con furia; y las gentes piden y piden siempre dinero desde distintas esferas. Necesariamente se cae en la política y aunque realmente no está en campaña, de todas maneras siente que las gentes, cansadas de la guerra y de la propia posguerra, le piden a ese Libertador que ha conquistado ya una gloria casi tangible, que vaya a la dictadura.

Es la mejor manera, mientras se pueda adoptar en un congreso la fórmula sencilla, simple y de seguridades jurídicas, en la que ha meditado tanto, de su constitución, que ciertamente no es la mejor, según lo reconoce, pero sí lo es a su modo de ver, en comparación con la vigente de Cúcuta sin fortaleza.

56. Obras completas de Bolívar, ya citadas, tomo II. Es posible que haya un error en el día, que debió ser unos dos días después de haber llegado a Ibarra el día 8.

57. "Obras completas de Bolívar, tomo II, ya citada

Llega a Pasto donde lo recibe el teniente coronel José María Obando, quien está de intendente. Lo asciende a coronel efectivo como había hecho con Mosquera en Guayaquil, émulo de Obando, pero todavía no su enemigo.

Es bien recibido a pesar de los golpes que ha tenido que recibir e infligir a este pueblo. Mas le entregan allí un ejemplar de El Republicano del Cauca, periódico donde circula un artículo del teniente coronel José Hilario López, muy amigo de Obando, en el que se censura la dictadura próxima de Bolívar. Ya existe de modo creciente un rechazo ardiente a esos planes políticos que han trascendido del Libertador. Y desde esta provincia le despacha otra carta al general Francisco de Paula Santander, con consideración pero con ironías y reproches fuertes, cargados con su autoridad.

Para poder entender bien el estado de ánimo en que se hallaba Bolívar, quien a pesar de los deslices no rompe con Santander y ha permitido que lo acompañe como fórmula vicepresidencial unos meses atrás en este segundo período, es preciso detenerse a estudiar cada uno de los renglones de la misiva de 14 de octubre de ese año 26 dirigida al mismo vicepresidente. Y naturalmente, como ya se ha comentado, no existe nada mejor para entender en lo profundo la sicología del caraqueño, que acudir a su abundante correspondencia. Veamos esta nueva e importante misiva al vicepresidente:

Pasto, 14 de octubre de 1826.
A. S. E. EL GENERAL F. DE P. SANTANDER
Mi querido general:

He recibido la apreciable carta de Ud. de 21 de septiembre ayer al llegar aquí. Contesto hoy, pues me está esperando el correo para partir.

Esta ciudad me ha recibido muy bien, y aunque está arruinada empieza a revivir. Me piden muchas gracias, y como las armas de mi mando la han arruinado, me parece justo darles esperanzas de alivios para que no me crean implacable; al fin, es un pueblo de Colombia y un pueblo de mucha importancia para el Sur.

La carta de Ud. tiene tres pliegos de letra metida, por lo mismo es difícil contestarla punto por punto. Además el correo del Sur me está esperando también para partir, y todo el mundo me sofoca con mil reclamos y mil demandas que debo satisfacer al menos en parte para que no sea inútil mi venida y dejar contentos a tantos quejosos.

Las tropas que están aquí son muy beneméritas, y se hallan regularmente vestidas, pero mal pagadas, por lo que hace a atrasados. Yo les he traído una paga íntegra para que vean que no los he olvidado. En Quito hice otro tanto. ¡Qué abominablemente tratados están aquellos pobres soldados, todo por causa de la contribución directa, que hace llorar a los ricos y a los empleados! Yo les he dado esperanza de poner un personal, a lo menos en el Sur. En los Pastos dicen que ya no trabajan los indios porque no tienen contribución: lo mismo me dijeron en Quito, Otavalo e Ibarra.

Tiene Ud. infinita razón en lo que dice de las opiniones de las provincias, que unos quieren una cosa y otros otra. Mi opinión es que un congreso en el día es casi imposible, porque Venezuela no mandará sus diputados y el Sur no lo veo dispuesto a mandar los suyos, tanto más que todos sus pueblos me han proclamado dictador, y han pedido la constitución boliviana para después de la dictadura. Yo no pienso que esta constitución valga cosa mayor, pero sí imagino que tiene más solidez que la de Colombia. Los que la critican son unos miserables, que no pueden elevarse a la altura de un legislador: yo no lo soy, pero tengo más experiencia y más inspiraciones que esos pigmeos. Con la constitución boliviana goza el pueblo de una parte de las ventajas federales y de la estabilidad de un gobierno hereditario. Ud. ha sido admirable hasta que se trató de elecciones: Por obtener el destino de Ud. (se refiere a la última vicepresidencia) *se ha levantado una inmensa facción en Venezuela, la que al fin ha dado en tierra con la república. En Quito hubiera sido otro tanto, si no hubiera sido por mí que inspiré a mis amigos. Aguirre quería ser vicepresidente para hacer bien al Sur y turnar la vicepresidencia entre todos los colombianos. El Sur lo quería también,* ***pero nadie se atreve a oponérseme, y Flores ahogó a todo el mundo, lo mismo que*** *Torres en el Azuay. (Resaltado del autor)*

No dudo de que Páez quiera ser libertador de Venezuela como Ud. dice, pero más fácil es que siga a Piar (ironía que le señala el fusilamiento que sufrió éste)*, pues en Venezuela hay muchos Páez que se le opongan. Páez no puede nada si no abraza el partido de la canalla, que él teme porque tiene que perder. Tampoco dudo de que Carabaño y Peña sean mis enemigos, pero ¿qué hacen dos gotas de agua dentro del océano? Ud. me dice que solo mi genio puede salvar esta república, Dios lo quiera. "La Estrella del Sur" ha dicho ya lo que se debe hacer: ella indica el camino que se ha de seguir en el océano proceloso de tantas pasiones y principios opuestos. La dictadura con su omnipotencia fundirá todos los partidos, y lo hará entrar en el silencio, después se debe consultar la voluntad*

nacional para saber qué quiere: luego es preciso hacer lo que ordene el soberano (se refiere a la consulta popular)*, y el soberano divide sus opiniones, que las divida; y si quiere hacer tres o cuatro repúblicas, que las haga.*

La dictadura ha sido mi autoridad constante; Mollien dice que nadie se ha quejado de ella; la autoridad es recusable, aunque errónea. Esta magistratura es republicana; ha salvado a Roma, a Colombia y al Perú. Supongamos que un congreso se reuniera en enero ¿qué haría? Nada más que agriar los partidos existentes, porque a nadie satisfaría y porque cada uno traería sus pasiones y sus ideas. ***Jamás un congreso ha salvado una república. Yo se lo repito a Ud. este congreso traería los reclamos más agrios de Venezuela y del Sur. Cartagena mostraría sus pretensiones. A este cúmulo de hogueras no hay más que echarle un Chimborazo de nieve.*** (Resaltado del autor)

Ud. me aconseja que no admita el mando sin una autorización especial como la que traje al Sur. Ciertamente yo no admitiré la autoridad que ha puesto a Ud. en el estado en que se halla. Por otra parte, ¿qué haría yo en medio de ese caos? ***Mi única resolución es pasar a Venezuela a terminar aquella disidencia y a preguntarle al pueblo lo que desea; lo mismo haré con toda la república, si toda ella me proclama dictador; y si no lo hace no admite mando ninguno, pues tengo demasiado buen tacto para dejarme atrapar por esos imbéciles facciosos que se llaman liberales.*** (Resaltado del autor)

En una palabra, mi querido general, yo no conozco más partido de salud, que el de devolver al pueblo su soberanía primitiva para que rehaga su pacto social. Ud. dirá que esto no es legítimo; y yo, a la verdad, no entiendo qué delito se cometa en ocurrir a la fuente de las leyes para que remedie un mal que es del pueblo y solo el pueblo conoce. Digo francamente que si esto no es legítimo, será necesario a lo menos, y, por lo mismo, superior a toda ley; pero más que todo es eminentemente popular, y, por lo mismo, muy propio de una república eminentemente democrática.

Yo confieso sin reboso que Colombia no se puede gobernar como está; que nadie tiene una popularidad universal, y que cada una de las tres secciones tiene un espíritu aparte, y, por consiguiente, que salgamos de estos compromisos por la gran vía popular, dejando que el bien o el mal se haga por voluntad de todos. También confieso con sinceridad, que aunque gozo de una popularidad general, yo no sé cómo contestar a cada uno de los colores de que se compone nuestro pabellón. Esto me desespera hasta el último punto,

de lo que resulta que tengo un desaliento mortal y un desgano de mandar en Colombia, que no puede Ud. imaginarse. Esté Ud. cierto mi querido general, de que yo no encuentro otro medio de salir bien de nuestros compromisos, sino adoptando el partido que he indicado. (Resaltado del autor)

Me parece bien la carta de Ud. a Páez, pero diré con franqueza, que escribir confidencialmente para publicar estos escritos, no es muy propio de la amistad ni del decoro de un gobierno. Si Páez ha empezado con esta carrera indecente, nosotros no debemos seguirla. A mí me disgusta infinito esta conducta con respecto a mí, pues una confianza que se hace pública, es una violación del secreto. Mil veces he estado tentado a no escribir más cartas ¿Qué dirá la Europa de documentos semejantes?

Doy a Ud. las gracias por la composición de la quinta -se refiere a la Quinta de Bolívar-*, tanto más que deseo vivir en ella, porque Bogotá no está habitable y menos aún el palacio.* (Había habido un gran terremoto)

He deseado escribir a Páez para que mandase su misión al gobierno, pero no quiero recibir otra negativa como la de Panamá, que tiene órdenes para no dejar pasar mis comisionados a Venezuela. No negaré que tal medida me ha desagradado bastante. ***Ud. no quiere que yo lo desautorice con el público, en tanto que Ud. lo hace conmigo. Ud. no quiere que yo abrace ningún partido hasta no verme con Ud., y Ud. está tomando los suyos sin consulta mía. No dudo que mi proclama le habrá parecido a Ud. mal: sepa Ud. que la he dado sospechando esto mismo, pero usando de mi libertad para hacerlo, ya que Ud. me ha dado tantos ejemplos de esta especie.*** (Resaltado del autor)

Aguardo a Ud. con ansia en la provincia de Neiva para saber el estado de las cosas.

Mañana sigo para Popayán donde estaré hasta el 28 de octubre para que descansen las bestias, se lave la ropa y sepamos las opiniones de aquellos amigos.

Soy de Ud. de corazón. Bolívar.

Esta, sin duda alguna, es una carta de intimidad y buena amistad, aunque franca. Sabe Bolívar de sobra que el jefe de esos "imbéciles facciosos que se llaman liberales", sus enemigos, es el propio Santander a quien, como se anotó unas páginas atrás, ha auspiciado para el segundo mandato como vicepresidente, indisponiéndose más con Páez. Y se lo dice. Sin embargo, no rompe con él y lo cita a Neiva para continuar este diálogo trascendental. Cita por cierto que Santander no pudo cumplir.

Le es conocido por lo demás, que Santander es la disculpa que ha tenido Páez para adoptar su odiosa política separatista. Pero también tiene claro que lo único que podría enderezar a Venezuela es su visita inmediata, a la que se prepara meditando en ella y en los valores que ejercerá frente al Catire, al que conoce muy bien y sabe que éste nada se atreverá a hacer de frente a él.

Existen, además, elementos objetivos que conducen a pensar que Santander no atentaba ni contra Bolívar, ni contra sus intenciones de violar la norma constitucional que prohibía la reforma de la misma.

Hay otra carta que envió el vicepresidente con fecha 8 del mismo mes desde Bogotá, antes de recibir la que le envió Bolívar con fecha 14 del mismo mes desde Pasto que acabamos de transcribir. Es importante, en aras a la imparcialidad del examen de los detalles que nutren la historia entre ambos próceres, examinar la sinceridad que aflora en esta misiva que dice:

> *Mi general, ¿me cree Ud. un amigo? ¿Me cree interesado en el bien de la patria y de la gloria de Ud.? Pues con toda la efusión de mi corazón leal y sincero le ruego a Ud. que no apruebe las Actas de Guayaquil y de Quito* (se refiere a las actas del plebiscito que habían organizado Mosquera y Álvaro Leocadio Guzmán de lo que hablamos antes)*, ni se preste a llamar a la gran Convención. Hágalo Ud. por esta patria que tanto le cuesta, por la suerte futura de tantos colombianos que nos sucederán, por el bien de la causa americana, por su reputación y por su propia gloria.*

Esa, sin duda, es la carta de un amigo que previene lo que va a pasar, aduciendo de buena fe lo que aún hoy parece una razón muy poderosa: el juego de la democracia sobre la dictadura. Y nadie podría pensar en una perfidia de su parte. De simple apariencia es un consejo -el suyo- que avizoraba lo que iría a ocurrir en el caso de que Bolívar se equivocara, como finalmente lo hizo, al tomar aquella decisión histórica.

Es posible que se piense que ambos héroes obraban movidos por un convencimiento subjetivo, leal y sincero, en ambas direcciones; pero el haber obrado con la tozudez con que lo hizo Bolívar, demostró a los siglos que Santander tenía razón. Tal vez allí radicaba la convicción tardía de Bolívar, en su senda final, de que "el no habernos entendido con Santander nos ha perdido a todos".

Simultáneamente va otra carta, oficial ésta -las anteriores han sido casi todas parte de un correo privado- en la que, como mandatario encargado del poder ejecutivo el vicepresidente previene a Bolívar, citando sus propias palabras

sobre la ilegalidad de convocar convención alguna para modificar aquella Carta con la que se inauguró la república. Esa misiva oficial dice:

> *Al transmitir a V. E. estos sentimientos tengo el honor de repetir lo que S.E. expuso al Congreso colombiano en 1821: "La constitución es inviolable por diez años y el poder ejecutivo no consentirá nunca que se viole impunemente. Cuenta para ello con una mayoría muy respetable de la nación, y sobre todo con la opinión de V. E. que tanto pesa en el pueblo colombiano".*

Las cosas llegaron más allá. Veamos otro mensaje de Santander, muy duro y seguramente doloroso que no podemos pasar por alto, del 22 de octubre en el que éste le escribe al Libertador:

> *!Que ansiedad tan grande tengo yo y tiene toda esta capital por no conocer la resolución de Ud. sobre las Actas de Guayaquil y Quito! Mi posición es profundamente embarazosa y delicada: comprometido con la nación y con el mundo liberal a cumplir mis deberes como encargado del gobierno y funcionario público, y obligado a usted con una gratitud y amistad inmensa, tiemblo de faltar a aquellos y de dar a usted motivos de disgusto. ¿Por qué desgracia fatal me tocaría administrar la República en un período tan crítico y complicado? Mi suerte es terrible; colocado entre el deber y la más profunda gratitud, estoy rodeado de escollos y peligros. Vuele usted, general, al templo de Colombia, consulte la opinión nacional y provea de consuelo a sus compatriotas.*

Es una carta impactante, de la que a simple vista y a nuestro modo de ver, se desprende una sinceridad notoria y rayana en la angustia del vicepresidente, cabalgando entre sus deberes constitucionales como presidente encargado y en la incertidumbre de no saber a ciencia cierta cuál era el verdadero sentimiento de su jefe, aunque lo suponía a ciencia cierta contrario al suyo.

Por supuesto vinieron nuevas cartas de Bolívar en las que analíticamente le expresa que en realidad lo que desea es que el pueblo decida soberanamente. Santander cede y se inclina hacia ese Libertador al que lo debe todo.

Resalta entonces la importancia de ver toda esa sucesión de cartas de un lado para el otro y viceversa, en orden a penetrar en el fondo de la sicología de Bolívar y de paso de Santander.

Así el 5 de noviembre le envía otro mensaje Santander a Bolívar en el que reconoce que su nombre ha sido causa del malestar de los venezolanos entre ellos Páez y otras gentes del Ecuador, como se vio en la misiva que atrás vimos

de Bolívar; y la decisión solidaria de su retiro del gobierno como un sacrificio elegante y sincero. Dice Santander:

> *Por supuesto que yo no debo seguir en el gobierno de ninguna manera, porque he sido el blanco de las persecuciones de los revolucionarios de Venezuela, y bien dado a conocer Guayaquil y Quito que no merezco su confianza. Pero como no puedo renunciar la vicepresidencia sino ante el Congreso, ni me puede destituir nadie, sino el Senado, mis enfermedades habituales y mi designio de irme al campo me ponen fuera del consejo de gobierno y por consiguiente de tener influjo en las providencias de usted.*

Esta es la primera parte de esa carta que escribe en la mañana de aquel 5 de noviembre -1826-, antes de recibir la correspondencia de Bolívar que le hizo cambiar lo dicho antes. Entonces agregó Santander:

> *Me alegro que haya reservado para aquí* (se refiere obviamente a Bogotá) *tomar su partido definitivo: aquí hay gente temible, a quien yo pienso que usted desarmará, hablando… mi carta sobre monarquía me parece que en nada, nada, sospechaba de usted, pues partía del principio de que usted permanecía inexorable en sus principios. No tengo embarazo en decirlo públicamente, que solo a usted serviría como a dictador, monarca, etc.; de resto, a nadie, porque parto del principio de que usted respeta las leyes y los derechos del hombre, lo que obligó sin duda a Mollien* -Gaspard Theodore Mollie*n,* un francés que estuvo en Colombia para elaborar un informe diplomático para el rey Carlos X, a quien Bolívar llamó "godo servil"- *a decir que su dictadura nunca había sido una desgracia… No hablaremos de ulteriores resoluciones. Creo que reuniéndose el próximo congreso, podía usted por medio de él sacar cuanto quisiera: gran convención, federación, constitución boliviana, etc., pero todo se haría con fórmulas y legalmente.*
>
> *No dudo que si usted lo indica, Cundinamarca, Boyacá y todos los departamentos harán lo que usted quiera; pero yo deseo que cualquier paso esté revestido de fórmulas, porque este es el medio de dar efectividad al sistema, de no desacreditarnos ante el mundo culto y de conservar inmaculada la gloria de usted.*

Este último mensaje es realmente directo, claro y de gran altura. Ese es el vicepresidente que ama el orden jurídico. Santander retira sus objeciones de *"comprometido con el mundo liberal*" y no adquiere compromiso, digamos que ideológico, sino de formas. Salve las fórmulas sacramentales del legalismo, que

él está de acuerdo en servir, así Bolívar adoptara la monarquía u otra forma como la constitución boliviana. Hay pues allí una expresión distinta, no obstante la anterior misiva que comentamos. Bolívar lo ha hecho cambiar y ese es, al menos lo parece aunque un poco abyecto, el Santander amigo de siempre de un Libertador que es realmente convincente.

Empero, en Bogotá seguía saliendo el periódico La Bandera Tricolor de los más inyectados enemigos de Bolívar y amigos del vicepresidente. Los abogados, les decía Bolívar.

Mas leamos lo que escribe el brillante historiador venezolano Guillermo Ruiz Rivas[58] sobre ese momento histórico:

> *Mientras Santander sostenía su correspondencia con Bolívar, continuaba su campaña desde La Bandera Tricolor y mantenía estrechas relaciones con las logias de Guayaquil, de Caracas y de Lima. La consigna era defender un orden constitucional a toda costa y someter a los pueblos en el obedecimiento de las leyes. De suerte que, antes de que Bolívar asumiera ninguna actitud en contra del sistema, ya le estaban acusando de dictador que en el lenguaje patriótico equivalía a tirano, déspota, traidor, esclavizador y otros epítetos más. El temor a esas palabras hubiera podido sustituirse con las facultades extraordinarias.*
>
> *El ambiente capitalino era especial. No se hablaba allí sino de la necesidad de mantener la Constitución a todo trance. El militar que restaba en Santander, le daba paso franco al jurisconsulto. Una opinión reservada, el anuncio de no estar dispuesto a pacificar a Venezuela sino con esas autorizaciones extraordinarias, y las actas del Ecuador, convirtieron a Bolívar en un tirano en potencia. Era el ejercicio de una política primaria. El 24 de septiembre, la Bandera publicaba un artículo intitulado Contradicciones, en el que se transcribían los juramentos pronunciados en el Congreso de Cúcuta y se hacía mención de su proclama del 8 de octubre de 1821, para terminar preguntando: "¿Cómo después de esto habría de venir a mancharse con el más horrendo perjurio? No: tal apostasía no es siquiera verosímil. Para que el General Bolívar fuese capaz de intentar recibiésemos nosotros inmediatamente por constitución de Colombia el proyecto que redactó para Bolivia, era necesario que tuviésemos un alma tan pérfida e ingrata como Fernando de Borbón; y entre el déspota de España y el Libertador de la República, hay la distancia inmensa que separa la luz de las tinieblas y de los vicios más detestables las más sublimes virtudes.*

58. "Bolívar más allá del mito", citado antes.

Según este autor bolivariano aunque imparcial, hay ya creada, sin duda, una literatura antibolivariana fuerte y violenta. Los "abogados" eran escritores panfletarios, pensativos, combatientes, literatos y sin duda alguna no solamente habían iniciado fuegos sino ya la guerra. Tal vez internamente Santander trata de detenerlos en sus ímpetus; pero lo que más tarde diría Bolívar señalándolo con el apodo de Casandro[59], le indica al estudioso que había una doble faz en ese personaje al que otros llamaron Trabuco, pero al que el propio Bolívar, en época buena, llamó El Hombre de las leyes; y que lo más seguro era su doble juego.

A Popayán entró Bolívar el 23 de octubre del 26, como estaba previsto en la carta desde Pasto de 14 de octubre a Santander. Lo recibieron con alborozo en las casas de los Mosqueras y los Arboledas. El obispo estaba presente en los diferentes homenajes que se le tributaban, y a pesar de que le hicieron sentir su apoyo los diferentes estamentos sociales, no dejó de notar el ilustre visitante un malestar que aumentaba, cuando un loco llamado Juan José Medina volaba cohetes y hacía gritar vivas al Dictador.

El 28 era el día de San Simón en el santoral eclesiástico y lo celebraron con un *Te Deum*, para luego celebrar el baile acostumbrado y la fiesta. Pero los murmullos indicaban que una parte muy grande de la alta clase social iniciaba el repudio hacia la dictadura. O sea que no fue del todo grata su experiencia en la tierra amiga de ese viejo Cauca.

El 30 de ese mismo mes de octubre partió para Bogotá por la vía de Guanacas. El itinerario lo menciona Ruiz Rivas[60]: el Libertador sale de Popayán el 30 de octubre y durmió en Totoró, en el Tambo de Gabriel. El 1º de noviembre pasó el páramos de Guanacas y durmió en el pueblo indígena de Inzá; el 2 llegó a La Plata, el 3 a la hacienda del Juncal; el 4, durmió en la hacienda de Ancán; el 5 pernoctó en Neiva donde se había citado en carta que vimos con Santander, cita que éste no pudo cumplir. El domingo en Villavieja; el 7, en el Tambo de Patá; el 8 en Natagaima; el 9 en Purificación; el 10 en El Espinal, el 11 en el Tambo de los Monos, allí almorzó y pasó el río Magdalena y llegó a dormir a Tocaima.

Allí estaba esperándolo Santander, acompañado entre otros por Carlos Soublette, José Rafael Revenga y el coronel Francisco Avendaño. Habían salido de

59. Casandro fue un personaje de los 305 A. de C. de la vieja Macedonia. Muerto Alejandro Magno traicionó su memoria y dio un golpe de estado y se hizo nombrar -año 509-, rey de Macedonia, previos algunos crímenes.

60. Autor, obra citada.

Bogotá al encuentro del Libertador. Hacía tanto tiempo que no se veían, que todos lloraron de emoción al abrazarse.

O´Leary[61] escribió en su larga crónica de todos estos hechos, que:

> *... por aquel tiempo se formaron sociedades secretas que se denominaban Círculos, cuyo objeto era minar la reputación de Bolívar y sembrar la desconfianza entre las diferentes secciones que componían a Colombia, desconfianza que tan amargos frutos debía dar después. El Círculo principal residía en Bogotá y constaba de doce individuos, cada uno de los cuales era jefe de un Círculo subalterno, que se componía también de doce miembros, y así sucesivamente se formaban en otras provincias, que estaban en correspondencia con la central de Bogotá. Por medio de esta organización, de que eran principales directores Santander, Soto y Azuero, se mantenía agitado el país y se concitaban odios contra el Libertador, haciéndole aparecer como enemigo del pueblo y promotor de planes liberticidas.*

En Tocaima la noche fue larga y Santander conversó con Bolívar a fondo sobre los mismos temas que han ocupado su interés, como se ha visto, en las extensas misivas de ambos puestas al correo. Bolívar le demuestra al vicepresidente que la Constitución de Cúcuta no ha sido profanada por nadie, cosa que era imposible de negar por Santander. Bolívar, como era su derecho y deber, iba a asumir el mando, pero en respeto y acatamiento acudiría a lo previsto en la misma Carta en el artículo 128, revestido de los plenos poderes constitucionales para un momento de tanta confrontación y conmoción interior como el que se vivía.

Santander acató aparentemente con algún entusiasmo este planteamiento, como ya lo había hecho en una de sus cartas que vimos antes; y en orden a obtener una solución de derecho, éste convocaría a un nuevo congreso constituyente para que fuera él, con todo el poder delegado del pueblo, el que modificara la constitución y expidiera otra conforme al ejemplar de Bolivia.

Esta solución aclaraba las dudas y los chismes y debería ser comunicada a quienes habían suscrito a instancias de Leocadio Guzmán las famosas actas de Venezuela, de Quito, Guayaquil, Panamá y Cartagena. Era este un desarrollo de clara raigambre constitucional y satisfacía a plenitud las exigencias de los constitucionalistas. Pero además era garantía de la realización de la

61. O´Leary, Memorias

confederación de Colombia, Perú y Bolivia, cuyas verdaderas proyecciones continentales e históricas se habían escapado al Vicepresidente. Santander nunca exhibió el interés que al fondo de su propio espíritu afloraba en Bolívar para crear el que se podría llamar el imperio sin emperador.

Pero claro que de esta conversación de Tocaima un optimista como Bolívar volvía a tener fe en que los argumentos deberían tener eco y aceptación de los círculos de la capital. Sin embargo, lo ya escrito y publicado en El Conductor y la Bandera Tricolor por Azuero, Soto, Florentino González y Santander, había llegado a tal grado de apasionamiento, que el valiente coronel Francisco de P. Vélez no había vacilado en hacer su propio testamento, en el que expresaba que "estaba resuelto a hacer de Bruto tan pronto como se presentase Bolívar, igual que César, en el Capitolio".

Por su parte el coronel José María Ortega, como ya era conocido, tenía el plan de enfrentar a Bolívar en público para mostrarlo como un gran perjuro.

El vicepresidente se vino antes de Tocaima, para organizar el recibimiento del Libertador en la capital, quien había estado ausente por siete años. Él estaba cambiado, se había cortado el pelo y el bigote, unas canas mostraban los efectos del tiempo, y aunque aún mostraba su agilidad, de todas maneras se notaba el peso de unos años que se precipitaron en su carnadura humana. Desde Tocaima Bolívar prosiguió sin afán y se detenía en los pueblos y villorrios para hablar con la gente que sentía emoción al verlo; y les preguntaba por sus necesidades.

Así llegó a Fontibón, población sabanera cercana a la capital Bogotá, a secas, tal como el mismo Libertador la había llamado oficialmente después del 7 de agosto del 19. Con guaduas cortadas habían levantado arcos del triunfo que engalanaron con flores de las fincas y había avisos de saludo y fanfarrias con música de la tierra.

Pero el genio agudo de Bolívar nota al entrar en Fusa, con su avidez de peregrino en el suelo sagrado de la patria, que en algunas partes habían escrito "Que viva la Constitución". Esto le produjo gran contrariedad. Y mientras la comitiva de recibo de militares, obispos, curas y personalidades vestidos con galas dominicales le saludaban con alegría espontánea, en medio de los abrazos, de pronto el Intendente de Cundinamarca, coronel José María Ortega hizo hacer silencio para dar la bienvenida. Entonces comenzó a entonar un discurso escrito. En realidad todo estaba preparado. Y en medio del silencio

de los asistentes, con palabras rebuscadas, recordó los juramentos de Bolívar y el respeto que debía tener por la constitución.

En ese momento el Gran Caraqueño montó en cólera e interrumpió al insolente diciéndole:

> *Cuando esperaba que se me felicitara por mi llegada a la capital y se encomiaran las glorias del ejército libertador... ¡viene este carajo a hablarme a mí de obediencia v de violación de leyes inicuas!*

Entonces, ante un público asombrado, Bolívar se levantó y buscó su cabalgadura que espoleó con ira y partió hacia Bogotá a todo galope. Los miembros obligados de su comitiva se dispusieron a seguirlo sin poder darle alcance.

Bolívar entra el 14 de noviembre de 1826 a Bogotá. Ya en la capital el coronel Ortega, apenado, lo alcanzó y con humildad le presentó disculpas. Bolívar que ya se había calmado, se las acepto y continuaron la marcha en medio de un pueblo delirante, por entre las filas de tropas alineadas que le presentaron las armas.

Y avanzó el Libertador hacia las calles céntricas. Desde los balcones le lanzaban flores. Pero de trecho en trecho, aparecían los mismos letreros de Fontibón: ¡Viva la Constitución de 1821! Cuando penetró a la plaza principal la multitud se hizo más densa y le aclamó con tanto entusiasmo que le impedían los movimientos de su propio caballo.

Entonces el Gran Caraqueño detuvo su marcha y todos se detuvieron. Y cuando se hizo un silencio expectante, levantado sobre los estribos de su silla, con su voz sonora gritó erguido en su propia majestad: "¡Viva la República! ¡Viva su digno Vicepresidente! ¡Viva la Constitución!"

En realidad los dejaba desarmados a los del Círculo bogotano, diseminados a la expectativa entre la multitud.

Ya habían llegado a palacio, San Carlos para ser más exactos, en donde el vicepresidente Santander, acompañado de sus Ministros y del alto clero, vestido de sus mejores galas y con guantes de seda, le recibió en la entrada del palacio con un discurso emotivo y protocolario. Pasaron adentro, donde se les escanció una copa de champaña. La música sonó interpretada por una banda militar. Al rato, tal como estaba convenido en cartas que antes se vieron, Santander acompañó con su gabinete al presidente titular hasta la Quinta, refaccionada y embellecida, "gracias a la generosidad de un amigo de nombre Juan Manuel Arrubla", según dijera en reconocimiento el propio vicepresidente.

Pasó Bolívar varios días de descanso en la Quinta, donde recibía a multitud de visitantes de todas las clases. Un día en que todo estaba atestado de gente, según refiere Ruiz Rivas, el Libertador para que oyeran todos preguntó:

-Con que ustedes... ¿son mis enemigos? ¿Por qué?

-Excelencia: apenas disentimos un poco de su política...

-Bravo, coronel Vélez! Tiene usted firmeza de carácter y me agrada que tenga sus propias opiniones. Lo mismo usted, Ortega; pero yo no he venido preferir venezolanos, ni a desconocer la vigencia de la Constitución. Desde hoy, quedan ustedes ascendidos a generales.

En la sombra, los políticos oposicionistas, lejos de aceptar que a sus hombres se les elevara en categoría, comentaban llenos de odio: "! Se vendieron estos traidores! Sí, señor: se vendieron! Si hemos sabido que a cada uno le regaló cuatro mil pesos!". No era así, sin embargo. Vélez y Ortega escucharon las razones del Libertador y convencidos de su verdadera posición, desde el día siguiente de la llegada se convirtieron en amigos irrevocables. Bolívar asumió la presidencia y solicitó a los mismos Ministros de Santander que le acompañaran en su gobierno; mantuvo en su cargo al Vicepresidente, a pesar de haberle preparado tan adversa recepción y aceptó los puntos convenidos en Tocaima, reservándose el ejercicio ejecutivo para Venezuela. Poco después de entrar a despachar los negocios de Estado, un jovencito venezolano, aspirante a colocación, se presentó ante el Presidente.

-Excelentísimo señor: deseo conseguir un empleo con Vuestra Excelencia, porque no quise deshonrarme sirviendo a la anterior infame Administración...

Bolívar le interrumpió para dirigirse a su Ministro de Hacienda y hacerle esta recomendación:

-Señor Ministro, busque Usía al postulante un puesto en algún colegio donde le enseñen urbanidad[62].

Los días del Libertador en Bogotá, como se ha dicho, son pocos. Contesta correos muy numerosos en medio de la profusión de cartas que le llegan. Pero tiene el propósito indeclinable de viajar a Venezuela para dialogar personalmente con Páez. El Catire, obrando soterrado, ha manejado los sentimientos nacionalistas y antisantanderistas para llegar a una revolución que proclama la separación de Venezuela de Colombia.

62. Guillermo Ruiz Rivas, obra citada.

La revolución urdida por Páez con mano escondida tiene lugar el 30 de abril de 1826 y es conocida como la Revolución de La Cosiata o los Morrocoyes. La Cosiata era el nombre de la obra de teatro de una compañía italiana que pasaba por Venezuela y que en ciertos círculos se pone de moda.

Bolívar habla largo por esas tardes de la Quinta con Santander sobre todos los aspectos políticos y de gobierno y a quien le pide que vuelva a encargarse.

Como se ve de lo expuesto, Bolívar tiene un método infalible de tratar a quienes fungen de enemigos y los convence con su hábil capacidad de manejar la palabra y el poder: los asciende, les da empleo y les hace pagar deudas atrasadas. Como cualquier político.

O sea que esos días en realidad son un descanso del largo viaje del que acaba de llegar y la preparación del que le espera rumbo a Venezuela, sin descuidar lo que podría llamarse el proselitismo para su proyecto político. Y por supuesto son de gran servicio sus observaciones en los pormenores de la administración que se tejen entre el presidente y el vicepresidente encargado. En la Quinta dialogan largo; pero ocupa lugar especial el tema relacionado con los planes de aquel, que ya han tratado extensamente en Tocaima y a través de la copiosa correspondencia que se ha visto en parte.

También se ocupan de los problemas naturales del gobierno, de las obras y la administración en general.

Es por esas calendas que, a la desastrosa quiebra de la tesorería y a una crisis financiera de reflejos mundiales, los enemigos de Santander, que son sin duda muchos, hablan contra éste y lo hacen objeto de la especie de haber malbaratado -y tal vez de haberse apoderado- del empréstito de los ingleses. Al vicepresidente le ha incomodado mucho ser objeto de los corrillos perversos donde florece la calumnia, señalándolo como el primer desfalcador.

De estas cosas dialogan también los dos grandes hombres; y Santander, como lo había expresado en una carta que vimos, ofrece irrevocablemente su renuncia al Libertador que éste rechaza. Entonces el vice pide que se le otorgue una licencia indefinida para salir del país y respirar otro aire menos agobiante. Y conversan de los planes para robustecer el tesoro. Curioso, aunque Bolívar detesta la administración menuda, conoce de fondo la hacienda y la administración públicas.

Bolívar, pues, responde negativamente a la renuncia de Santander y agrega:

-Esperemos a que se desarrollen los acontecimientos. Pero... cómo vamos a salir de este embrollo de la pobreza?

Santander responde:

-El Consejo de Gobierno acordará: 1° suspender la contribución territorial y de patentes hasta que el congreso tome en consideración la materia; 2° restablecer el derecho de alcabala en los mismos términos en que estaba establecido en 1821 cuando el congreso constituyente lo abolió; 3° pedir informes a los intendentes sobre los costos y gastos que causará el restablecimiento de la renta de aguardientes, o la conveniencia de rematar por asientos la renta.

Ese es un plan de gobierno al que Bolívar otorga su aprobación. En los días que siguen, éste asiste a comidas que terminan en baile. Y bebe sus dos copas acostumbradas de moscatel, oporto o vermut. Curioso, los santanderistas comparan a Bolívar con Washington y los que hoy podríamos llamar de derecha, con Napoleón. Pero un día uno de los más caracterizados santanderistas en un brindis, con todo su entusiasmo, dice: "Brindo por el Napoleón y el Washington de Colombia". Bolívar, con su rápido ingenio agregó:

-Ni tan ambicioso como el uno, ni tan mal militar como el otro.

Para el 25 de noviembre estaba planeada la salida de Bolívar para Venezuela. Santander, que es el dueño de la finca Hatogrande, expropiada por el propio Bolívar a un cura español y adjudicada directamente al vicepresidente por los invaluables servicios prestados[63] y sueldos atrasados, convoca a sus amigos más allegados a esa hacienda que estaba en la ruta de salida hacia el Oriente, al lado del histórico Puente del Común. Es la despedida a Bolívar.

Fue espléndida la cena y después, como era la costumbre de las noches, el anfitrión Santander los invitó a jugar tresillo, juego de apuestas que a Bolívar encantaba y en el que casi siempre perdía. Esa noche, conforme lo comenta Ruiz Rivas, se congregaban amigos y enemigos de distinta vertiente política.

63. Hoy sede campestre de los presidentes de Colombia.

El ministro Castillo y Rada, los doctores Francisco Soto y Vicente Azuero, D. Nicolás Tanco, Pedro Alcántara Herrán, y los nuevos generales Vélez y Ortega. Antes de cerrar la mesa por el viaje temprano del Libertador, éste ganó unas buenas manos. Entonces soltó con humor negro la frase que hirió a Santander:

"Al fin me tocó mi parte del empréstito!" ... dijo sarcástico, mientras en medio de risas recogía su dinero. Santander frunció el ceño y guardó silencio. Estaba herido en lo profundo.

Capítulo VII

Viaje a Caracas en busca de la Paz con Páez

Cruce de cartas con Páez. Bolívar recluta tropas y le muestra su autoridad a Páez. Éste inicialmente rehúye. Finalmente Páez acepta la autoridad de Bolívar y de Colombia. Encuentro en Valencia y Caracas. Multitudes recibiendo al Libertador. Éste se siente decepcionado del poder y envía renuncia al congreso. Quiere partir a un exilio en Europa. Sus enemigos en Bogotá se previenen contra él. Las noticias sobre la rebelión de bustamante en Lima. Rompimiento con Santander.

Al día siguiente de la reunión en Hatogrande el Libertador emprendió de madrugada el largo camino, bajo el frío tenaz de la meseta cundiboyacense. En ese tiempo en un día se recorría un trecho calculado en el cansancio de la mula o el caballo en unos veinticinco a treinta kilómetros. Era muy largo llegar de Bogotá a Cúcuta. Y aunque el Gran Caraqueño había hecho ese viaje varias veces, la cabalgata, el sol, el viento y la lluvia debían desanimar al más templado de los caballeros, pero no a Bolívar.

Al fin de su perseverancia y ocho días después, llegó a Cúcuta frontera desde tiempos inmemoriales de Venezuela. Toma descanso para escribir a mucha gente, pero el primero es Páez, en una misiva larga y muy bien pensada. Lo conoce mucho y siempre debió manejar sus indisciplinas insolidarias con paciencia. Muestra la energía del superior, para que no se vea la debilidad, pero juega con la comprensión para no contradecirlo del todo, en orden a que la ambición desenfrenada del llanero no desate la guerra fratricida con un rompimiento.

Es claro que conoce de cuánto es capaz ese caudillo al que llaman por su apariencia blanca y ojos claros el Catire. Es guerrero y valiente, pero a pesar de su falta de educación es ambicioso como ninguno otro y capaz de llegar a todos los extremos. En la carta, pues, Bolívar debe halagarlo, sí, pero mostrarle el camino derecho. Veamos ese documento, su claridad, su sicología y los reproches a los malos pasos dados, cuando Páez le envió la carta tentadora a Lima con Leocadio Guzmán. Leyendo esta misiva de Cúcuta podemos trasladarnos a la mente de Bolívar, conocedor de hombres y arreglador de entuertos:

San José de Cúcuta, 11 de diciembre de 1826.

AL EXMO. SEÑOR GENERAL EN JEFE JOSÉ ANTONIO PÁEZ.

Mi querido general:

Al entrar en esta villa he visto las actas que se han celebrado en Venezuela y he tenido la noticia confusa de lo que ha pasado en Caracas y Puerto Cabello. No puedo menos de extrañar que, después de haber llegado Guzmán al cuartel general de Vd., hayan tenido lugar sucesos tan extraordinarios; y que mi nombre haya servido de juguete a las más infames intrigas. ***Vd. sabe muy bien que Guzmán no ha ido a Lima sino a proponerme de parte de Vd. la destrucción de la república a imitación de Bonaparte, como Vd. mismo me lo dice en su carta, que tengo en mi poder original. Por el coronel Ibarra y Urbaneja me ha mandado Vd. proponer una corona que yo he despreciado como debía.*** *Tanto el general Mariño, como Carabaño, Rivas y otros de esos señores me han escrito en el mismo sentido instándome a que me hiciese príncipe soberano. Todo el mundo sabe esto en el Perú y Colombia; y, por consiguiente, es una necedad atribuirme un proyecto tan diabólico* (a eso se ha atrevido Páez)*, que yo he despreciado como la fiebre de la más vil ambición de unos satélites.* (Resaltado del autor).

Después de estas tentativas pérfidas ocurrieron los negocios que han puesto a la república en el estado en que se halla. Desde luego hablaron de federación esos señores del complot, y Guayaquil me pidió dicho sistema hallándome yo en Lima. Yo respondí a Guayaquil que mis opiniones políticas estaban consignadas en mi constitución para Bolivia. Para entonces Guzmán había dado espontáneamente su ojeada sobre dicha constitución, instándome con encarecimiento para que lo mandase en comisión a calmar los ánimos *en Colombia, agitados*

por la revolución de Valencia (revolución que había iniciado el mismo Páez). *En efecto, yo lo envío donde Vd. a decirle mis pensamientos que se reducían: primero, a que no muriera la patria en manos de la guerra civil; segundo, a que todo quedase en inacción hasta mi próxima venida a Colombia; tercero, a promover la opinión pública sobre las facultades que debían dárseme para arreglar los negocios de Venezuela, pues la constitución no me autorizaba más que para castigar según las leyes; y cuarto, a defender mi constitución contra los que la atacaban. Vd. sabe que esta constitución es la más popular y la más libre de cuantas existen. Yo no sé qué Guzmán ha hecho durante su comisión: en unas partes ha hecho demasiado; y en Venezuela ha hecho bien poco, según se ve.*

En una palabra, general, he referido todo esto para venir a mi conclusión. Yo he venido a Colombia para salvar a Vd. y a la patria de las mayores calamidades, ninguna ambición me ha conducido hasta aquí. Por consiguiente, no sé por qué se me pueda atribuir miras de ninguna especie. He dicho a Vd. desde Bogotá bajo de mi firma, que he servido a Venezuela, a Colombia, al Perú y Bolivia por salvar a Caracas de los males que la afligen y que yo no quiero mandar ni a Caracas ni a Venezuela ni a Colombia ni a la América entera. Esto mismo dice mi proclama de Bogotá con más fuerza todavía. Yo no quiero el trono ni la presidencia ni nada, nada. Así, pues, no ansío más que la tranquilidad de Venezuela para renunciar el mando; pero antes debemos afirmar el destino de la patria sin sangre ni combates. Este voto es el más sincero y el más encarecido. ***Yo me ofrezco para víctima de este sacrificio; mas no permitiré que nadie se haga el soberano de la nación: Vd. no tiene este derecho ni yo ni una fracción del pueblo. Por consiguiente, todo lo que se haga será nulo y la constitución que den el 15 de enero próximo en Venezuela para aquel departamento, tendrá tanto valor como la que diese una aldea, pues con respecto al todo de la nación, toda parte aislada es nula.***

Últimamente, yo envío a Vd. al general Silva para que trate con Vd. en Apure, donde me han dicho que debe Vd. estar. Este general lleva las instrucciones que he creído convenientes darle para que convenga con Vd. en el reconocimiento de mi autoridad hasta que se convoque la asamblea nacional, donde yo la depondré. Sobre todo, el objeto de su comisión es impedir la reunión de la asamblea constituyente para Venezuela; y rogar a Vd. fuertemente para que

venga a verme donde quiera que yo esté. La misma comisión llevará cerca de Vd. el general Briceño por la parte de Puerto Cabello. (Resaltado del autor)

Ruego a Vd., mi querido general, que no desoiga estas palabras de concordia, estas palabras de salud, que envuelve cada una de ellas toda la sangre de nuestros ciudadanos y todos los destinos de nuestros hijos. ***Aparte Vd. de su lado los que otra cosa le aconsejen. Conmigo ha vencido Vd.; conmigo ha tenido Vd. gloria y fortuna; y conmigo debe Vd. esperarlo todo. Por el contrario, contra (*) mí el general Castillo se perdió; contra mí el general Piar se perdió; contra mí el general Mariño se perdió; contra mí el general Riva Agüero se perdió y contra mí se perdió Torre Tagle. Parece que la Providencia condena a la perdición a mis enemigos personales, sean americanos o españoles; y vea Vd. hasta donde se han elevado los generales Sucre, Santander y Santa Cruz.*** *Estos ejemplos y estos consejos son inútiles para un amigo tan sincero como lo es Vd.: su corazón sólo le servirá más que toda la historia entera;* ***yo fío en él como en mi espada,*** *que no se volverá jamás contra mi pecho; y ambos están con Vd. (*) con toda la sinceridad de un amigo que lo ama de corazón.* (Resaltado del autor) *BOLÍVAR*

Sí, es una carta maestra del Libertador, casi en víspera de que se reuniera el congreso constituyente, que según instrucciones del mismo Páez, ya había sido convocado para el 15 de enero del 27. Fuerte, pero al mismo tiempo considerada con su destinatario, al que quiere convencer preventivamente mostrando al desnudo la fuerza de la verdad. Y hasta le recuerda, como una advertencia, la triste historia de Piar y los que cayeron en desgracia por haber desconocido la fuerza legítima del líder, y la gloria que ha acompañado a aquellos que han creído en él, comenzando por el propio Santander.

Pero hay algo más contundente y es la manera como le sostiene con su autoridad y energía las diferentes propuestas que el calculador le ha hecho al Libertador de una corona, que éste ha rechaza airado, con la gran fortaleza que lo anima en sus convicciones. Sobresale de bulto, pues, que cuando Páez niega su carta al Libertador en su propia autobiografía -que hemos visto antes- en la que le ofrece el trono imperial, lo hace con un irrespeto macabro por la verdad y la propia historia.

Bolívar desde Cúcuta recoge tropas y pide ayuda a Santander para que movilice unos contingentes y los envíe con urgencia. El que quiere la paz sin duda alguna, y como lo descubrieron los romanos, debe prepararse para la

guerra. Igual posición adopta Bolívar cuando llega en su ruta a Maracaibo; y con instrucciones especiales, tal como se lo ha anunciado a Páez, envía a Laurencio Silva a Achaguas donde cree que se encuentra el Catire, para hacer aplazar la instalación de la asamblea constituyente en Valencia convocada por éste, ya en plan de odio, en orden a romper definitivamente con Bolívar y con Colombia.

Aspira Bolívar a recoger dos mil hombres, y sabe que en la propia Venezuela se le irán sumando más y más. Páez, como se ha dicho, ha declarado desde el 20 de abril del 26 en los actos de la Cosiata, la separación del territorio de Venezuela de la República de Colombia.

Entre tanto y mientras se desarrollan estos tensos sucesos a los que parece rehuir el llanero, recibe el Gran Caraqueño una carta de hondo sentimiento que le remite Santander, en la que, sin mencionarlo, hace memoria éste de lo dicho como chiste por Bolívar en Hato Grande al referirse al empréstito. Esa carta sensitiva dice:

> *Me duelen en el alma las habladurías sobre cosas del empréstito: quiero quedar pobre y mendigando un plato de comida, antes que sin honor. Estoy dispuesto a perder todo, empleo, hacienda, casa, pero no mi honor, que es mi patrimonio, mi dios y mi gloria. Si los colombianos se contentan de verme reducido a simple ciudadano y sin tener una cama propia donde reclinarme, les daré gusto; pues a quien fue pobre poco le cuesta volver a ser pobre. Usted me ha visto siempre hasta el año diecinueve en la miseria y contento. Si no hubiera sido por el general Urdaneta no hubiera tenido camisa ni qué comer. Después de Casanare he vivido económicamente sin apropiarme lo ajeno, en términos que soy el único general de ese tiempo que ha hecho llevar cuentas y rendirlas en la comandancia general de Cundinamarca. En Bogotá hubo botín y yo apenas lo vi. En el gobierno constitucional he podido adquirir un millón de pesos, y lo he despreciado solo por mi honor. Ya que he mencionado todo esto, permítame que le revele un chisme, y resérveselo.*
>
> *Estando usted aquí y después de su partida, me han contado diferentes personas que el general Salom había dicho lo siguiente, como que descubría los secretos y miras de usted: "Será preciso dividir a Colombia en tres estados. Páez quedará en Venezuela, Briceño en Quito, y en Cundinamarca quizás no quedará Santander, porque si él no piensa sino en sus onzas, se ha portado muy mal, de modo que ha perdido su crédito entre los fanáticos y despreocupados*

y no conviene que siga gobernando. Santander, por envidia a Sucre, ha hecho el reglamento de uniforme para igualarse, junto con Soublette, al Libertador y al general Sucre".

Estas especies las miré con desprecio, porque hablando en público había manifestado, ni Salom es para mí mismo sino un pigmeo incapaz de distinguir lo que es bueno o malo en un gobierno. Pero yo lo cuento a usted para que lo sepa, y advierta que hay interés en dividirnos y que nos ponen la trampa. Si Salom oyó estas especies, ha debido ser reservado, y si no, es un calumniador. Yo tendré mis defectos; pero mi humildad es sincera cuando soy humilde, y jamás me he arrastrado como una culebra.

Es difícil encontrar un escrito con tanta altivez, elegancia, fortaleza y sentimiento como se advierte en esta carta por la que desfila la dignidad junto a una recia personalidad del vicepresidente. Bolívar debió de haber sentido el impacto de su alto sentimiento de probidad y honradez, no obstante las diferencias que eventualmente pudieran tener. Pero hay algo que es necesario advertir: es el anuncio sentido de quien sabe, como lo dice Santander, que les están poniendo una trampa para dividirlos.

Para el 20 de diciembre Páez, que desconoce la ruta del Libertador, envía armados y con tropas a dos comisionados a enfrentarlo, Miguel Peña y el coronel José Hilario Cistiaga. Les advierte que deben llegar antes de que Bolívar haya pasado la frontera:

Si es posible antes de tocar nuestros límites, le notificarán del propósito firme y resuelto con que la masa del pueblo juró desde el 20 de abril no reconocer más el gobierno de Bogotá ni obedecer sus órdenes.

Así dicen las instrucciones escritas por Páez que les ha impartido.

Además, en la misma fecha le da órdenes a su amigo J. A. Cala para que salga por otro lado al encuentro del Libertador y le advierte:

Para que Ud. tenga un norte seguro que dirija sus pasos en la entrevista con el Libertador, le acompaño la instrucción que llevan los comisionados, para que Ud. en cuanto sepa o tenga noticias de su aproximación, practique todo cuanto en ella se prescribe. El fin es que no se nos meta en casa ni pise nuestra raya, si es posible, sin que conozca la disposición en que nos hallamos de resistir a todo lo que sea gobierno de Bogotá o dimane de la constitución que hemos rompido.

No era tan fácil como creyó el llanero, porque cuando los comisionados arriban a Barquisimeto, el coronel británico Fergusson les intima captura y son detenidos. Logra escaparse un cura de apellido Torrellas, que vuela a informar a Páez que se encuentra en Caracas. Páez calcula el siguiente paso y sabe que con el Libertador el asunto deja de ser sencillo. Ambos se conocen bien. El 29 de diciembre Páez envía a su subalterno Cornelio Muñoz a Achaguas, la siguiente carta:

Mi querido compadre: El velo se ha descorrido. El general Bolívar después de las protestaciones sinceras de su amistad y del deseo de salvar la patria, viene con el puñal en la mano. Acaba de llegar de Barquisimeto el coronel Torrellas, quien ha sido sorprendido por un edecán del general Bolívar con un corto número de hombres seducidos del país y le ha intimado arresto; mis comisionados Peña y Cistiaga han corrido la misma suerte con la desgracia de no haberse podido escapar con Torrellas. Viene en nombre del gobierno de Bogotá haciendo rendir homenaje a todos y amenazando a los rebeldes.

Se ha llegado, pues, el instante de obrar; prepárese Ud. y ponga al país en una actitud guerrera y a cubierto de cualquier invasión, sea de fuerza o de seducción. Firmeza, compadre; ésta es la que nos va a salvar; ésta es la que nos ha salvado en las épocas de apuros y conflictos. Nadie tiene más experiencia del valor de los apureños que yo; este valor, este heroísmo ha salvado a la patria en otras ocasiones: ahora le afianzará su dicha.

El punto de mis operaciones es el Apure, con él pienso vencer, teniendo a mis compañeros antiguos. Cuidado, compadre, no se deje alucinar; horcas y patíbulos viene levantando contra nosotros; opongámosle firmeza, lanzas y espadas, y derribaremos su poder; él es una sirena que piensa halagarnos con palabras de miel; los hombres fuertes no se rinden a esta arma débil. Adiós compadre, crea en su verdadero amigo y compadre, Páez. Señale ésta a todos nuestros compañeros y dígales que cuenten con todos, todos, y que no se fíen del nombre de Bolívar, porque con él *vienen sorprendiéndonos para llevarnos amarrados a Bogotá. PÁEZ".*

El 23 se encuentra el Libertador con una proclama aparentemente dulzona de Páez en la que se refiere a él casi como a un extranjero que ha llegado de visita solo con su don de consejo. Entonces en la misma fecha 23 de diciembre

del 26, Bolívar responde y le envía un mensaje fuerte y duro, pero suavizado con halagos, entre otros el anuncio de que no le interesa el poder, que piensa dejar allí mismo en su patria de origen. Ese mensaje dice:

La proclama de usted dice que vengo como ciudadano. ¿Y qué podré yo hacer como ciudadano? ¿Cómo podré yo apartarme de los deberes de magistrado?

¿Quién ha disuelto a Colombia con respecto a mí, y con respecto a las leyes? El voto nacional ha sido uno solo: Reformas y Bolívar. Nadie me ha recusado; nadie me ha degradado: ¿Quién, pues, me arrancará las riendas del mando? ¿Los *amigos de usted? ¿Usted mismo? La infamia sería mil veces más grande por la ingratitud que por la traición. No lo puedo creer.*

Jamás concebiré que usted lleve hasta ese punto la ambición de sus amigos y la ignominia de su nombre. No es posible, General, que usted me quiera ver humillado por causa de una banda de tránsfugas que nunca hemos visto en los combates. No pretenda usted deshonrar a Caracas haciéndola aparecer como el padrón de la infamia y el ludibrio de la ingratitud misma.

¡Qué no me deben todos en Venezuela! ¿Hasta usted no me debe la existencia ? (...)

Yo he venido desde el Perú por evitar a Ud. el delito de una guerra civil: He venido porque Caracas y Venezuela no volvieran a mancharse con la sangre más preciosa. ¡Y ahora me quiere Ud. como un simple ciudadano sin autoridad legal! No puede ser. Este título me honraría millones de veces recibiéndolo por fruto de mi desprendimiento.

No hay más autoridad legítima en Venezuela sino la mía, se entiende suprema. El Vicepresidente mismo ya no manda nada aquí, como lo dice mi decreto. Ya no habrá motivo para queja ni desobediencia. El origen del mando de Ud. viene de municipalidades, data de un tumulto causado por tres asesinatos. Nada de esto es glorioso mi querido general.

Ofrezco a Ud. con la mayor franqueza toda mi amistad, todos mis servicios y cuanto pueda serle honroso; mas todo debe marchar por la senda del orden, por la verdadera soberanía, que es la mayoría nacional. Cumaná misma no ha desconocido al gobierno. Ojalá que el general Mariño haya sido bien recibido, para que Cumaná no se convierta en Nueva Guinea y se entienda conmigo para restablecer la paz pública.

Lo que más me asombra de todo es que Ud. no habla una sola palabra de mi autoridad suprema ni de mi mediación. Ud. me ha llamado, y ni siquiera me escribe una letra después de tan graves acontecimientos; todo esto me deja perplejo. Crea Ud., general, que a la sombra del misterio no trabaja sino el crimen. Quiero desengañarme: deseo saber si Ud. me obedece o no, y si mi patria me reconoce por su jefe. No permita Dios que me disputen la autoridad en mis propios hogares, como a Mahoma, a quien la tierra adoraba y sus patriotas combatían. Pero él triunfó no valiendo su causa tanto como la mía. Yo cederé todo por la gloria; pero también combatiré contra todo por ella. ¿Será esta la sexta guerra civil que he tenido que apagar? ¡Dios mío, me estremezco! (...)

Crea Ud. que no pretendo ni pretenderé jamás hacer triunfar un partido sobre otro, ni en la convención ni fuera de ella. No me opondré a la federación; tampoco quiero que se establezca la constitución bolivariana. Solo quiero que la ley reúna a los ciudadanos, que la libertad los deje obrar y que la sabiduría los guie, para que admitan mi renuncia, y me dejen ir lejos de Colombia. Testimonios de estos sentimientos es la venta de Aroa y la venta de todos mis bienes que mi hermana negocia. Adiós, mi querido general, yo parto mañana para Puerto Cabello allí espero su respuesta. Puerto Cabello es un gran monumento de su gloria. ¡Ojalá que se alce tanto que pase la mía! Este voto es sincero, porque no tengo envidia de nadie. Reciba la expresión de ardiente afecto con que le ama de corazón, BOLÍVAR.

No puede dejarse de admirar el genio que está detrás de esta carta, en la que, ante hechos negativos consumados, el Libertador levanta su autoridad en medio de su bello estilo literario para inducir a la razón al ingrato, empecinado en el parricidio. Y Páez por supuesto conoce perfectamente con quien habla. Lo conoce bien y sabe dos cosas más: que Bolívar está acompañado ya de un ejército y la segunda, que el pueblo lo admira y quiere como al gran héroe que sin duda alguna era y lo puede seguir una vez más. Es el Libertador carismático de siempre, aumentado en la grandeza por las hazañas que demostró en el sur continental.

Y así, Bolívar llegó a Puerto Cabello como lo había anunciado el día 30, pero Páez no llegó. Le envía una nueva carta al día 31 de diciembre. Páez guarda silencio y tampoco aparece, pero envía al amigo de Bolívar general Laurencio Silva a quien, como se recordará, el Gran Caraqueño había enviado en el comienzo de

su ruta en Venezuela y había sido puesto preso por el general Cornelio Muñoz a las órdenes de Páez. Entonces Bolívar que conoce tan bien a Páez, piensa que éste no asiste por el temor de que al llegar lo aprese y ponga en el patíbulo.

Pero no es así, porque esta vez Silva y Guzmán, que también llega ese 1º de enero -del 1827-, son portadores de un decreto del escurridizo Páez en el que reconoce a plenitud la autoridad de Bolívar.

De inmediato, a vuelta de correo, éste le envía otro mensaje al llanero en el que acude a todos los ditirambos y exaltaciones y hasta lo compara con un dios. Es un Bolívar que todo lo entrega solo porque aquel pérfido le hace el reconocimiento de la autoridad que la víspera le ha negado. Y hasta acude al final al humor militar rudo y le anuncia que llegará hasta Valencia para darle un gran bofetón; y dicta, con los plenos poderes de que está investido, un decreto de amnistía general para todos los que se habían levantado con Páez.

Son evidentes las razones que lo animan y el deseo vehemente de mantener la paz. Esa carta reza:

Puerto Cabello, 1º de enero de 1827

Al Exmo. Señor General J. A. Páez

Mi querido general: Es indecible el gozo con que he visto llegar al general Silva y apenas lo he oído cuando he extendido el decreto que mando a Ud. Jamás he pensado hacer otra cosa que lo que consta de este documento. Me es imposible tampoco hacer más. Yo no puedo dividir la república; pero lo deseo para el bien de Venezuela y se hará en la asamblea general si Venezuela lo quiere. Ud. verá, por una carta que tengo del general Santander para Ud., que he logrado convencer al gobierno de la necesidad de dividir a Colombia en tres estados. Santander quiere que todo se olvide para quedar como buenos amigos y vecinos. Yo creo que Ud. está loco, cuando no quiere venir a verme y teme que yo lo reciba mal. General

¿Ud. puede persuadirse de que yo sea menos generoso con Ud., que ha sido siempre mi amigo, que con mis propios enemigos? No crea Ud. tal cosa. Voy a dar a Ud. un bofetón en la cara yéndome yo mismo a Valencia a abrazar a Ud. Morillo me fue a encontrar con un escuadrón y yo fui solo, porque la traición es demasiado vil para que entre en el corazón de un grande hombre.

No sé qué decir a Ud. porque ya todo se ha acabado: ya yo he ahogado en el lago del olvido todo lo pasado, es decir los chismes, pues jamás dejará de estar muy cerca de mi corazón la amistad y el sacrificio que Ud. hace ahora a la felicidad y a la gloria de Venezuela. Ud. será adorado por todos y, de mi parte, lo veré como al dios de la paz. La corona que Ud. se pone sobre su cabeza es más grande que la de Alejandro, no hay olivos en el mundo para tejerla y cada una de sus hojas encierra mil beneficios. También yo he recibido de la mano de Ud. la más bella guirnalda que jamás ha adornado mi frente. Ud. y yo salvamos a Venezuela. Digo mal, Ud. la salva del exterminio de una guerra sanguinaria que la iba a asolar. Querido general, reciba Ud. mil abrazos que le mando con Guzmán y Silva. Si Ud. quiere más garantías, las daré todas; porque a Ud. no puedo negar nada, ya que Ud. no me puede pedir que falte a mi deber como presidente y como ciudadano. Créame Ud., general, Ud. será todo, todo en Venezuela por un camino legal. Guzmán y Silva dirán a Ud. cuanto desee saber de mi parte y no soy más largo porque parten.

Soy de Ud., Bolívar.

Todo queda listo para que el Libertador madrugue con el alba y su gente a la cita histórica hacia Valencia. Se ha salvado el extenso viaje desde Lima y su gloria. Aunque digamos que es solo por un momento que no será muy largo.

El historiador y coronel de la época Joaquín Posada Gutiérrez[64] describe el encuentro de Páez y Bolívar en el camino y la marcha y la llegada a Valencia y luego a Caracas:

Al verse -Bolívar y Páez-, *echó pie a tierra el general Páez y toda su comitiva; lo mismo hizo el Libertador en correspondencia y los que le acompañaban, y habiendo Bolívar abierto los brazos, se precipitó Páez en ellos con notable y tierna conmoción, que se comunicó a los jefes y oficiales, antiguos conmilitones y amigos, que acompañaban a uno y otro. De allí siguieron ya unidos a Valencia, donde todas las clases de sus habitantes manifestaron el mayor entusiasmo, siendo aquella ciudad la residencia del general Páez, y su baluarte.*

La marcha de Bolívar de Valencia a Caracas fue un triunfo continuado: las poblaciones enteras se precipitaban a su encuentro; los arcos triunfales, las banderas, las guirnaldas de flores, se veían por todas partes, y las demostraciones de júbilo y amor, en que los semblantes y las lágrimas revelaban la

64. "Memorias histórico políticas", Joaquín Posada Gutiérrez, tomo I.

sinceridad, le hicieron muchas veces llevar el pañuelo a sus ojos. A la entrada a la bella y culta capital, ya no podían andar los caballos, obstruidas las calles por las masas que se sucedían de ancianos y jóvenes, de mujeres y niños de todas clases y colores. Ningún grande de la tierra ha tenido jamás un triunfo igual…

Vendrían los discursos. Bolívar sabe que allí en su patria natal se ha evitado la guerra civil ya comenzada y el pueblo está de plácemes. Ha conquistado con su pluma y su gesto a un ser tan difícil y ambicioso como el Llanero y el pueblo empobrecido pero encumbrado de emoción, suelta una alegría reprimida por la perspectiva de ese conflicto intestino ya iniciado. En su elocuencia Bolívar llama a Páez salvador de la patria y muchos otros calificativos de gloria; y cuando se piensa que ha saciado todos los calificativos para endiosar al guerrero, le entrega como si fuera merecedor, la Espada de empuñadura de oro y piedras preciosas que como libertador le ha entregado el Perú después de la batalla de Ayacucho. Ese día es el 3 de enero de 1827.

Dentro del alborozo de los días siguientes Bolívar visita a su familia, especialmente a su hermana Antonia y a sus hijos, a los amigos de infancia, a los que le fue dando la vida y a los pueblos vecinos. Asciende a todos y gasta algún dinero que ha llevado de Bogotá para repartir.

Pero comienza a ver los despliegues de la miseria en todos los sectores. Y mientras los días pasan, ese pueblo que lo adoraba, comienza a sentir decepción por su presencia ante la constancia de la pobreza.

Él le ha ofrecido a Páez que desde allí habrá de renunciar a su puesto ante el Congreso de Colombia próximo a reunirse en Bogotá y envía la dimisión irrevocable. En realidad siente que se ha salvado su gloria, que tanto apreciaba como el motivo de su vida, pero ignora cuánto ha de durar esa dicha. Han sido muchas las ocasiones en que este Gran Caraqueño ha manifestado su repudio a las aparentes delicias del poder.

Él ha hecho todos los sacrificios en pos de lograr el poder, pero según sus palabras constantes que hemos visto, no sufre de esa concupiscencia. Es necesario lograrlo, pero no es él el necesitado del mando.

Sus días en Caracas y vecindades inundan su emoción de recuerdos, pero al tiempo se percata de los males que ha causado la guerra de independencia. De ahí que piensa con gran sinceridad que su único camino es viajar fuera del territorio y regresar a aquella vieja Europa de su juventud que viviera tan intensamente.

Simultáneamente también envía su renuncia al mismo congreso el vicepresidente Santander, calumniado de desfalco y aburrido de las angustias zigzagueantes del poder. Es a partir de entonces cuando entraría en una etapa crítica la amistad entre los dos próceres más sobresalientes del ardoroso proceso de la independencia.

Capítulo VIII

Regreso a Bogotá de Venezuela y asunción del poder

La insubordinación de bustamante en Lima y revocatoria del congreso peruano del acto legislativo que adopta la constitución y la presidencia vitalicia de Bolívar. Los desarrollos de una polaridad política. El Libertador se previene y se arma. Regreso por mar. Carta a Santander donde le pide que no le escriba más. Carta de Santander. Bolívar presta juramento ante el congreso y asume. Llega manuela a Bogotá.

Llegan a Caracas las últimas noticias de lo acontecido en Lima el 21 de enero de 1827 y los días siguientes, cuando estalla un motín dentro de la III División del ejército de Colombia, cuyo comandante es el general Jacinto Lara. Bolívar se encuentra cuidando su amistad con Páez y los demás jefes venezolanos, cuando hacen su arribo los correos en los que aparece toda la información y documentos de esos hechos. A la cabeza de los mismos se encontraba el coronel José Bustamante y del Villar, nacido en la provincia de El Socorro y otros altos oficiales.

Éste se subleva contra el general Jacinto Lara, muy amigo de Bolívar y lo pone preso, pretextando el no pago de los sueldos. Pero igualmente exponen su inconformidad con la dictadura constitucional del Libertador. Esta insubordinación estaba incitada y estimulada por el alto mando peruano, con otros motivos más lejanos: el golpe de estado que darían Santa Cruz y Vidaurre contra Bolívar y la constitución que se acababa de aprobar.

Santander no conoce a Bustamante personalmente, pero comete el error de celebrar en Bogotá la conducta de éste y la insubordinación contra Bolívar ausente en Caracas.

Por supuesto las primeras medidas de los peruanos fue la de expulsar a los miembros de la III División colombiana hacia Guayaquil, sin importarles que éstos habían obrado movidos por esos dos jefes peruanos Santa Cruz y Vidaurre. Luego vendría, como consecuencia directa, la eliminación de la constitución boliviana y del nombramiento como presidente vitalicio de Bolívar en el Perú.

Es preciso agregar que el arreglo que hizo Bolívar con Páez cayó mal en Bogotá, en donde al final se entendió que la separación de Venezuela era indetenible. Ya se había formado un odio intenso entre Santander y sus amigos y Páez y los suyos. De ahí que aún cuando Santander mantiene una apariencia de amistad con el Gran Caraqueño, tanto éste hablaba mal de aquel en su país de origen, como el vicepresidente lo hacía de Bolívar en la antigua Nueva Granada. Y por supuesto, éste no había cambiado la política que había dejado definida con el primero en Tocaima, antes de su viaje a Venezuela.

Curioso que, a pesar de las comunicaciones casi imposibles, todo el mundo vivía enterado en cortos días de lo que estaba pasando en otras latitudes. Y así los correos y pliegos acerca de la noticia más importante de ese tiempo -la revolución de Bustamante y el golpe de estado en el Perú- llegan a Caracas en los días de marzo.

Esas noticias provenían de Lima. Y todo comenzó, como se ha dicho, con la revuelta de Bustamante auspiciada por Santa Cruz y Vidaurre, para hacer que la importante III División colombiana saliera de Lima hacia Guayaquil, dejando sin fuerzas colombianas el territorio del Perú. Lo más grave es que Bustamante, después de haber generado una gran agitación con la misma III División, tal como lo veremos luego, habría de quedarse para siempre en ese país al servicio de los peruanos, donde se convertiría, para éstos, en un héroe.

Entonces, mientras Santacruz, el aparente fiel corresponsal y amigo de Bolívar había quedado encargado por éste del mando mientras se iba a Colombia, aquel fingía estar enfermo en Chorrillos cuando sobrevino el golpe de estado y la caída de la presidencia vitalicia del Libertador y la abolición de su constitución. Los conspirados, a cuya cabeza estaba Bustamante, eran constitucionales en Colombia -el partido del vicepresidente- y estaban contra el propio Libertador.

Es conveniente ver lo que anota sobre este suceso el gran historiador español Salvador de Madariaga, quien aunque no vivió los hechos como Restrepo y Posada Gutiérrez, dedicó gran parte de su vida a la verificación de los sucesos que narra con la imparcialidad del buen historiador:

En la madrugada del 26 de enero de 1827, Pando, a la sazón encargado del gobierno peruano, llegaba al palacio y no pudo entrar por negarle acceso la guardia. El Presidente, Santa Cruz, se hallaba en Chorrillos, enfermo. Las bayonetas sobre las cuales el gobierno (olvidando el dicho de Napoleón) se había sentado, eran colombianas, es decir, la III División del ejército veterano de Bolívar que se había quedado en el Perú para que el país siguiera afecto al Dictador Libertador. Pero, aunque esta división, de unos dos mil setecientos hombres, estaba mandada por uno de los amigos más íntimos *de Bolívar, el General Lara, la mayoría de los capitanes y subalternos era granadina: y dirigida por el coronel Bustamante, Jefe de Estado Mayor, depuso a los jefes venezolanos y se declaró por la Constitución y contra toda dictadura. Actuaba Bustamante a instigación de Santa Cruz y quizá también de Santander.*

Manuela Sáenz, al enterarse de lo que ocurría, salió a caballo de uniforme militar y se fue al cuartel para intentar reprimir la rebelión contra Bolívar, pero fracasó en su intento. El pronunciamiento adoptó enseguida los rasgos característicos de tales sucesos en la vida hispánica: reunióse el cabildo y asumiendo poderes parlamentarios y hasta constitucionales, declaró abrogada la Constitución boliviana, en vigor la precedente, y por lo tanto terminados los poderes excepcionales de Bolívar. Santa Cruz, súbitamente repuesto de su indisposición, volvió a Lima donde fue recibido con entusiasmo; y a los dos días (28-II-27) declaró que no habiendo sido bien recibida la Constitución Política dictada por Bolívar, convoca a los pueblos para elegir representantes a la Asamblea Constituyente. Al día siguiente, dos oficiales salían del Callao para Buenaventura llevando prisioneros a Lara y demás jefes venezolanos; también llevaban informes de Santa Cruz y Bustamante para Santander.

Llegaron estos dos emisarios a Bogotá (9-III-27), y al saberse la noticia algunos jefes militares hicieron recorrer las calles por las bandas de música de sus unidades respectivas, mientras repicaban las campanas, volaban cohetes y se gritaban vivas. Un testigo presencial y aun protagonista, Posada Gutiérrez, escribe: Santander se nos unió en la calle y nos acompañó un gran rato, mostrando en su semblante, en sus arengas y en sus vivas a la libertad, el intenso placer que le dominaba[65] *...*

65. Salvador de Madariaga, "Bolívar II", Biblioteca de la Historia, Madrid Gráficas Futura. 1985.

Este percance deja al descubierto la pérdida del arduo trabajo realizado por Bolívar y sus tropas en el territorio del Perú. Y naturalmente se esfuma en gran parte el proyecto del gran imperio federal bolivariano, tan bien elaborado por el Libertador en sus sueños de gloria, tal como lo hemos estudiado antes.

Pero tal vez lo más grave de este asunto es que cuando Bustamante, forzado por las circunstancias le rinde un parte a su Superior Sucre y otro al vicepresidente encargado del poder ejecutivo Santander, éste celebra como acaba de verse el acontecimiento contra Bolívar, al tiempo que se incita al pueblo a celebrarlo con ruidosa verbena. Bolívar, como se ha anotado, aun se encontraba en Caracas.

Vale la pena también mirar lo que sobre el particular narra Joaquín Posada Gutiérrez, sumado momentáneamente al cortejo de los republicanos. Posada Gutiérrez anota[66]:

> *Indudablemente, por más que se haya pretendido negarlo, aquel motín subversivo de toda disciplina y subordinación militar* (se refiere al levantamiento de Bustamante)*, fue protegido por el Gobierno peruano que presidía el gran mariscal don José Santracruz; pues que inmediatamente convocó el Congreso constituyente para que decidiese cuál era la Constitución que había de regir, y nombrara los altos magistrados de aquella República; declarándose en un tumulto popular, en Lima, que había sido ilegítima la elección del Libertador para presidente, y nula la sanción de las leyes fundamentales por haber sido obra de la coacción; conducta alevosa, cuando para salir de los colombianos que eran mal vistos, porque ya no eran necesarios, y constituirse el Perú como quisiera, no era menester dar aquel escándalo ni denigrar al hombre ausente que poco antes incensaban, estando el general Santacruz autorizado para ello, y excitado por la nota que el Libertador le pasó de Popayán.*
>
> *Tres días después de comunicado el hecho de que trato, salieron de El Callao, con pliegos del general Bustamante* (Ya premiado con el ascenso a general por los peruanos) *y del general Santacruz, el capitán granadino José Ramón Bravo, y el teniente peruano Lezzundi, custodiando al mismo tiempo a los generales, jefes y oficiales presos, que desembarcaron en el puerto de la Buenaventura, y dejándolos allí siguieron para esta capital, a donde llegaron el 9 de marzo. Tan luego como fue conocida su comisión sin más examen, algunos jefes y oficiales sacaron música por las calles, se repicaron las campanas, se quemaron cohetes,*

66. "Memorias histórico políticas" Autor Joaquín Posada Gutiérrez, obra citada.

y yo fui de los primeros en unirme a los celebrantes, y no fui de los que menos victorearon el suceso que llamábamos fausto. En aquella imprudente algazara fraternizamos completamente los santanderistas federalistas o separatistas, con los centralistas constitucionales puros. Los primeros gritaban: "¡Viva la libertad!" los segundos gritábamos: "¡Viva la Constitución!"

El general Santander se nos unió en la calle, y nos acompañó un gran rato, mostrando en su semblante, en sus arengas y en sus vivas a la libertad, el intenso placer que le dominaba, aunque alguna que otra vez no dejara de notársele una inquietud que se esforzaba en disimular. (...) El general Santander aprobó explícitamente aquella revolución militar -la de Bustamante- *que destruyó la moralidad del ejército y sirvió de modelo a las que se han sucedido.*

En el oficio redactado por él mismo -Santander-, *y firmado por el secretario de guerra, decía que siendo prohibido a la fuerza armada deliberar, debería improbar la separación de sus destinos y la prisión de los jefes de la III División; pero que atendiendo a las circunstancias, se disminuía la gravedad de aquellos hechos, y añadía: "El Gobierno considera detenidamente estas circunstancias, y halla en su conciencia que el honor de un oficial ligado con juramento solemne a las leyes de la patria y penetrado del fuego santo de la libertad, el temor de ver perdida para la República en esta época de disturbios una fuerza tan preciosa, y la distancia que la separaba del Gobierno colombiano, eran estímulos muy poderosos para emitir sus opiniones y dar un día de consuelo a esta misma patria, afligida en extremo por los sucesos que han lamentado, junto con el Gobierno, todos los buenos patriotas".*

Usando de este lenguaje aparentemente ambiguo y de generalidades *en aquel largo oficio* (del vicepresidente aprobatorio del comportamiento de Bustamante)*, lo cierto es que se elogiaba el hecho de la manera más expresiva, diciendo también en él que los autores del movimiento merecían una corona cívica.*

Estos graves acontecimientos, como se dijo, son conocidos por Bolívar en el mes de marzo (1827). Por supuesto monta en justa cólera contra Santander.

Hay que anotar que hasta el momento de saber estas noticias de Lima Bolívar, que no es ingenuo, cree a pie juntillas que Páez y su gente le son fieles y que el sacrificio personal que ha hecho en su favor ha sido efectivo. Pero no obstante esa creencia, sabe que no es del caso volver a Bogotá por lo pronto, porque una ausencia suya traería de nuevo la insubordinación en Venezuela.

Han aparecido en escena algunos elementos de perturbación con Páez, que Bolívar narra un tanto perturbado en un mensaje a Santander del día 6 de febrero de 1827 -lo de Bustamante y Santander lo supo en marzo Bolívar-, en el que deja oír las voces de su interior que le marcan esa convicción.

Todo es confuso, porque además cree que es necesario asistir al congreso cuando se va a fijar la fecha y el lugar de la Convención que puede cambiar las cosas incluso con Venezuela. Entonces, a pesar de las dificultades, Bolívar no da el brazo a torcer y mantiene vivas sus convicciones de futuro. Hay necesariamente una turbación premonitoria del inmediato futuro que le espera, pero todavía alcanza a creer en la posibilidad de la federación que salve su sueño de unidad política de esa antigua Colombia, sin contar ya con el Perú. Esa importante y significativa misiva dice -se repite que Bolívar en esos momentos aun no conoce de la revolución de Bustamante-:

6 de febrero 1827
A. S. E. el General F. de P. Santander.
Mi querido General:

Respondo a la apreciable carta del 23 del pasado. He visto las noticias que Ud. me da de Europa y las que comunica Madrid. Ayer ha llegado a esta ciudad el doctor Foley, con treinta días de navegación de Liverpool a La Guaira. Por los informes que él me ha dado, relativos al estado político de la Europa y por los papeles públicos que ha visto, estoy casi persuadido que la guerra entre Inglaterra y España no tendrá lugar. Parece que todo se ha reducido a amenazas de parte de la más fuerte contra la más débil. Así creo que no debe tener lugar la expedición que premeditaba contra Puerto Rico, y hoy mismo mando cesar los preparativos que había ordenado, hasta segunda orden. Sin la cooperación de la Inglaterra nada haríamos y todo lo perderíamos. Por lo tanto, no debe Ud. apresurarse en hacer gastos que podrían ser inútiles y que además nos arruinarían más y más.

Estoy desesperado por saber si ha reunido el Congreso y lo ha determinado. ¡Ojalá que aprobase mis operaciones y mandase cumplir mis decretos! Pero si no lo hiciera así no tendré un sentimiento muy grande, porque no estoy seguro de las consecuencias de mis providencias. Yo veo como incierto y peligroso todo. Cuanto más considero la materia que manejamos, es decir la distribución del poder público en Colombia, tanto más me desaliento y encuentro dificultades. Sin embargo de todo esto, si el congreso no se reúne y no dispone nada en

contra de lo que yo he decretado, mi resolución es llevar a efecto la consulta a los colegios electorales sobre la anticipación de la convención nacional. ***Esta gente*** (se refiere a los venezolanos) ***está en un estado que yo no puedo definir, porque no hay un espíritu público bien decidido sobre ningún punto capital. Todos dudan como yo cuál será el camino de la salud, pero al fin debemos obrar de un modo u otro, sobre todo cuando los amigos del general Páez y él mismo no quieren obedecer más a la autoridad que resida en Bogotá. No debo hacer un misterio de esta declaración, puesto que el general Páez me ha dicho resueltamente antes de ayer que quería saber definitivamente mis opiniones políticas sobre el estado de las cosas, para saber lo que debía decir en Apure a donde va ahora; que él estaba resuelto a irse del país si se le quería someter de nuevo a la constitución de Cúcuta y al gobierno de Bogotá; que si yo lo determinaba así, él me pediría su pasaporte. Mi respuesta fue que yo no haría más que sostener los decretos que había dado; que la gran convención determinaría lo que tuviera por conveniente y que mientras tanto él no obedecía a Bogotá sino mi autoridad solamente, en fin, le dije: "yo le he dicho a ud. que el único pensamiento que tengo es la gran federación de Perú, Bolivia y Colombia*** (obviamente todavía no sabía del golpe de estado del Perú y de la revuelta de Bustamante que hemos tratado); ***pero mi único deseo es abandonar este país y dejar el servicio público, porque ya me es insoportable".*** (Resaltado del autor)

Los amigos de Páez están casi desesperados y dicen que Páez los ha vendido. Los amigos del gobierno dicen que yo desatiendo a los fieles y favorezco a los traidores. El general Bermúdez y el batallón de Apure, que son los que todo lo han perdido, son los que más agitan este partido.

Ud. me dice que va a entregarle el mando al señor Baralt, en oposición a lo que yo he determinado a instancias de Ud. Si así fuere, yo también entregaré el mando al pueblo y me iré con Dios, porque yo no sé si a Baralt le obedecerán, y sé muy bien que si abandono a Venezuela por ir a Cundinamarca, se pierde otra vez la república, y yo no puedo ni quiero verme en mayores dificultades sin mi culpa. Por lo demás, Ud. tendrá mil razones para abandonar el mando: yo también las tengo, y aguanto. Yo creo que nuestra dignidad y el bien de la república nos exige nuestra permanencia en el gobierno hasta la gran convención, o hasta que entreguemos el mando a un congreso ordinario. Por mi parte, no admitiré jamás la presidencia y voy a declararlo así por una proclama

luego que dé el decreto y que mande a consultar a los colegios electorales para la gran convención.

Soy de Ud. de corazón. Bolívar

P.D. Acabo de recibir la carta de Ud. del 16 y 29 de diciembre. Me alegraré mucho de que el congreso se reúna aunque sea en todo el año, no porque yo espere bien de él, sino porque espero salir bien yo entregándole el mando de la república, para lo cual mando a Ud. un pliego que presentará de mi parte al presidente del senado. Yo estoy desesperado de todo. Me escriben de Bogotá que no tengo dos amigos en esa capital. Prueba infalible de que, por lo menos, se trabaja contra mí, y puedo decir con franqueza que me alegro para que nada me cueste desprenderme de Colombia.

Sí, la situación en Caracas era perturbadora ciertamente, pero así mismo lo era en Bogotá en donde la tropilla de escribidores constitucionales utiliza sin medida los dicterios contra el Libertador, a quien llaman tirano, dictador y déspota. Se diría que es la crudeza de la política.

No le quedan, según lo dice en la carta, sino dos amigos a Bolívar. Y uno de ellos no es Santander. Sabe el Libertador que éste instiga a sus allegados y escribe él mismo, sin firma, en el Tricolor Nacional y demás periódicos gran parte de las virulentas acusaciones. Como para aumentar el piélago de dudas reinante, el congreso ha sido citado, pero no alcanza el quorum.

Pero cuando Bolívar se entera del apoyo que ha extendido Santander a Bustamante no le es posible vencer diplomáticamente sus sentimientos y estalla en una carta de 19 de marzo -1827- que se extravió, pero de la cual solo queda en la memoria esta parte patética: "*ahórreme* -le dice- *la molestia de recibir sus cartas, porque en adelante no habré de llamarle amigo".*

Unos días después, guardada la distancia, le contesta Santander a ese antiguo amigo, Bolívar, con una elegante carta:

No puedo menos que agradecer a Ud. mucho su carta de 19 de marzo, en que se sirve expresarme que le ahorre la molestia de recibir mis cartas, que ya no me llamará su amigo. Vale más un desengaño, por cruel que sea, que una perniciosa incertidumbre, y es cabalmente por esto por lo que estimo su declaración.

No me ha sorprendido su carta, porque hace más de un año que mis encarnizados enemigos están trabajando por separarme del corazón de usted; ya lo han logrado; ya no podrán cantar su triunfo. Mi conciencia, sin embargo, está perfectamente tranquila; nada me remuerde de que haya faltado en un ápice a la bondadosa amistad de usted; por el contrario; estoy persuadido de que en las delicadísimas circunstancias de que he estado rodeado, he sido fiel a mis deberes, y fiel a la amistad de usted, y siempre celoso defensor de su reputación.

No escribiré más a usted, y en este silencio a que me condena la suerte, resignado a todo espero que en la calma de las pasiones, que son las que han contribuido a desfigurar las cosas, usted ha de desengañarse completamente de que ni he sido pérfido, ni inconsecuente. Gané la amistad de usted sin bajezas, y solo por una conducta franca, íntegra y desinteresada; la he perdido por chismes y calumnias fulminadas entre el ruido de los partidos y las rivalidades; quizá le recobraré por un desengaño a que la justicia de usted no podrá resistirse. Entre tanto, sufriré este último golpe con la serenidad que inspira la inocencia.

Debo sentir el más vivo pesar al verme defraudado del título de amigo que he sabido cultivar en una larga serie de pruebas y de hechos irrefragables que ninguno otro ha tenido ocasión de darle. Nueve años de estar contribuyendo de cuantos modos me ha sido dable al incremento de su gloria y al brillante éxito de sus empresas patrióticas, como que merecían otro desenlace. Y cuando eran muy señalados sus amigos, y cuando los sucesos no habían borrado en sus enemigos la ojeriza con que le miraban, yo era fiel amigo de usted y el más sumiso y obediente de los que estaban bajo sus órdenes. Yo, obedeciendo a usted cerca de su persona o lejos de su presencia, con tropas a mis órdenes lo mismo que sin ellas, en el primer asiento de Colombia como en el último, constantemente sometí mi voluntad a la de usted y me porté con lealtad y honradez. Yo… pero, ¿para *qué me empeño en recordar unos hechos harto notorios, si la sentencia está pronunciada y he de sufrirla. Francisco de Paula Santander.*

Es realmente una carta conmovedora, pero no del todo cierta. No es más que recordar lo que ocurrió en la verbena y el aplauso a Bustamante que acabamos de ver, para saber que hubo muchas cosas en la vida y acciones del vicepresidente encargado del poder ejecutivo, que no correspondían al concepto nítido y claro de la amistad. Sí, fueron amigos en una época, pero hoy Santander, dominando distintos escenarios, hacía cosas más allá de sus palabras que estaban en contra de lo que el mismo Libertador le había participado. Ya habrá oportunidad de

ver hasta donde llegó el furor sesgado, tal vez convertido en odio, del Hombre de las Leyes.

Cierto es que en la despedida de Hato Viejo que antes vimos estuvieron Francisco Soto, Vicente Azuero y otros amigos de Santander, tal vez en un esfuerzo de éste por suavizar diferencias. Pero éstas fueron creciendo, sobre todo cuando Bolívar en el esfuerzo por evitar la guerra civil, se excedió en los reconocimientos y homenajes a Páez, cosa que indignó en Bogotá a los crecientes enemigos del club santanderista. Ahora, pues, las relaciones estaban cortadas para siempre.

En los diferentes medios informativos, como se ha señalado atrás, iban en aumento los ditirambos negativos del ultraje contra Bolívar. Rechazaban la dictadura del Perú y el desconocimiento del Libertador a la Constitución del 21 y a su intangibilidad durante los diez primeros años. Buscar dentro de la nueva Carta una presidencia vitalicia y hereditaria, tal como lo ocurrido en Bolivia y Perú y como se había anunciado para Colombia, en mentes liberales radicales era un desafío creciente e inaceptable.

Y cuando el Libertador en el inicio de su viaje a Venezuela, ante el furor de Páez adopta medidas mediante decreto para establecer una tropa con sus elementos logísticos a su alrededor y solicita dinero para atender los gastos de la guerra eventual contra Páez y posteriormente como se verá adelante contra el propio Santander, en Bogotá se exacerban más los ánimos y éste llega a afirmar que él se pondrá al frente de las fuerzas democráticas para enfrentarse al Libertador. Todo es una locura feroz, donde no hay lugar al equilibrio.

El historiador Restrepo[67] deja sobre esos momentos de confusión que suscitaron las medidas de Bolívar en Venezuela de fines de año, las siguientes notas en las que había tenido alguna participación. El relato es extenso porque el distinguido historiador busca la exactitud del recuerdo:

> *Decía el partido exaltado, que se llamaba a sí mismo republicano, constitucional y exclusivamente patriota, que la guerra contra Venezuela para sojuzgar a Páez no tenía ya objeto; pues que no tratándose de restablecer el imperio de la Constitución y de las leyes, eran del todo inútiles los grandes sacrificios que iban a gravitar sobre la Nueva Granada, en una guerra que empeñada una vez sería larga y sangrienta. Proponían como remedio que los Departamentos*

67. "Historia de la revolución en Colombia", citada tantas veces, tomo V, José Manuel Restrepo.

del centro se denegaran a contribuir para hacer la guerra a sus hermanos de Venezuela, y que también se pronunciaran: unos decían que por el sistema de gobierno federativo, dividiendo a Colombia a lo más en siete Estados, y otros querían que, separándose los Departamentos de la Nueva Granada de los del sur y norte de Colombia, formaran una República central llamada Cundinamarca. Este proyecto, que se juzgaba entonces ruinoso para la Patria, era promovido en Bogotá por hombres respetables, que se dejaban arrastrar por sus pasiones violentas. Hubo día (el 4 de enero) en que se pretendiera establecerlo por medio de una revolución, que impidió el Vicepresidente. Continuose, sin embargo, buscándole prosélitos, especialmente por el doctor Vicente Azuero, quien publicó varios artículos en los periódicos de la época en que los desenvolvía e inculcaba.

*Santander tampoco apoyó por algún tiempo las miras y providencias del Libertador para formar un ejército capaz de someter a Páez y a sus partidarios que intentaran hacer la guerra. Así fue que recibía y dejaba sin respuesta las comunicaciones del Secretario General (*de la presidencia) *Revenga, aun cuando fueran las más urgentes, bajo el pretexto de que el Gobierno ignoraba en Bogotá el objeto de aquellos preparativos militares. Sin embargo, varió de conducta a la mitad de enero, luego que recibió los Decretos de Maracaibo, en los que se decía bien claro ser destinados los aprestos bélicos a restablecer el orden en Venezuela y en los otros distritos que desobedecían al Gobierno Nacional. Entonces dio providencias, aunque tardías, para que se enviasen al Libertador los socorros que había pedido. Esta falta de cooperación del Vicepresidente, quien jamás hubiera auxiliado cordialmente a Bolívar en aquellas circunstancias, es una prueba adicional y perentoria de la cordura y acierto con que procedió aquél, ahogando la hidra de la guerra civil, con su memorable Decreto de 1 de enero.*

El 2 de este mes era el que designaba la Constitución para abrir sus sesiones ordinarias el Congreso de Colombia (integrado por representantes de los tres países). *Empero, aquel acto importante no pudo realizarse: faltaron siete Senadores y seis Representantes para completar el número prescrito. Se podía sin dificultad llenar en breve la falta de los Diputados; mas se creía harto difícil hacer lo mismo con los Senadores, sin que vinieran a la capital algunos de los correspondientes a los cuatro Departamentos de Venezuela que faltaban. Recibiose poco después la agradable noticia de la pacificación del 1 de enero* (Valencia y Caracas)*, suceso que reanimó las esperanzas de que se reuniría el Congreso.*

Claro está que cuando Bolívar hace pública la amnistía mediante decreto para todos los venezolanos separatistas, episodio de que se habló páginas atrás, se abrieron las esperanzas de que asistiesen al Congreso esos senadores venezolanos y eso cayó bien en Bogotá. Pero cuando se conoce que Bolívar llamaba "salvador de la patria" al odioso Páez, al que además exaltaba con sus palabras y premiaba obsequiándole la espada que le entregaron en Perú como Libertador, se brotó de nuevo el sentimiento granadino contra los venezolanos, a los que ya arropaban con un odio cultivado, que en realidad era recíproco.

Todo esto acaloró de nuevo los ánimos y aumentó las críticas. Bolívar, como se dijo antes, había elevado de buena fe su nota de renuncia, tal como lo había anunciado en carta a Páez que se vio antes. En realidad no quería proseguir en ese ambiente tan pesado y duro, ni le importaba estar ungido como Magistrado, según sus propias palabras. El 6 de febrero del 27 envía la nota a Bogotá, próximo a reunirse el congreso.

Era su cuarta renuncia, escrita con un espíritu sincero dentro del expresado y reiterado deseo de abandonar el poder. Mas otra cosa es que, por motivos políticos que exacerbaban sus propios pensamientos, esas renuncias no hubieran sido aceptadas y fueron tomadas por los enemigos como parte de una estrategia de simple apariencia.

Resulta del caso destacar que esta cuarta renuncia a la Presidencia de la República, después de la reelección que vimos atrás, está concebida en términos más fuertes y expresivos que todas las anteriores.

Leamos nuevamente lo que expresa sobre ella Restrepo[68]:

> *Después de hablar de su viaje a Caracas y de los importantes decretos expedidos hasta entonces, recordaba* -Bolívar- *que desde el Perú se había denegado a admitir la Primera Magistratura de la Nación; que en la actualidad no existía peligro alguno exterior, y la paz doméstica reinaba en Colombia; así que rodeándole por todas partes las sospechas de una usurpación tiránica, y no sabiendo los celosos republicanos considerarle sin un secreto espanto, era llegado el caso de admitirle su decisión.*
>
> *"Yo gimo, añadía el Libertador, entre las agonías de mis conciudadanos y los fallos que me esperan de la posteridad. Yo mismo no me siento inocente*

68. Autor citado, "Historia de la Revolución de Colombia", tomo V.

de ambición, y por lo mismo me quiero arrancar de las garras de esta furia, para librar a mis conciudadanos de inquietudes y para asegurar después de mi muerte una memoria que merezca de la libertad".

"Con tales sentimientos renunció una y mil millones de veces la Presidencia de la República. El Congreso y el pueblo deben ver esta renuncia como irrevocable. Nada será capaz de obligarme a continuar en el servicio público después de haber empleado en él *mi vida entera. Y ya que el triunfo de la libertad ha puesto a todos en uso de tan sublime derecho, sólo yo estaré privado del uso de esta prerrogativa? No; el Congreso y el pueblo colombianos son justos; no querrán inmolarme a la ignominia de la deserción. Pocos días me restan ya; más de dos tercios de mi vida han pasado; que se me permita, pues, esperar una muerte oscura en el silencio del hogar paterno. Mi espada y mi corazón siempre serán, sin embargo, de Colombia, y mis últimos suspiros pedirán al Cielo su felicidad. Yo imploro del Congreso y del pueblo la gracia de siempre ser ciudadano".*

Bolívar hizo publicar inmediatamente su renuncia, para que el pueblo colombiano quedara instruido de sus sentimientos y de su decisión absoluta a dejar el mando que había obtenido catorce años continuos; primero por nombramiento del ejército, y luego por el libre sufragio de sus conciudadanos. Los sentimientos emitidos por el Libertador en aquel célebre documento le merecieron los mayores elogios tanto en las Repúblicas americanas como entre los liberales de la culta Europa. (...)

El aporte histórico -que en verdad era un testimonio- del doctor Restrepo tiene una plurivalencia, pues no solamente estaba viviendo estas experiencias, sino que era amigo del Libertador y miembro del gabinete ministerial, lo que garantiza toda la veracidad en la información de aquellos tiempos difíciles.

El congreso no pudo reunirse en Bogotá durante cuatro meses del año 27 porque uno de los senadores, de nombre Alfonso Uzcátegui, quien vivía en Tunja, se encontraba enfermo, sin poder moverse a Bogotá. Entonces, mientras la situación exterior se acentuaba en su deterioro por los problemas que había causado la presencia abusiva de la División III en Guayaquil con asistencia de Bustamante; y las manifestaciones de los mismos dizque en defensa de la constitución y en contra del Libertador, generaba una mayor polarización en la opinión pública.

Entonces, después de muchas reuniones políticas, se acordó mediante decreto de Santander, que el congreso se trasladara a Tunja para completar el quórum, hecho lo cual viajarían de nuevo a Bogotá y entrarían a sesionar aún sin Uzcátegui, como quiera que el reglamento interno permitía funcionar con las dos terceras partes de los integrantes, tanto de Cámara como del Senado.

Esto ocurrió el 2 de mayo. El día 12, como estaba previsto, se volvieron a reunir en Bogotá en el templo de San Francisco y lo primero que hicieron fue llamar al vicepresidente Santander, que tampoco se había posesionado, para que prestara el juramento como encargado del poder ejecutivo.

Lo que seguía entonces era entrar a aceptar o no la renuncia del presidente titular, el Libertador. Y alrededor del tema se formaron opiniones. Los santanderistas, denominados como se sabe liberales o constitucionalistas, opinaban que era ocasión propicia para aceptarla y salir de una vez de la presencia en el gobierno del Libertador. Eso, sin duda alguna era lo que realmente, como se ha visto, deseaba el Libertador, quien se encontraba a la expectativa de estos sucesos desde Venezuela. Mas es preciso hacer hincapié en que él tampoco había tomado posesión de su cargo de presidente constitucional de Colombia.

Fueron en verdad días tormentosos. Pero al lado de estos exaltados estaban los otros, que realmente conformaban mayoría y que precisamente, en contradicción con los primeros, no eran partidarios de prescindir del concurso del Libertador y por lo tanto no querían que se aceptara la renuncia.

El 6 de junio -1827- el congreso entró a decidir. Hubo acalorados discursos en los que brillaban Soto, Uribe Restrepo y Gómez, oradores de escuela, quienes sostenían que era justo dejar descansar en la vida privada a un hombre que tanto había entregado, pero que reclamaba su derecho al retiro de la agitada vida pública, como lo expresaba Bolívar paladinamente en su carta. Y entre los que eran partidarios de rechazarla se ubicaban Torres y Arboleda. Eran estos los que pensaban que era necesaria la presencia del Libertador en los desarrollos prolijos de la formación de la república y que sin su concurso todo daría hacia un final agitado y seguramente hacia la guerra civil.

La votación fue limpia y aplastante: por aceptación de la renuncia hubo veinticuatro votos. Por la no aceptación cincuenta y cuatro. Aparentemente el Gran Caraqueño y sus amigos cercanos habían ganado. Por lo menos así lo creían sus amigos.

Y fue precisamente en esos días cuando llegó la noticia a Bogotá y luego a Caracas del arribo de la División III a Guayaquil. El 6 de abril había desembarcado en este puerto al mando del coronel guayaquileño Juan Francisco Elizalde, quien era sobrino del mariscal peruano José La Mar. El ascendido por Santander a coronel efectivo José de Bustamante, comprometido con el gobierno del Perú, había viajado a Paita, pero luego alcanzaría a las fuerzas de la división de unos novecientos cincuenta hombres.

Elizalde se ubicó al norte en una población denominada Montecristi y levantó bandera desconociendo las decisiones del coronel Tomás Cipriano de Mosquera, intendente a la sazón de la importante provincia, y quien había expedido con instrucciones del Libertador los pliegos que lo proclamaban como dictador y la decisión de no aceptar la intangibilidad de la constitución de Cúcuta.

En realidad la División, como se ha visto antes, estaba acorde con el gobierno peruano que, como se recuerda había despojado a Bolívar de la presidencia vitalicia y dejado sin vigencia la carta constitucional de Bolivia llevada al Perú.

Elizalde y Bustamante levantan la bandera de la rebelión y convocan a los pueblos a hacer lo mismo. Desconocen a las autoridades y ordenan la convocatoria de cabildos que formalicen la elección de nuevos dignatarios.

Antonio Elizalde, hermano de Juan Francisco, hace lo propio en Guayaquil y logra pasar por encima de todas las normas legales e institucionales e insólitamente hacer elegir como intendente a su tío José La Mar no obstante ser peruano, es decir, extranjero. Es el 25 de julio.

Bolívar desde Caracas se indigna y da órdenes a través de cartas que cuando llegan a Quito, las formaliza al general venezolano Juan José Flores, radicado ya por mando y ocupación al frente de las tropas en el Ecuador, quien de inmediato debe movilizarse al puerto guayaquileño para entrar a actuar, según las circunstancias, cosa que finalmente hará con resultados satisfactorios.

La gravedad de estos sucesos, amarrada a los otros desarrollos que se viven tanto al sur como en Bogotá, conducen al Libertador a afianzar su convicción de que existe un gran complot cuyo destino es acabar con él y con su obra. Tal vez es por eso que antes de la llegada de éste a Bogotá, Santander como encargado del poder ejecutivo y sin duda alguna el jefe del partido rebelde contra el Libertador, se previene con tropas dizque para enfrentar la vasta conspiración que él le atribuye al propio Libertador. O sea que, según Santander, el conspirador

ha pasado a ser Bolívar. Esto se da cuando éste comienza a reunir fuerzas a su paso con rumbo a la capital.

En otras palabras, con habilidad el propio Santander intenta presentar a Bolívar como la causa del quebrantamiento del orden constitucional.

Se torna imprescindible ver la claridad con que relata este momento el historiador Restrepo[69]:

> *Cuando el Libertador recibió en Caracas las noticias comunicadas por el ejecutivo representado por Santander y por los intendentes del Istmo y del Magdalena, del regreso a Colombia de la Tercera División; cuando supo las miras proditorias que se atribuían a ésta con sólidos fundamentos; cuando vio los trastornos causados en Guayaquil, y que Juan Francisco Elizalde, Miguel Delgado y otros hombres oscuros tenían la osadía de proclamar que no había en Colombia más autoridades legítimas que las municipalidades; cuando, en fin, se le informó que estos mismos alimentaban la extraña pretensión de obligar al Libertador presidente de Colombia, y el fundador de tres repúblicas, a que se presentara al congreso como simple particular a dar cuenta de su conducta en el Perú, no pudo sufrir sin la mayor indignación tamaño ultraje.*
>
> *Así, a pesar de que pocos días antes se excusaba de venir a la capital a encargarse del poder ejecutivo, según se lo había pedido encarecidamente el general Santander (junio 19), ahora le escribe* (cuando todavía lo hacía) *que han variado enteramente las circunstancias; y que tratándose de conmover y desmembrar la república, él se creía obligado como presidente y como simple ciudadano a impedirlo, y a evitar el escarnio de las leyes. Por tanto, que marchaba para la capital de la república, y no creería haber satisfecho sus más sagrados deberes hasta no dejarla tranquila y en actitud de disponer libremente de sus destinos. (…)*
>
> *(…) Adoptada esta enérgica resolución, el Libertador, que jamás dejaba al tiempo ni a sus contingencias el cumplimiento de lo que determinara una vez, dispuso con grande celeridad los medios de someter por la fuerza a los sediciosos de la Tercera División. El general Salom se embarca para Cartagena con ochocientos hombres, y el general Urdaneta, que se hallaba en Maracaibo, recibe órdenes para acercarse a la provincia de Pamplona con una gruesa división, fuera de la reserva, que debía permanecer en Venezuela a las órdenes de Páez, y pronta a marchar si hubiera necesidad. El secretario general del Libertador avisó (junio 20) por su*

69. José Manuel Restrepo, obra citada, t. 6°.

orden al poder ejecutivo de la república los motivos que exigían el movimiento de dichas tropas, circunstancia importante que debe tenerse presente.

Dadas tales disposiciones el Libertador se prepara a emprender su viaje a Bogotá. Al efecto dicta con prontitud los últimos *arreglos para la completa organización de los departamentos del Orinoco, Maturín, Venezuela y Zulia; déjalos sujetos a la autoridad inmediata y fuerte del jefe superior José Antonio Páez, a quien ordena se comunique con el mismo Libertador por el órgano de la Secretaría General. Por tanto aquellos departamentos continuaron independientes del poder ejecutivo* (a cuya cabeza se encontraba Santander)*, anomalía harto irregular. Probablemente dio lugar a ella la oposición que Páez y sus partidarios tenían al vicepresidente Santander, y también la enemistad capital que existía entre éste y Bolívar.*

Ese era un Bolívar de combate. No quería él continuar en batallas, ni siquiera volver a este país de la Nueva Granada, sino quedarse, como se ha visto, en su Venezuela natal, descansar de la lucha infame y tal vez volver a ese viejo continente europeo que nunca había dejado de querer. Pero lo obligaba Santander con sus defecciones y su doble juego a enfrentar la traición.

La amistad con éste, como ya se dejó anotado, se había roto cuando Bolívar descubrió de qué manera ese vicepresidente había estado, aun en Bogotá, auspiciando al traidor de Bustamante y a los Elizaldes que ahora, de frente y sin disimulo, orientaban toda su capacidad de lucha contra ese Libertador al que injuriaban de palabra y enfrentaban con tropas. Bolívar, por cierto, nunca había sido ni lo fue, un cobarde.

Organiza pues los estados de Orinoco, Maturín y Zulia y se apoya en Páez, quien en adelante, como lo anota Restrepo, habrá de dirigirse directamente a la secretaría general del presidente titular Bolívar y no a Santander, no obstante que aquel no se había posesionado del cargo. O sea que el poder ejecutivo legítimo lo ostentaba Santander, según él, cargado con un ánimo revanchista contra Bolívar, que suelta sin inhibiciones en los cuarteles, en el congreso y en los círculos pensantes de Bogotá.

"Si Bolívar no se ha posesionado, afirma el Hombre de las Leyes, no es el presidente ni puede reclutar tropas ni ordenar el gasto público".

Pero con las últimas noticias de Guayaquil, Bolívar entiende que no le puede sacar más el cuerpo a estos problemas y que hace falta su presencia física en

Bogotá y seguramente en el Sur. Es entonces cuando el Libertador todo lo deja arreglado y ordena al general Bartolomé Salom que se traslade a la costa atlántica con tropas y a Urdaneta cumplir con unas misiones castrenses en el oriente granadino, igualmente con movimiento de contingentes militares y con la posibilidad de llegar a la capital. Quedan a las órdenes directas del Libertador.

Hecho lo cual, viaja por mar con cierta sorpresa a Cartagena el 5 de julio. Tiene en esos momentos dentro de sus planes regresar a Caracas cuando se haya normalizado la situación en la antigua Nueva Granada y en el Ecuador.

Empero la situación es tan apremiante, que el encargado de negocios consulares británico, con facultades plenipotenciarias, Sir Alejandro Cockburn, le facilita para el viaje a Cartagena la fragata Druida y despegan de La Guaira. El mismo cónsul, considerándolo un honor para él, acompaña a S. E. en esa travesía que solo dura cinco días. O sea que llegan el 9 a la Ciudad Heroica.

Desde esta ciudad, plenamente consciente de lo que está pasando, envía una nutrida correspondencia a sus amigos personales y políticos más cercanos. Veamos la importante carta de julio 18 del 27, dirigida a su amigo y subordinado el general venezolano Rafael Urdaneta:

Al Exmo. Señor General en Jefe Rafael Urdaneta.
Mi querido general:

El correo de anoche nos ha traído una porción de noticias de Bogotá y del Sur que yo he considerado como muy importantes y de un carácter decisivo. Ya no queda duda acerca de lo que tanto hemos dudado con respecto a Santander. Ya está visto que Venezuela y yo somos su blanco: mis amigos son tenidos por enemigos de la patria y de la libertad; se me presenta como un tirano y ambicioso porque procuro los intereses del pueblo; se me insulta y aborrece porque he evitado la guerra civil en Venezuela, y ahora que ésta arde en el Sur, la soplan para que nos consuma. Pero no lo lograrán, querido general, cuando estamos con los deseos del pueblo. Hablando con Ud. no creo que sean necesarias muchas palabras. Ud. conoce las cosas y ha penetrado desde muy temprano las intrigas y perfidias de Bogotá. A todo esto añada Ud. que el Sur arde en guerra civil. La Mar, general peruano, en Guayaquil; Flores en el Ecuador; y el Perú armando a nuestros propios soldados contra su patria. Este es el verdadero estado de las cosas que Austria detallará a Ud. ampliamente.

Ud. debe, pues, aumentar las fuerzas de su mando cuanto le sea posible. No olvide Ud. que mientras más dificultades y peligros se nos presenten, más energía debemos desplegar. De no, veremos por tierra el edificio de la patria derribado por la mano de la envidia. En esta misma ocasión doy orden a Páez que de las tropas que están a sus órdenes en Venezuela acerque algunos cuerpos al departamento de Zulia y los ponga a disposición de Ud. Deben constar de 2.000 hombres, que Ud. debe de pedir incesantemente a Páez. Saque Ud. o pida a Maracaibo todos los elementos de guerra y demás objetos que necesite para mantener y equipar esas tropas, a fin de que todas marchen a mi cuartel general o donde yo ordenase.

Por Ocaña debemos entendernos, y sea en Cúcuta o en Pamplona, debemos vernos o reunirnos, según las circunstancias. Austria dirá todo lo demás que sería largo añadir aquí.

Memorias a los amigos y créame suyo de corazón. Bolívar.

De igual modo le escribe una significativa misiva al viejo marqués Francisco Rodríguez del Toro, el gran patriota desde el comienzo de la revolución y su pariente y a quien hemos mencionado al comienzo de esta obra, que dice:_

Cartagena, 12 de julio de 1827
Al general Francisco Rodríguez del Toro.
Mi querido Marqués:

A los cinco días de la navegación más cómoda y feliz que he tenido jamás llegamos a esta ciudad donde me han recibido del modo más lisonjero y más entusiasta. Montilla, aquel mismo Montilla, se ha portado como un héroe y me ha conservado la opinión de Cartagena, que me han querido arrancar Santander y sus partidarios por cuantos medios les ha sugerido la infamia y la intriga. Pero nada han podido: Cartagena me ha hecho demostraciones tan lisonjeras, que creo firmemente que en este país he encontrado una segunda Venezuela. Los asuntos del Sur van de mal en mal: la guerra civil se ha encendido allí como era de esperarse; los partidos vagando en sus opiniones, como en sus operaciones, destruyen el país sin hacerle ningún bien. Mucho temo que mi presencia sea necesaria allí y, sin embargo, no deseo pasar más allá de Bogotá porque no puedo ni debo perder de vista a Venezuela, sobre cuyos destinos e intereses debo velar y a cuyo suelo debo consagrar mis restos. Ud. sabe, Marqués, que este es mi más vehemente deseo, es la ambición que me domina, es la venganza que debo tomar de los que me persiguen.

Todos me instan porque vaya a Bogotá; yo conozco que, aunque no es agradable para mí, es útil a la comunidad, y, desde luego, me determino a marchar dentro de pocos días. Entre tanto descansaré y me impondré de todo cuanto debo saber para un gobierno.

Dele Ud. muchas expresiones a todos mis parientes y amigos. A Antonia que nada tengo que decirle porque nada ocurre, y Ud., mi querido Marqués, reciba el corazón de su afmo. Bolívar.

El congreso en Bogotá había continuado sesionando y aprueba varias iniciativas de trascendencia: La primera fue una ley de 27 de abril de 1827 que decreta una amnistía general -que tuvo como se vio una iniciativa del Libertador en Valencia-, para los que han cometido desacato o insubordinación, tales como los venezolanos encabezados por Páez; pero como la ley debe ser general, también termina aplicándose para los miembros de la III División de Lima que se sometan a la disciplina y acatamiento del orden jurídico.

La segunda ley es una orden general polémica de no reconocer como autoridad sino a aquellas que procedan directamente de la constitución vigente. Según ella quedan por fuera las que haya nombrado el propio Libertador en ejercicio de las facultades extraordinarias, incluido allí el propio Páez y los otros altos militares venezolanos.

Es un golpe duro. De otro lado es el propio Santander quien despoja al Libertador de las facultades extraordinarias que le han otorgado algunos cabildos. Si Bolívar no se ha posesionado, repite Santander, no es el presidente de la República. Hay otra ley de hacienda y crédito público que expide en esos días el parlamento.

Pero el punto vital va más allá: ha comenzado a hacer carrera la idea, inicialmente de Bolívar, como se ha visto, de que es necesario convocar un congreso constituyente que permita las modificaciones que sean del caso a la carta de Cúcuta. Santander pierde su cordura y se desata sin ninguna inhibición en denigrar a Bolívar en todos los sitios donde se encuentra.

El ministro de defensa, Carlos Soublette, trata de controlar a Santander y con sus buenos consejos impide que se desborde aun más en su impetuosidad. Soublette, pausado y reflexivo, a diferencia del equipo de amigos santanderistas Foción Soto y Azuero que lo empujan en el error olvidando quién era Bolívar, con sensatez impide que cometa errores gravísimos, incluida la guerra, contra

el propio Libertador, que le paseaba por la mente con un enceguecimiento de la realidad.

Naturalmente todo esto desemboca en que en el congreso, donde no ha logrado cuajar una mayoría santanderista, se conforme otra mayoría que, convencida de que todo el alboroto procede de la necesidad de modificar esa carta política inamovible del año 21, sea modificada o cambiada por otra.

El congreso entonces aprobó la ley. Mas Santander, no obstante la opinión contraria de su consejo de ministros, no tuvo inconveniente en objetarla. Pero como las objeciones eran simplemente de forma, el parlamento las rechazó y promulgó la ley convocante. Ese día era precisamente el 7 de agosto de 1827, es decir ocho años después de la batalla de Boyacá.

La ley convocaba un congreso constituyente o convención que debía reunirse en la ciudad de Ocaña el 2 de marzo de 1828. Los debates de aprobación fueron largos y hasta se determinó como sede esta ciudad porque acortaba el camino para los diputados que venían de Venezuela. Y luego el mismo congreso, sin ninguna reticencia, expidió el reglamento en el que metió manos a su favor el vicepresidente. En efecto, en el proyecto se establecía que los miembros del gobierno no podían ser miembros del cuerpo constituyente. Santander, con gran habilidad y calculando que él ya no estaría en ejercicio del poder ejecutivo, solicito al congreso una modificación con las siguientes palabras:

> *Convengo en que es muy justo que no sea diputado el que ejerza el poder ejecutivo, bien sea el Presidente o el Vicepresidente. Mas si éste se haya libre de la carga del gobierno, no hay motivo justo para que se le impida asistir a la Gran Convención, si alguna provincia lo elige. Propongo, pues, que en lugar de las palabras Presidente y Vicepresidente se sustituya por "el que ejerza el poder ejecutivo de la República.*

Ese debate, pues, quedaba resuelto por un congreso sin duda alguna imparcial y probo.

Naturalmente en el ambiente caldeado que se respira, el reclutamiento de tropas por parte del Libertador, dentro de los cuales estaban los ochocientos hombres que comanda Salom, ya en Cartagena, más otros mil de Urdaneta que se movían sobre Cúcuta donde Bolívar llegaría por el río Magdalena hasta Ocaña; y Páez con órdenes de reclutar un contingente sobre Venezuela, convoca toda la atención de los enemigos santanderistas recalcitrantes.

Había dicho el Libertador que esas fuerzas debían estar presentes en caso de necesitarlas. Sopesaba el ambiente altamente hostil que se vivía y pensando no solo en su seguridad sino en la de la república, se potencializó su presencia con unas fuerzas castrenses. Naturalmente estos movimientos subieron más el ánimo del encargado del poder ejecutivo y sus amigos panfletistas.

Naturalmente los contrarios al Gran Caraqueño anticipaban pensamientos para sostener que se iba a presentar un gran golpe de fuerza por parte de éste para someterlos con arbitrariedad. Esto sostenían a pesar de que el Libertador había hecho saber por la secretaría general que esas fuerzas eran necesarias, en el caso de verse precisado a someter por la fuerza, si fuere necesario, a los miembros de la III División apoderada del Sur.

Y es a partir de allí cuando Bolívar hace saber que está en marcha hacia Bogotá. Así, a secas; pero nada dice de posesión ante el congreso.

Es claro que esa determinación, sin duda alguna, la entiende Santander como un nuevo desafío al estado de derecho, mientras sus amigos constitucionalistas ven a Bolívar como un nuevo Napoleón dando el manotazo del 18 Brumario. Todo porque nada dice el Libertador de juramentarse en el cargo de Presidente.

El purista de Santander, despojado de su aparente compostura de siempre, rechaza la posibilidad de que Bolívar, sin asumir el cargo, continúe ejerciendo el poder como ha venido haciéndolo. Entonces, como parte de una política ya definida por él, Santander expresa, aun en el congreso, que en esas condiciones no entregará el mando. Es el 24 de agosto (1827).

Pero no se conforma con eso, sino que va más allá. Rompe el molde de su ecuanimidad y, aprovechando que su amigo Vicente Azuero publica en El Conductor un denso artículo en el que propone que se separe a Venezuela de Colombia, siendo así que se debe conservar el nombre de la antigua Nueva Granada y que esta misma asuma la deuda pública. Este escrito además es llevado como proyecto al congreso.

Santander se muestra en una intensidad desconocida y anuncia que va a renunciar a la vicepresidencia para ponerse a la cabeza de las tropas que va a reclutar para enfrentarlas a Bolívar. Es realmente un asunto que pinta grave.

Dice que lo siguen doce de los jefes militares más importantes y él mismo será el que plantee la guerra a su antiguo jefe y proclama que habrá de vencerlo, pues la mayor parte de las tropas están a su favor.

Santander ha venido preparando el golpe, tal como lo había advertido el propio Libertador. Es más, decía en la calle públicamente que le sería muy fácil ganarle la confrontación al general Bolívar. Podría decirse que le había llegado el momento de quitarse la máscara.

Y no tiene inconveniente en presentar varias iniciativas cargadas de odio al consejo de gobierno, que le son rechazadas por los ministros, amigos de Bolívar.

Leamos otra vez en la pluma equilibrada y justa de Restrepo[70], miembro de ese gabinete, lo que fueron esos momentos cruciales:

Viendo Santander que ninguno de sus proyectos encontraba apoyo, se quejó amargamente de la apatía de sus secretarios, para defender, según decía, las libertades: díjoles estar convenido con doce jefes militares en que si resultaba cierto que el sur de la república se hubiese decidido por el sistema federativo y por una separación del centro y del norte, se iría allá con todos los que determinaran seguirle, para hacer la guerra al Libertador: repitió entonces por la centésima vez, que la deseaba ardientemente, pues le aborrecía de muerte, y que allí le opondrían las barreras formidables del Juanambú. Los secretarios le improbaron todos estos proyectos, que manifestaban tan poca circunspección y cordura y al mismo tiempo aconsejaron a Santander que si no creía segura su persona de la venganza de Bolívar, debía renunciar nuevamente la vicepresidencia e irse a viajar fuera de Colombia, mientras pasaba la tempestad; consejo que no siguió, pues dijo que se le presentaban graves inconvenientes.

Entre tanto el Libertador se acercaba por tierra a la capital, pues desembarcando en el Puerto Nacional de Ocaña, seguía de esta ciudad a la de Girón. En Cáchira recibió el decreto acordado por el congreso reduciendo la fuerza del ejército de Colombia a diez mil hombres, disposición que le molestó sobre manera. Desde allí envía a su edecán el coronel Wilson con pliegos para el ejecutivo y para el congreso. Manifestaba a éste, que subsistiendo aquella limitación, no podría encargarse del gobierno porque no tendría medios de hacerse obedecer, sobre todo en Guayaquil, departamento que había proclamado la federación, sistema de gobierno que era opuesto a sus ideas.

Examinado el negocio en el congreso, le contestó el presidente del Senado, que viniera a encargarse del poder ejecutivo, y que podría después hacer presente al congreso lo que estimara oportuno sobre la reducción del ejército.

70. José Manuel Restrepo, obra citada.

El Libertador esperaba la respuesta en el Socorro, y habiéndola hallado satisfactoria, continuó en su viaje a Bogotá.

O sea que, conforme a la cita, el congreso le allana el camino para prestar el juramento y posesionarse del cargo. Además, hay que decir que el prescindir del juramento constitucional nunca estuvo en la mente de Bolívar, sino que fue un elemento adicional que surgía de los planes que por sus temores o por el odio presente, suponía el propio general Santander.

Bolívar iba al paso natural de las bestias. En Socorro verificó el viaje de sus tropas disponibles y continuó a Suatá en la compañía de sus amigos, el mayor general Pedro Briceño Méndez y del también general Rafael Urdaneta. Las tropas de garantía de su presencia estaban listas. Pasó entonces a Zipaquirá a donde salen a recibirlo Tomás Cipriano Mosquera, Pedro Alcántara Herrán, Pepe París y Carlos Soublette. Bolívar entonces envía una carta al congreso con Mosquera en la que le decía que arribaría en el curso de la tarde del día siguiente a la capital para tomar posesión.

Era el 10 de septiembre cuando, en medio de una comitiva importante y muy bien integrada, hacia las tres de la tarde hizo el Libertador su arribo al templo de San Francisco en Bogotá, donde se reunía el congreso. Fue recibido con especial ceremonia, pero esta vez no hubo arcos triunfales ni pólvora ni gentes en la calle. La sesión era conjunta de la Cámara de Representantes y la Cámara del Senado, como lo es hoy también. Presidía el general vallecaucano Eusebio Borrero, quien pronunció un discurso sereno y patriota y recibió a Bolívar el sencillo juramento de cumplir la Constitución y Leyes de la República.

Por su parte el Libertador pronunció una proclama sencilla, sin alardes ni rencores. Su sonrisa iluminaba el recinto.

Luego con otra comitiva muy especial, pasa al palacio de gobierno donde lo recibe con un discurso apropiado pero distante de bienvenida el vicepresidente. Y hubo una copa de champaña. No se hablaron. Santander se fue pronto y le dejó una nota, tal como lo expone Pilar Moreno de Ángel[71] con el edecán que dice:

Bogotá, septiembre 11 de 1827

Suplico al señor coronel Santana, edecán de S. E. el Libertador presidente, se sirva presentar mis respetos a S. E. y excusarme que no lo haga personal-

71. Pilar Moreno de Ángel, "Santander" biografía, edit. Planeta.

mente por evitarle disgustos. Si S.E. me necesitare se servirá avisármelo el señor coronel Santana, pues debe contar el presidente Libertador con la más sincera consideración.

F. de P. Santander.

El Libertador le había hecho saber a Santander desde unos días antes que su deseo era hospedarse en la Quinta.

Por supuesto Bolívar estaba informado de todo lo que había pasado con Santander en los días de la borrasca. Y si bien no olvidaba las ofensas ni la traición, le era fácil disimular los agravios y poner buena cara. Así fue siempre.

Por cierto, a modo de prevención, no asistieron a la sesión del congreso los senadores Foción Soto, Miguel Uribe Restrepo y Juan Nepomuceno Azuero, temerosos por las violentas intervenciones que habían tenido contra Bolívar. Cuando le contaron a éste acerca de tales discursos, se rio mientras decía: *"Díganle a ellos que pueden vivir tranquilos y seguros pues no alimento ningún rencor en su contra".*

Unos días después llegó en el santoral el día de San Simón. Entonces, de modo espontáneo, le celebraron el onomástico en palacio con una fiesta a la que asiste el vicepresidente. Leamos lo que escribe la misma Pilar Moreno[72]:

El siguiente 28 de octubre, se celebró en la capital el día de San Simón, ocasión que fue aprovechada por veintitrés empleados públicos para ofrecerle al Libertador un suntuoso baile. Bolívar estaba contento y con el ánimo tranquilo y Santander quien estaba sentado a la derecha del Padre de la Patria, alzó su copa y pronunció el siguiente brindis:

Señor, la celebridad de este día manifiesta claramente la acción e influencia del hombre sobre el tiempo. Sin las acciones que han ilustrado la larga carrera del General Bolívar, Libertador Presidente de la República, el 28 de octubre sería un día ordinario y común. Yo me aprovecho de esta ocasión para expresar mis sentimientos, y son: que una serie no interrumpida de hechos de parte de V. E. en favor de la causa de los pueblos aumente la celebridad de este día y haga para siempre grata su memoria a todos los amigos de la libertad.

Después Antonia Soublette Bouroz, llamada cariñosamente "Antuca" e hija del Secretario de Guerra general Carlos Soublette, recitó un soneto y presentó a Bolívar una corona cívica, la cual el Libertador tomó en sus manos,

72. Pilar Moreno de Ángel, "Santander" biografía, antes citados.

manifestando que el pueblo colombiano era el único acreedor a ella. Se dirigió enseguida al general Santander, colocó la corona en sus sienes y manifestó: "El vicepresidente, como el primero del pueblo, merece esta corona".

A pesar de la enemistad y el sentimiento del Caraqueño contra Santander por los motivos vistos antes, hay grandeza en su gesto y nobleza en su ánimo.

Aquellos días van pasando en la rutina, cuando Bolívar, aun sin estar acostumbrado a las disciplinas del burócrata, se reúne con el consejo de ministros y en general con la administración y trazan las pautas de unas políticas. El gabinete todo ha presentado la renuncia del cargo, pero Bolívar, con buen manejo y confianza en ellos, ratifica al doctor José Rafael Revenga en Relaciones Exteriores, a José Manuel Restrepo, el historiador que hemos citado varias veces, Secretario del Interior, José María del Castillo y Rada es nombrado en Hacienda y Carlos Soublette en la Secretaría de Guerra. Todos son fieles a Bolívar.

La situación económica es, como siempre, precaria. Quizás ahora se demuestra, aunque parezca raro, que Bolívar se ha vuelto experto en hacienda pública y tiene pensamientos aventajados en la materia y en asuntos de desarrollo y comercio. De igual modo dicta una serie de decretos amparando los derechos indígenas y de los cabildos sobre la tierra. Estos decretos son ejemplo del gran estadista y el hombre justo que era.

Se manejan los ascensos militares en debida forma, la diplomacia, la tesorería y los impuestos que se recaudan oportunamente. Pero a pesar de que Santander es aun el vicepresidente, no es invitado a las reuniones del Consejo de Gobierno por sus antiguas extralimitaciones contra el Libertador, que recuerdan con claridad los ministros.

Es preciso ver esta carta que escribe el Libertador al presidente del Senado sobre la materia precisa de la hacienda pública, apenas tres días después de haber llegado a la capital, para convencerse de sus alcances de estadista:

Bogotá 13 de septiembre de 1827
Al Exmo. Señor Presidente de la Honorable Cámara del Senado.
Exmo. Señor:

Desde el momento en que tomé posesión de la Presidencia de la República he considerado, como uno de los primeros objetos a que debía aplicar mi celo y mis esfuerzos, el estado de las rentas nacionales; y asegurado de la escasez de fondos con que debo contar para los gastos indispensables del estado, lo estoy

también de que el medio más adecuado para aumentar los rendimientos de las rentas para igualarlos a los consumos públicos, es la buena administración en el ramo de hacienda, porque solo en ella puede contarse con una acción eficaz, con el celo y la responsabilidad de los agentes.

Con este motivo se había propuesto el congreso por la secretaría de estado del despacho de hacienda el arreglo de la parte administrativa de la misma; pero según he sido informado por el secretario del ramo, no se ha puesto mano en este negocio, seguramente porque otros han absorbido todo el tiempo de las sesiones.

En esta situación veo como un deber mío proponer, que si no es posible que el congreso se ocupe de esta materia tan importante, me autorice para hacer los arreglos que son indispensables y ponerlos en ejecución, con calidad de dar cuenta a la próxima legislatura en tiempo en que podrá ser informada de las ventajas o desventajas que puedan haberse notado.

Al hacer estas indicaciones, debo asegurar al congreso que solo el deseo de remediar algún tanto el atraso de nuestras rentas ha podido arrancármelas, cuando hubiera querido reducirme al círculo de las facultades naturales que me señala la constitución. Dios guarde a V. E. Simón Bolívar.

Observe el amable lector cómo, cuando en el congreso se demora el trámite de una ley que debe ser ágil en materia de hacienda, da instrucciones para que el asunto se resuelva mediante otra ley de autorizaciones al gobierno. Este sistema, por cierto, todavía lo practica la administración pública en el congreso.

Y para seguir ordenadamente la secuencia epistolar que hemos venido estudiando, veamos la misiva del 21 de septiembre, o sea a un mes de haber llegado a Cartagena, que le escribe a Páez con instrucciones y mando muy claras sobre el manejo de Venezuela y su defensa. Es la suya una voz de mando sin arrogancia. Todo lo que le escribe a Páez está acorde con los planes propuestos, tal como se los expuso al regresar del Perú en Anapoima al vicepresidente Santander, en aquel momento su amigo, como vimos atrás.

Piensa entonces Bolívar que, cuando termine el tiempo de la Convención de Ocaña donde piensa que todo será favorable a esos objetivos, habrá cumplido el último deber con la patria y podrá regresar a Venezuela para terminar allí su vida pública y emprender el viaje de que tanto se ha hablado.

Y ofrece entonces en una segunda carta al mismo Páez su retorno a Venezuela una vez cumplida la Convención. Veamos la primera carta:

AL SEÑOR GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ.

Mi querido General: En este correo no he tenido el gusto de recibir ninguna carta de Ud., aunque lo he deseado con vehemencia para informarme del estado de las cosas en Venezuela y de su salud. Aquel deseo se ha aumentado considerablemente al saber que Caracas no estaba tranquila en los primeros días de agosto a causa de las incursiones de Cisneros, que se han extendido hasta San Pedro, como Ud. sabe. ¿Cuál, pues, debió ser la situación de esa patria, y cuáles habrán sido los lamentos del ciudadano, del pariente y del amigo? Esta ocurrencia me conduce naturalmente a recomendar a Ud. la persecución de Cisneros (era una especie de guerrillero español, bandido y atracador, explicamos) *hasta exterminarlo, y que se siga con este objeto el plan que yo dejé trazado, porque lo considero el más a propósito y el menos costoso. Creo innecesario llamar la atención de Ud. sobre la necesidad de destruir esta facción inicua de ladrones y bandidos, cuando está a la cabeza de esos departamentos cuya suerte le ha sido confiada. ¡Qué dirán nuestros amigos y nuestros enemigos, al saber que Venezuela no goza de los bienes de la paz doméstica? Repetiré lo que antes he dicho a Ud.: nuestra gloria, nuestra única recompensa es presentar a Colombia en la gran convención, si no dichosa, al menos tranquila para que decida de su suerte y nos liberte.*

La primera medida que Ud. debe tomar es guarnecer a Caracas con tropas de línea, bien mandadas, disciplinadas y pagadas mensualmente: cuando menos debe haber un batallón. Yo he dispuesto que marche hacia Trujillo el batallón Carabobo muy lentamente e irá hasta occidente si fuere necesario, Ud. pues, puede disponer de él. Yo me ocupo incesantemente en el gobierno que he tomado a mi cargo, y, aunque lleno de dificultades y de embarazos, procuro hacer cuanto bien me sea posible, a pesar de las infamias que se escriben en Caracas por algunos malvados, capaces de disgustar al varón más santo. Yo a nada contestaré porque no quiero descender a estas necedades. Si mis amigos quieren tomar mi defensa, ellos sabrán, y yo obraré siempre guiado por el genio que me ha conducido hasta ahora. Dicen esos canallas que yo venía a repetir la escena de los quinientos en esta capital. ¿Podrá darse mayor insolencia, una calumnia más atroz? Seguramente que así lo han deseado por motivos que Ud. no desconocerá.

Del Sur solo sabemos que Guayaquil se mantenía fuera de la obediencia del gobierno y en el desorden más espantoso. ¡Y en este estado recibo yo la república!

Memorias a los amigos, y créame Ud. suyo de corazón, Bolívar.

Es de resaltar cómo imparte a Páez instrucciones ajustadas a la ley y a la conveniencia pública y conformes a lo planeado antes, de su retiro de la actividad pública al regreso de Bogotá. Unos pocos días después, el 12 de octubre, le envía esta otra carta a Páez de la que vale destacar el siguiente párrafo:

... Yo permanezco en este gobierno haciendo cuantos esfuerzos están a mi alcance, a fin de mejorar las cosas de esta patria y de este erario que he encontrado exhausto: mi antecesor nada me ha dejado. Como he dicho en mi anterior (carta) *ya circula el reglamento de elecciones para la gran convención que nos pondrá a todos en paz. Entonces me voy a Caracas, y aguárdeme, mi querido General. Convendría mucho que el señor Peña viniese a la convención: él tiene talento, elocuencia, amigos e interés; ninguno mejor que* él *defenderá la patria de Venezuela. ... Su afectísimo amigo de todo corazón, BOLÍVAR.*

El método que utiliza el autor en esta obra, como se ha dicho antes, es el de penetrar en la propia sicología del Libertador a través de sus nutridas epístolas a sus parientes, allegados, amigos y dependientes, a quienes trata con especial delicadeza, pero sin olvidar nunca que él es el jefe. Leer esa correspondencia con atención y ponerla en relación con las circunstancias exteriores que se viven, sin lugar a dudas es penetrar en la psiquis de aquel hombre que se haya con lealtad sorteando las dificultades, muchas impuestas por sus propios pensamientos y errores, otras por la traición y el juego sucio de quienes, sin comprenderlo o distorsionando sus propios designios, estrecharon su camino y sembraron la desgracia de su destino final. Pero además, del relato de cada una de esas cartas se desprende una relación de los hechos vividos con una absoluta fidelidad.

También le escribe ese 21 de septiembre a su querida hermana María Antonia, en el tono familiar y cariñoso que siempre utilizó. De esa carta, como luego lo veremos, se sacan algunas conclusiones importantes.

Bogotá 21 de septiembre de 1827. Señora María Antonia Bolívar
Mi querida Antonia:

Al llegar a esta capital tuve el gusto de recibir tu carta, que, aunque corta, me ha dado noticias tuyas. Yo llegué a ésta después de un viaje bastante penoso

pero estoy restableciéndome de mi fatiga. Me he puesto, como tu sabrás, a la cabeza del gobierno, porque he creído que este sería el mejor modo de terminar las discordias de esta patria y tapar la boca a mis enemigos, que han tenido la osadía de decir que yo venía a repetir la escena de los quinientos y ¿a dónde es que se ha dicho semejante infamia? ¡En Caracas!

Te recomiendo mucho el pago de la deuda de Álamo, ya tu considerarás que así lo deseo.

Celebro mucho que Silva se haya casado con Felicia: al fin se ha logrado. Dales mil cumplimientos de mi parte a los novios; lo mismo a Benigna, cuyo feliz parto he celebrado infinito.

Ya tu sabrás que se ha decretado la gran convención. Venezuela y los reformistas han ganado su punto.

Dime algo del negocio de las minas: nada sé.

Escríbeme y créeme tu Afmo. hermano. Simón.

Obsérvese cuando Bolívar, como un valor entendido, le habla a su hermana de las minas que han sido puestas en venta y que en ese momento se han convertido en su único patrimonio, tema sobre lo cual volveremos adelante. La mención a ellas es obvia, porque ese recurso, bien se sabe, era lo único que le quedaba tangible para el porvenir inmediato. Y lo necesitaba angustiosamente, porque en sus planes, como se ha visto antes, estaba viajar fuera de Venezuela y la Nueva Granada, muy seguramente a Europa.

Es claro pues, desde un punto de vista objetivo, que el Gran Caraqueño está obrando de buena fe. No se ve el cálculo sicológico ni su ambición actuar en desempeño de calculadas empresas que contradigan lo que tiene convenido con Páez.

Pero volviendo al tema del regreso a Bogotá y de la aprobación de la convocatoria de la Convención de Ocaña, se podría decir que hasta allí todo le ha salido a pedir de boca al Libertador, después de producirse la superación de esa tropilla de enemigos que pululan agresivamente en medio de pasquines tortuosos. De igual modo también todo le ha salido bien en Caracas. Hasta allí.

Ahora, en cuanto al peligro que representaron en Guayaquil los que conformaron la 3ª División, para esas calendas también ha sido dominada gracias a la inteligencia del general Juan José Flores y el general Ignacio Torres Tenorio.

Me dispensará el lector amable, pero es del caso volver a citar al noble historiador y patriota José Manuel Restrepo[73], muy bien enterado de estos sucesos como secretario del Interior que era, para ver el desarrollo final del episodio de Bustamante y sus secuaces en Guayaquil. La pluma y los conocimientos del ministro Restrepo son verdaderamente insustituibles:

Uno de los primeros cuidados del Libertador después que se hizo cargo del mando de Colombia, fue restablecer la tranquilidad y el orden constitucional en el importante departamento de Guayaquil, que aún se resentía del desorden causado por el regreso de la tercera división. Después de dirigir a los guayaquileños una proclama, en que les decía que ellos no eran culpables, sino sus conductores, los excitaba a que se abrazaran como hermanos "a la sombra de los laureles, de las leyes, y del nombre de Colombia". Envió también algunas tropas hacia Popayán. Al mismo tiempo los generales Torres y Flórez trabajaban de consuno en reprimir la facción militar que dominaba en Guayaquil. Ésta, capitaneada por los comandantes José Antonio Carvallo, Juan José y Ramón Arrieta, había tratado en los días 9 a 11 de septiembre de proclamar al gobierno del Perú, destituyendo a las autoridades del país. Los facciosos consiguieron apoderarse de la artillería, del cuartel de húsares y de las fuerzas marítimas, apoyados en el batallón Guayas, que estaba ganado.

Mas el comandante general Antonio Elizalde, se puso a la cabeza de una columna de Ayacucho; obrando con firmeza y decisión se hizo respetar por los traidores, que no hallando cooperación en el pueblo, se acobardaron. Reunidos la municipalidad y gran número de padres de familia, obligaron a los facciosos a someterse y a dejar el país. El batallón Guayas salió también de la ciudad para situarlo en la Punta de Santa Helena, donde fue disuelto por hallarse corrompido con tantas sediciones.

Por el contrario, el espíritu y la moral del batallón Vencedor mejoraba cada día y estaba decidido a sostener lo que dispusiera el Libertador; empero no tenía un jefe capaz de dirigir sus movimientos. Sabiéndolo el general Flórez, que acechaba cuanto sucedía en Guayaquil, se pone de acuerdo con el general Torres, quien había recibido órdenes del poder ejecutivo para encargarse del mando civil y militar del departamento, a fin de que lo reclame. Después de haber dado tal paso, envía Flórez al comandante Manuel de León, jefe de toda

73. José Manuel Restrepo, obra citada, t. 6° .

su confianza, para que se presente en Guayaquil como huyendo del mismo Flórez, quien escribe a Elizalde una carta contra León.

En consecuencia de este ardid, Elizalde nada sospecha, y León marcha a Samborondón, pueblo en que el Vencedor se halla acantonado (septiembre 22). Allí se pone a su cabeza, proclama la obediencia al Libertador, y desconoce las autoridades revolucionarias establecidas en la capital, exigiendo de ellas que restituyan el orden constitucional alterado hacía algunos meses. En vano el comandante general Elizalde procura persuadir a León de que desista de su patriótico intento; él *se sostiene y declara que está obrando conforme a las órdenes de Flórez. El segundo comandante de Ayacucho también apoya su intento.*

Sin detenerse marcha a la plaza apoderándose de los cuarteles de Húsares y de Ayacucho, cuyos cuerpos no hacen resistencia; antes bien apoyan el movimiento. Ocupó igualmente el parque y los demás puestos militares de la ciudad, sin que hubiera desgracia alguna.

... Inmediatamente después de haber acaecido esta contrarrevolución entraron en Guayaquil los generales Torres y Flórez. Aunque iban por los distantes caminos de Naranjal y de Babahoyo, habían combinado tan exactamente sus jornadas, que llegaron el mismo día. Seguían a Flórez los batallones Rifles y Caracas, y a Torres la mayor parte del Ayacucho. Encargose Torres de la intendencia y del mando civil, y confirió el militar a Flórez. Bustamante, Juan Francisco Elizalde, Merino, Delgado y otros oficiales facciosos hasta el número de cincuenta y tres huyeron especialmente al Perú abandonando la patria, que habían deshonrado con sus delitos. De esta manera se restableció la tranquilidad y el imperio de la constitución y leyes colombianas en el departamento de Guayaquil.

Hay que anotar que el general Torres que cita Restrepo es el brillante general Ignacio Torres Tenorio de extraordinario desempeño y muy buen amigo del Libertador. Se trata del hermano menor con sus mismos apellidos, de Camilo Torres Tenorio, el gran líder de la independencia, mártir y promotor de Bolívar a quien otorgó el grado de general. Su hermano, general Ignacio Torres, fue un gran héroe desde que se inició muy joven en el movimiento de las Ciudades Confederadas en el valle del Cauca, en los inicios de la independencia -1811- y bajo el liderazgo de Joaquín de Cayzedo y Cuero y el general Antonio Baraya.

Después Torres acompañó a Nariño en su última gira por Pasto y por supuesto estuvo en todas las batallas de Venezuela y Perú.

Vencidas, pues, esas ardorosas y levantiscas oposiciones, se torna ostensible la falta que le hace, a un ser tan sensible como el Libertador, algo más en ese corazón privado momentáneamente de amor: Manuela invade su recuerdo. Separado de ella hace un año, cuando en aquella madrugada sale de La Magdalena rumbo a El Callao. La ve presente en los recónditos escondrijos de su soledad, la siente en el aire, le oprime en las noches de insomnio y la necesita como un fuego sagrado en las solitarias estaciones del frío. Entonces le escribe desde el camino de regreso a Bogotá, poéticamente:

> *A Manuela Sáenz. El hielo de mis años se reanima con tus bondades y tus gracias. Tu amor da una vida que está espirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte: apenas basta una inmensa distancia. Te veo aunque lejos de ti. Ven, ven, ven luego. Tuyo del alma, Bolívar.*

Ella está en Quito, atenta al llamado de su hombre. Ha organizado las cosas de la hacienda patrimonial que le corresponde y hasta ha logrado convalidar su grado de coronela y obtenido una pensión de retiro oficial. Su madre adoptiva ha muerto.

No lo piensa dos veces Manuela. Sale rumbo a Bogotá en los comienzos de diciembre y llega en los inicios de enero de 1828, después de la larga travesía por Pasto, Popayán y La Plata. El viaje intenso, para una mujer intensa.

No conocía esos pueblos y ciudades, ninguna de las cuales tenía más de veinte mil habitantes. La capital Bogotá solo alcanza de veintidós mil a treinta. Es un viaje agobiador; pero Manuela no ve las dificultades del camino sino que siente de modo permanente la ansiedad del reencuentro. Realmente ama entrañablemente a ese hombre de acero, más consagrado al trabajo, ciertamente, pero ardorosamente amante de esa mujer impulsiva, inteligente y pasional, que perseverante en todo, ya ha logrado vencer las dificultades de aquel matrimonio convencional que la unía al inglés James Thorne, quien se ha quedado en Perú con su nueva mujer sustituta y sus dos hijas.

Manuela, quien es como se sabe muy inteligente, observa atenta la situación en el Ecuador y en el sur de la Nueva Granada. Llega a Popayán y de allí toma el fatigante camino de La Plata hacia Bogotá.

Como se vio arriba, le tocó vivir los atropellos de Vidaurre en Lima y compartir el barco de El Callao a Guayaquil con José María Córdova. Se comentó antes que se dicen cosas, pero lo más seguro es que jamás le fue infiel a Bolívar.

De hecho el viaje con Córdova no fue amigable y Manuela mantuvo en adelante un rencor permanente en contra del héroe antioqueño. Ella sabía amar y odiar.

Va con sus dos negras libertas, Jonathan y Nathan, sus allegadas fieles y compañeras, tan descocadas como la misma Manuela.

Naturalmente está al tanto de las noticias, buenas y malas. Vivió agitada esos últimos días del Perú y debió soportar, como antes se vio, las manifestaciones groseras de Vidaurre y su propia expulsión. También vivió en Lima la rebelión de Bustamante y hasta quiso enfrentársele armada para insubordinar a la propia tropa de la Tercera división contra éste.

Estando en Quito supo y observó el levantamiento de los miembros de esa Tercera división con golpe de estado en Guayaquil.

Es decir, Manuela sabía que los grandes anhelos de un enorme imperio, con que soñara en los días de la mayor gloria su amante, se habían desvanecido, como Venezuela próxima a hacerlo de modo efectivo bajo la dirección de su odiado enemigo Páez. El mismo Ecuador, su patria chica, se encuentra propenso al rompimiento de la república de Colombia con Flores a la cabeza, quien nunca disimuló su ambición.

La bella mujer era valiente, temeraria e impulsiva. Llegó a Bogotá a hospedarse con sus negras en la conocida Quinta que había sido de José Antonio Portocarrero y que, por motivos de la crisis que se vivía, había pasado a ser del estado para luego ser entregada a Bolívar como una donación de reconocimiento de sus altos servicios a la patria y a sueldos y emolumentos sin pagar. Algo similar a lo ocurrido con Hato Grande que vimos antes, y que el propio Libertador entregó por los mismos motivos a Santander.

En aquella Quinta vivió un tiempo el Libertador y a ella llegó, inicialmente, Manuela, como lo había hecho en La Magdalena en Lima. Es un predio al pie de una gigantesca sierra de un verde profundo, cerrado con una tapia en busca de privacidad, amplios jardines, muebles europeos, elegantes, cómodos, pero fríos de noche bajo la intensidad del viento sabanero que allí se recoge y eleva hasta la cúspide del cerro de Guadalupe.

Oficialmente Bolívar vivía en el palacio de San Carlos, que era el palacio de gobierno. Pero como ya se anotó, ocurrió un terremoto muy fuerte el día 16 de noviembre que sacudió a algunas ciudades de este país. Bolívar tuvo que irse a casa ajena como invitado, mientras Manuela conseguía en arriendo una casa

a diagonal de San Carlos, de propiedad de don Pedro Lasso de la Vega, donde oficialmente vivió un tiempo relativamente largo. Cuando se restauró San Carlos, Bolívar retornó a vivir allí, pero Manuela conservó la casa y mantuvo dominio especialmente en La Quinta, que después se llamaría para siempre la Quinta de Bolívar.

El congreso ordinario terminó sus sesiones el 5 de octubre -1827-. Pero como quiera que se había convocado a la constituyente para marzo, se entendía que ésta era su última sesión. Le aprobaron todos los proyectos que presentó El Libertador y le expidieron amplias facultades especialmente en el campo de hacienda, que era el más urgente.

Bolívar había iniciado una campaña de desarme de los espíritus en un trabajo de convicción a las imprentas para restarle virulencia a los periódicos. El congreso contribuyó en ese objetivo y en verdad, aparentemente, se bajaron las tensiones. La presencia de Manuela y sus dos morenas había traído un ambiente de rechazo en esa ciudad fría, de tradiciones conservaduristas coloniales: chocolate, almojábanas y colaciones de la media tarde y sesiones vespertinas musicales de cuerdas, bambucos y pasillos mezclados con un néctar de anís y alcohol, que también podía ser cerveza o simplemente chicha. En fin, de costumbres chapadas a la antigua dentro de las que no cabía la quiteña, con uniforme militar en las mañanas, sable en el cinto, caballera en briosos corceles y sesiones de fiesta en la Quinta, con licores extranjeros y la presencia galante de los militares de la Legión Británica y otros, de alegres ritmos y conversaciones.

Las viejas y las matronas la rechazaban, pero ella se sentía desafiante y transgresora. Por algo era bella y valiente. O sea que Bolívar, conocida su pasión de gran amigo del baile, estaba a gusto en esas noches de comienzos del 28.

Tal vez fue lisonjero, como solía decir él, ese cambio de vida y lo fue para la quiteña y sus negras y los contertulios. Porque, sin duda alguna, el Libertador había redescubierto su capacidad de vencer legalmente sobre las oposiciones de sus malquerientes, con un manejo claro de la política. Y había reconquistado el amor de aquella mujer que aun con sus locuras e irrespetos llegaba al fondo de su vida sensitiva y entraba al rincón de su esquiva felicidad.

Capítulo IX

La convención de Ocaña

Ocaña y Bucaramanga. Diario de Perú de la Croix. El juego de mayorías de Santander. Distintos proyectos y falla estratégica de los amigos de Bolívar. Padilla se rebela y Bolívar ordena su captura. Es dictador y tiene plenos poderes. Cartas de desilusión. Fracaso de la convención. Se desintegra el Quorum.

Claro que Bolívar, a pesar de que se disipara un poco con Manuela u otra dama, jamás dejó de cumplir con su planes y propósitos políticos, aunque se hallara en el furor de una pasión. Aquellos eran sus deberes prioritarios; después se abría el espacio del amor. O sea que cuando Bolívar estaba feliz al lado de Manuela, jamás dejó de pensar en el paso próximo de su política, que era en aquel momento la Convención de Ocaña. A ese congreso le atribuía desde un principio como se ha visto, una perspectiva grande para toda esa parte de América del Sur que su espada había libertado. Y sea del caso anotar, que no obstante su inteligencia, ingenuamente creyó el Caraqueño que solo el civismo movería a los votantes en la justa electoral. Pero Santander y sus amigos sí sabían qué había que hacer campaña proselitista con discursos y ofrecimientos que iban desde una sesión de chichería hasta dádivas económicas.

Mas cuando debe desplazarse a Bucaramanga porque Santander con su "aporte" a la reglamentación del congreso que vimos atrás, no ha dejado que el presidente Bolívar pudiera estar presente en las deliberaciones de la Convención, comienza a informarse a fondo de lo que está pasando en aquella ciudad, Ocaña, de sus afectos ya un tanto lejanos.

Es entonces cuando el Gran Caraqueño, con su interés marcado en las deliberaciones del congreso, decide constituirse en observador a distancia desde Bucaramanga. Y ordena a O´Leary, con quien mantiene de momento un

disgusto por ciertas afinidades que éste expresó con Santander, que permanezca en Ocaña y le envíe todos los días los informes y documentos del trajín diario de la corporación.

La ciudad de Bucaramanga se levanta en un plano al lado de abruptas montañas que se interponen y que es preciso pasar para dirigirse a Ocaña. Y entre esas montañas hay una en especial que se eleva más y toma el nombre de Cachirí. Se ha visto de qué manera Bolívar sintió el triunfo cuando el congreso en Bogotá, finalmente, aprobó la convocatoria de la Convención constituyente a celebrarse en Ocaña, para acortar distancia con Venezuela en orden a facilitar la venida de los diputados venezolanos, que ciertamente algunos de ellos asistieron.

También se vio cómo los ánimos, que estaban un tanto apaciguados en virtud de gestiones del Libertador con las imprentas, volvieron a encenderse. Y no de cualquier manera.

Agreguemos de entrada que la Convención, de tantas esperanzas para el Libertador, se constituyó en un gran fracaso, que Bolívar había comenzado a calibrar desde la elección de los diputados.

Veamos para tener una visión objetiva, lo que dice el Libertador en una carta de 7 de enero de 1828 dirigida al general Montilla a Cartagena. Con tono amargo apunta:

Fusca, 7 de enero de 1828
AL SEÑOR GENERAL MARIANO MONTILLA
Mi querido general:

Estando en el campo probablemente llegará el correo y no veré las cartas de Ud. que nos deben traer noticias interesantes sobre las elecciones de esa ciudad que deseo conocer para ver quiénes serán los diputados. Supongo que Ud. ya conocerá los de esta capital. Como lo creí desde el principio el señor Santander está a la cabeza, siguen Azuero, Soto, Gómez, etc. Esta elección se ha hecho del modo más infame e inicuo que se puede imaginar, ellos y su partido se apoderaron de las elecciones y llevaron sus listas. Entre todos solo uno bueno ha salido: el señor Caicedo -se refiere al general Domingo Caicedo-. *En cuanto a Santander, este hombre perverso ya nada le queda qué hacer, toca todos los resortes de la intriga, de la maldad para dañarme y formarse su partido: entra en una chichería como entraba antes a palacio, y, en fin, se ha quitado la máscara enteramente; no tiene consideración por mí ni vergüenza de sus acciones.*

En las pascuas tuvo su fiesta en Cipaquirá -sic-; allí mezclado con los pillos de la calle real y la canalla, promovía sentimientos contra mí, todo esto me importará poco en otras circunstancias, pero ahora todo nos daña…

Digamos anticipadamente que los desenvolvimientos de la Convención fueron un gran fracaso. Ya el Libertador lo había advertido desde los primeros movimientos; y así, anticipando los sucesos que dejan un compás abierto para las siguientes grandes dificultades de su vida, le hace los interesantes comentarios a Luis Perú de la Croix[74] en la casa de Bucaramanga:

El Libertador desde ayer difundía la noticia de que su viaje -después de la convención- *es pa. Venezuela, que marchara con lentitud y se detendrá algunos días en Cúcuta: da también a entender S. E. que el motivo de su movimto. es pr. que ninguna esperanza le queda de que pueda salir algo de bueno de la Convención, sino males, contra los cuales es ya tiempo de prepararse. Esta mañana decía que la mayor parte de los diputados que se decían sus amigos se han manejado con una prudencia parecida al más completo egoísmo, y que lejos de ser útiles eran más bien perjudiciales: que solo unos pocos habían sostenido el choque del partido desorganizador con dignidad y firmeza; pero que no habían sido sostenidos pr. los demás: que los adversos desplegaban una audacia excesiva y se valían de todos los medios que la intriga puede imaginar unida con la astucia y la perfidia. S. E. estaba afectado y abatido. "Mis amigos, decía el Libertador, han obrado con poco tino y con menos política: vieron que había un partido santanderista, y Pr. esto han querido oponerle un partido boliviano, sin calcular o sin estar seguros de formarle más número que el otro: pensaron engrosarlo con los del partido neutral en lugar de entrar todos ellos en aquel sin hablar de partido. Esta es la marcha que habrían debido seguir: no lo han hecho o por un falso amor propio, o por un mal cálculo, o pr. que la idea no les ha venido; pero los hombres que dicen conocer la política, que se dicen hombres de Estado, deben preverlo todo, deben saber obrar como tales, y probar con resultados que efectivamente son tales como se creen. Mezclados con los neutrales, no habría habido entonces partidos de la Convención, sino una fracción que se habría hecho despreciable y hubiera sido impotente, en fin, ya es tarde; no es tiempo pa. esto: la culpa está hecha y el mal es irremediable: lo que temo es que aquella falta atrae otra mayor como suele suceder.*

74. Luis Perú de Lacroix, "Diario de Bucaramanga", edit. El Perro y la rana, ediciones del Ministerio la Cultura, editado por Hugo Chávez Frías, 2005 Caracas.

Hay por supuesto amargura en estos comentarios. Las pasiones han desbordado en el campo del hoy enemigo un furor incontenible. Nada importan los medios ni la consideración que debían de tener todos ellos, a cuya cabeza estaba aquel personaje impreciso a quien Bolívar, conocedor de toda la historia antigua había bautizado con el remoquete de Casandro.

Por lo demás, el análisis que elabora a Perú de la Croix el Libertador, altamente molesto, es correcto. Fue una falla de manejo de sus amigos lo que condujo al fracaso de la Convención. Éstos no han debido permitir que se hiciera un partido bolivariano para que pudieran contarlos en minoría, sino que han debido dejar como tal solo a los santandereanos, que realmente sí eran una minoría ante todos los demás. Y fue a partir de allí cuando todo comenzó a desmoronarse en cuanto a las esperanzas puestas en su política por el propio Libertador.

Entonces, como se observa en la cita que se acaba de ver, éste de modo momentáneo tiene la idea de marchar a Venezuela, tal como había prometido a Páez, para alejarse del poder y la política y tal vez ausentarse de Colombia, como también se vio antes. De ese viaje se diría que depende la conservación de Venezuela en Colombia.

Se palpa sin duda alguna un gran desconcierto y desilusión ante el fracaso rotundo de su salida ideológica y el porvenir de Sudamérica que, como también se analizó atrás, no necesariamente estaba vinculado a sus expectativas de poder personal.

Se ha visto que Bolívar por ley no puede estar en Ocaña porque así lo estableció el reglamento aprobado por el congreso, cuando Santander hizo su propio aporte al mismo. Sin embargo, su interés era tanto, que resolvió, como se ha visto, irse en los inicios del 28 a permanecer en Bucaramanga, desde donde montó unos dispositivos para que O´Leary recogiera todo lo hecho en cada sesión y se lo enviara en un correo especial diario.

El día señalado para la instalación del Congreso se nombra una comisión preparatoria que entra a resolver conflictos que van surgiendo, labor en la que gastan varios días. Uno de esos problemas iniciales fue el provocado por el general venezolano Mariano Montilla y el granadino general y almirante José Prudencio Padilla, enfrascados en un conflicto de celos profesionales al que no escapaban unos líos de faldas. De este tema nos ocuparemos unas líneas adelante.

La Convención se instala varios días después de su citación, en Ocaña el 9 de abril -año 28- y es elegido presidente el delegado bolivariano, anterior ministro

o secretario del gabinete, José María del Castillo y Rada y como vicepresidente el venezolano Andrés Navarte. El historiador Restrepo narra esa instalación[75]:

> *Durante el curso de estos sucesos se juntaron en Ocaña 67 diputados, que componían más de la mitad de los 108 que correspondieron a toda la república. Resuelta la instalación, verificose el 9 de abril bajo la dirección del diputado Soto* (Foción). *Éste pronunció un discurso excitando a la Convención a que asegurase la independencia y libertad de los Colombianos; en* él *hizo fuertes alusiones contra el gobierno del Libertador. El primer presidente de la Convención fue el doctor José María del Castillo y vicepresidente el doctor Andrés Navarte. Los cuatro secretarios nombrados fueron Luis Vargas Tejada, Manuel Muñoz, Rafael Domínguez y Mariano Escobar, todos conocidamente del partido exaltado. El general Santander dominaba en este partido, que obtuvo muy pronto una mayoría decidida hablando siempre de la libertad y garantías. Otro partido, que también las quería, pero asegurados por un ejecutivo que gozara de sus facultades esenciales para conservar la tranquilidad y el orden en el vasto territorio de Colombia, enfrentando a todos los bandos políticos, era dirigido por Castillo. Había un tercero de diputados independientes, como los Mosquera de Popayán, los de Antioquia y otros varios que votaban según les parecía; estos iban a dar la victoria al partido a que se arrimaran. La Convención de Ocaña reunía hombres de luces, de talentos, de experiencia y patriotismo, comparables con su número y calidades a los que legislaron en Cúcuta. Mas por una desgracia lamentable, muchos estaban dominados por violentas pasiones…*

Lo primero que ordena la Convención es la subrogación de la Constitución de Cúcuta, que queda eliminada. Ésta, prácticamente, deja de existir en la espera de la que soberanamente dicte la asamblea constituyente. Es decir, Colombia queda sin constitución. Y es precisamente ese mismo día 9 de abril cuando el Libertador, con una comitiva escogida por él, llega a vivir a Bucaramanga en una casa de nobles cortes coloniales, hoy museo y sede de la Academia de Historia. Uno de sus contertulios es un coronel francés -después fue general- llamado Luis Perú de Lacroix, a quien Bolívar le asigna como misión principal la de recoger su pensamiento sobre todos los aspectos de su conversación diaria de sobremesa.

El propio Perú de la Croix describe en ese tiempo al Libertador físicamente, ya sin pelo largo ni bigote, así:

75. Manuel José Restrepo, Historia de la Revolución de Colombia, t. VI, tantas veces citado

El general en jefe Simón José Antonio Bolívar, cumplirá 45 años el 24 de julio de este año; manifiesta más edad y parece tener 50 años. Su estatura es mediana; el cuerpo delgado y flaco: los brazos, los muslos y las piernas son descarnados. La cabeza es larga; ancha en la parte superior de una sien a la otra, y muy afilada en la parte inferior: la frente es grande, descubierta cilíndrica y surcada de arrugas muy aparentes cuando la cara no es muy animada, e igualmente en momentos de mal humor y cólera. El pelo es crespo, erizado, bastante abundante y mezclado con canas. Sus ojos, que han perdido el brillo de la juventud, han conservado la viveza de su jenio (sic); ellos son hondos, ni chicos ni grandes: las cejas son espesas, separadas, pocas, arqueadas y están más canosas que el pelo de la cabeza. La nariz es proporcionada, aguileña y regularmente planteada (sic) (en realidad no es aguileña sino recta, observa el autor).- *Los huesos de los carrillos son agudos y las mejillas chupadas en la parte inferior. La boca es algo grande y saliente el labio inferior: los dientes son blancos y la risa agradable. La barba es algo larga y afilada. El color de la cara tostado, y se oscurece más con el mal humor: el estado del semblante es otro; las arrugas de la frente y las sienes son entonces mucho más aparentes; los ojos se achican y se encajonan más; el labio inferior sale considerablemente y la boca se pone fea; en fin se vé una fisonomía toda diferente; una cara señuda que indica pesadumbres, pensamientos tristes, e ideas sombrías. Contento, todo esto desaparece, la cara se anima, la boca es risueña, y el espíritu del Libertador brilla sobre su fisionomía. – S.E. no lleva ahora ni bigotes ni patillas.*

Parecía, de entrada, que el proyecto de constitución santanderista preparado por su grupo liberal, iba a triunfar sobre la propuesta ya conocida del Libertador. Es entonces cuando decide, como se ha anotado, permanecer en Bucaramanga. No era, como ya se sabe, Bolívar un hombre que diera fácilmente su brazo a torcer.

Es así mismo importante, para revivir la situación que se vivía ya expresada en la carta de enero a Montilla que unas páginas atrás vimos y, dentro del mismo análisis, ver así mismo lo que escribió Bolívar a Manuela pidiendo su consejo y planteando el dilema ya dilucidado por su mente entre sucumbir a todo o la dictadura. En realidad todo este asunto se tornó en cosa de orgullo personal:

Bucaramanga, 18 de mayo de 1828
Mí adorada Manuela:

Me encuentro aquí solo, en esta ciudad que me turba con las noticias que a diario recibo de las deliberaciones de la Convención de Ocaña; sé que me falta tu consejo y tu presencia, aquí donde todo me es ingrato.

Colombia se sumerge en la discordia de los partidos y no queda otro camino que sucumbir, o la dictadura. ¿Qué me aconsejas?

Mi fiel acompañante Lacroix toma nota minuciosa de mis descargas de ánimo, y me dice durante largas jornadas de conversación, que la Patria y la historia me deben todo. En eso concuerda contigo, y me hace recordarte. Pero no solamente esta nostalgia te trae a mi mente; pues se trata del ansia con la cual mis sueños se iluminan con tu mágica sonrisa.

Sí, aún añoro esos besos tuyos y tus fragancias. Tuyo, Bolívar.

Con los malos auspicios sobre la mayoría decisoria, y en tan incómoda posición, O´Leary llega a Ocaña el 15 de marzo -1828-, cuando se adelantan los preparativos de la instalación, manejado todo con la astucia del antiguo amigo del Libertador -¿en verdad lo fue?- Santander.

Al día siguiente, 16 de marzo, mientras se celebra la junta preparatoria cuyo presidente acordado fue Foción Soto, le llega al irlandés O´Leary un informe desde Bogotá del general Carlos Soublette, ministro de Guerra, sobre lo que ha ocurrido en Bolivia cuando se insurreccionan los bolivianos contra los colombianos, especialmente contra Sucre. Santacruz, que ya no detenta el poder en Lima, obrando de traición en traición y en su condición de nacido en el nuevo país, está detrás de todo esto que, aunque O´Leary oculta a la convención, de todas maneras se conoce.

Esos hechos en verdad están en favor de Santander, por la única razón de estar en contra de los sentimientos y proyectos de Bolívar. Es un golpe grande. En Bolivia estos sucesos habían tenido inicio desde el pasado 24 de diciembre de 1827, en un golpe de estado que debió soportar Sucre.

Estamos pues en las vísperas de la Convención y todo había llegado al mayor desorden. Se sabía ya que Santander, el enemigo más furioso, se había despojado de todo sentimiento de respeto hacia ese Libertador al que todo lo que había logrado en la vida se lo debía. Él y sus amigos habían decidido imponer el sistema federalista que tantos malos recuerdos dejó en el pasado. Por supuesto que al fondo lo que existía era un problema de coyuntura política y desacuerdo

con la posición del Libertador sobre la presidencia vitalicia, casi monárquica, de su constitución boliviana.

Veamos una vez más, casi que obligadamente, lo que el gran historiador Restrepo, secretario del gabinete de Bolívar, ha anotado[76] sobre esos momentos trascendentales:

> *Todos los hombres previsivos veían claramente que la convención de diputados que se debía reunir en Ocaña el 2 de marzo de este año, sería un campo de batalla para los dos partidos. El general Santander capitaneaba siempre el exaltado, que se daba el epíteto de liberal. El Libertador y sus amigos, que deseaban para Colombia un gobierno fuerte que mereciese este nombre, pero conservando a los ciudadanos las garantías esenciales para el goce de la libertad, y que fuese capaz de sostener el orden público desde Jaen sobre el Amazonas hasta Cumaná, y desde Guayana en las selvas del Orinoco hasta Veraguas, componían el otro partido. Mas desde las elecciones primarias de diputados para la convención, procedieron de un modo muy diferente. Santander con su acostumbrada actividad escribía cien cartas en cada correo, y lo mismo hacían sus colaboradores, designando las personas de su partido que debieran obtener los puestos de electores y diputados. El Libertador, y los miembros de su gobierno se contentaron con recomendar por medio de una circular del secretario del Interior que se escogieran para diputados personas de patriotismo, de luces y de virtudes, circular elogiada aun por sus mismos enemigos. Después de dar este paso dejaron el campo libre a las sugestiones o intrigas de los exaltados, que en muchas provincias obtuvieron una mayoría decidida.*
>
> *Esto, y el ver que Santander y su partido sostenían por doquiera la necesidad que había en Colombia de que se adoptara la federación, llenó de disgusto al Libertador.* ***Añadíanse a tales motivos: primero, que sus enemigos comenzaban a perder el respeto a su persona, como aconteció en unas fiestas de Zipaquirá presididas por Santander, donde se le insultó en varios brindis públicos, y aun se habló de que era necesario matar al tirano;*** *y segundo, que la salud de Bolívar iba declinando notoriamente, quien ya no podía andar a caballo dos horas continuas sin fatigarse.* (Resaltado del autor)
>
> *En cuanto a gobierno, las opiniones del Libertador en aquella* época *eran de un verdadero escepticismo, pues en ninguna forma tenía confianza. El*

76. Autor, obra citada.

sistema federativo le parecía detestable para Colombia, y propio solamente para establecer una perpetua anarquía de odios y rivalidades entre las provincias, cantones y parroquias. Prefería el gobierno republicano central o unitario; mas presagiaba que ninguno sería duradero, y que la anarquía a manera de un torrente se extendería del sur hacia el norte. A veces se inclinaba a que Colombia se dividiera en tres repúblicas, del Centro, Norte y Sur; otras creía que pudiera acaso mantenerse en la unión central, formando grandes distritos o departamentos; por ejemplo cuatro, y poniendo en ellos jefes bastante autorizados; sin que el ejecutivo tuviera residencia fija. Pensaba que de esta manera podían seguir contentas en la unión las ciudades de Caracas, Cartagena, Quito y Bogotá; pues las tres primeras veían con celos a la capital provisoria de la república. El Libertador había abandonado y no recordaba enteramente su proyecto de constitución para Bolivia, que en otro tiempo excitara ataques tan furiosos contra aquella su profesión de fe política.

Es por supuesto muy importante esta cita, por todos sus aspectos descriptivos, sobre todo de lo ocurrido con Santander en Zipaquirá, a lo cual se refiere el propio Bolívar en la carta a Montilla que unas páginas atrás vimos; y la descarga del deseo de dar muerte al Libertador, auspiciada por quien fuera su vicepresidente. Se diría que son cosas de los hombres, que así somos, y de la política que así la hacemos.

Sucedidos los hechos de Bolivia impulsados por los peruanos; y en la profusión de un pueblo violento estimulado en el odio con los malos sentimientos que provenían de Santander y sus amigos, es de destacar que Bolívar ante los nuevos hechos ha abandonado la idea de imponer la constitución de aquel país, que nació de su cerebro como Atenea directamente del de Zeus. Esa idea ha perdido su espacio ante los hechos.

El golpe entonces para Bolívar es recio y podemos sentirlo en sus mensajes, aun antes de la convención. Hay una carta suya de 22 de enero del año 28[77], enviada todavía desde Bogotá a su gran amigo de Popayán José Rafael Arboleda, quien se excusa de acudir a la convención. Se diría que la carta está abatida por el dolor. Veamos una parte:

…Sí, querido amigo, la gran convención puede ser el sepulcro de la buena causa y de los buenos ciudadanos. Esta es, por lo menos, la misión confiada a los escogidos: La mala fe los manda, y milagro será que no cumplan con la voluntad de sus comitentes.

77. "Obras completas de Bolívar", tomo II, editorial Piñango Caracas, ya citada.

De Pamplona a Popayán, de Bogotá a Cartagena, toda la Nueva Granada se ha confederado contra mí y ha buscado mis enemigos para que triunfen sobre mi opinión y sobre mi nombre. Santander es el ídolo de este pueblo o bien de los que representan, y, por lo menos, de los que se han arrogado el derecho del pueblo soberano. No hay un amigo mío, que yo pueda nombrar tal, elegido para diputado: algunos ciertamente me estiman, mas no son conocidos del pueblo por semejantes sentimientos. Acaso por equivocación tendremos amigos en la gran convención, o diré mejor, los diputados van mudando de ideas al acercarse a las gradas del trono de la ley: ellos ven la anarquía girando allí sobre sus cabezas y sobre la nación entera, tiemblan, pues, de sus guedejas de serpiente. ¡Ojalá no me engañen nuevamente!

He sentido tanto, tanto, tanto, que Ud. no venga, que no podré decirlo en muchas palabras; pero esta pena no es sola, está acompañada de otras muchas y muy parecidas. Mis amigos han estado heridos del contagio que yo causo: son delincuentes a los ojos de los intrigantes, no merecen la confianza nacional...

Hay dolor. Examinemos otra significativa carta así mismo del 22 de enero de 1828. Enviada a quien habría de ser el siguiente presidente de la república dos años después, don Joaquín Mosquera -aquel que viviera el resurgimiento sicológico de Pativilca que vimos páginas atrás-, enviada desde la misma Bogotá a Popayán, en cuyo punto principal dice el Libertador:

...Usted no ignora cuánto he influido con mis amigos para que vayan a la convención los hombres más puros y desinteresados. Aquí ha sucedido muy al contrario, pues que el mayor número de diputados son enemigos míos: ellos no prometen nada bueno a Colombia; todo el mal que hicieren será para ellos mismos, y sus sucesores heredarán su perfidia. Por lo que a mí respecta ya estoy desengañado de que mis desvelos son nulos y que la recompensa es la ingratitud. Desde ahora miro la Europa como el mayor asilo del resto de mi vida.

Sí, realmente es triste sentir esa tristeza saliendo del alma de Bolívar y sobre todo el deseo que expresa de irse asilado por el resto de su vida a Europa. Después, en los meses siguientes, no hubo dinero ni tiempo para cumplirlo.

La convención, pues, fue agitada aun desde antes de su instalación y pasaron varios días en los movimientos de la junta preparatoria, mientras se iban desarrollando los encuentros radicales de las dos tendencias.

Por un lado se perfeccionó el proyecto elaborado por el doctor Vicente Azuero en coordinación con Foción Soto que establecía un régimen federalista y una

débil autoridad central, en prevención de la dictadura. Algo parecido a lo que años después ocurriría en la Convención de Rionegro con la Constitución de 1863. Ese proyecto era de por sí un gran peligro a los ojos del Libertador, para la democracia inmediata de una república que se encontraba realmente despedazada.

Hoy podríamos decir que la preservación del sistema democrático debía ser un imperativo en ese congreso. Pero no se miró con ese criterio sino que lo que prevaleció fue la pasión abierta e irreverente, cada cual tirando para su lado.

Por lo demás, el autor de esta obra deja atestado que muy seguramente, de haber estado como delegado en esa asamblea constituyente, habría mostrado su disposición al voto afirmativo por este proyecto liberal. Era ciertamente, puede decirse hoy, el proyecto de la libertad bajo un sentimiento marcadamente democrático. Pero sin el odio feral que mostraron los entonces "liberales".

Mas no puede dejar de pensarse que el Libertador, por todos los medios, buscaba preservar la integración de Colombia y evitar -de hecho no pudo lograrlo- que se desataran las sucesivas guerras civiles, que en realidad no fue un solo conflicto sino muchos los que se han debido soportar en ese siglo XIX, en el XX y aun en este XXI.

Lo menos que hay que reconocer en aquel escenario, es que Bolívar obraba de buena fe y acorde a las circunstancias pasionales de aquel momento que él temía y quería prevenir.

Por parte del gobierno el exministro José María del Castillo y Rada elaboró otro proyecto que restablecía el centralismo y hacía convivible la república, aunque con una autoridad central fuerte. Ellos, los bolivarianos le aseguraban a Bolívar que contaban a su favor con todas las posibilidades de derrotar el primer proyecto para sustituirlo por éste. Y si aun así no salía bien, según el propulsor autor del proyecto, agregado de la propuesta de crear un gobierno provisorio, ya habían analizado una estrategia infalible: pensaban desintegrar el quorum para que se disolviera la asamblea, y cada uno regresaría a su casa y salvarían de esa manera el destino de Colombia.

Desde luego que es necesario hacer hincapié sobre el asunto que retardó el inicio de las deliberaciones de la asamblea y que tuvo origen en que, desde tiempo largo atrás se estableció en Cartagena y su zona de influencia una rivalidad entre Mariano Montilla, general venezolano de alta raigambre social, perteneciente a la clase social de los *mantuanos* y José Prudencio Padilla, marinero que a base de coraje había ganado limpiamente los grados de general y

almirante, único en este país y tal vez en el mundo, que ostentaba los dos más elevados grados castrenses. Padilla era mulato o *zambo,* alegre, mujeriego, y había recibido una herida de sable en la cara que le alcanzó el ojo.

Salvador de Madariaga[78], citando al coronel de la Legión Británica Gustav Hippisley, anota sobre los dos personajes:

> *Un chasqui trajo noticias sensacionales (a la Convención). El Almirante Padilla informaba a Soto, Presidente de la Junta Preparatoria, que el general Montilla se había sublevado en Cartagena. La causa de este episodio, llamado a graves consecuencias, era una rivalidad personal entre los dos protagonistas. Montilla era un mantuano en Caracas, aristocrático, buen lingüista, culto, y aunque aficionado al tapete verde, hombre de fiar. Padilla era un zambo del que ha dejado Hippisley un retrato pintoresco: "El Comodoro Paddillio sería hombre de aspecto más agradable si llevara un ojo tapado; pues por haber recibido una herida profunda en la mejilla que le interesa el ojo derecho, parece como si le fuera a saltar de la órbita, dándole un aspecto horrible y terrible; le gusta vestirse bien y es muy limpio. Es hombre también de mucha generosidad y sociabilidad, amigo firme como implacable enemigo. Nunca olvida un agravio"[79].Émulos, el uno se desenvolvía con gran propiedad entre las clases populares y el otro entre las esferas altas y ricas de la población.*

El asunto es que Montilla conservaba un documento firmado por Bolívar en el que le otorgaba plenos poderes al venezolano en caso de conflicto entre los dos altos oficiales, para prevalecer sobre el zambo. Era su arma secreta. Afianzado en ella había organizado un memorial en el que los firmantes -entre ellos estaba Córdova-, que eran subordinados de Montilla, le otorgaban plenos poderes al Libertador para dirimir cualquier conflicto que surgiera derivado de esa situación en la Convención.

Padilla, que era rebelde y muy liberal de la época, armó el escándalo y hasta se trasladó a Ocaña donde quiso intentar entre los miembros de la Convención un motín contra Bolívar. Eran demasiado sus desmanes y el propio Libertador, con ánimo contrariado por todos los sucesos que estaban ocurriendo, finalmente autorizado como estaba como que desde antes de la convención había asumido los plenos poderes de la constitución del año 21 vigente entonces, ordenó la

78. Autor citado, "Bolívar".

79. "Bolívar", Salvador de Madariaga, tomo II, Biblioteca de la Historia, Madrid

detención del almirante y su envío preso a la capital. Su causa fue maltratada y habría de terminar en el patíbulo después de la noche septembrina, donde no intervino en nada, pero fue puesto en libertad por los amotinados. Su ejecución, por supuesto sirvió para aumentar la fama de tirano del Libertador.

En realidad se discutieron, como se ha enunciado antes, tres proyectos: el del gobierno que se había estudiado en el consejo de ministros, el de los santanderistas y el del diputado amigo de Bolívar Manuel del Castillo y Rada, conciliador él y ecuánime.

Para el mes de mayo Castillo, con su voz de equilibrio, presentó una proposición a la convención dando oportunidad a que Bolívar asistiese a ella. Todos sabían que éste se encontraba en Bucaramanga atento a los acaeceres del cuerpo colegiado. Esa propuesta ecuánime fue derrotada a instancias del exvicepresidente Santander por cuarenta votos contra veintiocho. Santander se opuso con ahínco con el argumento bastante conocido de que la presencia de aquel en el recinto, su personalidad y atracción eran capaces de cambiar las cosas. Gran elogio por cierto, sobre todo cuando el mismo Santander dice en una carta conocida que se haría hasta musulmán con tal de salir del general Bolívar a quien llama con odio "El supremo perturbador de la república".

Reviste la mayor importancia examinar cómo Bolívar, para el mes de junio, sabía el fracaso de la Convención y estaba preparado. Su olfato de analista era certero y agudo. Él sabe entonces que en últimas si el criterio de los liberales se torna dominante, queda el recurso de desintegrar el quorum. Así que en charla de sobremesa le comenta al propio Perú de la Croix[80]:

> *Todavía no he dicho nada a usted sobre las noticias de Ocaña, prosiguió S. E.; sólo las conocen Soublette y O'Leary, y voy a contarlas a usted bajo la misma condición de reserva. Es diabólica la idea del señor Castillo y el proyecto que sobre ella ha formado para paralizar la mayoría de la Convención, impedir que logre sus miras, que se sancione la Constitución presentada por la comisión* -el proyecto que había redactado la comisión del gobierno, explicamos- *y hacer que se disuelva la Convención sin haber legalizado los males que se propone hacer al país. En esto también el señor Castillo ve un modo victorioso de vengarse completamente de los que lo tenían engañado habiendo prometido falsamente sus votos, y de vengarse igualmente de sus enemigos Santander,*

80. Diario de Bucaramanga

Márquez, Azuero, etc. Para que haya convención y pueda ésta sancionar una ley, es preciso, según el reglamento, que concurran las dos terceras partes de los diputados que existen en Ocaña: retirándose, pues, unos 19 o 20, falta el número necesario y no puede haber entonces deliberación alguna. Ya el señor Castillo está de acuerdo con aquellos 20, y me dice que del 4 al 6 de éste *se irán todos de Ocaña muy secretamente para el pueblo de Las Cruces, y que de allí seguirán su marcha para esta villa; que para la ejecución de su plan y ganar algunos días que necesitaba ha tenido que engañar a Santander y a otros directores de aquel partido, haciéndoles creer que siempre que se hiciesen algunas ligeras modificaciones al proyecto de Constitución,* él *y sus amigos votarían su adopción, y que, creídos con esto, Santander y los suyos están descuidados y no llegarán a desengañarse sino cuando los 20 estén ya fuera de Ocaña.*

Restrepo[81] anota como puntada final del fracaso de la Convención el siguiente apunte:

En las discusiones el choque y la irritación de los partidos llegó a su colmo. Los diputados amigos del Libertador que defendían el proyecto de Castillo eran insultados frecuentemente como sostenedores de la tiranía y de los planes ambiciosos de Bolívar, diciéndoseles que pretendían establecer una constitución más monárquica que la de Bolivia, así como la tiranía ministerial. Se les ridiculizaba siempre que mencionaban las peticiones de los pueblos, del ejército y de las corporaciones colombianas que pedían con ahínco un gobierno fuerte y vigoroso, de tal suerte que al fin de mayo acaso ningún diputado se atrevía a pulsar cuerda tan importante y delicada. Soto era presidente de la convención, y con sus arterias y larga experiencia en los manejos e intrigas parlamentarias, dirigía las discusiones y votaciones, unas veces con destreza y otras aun faltando a los reglamentos internos y a las leyes a que debían sujetarse los miembros de la convención; su bando estaba, pues, seguro de triunfar en aquella lid parlamentaria.

Los representantes que defendían el proyecto de Castillo viéndose oprimidos por una mayoría orgullosa que le negaba aun lo justo y legal, y que también conseguía oscurecer con su influjo hechos que habían pasado en el seno mismo de la convención, indicaron haber resuelto separarse del cuerpo y regresar a sus provincias (junio 2) a dar cuenta del triste y doloroso resultado de su misión.

81. Autor citado.

Entonces algunos diputados que deseaban ardientemente el bien y consolidación de la república mediaron con Santander y con otros de su partido, a fin de que hubiera explicaciones amistosas privadas, que condujeran a un avenimiento, disipándose las mutuas desconfianzas.

De nada sirvió el proyecto ecléctico de Castillo y Rada y Santander expresó que sus principios liberales le impedían transigir en fórmula alguna.

El plan pues se desarrolló el día 2 de junio (1828). Los veinte diputados se alejaron sin ruido de Ocaña y se trasladaron a una población vecina llamada El Rosario. Ya lo sabía Bolívar como se ha visto de la anotación de Perú de la Croix.

Como consecuencia el Libertador abandona Bucaramanga el día 10 de junio, cuando ya la Convención se había desintegrado. Bolívar vacila en tomar el camino de Caracas, como estaba acordado con Páez o el de Bogotá donde han cursado otros planes con su aceptación. En realidad la suerte está echada por las circunstancias: viajará a Bogotá.

En el análisis de este momento histórico grave de la disolución de la famosa convención de Ocaña, el señor expresidente Alfonso López Michelsen, con su aguda observación frente a lo expuesto en esta cita, anotó certeramente que fue la primera vez que, por motivos estratégicos, se desintegraba el quorum de un parlamento en Colombia.

Entre tanto el coronel Pedro Alcántara Herrán, comandante de las fuerzas armadas de Cundinamarca, convocaba con el gabinete ejecutivo una reunión de vecinos, como el poder constituyente básico y allí se decidiría sobre la adopción de la dictadura por parte del Libertador. Antonio Nariño en los inicios de la primera república, ya se había valido de la reunión de vecinos para actuar conforme al derecho soberano del pueblo para adoptar medidas trascendentales.

Retrato ecuestre de Simón Bolívar en la batalla de Carabobo, artista venezolano Arturo Michelena.

Segunda parte

La desgracia de la fase final

".....No sé todavía a donde me iré. Por las razones dichas; no me iré a Europa hasta no saber en qué para mi pleito, y quizás me iré a Curazao a esperar su resultado, y si no a Jamaica, pues estoy decidido a salir de Colombia, sea lo que fuere en adelante.

También estoy decidido a no volver más, ni a servir otra vez a mis ingratos compatriotas. La desesperación sola puede hacerme variar de resolución. Digo la desesperación al

verme renegado, perseguido y robado por los mismos a quienes he consagrado veinte años de sacrificios y peligros. Diré no

obstante que no les aborrezco"... Bolívar[82].

82. Carta al señor Gabriel Camacho, Guaduas, 11 de mayo 1.830

Capítulo x

Bolívar asume la dictadura

Al terminarse la convención Bolívar no viaja a Caracas y regresa a Bogotá. Una reunión de vecinos decide la dictadura. Se dicta el decreto de 27 de agosto 1828 por medio del cual se reemplaza la constitución del 21 y se establecen unas garantías individuales.

Es posible que la idea fuera del propio Bolívar, que ya conocía y había pensado en el tema ampliamente. La Carta constitucional del año 21 había quedado subrogada por decisión válida de la Convención que acababa de pasar. O sea que en materia constitucional se había llegado a un punto de inicio solo con las bases que quedaban del Congreso de Angostura, digamos que por la intransigencia de Santander y sus amigos. Es entonces cuando el jefe del gabinete del Libertador- Presidente, el historiador al que hemos acudido obligadamente muchas veces José Manuel Restrepo, gran amigo de Bolívar, al igual que también lo era el jefe el intendente militar de Cundinamarca, coronel Pedro Alcántara Herrán, toman una acción directa y conciben la que llamaron una junta de vecinos como una unidad primaria del poder constituyente que llenará el vacío, conjuntamente con muchas otras reuniones similares celebradas en el territorio nacional.

Ideado el plan, Alcántara escribe una carta al Libertador, todavía en Bucaramanga, en la que no tiene reparos para anotarle en la parte final: "Últimamente, lo diré con mi corazón, no conozco otra constitución, ni otra ley, *que la voluntad de V. E.*".

Todo se venía preparando de consuno con el propio Libertador. En realidad era la jugada alternativa en el caso de que la Convención fracasara.

La señal enviada por Bolívar para darle curso al plan parece haber surgido, con valor entendido, al enviar la carta del día 12 de junio al Secretario del Interior.

También le envía otra a Manuela en la que le dice, para contento de ella, que ha desistido del viaje que tenía pensado a Venezuela, que atrás se vio. Lo de allá era grave y urgente. Pero más lo era lo de acá.

Al otro día de recibir la carta de Bolívar con correo especial, desde la mañana, el Intendente de Cundinamarca convocó, como lo hiciera en su momento Nariño, una asamblea de padres de familia. La reunión tendría lugar en la tarde del mismo día 13 de marzo en la conocida Casa de la Aduana de Bogotá. Todo lo tenía preparado y todas las gentes sabían de qué se trataba.

Los vecinos, pues, concurrieron en el mayor número con devoción y entusiasmo; y Herrán soltó un discurso de angustia mientras presentaba para su firma un acta elaborada por don Manuel Álvarez Lozano, hijo del prócer don Manuel Álvarez Casal, el tío de Antonio Nariño y quien lo reemplazó al viajar éste a Pasto. Don Manuel fue fusilado por Morillo.

En dicha acta solicitaban entregarle a Bolívar la dictadura, dada la situación insalvable que se vivía.

Hoy se ve todo este panorama como el empecinamiento pasional en que habían caído todos, al que no era ajeno Bolívar, a pesar de sus reiterados discursos de desprendimiento y renuncia al mando. Pero es el resultado de la política que se vivía y a la que habían conducido los enemigos, que ciertamente hicieron cambiar la determinación que antes tenía aquel de irse a Caracas y renunciar a todo y salir para Europa, como se ha dejado analizado antes.

La instauración de la dictadura habría de depositar todo el poder supremo en manos de Bolívar, como dictador.

Mientras se adelantaba la reunión de vecinos a la que aquellas autoridades dieron, según se ha visto renglones atrás, alcances de asamblea constituyente, el general José María Córdova, quien a la sazón se desempeñaba como Subjefe del Estado Mayor, pasó por allí. Por supuesto sabía de la reunión. Iba a caballo y en la mano portaba un pequeño perrero de caballería.

Entró Córdova dejando su caballo atado al frente. Algunos de los que concurrían, entre ellos los señores Rafael María Vásquez, Wenceslao V. Santamaría y Juan N. Vargas, después de los discursos de los promotores girando alrededor de esa única salida, habían adoptado una reacción razonable y expresaron sus protestas sosteniendo que esa reunión era ilegal, al tiempo que expresaban su apego por la libertad que tanto había promovido con su retórica el Héroe Caraqueño.

En ese momento montó en cólera nuestro héroe Córdova y golpeó donde pudo con su latiguillo de montar, naturalmente que no en las personas por supuesto. Afirmaba airado que no consentía que se dijera en su presencia nada en contra del Libertador.

Después, como lo narra don Marcelo Tenorio en un escrito recopilado en el Boletín de Historia y Antigüedades titulado "Confesión de un viejo faccioso arrepentido, sin embargo de no tener remordimientos"[83], Córdova exclamó en la misma reunión con su voz sonora e imponente:

> *¡Este pueblo es sordo y es preciso hablarle recio para que oiga! La Gran Convención, que era la esperanza de la República, se ha disuelto; no han podido entenderse los partidos que la componían, y Colombia está amenazada en esta gran crisis si no se autoriza al Libertador por un acto extraordinario para que la salve, porque la Constitución está desvirtuada y los medios que en ella se hallan no son suficientes en las actuales circunstancias.*

No obstante, Córdova, según Pilar Moreno, no firmó el acta. Según Botero Saldarriaga sí, cuando lo hicieron casi todos los presentes. Rápidamente se pusieron a circular las copias del acta de la reunión de vecinos por el país y se recolectaron más firmas. Por cierto las gentes de Antioquia se negaron a firmar por un sentido de prudencia.

Santander observaba estos desarrollos desde su trastienda con ojo avizor. Cuando Vicente Azuero le contó lo relativo a la actuación de su antiguo amigo Córdova en la susodicha reunión, aquel utilizó su mordacidad y dijo: *"Nada extraño de Córdova. Su razón tiene línea media escasa y sus bordados le han inspirado mucho orgullo. Lo perdono de todo corazón".*

Claro está que desde antes de la Convención estaban tan radicalizados los ánimos, que Córdova, definitivamente cercano a la amistad de Bolívar y a su política, había entrado en un proceso de odio -todo el mundo odiaba a uno o a otro- contra quien había sido su amigo, el general Santander. Y viceversa.

Ya desde los días de la Convención, abiertos los fuegos con la participación muy activa del ex vicepresidente, Córdova en una parte de su misiva del 21 de marzo dirigida a su amigo Manuel Antonio Jaramillo, le dice:

83. Citado por Roberto Botero Saldarriaga

... Yo no consentiré, mientras viva, ver mi patria mandada por Santander, por un avariento, parcial, mezquino, miserable, injusto, cobarde, artero, y todo lo que es malo...

Cuando se terminó la asamblea de vecinos, que naturalmente no tenía ninguna autoridad jurídica, ese mismo día 13 de junio de 1828, que fue largo, el comandante Pedro Alcántara Herrán envió el acta con sus copias y firmas al jefe del gabinete José Manuel Restrepo y éste, con toda la obsecuencia, en el mismo día le dio un trámite preferencial que culminó con su aprobación y acogida por el consejo de ministros como un acto soberano del pueblo.

El propio Restrepo, que después habría de comprender que todo este servilismo era equivocado, anota el episodio así en el tomo VI de su obra[84]:

Esta acta aun sin tener todas las firmas de las personas que la suscribieron, que fueron muchas, se remitió el mismo día al Consejo de Ministros, el que por medio de su presidente -era él mismo-*, el secretario del Interior, contestó al intendente Herrán, que juzgaba el Consejo "muy fundado y de imperiosa necesidad del pronunciamiento de la capital, la que ha manifestado en* él *los ardientes deseos que animan a sus dignos habitantes por la prosperidad y estabilidad de Colombia, lo mismo que su amor e ilimitada confianza en el Libertador presidente". Un mensajero especial, el coronel Wilson* -de la Legión Británica-*, edecán de Bolívar, partió aquella misma noche para el norte, llevando al presidente el acta aprobada y otro oficio del Secretario del Interior en que le avisaba, por disposición del Consejo, la aprobación que éste había dado, y añadía: "El Consejo al emitir su opinión ha tenido presente la gravedad e importancia de la materia, y aunque sin tener orden ni instrucciones de S. E. para un caso tan inesperado e imprevisto, no ha dudado en tomar sobre sí la responsabilidad de aprobar el acta de esta capital. Los motivos que han influido en el ánimo del Consejo para adoptar semejante resolución han sido los más puros, y han emanado principalmente del íntimo convencimiento en que se hallan sus miembros, de que no hay otra medida capaz de salvar la patria, sino constituir un gobierno fuerte y enérgico ejercido por S. E. el Libertador. Los miembros del Consejo esperan que su resolución, aunque de tamaña trascendencia, no será desaprobada por el Libertador, y que por lo menos merecerá su indulgencia.*

Es difícil de encontrar una mayor sumisión que la de este Consejo de gabinete, que además termina pidiéndole indulgencia al Libertador por su servilismo.

84. Autor citado, Historia de la Revolución de Colombia

Y de este solo plumazo, quedaba sin valor lo poco que se acordó en la Convención de Ocaña y la elección de los delegatarios. Y por supuesto la constitución de Cúcuta de 1821, subrogada por la misma Convención ocañera. Bolívar, aparentemente ajeno a estos movimientos, llegaría devorando distancias a asumir en la catedral la Dictadura.

Dice el historiador venezolano Guillermo Ruiz Rivas[85] que el mismo día 13 de junio -año 1828- Bolívar recibió a los comisionados de Pedro Alcántara Herrán en El Socorro, cosa que por supuesto no puede ser. El día 13 fue largo, pero no tanto. De todos modos Bolívar estaba el 21 del mismo mes de junio en Zipaquirá, después de haber mandado mensaje histórico de aceptación del poder omnímodo que le ofrecían tanto en el acta como en las decisiones del Consejo de ministros. Y el 23 está en Chía, ya en las goteras de Bogotá. Desde allí escribió al Consejo de Ministros: "*Llegaré a la hora que ustedes me señalen".*

El día 24 de junio -1828- hace su entrada llena de alborozo a Bogotá y se dirige directamente a la catedral donde lo esperan ceremoniosamente los magistrados de las cortes, los militares, el gobierno, los príncipes de la Iglesia, los comerciantes y los artesanos con la alegría de una fiesta. Allí invoca el nombre de Dios y oye un *te deum* y luego se desplazan en procesión hasta donde han levantado una gran cúpula en la que Bolívar asume el poder supremo sin compartirlo con nadie.

Contradicciones de un hombre tan grande. Pero era el resultado de su propio temperamento interior que hemos analizado antes. Bolívar ha olvidado ya lo que le había expresado en el Diario de Bucaramanga unos días atrás a Perú de la Croix, fracasada como estaba la adopción de una nueva carta constitucional por aquella asamblea, sobre su inmediato porvenir:

> *Gobernar* -dice a Perú de la Croix- *con la Constitución desacreditada, la rechazaran los pueblos y entraran las conmociones civiles: dar yó mismo un código provisional, no tengo facultad para esto y al hacerlo me llamarían con razón Déspota: gobernar sin Constitución ninguna y según mi voluntad, me acusarían también con justicia el haber establecido un Poder absoluto. Declararme Dictador no lo puedo, no lo debo ni quiero hacer.*

El 27 de agosto -año 28- el gobierno expide el Decreto Orgánico de la Dictadura, por medio del cual se reemplaza la Constitución y se otorgan omnímodos

85. Bolívar más allá del mito, citado en los comienzos

poderes al Libertador-presidente. En el artículo 1º desarrolla esas facultades del dictador, que son más o menos las mismas que tenía en la Constitución del año 21. Ese artículo 1º rezaba:

Artículo 1.- *Al jefe supremo del Estado corresponde:*

1. Establecer y conservar el orden y tranquilidad interior, y asegurar el Estado contra todo ataque exterior;

2. Mandar las fuerzas de mar y tierra;

3. Dirigir las negociaciones diplomáticas, declarar la guerra, celebrar tratados de paz y amistad, alianza y neutralidad, comercio y cualesquiera otros con los gobiernos extranjeros;

4 Nombrar para todos los empleos de la República, y remover o relevar a los empleados cuando lo estime conveniente;

5. Expedir los decretos y reglamentos necesarios de cualquiera naturaleza que sean, y alterar, reformar o derogar las leyes establecidas;

6. Velar sobre que todos los decretos y reglamentos, así como las leyes que hayan de continuar en vigor sean exactamente ejecutadas en todos los puntos de la República;

7. Cuidar de la recaudación, inversión y exacta cuenta de las rentas nacionales;

8. Hacer que la justicia se administre pronta e imparcialmente por los tribunales y juzgados, y que sus sentencias se cumplan y ejecuten;

9. Aprobar o reformar las sentencias de los consejos de guerra y tribunales militares en las causas criminales seguidas contra oficiales de los ejércitos y de la marina nacional;

10. Conmutar las penas capitales con dictamen del consejo de Estado, que se establece por este decreto, y a propuesta de los tribunales que las hayan decretado u oyéndolos previamente;

11. Conceder amnistías o indultos generales o particulares: y disminuir las penas cuando lo exijan graves motivos de conveniencia pública, oído siempre el consejo de Estado;

12. Conceder patentes de corso y represalia (tomado del derecho inglés)*;*

13. Ejercer el poder natural como jefe de la administración general de la República en todos sus ramos, y como encargado del poder supremo del Estado;

14. Presidir, en fin, cuando lo tenga por conveniente, el consejo de Estado.

"Artículo 2°. En el ejercicio del poder ejecutivo será auxiliado con las luces y dictamen de un consejo de ministros".

Nada había allí que repugnara al derecho o a la democracia. Y además, estos poderes no tendrían duración sino hasta el año 1830, como quiera que por ofrecimiento del propio Libertador, se ha convocado un nuevo congreso constituyente para esa fecha.

Ese término, por cierto, se cumplió cuando se instaló tal constituyente en enero de 1830, que fue aquella asamblea que presidió el Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, ya de regreso al país, Se conoció por iniciativa del propio Libertador como el Congreso Admirable, tema sobre el que volveremos.

En ese decreto del día 27 tácitamente se ordena la supresión de la vicepresidencia de la República, y se nombra el gabinete ministerial así:

Secretario del Interior, José Manuel Restrepo, Secretario de Guerra Rafael Urdaneta, Secretario de Relaciones Exteriores Estanislao Vergara y Secretario interino de Hacienda, Nicolás M. Tanco.

Y es el mismo día 27 cuando el Libertador dirige a los colombianos una proclama relativamente corta en la que explica lo que está ocurriendo y cuáles son sus intenciones. Veamos una parte de ella:

Colombianos: Me obligo á obedecer estrictamente vuestros legítimos deseos: protegeré vuestra sagrada religión, como la fe de todos los colombianos y el código de los buenos; mandaré haceros justicia por ser la primera ley de la naturaleza y la garantía universal de los ciudadanos; será la economía de las rentas nacionales el cuidado preferente a vuestros servidores; nos esmeraremos por desempeñar las obligaciones de Colombia con el extranjero generoso.

Yo, en fin, no retendré la autoridad suprema, sino hasta el día en que mandeís devolverla; y si antes no disponéis otra cosa, convocaré dentro de un año la representación nacional.

Colombianos: No os diré nada de libertad, porque si cumplo mis promesas, seréis más que libres, seréis respetados: además, bajo la dictadura, ¿quién

puede hablar de libertad? ***¡Compadezcámonos mutuamente, del pueblo que obedece y del hombre que manda solo!***.

Santander, indiscutiblemente tocado, le dirige un memorial -hoy sería un derecho de petición- al Secretario del Interior Restrepo, pidiéndole con algún sarcasmo aclaraciones sobre el decreto en lo relativo a la supresión de su cargo. Ese escrito dice:

> *Como dicha ley guarda silencio acerca de la Constitución de 1821, por la cual he obtenido la segunda magistratura de la República, y no declara si en parte, o en todo queda en receso el Código Político, me es forzoso, para satisfacer la deuda de honor que tengo para con la nación colombiana y para con el mundo, que no desconoce la representación que he tenido en mi patria, suplicar a V.S. como respetuosamente lo suplico, se sirva declararme, si la vicepresidencia de la República queda suprimida absoluta o temporalmente, o si he sido privado de ella por suspensión o por destitución. Al pedir a V. S. como* órgano *del poder supremo esta declaración, estoy muy distante de reclamar un destino que no me conviene actualmente y que por las amarguras que me ha hecho sufrir, celebro privarme de él: quiero solo saber en qué términos he dejado de ser vicepresidente de Colombia, y no dejar vacilante mi honor en el concepto público después de cerca de diez y ocho años de servicios a la patria sin un solo día de intervalo, tanto en sus prosperidades como en sus desgracias. Salvando mi honor como hombre público, y dejado bien puesto el concepto que he procurado granjearme por acciones decentes y legales, todo lo demás estoy dispuesto a sacrificarlo al bien de Colombia, a la tranquilidad y sosiego público. Francisco de Paula Santander.*

Tres días pasaron al cabo de los cuales Restrepo habría de contestarle su enjundioso memorial al general Santander diciéndole lacónicamente -para eso es el poder pensaban- que por decreto orgánico del 27 de agosto, había sido suprimida la vicepresidencia de la República y por lo tanto ya él no lo era.

Ya para ese momento, como atrás se ha visto detalladamente, la malquerencia era recíproca y grande entre Bolívar, también personaje de sensibles rencores, y el exvicepresidente Santander, a quien aquel, como ya se vio, llamaba Casandro, en recuerdo del personaje perverso de Macedonia, hijo de uno de los generales de Alejandro Magno, Antípatro, y rey él mismo de ese país después de un golpe de estado posterior a la muerte del gran rey.

Sin duda que fue nociva la enemistad entre los dos grandes hombres, pero se diría que más lo fue para el Libertador, que nunca esperó de aquel los tratamientos que se fueron produciendo en la contienda política.

Porque, sin lugar a dudas las posiciones políticas que adoptó Bolívar fueron en verdad antidemocráticas y absolutistas, mientras que la de Santander fue una sola, siempre liberal, guardiana de la constitución y el orden, del control del gasto y de la legalidad en general. Solo que Santander rompió con sus conmilitones el molde de la ecuanimidad y dio pasó al desbordamiento temperamental, desde un tiempo atrás como ha quedado consignado, contra ese Libertador que le había brindado la oportunidad de llegar a las más altas cumbres.

Y es precisamente Bolívar, ya al final de su vida, cargado de melancolía, quien en carta al general Rafael Urdaneta le dice: "*El no habernos compuesto con Santander nos perdió a todos*".

Capítulo XI

La noche Septembrina

Los desarrollos de la dictadura y la opinión desfavorable que se fue creando. Los ataques a Sucre en Bolivia y en el Perú. Estado de guerra. Declaratoria de la misma por Bolívar al Perú. La sociedad secreta filológica. El atentado y los conjurados. Detención de Santander. Las penas y amnistía. Deportación del exvicepresidente.

1828 fue un año intenso, duro, cargado de pasiones. La gente del común temblaba de horror por la sola mención de la palabra dictadura y comenzó a odiar al Libertador. Le fueron perdiendo ese aprecio y veneración que le tuvieron en un principio y luego lo hicieron presa del escarnio público. En Bogotá, por el color moreno que le dejó el sol, lo llamaban Longaniza[86] y en Lima el Zambo, lo que indicaba sin duda un gran irrespeto.

Pero en honor a la verdad no puede decirse que se hubieren llenado las cárceles y los patíbulos como en una dictadura moderna. No, fueron días normales en el sentido de que no se alteró la paz ni hubo agentes del gobierno persiguiendo a nadie, salvo cuando se produjo la noche septembrina, con un complot directo y meditado para asesinar, sin ningún miramiento, a quien había entregado casi toda su existencia para otorgar a los pueblos americanos la independencia.

No obstante, en el gobierno abundaban los extranjeros, especialmente venezolanos, que, a fuer de ser militares rudos, eran déspotas en su modo de actuar y la gente en líneas generales los odiaban.

86. En realidad este apodo se le había aplicado a otro personaje folklórico que había en Bogotá y luego se lo endilgaron a Bolívar tratando de escarnecerlo.

Es más, basta leer con detenimiento ese decreto del 27 de agosto para darse cuenta que nada diabólico animaba al presidente Bolívar en contra de sus propios y crecientes enemigos. Este decreto era en el fondo una carta liberal con todos los principios y garantías sociales hasta ese entonces conocidos y que, en cierta manera, tenía un contrapeso a la autoridad omnímoda del Libertador-presidente en el Consejo de Estado.

Empero, en las calles la inconformidad crecía. Los pasquines afloraban con mayor intensidad y la gente, que no tenía otra entretención, los leía con especial intensidad.

Pero mientras eso estaba sucediendo en la pequeña urbe, se conformó una sociedad secreta, aparentemente literaria denominada Sociedad Filológica, que presidía un joven abogado llamado Ezequiel Rojas, quien unos años adelante sería el fundador del Partido Liberal. Como Vicepresidente de la sociedad también había otro joven bachiller en jurisprudencia llamado Mariano Ospina Rodríguez, quien sería el fundador del partido conservador. A la misma sociedad fueron llegando los personajes más radicales, y otros con menor intensidad, pero con la misma decisión.

Había igualmente otro grupo subversivo que encabezaba el médico francés (¿?), revolucionario de siempre, Juan Francisco Arganil. De su grupo hacían parte los jóvenes Agustín Horment, también francés, Pedro Carujo militar en servicio, Wenceslao Zulaibar, antioqueño, y otros que luego veremos.

Don Mariano Ospina, quien llegaría a ser presidente de la república por el partido conservador, entró a tal sociedad con su hermano inseparable Justo Pastor, plenamente enterado de los verdaderos propósitos que los animaban, que eran los de dar muerte al tirano, no obstante su definición y filosofía conservadora.

En el seno de esa Sociedad Filológica, en la que disimulaban sus verdaderos propósitos con estudios literarios, nació la conspiración septembrina. Mejor aun, dicha asociación se conformó únicamente para dar muerte al tirano. Nadie allí estaba bajo engaño. Todos eran demócratas y sabían claramente lo que buscaban. Heroicamente cada uno se imaginaba que estaba reviviendo la historia romana en los momentos dramáticos del asesinato -por el bien de la patria pensaban- de Julio César, convertido igualmente en dictador. Cada uno se sentía la reencarnación de Bruto.

Unos años después de estos agresivos episodios septembrinos le preguntaron a don Mariano por la paradoja de su posición política conservadora y su participación en el atentado contra Bolívar, de quien se decía que era la cabeza de los conservadores, y él contestó:

> *Ah, mi querido amigo, como se ve que ustedes no sufrieron los desmanes, insultos y atropellos de la dictadura... Ni han tenido que sufrir que una barragana, como la que dominaba en palacio, insulte, humille y se burle de sus madres, de sus esposas y de sus hijas; es que usted no sabe lo que fue la época de la barragana.*

El asunto es que, mientras Bolívar, ya habilitada la casa que serviría de palacio de gobierno con el nombre de San Carlos, después del fuerte terremoto que dos años atrás había estremecido la capital, se había trasladado a vivir allí, desde donde ejercía ese poder pleno por el que se había empecinado.

Manuela, como atrás se adelantó, vivía en una casa vecina, pero iba a pernoctar con su amante en la casona vivienda del Libertador, que hoy es la sede de la Cancillería.

Un tiempo antes Manuelita se había apoderado, con sus dos negras Nathan y Jonathan, de la Quinta -la Quinta de Bolívar se le dice hoy- que le había sido obsequiada al Libertador, como se vio antes, por iniciativa del propio Santander. La quiteña, escandalosa y alegre como era, había conformado una pequeña corte de aduladores fiesteros, básicamente extranjeros.

Ella y sus dos negras libertas transitaban por las calles santafereñas vestidas de hombre y cabalgaban abiertamente y a todo galope por esas vías empedradas de la pequeña urbe de unos treinta mil habitantes que era la Bogotá de entonces. Pero ella, para aumentar el escándalo, lo hacía a veces vistiendo el uniforme de coronela con espada al cinto o desenvainada. Además fumaba gruesos cigarros, cosa que solo hacían los hombres.

Nada respetaban las tres; y como en la ciudad todos eran conocidos, ellas aprendieron a reconocer a los señores y señoras santafereñas, miembros de una mojigata oligarquía criolla que tomaba chocolate con almojábanas y colaciones a determinada hora de la tarde, como los ingleses hacen con el té.

Luego, cuando Manuela daba comienzo al festín en la Quinta, una de las ex esclavas imitaba con burla a las matronas y a sus esposos en sus caminados y

en la forma de hablar. Mientras esto o similares cosas pasaban, todos reían y bebían aquellos finos licores extranjeros de que estaba provista la alacena. Los asistentes casi todos eran irlandeses, venezolanos y franceses.

Esa vieja Bogotá era una ciudad que trataba de despertar del letargo colonial, pero conservaba sus costumbres dieciochescas con mojigatería. Por tanto era motivo de repudio permanente que las tres alebrestadas mujeres rompieran con esas tradiciones y vistieran del modo escandaloso en que lo hacían. A Manuela inicialmente la llamaban la Extranjera, después la Barragana.

Pero lo que copó todas las resistencias de los miembros del partido opositor fue el fusilamiento en efigie del general Santander, que ordenó realizar Manuela a finales de julio de ese año (1828) en la Quinta. Para ajustar más la realidad, veamos cómo cuenta esos hechos la historiadora Pilar Moreno de Ángel[87]:

> *El 28 de julio de 1828 Manuela preparó un agasajo para sus amistades en la quinta de Bolívar. En la ocasión se bebió abundantemente oporto, vino de Burdeos y champaña. En medio de la fiesta se propuso fusilar la efigie de Santander. Al efecto se acondicionó "un bulto de trapo que tenía las canillas adornadas de medias de seda negra más largas que las de un gigante". Fue colocado de espaldas, en un banquillo en la entrada de la quinta. Un tricornio adornaba su supuesta cabeza y Manuela dibujó la cara del muñeco, mientras alguien le colocaba un letrero que decía: "F. de P. S. muere por traidor".*

Muy cerca de allí estaba situado un destacamento del batallón de Granaderos a cargo del coronel irlandés Richard Crofton, ignorante militar que había llegado de cabo con la Legión Británica. Este se acompañó de un piquete que se hizo presente a llamado de Manuela, al igual que de monseñor Francisco Javier Guerra y de Mier, Dean de la catedral y uno de los invitados. Dispusieron todo el piquete de fusilamiento, mientras el Dean preparaba el alma del condenado con oraciones de muerte. Y luego, Crofton dio la orden de fuego. Los disparos de fusil desbarataron el muñeco y a partir de allí siguió el jolgorio triunfal de todos.

Era realmente indignante que esto pasara con una persona a la que la República debía tanto. Había sido su primer gobernante y con todas las dificultades del mundo había hecho un cubrimiento logístico a las hazañas del Libertador.

87. Autora citada, "José María Córdova".

Santander supo de todo esto en silencio y aparentemente todo seguía igual. Córdova no lo vio así a pesar de sus diferencias con el antiguo vicepresidente; y con un espíritu de lealtad crítica al gobierno; y con mucha franqueza, pero respeto, le dirigió al Libertador la siguiente carta:

Bogotá, 1° de agosto de 1828. Mi general: Sé que V. E. está impuesto del suceso ocurrido en días pasados en la quinta de la señora Sáenz, pero tal vez no será con la exactitud del caso. Sé que V. E. ha tenido por esto grande incomodidad, y que ha mandado se instruya sumaria contra los autores de tal hecho, o del crimen más bien, porque efectivamente fue un atentado contra el gobierno y contra V. E. mismo, contra las leyes, contra la sociedad y la disciplina, que debe observar el ejército. Pero estoy seguro que de esta sumaria no resultará nada, y esto más dará motivos a los enemigos de V. E. para apoyar su oposición y opiniones. Se dirá que V. E. ha tolerado o disimulado semejante falta cometida contra Santander por enemigo de V. E., y esto sería suponer una necia y ridícula venganza. La operación dicen que fue hecha en un muñeco figurando en él *a Santander, que fue puesto en una especie de banquillo, y como a traidor fusilado por la espalda por soldados de Granaderos que por desgracia estaban en aquel campo haciendo ejercicio; con asentimiento de su comandante Crofton sin duda, pues era miembro y estaba presente en la función. Se ha dicho que la señora Saénz fue quien promovió el escándalo y lo dirigió. Se ha dicho también en el público cuando se esperaban que se fusilasen los promotores del motín hecho por la compañía de Granaderos en Honda y luego fueron destinados a un cuerpo del sur que habían sido perdonados por favor concedido a la "presidenta". Se critica generalmente que la dicha se ingiere en los negocios del gobierno y que se le oye. Los amigos de V. E. sienten mucho esta crítica y yo más que nadie, porque ningún otro tendrá por V. E. mayor deferencia y adhesión, y por estos sentimientos me sería muy sensible no tener siempre la razón de mi parte para hacer callar a los enemigos de V. E. si alguno se atreviese a hacerme alguna reconvención. He expuesto las premisas, las consecuencias se palpan acabando de leer lo que he dicho, y no las deduzco aquí porque sería demasiado mi atrevimiento: antes temo haberme excedido en incomodar a V. E.; pero cuento con que V. E. sino me aprecia esta franqueza, me la disculpará al ver que procedo solamente porque V. E. gobierne y brille sin mancha. Señor, soy de V. E. con el mayor respeto, su muy obediente servidor, José Ma. Córdova.*

El Libertador, a quien seguramente en el fondo no le gustó esta carta, sobre todo porque decía en toda su plenitud la verdad, de todas maneras contestó comprensiva y amistosamente a Córdova:

Mi querido general: sabe Vd. Que yo le conozco a Vd., por lo que no puedo sentirme con lo que Vd. me dice. Ciertamente conozco también y más que nadie las locuras que hacen mis amigos. Por esta carta verá Vd. que no los mimo. Yo pienso suspender al comandante de Granaderos y mandarlo fuera del cuerpo a servir a otra parte. El solo es culpable, pues lo demás tiene excusa legal, quiero decir, que no es un crimen público; pero sí eminentemente torpe y miserable.

En cuanto a la amable Loca, ¿qué quiere Vd. que yo le diga a Vd.? Vd. La conoce de tiempo atrás. Yo he procurado separarme de ella, pero no se puede nada contra una resistencia como la suya; sin embargo, luego que pase este suceso, pienso hacer el más determinado esfuerzo por hacerla marchar a su país o donde quiera. Más diré que no se ha metido nunca sino en rogar, mas no ha sido oída sino en el asunto del C. Alvarado, cuya historia no me daba confianza en su fidelidad. Ya le contaré a Vd. y verá Vd. que tenía razón. Vd., mi querido Córdova, no tiene que decirme nada que yo no sepa, tanto con respecto al suceso desgraciado de estos locos, como con respecto a la prueba de amistad que Vd. tiene más que razón, tiene una y mil veces razón; y, por lo tanto debo agradecer el aviso que mucho debe haber costado a Vd. dármelo, más por delicadeza que por temor de molestarme, pues yo tengo demasiada fuerza para rehusar ver el horror de mi pena.

Rompa esta carta que no quiero que se quede existente este miserable documento de miseria y tontería.

Soy de Vd. afmo. Amigo y de corazón, Bolívar.

Después de leer estas dos misivas, obligado es que se diga que Córdova escribe en ejercicio de lo que él creía era un deber de franqueza y sinceridad con el Libertador, al que tanto amaba. Bolívar, también con franqueza, refleja la situación en cierto modo embarazosa, que ya había vivido en Lima con Manuela, aunque allá ella no se había atrevido a tanto. Sabía que ésta era intemperante, hombruna, fastidiosa, intrigante y que no convenía a la imagen que su gloria merecía. Menos aún, en esta época decadente. Pero esa 'amable loca', como con ingenio le dice, llegaba cada que la necesitaba a su soledad -la soledad del poder- con toda la pasión, ternura y todas las armas femeninas de la seducción que una mujer es capaz de dar. Ella necesitaba a un hombre de tantas tempestades como él, que

había salvado su vida en Jamaica por haber dejado su hamaca vacía, mientras en otro lecho una mujer devoraba sus ímpetus sensuales.

A él le resultaba realmente imprescindible ella cuando su alma se abatía o cuando se inflamaba aquel espíritu de amante compulsivo.

Y desde luego que tomó medidas: prohibió a Manuela que siguiera viviendo en la Quinta y fue cuando consiguió para ella esa residencia situada en el vecindario del Palacio de San Carlos. Allí viviría ella, y cuando Bolívar la necesitase, le mandaría un recado y ella llegaría inmediatamente a llenar con su presencia el espacio vacío.

Es de resaltar que frente a estos nuevos acontecimientos, curiosamente Páez, que estaba al borde de una guerra civil con su émulo de siempre José Francisco Bermúdez en Venezuela, aceptó la dictadura de Bolívar y su autoridad. Leamos lo que escribe sobre este punto, un tanto engañoso, de la asunción de la dictadura por Bolívar, el historiador Restrepo, a la sazón Ministro de Gobierno, como ya se ha anotado[88]:

> *El nuevo orden establecido en Colombia en virtud de las facultades ilimitadas conferidas al Libertador por la casi unanimidad de sufragios de la república, fue jurado y celebrado en muchas ciudades con fiestas y regocijos públicos. Más ninguna excedió en sus demostraciones a Caracas, la patria querida de Bolívar. Ya el jefe superior Páez había anunciado oficialmente "que los pueblos habían levantado actas con tanto gusto como columnas a la libertad encargado a S. E. el Libertador para darnos todas las reformas que exigen nuestras necesidades, nuestras costumbres, nuestro estado de civilización y nuestros excesos..., pudiendo asegurar a usted que el pronunciamiento que hizo la ciudad de Bogotá el 13 de junio ha reanimado la concordia entre esos y estos pueblos con vínculos de humanidad, que harán permanente y común su dicha.*
>
> *Consecuente Páez con estos sentimientos y acaso para imponer a la multitud, determina que se jure con grande pompa y solemnidad obediencia al Libertador, como a jefe supremo de la república, revestido de facultades ilimitadas para arreglar todos los ramos de la administración. Verificose este acto en Caracas el 21 de septiembre* (mismo año 28) *por todas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, por los padres de familia, y por seis batallones y dos escuadrones*

88. Autor, obra citada antes.

de tropa que proponían cerca de seis mil hombres, los que formados en gran parada hicieron la función más imponente.

Dentro de la antigua Nueva Granada, después de asumir la dictadura, hubo muchas disputas y enfrentamientos entre los partidos que se habían formado. Los periódicos ardían con sus escritos y panfletos y, por supuesto unos militares chafarotes, especialmente venezolanos, detenían por unas horas a algunos de los encarnizados escritores que conspiraban.

En tanto estas cosas se daban, Bolívar, con alguna nobleza pero tratando de alejar al jefe de los enemigos, nombró como Enviado Especial y Ministro Plenipotenciario al general Francisco de Paula Santander ante el gobierno de los Estados Unidos. Era, sin duda, un acto de la mayor consideración. Éste, después de pensarlo y balancear el asunto, aceptó el cargo solo si podía llevar de secretario a Luis Vargas Tejada, el poeta subversivo. El Libertador aceptó y el antiguo vicepresidente comenzó a organizar su viaje. Pero las reuniones de los subversivos continuaban y se acercaban a Santander como el gran consejero.

Este Vargas Tejada era en verdad un recalcitrante. Un jacobino con poesía a cuestas. En una de las reuniones de los conjurados leyó unos versos que decían:

Si a Bolívar la letra con que

empieza y aquella con que

acaba le quitamos, Oliva, de

paz símbolo, hallamos,

Esto quiere decir que la cabeza

Del tirano y los pies cortar debemos,

Si es que sólida paz apetecemos.

Todo lo que siguió fue un doloroso proceso de desintegración. Se conformó el grupo que mencionamos antes del Centro Filológico, nombre solo de apariencia e integrado por personas de distintas vertientes, pero todos revolucionarios que no veían otra salida que cometer el magnicidio.

Ahora, en tanto esto sucedía en el centro de la república, llegan las noticias y los periódicos del Perú en que se reseña la campaña incesante e intensa que se adelanta contra Colombia y el deseo que iba tomando cuerpo de invadir el territorio de este país. Nadie medía la insensatez de este atropello.

Mas la noticia que indujo con mayor fuerza la cólera del Libertador fue la de la invasión por parte del mariscal Agustín Gamarra a Bolivia, donde todavía era presidente el mariscal Sucre y contra quien se había levantado el pueblo, incitado por la gran variante de intereses creados. Incluso el gran vencedor de Ayacucho fue herido de gravedad en un brazo, herida que le privó por siempre del movimiento normal del mismo, como le ocurrió a Cervantes en la batalla de Lepanto.

En esos momentos gobernaba el Perú el también mariscal José de la Mar, sin cuyo permiso actuó Gamarra. Como consecuencia de estos hechos, Sucre, herido, renunció a la presidencia y tomó la ruta del regreso. En el Ecuador se casó con la infiel marquesa, su novia a distancia, Mariana Carcelén de Solanda y luego, después de un corto tiempo, prosiguió su viaje hasta Bogotá, a pedido del Libertador.

Bolívar al recibir estas nuevas se dejó mover por la exaltación furiosa y, bajo sus efectos, envió una proclama el 3 de julio de ese 1828 a los peruanos a los que trata hasta de miserables con todos los adjetivos que su mente enceguecida daba. Los amenazó con la guerra, que un mes después concretaría de modo oficial y concreto.

> !PROCLAMA! ¡SIMÓN BOLÍVAR LIBERTADOR PRESIDENTE DE COLOMBIA A LOS PUEBLOS DEL SUR!
>
> ¡CIUDADANOS Y SOLDADOS!
>
> *La perfidia del Gobierno del Perú ha pasado todos los límites y hollado todos los derechos de sus vecinos de Bolivia y de Colombia. Después de mil ultrajes sufridos con una paciencia heróica nos hemos visto al fin obligados a repeler la injusticia con la fuerza.... Os convido solamente a alarmaros contra esos miserables que ya han violado el suelo de nuestra hija, y que intentan aun profanar el seno de la madre de los héroes. Armaos Colombia del Sur. Volad a las fronteras del Perú y esperad allí la hora de la vindicta. Mi presencia entre vosotros será la señal del COMBATE. 3 de julio de 1828. BOLÍVAR.*

Y luego, como se dijo atrás, unos días después el Libertador declararía formalmente la guerra al Perú. Quizás no era para menos la afrenta. Pero no hay duda que era una medida temperamental que traería varias consecuencias.

Esta proclama y la guerra anunciada cayó mal en todos los ambientes de la oposición. E incluso, en el mismo Consejo de Ministros colombiano, que,

aunque de modo respetuoso, le hizo ver a Bolívar la inconveniencia de entrar en esa contienda. Pero ya era tarde.

En el Perú tomaron decisiones similares y se prepararon, con un odio estimulado por los variados intereses de los principales personajes, que no reconocían -hasta hoy- a Bolívar como su libertador sino a San Martín. Era este un problema mayor que se le agregaba a la precaria situación que se vivía en las postrimerías de aquella gran Colombia.

No obstante se hicieron intentos para arreglar la dañada situación con los peruanos. Bolívar, entrado en razón, envió a Lima a quien se había convertido en su hombre de confianza, el coronel O´Leary, con fórmulas de arreglo y ya estaba listo el doctor Joaquín Mosquera para entrar en las negociaciones diplomáticas. Con estos pasos se pensó entonces que ya no habría guerra y eso tranquilizó un poco a los granadinos.

Pero mientras estas cosas ocurren, en Bogotá están sucediendo rápidamente los acontecimientos que habrán de estremecer la vida y la historia nacional. El Centro Filológico y otro grupo de oficiales entre los que se destaca el comandante Pedro Carujo, llegan sin más dilaciones a la determinación de dar muerte al Dictador.

Es una decisión irreversible de un patriotismo errado, inyectado por los propios impulsos emocionales de los integrantes, que ellos creían eran en pro de la libertad. Las pasiones son irracionales.

Primero pensaron ejecutar sus planes en un baile de máscaras que se hizo en el teatro Coliseo[89], al frente del Palacio de San Carlos, para conmemorar el aniversario de la batalla de Boyacá. Ese día Manuela, informada a tiempo de la siniestra confabulación, y sus negras, alcanzaron a advertir solo con su presencia a Bolívar del peligro, quien salió del teatro acompañado precisamente del general Córdova.

Veamos lo que sobre el particular consigna el escritor e historiador de la época Marcelo Tenorio, vecino de apartamento de Córdova, liberal y amigo de Carujo y por supuesto del general antioqueño, en orden a refutar a Florentino González que cuenta una versión a su manera sobre la forma como se desarrolló ese acto:

89. Ocupaba el mismo sitio donde hoy funciona el teatro Colón.

Pocas veces se había manifestado el Jeneral (sic) *Bolívar* -escribe Tenorio- *en concurrencias de aquella clase tan contento como esa noche, cuando una ocurrencia sumamente desagradable para él, lo hizo salir intempestivamente, y se salvó. Se hallaba en el patio con el Coronel Fergusson, y de repente vio pasar desgreñada, sucia muy mal vestida a esa misma hermosa señora que dice el señor González se le presentó en palacio, con espada en mano la noche del 25 "Manuela Sáenz". Bolívar la conoció porque iba sin máscara; y volviéndose a su edecán le dijo, como dudando de lo que veía, "coronel, ¿es…?", Sí mi general. "Eso no se puede sufrir", replicó Bolívar, y salió precipitadamente sin despedirse de nadie. Fergusson le preguntó si quería que lo acompañase, contestó que no. El mismo coronel me ha referido lo espuesto -sic-. El general Córdova, que estaba disfrazado, sin máscara, había salido al callejón de la entrada momentáneamente, y al pasar Bolívar junto a él, de quien no fue conocido, le dijo "que! ¿se va U., mi general?", sí, muy disgustado; acompáñeme U. y le contaré", Córdova le dio el brazo, y media hora después volvió al baile…".*

Luego determinaron llevar a cabo el atentado en una visita que hizo Bolívar al Salto del Tequendama el 20 de septiembre, habiéndose detenido en la población de Soacha. Santander fue consultado por Vargas Tejada para oír lo que pensaba al efecto, y propuso que pospusieran la fecha para después de su partida hacia los Estados Unidos, cuando él no estuviera presente, a sabiendas de que sería el primer sospechoso. Aplazaron pues el atentado.

Acto seguido los conjurados pensaron en el día 28 de octubre, pero por la infidencia de uno de los comprometidos, el capitán Benedicto Triana, al contarle al subteniente Francisco Salazar lo ocurrido la noche del 24 en una reunión secreta a la que además asistían miembros de la Logia masónica y en la que determinaron seguir adelante con los planes el día 28. Salazar contó al propio Libertador lo que sabía y éste mandó a detener a Triana y llamó al coronel Ramón Nonato Guerra, jefe del estado mayor de Cundinamarca, para que adelantara la investigación.

Lo que Bolívar no podía saber era que Guerra complotaba también y era uno de los cabecillas de la conspiración. Sin embargo Guerra, para ocultar sus intenciones, puso grillos a Triana, pero no recibió declaración alguna ese día.

Mas lo que sí hizo Guerra fue precipitar el acto para ese mismo día 25. En realidad todo estaba meticulosamente calculado, aunque en verdad, como

se verá, mal calculado. Empero, la fecha anticipada por Guerra se cumplió y Bolívar falló por su credulidad en lo que le dijo aquel.

Acudo a la importante cita del general Joaquín Posada Gutiérrez[90], mencionado antes y muy amigo del Libertador y del propio Córdova, sobre ese tema específico, que aquel vivió personalmente en toda su intensidad.

> *El general Santander contradecía a los fogosos partidarios del asesinato: su programa era la destitución del Libertador por medio de pronunciamientos en las provincias, que debían promover los diputados de la Convención que participaban de sus opiniones, lo que se trató en Ocaña mismo; convocar luego otra Convención y someter a juicio a Bolívar. Es decir, que para el general Santander era más seguro y de más efecto que Bolívar, juzgado por sus más implacables enemigos, a la manera que lo fueron Carlos I y Luis XVI* -al primero de los cuales cortó la cabeza Oliver Cromwell y al segundo Robespierre- . *muriera como* éstos *murieron. Así fue que habiéndose tratado seriamente de asesinar al Libertador el 10 de agosto en un paseo al pueblo de Soacha, a donde fue con poca comitiva, lo impidió el general Santander, en lo que hizo un señalado servicio, …*
>
> *Por otra parte el general Santander se oponía a que se intentase la menor cosa antes de que él hubiese salido de Colombia en su misión diplomática. No pudiendo vencer esta oposición, acordaron los conjurados, resueltos al asesinato, no dar el golpe hasta el 28 de octubre, día de San Simón, en que con motivo de la fiesta del nombre de Bolívar se presentarían ocasiones favorables, y se habría ido el general Santander; cuando uno de esos incidentes que casi siempre ocurren en las conspiraciones numerosas, los alarmó y los precipitó desconcertados a adelantar la catástrofe: el capitán Benedicto Triana, uno de los conjurados, invitó sin precauciones al teniente Francisco Salazar* -quien se encontraba preso en el - cuartel de artillería- *a entrar en la conspiración; Salazar, sorprendido, disimuló con Triana, dio parte inmediatamente al comandante general del departamento, y Triana fue preso en la misma tarde (25 de septiembre de 1828) sin que se le tomará una declaración formal, siguiéndose la costumbre española que expresa esa frase: "dejémoslo para mañana..".*

En la declaración que rindió el subteniente Francisco Salazar el día 26 de septiembre, al inicio de la investigación que asumieron desde la misma noche del atentado -25 de septiembre- los generales Rafael Urdaneta, Ministro de

90. Autor citada, "Memorias histórico-políticas", edit. Bedout, tomo I

Guerra y el general Joaquín París, presidente de la comisión investigadora, por órdenes directas del propio Libertador. Salazar dice:

> *Preguntando su nombre, edad y empleo, dijo llamarse Francisco Salazar, de edad de treinta y cuatro años, que es Subteniente del ejército retirado. Preguntando diga si conoce al Capitán Benedicto Triana y si ha entendido o sabido que este oficial haya manifestado tener algún plan de conspiración contra el Gobierno, manifestando todo cuanto sepa en el particular, el lugar, hora y personas que puedan acreditar el hecho, dijo: que sí conoce al tal referido Capitán Triana, que anoche, como a las once de la noche, estando el que declarara en el cuartel de artillería en un cuarto bajo donde está alojado, entró el dicho Capitán Triana y le dijo las siguientes palabras: "Salazar, vengo de la Logia donde me protegen y hemos de joder a ese viejo Bolívar que ha dado en un tirano y he adelantado mucho con los muchachos de Vargas y todos son muchachos decentes, que con cuatro hombres que él tuviera le metía el pie a doscientos, y después le dijo: ¿no sabe vuestra merced que yo soy masón?". A lo que le contestó el declarante: yo no sé nada de eso, y sepa usted que soy protegido por todos los paisanos del pueblo, y como usted no se vaya pronto para el Cauca verá usted, y si usted me llama a denunciar entonces le pegaré a usted una puñalada en la cama, por lo que el declarante se salió afuera, por cuya razón esta mañana temprano dio parte verbal al Excelentísimo señor Libertador.*

Precipitada la ejecución del golpe por la circunstancia anotada en la declaración que acaba de transcribirse, hay que anotar que ese día, que cayó jueves, Bolívar, cuya salud como se ha comentado antes había declinado, amaneció con fiebre. En él se acumulaban los rezagos del paludismo, del tabardillo y una amibiasis que se había concentrado en el pulmón, después de haber perforado el diafragma. En realidad no tenía tuberculosis como se ha pensado.

Tuvo fiebre y estaba descompuesto. Mandó a llamar a Manuela, quien también estaba padeciendo de un intenso dolor de muela. Ella salió para San Carlos entrada la noche y pisando una calle mojada por la intensa lluvia que había caído. Cuando ella llega él está tomando un baño de agua caliente que le aliviaba.

En la mañana de ese mismo día, como ya se anotó, se había enterado, con el testimonio directo del teniente Francisco Salazar, del plan de los complotados y de la conversación que había tenido éste con el capitán Benedicto Triana,

quien estaba detenido en el batallón Vargas desde hacía dos años pero quien salía en las noches con permiso de los centinelas. Así ocurrió esa noche del 24.

Bolívar, como ya se dijo, ordenó que detuvieran a Triana y comisionó para iniciar la investigación al coronel Ramón Nonato Guerra, a quien le tenía confianza y quien a la sazón no solo era jefe del estado mayor del departamento, sino comandante del grupo de artillería que tenía bajo su cuidado el parque. Solo que este coronel, como también se dijo, estaba altamente comprometido con los conjurados.

Guerra sujetó con grillos a Triana, pero ante el conocimiento que ya tenía el Libertador del complot y de los comprometidos en la conspiración, instruyó a éstos sobre la necesidad de ejecutar el golpe ese mismo día. Y se pusieron en movimiento inmediato. Fuera de eso, Guerra, como así mismo se narró, maliciosamente no le recibió declaración a Triana en la misma fecha. O sea que Bolívar supo y no supo a ciencia cierta que la conspiración y el crimen se llevaría a cabo aquel fatídico 25 de septiembre.

La historiadora Pilar Moreno de Ángel en su obra biográfica de Santander, apunta:

> *El grupo de asaltantes, a quienes se les había asignado la toma del palacio, se componía de dieciséis soldados de artillería bajo el comando del comandante Pedro Carujo, a más de diez civiles dirigidos por Agustín Horment. Entre los últimos se encontraban: Florentino González, Pedro Celestino Azuero, Wenceslao Zuláibar, Felipe Ávila, Juan Miguel Acevedo, Marino Ospina Rodríguez, el militar venezolano retirado del servicio activo José Ignacio López -alias Lopotez- y los artesanos Loranzo Ortega y Nemesio Parra*[91].

Era tarde de la noche. Hacía mucho rato los conjurados se habían reunido en casa de Vargas Tejada, y se habían asignado trabajos en comisiones. Todos sabían que habían sido descubiertos por Triana y el tiempo era propicio. Había luna esa noche.

A las once salieron de la casa de Vargas Tejada donde se habían reunido con dirección a la casa de Bolívar que se encontraba con las puertas abiertas, protegida solamente por veinte hombres granaderos que, salvo los centinelas, dormían. A la cabeza de los asaltantes estaba el teniente coronel recién ascendido Pedro Carujo.

91. Pilar Moreno de Ángel, Santander, edit. Planeta.

De entrada mataron con arma blanca a los cuatro centinelas y penetraron por el viejo caserón -San Carlos-. En esos momentos el coronel Fergusson, edecán del Libertador, salió a ver qué pasaba. Cuando se encuentra con los asaltantes, Carujo de frente le dispara y lo mata.

Igual cosa ocurre con el joven teniente Andrés Ibarra, pariente cercano del Libertador, al cual en uno de los pasillos del palacio hieren con ferocidad en un brazo.

Cuando sonaron voces de tumulto en el palacio, abajos al tirano y unos cuantos disparos, Bolívar supo de inmediato que la conspiración asaltaba el palacio desprotegido. Había llegado la hora y, como pudo, se vistió y echó mano a su espada desenvainada e intentó abrir la puerta detrás de la cual se oían los gritos violentos, para enfrentarlos. Nunca fue cobarde.

Pero Manuela, llena de ánimo, que desde antes había visto un pequeño balcón que daba con muy poca altura a la calle, le dijo al Libertador que se lanzara por allí y buscara refugio más abajo. Hasta ese momento no se sabía cuántos hombres habían llegado al asalto. La situación, sin lugar a dudas, era demasiado grave.

Manuela abrió la puerta y enfrentó a los conjurados: "*El Libertador- Presidente no está aquí* -les dijo-. *Supo del plan de ustedes y se fue a dormir a la casa de un amigo cuyo nombre ignoro"*. Uno de los conjurados, de nombre José López -Lopotez-, violento él, trató de agredir a la valiente mujer con gritos contra el Tirano. Y fue entonces cuando Florentino González, conspirador pero un caballero, le dio a éste un empellón mientras la decía con autoridad*: "Suelte usted a la señora, que aquí no hemos venido a matar mujeres".*

El Libertador ya había saltado a la calle que allí estaba sola. En el salto perdió la espada y sin ella, inerme, se soltó a caminar con paso largo por las calles frías y solitarias de aquella noche clara. Afortunadamente un criado de nombre José María lo ve pasar, se acerca y lo identifica. Siguen juntos caminando en la incertidumbre. No se sabe si el batallón Vargas, cercano al sitio, está comprometido en el complot o no y por lo tanto siguen de largo. Caminan rápido hacia el puente del Carmen sobre la quebrada San Agustín que pasa por debajo, a unas cuadras de palacio. Penetran al puente entre los barrancos de la ribera y se esconden en medio del frío de la madrugada. Bolívar en un silencio traumático asiste mentalmente al desfile de su propia vida, mientras

su salud quebrantada se resiente más con el frío intenso de la madrugada, en una espera eterna que duró tres horas.

Al cabo de ese largo rato oyen pasar a algunos hombres que claman por la libertad y no tan lejos se oyen disparos. Después pasan otros gritando vivas al Libertador. Pero como Bolívar no tiene acceso a la vista de esos personajes, cuando al cabo de esas largas horas se han acercado hombres del Vargas que dicen en voz alta que todo ha pasado y los conspiradores han sido derrotados, Bolívar le dice al fiel criado, que es muy conocido de todos, que suba y verifique quienes son los que allí están. El muchacho sube y encuentra a los soldados y oficiales leales del batallón.

Ayudan a salir al Libertador de su escondite, le facilitan una montura y juntos se dirigen hacia el sur a la plaza de la catedral. Ya en ese momento el general Bolívar encuentra al general Rafael Urdaneta rodeado de tropas y con él y otros regresa a Palacio donde lo espera con gran ansiedad Manuela. Es entonces, en ese reencuentro, cuando altamente reconocido con ella, la llama "La Libertadora del Libertador".

Se cambia las ropas mojadas y, muy contrariado con todo lo que ha pasado, habla nuevamente de su renuncia al poder y de no querer que haya más derramamiento de sangre por su culpa.

Urdaneta, su gran amigo y ministro de guerra le oye en silencio, pero después le habla sobre el significado en si de toda la conspiración y la criminalidad que han demostrado los comprometidos. Así mismo del futuro, de la justicia, de la política y de cómo el gobierno no puede mostrar ninguna debilidad.

Bolívar piensa, reacciona y rápidamente pasa a la ira contra los confabulados. Ha llegado el momento de aplicar lo dispuesto por el decreto que, previendo una situación como la actual, expidió él mismo en ejercicio de los poderes dictatoriales consagrados en el decreto orgánico del 27 de agosto de 1828. En dicha norma se señalan penas y procedimiento breve para todo aquel que intentara un atentado contra el gobierno. En ese decreto tenía prevalencia la pena de muerte para los delitos más graves.

La misma normatividad establecía que el presidente de la comisión investigadora debía ser el Comandante General de las Fuerzas Armadas del Departamento; y además, que las sentencias serían dictadas una vez oído el concepto del auditor de guerra.

Inmediatamente se conformó por medio de otro decreto ese tribunal que debía actuar desde ese momento, acorde con la anotada normatividad. Ese tribunal quedó integrado así: Presidente el General Joaquín París, quien era el comandante general del departamento de Cundinamarca; y serían miembros del mismo el general José María Córdova, quien como ya se ha dicho era el Subjefe del estado mayor general, además estaban los generales Francisco de Paula Vélez, quien por razones de salud renunció siendo nombrado en su reemplazo el primer comandante José Arjona y José María Ortega. También estaban los civiles doctor José Francisco Pereira, quien era ministro de la alta Corte de Justicia y el doctor Joaquín Pareja, alto fiscal de esta misma Corte. Entraron así mismo los abogados Manuel B. Álvarez y José Joaquín Gori. El coronel Tomas Barriga y Brito asumía como auditor de guerra.

El general Urdaneta, en su calidad de ministro de Guerra debía igualmente adelantar las investigaciones de inmediato. Urdaneta, venezolano como ya es conocido, es un hombre curtido en la lucha y muy duro de temperamento y de carácter. Tiene además toda la legislación a su favor para iniciar y llevar a su término, por la vía rápida, los consejos de guerra.

Esa misma noche el general venezolano con un gran equipo de oficiales, sale a la calle y entre muchos otros prisioneros, con razón o sin ella, detiene al general Santander, a quien inicialmente pone a esperar unas horas en la residencia del mismo Urdaneta. Así, pues, se da comienzo a la orgía de sangre que fue el juicio.

Capítulo XII

El juicio a los comprometidos

El juicio y las declaraciones de los conjurados. Actuación del general Córdova. Condena a muerte de padilla y otros y del general Santander. Conmutación de pena amnistía del mismo. Carta de Nicolasa Ibáñez y destierros.

La investigación, como se ha dicho, se inicia en la misma madrugada del día 26. Santander, que ha oído los disparos, sale a mirar lo que está pasando a la plaza de la catedral hoy plaza de Bolívar. Piensa que no tiene nada que esconder. Él ha aconsejado que se abstengan de ejecutar los planes contra el Libertador, como se ha visto unas páginas atrás. En últimas ha aconsejado a sus amigos que le han consultado, entre ellos a don Florentino González, que se abstengan, por lo menos mientras él esté en el país.

Al salir de casa, esa misma noche, Santander se encuentra con el general Urdaneta con el que participa en una conversación en la que el expresidente condena el intento de asesinato. Y Urdaneta lo lleva a su casa y le dice que por su seguridad espere allí. Pero después volverá y lo pondrá preso.

Veamos lo que dice la confiable historiadora Pilar Moreno de Ángel[92] en relación con la captura del general Santander y otros aspectos ocurridos desde la madrugada del fatídico 25 a 26 de septiembre:

> *El 26 de septiembre Santander se refugió en casa del ministro de guerra Rafael Urdaneta. De allí fue sacado y puesto en incomunicación. Afanosamente interrogado para ver de establecer su complicidad en el frustrado golpe. Y todos los demás comprometidos quienes fueron examinados cuidadosamente para ver si implicaban de alguna forma a Santander con la conspiración. A pesar de tales esfuerzos, ninguna prueba pudo esgrimirse contra el Hombre de las Leyes.*

92. Pilar Moreno de Ángel, José María Córdova, citada varias veces.

Estando así las cosas, fray Tomás Sánchez Mora compareció frente al general Pedro Alcántara Herrán, intendente del departamento de Cundinamarca, para ofrecerle que Pedro Carujo se presentaría a cambio de la garantía de su vida. Además revelaría todo cuanto sabía sobre la conspiración. Esta oferta fue aceptada de inmediato, porque el gobierno pensó que allí encontraría la acusación contra Santander. Entonces el intendente, general Pedro Alcántara Herrán, despachó acto seguido una carta donde se acompañaba el documento legal que le garantizaba la seguridad personal a Carujo. Dicha misiva estaba firmada por el general José María Córdova -a quien han encargado del Ministerio de Guerra en reemplazo de Urdaneta quien ha pasado a investigador- *y decía:*

Garantía número 3, República de Colombia-Ministerio de estado en el departamento de la guerra. Sección general. Bogotá a 22 de octubre de 1828. Al señor Pedro Carujo.

El Libertador ha recibido la representación de usted solicitando un indulto y pasaporte para salir del país, y ofreciendo descubrir los proyectos de la conspiración en la que se halla usted complicado; y el Libertador usando su magnanimidad, le ofrece a usted, por mi órgano, el indulto y pasaporte que pide con tal que usted cumpla con su ofrecimiento en término de veinticuatro horas.

Dios guarde a Usted, José María Córdova.

Hasta allí los conjurados en sus declaraciones habían eludido su responsabilidad dando explicaciones negativas y evasivas. Como es normal. Pero, al ver la oportunidad de recibir la declaración de Carujo diciendo toda la verdad, no obstante que era el más comprometido con el intento de magnicidio, tanto el Libertador como Urdaneta vieron propicia la posibilidad de atrapar a Santander y a los verdaderos culpables, como lo anota la cita precedente.

La declaración del venezolano Pedro Carujo, recién ascendido a teniente coronel y uno de los más peligrosos conjurados, se rindió el 23 de octubre. Había estado escondido en un convento y decidió confesar para ganar entonces -como ahora en Colombia- los beneficios con los que de otra manera no podría haber soñado; y entonces, como se señaló antes, utilizó como mensajero a fray Tomás Sánchez Mora, quien era su gran amigo y profesor, para transmitir por medio de un escrito ese propósito.

Y efectivamente en la instructiva que se le recibe cuenta todo, pero establece enormes restricciones en cuanto a los verdaderos propósitos del asalto a

palacio que, según él, no buscaba la muerte del Libertador sino ponerlo preso para convencerlo de un retorno a la democracia. Ante estas limitaciones a la verdad, el propio Urdaneta, que es quien recibe la declaración, llama al orden al declarante porque no está cumpliendo con lo prometido. Y a pesar de que la diligencia la extienden más, el resultado es el mismo. Carujo es un hombre inteligente e ilustrado. Y astuto. Por supuesto nadie le da crédito a lo que expone en su declaración y se piensa que su actuación es una burla.

Señala éste en lo dicho que los miembros del Centro Filológico eran, fuera de los hermanos Ospina Rodríguez, Lorenzo Ortega, Felipe Ávila, Luciano Roa, Celestino Azuero, Florentino González, Miguel Acevedo y un tal Parra. Además de los anteriores estaban Mariano Escobar, Sinforiano Hernández, José Duque, José Gutiérrez, Ezequiel Rojas, Alejo Pérez, Benito Santamaría, José Lorga y el francés Juan Francisco Arganil. Y había aun otros cuyos nombres se le escapaban al declarante. Veamos, a pesar de su extensión, la primera parte de esa diligencia[93]:

Declaración del comandante Pedro Carujo Octubre 23.

En la ciudad de Bogotá a veinte y tres de octubre de mil ochocientos veinte y ocho, el señor Juez de la causa contra los conspiradores hizo traer a su presencia al Primer Comandante Pedro Carujo, cómplice de tal delito, para efecto de tomarle su declaración, y previo el juramento de ordenanza ofreció decir verdad en cuanto supiere y fuere preguntado, siéndolo por su nombre, edad, empleo patria y religión, dijo llamarse como queda dicho; que es de edad de veinte y seis años, que es Primer Comandante de Infantería, segundo ayudante del Estado Mayor de la República, que es natural de la ciudad de Barcelona, en el Departamento de Maturín y que su religión es la católica, apostólica y romana.

1ª Preguntando qué parte tuvo en la conspiración del veinte y cinco de septiembre, dijo ser uno de los directores del plan formado para efectuar dicha conspiración.

2ª preguntando quiénes han sido los principales autores de dicho plan, dijo que el Coronel Ramón Guerra, el señor Agustín Horment, el señor Wenceslao Zuláibar y el exponente.

93. "Proceso del 25 de septiembre", editorial Archivo Histórico dirigido por Enrique Ortiz Ricaurte, dedicado al entonces presidente de la República doctor Eduardo Santos.

3ª Preguntando con qué recursos contaron, qué personas los suministraron y con quiénes debían llevarlo a efecto, dijo que en cuanto a recursos pecuniarios no tiene la menor noticia de que hubiese algún fondo destinado al efecto, porque no se creyó de ninguna necesidad. Que respecto de elementos personales se contaba con el Comandante de la Brigada de Artillería, a quien se encargó hablar el Coronel Guerra y, por consiguiente, por una vehemente presunción con todos los Oficiales y tropa de dicho Cuerpo, con innumerables personas del pueblo conocidas por el Coronel Guerra, Horment y Zuláibar, y no por el exponente a causa de su notorio aislamiento en esta capital, consagrado constantemente al desempeño de sus obligaciones y al estudio, y porque las conferencias que tenía acerca de la conspiración en términos serios, sólo las practicaba con los tres individuos mencionados que estaban en el fondo del proyecto; que conoce a algunas personas de vista y muy pocas de nombre, las cuales solía ver en la casa de Horment y que también se contaba con la opinión pública y la masa total del pueblo, porque a juicio de los tres sujetos referidos y del exponente, estaban plenamente persuadidos del descontento y aun exasperación general producida según la voz de todos y la particular inteligencia de cada uno por la autoridad omnímoda, ilimitada y temporalmente indefinida con que se había investido al Libertador y que, según la íntima persuasión de todas, no habría sido obra de la voluntad nacional ni producto de los deseos de V. E., sino de la fuerza y la voluntad de algunos empleados públicos.

4ª Preguntando quién indujo al exponente a entrar en la conspiración, dijo que el primero que le habló sobre la materia a fines del año pasado fue el Coronel Guerra, pero en términos diferentes de aquello en que se efectuó el proyecto, pues lo que se practicó entonces fue una junta denominada de observación y cuyo objeto era examinar imparcial, prolija y maduramente la opinión pública, la conducta del Gobierno y, en fin, la marcha general de las cosas que tuviesen relación con la República bajo el aspecto social y principalmente sobre lo que pudiera atacar la libertad de los colombianos.

5ª Preguntando qué individuos pertenecieron a aquella junta de observación y en qué lugar la celebraban, dijo que pertenecían a la junta de observación los tres individuos ya nombrados y el exponente, y que cuando las conferencias se celebraban entre los cuatro reunidos, se elegía la casa de Horment y que el declarante hablaba frecuentemente con el Coronel Guerra en la casa de éste y en su oficina por la facilidad que tenía para ello, y que dicho Guerra lo practicaba también con los otros dos en la tienda de comercio de éstos y en la calle, según aquél le decía.

6ª Preguntando quién habló al exponente después del Coronel Guerra sobre la conspiración que tuvo lugar el veinte y cinco, dijo que nadie más.

7ª Preguntando cuál fue el objeto del plan, dijo: que el plan y objeto primitivos a cargo de la junta de observación era, como lo ha dicho, examinar imparcial, prolija y maduramente la opinión pública, la conducta del Gobierno y, en fin, la marcha general de las cosas que tuviesen relación con la República bajo el aspecto social y, principalmente, sobre lo que pudiera atacar la libertad de los colombianos; y que finalmente después del trece de junio último, el plan de la conspiración tenía por único objeto aprender la persona del Libertador y rogarle y obligarle en los términos suaves, respetuosos y compatibles con su dignidad y todo lo que Colombia y la América le deben, que se desnudase de la autoridad omnímoda ilimitada y temporalmente indefinida con que se hallaba investido; (...).

La declaración de Carujo de ninguna manera era convincente y por supuesto no convenció a Urdaneta de que se tratara de una confesión. A Santander lo excluye y es evasivo como se aprecia en la transcripción hecha de la responsabilidad de los conjurados. Por tanto a quienes lo juzgaban y al propio Bolívar les pareció que no era acreedor a los beneficios que se habían convenido. Carujo fue hecho prisionero y luego se le dictó con la firma de Urdaneta sentencia de pena de muerte, que finalmente, por un indulto que dictó el propio Libertador como veremos adelante, le fue perdonada a cambio del destierro. Carujo, partió entonces para Venezuela donde vivió muchos años participando en política. Años después volvería a participar en la lucha abierta de los venezolanos contra Bolívar.

En relación con la actividad en esa noche del 25 de septiembre del general José María Córdova, existe una controversia entre los historiadores José Manuel Restrepo y Joaquín Posada Gutiérrez. El primero le atribuye a Córdova una cierta participación en los hechos por haber estado reunido con Carujo después de los sucesos acaecidos en palacio y quien, como se ha visto, era su amigo. Sostiene, en coincidencia con la misma Manuela Sáenz, que Córdova ayudó a huir a Carujo y que lo mantuvo oculto bajo su protección. Por supuesto Manuela odiaba a Córdova desde el viaje en barco de regreso del Perú, que antes vimos, y por lo tanto la inquina contra éste se deriva de allí. Otro que se agregó en contra de Córdova, de quien era enemigo como se ha visto, fue el coronel Tomás Cipriano de Mosquera.

Posada Gutiérrez le niega razón alguna a Restrepo en su afirmación contra Córdova, porque la considera ajena a prueba alguna, igual que lo hace la historiadora Pilar Moreno, advirtiendo que en esos momentos la amistad y solidaridad de aquel con el Libertador era muy estrecha y sincera.

El autor de esta obra, que es una referencia de lo que los historiadores de la época escribieron, no entra en tal discusión, pero sí acude a la cita de la historiadora nombrada, cuya seriedad y buen juicio están a la vista, sobre la no participación del general antioqueño en esa fatídica noche. Veamos lo que escribe la señora Pilar. Es una cita larga, pero diciente y explicativa:

A las nueve de la noche de ese 25 de septiembre el general José María Córdova dormía apaciblemente en su casa de la calle de la Portería. Fue despertado súbitamente cuando irrumpió en el cuarto su primer edecán, capitán Francisco Giraldo, quién estaba de visita donde unas señoritas Cuervo. Allí había oído detonaciones y el barullo, por lo que decidió regresar rápidamente a buscar a su jefe: "Mi general, ¡levántese! Ha habido un fuego de artillería y fusilería en los cuarteles y han atacado el palacio del Libertador.

Córdova inmediatamente intuyó que lo que estaba sucediendo era el desarrollo de la posible conspiración, puesto que no solamente ese era el ambiente que se respiraba en la capital, sino que hechos tan dicientes como los sucedidos esa mañana cuando el capitán Benedicto Triana se le habían puesto grillos después de las acusaciones del teniente Salazar, así lo confirmaban. El general reaccionó de inmediato y despachó uno de sus asistentes al palacio con el objeto de prevenir al Libertador. Este soldado al llegar a San Carlos fue hecho prisionero por el comandante Pedro Carujo. Mientras se vestía el general ordenó que le ensillaran el único *caballo que había en las pesebreras de la casa y envió a su edecán Giraldo a averiguar mayores detalles".*

Rápidamente salió de su casa armado de su espada y de una sola pistola cargada, ya que la segunda que usualmente portaba no tuvo tiempo de prepararla. Tomó la vía más rápida y corta, así que se dirigió a la calle de Santo Tomás, llamada también del Colegio del Rosario, siguió por la Balvanera, los Herreros y San Felipe Neri (actual carrera 6ª entre calles 14 y 11). En esta última cuadra vio pasar dos personas desconocidas que iban gritando: "Muera el tirano". Cuando llegó frente al palacio, Córdova encontró la guardia que habían puesto los conspiradores y se detuvo al grito de "Quien vive y quien es". El héroe de Ayacucho se identificó y no obtuvo respuesta. En esos instantes

llegó el general Joaquín París, comandante general del departamento de Cundinamarca, a quien los soldados revoltosos le incriminaron: "Váyase usted, general, no se meta usted aquí, váyase usted". Córdova y París comprendieron que el palacio estaba en poder de los facciosos y que éstos se habían apoderado de la persona del Libertador y optaron por retirarse cada uno por su lado. El general Córdova retrocedió y subió por la calle de La Moneda (calle 11 entre carreras 4ª y 5ª) siguió por la calle del Carmen (actual carrera 5ª entre calles 9ª y 10) atravesando el puente del mismo nombre. Bajo el arco de ese mismo puente en ese momento se encontraba refugiado Bolívar en compañía de uno de los sirvientes de palacio. Empapado y tiritando, el Libertador podía escuchar alternativamente las descargas de fusil y el galope de los caballos. No supo que el jinete solitario que cruzaba el puente en esos instantes era nada menos que su fiel y valeroso amigo el general José María Córdova...

Frente a estos acontecimientos ante los cuales era poco lo que podía hacer un hombre solo, el antioqueño priorizó sus actividades inmediatas y lo primero que hizo fue ir a la residencia campestre del cónsul Hendersen para ver si Fanny, su novia y su familia, estaban fuera de peligro; y buscó, en caso de que las cosas se agravaran, que todos pudieran trasladarse a la finca cercana del general Domingo Caicedo. Curiosamente Bolívar, para él, también había pensado en buscar refugio allí mismo.

Cuando supo que allá en casa de su novia todo estaba a salvo, Córdova regresó a San Carlos. Como había visto el palacio invadido por los complotados y pensaba que el Libertador estaba prisionero, pensó que era muy importante trasladarse a una población vecina en busca de personal armado para acometer la defensa. Córdova estaba solo en su cabalgadura.

Vistos así los hechos, y por si hubiere necesidad de otros elementos de prueba en relación con la ninguna complicidad de Córdova con Carujo, vale la pena observar que aquel, a partir de la madrugada del día 26, entró a hacer parte con toda su integridad en la comisión investigadora como atrás se dejó anotado, aunque, como lo veremos luego, fue un juez benigno y pudo ayudar a salvar su vida a muchos de los conjurados, incluido Santander, porque en realidad fue Córdova quien determinó la conmutación de la pena de muerte de éste, como veremos luego.

En relación con su comportamiento en el juicio que se inició la misma noche, obsérvese cómo cierto día estaba el general Córdova como instructor

del proceso recibiendo declaración al capitán Rudesindo Silva. El declarante, al aceptar su participación en los hechos, advirtió que para el atentado había sido instruido por el coronel Ramón Nonato Guerra. Éste en esos momentos se encontraba presente, después de haber felicitado efusivamente al Libertador por haber salido indemne del asalto. Cuando Córdova oye al declarante señalar la participación de Guerra, advierte con tono encrespado: *"Ah, usted es un conspirador"* y lo manda a detener.

Guerra, ciertamente, era uno de los principales conspiradores, como se vio antes. Carujo en su declaración lo señala como el primer organizador de la comisión de asalto y es, como también se ha dicho, el que ordena, cuando se produce la captura de Triana, la ejecución del plan el mismo día 25 de septiembre. Pero al llegar la hora convenida, Guerra no aparece. Se había arrepentido y se había ido, desde temprano, a la casa del ministro o secretario del Libertador José María del Castillo y Rada, con quien departió al igual que con otros más de la élite de amigos cercanos del régimen hasta altas horas de la noche.

Es preciso anotar que el primer tribunal designado que presidía el general París como antes se vio, del cual hacía parte el general Córdova, condenó sumariamente el 29 de septiembre de ese año 28, es decir cuatro días después del complot, a las siguientes personas:

Agustín Horment, 29 años nacido en Navarrex Francia, Wenceslao Zulaibar, 24 años, antioqueño, comerciante, tenía tienda en la que trabajaba el anterior y con él vivía su protegido el médico francés Juan Francisco Arganil, también comprometido en los hechos, pero quien se escapó de la pena de muerte.

Arganil fue un personaje de mucho recorrido, un *sans culotte* de la revolución francesa, que según decían, había corrido entre la plebe con la cabeza de la princesa de Lamballe, la mejor amiga de María Antonieta, en una pica. Cordovez Moure[94] lo pinta así:

> *Era Arganil un vejete de pequeña estatura, cabellos blondos, cutis sonrosado, ojos azules vivísimos, de andar reposado; era tan pobre, que lo mantenía y vestía con su trabajo su ayuda de cámara, Francois Stevenel, fundador de la antigua fonda denominada La Rosa Blanca, lo cual hacía presumir que fuese persona distinguida en su país; murió en Bogotá hace unos sesenta años, en edad muy avanzada.*

94.José María Cordovez Moure, *Reminiscencias de Santafé de Bogotá-*

También fueron condenados el capitán Rudesindo Silva, 31 años, nacido en El Socorro y el que era comandante accidental de artillería, el teniente Cayetano Galindo, 27 años, nacido en Bogotá y oficial del ejército desde 1815, teniente de artillería José Ignacio López (Lopotez), 32 años y natural de Barcelona Venezuela. Fue éste el que iba a atentar contra Manuela Sáenz la noche del 25 de septiembre.

Estos primeros condenados fueron fusilados en la plaza mayor el 30 de septiembre a las doce del día y sus cadáveres, como era costumbre española, permanecieron expuestos durante un rato largo en el mismo sitio donde los ajusticiaron.

Cuando el Libertador vio la sentencia que dejaba vivo a Guerra, se encendió en cólera y entendió que el tribunal no estaba funcionando bien.

En tema tan importante es necesario volver al testimonio de Restrepo[95], quien anota:

> *En breves días había palpado el Libertador las dificultades que rodeaban a un tribunal colegiado para juzgar con prontitud a los reos, y que era mejor el unitario establecido desde febrero anterior por un decreto suyo preexistente. Conferíase por* éste *la facultad de juzgar breve y sumariamente a los conspiradores, a los comandantes generales, comandantes de armas o a los gobernadores de las provincias; en el mismo se fijaban las penas con que debían ser castigados. Las disposiciones contenidas en el mencionado decreto eran idénticas, y también los juicios, a los que había establecido en Colombia el vicepresidente Santander, siempre que usaba las facultades extraordinarias conforme al artículo 128 de la constitución. Los juicios sumarios, las penas y los jueces designados contra los conspiradores y perturbadores del orden público no fueron, pues, una invención de la dictadura de Bolívar, como falsamente se ha querido persuadir".*
>
> *Para organizar el tribunal unitario el Libertador encargó la comandancia general del departamento de Cundinamarca al general Rafael Urdaneta (septiembre 29), relevándole del ministerio de guerra, que confirió al general José María Córdoba. Urdaneta, que profesaba el principio de no excusarse jamás de cumplir los encargos militares que se le hicieran, especialmente por el Libertador, aceptó la comandancia general, con el penoso y difícil encargo de juzgar a los conspiradores del 25 de septiembre. Asociado de su auditor Tomás Barriga,*

95. Restrepo, obra citada.

dedicose con mucha actividad, grande firmeza e imparcial justicia a terminar aquellos ruidosos procesos que tenían agitada la capital, y consternados a sus moradores[96].

Así, pues, que Córdova queda nombrado interinamente en el ministerio o secretaría de guerra el día 29 de septiembre, cuatro días después del intento de magnicidio. Urdaneta entra con su rudeza militar a organizar todo el rigor contra los septembrinos, entre ellos el general Santander.

En relación con ese tema, veamos lo que declaró en la investigación que adelantó Urdaneta y en la que Córdova fue nombrado juez ad hoc, don Florentino González en lo que se relaciona con la actuación de Santander y la suya propia[97]:

El señor Juez hizo traer a su presencia al señor Florentino González para evacuar la cita que le resulta de la anterior exposición del Primer Comandante Pedro Carujo, y habiendo ofrecido decir verdad sobre el punto que se le va a interrogar, se le leyó la cita en que el Comandante Carujo se refiere a dicho González, e impuesto de su contenido, dijo que se acuerda que estando una noche en la Sociedad Filológica llegó el Comandante Carujo y sentándose al lado le dijo: "Tú tienes bastante intimidad con el General Santander y necesitamos de una persona que le dé parte de un negocio de mucho interés que actualmente nos ocupa a varios amigos y a mí. Ya habrás visto el decreto provisorio que establece un nuevo sistema de gobierno, y veo muy bien que ni el General Santander ni tú estarán contentos con él, ni el pueblo tampoco, porque todos los que pensamos como ustedes no lo estamos. Es pues preciso que tú vayas a casa del General Santander y le digas de parte del Coronel Guerra, Horment y de la mía que estamos resueltos a obrar a viva fuerza contra el nuevo sistema de gobierno porque no es el que parece tenían los pueblos derecho a esperar. Que se halla establecida una junta de observación, la cual combinaba los planes y hacía prosélitos; que para aquel día (que sería el diez o doce de septiembre) contaba ya la junta de observación con los Oficiales y tropa de artillería y con cincuenta o sesenta hombres decentes ya abogados, ya comerciantes, ya oficiales retirados, ya empleados civiles y en fin con un crecido número de estudiantes. Que hecha esta relación, preguntase al General Santander si en caso de que el movimiento se lograse tomaría las riendas del Gobierno y restablecería la

96. Restrepo, Historia de la revolución de Colombia, tomo VI

97. "Proceso del 25 de septiembre" editado por el Archivo Histórico, citado antes.

Constitución de mil ochocientos veintiuno y restituiría todas las cosas al estado en que se hallaban el treinta de abril de mil ochocientos veintiséis, época en que empezó el trastorno que tantas y tan tristes desgracias ha traído a Colombia" Que efectivamente, a las ocho de la noche fue el declarante a casa del General Santander y le hizo la misma exposición que queda inserta y entrando en discusión sobre el fondo de la materia el General Santander dijo: "Bien convencido estoy yo y lo está la mayor parte de los hombres pensadores, que el gobierno que establece el decreto de veintisiete de agosto, no es el que exigen los sacrificios de dieciocho años y la situación política en que se halla Colombia. Desde el día en que se publicó el decreto lo conozco. Conozco también que será necesario alguna vez obrar a viva fuerza y derribar el edificio; pero es preciso dejar madurar la manzana, y, además, yo estimo mucho mi buena fama y reputación para que se diga que se había hecho un movimiento porque yo quería apoderarme del Gobierno y tiranizar a Colombia; por esta razón siempre me opondré a que haya una revolución mientras esté en el territorio. Como usted sabe, yo debo irme dentro de poco para los Estados Unidos. Cuando yo haya dejado las costas de Colombia, ustedes pueden obrar de la manera que dicen y yo estaré pronto en cualquier tiempo a restituirme al seno de mi Patria si el Gobierno que se establezca me llama, y a servirla en lo que se quiera, si el pueblo creyere necesario mis servicios".

Es una versión indubitable. Allí está Santander de cuerpo entero. Y adelantando un poco el comentario sobre lo que fue la suerte de Santander, es forzoso que se diga que no fue comprometido como autor o partícipe en la ejecución del plan criminal, sino porque tuvo conocimiento de que se fraguaba el magnicidio y, siendo su deber moral y legal denunciarlo, no lo hizo y guardó silencio.

Por ese motivo fue condenado a muerte, que después se mitigaría con el destierro. Ya entraremos en esos aspectos de la conspiración septembrina que, ciertamente, constituyen una de las manchas de más aberrantes demuestra historia por su crueldad.

Por una cuestión de método, a pesar de su extensión, transcribimos una parte de la declaración[98] que el exvicepresidente Santander, el más joven que haya ejercido la presidencia de la república en Colombia como que tenía solo 27 años cuando se encargó, rindió ante el general de división Rafael Urdaneta, su juez del mismo rango que él:

98. "Proceso del 25 de septiembre", citado antes.

Preguntado si sabe la causa de su prisión, dijo: que la presumió desde el momento que le dieron la orden de arresto y la esperaba, porque con motivo de la conjuración del 25 en la noche y de la posición política en que lo habían colocado las desavenencias de estos dos últimos años, debía temer que se le juzgase complicado en cualquier suceso que perturbase el orden establecido, como lo manifestó, entre otras personas respetables, al señor Secretario Vergara cuando habló sobre la Legación que el Gobierno le encargaba para los Estados Unidos. En todo caso, exige el exponente, el testimonio del señor Vergara.

Preguntando si tuvo alguna noticia anterior a la conspiración, sobre el plan de los conspiradores, dijo: que de la conspiración verificada el veinticinco, no ha conocido su plan.

Preguntando si sabe que se tramase alguna revolución en contra del Gobierno actual y contra la persona de S. E. el Libertador presidente, dijo: que el exponente observaba descontento con el actual sistema, y como todas las revoluciones son hijas del descontento, sí temía un movimiento; que en esta parte sucedía lo que aconteció en Bogotá el año de mil ochocientos diez, a saber: temerse una revolución en favor de la independencia y no saberse cuándo ni cómo sucedería; que, generalmente, se hablaba de los siguientes motivos de descontento: la falta de numerario, el temor de que se rompiesen las hostilidades con el Perú a tiempo en que los españoles amenazaban invadir la República; la severidad con que los rematadores de alcabala cobraban del comercio dicho derecho; la restitución de los conventos de los frailes; las medidas severas y duras del Jefe de Policía y el temor de que se exigiesen a este Departamento los empréstitos forzosos que se habían exigido al Cauca y a Cartagena. Que también se hablaba generalmente del disgusto que había causado en Popayán un reclutamiento y en la Provincia de Neiva; que todo esto, y algunos otros incidentes de menor peso, le hacían temer un movimiento en términos de que, conversando con el señor José Ignacio París, le manifestó el peligro que corría la República si el Libertador Presidente salía para el Sur, y a los señores General Urdaneta y Joaquín Mosquera les hizo observar que debían tomar mucho interés en evitar la guerra con el Perú, entre otros motivos, por los males que se causarían a Colombia en su actual estado de desorganización; que la desmoralización del Ejército, de una gran parte de los pueblos, facilitaba los medios de que el descontento tomase el partido que en tales casos se toma.

Preguntando si sabía con qué recursos podían contar los descontentos con el actual sistema para verificar el movimiento que el exponente temía, dijo: que

ignora el contenido de la pregunta, porque sus anteriores respuestas no están fundadas sobre un plan conocido.

Preguntando si sabe el sistema de que se valieron los principales autores de la conspiración para buscar prosélitos y ejecutores del plan, dijo: que como no sabe quiénes han sido los autores, no puede dar razón a lo que se le pregunta.

Preguntando si el exponente concurrió a alguna reunión antes de la noche del veinticinco, y en aquella misma noche, en la que se tratase sobre la conspiración, dijo: que no, y que puede presentar un diario de sus ocupaciones de día y de noche en el mes que hace que está en Bogotá, porque ha tenido buen cuidado de conducirse de manera que no desconfiase el Gobierno de él.

Preguntando si tuvo noticia de la junta preparatoria para el asalto que se celebró la noche del veinticinco en casa de Luis Vargas Tejada, dijo: no.

Preguntando donde se halló aquella noche, con qué personas y en qué se ocupó, dijo: que en la declaración indagatoria que se le tomó el veinticinco del mes pasado, ha manifestado extensamente en qué se ocupó desde por la mañana el día veinticinco, hasta que salió la madrugada del veintiséis de la casa de su hermano político el señor Coronel Briceño con los Generales Ortega y Vélez, y que se refiere a ella...

Hubo por supuesto ampliaciones y careos con Santander; y además la confrontación o careo con el doctor Florentino González, quien, como vimos unas páginas atrás, admitió haberle hecho comentario al general Santander sobre el golpe planeado y el consejo negativo de éste. Santander por supuesto tuvo que admitir ese hecho que declaraba su amigo. Pero fue convincente en la exposición de sus observaciones. Empero, estaba atrapado por haber reconocido que supo y no dijo nada, y la ley lo obligaba a denunciar tan graves hechos.

Es fácil imaginarse la gran turbación que debió causar la detención de un hombre de tantos servicios a la patria como Santander. Sobre todo en un país convulsionado por la dictadura y el despotismo que mostraban los militares venezolanos -casi todos-. Esa fue una época sin parangón en el resto de la agitada historia colombiana.

La sentencia de muerte firmada por Urdaneta no se hizo esperar. El 7 de noviembre el general Santander fue notificado de ella. El juicio era breve y sumario y estaba predeterminado por el Libertador que sabía odiar, y sobre todo por Urdaneta.

La parte resolutiva de la misma sentencia dice:

Por estos fundamentos y los más que resultan de autos, se concluye que el General de División Francisco de Paula Santander ha infringido el artículo 26 del tratado 8°, título 10 de las ordenanzas del Ejército, que impone pena de horca a los que intentaren una conspiración, y a los que sabiéndolo no lo denunciaren. Ha infringido el artículo 4° del Decreto de 24 de noviembre del año de 26, por el que se prohíben las reuniones clandestinas, y con más eficacia el Decreto del 20 de febrero del presente año contra los conspiradores. En esta virtud se declara que el General Santander se halla incurso en la clasificación que comprende el segundo inciso del artículo cuarto de este último Decreto, y se le condena, a nombre de la República y por autoridad de dicho Decreto, a la pena de muerte y confiscación de bienes en favor del Estado, previa esta sentencia para su aprobación o reforma con S. E. el Libertador Presidente.

Rafael Urdaneta. -Tomas Barriga y Brito.

Este fallo, no obstante que así se esperaba, causó gran consternación y revuelo en todos los círculos. Fueron muchos lo que se movieron tratando de influir en el ánimo del Libertador para salvarlo.

Entre tanto, en su nuevo cargo de secretario de Guerra encargado, el general Córdova tuvo oportunidad de ayudar a varios de los complotados condenados a muerte, entre ellos al propio Santander, como lo veremos un poco adelante. Otro fue don Florentino González, tan cercano a sus afectos como que fue él su defensor en el sonado juicio que se le adelantó a Córdova en Bogotá por la muerte del sargento José del Carmen Valdez, ocurrido en Popayán, como un crimen pasional. Todos estos elementos probatorios permiten llegar a la conclusión de que el general Córdova nada tuvo que ver con la conspiración.

Veamos el desarrollo de ese episodio en relación al doctor Florentino González, hermoso por cierto y narrado por la historiadora Pilar Moreno de Ángel, citando un escrito de Marcelo Tenorio[99]:

Uno de los personajes que había estado más implicado en la conspiración era el joven Florentino González, de 23 años, quien había nacido en Cincelada, provincia del Socorro. Después del atentado logró escapar y se refugió en Charalá. Sin embargo, allí fue capturado y luego traído a Bogotá, donde se le

99. Pilar Moreno de Ángel, José María Córdova, citada antes.

juzgó y condenó a muerte. El 1° de noviembre se encontraba incomunicado en el colegio de San Bartolomé, convertido para entonces en cárcel y cuartel. Sin embargo, Marcelo Tenorio[100]*, su amigo y compañero masón, pudo entrevistarlo y así relato la conversación sostenida con quien esperaba la hora de su ejecución. Florentino González dijo a Tenorio:*

"Estoi incomunicado". No importa le contesté; sólo quiero que me des un polvo, i advirtiendo que los centinelas lejos de impedírmelo, se retiraron unos dos pasos, adquirí confianza i me acerqué. Ya no te matan Florentino, le dije; no en francés sino en el castellano que le escribo. "Me matan el martes Marcelo, i si mañana no fuera feriado, sería el lunes", me contestó. "Estoi conforme i resignado, para morir a los 23 años; pero tengo una madre, i una hermana, que dejo abandonadas: dícelo así al general Córdova".

Ayer no daba medio real por tu vida, le repliqué, pero hoy te aseguro que no te matan. De repente oí toses como finjidas i palmaditas, i miré para el lado donde sonaban: eran los presos para señalarme al coronel Whittle, comandante de Vargas, que desde el patio estaba mirándome en conversación con el preso: entonces sí me alarmé, temiendo un mal resultado, no solamente para mí, sino para mi amigo, i más aún para los centinelas, pues yo no tenía relaciones con aquel jefe; sin embargo, disimulé mi temor i me despedí diciendo: "no hai cuidado". Encontré al coronel a mi salida, i nos saludamos cortésmente; pero esto no me tranquilizó, corri a casa, i dije a Córdova lo ocurrido; él se molestó conmigo e improbó mi imprudencia; pero en el acto hizo llamar al coronel, quien llegó inmediatamente. Córdova lo interesó mezclando el tono del mando con el de la confianza, para que no se hiciese novedad por aquel acontecimiento, i el coronel Wittle se lo ofreció y cumplió. Lo que dio motivo a esta ocurrencia, fue otra que tuvo lugar el día anterior: Acabamos de comer y permanecíamos en la mesa, Córdova y yo -hay que recordar que como se narró atrás, Córdova y Tenorio vivían en la misma casa cerca del Rosario-*, cuando entran dos señoras llorando, i dirijiéndose al general se ponen de rodillas exclamando la una: "señor! sálveme a mi hijo". Eran la madre y la hermana del joven Florentino González. Córdova no las conocía, pero yo sí; i sin embargo nuestra sorpresa fue igual, pues fue la sensación que nos produjo aquel inesperado acto: pero yo, un algo recobrado de mi primera impresión, traté de hacerlo, i ellas no me lo*

100. Marcelo Tenorio era un intelectual masón y de gran figuración entre los jóvenes rebeldes de Bogotá, muy amigo de Córdova su vecino de vivienda.

permitían, sino continuaban con sus alaridos y súplicas, en aquella posición, llamando a Córdova su providencia. "Señoras, yo no puedo hacer nada, les decía, el Libertador es quien tiene el poder de perdonar o castigar: allá es donde deben ir a llorar i suplicar", i se entró a su sala, dejándolas en desolación sin consuelo alguno: así salieron de casa i yo fui a reconvenir a Córdova por la mala acojida de aquellas señoras: mas no pude decirle una palabra, porque lo hallé mucho más consternado de lo que es creíble. "¡Esto es mui duro! Exclamó: voi donde el Libertador" ; i tomando el sombrero se fue. No volvió a casa hasta las 10 de la noche, que pasó a mi cuarto. "Felizmente, me dijo, hallé en palacio hablando con el viejo -Bolívar- *a esa señora* -se refería a Manuela- *a quién González favoreció la noche de la revolución, salvándola de furor del negro Lopótez; i estaba tan interesada por salvar la vida de González, que sin embargo de que me detesta, i yo más a ella, me dirigió la palabra a mi llegada, suplicándome la ayudase en su noble empresa". Señora, le contesté, con todas mis fuerzas lo haré, pues que yo vengo con ese mismo objeto"; i enseguida referí el patético acontecimiento de esta tarde. El Libertador, continuó, dejó descubrir su emoción, diciéndonos: "hablemos de otra cosa", i volviéndose hacia la señora, le dijo: "no morirá ese joven caballero".*

El 2 de octubre -siete días después del intento de magnicidio-, y bajo la autoridad del juez Rafael Urdaneta, fueron ejecutados en la plaza mayor de Bogotá el coronel Ramón Nonato Guerra, a quien Urdaneta le había anulado la sentencia que lo condenaba a solo ocho años de prisión, y le había impuesto la pena capital, y el general y almirante José Prudencio Padilla, con el beneplácito del Libertador Simón Bolívar.

Se los fusiló a las once de una mañana fría y lluviosa en la plaza mayor. Y después del fusilamiento, se los colgó, tal como hacían los españoles, en sendas horcas puestas allí como castigo y prevención para todos los habitantes de una ciudad en la que la intelectualidad estaba en contra de la dictadura. Era como un episodio más de la famosa pacificación de don Pablo Morillo.

Padilla había sido puesto prisionero, como se dejó anotado en páginas anteriores, en plena convención de Ocaña por su enemigo Mariano Montilla y por órdenes expresas del Libertador. Padilla, hombre sin luces académicas pero de gran valor militar, ya había caído un poco en desgracia con Bolívar porque en la larga permanencia de éste en Lima bajo las noches rumbosas de La Magdalena, necesitándose con suma urgencia su regreso a Bogotá, le había escrito preocupado por la situación interna del país una carta en la que en un aparte le

decía ingenuamente y ajeno al conocimiento de lo que ocurría en Lima: "*¿Qué encanto especial será el que detiene allá a su Excelencia?*"

El general y almirante Padilla era un militar pundonoroso, valiente, lleno de ideas democráticas, pero especialmente abanderado de las reivindicaciones de su raza morena de mulato pardo. Quería que no hubiese más discriminación en las cosas del gobierno para los hombres afrodescendientes.

Padilla estaba detenido en el batallón Vargas desde el tiempo de la convención de Ocaña, como se señaló arriba, sin meterse con nadie en todo el tiempo de su detención. Esa noche del 25 de septiembre, cuando los conjurados llegaron, fueron a buscarlo para ponerlo en libertad y ver si se sumaba a su causa. Él no quería participar y era completamente ajeno a los planes contra el Libertador. Pero los conjurados le insistieron. Estando en esas llegó el coronel venezolano José Bolívar, recién despierto de su sueño y casi desnudo. Vivía al lado de la celda de Padilla y estaba armado de su espada cuando le informó a éste de lo que estaba ocurriendo.

Se había levantado el coronel Bolívar precipitadamente de su cama por el ruido de los asaltantes. Pero no hubo lugar a más, porque éstos de inmediato dieron muerte alevosa al coronel.

Es preciso comentar que, por cierto, unos meses antes este coronel José Bolívar fue el mismo que atropelló apretándole las manos para que no volviera a escribir, a don Florentino González por antibolivariano. Córdova, que por allí pasaba, salvó a González del escarnio y esa la razón para que éste, agradecido, haya defendido al héroe antioqueño en la causa citada, de la que lo sacó absuelto.

Muerto el coronel Bolívar, los conspirados le pidieron al general Padilla que saliera del cuartel para enrolarse con ellos, pero éste se les escapó en la algarabía y volvió a entrar al cuartel; y allí estaba cuando lo encontraron los oficiales afectos al gobierno.

Algunos sostienen que había recogido la espada del coronel Bolívar y la tenía en sus manos en esos momentos y esa fue la prueba clave para su condenación.

Pero mejor veamos cómo relató lo ocurrido aquella noche trágica el propio almirante Padilla en la investigación de los hechos -hay que recordar que se narra en tercera persona-[101].En la diligencia respectiva Padilla responde:

101. "El proceso de 25 de septiembre", ya citado.

Que hallándose guardado en la prisión en el cuartel de milicias de caballería se recogió en su cama desde las siete de la noche, hallándose en la pieza anterior el coronel José Bolívar; que el exponente se quedó dormido, y bastante avanzada la noche, en que serían las once o doce de ella, según conceptúa, el expresado coronel Bolívar se introdujo precipitadamente y desnudo a la pieza donde dormía el que declara, llamándole y dándole voces en que se decía: General, que me matan; que a ellas se levantó el exponente y el coronel Bolívar se puso a la espalda, cubriéndose con el declarante para no ser ofendido por una partida de diez o doce artilleros armados y un oficial que no conoció, que le atacaban; que el exponente le insinuó y le suplicó no matasen al dicho coronel; pero que, desatendiéndole y amenazándole si no se retiraba, consiguieron hacer salir al coronel Bolívar, al que condujeron al patio del cuartel, donde le hicieron varios tiros, subiendo entre tanto una partida de soldados para obligar al declarante a que bajase y tomase partido, a lo que se rehusó, manifestándoles se hallaba preso y no debía mezclarse en tal negocio; que consiguieron hacerlo bajar hasta la puerta del cuartel, de donde a favor del bullicio militar pudo escapárseles y volvió a subir a su alojamiento, en donde encontró al sargento y un soldado de la guardia.

El almirante Padilla fue héroe valeroso de muchas batallas. Él fue el primero de la ardiente confrontación de Ciénaga, cuya victoria fue clave en la independencia nacional. Es por eso que el injusto juicio que padeció, de siempre, se haya mirado con la mayor repulsión por su injusticia. El crimen de que fue víctima, fue considerado por el propio Bolívar igual al de Piar y al de otros pertenecientes a su estrato social, como veremos luego en una carta de él mismo.

Mas volviendo al tema de Santander, a quien la mayor parte de la gente creía inocente, el asunto de su muerte no era cualquier asunto, como que en ello se jugaba el destino de la dictadura y el prestigio y la gloria del propio Libertador. Desde luego que Bolívar, cargado de resentimiento y odio contra ese antiguo servidor, veía allí la oportunidad de deshacerse de ese enemigo radical, como en su momento ocurrió con Piar en Venezuela y acababa de ocurrir con Padilla. Al enemigo era forzoso eliminarlo, como hacían los romanos.

No obstante en el caso de Santander el Libertador calibró las presiones en todas las distintas esferas sociales y en los múltiples periódicos que se editaban en la capital; y con prudencia quiso oír antes de que Urdaneta dictara la sentencia de primer grado, las voces del propio consejo de ministros y así lo dispuso.

Urdaneta era miembro de ese consejo por su condición de Secretario titular de Estado en el campo de la guerra, cargo del cual, como ya se ha comentado, se había apartado para dirigir como juez el comité de justicia que juzgaba a los conspiradores septembrinos.

Fue una reunión tranquila, a pesar de que Urdaneta era un hombre colérico y cerrado partidario de la pena de muerte. Dentro del consejo de ministros había opiniones en contra de la ejecución del general Santander. De ahí que Bolívar considerara que era vital exponer unas razones con fuerza argumentativa poderosa que midieran anticipadamente el impacto que pudiere tener la imposición de la pena capital a su antiguo vicepresidente.

Es preciso anotar que el más caracterizado enemigo de la ejecución del exvicepresidente lo era el doctor José Manuel Restrepo, con argumentos de conveniencia política ante la opinión pública. Ese encuentro fue analítico y severo y el propio general Urdaneta adoptó el criterio de que dejaran fallar a los jueces y después harían el comentario de rigor.

O sea que aunque Urdaneta tenía su punto de vista radical, los miembros del gabinete eran partidarios de la clemencia para la buena opinión de Bolívar ante el mundo. Y mantuvieron su criterio no obstante ese conjunto de hechos confusos y terribles.

Es por eso que invito a los amables lectores a ver una vez más lo que narra el historiador -en este caso protagonista- José Manuel Restrepo, a la sazón como se ha dicho, secretario del Interior, en relación con esa conmutación de pena para Santander, que ellos mismos en el consejo de gobierno aconsejaron al Libertador:

> *Actuábase además el proceso del general Santander, que excitaba mucho interés por la alta posición que había ocupado en Colombia. Al fin se terminó su causa, y el 7 de noviembre fue sentenciado con otros a ser pasado por las armas; pero antes de ejecutar la sentencia, el Libertador somete los procesos a su consejo de gobierno para que le consulte lo que se deba hacer en justicia y en política. El presidente Castillo* -se refiere a José María del Castillo y Rada, presidente del Consejo de Ministros- *y los cuatro secretarios que formaban el consejo, después de haber examinado los procesos, convinieron unánimemente en que a Carujo se le cumpliera el ofrecimiento de perdonarle la vida, extrañándole de Colombia; y que eran justas las sentencias de muerte pronunciadas contra Florentino González, Emigdio Briceño, Rafael Mendoza, Joaquín Acevedo,*

Teodoro Galindo y Juan Miguel Acevedo; pero que se les conmutara la pena de muerte por otras más benignas.

Opinó también el consejo que no se ejecutara la pena capital impuesta a Santander, aunque era justa y conforme al decreto de 20 de febrero, porque habiendo sabido que Horment, Carujo y otros pretendieron ir el 21 de septiembre a matar al Libertador, que se hallaba en el pueblo de Soacha, se limitó a disuadirles de su criminal intento, y no dio el menor aviso al gobierno o a la policía, los que desde entonces habrían tomado precauciones para impedir tan grande atentado. A esta grave falta en un general de la república, se añadió que Santander sabía la conjuración urdida, daba consejos para asegurar su éxito, y era el jefe de la república designado por los facciosos para mandarla cuando mataran a Bolívar. Santander no pudo contestar satisfactoriamente cargos de tanta gravedad; en virtud de ellos el consejo fue de dictamen, que se le conmutara la pena de muerte en la destitución del empleo de general, y en extrañamiento de la república, con prohibición de volver a su territorio sin permiso del gobierno, y con calidad de ejecutarse la pena capital, si regresaba sin expresa licencia.

El consejo terminó su consulta indicando lo conveniente que sería que se concluyera la ruidosa causa de conspiración, indultando la vida a todos los reos y prófugos, a fin de que cesara la agitación pública y que este negocio no distrajera la atención del gobierno.

En realidad lo aconsejado por el gabinete era el fin del proceso, mostrando al Libertador como un hombre ecuánime y sin pasiones.

Por lo demás, es de rigor que se diga frente a la culpabilidad de Santander que éste se hallaba en un imponderable, porque no podía denunciar a los que tramaban el atentado contra el Libertador, porque, aunque el golpe no fue ideado por la Masonería, los complotados casi todos pertenecían a la Hermandad Masónica y Santander era el fundador de la Logia de Bogotá y por lo mismo estaba absolutamente incapacitado para denunciarlos. Habría sido de su parte una traición.

Santander, como se ha visto, trató de disuadir a todos los que le hablaron del asunto para que no cometieran el crimen, por lo menos mientras él estuviere en Colombia. Y es allí donde se observa el espíritu calculador del mismo y su identidad con los promotores.

El Libertador, mal de su agrado, oyó las razones de su gabinete, las sopesó y terminó aceptando el indulto general que proponían.

Y así ocurrió que Bolívar, preparado el documento por el general Córdova, expidió la resolución que conmutaba la pena de muerte al general Francisco de Paula Santander por el destierro y que dice:

> *"Bogotá noviembre 10 de 1828.-Su Excelencia el Libertador Presidente, oída la opinión del Consejo de ministros, conmuta la pena de muerte y confiscación de bienes, previa degradación de su empleo, sentencia dada por el Tribunal de la Comandancia General en la persona del General Francisco de Paula Santander, en la destitución de su empleo de General y extrañamiento de la República con prohibición de volver a pisar su territorio sin que se lo permita una gracia especial del Supremo Gobierno, con calidad de que si contraviniese en cualquier tiempo a esta prohibición, será ejecutada la sentencia de muerte por cualquier Juez o Jefe militar del lugar donde sea aprehendido. Que sus bienes raíces se conserven como en depósito sin poder ser enajenados, gravados ni hipotecados para que sean una prenda de seguridad de que no se quebrantará la prohibición, y un objeto en que pueda efectuarse la confiscación en el caso contrario, para que entre tanto pueda el reo vivir con los productos de dichos bienes. En el término de tres días se pondrá en marcha para Cartagena en cumplimiento de esta sentencia. Por su Excelencia, el Ministro Secretario de Guerra, J.M. CORDOVA".*

Naturalmente que la función de Córdova no solo fue la redacción del documento, sino que también había influido en la propia decisión, no obstante las malas expresiones de Santander hacia él que arriba alcanzamos a ver, sino el criterio que el héroe antioqueño tenía ahora sobre el propio Hombre de las Leyes, que también vimos atrás. De igual modo Córdova -como también se ha visto- había tenido injerencia directa en el mismo sentido en el caso de Florentino González, que se vio antes, de Carujo y algunos otros.

El indulto de la pena de Santander era pues un hecho.

Entonces Bolívar, a pesar de saber que su ministro Restrepo era el más empeñado en salvar a Santander, le escribió a éste:

> *Bogotá, 17 de noviembre (de 1828)*
> *Al señor José Manuel Restrepo.*
> *Mi querido amigo:*

¡Con cuánto sentimiento habrá ud. oído la noticia de la gracia hecha a Santander y sus compañeros! Bien lo considero pero no lo he podido evitar, primero decían mis juiciosos amigos que no se debía condenar sin pruebas evidentes y después que no era conveniente ejecutarlo. Últimamente me han probado que mi gloria valía más que la patria. No soy un santo ni quiero sufrir el martirio. Sólo la suerte de mis pocos amigos me detiene en este suplicio.

Adiós, mi querido amigo.
Soy de Ud. de todo corazón, Bolívar

También le escribe a Páez, quien ha aceptado y celebrado la dictadura de Bolívar -su amigo un día si, otro no- esta misiva más extensa y diciente con fecha 16 de noviembre de 1828:

Ud. verá en prueba de esto el resultado final de la conspiración. La gaceta de hoy, que incluyo, le impondrá del resultado y condena de los conspiradores y asesinos. Mi existencia ha quedado en el aire con este indulto, y la Colombia se ha perdido para siempre. Yo no he podido desoir el dictamen del consejo con respecto a un enemigo público, cuyo castigo se habría reputado por venganza cruel. Ya estoy arrepentido de la muerte de Piar, de Padilla y de los demás que han perecido por la misma causa: en adelante no habrá más justicia para castigar al más feroz asesino, porque la vida de Santander es el perdón de las impunidades más escandalosas.

Lo peor es que mañana le darán un indulto y volverá a hacer la guerra a todos mis amigos y a favorecer a todos mis enemigos. Su crimen se purificará en el crisol de la anarquía, pero lo que más me atormenta todavía es el justo clamor con que se quejarán los de la clase de Piar y de Padilla. Dirán, con sobrada justicia, que yo he sido débil sino en favor de ese infame blanco que no tenía los servicios de aquellos famosos servidores de la patria. Esto me desespera, de modo que no sé qué hacerme. Mañana me voy para el campo a refrescarme y ver si me consuelo un tanto de tan mortales cavilaciones. Sin embargo, me consuela mucho el espíritu que muestra la nación por todas partes, y espero que la buena conducta del gobierno y la ausencia de estos asesinos mejoren todavía más el espíritu público. No es creíble el entusiasmo con que me han felicitado todos los pueblos de Colombia.

El traslado de Santander fue inmediato a las Bóvedas de Cartagena, y Córdova, aun ministro de guerra encargado, dio órdenes terminantes y perentorias al

coronel Genaro Montebrune, de quien se decía era enemigo del exvicepresidente y era el encargado de su seguridad en el viaje, para que se lo tratara con la mayor consideración por sus servicios prestados a la patria, y así se hizo.

Unos días antes de este viaje punitivo, y evocando recuerdos intensos del pasado, la señora Nicolasa Ibáñez de Caro, última amante que tuvo Santander, le envía una carta a Bolívar implorando por la vida y la libertad de éste. Ella no era una intelectual sino una mujer bella y entusiasta que sabía amar a los hombres, no obstante estar casada y con varios hijos entre ellos José Eusebio Caro, padre del doctor Miguel Antonio Caro Ibáñez, ambos destacados hombres públicos. Miguel Antonio varias veces presidente de la república y José Eusebio, su padre, gran poeta y fundador del partido conservador.

Nicolasa, nacida en Ocaña tenía varios hermanos y hermanas igualmente ocañeros, entre ellas una jovencita menor llamada Bernardina, de quien Bolívar estuvo enamorado sin lograr nada de parte de ella. Las Ibáñez hicieron una época intensa y agitada. Santander mantuvo unos amores un tanto escandalosos con Nicolasa, de la cual también estuvo prendado Bolívar antes de estarlo de Bernardina. Dicen que sus inquietudes también rodearon a la madre de ambas, doña Manuela.

Nicolasa, la mayor, era casada con un ser bueno, español de nacimiento y funcionario del régimen chapetón, don Antonio José Caro, a quien Santander nombró en cargos oficiales ya en el gobierno republicano, incluso un viaje a Londres, que lo alejaban de Bogotá para poder disfrutar de los encantos de su esposa. Caro terminó en su residencia en Bogotá, en donde con su gran tristeza por las liviandades de su mujer habría de terminar ciego y recluido en un cuarto de la parte alta donde vivían. Hubo poemas suyos desolados de amor mientras su dolor se acrecentaba noche a noche al sentir que su consorte se regocijaba en la planta baja con el general Santander.

El expresidente colombiano Alfonso López Michelsen, descendiente de Bernardina, dice en el prólogo del libro "Las Ibáñez"[102].

> *Nicolasa Ibáñez de Caro y Bernardina Ibáñez de González, ambas de tan rara belleza que, en la época de la Emancipación, despertaron el amor de Santander la primera y de Bolívar la segunda, aun cuando todavía no es muy claro si los dos próceres, en diferentes épocas, no estuvieron enamorados de ambas.*

102. Jaime Duarte Franch, Las Ibáñez, Editorial El Ancora Edit.

Sí, según se desprende de la carta que vamos a ver, el Libertador también debió caer en el embrujo de doña Nicolasa. Los hijos de ésta, solidarios con su padre, alimentaban diariamente el odio y el resentimiento contra aquellos liberales que ya existían en el indómito medio político.

La bella Bernardina, un tiempo después, estuvo casada aun muy joven, pero ya madre soltera, con don Florentino González. La historia, brevemente, es esta:

Bernardina tuvo un novio llamado Ambrosio Plaza, coronel del ejército que murió en un combate antes de poder cumplir su palabra empeñada de matrimonio con la ocañera. Luego Bernardina se dejó seducir por una especie de *play boy* nacido en El Socorro, muy rico por cierto y de irresistible atracción para las mujeres, llamado Miguel Saturnino Uribe. Tenía éste muchos hijos de variadas madres y se diría que era casi imposible que una mujer se le resistiera. Éste conquistó a Bernardina y la hizo madre de una joven llamada Carmen Uribe, que creció hermosa, para luego, muy joven, comprometerse y casarse con el cónsul danés Carlos Michelsen, hogar del que provino una descendencia admirable, dentro de la cual figura el expresidente anotado antes y muchas personas de alta representación en el campo de los negocios y la política.

Nicolasa, pues, evocando amores, escribe la misiva ya mencionada a Bolívar pidiendo clemencia para su antiguo amante Santander. Y sin que su carta hubiera servido de algo por las no disimuladas actividades subversivas de Nicolasa que la rebelde desempeñaba en ese momento crucial, ella también fue condenada por el mismo general Urdaneta al destierro.

Empero, veamos esa carta de Nicolasa a Bolívar:

Mi respetado General:

No debe extrañar V.M., me dirija por medio de esta carta a manifestarle el estado terrible de mi corazón; cuando V.M. mismo me inspiró otras veces confianza, y cuando una idolatría sin término que he tenido por V.M. me dan derecho a tomarme esta libertad. Si General, recuerde V.M., mi cariño y recuerde más que todo que no puede haber en el universo entero, quien lo haya adorado más, V.M., lo sabe. ¿Y podré yo esperar un pesar que ya no puedo resistir, de manos de V.M.? No, no lo puedo ni pensar. V.M., es sensible y más que todo tiene un alma grande, ojalá me fuera permitido verlo, de rodillas, y con estas lágrimas que aún no me dejan escribir, yo le suplicaría a V.M., y estoy segura que recibiría el consuelo de mano de un hombre generoso y grande. Cuántas

veces habría perdido mi vida en obsequio de V.M., General, compadézcase V.M., de una mujer tan desgraciada destinada solo a sufrir; oiga V.M., mis ruegos y consuéleme V.M. Pero al contrario, mi corazón me dice Bolívar le dará alivio, sí, yo lo espero.

Bien conoce V.M., el objeto de esta carta, la amistad solo, Santander, es quien me obliga molestar a V.M., pero le hablo a V.M. con franqueza y con todo mi corazón; si no estuviera convencida del modo de pensar de ese hombre y lo incapaz de cometer una felonía, no sería yo la que hablara por él, *no, esté seguro de esto; un corazón cruel y una alma baja, la detesto; Santander es honrado y sensible; yo no quiero General más sino que mande poner en libertad a este hombre desgraciado que no sufra la pena de un criminal y que inmediatamente salga para los Estados Unidos, fuera del país, yo soy la que descanso de tantos pesares. Espero este favor de V.M., y no puedo menos que esperarlo; al mismo tiempo confío en que V.M., me dispensará cuanto considere a lo que obliga la amistad y que este bien quedará grabado en el corazón de la más infeliz y afectísima amiga de V.M. Nicolasa Ibáñez.*

Carta significativa y diciente, aunque no tan bien redactada. Se repite que ella no era una intelectual sino una mujer entusiasta y pasional que sabía amar a los hombres.

Santander como se ha anotado, estuvo en viaje hacia el castillo de San Felipe en la antigua fortificación de Bocachica en las bóvedas de Cartagena. Había salido en un proceso lento de Bogotá dos meses después de la conspiración septembrina. Es decir, el 25 de noviembre de ese año 1828, en espera de un medio de transporte para salir del país, cosa que finalmente sucedió en agosto del 29, después de un régimen de sufrimiento y enfermedad -Santander sufría de cálculos renales- en Bocachica, de donde fue cambiado al castillo de San José.

Al cabo de estos sucesos tormentosos, Bolívar cuya salud había venido muy a menos, como lo dice en la carta a Páez que vimos unas páginas atrás, se fue a descansar al campo. Más exactamente a Chía donde pensó permanecer dos meses.

Empero, los tiempos no estaban hechos para descansar; y sobrevino una declaratoria de guerra interna desde Popayán a cargo de los coroneles José María Obando y José Hilario López. Veamos en el capítulo siguiente estos sucesos que tuvieron ocurrencia el año 1829.

Capítulo XIII

La guerra con el Perú y viaje de Bolívar

El conflicto con el Perú. Guerra civil de Obando y López. El Perú toma Guayaquil y gran parte del sur del Ecuador. Obando y López en Popayán. La ladera y el viaje de Bolívar al sur. Tratado de la cañada Obando y Bolívar. Se entera el libertador de que Sucre ha vencido en Tarqui. Enemistad de Córdova con Mosquera. Cambio de gobierno en el Perú. Tratado y negociación del mismo por parte de Bolívar.

La guerra que declaró Bolívar a los peruanos en su manifiesto de 3 de julio de 1828 -que antes vimos-, cansado de tanta perfidia de parte de éstos, había tenido una respuesta enérgica de parte del entonces presidente peruano José de La Mar. Él había contestado con otro manifiesto más agresivo y desafiante que el de Bolívar. Los tiempos cambian y ahora La Mar tenía la esperanza puesta en la guerra, como una fuente de gloria para él y su grupo y un aumento territorial.

Sabía La Mar, por lo demás, cuál era la situación política de Colombia y el rechazo que se hacía de la dictadura del Libertador, que también había imperado en ese país; y además, como un hecho clave, aquellas poderosas fuerzas que llegaron en busca de la libertad de su propio país bajo el comando del Gran Caraqueño se habían desintegrado y con la insurrección de Bustamante, ya no existía en Colombia una división de proyecciones temibles como las de antes; y en cambio ellos sí las tenían.

De otro lado estaban frescos los recuerdos de la separación del Alto Perú apadrinada por Bolívar, que ellos no perdonaban al igual que tampoco las

rumbosas fiestas de la Magdalena de aquel personaje, para ellos hoy extranjero, al que habían proclamado Dictador en la tierra levantisca de los incas. La perspectiva de ese pasado inmediato llenaba de ira al mariscal La Mar, actual mandatario del Perú.

En consecuencia y de modo inmediato La Mar, movilizó hasta el territorio colombiano -en Ecuador- a un ejército de 4.000 hombres y esperaba otros 4.000 del general Gamarra que venía precisamente del Alto Perú, ya para entonces llamado Bolivia, donde Gamarra acababa de incursionar, como también se vio atrás, con el ánimo de derrocar a Sucre de la presidencia y reimplantar el dominio tradicional del estado peruano. Cosa que nunca pudieron lograr por cierto.

Claro que la incursión de Gamarra en la Sierra, como también se anotó, produjo como consecuencia la reacción de los bolivianos en asocio con algunos argentinos y la renuncia ante el congreso que lo había designado Presidente, del mariscal Sucre, herido gravemente en el brazo derecho y cansado de una lucha tan intensa.

Por cierto que ese abandono de la lucha por parte de Sucre en aquel territorio sí que causó gran disgusto al Libertador, a la sazón en Ocaña.

Tomaron pues las fuerzas peruanas de La Mar, conforme a su ambición de toda la vida, el puerto de Guayaquil. Habían logrado constituir una flota de guerra con unas cuantas embarcaciones, entre ellas la Pichincha, colombiana, de la que se habían apoderado comprando a su tripulación con mejores salarios, y la pusieron al servicio de esas tropas agresivas que enfilaron ataque contra ese puerto colombiano.

Así, pues, mientras en Bogotá se llevaba a cabo la conspiración septembrina y el agitado juicio que siguió, gran parte de las gentes del extenso país que era Colombia, en general, se radicalizaban más en una oposición de odio contra el Libertador.

Ante esta agresión peruana realmente muy seria, el Consejo de Gobierno en el que el Libertador prácticamente había delegado el manejo de la administración, con su presidente José María del Castillo y Rada, inició gestiones de paz con el presidente La Mar y envió con credenciales de Representante Diplomático Plenipotenciario de Colombia ante el gobierno de Lima al coronel Daniel Florencio O´Leary, hombre de gran inteligencia y conocedor de todo lo que constituía el

problema con los peruanos, como que allí había estado al lado de Bolívar, de quien en sus comienzos era su edecán.

Este irlandés, ducho en el manejo de situaciones difíciles, viajó de inmediato al Ecuador, y desde Guayaquil, todavía en poder del estado colombiano, solicitó a La Mar que le extendiera un pasaporte para entrar al Perú como enviado especial. No, no era así de fácil el camino. La Mar, muy envalentonado, contestó con evasivas que le dijera cuáles eran las bases de su propuesta y no le extendió el pasaporte.

Entre tanto no se puede perder de vista que en los comienzos del año 1828 el gobierno peruano había acreditado ante el gobierno de Bogotá como enviado Extraordinario y Plenipotenciario al señor José de Villa.

Éste llegó y con gran meticulosidad observó los acontecimientos, habló en todas partes con la gente y se percató del odio -que estimuló- que se había ganado el Libertador Simón Bolívar al asumir la dictadura. Y consiguientemente se enteró a fondo de la fallida Convención de Ocaña y de la polarización de opiniones que reinaba.

Este José de Villa se las traía. Fue también testigo de la asunción de la dictadura por parte de Bolívar en los días anteriores a la expedición del Decreto Orgánico de la Dictadura de 27 de agosto del mismo año 28, en la misma forma que había acontecido en el Perú, donde el Libertador también, como se recuerda, había asumido esa posición de mando absoluto.

Nada hizo el señor Villa en plan de resolver los conflictos diplomáticos que reinaban entre los dos países, pero sí, aprovechando su condición de inmunidad diplomática, estableció una serie de contactos con los liberales, en aras a que estallara una revolución en el Sur de la antigua Nueva Granada, con una identidad de propósitos comunes con los peruanos y una especie de, en apariencia, asociación de ideales. Naturalmente adquirió el compromiso de enviar auxilios económicos para sortear esa revolución, que debía estallar simultáneamente con la invasión proyectada por su gobierno, en el entendimiento de que esos revolucionarios actuaban en alianza con las autoridades del Perú.

Entre los principales aliados que estableció, figuraban José María Obando y José Hilario López, este último recién llegado de Ocaña donde fue diputado. Todos estaban cargados de un odio feral contra el dictador Bolívar; y ambos proyectaron su revolución sin ocultar su alianza con el Perú contra el gobierno de Colombia y su levantamiento en armas.

Fue una misión relativamente breve la del señor Villa, porque en corto tiempo regresó cumplida su tarea. Había dejado una cabeza de puente en favor de los intereses de su país, en momentos en que su gobierno se disponía a invadir a esa Colombia, sin importar que les había proporcionado la independencia absoluta de España.

La jugada era perfecta en su proyección, pues, vendría no solamente una invasión externa en el Sur de Colombia, sino una revolución interna en las mismas regiones meridionales, que además impediría el paso de tropas colombianas hacia el Sur por los caminos ariscos de Pasto. No obstante, en la parte económica los peruanos no les cumplieron a los revoltosos.

Al dar inicio de inmediato a estos planes, después de que se cumplió el intento de la noche septembrina, el coronel José María Obando[103] comenta en su libro "Apuntaciones para la Historia" el comienzo de su aventura:

> *Habiendo acontecido en Bogotá un grande hecho* -se refiere a la conspiración septembrina-*, se me había dado con ello la señal para que yo hiciese en Popayán lo que me tocaba hacer por el plan de Ocaña* -quiere decir que, desde Ocaña, habían planeado estos movimientos-. *El acontecimiento había resultado adverso, pero ni esto, ni carecer de elementos para mi revolución, ni la probabilidad de que los demás departamentos se desanimasen, como sucedió, y me dejasen solo por el mal resultado de la conjuración de Bogotá, me exoneraban de la obligación de hacer lo que había ofrecido para concurrir a la libertad de mi patria.*
>
> *Salí, pues, de Popayán y me establecí en un monte con el coronel José Hilario López, y los capitanes Benito María Beltrán y José Antonio Quijano. En ese célebre retiro nos ocupamos en componer al menos cinco escopetas dañadas y en hacer balas de un pedazo de estaño; siendo este el principio generador con que debíamos aumentar nuestros recursos, vencer la formidable fuerza de 848 hombres que tenía Mosquera, el sostenedor del tirano en Popayán, y derribar el gran coloso que acababa de cantar victoria en Bogotá".*
>
> *Los republicanos de Popayán me remitían pequeños pero frecuentes auxilios de municiones y armas, y mis agentes me trajeron también de los pueblos, hombres, escopetas y lanzas de cazar. Era preciso aprovechar el tiempo y suplir con la audacia de la falta de fuerza: el 13 de octubre de 1828 me presenté con*

103. José María Obando, "Apuntamientos para la Historia, edit. Bedout

90 hombres en la Ladera, frente a Popayán, con el objeto de hacerme sentir por aquel lado, mientras se me acababa de reunir la gente que esperaba de los pueblos y de la misma ciudad. Entonces tuvieron lugar algunas comisiones que me mandaba el miedoso Mosquera, una de ellas cometiendo la bajeza de ofrecerme con su jefe de estado mayor, Lino Pombo, que si Venezuela también se había revolucionado, él mismo concurriría conmigo a revolucionar el departamento contra el tirano; deseché semejantes necedades, y después de algunos movimientos de provocación que ejecuté, me presenté al fin el 11 de noviembre en el egido de Popayán con 280 hombres, número al que ascendía mi fuerza, dotado con 400 tiros de fusil de una malísima pólvora con que me había auxiliado ocultamente Vicente Olave, porque él *también quería pasar por liberal, sin perjuicio de presentarse luego en las filas enemigas, como sucedió. Pude una noche tomar el cuartel enemigo por asalto, aprovechándome de las traiciones que me ofrecía hacer el teniente coronel enemigo Ángel María Varela, que en sus pretensiones de ser tenido por republicano, había venido, siendo jefe de día, a tener conmigo una entrevista secreta en Calicanto dándome el santo y ofreciéndome también conducirme él mismo para facilitar el éxito del asalto; pero la fuerza estaba en Timbío y era imposible que llegase aquella noche.*

Por su parte el compañero de estas andanzas, el entonces coronel José Hilario López, en su libro de memorias[104], sobre el mismo tema hace el siguiente comentario:

A principios de octubre del mismo año de 1828 se recibió en Popayán la noticia de la conjuración del 25 de septiembre anterior, sucedía en Bogotá; y aunque sus resultados fueron funestos a los republicanos, se había dado principio con este hecho extraordinario a la obra de la restauración de la libertad; y por consiguiente, nos pareció oportuno empezar nuestro movimiento, tanto más necesario, cuanto que nos era indispensable bajo los puntos de vista siguientes: 1°., imponer freno a la furia del dictador, y salvar del suplicio a algunas personas comprometidas en el asunto del 25 de septiembre; 2°., hacer para el efecto algunos rehenes del partido boliviano; 3°., defendernos de la persecución que necesariamente nos suscitara; 4°., aprovechar el momento del fervor; y 5°., animar a los otros pueblos con nuestro ejemplo. El general Obando se hallaba en su hacienda de Las Piedras, a tres horas distantes de Popayán. Yo debía irme donde él sin perder tiempo, más no podía hacerlo en el mismo día, porque era

104. José Hilario López, "Memorias", edit. Bedout.

preciso escribir antes a todos nuestros corresponsales, dándoles el anuncio de nuestra resolución, en lo que pasé toda la noche, después de haber tomado las precauciones convenientes.

Se daba así comienzo a la revolución interna que tiene su inicio en el Cauca, provincia tan grande que comprendía Pasto hasta el Ecuador, gran parte del Chocó y hasta los comienzos de Antioquia. Se tenía entendido que estas tropas que, como lo anota Obando no tenían al comienzo sino 280 hombres, iría creciendo.

La ofensiva de estos dos rebeldes se estrena con dos batallas que tienen lugar en dos días sucesivos, relativamente breves: la de El Ejido de Popayán el día 12 de octubre de 1828 donde aparentemente gana Mosquera y la de la Ladera en la misma ciudad, el 13 del mismo mes y año, en la que Obando derrota estrepitosamente a Mosquera, que en ese momento encarna al gobierno de Bolívar en el Cauca.

Tomás Cipriano de Mosquera, gran señor de Popayán y amigo de Bolívar, era el comandante de la provincia y tenía a su mando, como lo anota Obando, más de 800 soldados.

Como ya se dijo, este levantamiento revolucionario, que así comenzaba, se hacía mostrándose como amigo de los peruanos a quienes apoyaban los dos grandes hombres que después ocuparían la presidencia de la República de Colombia, Obando y López. Digamos que su apoyo a los peruanos fue fruto de un engaño, porque por supuesto ellos eran patriotas y solo una coyuntura política un tanto dramática, los llevó a proceder como lo hicieron. Digamos además que esas son contradicciones de la vida que se van dando conforme a las circunstancias.

Pero afirmemos que no hay duda de que ambos coroneles estaban al servicio del Perú. Veamos lo que escribe Joaquín Posada Gutiérrez[105] sobre el tema:

Dije que el Perú contaba con un poderoso auxiliar para su injusta agresión en el partido llamado liberal en la Nueva Granada: va a verse que dije verdad.

Los coroneles José María Obando y José Hilario López, el último de los cuales había sido convencionista de Ocaña, se pronunciaron en la provincia de Popayán el 12 de octubre (1828) contra el gobierno establecido, manifestando que lo hacían en defensa de la Constitución que el general Páez, el Congreso

105. Joaquín Posada Gutiérrez, Memorias Histórico-políticas, Edit. Bedout.

de 1827, la mencionada Convención y las actas populares habían despedazado. Pero lo particular de este pronunciamiento del 12 de octubre en algunos pueblos de la provincia de Popayán, es que la prensa peruana lo anunciara, lo asegurara y casi lo detallara en Lima, un día antes que se verificase; y que el mismo día 12 en su primera proclama dijera el coronel Obando: ***"La poderosa Perú marcha triunfante sobre el ejército de miserables". Esos miserables de que hablaba el coronel Obando eran los viejos veteranos de Colombia, que formaban el ejército del Sur.*** (Resaltado del autor) *Y no se contentó con la blasfemia el coronel Obando, sino que dijo también que el Perú, triunfante de Bolivia y de Colombia, marchaba a proteger su alzamiento. ¿Qué se deduce de todo esto? Dedúzcalo el lector.*

Ya se anotó antes que los peruanos no cumplieron los ofrecimientos económicos iniciales y por lo tanto la revolución de Obando y López debió afrontar por sí misma el gasto que siempre provoca un alzamiento en armas, sin que pudieran asumirlo.

Entre tanto hay que señalar que, como se vio antes, el Libertador Simón Bolívar, después de los episodios que antecedieron y los padecimientos del 25 de septiembre, a lo que hay que agregar los sobresaltos del juicio que siguió, realmente estaba agobiado y enfermo. Su padecimiento debajo del puente del Carmen en aquella aciaga noche septembrina había quebrantado aun más su ya débil salud.

Además, el juicio de los complotados, como también ya se dijo, le causó un gran malestar espiritual, porque si bien la primera reacción suya la misma noche fatídica del 25 de septiembre fue la de no querer juicio y decretar una amnistía general y entregar el gobierno, en la medida en que el militar venezolano Rafael Urdaneta, de su plena confianza y ministro de Guerra, le animaba para dar un tratamiento de mano dura a los conjurados, el pensamiento y la voluntad del Libertador se fueron endureciendo, teniendo en cuenta que él era un militar que había aprendido, sin estremecimientos, a fusilar al que fuera que se le atravesara en sus planes.

Así se dio inicio a los fusilamientos y el odio de Bolívar contra los conspiradores, especialmente Santander, creció como se aprecia en la última carta enviada a Páez que vimos unas páginas atrás.

Empero, a pesar de que ese era su estado anímico, tuvo la lucidez de permitir al Consejo de Gobierno que conmutara penas y salvara la vida, incluso al

odiado Casandro, como él llamaba -se vio también antes- al general Francisco de Paula Santander.

Después del decreto de amnistía delegó aun más el gobierno en ese Consejo de Gabinete que presidía José María del Castillo y Rada y determinó irse de descanso al clima de Chía -más seco que el de Bogotá- durante dos meses.

De igual modo, y pensando que después del fracaso de Ocaña lo que debía hacerse era convocar a otra gran asamblea constituyente, decretó la convocatoria de un congreso que habría de reunirse en la capital el 2 de enero siguiente, con todas las facultades para expedir una nueva Constitución. Se trataba precisamente de ese cuerpo colegiado que, en su momento, habría de llamarse el Congreso Admirable, que presidió el Gran Mariscal de Ayacucho.

Cumplidos esos propósitos laudables, fue el 18 de noviembre de ese año 28 cuando se trasladó a Chía, donde llegó con el propósito de permanecer dos meses de convalecencia y descanso, como ya se había anotado. Pero las cosas para Bolívar no eran tan simples. Cuatro días después de haber llegado a esta población sabanera, el 22, hizo aparición José María Córdova, todavía encargado del ministerio de Guerra, para visitarlo. Iba con el propósito de recomendarle a su cuñado Manuel Antonio Jaramillo para el cargo de gobernador de Antioquia. Antes había estado en tal cargo durante un tiempo largo el coronel uruguayo Francisco Urdaneta, quien había renunciado.

El Libertador accedió a ese nombramiento, lo que demuestra que su amistad con el Héroe de Ayacucho aún estaba intacta. Y Córdova partió satisfecho.

Fue tan buena la impresión que aun conservaba de Córdova el Libertador, que éste ese mismo día, muy optimista, le envió una significativa carta al ministro Manuel José Restrepo en la que le dice:

> *Chía 22 de noviembre de 1828.-Mi querido amigo y señor: Con motivo de haber venido a verme el General Córdoba he hablado con* él *sobre dos puntos muy importantes de su ministerio: el primero es sobre arreglar nuestra contabilidad económica de los cuerpos, y el otro la creación de un supremo consejo de guerra para decidir de las apelaciones. En uno y otro proyecto el general tiene muy buenas ideas; y por lo mismo quiero que se tomen en consideración por el consejo. Importa más de lo que parece la prontitud en estos asuntos, pues la economía en el ejército y la decisión de las causas son de urgente necesidad. Yo recomiendo a usted y al consejo estos proyectos. - Mi mansión aquí es envidiable*

y deseo que la de usted sea lo mismo. Póngame usted a los pies de mi señora doña Teresita -la esposa del ministro e historiador Restrepo-*, y en tanto soy de usted afectísimo amigo y servidor, Bolívar.*

Sin embargo, por encima de estos planes reconfortantes, esa misma noche hizo arribo a casa del Libertador un enviado especial del coronel Tomás Cipriano de Mosquera, el capitán Vicente Rodríguez de Piñeres, quien sin pausa y reventando caballos, había llegado portador de una noticia ingrata: Los coroneles José María Obando y José Hilario López habían iniciado contra el gobierno una revolución que tuvo origen en la hacienda Piedras de Obando en el Patía, y pensaban apropiarse, en colaboración con los peruanos como se ha visto, de los caminos del Sur para impedir el tránsito de las tropas colombianas en esos momentos tan cruciales en que el Perú iniciaba acciones bélicas contra Colombia.

Todo lo supo entonces por los pliegos en los cuales Mosquera le daba parte, a su manera, de lo que había ocurrido en Popayán el 12 y 13 de octubre pasado.

Esa noticia ya la sabía parcialmente el Libertador. Pero la nueva, muy grave, era que los dos rebeldes habían derrotado en la hacienda La Ladera, en las goteras de Popayán y actuando en desventaja, al coronel Tomás Cipriano de Mosquera, en ejercicio de sus funciones como intendente del Cauca y comandante de las fuerzas armadas en la región. Mosquera, después de huir, envió a su segundo, el coronel Murgueitio, a firmar un armisticio con Obando y le dejó en abandono la ciudad.

En su fuga y al cabo de muchas peripecias, Mosquera logró salir de un páramo para irse hacia La Plata, es decir, en ruta hacia Bogotá.

La noticia que recibía el Libertador, pues, era tan impactante que inmediatamente dispuso su regreso a Bogotá para el día siguiente y reasumió sus funciones de dictador. Y sobre la marcha, para prevenir el peligro acechante, tomó las medidas concretas iniciales que fueron muy simples: en primer lugar Rafael Urdaneta volvía de inmediato al Ministerio de Guerra y emprendería la formación de un batallón de nueve mil hombres para la defensa de Colombia. En segundo lugar Córdova, investido de todos los poderes, se pondría en marcha en el menor tiempo posible, al frente de un ejército de granaderos montados, hacia Popayán en donde se establecería una división que llevaría el nombre del Héroe de Ayacucho.

Resulta imperioso volver al tema de la batalla de La Ladera por la importancia que tuvo en ese momento y en los años siguientes. Veamos lo que sobre ese asunto anota la historiadora Pilar Moreno de Ángel, a quien hemos citado varias veces por su seriedad. Ella describe con toda claridad lo que fue ese encuentro en el que Obando, astuto como era, le ganó a Mosquera utilizando una vieja treta de fingimiento de derrota por parte de aquel. Veamos cómo lo narra esta historiadora[106]:

El 11 de noviembre de 1828 las fuerzas de Obando avanzaron y acamparon en El Ejido de Popayán. Eran 280 hombres, guerrilleros reclutados al azar, mal preparados y peor vestidos, pero con un espíritu de combate indomable. Según el propio José Hilario López, los mejores infantes tenían de pertrechos 16 cartuchos y el resto de la gente 10 cada uno.

Esa tarde salió Mosquera de la ciudad con alguna tropa y Obando se retiró hacia la casa de la hacienda La Ladera, situada en una colina al Suroeste de Popayán. A las seis de la mañana del día siguiente avanzó hasta allí Mosquera con 648 hombres. Había dejado el resto de su tropa de reserva en el cuartel. Montando un brioso caballo, Mosquera permaneció en la retaguardia. Ordenó el ataque a base de tres columnas desplegadas: la vanguardia, al mando del comandante polaco Fernando Sirakoski; la del centro -la guardia cívica- bajo la dirección de su cuñado Vicente Javier Arboleda, y la retaguardia a las órdenes *del coronel Pedro Murgueitio.*

La artillería de las fuerzas gubernamentales estaba formada por un cañón, el cual fue desplazado en la altura de una columna que dominaba la casa donde estaban fortalecidos los rebeldes. Cuando esta pieza principió a disparar, la infantería de Obando se puso en fuga desordenadamente. Mosquera entonces ordenó a sus hombres de a pie cargar a la bayoneta mientras la caballería se lanzaba también al ataque.

Pero la aparente huída de los revolucionarios no era sino parte de la celada estratégica preparada por Obando. En efecto, toda su caballería estaba escondida al final de un puente pequeño que cruzaba la honda zanja del riachuelo de El Ejido. Como las tropas de Mosquera debieron cambiar de frente para convertirse casi en una fila índica, para lograr cruzar el puente, esta circunstancia fue aprovechada ventajosamente por los hombres de Obando, quienes lancearon

106. Autora, obra citada.

sin compasión a los atacantes. Allí perecieron los comandantes Sirakoski y Francisco Cedeño junto con 60 de sus hombres. Murgueitio logró huir llegando hasta Antomoreno, pero en la acción perdió un oficial y diez hombres. Obando capturó dos jefes, cinco oficiales y 180 soldados.

Mosquera se refugió en Popayán y procedió a pedir la capitulación, la cual fue aceptada por Obando. …

A las seis de la tarde y mientras el teniente coronel Lino de Pombo conferenciaba con Obando en el campamento victorioso de éste los términos de la capitulación, los coroneles Mosquera y Murgueitio, quien ya había llegado a la ciudad, salieron de la plaza a caballo escoltados por cincuenta y cinco hombres. Se desplazaron por el páramo de Guanacas hacia La Plata.

Córdova luego de recibir la orden del Libertador, viajó de inmediato hacia Popayán. No era este por cierto un viaje previsto por él y de su agrado, porque en realidad significaba el aplazamiento de su boda con Fanny Henderson, su novia de la que, como antes se anotó, estaba tan enamorado. Pero el deber mandaba sobre el corazón. Y, por las cosas trágicas de la vida, en su despedida tierna no pudo calcular que esa sería la última vez que la vería.

Se encontró con Mosquera y Murgueitio en La Plata, y parece ser que él, Córdova, que despreciaba la cobardía, arrogante como era, no trató bien a Mosquera a quien ya odiaba desde Quito. Tampoco trató bien a Murgueitio, sin calcular en ese momento que en relación con Mosquera, se había hecho a un enemigo endiablado, capaz de todo, incluida la mentira perversa.

Veremos este aspecto despacio en la medida en que vayan sucediendo estos hechos. Entre tanto, leamos una carta que dirige el Héroe de Ayacucho al Libertador desde Popayán el 27 de diciembre de 1828:

Secretamente, y así lo digo a V. E., me he impuesto aquí que Obando no tenía más que 200 hombres cuando derrotó al coronel Mosquera y de este número ni cien hombres buenos y bien armados. Mosquera tímido, Sirakoski loco y Murgueitio tonto y fatuo, dieron buena cuenta del departamento. Ayer tuve tanta incomodidad con Murgueitio por su impericia, como no puede V. E. figurarse; pero las mentiras que me dijo del Pedregal, las que me hicieron llegar a toda prisa a la Plata, las que me dijo últimamente en Inzá, que el enemigo, fuerte de 200 infantes, iba a atacar la vanguardia que él mandaba, y la conducta de ayer, me ha servido mucho, porque ya lo conozco bien, y se que no le debo fiar comisión de armas peligrosa. Es de veraz fatuo, como que le falta un tornillo.

Desde luego que es forzoso decir que al encontrar abandonada la ciudad de Popayán el coronel Obando, que era impetuoso y valiente, pudo aprovisionarse de todo y aumentar su pie de fuerza. Mil seiscientos fusiles pasaron a su arsenal con todo el parque de municiones. Y enseñoreado en aquella ciudad hidalga, sin pérdida de tiempo, Obando ordenó la persecución de los fugitivos con Mosquera a la cabeza, que marchaban con sus cincuenta escoltas montados y quienes habían partido por los lados del Tambo.

Fue una persecución sin pausa ni perdón y, naturalmente, Obando, mejor guerrero, los derrotó apabullantemente. Mosquera logró escapar y salvarse con un extenso rodeo por los terrenos más inhóspites de las montañas, en un esfuerzo contra todos los peligros juntos.

Entre tanto Obando, que se había levantado en la vida al lado de sus padres españoles adoptivos, parte del tiempo en Popayán y la otra parte en Pasto, dio las órdenes a José Hilario López de que permaneciera como comandante en Popayán, de donde era oriundo, mientras él se marchaba a Pasto con un contingente que ya llegaba a mil hombres, reclutado en aquella ciudad. Conocía bien a los pastusos y a los patianos y eso era lo que lo hacía más peligroso a los ojos de Bolívar.

También el Libertador había sufrido a Pasto, como atrás se dejó expuesto, en toda la penuria de la geografía y del espíritu pastuso. Sabía cuántos sinsabores podría aun darle a Colombia esta región. De ahí que se lo transmitiera en sus comunicaciones a Córdova pidiéndole prudencia pero audacia. Para él, elementalmente, era prioritario despejar el camino hacia el Sur.

Entre tanto en el Perú La Mar moviliza ocho mil hombres que llegan a la capital de Azuay, ya en el territorio de Colombia. Y Bolívar, ante estos hechos designa a Sucre como comandante de las fuerzas que logre reunir el Mariscal de Ayacucho, que se encuentra en Quito. Sucre, a pesar de la lesión, se mueve con propiedad.

El general Córdova, sagaz y astuto como era, no había descuidado nada y le hacía saber al Libertador que no tuviera la gran preocupación por esa revolución de Obando que él controlaba y que, efectivamente, fue corta. También, pensando en posibilidades futuras adversas, Córdova había ordenado a su hermano Salvador que se dirigiera con una guarnición a Cartago, pensando en cerrarles el camino hacia el norte a los revoltosos. Luego tomó Totoró en

el mismo Cauca y desde ese punto, con absoluta confianza, le dirige al Obispo de Popayán la siguiente carta:

> *Totoró, diciembre 25 de 1828. Al Obispo de Popayán. Ilustrísimo señor. Escribo a V.S.I. porque no hay una autoridad civil legal en esa ciudad con quien entenderme: Vengo con una gruesa división a restablecer el orden que los Coroneles López y Obando han alterado. Para restablecer el orden en ese pueblo engañado se necesita política, buen modo, humanidad y bondad. Es, pues, mi intención usar de esas virtudes; suplico a V.S.I. lo haga entender así a esas gentes, aun a los alucinados que hayan tomado las armas, y cuento con que V.S.I. tomará el mayor empeño en disipar el temor que los facciosos, con sus mentiras, hayan infundido a los habitantes del Departamento. Dios guarde, etc. Es copia. Córdova.*

Del texto de la carta se deduce que Córdova no tenía un deseo sanguinario de aplastar a quienes bajo engaños hubieren llegado a la sedición. Su plan era el que le había transmitido el Libertador, sereno y maduro, aunque firme.

El 27 de diciembre (1828) hizo Córdova entrada en Popayán sin ninguna resistencia. Obando, como ya se apuntó, se encontraba en Pasto y López se había retirado estratégicamente hacia el Sur de la provincia. José Hilario, vale la pena recordarlo, había sido segundo oficial al mando de Córdova cuando éste, un tiempo antes, había marchado a Pasto y debió batirse con Agualongo en las breñas cordilleranas, aunque el pastuso, en sus predios, no pudo vencer a Córdova. O sea que Córdova con López eran digamos que amigos. En esas condiciones, cuando Córdova llega persigue a López hasta Timbío, de donde éste se replegó hacia La Horqueta, lugar en el que aquel lo venció fácilmente. Pero López huyó y Córdova volvió a Popayán. Su plan no era perseguir realmente a nadie, sino restablecer el ambiente de paz.

Allí, en esa tierra de hidalgos y blasones, no era muy grata la presencia del general Córdova. Dueño en su casa, el taimado Mosquera haría el mejor despliegue de su capacidad de intriga y demostró toda su insania contra Córdova.

Pero en Popayán, donde antes de la dictadura casi todos eran amigos de Bolívar, un grupo de notables le había dirigido a éste un acta fechada el 21 de diciembre de 1828, documento muy diciente en el plano político, como que rechazaba la dictadura y le pedían a aquel el restablecimiento del orden

constitucional. Veamos cómo cuenta este episodio Botero Saldarriaga, gran biógrafo de Córdova[107]:

> *Esta permanencia de Córdova en Popayán frecuentando la culta e ilustre sociedad payanesa, cuna en la Nueva Granada de los más eminentes hombres de la república, influyó decisivamente en su futura suerte. Él pudo apreciar las razones que movieran a aquellos patriotas insospechables para firmar el acta de 21 de diciembre de ese año, en que razonada, respetuosamente, se le pedía al Libertador que depusiese la dictadura y dejara al Cauca bajo un régimen constitucional. Portador de esa acta fue el ilustre doctor Manuel José Mosquera* -sacerdote en esos momentos-*, quien la entregó a Bolívar en el pueblo de Villavieja. Luego pudo apreciar cómo era fuerte el partido que representaban Obando y López; sus soldados eran voluntarios y, en cambio el gobierno, para llenar sus bajas tenía que apelar al reclutamiento, odioso para aquellos pueblos, sobre todo cuando se hacía al estilo de Murgueitio o Vicente Gutiérrez de Piñeres.*

Por su parte Bolívar en esos momentos, parecía que ya no tenía apego al mando, tal vez por la enfermedad o por los desengaños sufridos. Esa ambición suya por el rango del poder, ¿acaso había dejado de ser prioritaria? Además, había encargado de todo el ejército con facultades casi omnímodas al ministro de Estado para la Guerra Rafael Urdaneta, al igual que a Sucre para todo el conflicto con el Perú.

Luego el mismo Libertador se puso en movimiento, dejando de lado sus cansancios acumulados y los golpes de la salud. Aun se movía con energía y destreza. Llegó a Popayán el 23 de enero de 1829. Por supuesto quería no repetir los angustiosos pasos del Juanambú y los profundos ríos de la región pastusa en situación de guerra interna. Para ese momento su esperanza de eliminar ese peligro la constituía el general Córdova, con quien aun mantenía incólume la amistad y el cariño que siempre se tuvieron el par de héroes.

Y Córdova, según lo cuenta el historiador Marcelo Tenorio[108], el 29 del mismo mes y año -enero de 1829- en charlas casi íntimas en el mismo Popayán, se permitió darle a Bolívar los consejos que a continuación se citan:

> *Debía pues trazarse en Popayán el primer plan de operaciones para abrir la campaña sobre Pasto, y allí fue donde el General Córdova, deseoso por una*

107. Botero Saldarriaga, Córdova.

108. Marcelo Tenorio citado antes, "Confesión de un viejo facioso arrepentido"

parte de economizar sangre colombiana, temiendo por otra ver comprometido el honor nacional si el Ejército del Sur sufría desgraciadamente un fuerte revés, manifestóle al General Bolívar lo conveniente que le parecía restablecer el orden en los pueblos insurrectos, por medios suaves y pacíficos, lo que creía poder conseguirse con su amnistía en que los dos Jefes que capitaneaban la revolución -los coroneles Obando y López-*, los comprometidos todos y el territorio entero quedando complacidos, depusiesen las armas y se sometieran de grado al Gobierno, porque de otra manera decía que aunque contaba con el triunfo, era quizás sacrificando la División en las ventajosas posiciones que ocupaban los insurrectos, pues conocía prácticamente el distinguido mérito de aquellos dos Jefes y el de algunos de sus compañeros, así como también el carácter belicoso de aquellos pueblos guerrilleros tan prácticos del terreno y por consiguiente difíciles de reducir por recurso de las armas.*

Tal fue el origen de la deferencia que tuvo el Libertador en aquella ocasión con los disidentes de Pasto, celebrando un convenio tan ventajoso y satisfactorio para ellos que en muchos años no lo había visto la luz pública; pues que si verdaderamente se ostentaban en él la generosidad del Gobierno, fue debido más bien al imperio de las circunstancias y a los buenos oficios que Córdova hizo con su influencia con el Libertador, favorecido igualmente en la confianza que inspiraba a los Jefes de la revolución, de que sería cumplido religiosamente todo lo que se les ofrecía: pués aunque no le creían partícipe de sus ideas, sí lo creían su amigo personal e incapaz de faltar por ninguna consideración a lo que de alguna manera podía comprometer su delicadeza.

El mismo Tenorio agrega este otro párrafo de la conversación que a bien tuvieron Córdova y el jefe Bolívar en la que aquel hablaba con su gran sinceridad al Libertador, pero que a Bolívar comenzó a disgustar por presentir que ese amigo, casi un hijo, se pusiera en el bando contrario. Allí tuvo inicio la desconfianza, mientras los enemigos del héroe antioqueño ponderaban su deslealtad. Y por supuesto, en el oído las intrigas de Mosquera. Veamos la cita:

El General Córdova, que desde Bogotá estaba iniciado en los misterios políticos del Libertador, mejor aconsejado había emprendido su marcha igualmente resuelto a no prestar sus servicios en aquella ocasión más allá del territorio de la República, ni secundar de manera alguna a pretensiones hostiles a la libertad de su patria ni de ningún otro pueblo independiente. Con tales disposiciones y apoyándose en la ilimitada confianza que el Libertador le dispensaba, ponía

en ejercicio oportunamente en sus conversaciones privadas todo el ascendiente que creía tener sobre aquel corazón de aquel hombre superior, tratándolo de persuadir de que era tiempo ya de descargarse del enorme peso que gravitaba sobre sus hombros por tantos años de consagración a la vida pública, y que afianzase su inmensa gloria confundiendo a sus enemigos que lo sospechaban peligroso a la libertad; que se retirase, en fin, definitivamente de la escena política, puesto que tantas veces lo había ofrecido solemnemente. El Libertador oíalo con aparente satisfacción, pero sin poder disimular su disgusto y sorpresa por la metamorfosis de aquel amigo a quien había creído siempre todo suyo, política y personalmente; mas como S. E. conocía todo el poder de su prestigio y el carácter franco y fogoso de su joven amigo, esperaba del tiempo y las circunstancias la ocasión de volverlo a colocar de la senda de que le parecía extraviado. Para el efecto le halagaba manifestándole la coincidencia de sus ideas y ofreciéndole que tan pronto como la República se hallase tranquila y eternamente libre de todo peligro harían juntos un largo viaje a Europa para saborear en el Viejo Mundo la gloria que habían adquirido en el Nuevo[109].

Había en los análisis del general Córdova un alma transparente y llena de sinceridad. Él tenía razón en sus pensamientos y era noble que lo dijera a Bolívar, a pesar del temor reverencial que debía inspirarle un ser de la grandeza de éste, infatuado en su propia gloria y, ciertamente con ansias de poder más allá de las palabras. Allí, ciertamente, comenzó a labrarse la desgracia que estaba por llegar contra Córdova

La historiadora Pilar Moreno, biógrafa de Córdova, sobre ese instante histórico escribe en su obra citada tantas veces[110]:

Es importante destacar que en este momento principiaron a separarse Bolívar y Córdova. Éste, que hasta entonces había sentido por el Libertador una admiración casi reverente, principió a evaluar las consecuencias políticas de la dictadura y, siendo un demócrata integral, calculó que la disolución de la Gran Colombia era inevitable a la muerte de Bolívar. Ya se notaba que cada uno de los héroes y de los líderes de la gesta emancipadora se matriculaban como granadinos, como venezolanos o como ecuatorianos. Las razones que habían logrado unir a los tres grupos sociopolíticos casi que habían desaparecido y

109. Marcelo Tenorio.- Confesión.- Tomo 4°.-Págs. 389,390. Boletín de Historia y Antigüedades.

110. Autora citada, "José María Córdova.

la dictadura servía de tizón para completar la ruptura. El Libertador estaba declinando a ojos vista. Córdova con la mirada puesta en los problemas a que tendría que hacerle frente la República en un futuro no muy lejano, concibió otras ideas.

La misma historiadora vuelve y cita al gran amigo de Córdova Marcelo Tenorio, quien casi siempre estuvo identificado con él y al tanto de sus movimientos que eran comunes, apunta:

Lejos de nosotros -nosotros eran él y Córdova- *la triste idea de otro funesto 25 de septiembre; Nuestra causa no es contra los hombres sino contra los malos principios. Desgraciado el que atente contra la persona de Bolívar: ella debe ser sagrada entre los colombianos.*

Años después, en 1867, cuando Tenorio debió declarar en el juicio que le hicieron al general Tomás Cipriano de Mosquera siendo presidente de la República, habló así:

El jefe Córdova me propuso, antes de concluir el arreglo que se hizo con Obando para que se sometiese, que destituyésemos al Libertador, cuidándolo y respetándolo mucho, pues ya estaba inútil por sus males, y que separásemos a la Nueva Granada de Venezuela. Que Obando se quedaría mandando en el Sur, López en el Cauca, Herrán en Cundinamarca, y que se fijaría la capital en Cartagena, haciéndose cargo del gobierno él y yo como ministro general (sic) de Estado. Me sorprendió este absurdo, y me opuse a él, pues me decía que era necesario no hacer caso de congresos ni de abogados. Llamé a los jefes de los cuerpos a mi tienda de campaña y los instruí del loco pensamiento del general Córdova, para que me diesen parte de las órdenes que él comunicase. El Libertador iba muy enfermo y no le quise decir nada. Esto fue el principio de la desavenencia de Córdova con el Libertador, cuyos acontecimientos con sus pormenores son de otro escrito y de otro lugar[111].

El autor de este ensayo no puede estar seguro de la veracidad de los asertos que acabamos de ver originados en la persona de Marcelo Tenorio. Hay un algo en sus afirmaciones que inspiran alguna desconfianza. Él era un amigo de Córdova y enemigo de la dictadura de Bolívar. Córdova ya había muerto y

111. Anales del Congreso "Causa contra el presidente de los Estados Unidos de Colombia, ciudadano gran general Tomás Cipriano de Mosquera, vol. 1 edición oficial. Citado por Pilar Moreno de Ángel.

es posible que se encontrara entre las cenizas de una amistad ya muerta, el rencor contra Bolívar, a quien muchos, casi todos, consideraron el autor de la muerte del héroe de Ayacucho. Ese, por supuesto, es otro tema que aún no se ha logrado dilucidar.

Pero volviendo al asunto que traíamos, y sea como fuere que haya sido lo de los coloquios de Córdova con el Libertador, es de rigor decir que éste, de todos modos, oyó el sincero discurso de su amigo Córdova con respeto; y luego, unos meses después, cuando ya las cosas principales de estos sucesos coyunturales habían pasado, se había hecho la paz con Obando y Sucre había derrotado en el Portete de Tarqui a los peruanos, desde Quito, y acorde con el pensamiento expuesto por Córdova, Bolívar pronunció el 3 de abril de 1829, la siguiente proclama:

> *¡Colombianos! Después de la pacificación de Pasto, de la victoria de Tarqui y del convenio de Jirón, me dirijo a vosotros para felicitaros por el término que han tenido las grandes crisis que agitaban la República.* ***Tan prósperos acontecimientos deben prometernos esperanzas lisonjeras, bajo la augusta representación nacional que he convocado para el 2 de Enero. Ventilaréis allí todos vuestros derechos, todos vuestros intereses, y de acuerdo con vosotros mismos, daréis un nuevo gobierno, capaz de mantener la libertad y la independencia de Colombia!.***
>
> *Pero necesitamos, para lograr esta dicha, calma en las pasiones y firmeza en los combates.*
>
> *No se ha cumplido el convenio de Jirón por parte del Perú, alegando como pretextos nuevas injurias contra Colombia. Nos veremos obligados a emplear la fuerza para conquistar la paz; y aunque la gloria sería el producto de nuevos combates, pospondremos todo a la consecución del reposo de la América, y en particular de los pueblos del Sur, cuyos dolorosos y crueles sacrificios han servido poderosamente para repeler la invasión del enemigo. Recuperemos a Guayaquil únicamente para cumplir con los preliminares de paz concluidos con el Perú:* no *disparemos un tiro ni para defendernos, sino después de haber agotado todo sufrimiento y de haber reclamado en vano nuestros incontables derechos. Haremos más: expulsados que sean los peruanos y los facciosos de Guayaquil, pediremos la paz a los vencidos:* ésta *será nuestra vindicta. Tan moderada conducta desmentirá a la faz del Universo esos proyectos de conquista y esa inmensa ambición que nos suponen. Y si después de estos rasgos de noble*

desinterés y de desprendimiento absoluto, nos combaten todavía, nos calumnian y nos quieren oprimir con la opinión del mundo, responderemos en los campos de batalla con nuestro valor, y en las negociaciones con nuestros derechos.

¡Colombianos! Como súbdito de la voluntad nacional, yo no hago más que manifestar la intención del pueblo y la capacidad del ejército. Justo el primero y heroico el segundo, contemos con la victoria y con la paz. Bolívar. -Quito, abril 3 de 1829[112].

Se observa que en este discurso del Libertador prevalece el ánimo de entendimiento y no violencia. Es lo que siempre quiso. Y habla además de una nueva constitución después de la reunión del nuevo Congreso y de un nuevo gobierno. Esos pensamientos, que dan otra imagen de ese dictador que habían hecho circular, coinciden como vimos antes, con lo que le aconsejó Córdova con transparencia de pensamiento en Popayán, tal como hemos visto antes. Por supuesto sobre esto volveremos en su lugar oportuno.

Pero retrocediendo en el relato al punto del arribo del Libertador a Popayán, éste decide que Córdova mantenga el mando como general de la división que seguiría al Sur hasta Pasto, para garantizar el paso eventual de tropas al Ecuador. Mosquera, por la misma orden del presidente, entra como jefe del estado mayor e intendente del Cauca, segundo al mando de Córdova. Mas ya las relaciones de estos dos personajes, Córdova y Mosquera, eran muy tirantes entre ellos, porque es obvio que al temperamento soberbio de Mosquera quedaba muy difícil admitir la superioridad de aquel apuesto y vanidoso joven general, héroe consagrado por su valor e inteligencia para la guerra, dones que nunca demostró Mosquera.

Y aun retrocediendo un poco, es preciso decir que acorde con la carta de Córdova firmada en Totoró de 25 de diciembre anterior (1828) al obispo de Popayán, que antes vimos, el general antioqueño mandó a Mosquera a que hablara con el prelado para que se convocara a una reunión con todos los estamentos de la ciudad, en una especie de cabildo abierto.

Y se hizo la reunión con lo más prestante de la sociedad payanesa; y al final todas las gentes renovaron su adhesión al gobierno de Bolívar, aun cuando en ese momento aun no había llegado a Popayán. Se levantó en el cabildo abierto

112. Felipe Larrazábal.- Vida de Bolívar.- Tomo 2°.- Pág. 477.

un acta que fue enviada a través de Mosquera al Dictador Presidente, quien solo hizo su arribo a Popayán, como antes se anotó, el 23 de enero de 1829.

Después de que Mosquera envía el acta al Libertador y dentro de la pugna que mantenía Córdova con aquel, el general antioqueño le remite una esquela aclaratoria al Libertador en la que le dice:

> *Mosquera manda el acta que en virtud de mi entrada en esta ciudad, y por insinuación mía, han hecho estos señores; él la dirige y no yo, porque me parece mejor así y porque yo lo que quiero es que se hagan las cosas, y me importa poco que digan después que las hice yo u otro, aunque otro firme lo que yo he trabajado. Yo he dado a Mosquera todas las órdenes o dictámenes que me han parecido convenientes sobre su intendencia. Anteayer entramos y ayer salió el correo ordinario.*

Entrado el año 29 y proporcionadas las vituallas y elementos logísticos, conforme a las órdenes impartidas por el propio Bolívar, la división Córdova y sus 2.000 hombres se movilizó hacia el Sur. La división fue dividida en tres destacamentos, en el primero de los cuales viajaban el propio Bolívar y Córdova.

Fue, naturalmente, un camino arisco y peligroso. Pero el presidente dictador, que conocía muy bien el alma humana, había establecido una serie de contactos con amigos de Obando -quien como ya se ha narrado vivió en Popayán y en Pasto antes de estos hechos y aun después- y supo de cierto que a este no le habían llegado las ayudas del Perú, situación que lo dejaba propenso a una negociación.

Todo este empeño por parte de Bolívar obedecía a intereses superiores en el bien general del país, pues era, como se ha dejado anotado, una prioridad vital despejar de enemigos la ruta hacia Ecuador. Además, Bolívar sabía de sobra la clase de enemigos que podían ser Obando y los pastusos. Así que una paz con él en ese momento era un imperativo.

Entonces, al llegar al río Mayo, comienzo de la abrupta geografía pastusa, hicieron una parada y Bolívar ordenó enviar una comisión dialogante al lado de Obando. La integraban dos sacerdotes de alta alcurnia intelectual y amigos en Popayán de éste: los presbíteros Mariano Urrutia, quien era educador y José María Grueso, en esos momentos vicario de la diócesis de Pasto.

Se entrevistaron con la mayor cordialidad y Obando, que efectivamente no había recibido los auxilios que le prometieron los peruanos y además se encon-

traba en dificultades de operación, sabiendo por lo demás que ante el peligro externo el país entero estaba respaldando la guerra contra los peruanos, fue de la misma opinión.

Obando personalmente fue a recibir a los enviados a La Venta y dialogaron con muy buena inclinación hacia la paz. Bolívar no había llegado aún a estos sitios, pues tenía dificultades de avance en la retaguardia con parte de la división.

Entonces, agotada la primera reunión con Obando, el presbítero Mariano Urrutia, uno de los comisionados para las conversaciones, le envía al general Córdova, comandante de la división, el mensaje siguiente:

> *"Sombrerillos, 21 de febrero de 1829. Señor general José María Córdova. Muy señor mío de mi consideración y aprecio: Desde el día jueves 19 estamos aquí de regreso de La Venta, en donde tratamos con el coronel Obando todo lo concerniente a nuestra misión. Nada quedó decidido, pero los preliminares son de un avenimiento pacífico, y a fin de instruir sobre esto a S. E. estamos esperándolo en este punto. Ignoramos cuando llegue, pues no tenemos otra razón que la de que ayer tarde entraban unos pocos soldados en Mercaderes y fueron vistos a distancia. Quisiéramos saber si Ud. ha de venir a este punto para hablar algunas cosas por si no pudiéramos esperar más tiempo al Libertador. Soy de Ud. con la mejor consideración y aprecio. Afectísimo servidor y capellán Q. B. S. M., MARIANO URRUTIA".*

En realidad todo estaba listo, con algunas condiciones muy racionales aunque ventajosas por parte de Obando. Pero veamos como fue el desarrollo de estos hechos según el estudio fidedigno de la historiadora Moreno de Ángel[113];

> *"El momento era por demás grave. No solamente el terreno donde estaban situadas las dos fuerzas era bien difícil para efectuar cualquier maniobra estratégica, situación geográfica de la que eran conscientes los jefes de ambos bandos, sino que el tiempo apremiaba para lograr el paso de las fuerzas colombianas hacia el Sur. Bolívar entonces usó la táctica amenazante de la división Córdova, mientras Obando a su vez asumió una actitud amenazante. Éste supo, por intermedio de sus espías, que el 27 de febrero, en el Portete de Tarqui, las tropas al mando del mariscal Sucre, habían derrotado a los peruanos y éste había firmado en Girón un tratado de paz. Esta noticia tan solo la conocieron Bolívar y Córdova al llegar a Pasto. Sin contar con el apoyo peruano, Obando*

113. Pilar Moreno, José María Córdova, tomo II

y López se apresuraron a firmar un tratado con el Libertador extraordinariamente favorable a ellos. El 1º de marzo de 1829 en la Cañada del Juanambú los comisionados del ejército de la restauración constitucional Francisco María Lozano y Tomás Guerrero presentaban las bases de un acuerdo a los coroneles José de Espinar y Carlos Eloy Demarquet, delegados del Libertador".

Se estableció que el gobierno protegería la religión católica en Pasto y en toda la República, como la primera condición. Luego se decía que las gentes que integraban el partido de oposición al gobierno "sean cuales fueren las circunstancias hasta los prisioneros de guerra" serían puestos en libertad. Ningún ciudadano de la provincia de Pasto se reclutaría durante un año. No se exigiría contribución alguna a los habitantes de la zona. Se dejarían en Pasto armas y municiones al cuidado de un jefe que sería escogido entre los más populares de la región. Se tendrían en cuenta los méritos de los empleados públicos que habían emigrado de Popayán. ... El gobierno refrendará los despachos concedidos por el coronel Obando, excepto los dados a desertores del ejército y algún otro criminal; pero contra éstos no se procederá, quedarán absueltos...

El gobierno premiará conforme a sus méritos a los jefes y oficiales que sirven actualmente en la provincia de Pasto. ...

Este convenido fue conocido como el Tratado de la Cañada; y como se ve, en verdad fue altamente ventajoso para Obando y los subversivos que le acompañaban. Pero era sin lugar a dudas muy importante lo que a ese precio se lograba, teniendo en cuenta que en esos momentos la marcha de Bolívar, tan urgente como era, se había retardado por motivo de estos acontecimientos.

Como se ha visto, estos sucesos que dan origen al tratado, están ocurriendo el 1º de marzo, pero unos días atrás, el 27 de febrero, el Mariscal Sucre ha enfrentado a los peruanos, ya dentro del territorio colombiano, en un sitio conocido como el Portete de Tarqui, en las cercanías del pueblo de Girón, hoy Ecuador.

Ese día 27 de marzo de 1829 tiene lugar el combate. Los peruanos en su irrupción al territorio de Colombia han penetrado a Cuenca y San Fernando. Doblan en fuerzas a Sucre, plenamente consciente de la inferioridad del ejército colombiano. Han pasado jornadas de zozobra para las tropas del Gran Mariscal de Ayacucho en las cuales el enemigo, a cuya cabeza estaban el presidente La Mar y el mariscal Agustín Gamarra Messía, tenía más de ocho mil quinientos hombres.

Sucre, que ha recorrido el territorio, conoce bien y escoge como campo de Marte el sitio llamado El Portete. Es una región muy fría de la escarpada cordillera de Los Andes. Hay un pequeño valle y al fondo, como única salida, se destaca un desfiladero en el que solo puede pasar en fila india un solo hombre al tiempo.

Sucre conoce la malicia y no se asusta con el número mayor de las tropas del enemigo. Y, tal como hacía Napoleón cuya estrategia de rapidez utilizando horas perdidas de la noche ha aprendido con experiencias felices en esta guerra interminable, dispone la noche previa para el trabajo de alistamiento y ataque. Leamos cómo describe esta batalla el biógrafo venezolano de Bolívar Guillermo Ruiz Rivas[114]:

> *El 26 se resuelve el ataque. A las tres de la tarde* -el mariscal Sucre- *hace marchar sus tropas compuestas por 3.600 hombres de combate. La lluvia torrencial impide un avance rápido y se presentan a Tarqui a las nueve de la noche. Sucre tiene que conceder un obligado descanso. Simultáneamente, Plaza* -jefe peruano- *ha movilizado sobre el Portete a sus fuerzas, dejando algunos efectivos acantonados en Girón. A las doce de la madrugada, entre una oscuridad completa, Sucre hizo avanzar al capitán Piedrahita con 150 hombres escogidos y apoyados por el escuadrón Cedeño, para preparar una sorpresa. En la sombra, los hombres se confunden. Piedrahita se pierde. Recibe algunos disparos de sus propios compañeros y da en las propias barbas del enemigo, que le suelta las primeras descargas. Así tiene que resistir un combate desigual de cerca de media hora. A las 4.37* -de la madrugada-*, llegó Sucre con el grueso de su ejército e hizo alto en el Portete. Le acompañaba la división de infantería y los batallones Rifles, Yaguachí y Caracas. Tuvo que esperar a la segunda división y a la caballería, que se habían retrasado. Ya el sol estaba apareciendo y la niebla matinal permitía ordenar adecuadamente los movimientos. Juntó toda la masa de hombres y se precipitó al combate. Ante el recio empuje de las fuerzas de Sucre cedieron las tropas peruanas, se estableció el desconcierto y a las siete de la mañana estaba decidida la batalla. Por desgracia, la mayoría de las tropas del Perú se arrojó sobre el Portete, para tratar de salvarse, pero allí fue prácticamente exterminada por el enemigo. El balance de este triunfo fue alarmante, pues los peruanos dejaron muertos cerca de 1.500 soldados y*

114. Autor citado, "Bolívar más allá del mito".

1.000 hombres más fueron tomados heridos o prisioneros, incluyendo a 60 jefes y oficiales, el armamento respectivo, víveres, banderas y tambores de guerra.

Los que quedaron vivos del ejército peruano huyeron en desbandada. Sucre con su genio para la guerra había vencido no obstante la mayoría numérica del enemigo; pero todo este éxito era el resultado de su alianza con esa oscuridad de cuervo de la noche anterior.

Luego, de modo casi inmediato, mandó una comisión a Girón donde se encontraba el presidente José Lamar para ofrecerles a los peruanos una capitulación. La Mar, frente al inocultable desastre, acepta. No quiere que se repita la lamentable historia del Portete. Sabe de sobra quien es Sucre. Y se firma el tratado de Girón, generoso para los vencidos, como era el temperamento equilibrado del mariscal venezolano. El tratado queda sujeto a la aprobación del congreso peruano y de Bolívar como jefe único del Estado colombiano.

El mismo Sucre, según cita de O´Leary, comenta en relación con ese tratado:

Juzgué indecoroso a la república y a su jefe militar humillar al Perú después de una derrota con mayores imposiciones que las pedidas cuando ellos tenían un ejército doble al nuestro; y quise mostrar que nuestra justicia era la misma antes que después de la batalla.

Durante la batalla de Tarqui, Sucre, que ostenta plenos poderes, asciende al también venezolano radicado en el Ecuador Juan José Flores a general de división y al irlandés Daniel Florencio O´Leary a general. Ambos se habían destacado en la confrontación.

Regresando nuestro enfoque a Pasto, si bien es cierto que Bolívar en esos momentos ignoraba los hechos de Tarqui y el tratado que con los plenos poderes había firmado Sucre con los peruanos en Girón, la noticia si había llegado, como se ha dicho, a Obando, quien quizás por eso se inclinó más al acuerdo. De manera que no obstante la ventaja en favor de los sediciosos, el tratado de La Cañada le servía mucho a Bolívar para avanzar hacia el Ecuador donde con premura debía hacer presencia y, por si fuera poco, para recuperar para las filas a dos hombres tan valiosos como Obando y López.

Obando se refiere en sus "Apuntamientos para la historia"[115] al encuentro con Bolívar después de los arreglos hechos en la Cañada, así:

115. José María Obando, Apuntamientos para la Historia, Editorial Bedout S.A.

Al siguiente día de haber llegado a Pasto, supo el general Bolívar el acontecimiento del Portete -se lo contó el mismo Obando-*; yo había ido a dispersar para sus casas las fuerzas que estaban en Genoy, y de regreso me recibió lleno de alegría, comunicándome el suceso y repitiéndome el tratamiento de general que había empezado a darme desde que nos vimos en Chacapumba. 'Esto le es a usted (me dijo) tanto más honroso, cuanto que usted al transar conmigo ignoraba aquel acontecimiento* -En realidad Obando sí sabía- y agrega:-*.' Yo callé y lo dejé en su error.*

En virtud de las transacciones, yo quedé en Pasto con el mando militar de la provincia, y el general Bolívar, dejando la fuerza a órdenes del general Córdova marchó para Quito. Pero Mosquera, que se moría de envidia y de ira oyéndome llamar general de boca de su señor, y presenciando las demostraciones del extremo afecto conque me distinguía y agasajaba por una razón tan contraria al camino que él había escogido para buscar ascensos, es decir, por haberle hecho la guerra en lugar de adularle, padecía de continuos desvelos en busca de algún medio para arruinarme con el poder mismo de Bolívar.

Tres días descansó en Pasto el Libertador maltrecho y enfermo y siguió la marcha acelerada hacia Quito. La división Córdova debía permanecer en Pasto a la expectativa y luego seguiría al Ecuador. A pesar del tratado de Girón los peruanos acrecentaban su odio contra Bolívar y sus deseos belicosos, desconociendo como triunfo de los colombianos la batalla del Portete.

En esa ciudad de Pasto, rebelde y realista, quedaban Córdova, Obando y Mosquera, en medio de un ambiente abiertamente hostil. Como ya se ha dicho, los dos primeros odiaban a Mosquera y éste, a su vez, los odiaba con el alma a ambos, sentimiento que crecía todos los días. Y como Córdova era el jefe, se permitía dar mal trato a un hombre de tanto orgullo como el general Mascachochas.

Veamos sobre este aspecto una anécdota en la que Córdova insulta a Mosquera en tono abierto y en su propia presencia, que cita Obando en sus Apuntamientos[116]:

El general Córdova me había mandado a llamar un día, y yo encontré a este jefe irritadísimo contra él -Mosquera- *y esperándole para descargarle una de aquellas tempestades que acostumbraba; me lo dijo Córdova proponiéndome entrar en la pieza siguiente, para que la oyese sin ser visto: yo que conocía aquel*

116. José María Obando, "Apuntamientos para la Historia", ya citado.

genio abyecto con los poderosos y fanfarrón con los pequeños -Mosquera- *, los amarrados y los humildes, gusté mucho de la propuesta del general y cuando sentí a Mosquera, me retiré a oir y a ver, "Es usted un buenoparanada (le dijo el general con un semblante terrible): sólo para hacer canalladas tiene usted habilidad". El servil Mosquera con el sombrero en una mano, temblando, se quitó con la otra los anteojos para aumentar las señales de su respeto o de su miedo; y el general continuó: "Yo debía corregir a patadas su negligencia o su iniquidad: usted está haciendo morir en el hospital a los soldados del coronel Obando, vengando en esos infelices la oprobiosa derrota que sufrió usted en La Ladera. Retírese usted, canalla.*

Por supuesto la versión de este episodio la supo Bolívar por carta de Mosquera, pero aumentada en ofensas de Córdova y Obando al Libertador.

Es conocido el temperamento agresivo y soberbio del general Mosquera. Por cierto, según cuentan varios, en una oportunidad -quizás cuando se inauguró el capitolio-, un periodista lo entrevistó y le preguntó por la paz y sus enemigos. Él contestó secamente: "No tengo enemigos, a todos los mandé a fusilar".

Es preciso anotar que antes de estos hechos gloriosos del Portete, el mariscal Sucre, herido como se ha dicho gravemente en el brazo derecho que le quedó baldado, había llegado procedente de Bolivia a Quito después de los dolorosos acontecimientos en La Paz, cuando el general peruano Gamarra, al frente de una división hace su irrupción en este nuevo país. Como si fuera poco, se había formado una fuerza boliviana contra los colombianos por ambiciones políticas; y se habían insubordinado muchos de los lugareños que reclamaban independencia y autonomía. En medio de esta crisis se reunió finalmente el consejo constituyente que había nombrado a Sucre presidente, y éste presentó renuncia de su cargo, insostenible por lo demás, y marcho hacia el norte.

Nada más quería de política ni de figuraciones el mariscal. Además, había contraído, lleno de ilusiones, matrimonio con una quiteña nobiliaria, su novia, llamada Mariana Carcelén, marquesa de Solanda.

Ah, esta marquesa de Solanda, un año después, con una hijita del mariscal de meses, mientras Sucre se desempeñaba como presidente del Congreso Admirable y en un último esfuerzo de unión con Venezuela por encargo de Bolívar viajaba a Caracas donde un Páez que ni siquiera lo dejó entrar, y por supuesto antes del inminente y horrendo magnicidio del héroe egregio en Berruecos, había conseguido por amante a un general caleño, de nombre Isidoro Barriga.

Este hombre brutal un día cogió en sus brazos a la niña recién nacida, fruto del amor de Sucre, y la dejó caer fingiendo un accidente, desde el alto balcón de la residencia de la marquesa.

En los días subsiguientes a los hechos de Bolivia el Libertador mantuvo su disgusto con Sucre por no haber sostenido la posición en el nuevo país que llevaba su apellido, que él creía sería quizás el único asidero de su gloria en la gran epopeya del Sur.

Pero cuando los nuevos hechos se precipitan, por la declaratoria de guerra del propio Bolívar a los peruanos, como se ha visto, y el Perú invade el territorio de Ecuador y se apodera de Guayaquil, Bolívar vuelve a pensar, como ya también ha sido dicho, en la figura de Sucre, insustituible para adelantar la difícil campaña en gran desventaja contra La Mar y Gamarra y una flota naval grande que ellos habían reunido. Es entonces cuando el Libertador lo nombra como el jefe de las tropas de defensa, con todos los poderes, no obstante el deseo vehemente de retiro del mariscal. Pero era bien difícil decirle no a un hombre como el Libertador.

Bolívar, que ya ha recobrado todo el afecto que siente por Sucre después del disgusto por lo de Bolivia -que fue en realidad el motivo que tuvo para declararle la guerra a los peruanos- y además con un alto sentido utilitarista, estando todavía en Pasto pero sin conocer aun los hechos del Portete, le dirige una expresiva carta al mariscal al saber que éste ya ha decidido aceptar la comandancia de las fuerzas colombianas que se encuentran ejerciendo la defensa contra el Perú invasor:

Pasto, a 8 de marzo de 1829.
A S. E. El Gran Mariscal de Ayacucho.
Mi querido general y amigo:

Acabo de entrar en esta ciudad después de terminada la discordia civil del modo más honroso para el Gobierno, y más satisfactorio para el pueblo. No he llegado solo: viene conmigo la división Córdoba compuesta de los batallones Vargas, Carabobo y Granaderos y de los escuadrones Granaderos de la Guardia y Dragones del Zulia. Están en marcha otros cuerpos que forman la reserva. Felizmente no solo no hemos tenido considerables pérdidas en la marcha sino que engrosaremos algo más los cuerpos dentro de pocos días con las columnas que vienen en esta misma dirección.

La pacificación de esta ciudad y provincia merece bien la pena. No tiene Vd. un solo enemigo por su retaguardia, antes bien deben Vds. contar con un ejército de defensa, y otro más que colocado y estacionado en el centro de la República puede acudir a donde sea menester. Añada república, la regular administración, y el espíritu público que se ha desplegado contra el ejército invasor. Toda Colombia arde en deseos de venganza.

Yo marcharé dentro de tres o cuatro días hacia Quito.

Antes de ayer participé a Vd. un aviso y hoy repito a Vd. lo mismo con Demarquet, que no pudo seguir con mis comunicaciones anteriores.

Aquí he sabido que por fin Vd. se resolvió a encargarse del mando del ejército del Sur. Lo he celebrado infinito. Se asegura también que Vd. se disponía a dar una batalla decisiva el 5 de este. Sea enhorabuena. Ardo por saber el éxito, que espero de la estrella que guía a Vd. en los combates y del ángel tutelar de Colombia, haya sido próspero.

Como se observa de esta lectura, Bolívar, tal como ya se ha anotado, al llegar a Pasto aun no sabía de lo ocurrido en el Portete, que ya Obando conocía en parte, y celebra que Sucre haya finalmente aceptado la designación para asumir el comando de las fuerzas colombianas. Sabe de sobra que es irremplazable en esta labor.

Y en Pasto, finalmente -tal como también se vio páginas atrás-, después del envío de la carta que acabamos de ver, se entera de que Sucre ha vencido en esa batalla decisiva. Es de imaginarse la alegría del Gran Caraqueño. Muy poco tiempo más permanece en la actual capital del Departamento de Nariño y sigue rápidamente hacia Quito. Su presencia en Ecuador, como resulta obvio, es absolutamente indispensable en el menor tiempo posible, sobre todo porque también ha sido informado que el presidente La Mar, montado en cualesquiera pretextos y argumentaciones, está desconociendo el acuerdo de Girón y continúa la guerra.

Desde luego también hay que anotar que la designación de Sucre como comandante en el Ecuador, inicialmente, hizo que se sintieran un tanto desairados el general Juan José Flores y aun el propio Córdova, quienes veían allí una posibilidad de poder y gloria para sus ambiciones. Pero el resultado de Tarqui era una buena respuesta.

Estos tiempos estaban caracterizados por las intrigas y mentiras que hacían circular los diferentes personajes, especialmente en la correspondencia dirigida al Libertador. No había un gesto de solidaridad y amistad entre nadie. No, cada cual resaltaba los defectos del otro y trataba de sacar provecho. La urdimbre de este nutrido epistolario de escritos mentirosos o exagerados era recogida por el recién ascendido a general Daniel Florencio O´Leary, en un archivo intenso que fue publicado años después. Era el propio Bolívar quien le había asignado esa misión al oficial irlandés.

Entre tanto Obando y Córdova libraban una riña permanente con Mosquera. Flores cuyas ambiciones no tenían límite, también urdía con esmero de tejedor su apoderamiento del Ecuador, por fuera de la que después se llamó la Gran Colombia.

Y, después de la larga marcha desde Bogotá a Quito de un Bolívar que había soportado el suplicio aciago del puente del Carmen sobre la quebrada de San Agustín la noche del 25 de septiembre y que resiente aun más su salud ya quebrantada, al encontrar que no ha habido paz con los peruanos que han continuado en Guayaquil y en otras provincias, ordena un movimiento general de las fuerzas colombianas hacia el importante puerto de Guayaquil, tomado por los peruanos.

Entonces el Libertador dispone que Córdova se movilice con su división, incluido Obando y Mosquera, hacia el Ecuador y al mar Pacífico, y urge a Urdaneta para que reclute un gran contingente y lo envíe hacia el Ecuador. Nadie está más convencido de la injusticia de esa guerra que él. Pero nadie como él sabe que es preciso ganarla y él sabe cómo hacerlo. Vuelve a ser el hombre invencible ante las dificultades.

Se moviliza pues con la tropa hacia Guayaquil. Mas su afán es tanto, que desoye las voces que le dicen que el tiempo de lluvias en la región es muy malo. Hay inundaciones, lodazales, los caminos se borran y los cerros se derrumban, pero sobre todo reina un clima ardiente plagado de zancudos que producen fiebres palúdicas, disentería y muerte. Más de mil hombres de su ejército sucumben. Restrepo y Botero Saldarriaga dicen que fueron tres mil.

Ante estos elementos adversos no faltan quienes lo critican por no haber oído las voces de prudencia que le indicaban que debía esperar. Pero él, Bolívar, también había desafiado con éxito estos elementos de temporada de lluvias en los llanos orientales venezolanos como se recordará. Tiene un afán dominante

de tiempo, porque se ha convocado por él mismo, en el país que ha creado, la convocatoria a un nuevo congreso constituyente y hay, como se sabe, una agresiva fuerza opositora de liberales revolucionarios que no aprueban su gobierno y están dispuestos a sacarlo del poder.

En esas circunstancias cargadas de presagios sobreviene un hecho providencial. Se ha operado un cambio de gobierno en Lima y asumen el poder el mariscal Gamara y el general La Fuente, quienes con gran sentido práctico quieren restablecer la paz con Colombia y el tratado de Girón.

Este tratado realmente era bueno y generoso. Veamos lo que Restrepo[117], quien vivió esos hechos, comenta sobre el asunto:

> *Estipulose por el convenio de Girón, que las fuerzas militares del norte del Perú y de sur de Colombia se reducirían a tres mil hombres en cada país; que se arreglarían los límites de ambos Estados por una comisión, a la que serviría de base y punto de partida la división política de los virreinatos de la Nueva Granada y del Perú en agosto de 1809; que la misma comisión liquidaría la deuda del Perú a Colombia, que se pagaría dentro de diez y ocho meses o en el término que se conviniera; que se concederían los reemplazos por las bajas que sufrió el ejército colombiano auxiliar al Perú (sic), y que se daría igualmente una satisfacción por haberse expelido al agente colombiano residente en Lima. Se declaró que ninguna de las partes contratantes tenía derecho de intervenir en los negocios domésticos de la otra. Este punto y otros varios se debían arreglar por un tratado definitivo de paz, a cuyo efecto se juntarían los comisionados de ambas repúblicas en Guayaquil en el mes de mayo próximo. Además, se comprometió el jefe peruano a nombre de su gobierno a devolver la corbeta Pichincha, entregada por traición; a pagar dentro de un año ciento cincuenta mil pesos para satisfacer las deudas contraídas por escuadra y ejército del Perú en los departamentos de Guayaquil y Asuay; a desocupar el territorio colombiano dentro de veinte días, devolviendo en el mismo término la ciudad de Guayaquil con su marina y demás efectos, que los peruanos recibieron en depósito, levantándose también el bloqueo de los puertos colombianos del Pacífico. Por último se declaraban las seguridades o garantías que tendrían los colombianos en el Perú, y los peruanos en Colombia; que se solicitaría de los respectivos gobiernos un decreto de amnistía para todas las personas que se hubieran comprometido en la presente guerra: y que en ese tratado preliminar*

117. Manuel José Restrepo, "Historia de la revolución de Colombia", tomo VI, citado antes

quedaría iniciada una alianza defensiva entre las dos repúblicas, contra toda agresión extranjera que atentara destruir la independencia y los derechos nacionales. Convínose en que las bases anteriores serían forzosas para el tratado definitivo que debía celebrarse.

El asunto que daba primordialmente lugar a la inconformidad y rechazo por parte de La Mar del cumplimiento de las cláusulas del tratado de Girón era que, antes de que se firmara este tratado, Sucre, orgulloso de las armas colombianas, llena de honores en el campo de batalla a los héroes triunfadores a los que ordena condecorar con unas medallas que deben llevar la leyenda:

A los vengadores de Colombia en Tarqui" y ordenó, con los plenos poderes de que estaba investido, que en ese mismo campo se levantara un monumento que consistía en una columna de jazpe en la que en un lado se recordara a los héroes combatientes, en otro a los caídos y en el centro una leyenda que dijera: "El ejército peruano de 8.000 soldados, que invadió la tierra de sus libertadores, fue vencido por 4.000 bravos de Colombia el 27 de febrero de 1829.

Claro que estas cosas llenaron de ira al señor La Mar y a sus consejeros próximos que sintieron que se los estaba humillando al levantar ese monumento eterno a su derrota y deseaban continuar la guerra, pasara lo que pasara.

Y aunque la fuga del ejército peruano y sus bajas sembraban un gran pesimismo entre los mismos peruanos, en el presidente La Mar había otras razones de orden político, que gravitaban en su mente para no querer el armisticio, no obstante que él había sido uno de los negociadores por parte del Perú de dicho instrumento. Volvemos entonces al historiador de la época José Manuel Restrepo[118], para ver lo que sucedió a continuación:

La Mar reunió en aquella noche una junta de guerra, cuyos miembros por unanimidad emitieron la opinión de que "fuera cual fuese el partido que se adoptara, bien de combatir segunda vez, o de emprender una retirada hacia las fronteras del Perú, el ejército se perdería infaliblemente. Por tanto, que no había otro remedio sino capitular.

En consecuencia apenas rayaba el día siguiente cuando se presentó en nuestro campo un oficial del estado mayor, solicitando por medio de un mensaje de La Mar, que se suspendieran las hostilidades. En prueba de la sinceridad con que se deseaba la terminación de las diferencias existentes entre las dos repúblicas,

118. Autor, obra citada.

decía a Sucre que conociendo éste a todos los jefes del ejército peruano, escogiera para comisionados que negociaran el convenio a los dos que le inspiraran más confianza por su buena fe. El general colombiano contestó que todos eran iguales para él, a pesar de que en Pagichapa había manifestado sus deseos de que el gran mariscal Gamarra fuera uno de ellos.

Juntáronse en efecto a las diez de la mañana (febrero 28) los comisionados colombianos general Flores y coronel O´Leary con los generales Gamarra y Orbegozo de parte del Perú, con plenos poderes de una y otra parte. Apelaron los últimos para sacar partido a la generosidad colombiana y a los intereses de fraternidad que debían existir entre los americanos, vínculos sagrados que habían desconocido los del Perú en la guerra fratricida, que emprendieron contra sus libertadores por la ambición y bajas pasiones de algunos peruanos y de extranjeros residentes en aquel país. Tales artes y el sistema de excesiva e impolítica generosidad que el general Sucre había determinado seguir, produjeron sus efectos. El convenio se firmó el mismo día, y el 1º de marzo fue ratificado, quedando así terminada una campaña de treinta días, …

Fue así, pues, como se firmó el tratado de Girón, que por supuesto debía ser aprobado por el Congreso peruano. Pero en verdad nada estaba definitivamente claro y seguro hasta allí. Se insistió por La Mar en que el monumento que ordenó Sucre en el sitio de la batalla era una humillación para su país. Así lo proclamaba públicamente éste. Y otros dijeron que en el Portete no había habido una victoria colombiana.

Esto es lo que está pasando en Ecuador, todavía ocupado por los peruanos, cuando Bolívar ha llegado a Pasto y se entera de la victoria del Portete y del desconocimiento que han hecho éstos, con su presidente a la cabeza, en relación con el tratado de Girón. Y fue allí cuando el Libertador desde Pasto dispone de modo inmediato la movilización a Quito. Estos hechos complejos reclaman con urgencia su presencia. Todo es grave.

Fue entonces cuando de forma inicial ordena que Obando continúe en Pasto como jefe provincial y pide a Córdova, vacilante en sus meditaciones, que también permanezca allí con su división, a discreción de su llamada. Y parte con celeridad a la capital ecuatoriana.

Unos días después, el 15 de marzo de ese año 1829, desde Pasto donde aún permanece, Córdova le escribe al probo general Domingo Caicedo esta significativa misiva:

> *Si el Congreso peruano ratifica los tratados, lo que ha hecho el general Sucre en este caso es lo mejor, lo más conveniente a Colombia y a las glorias del Libertador. Nadie más que yo desea esta paz porque ningún otro sufre más los padecimientos de mi querida patria. Desde Popayán estoy diciendo al Libertador el único camino que le queda por salvarse con Colombia y hacer generosamente la paz con el Perú, después de haber destruido su ejército invasor; desembarazar al Sur de tanta tropa dejando solamente las guarniciones necesarias; encargar del arreglo de la administración en general al general Sucre; y volver en este año a Bogotá; reunir la representación nacional, como lo ha prometido, darle cuenta de su conducta; y dejarla obrar libremente; he aquí mis deseos y lo que ya he dicho muchas veces al Libertador. Por fortuna, el general Sucre ha cerrado las puertas del templo de Jano; ojalá que el Congreso peruano las remache para que el Libertador no las pueda abrir. Usted ya sabe mis sentimientos y hasta donde he dicho que voy; creo que no pasaré de Quito y tal vez ni de aquí en donde usted ve, por la copia que le acompaño, quedo detenido con la división de mi mando hasta saber si el Congreso peruano aprueba los tratados.*

Como se nota en el texto de esta carta nuestro héroe Córdova mantiene, con un criterio ya suficientemente elaborado, sus convicciones de corte liberal contrarias a la dictadura y al desconocimiento de la Constitución de la Villa del Rosario de Cúcuta por parte de Bolívar.

O sea que para sus malquerientes adquiría cierta confirmación la circulante especie de que el general antioqueño se apartaba del pensamiento y el obrar del Libertador. Ese era un crimen del cual acusaban a Córdova desde la noche septembrina Manuela Sáenz y Rafael Urdaneta. Córdova no es un amigo decían desde ese entonces.

Pero además se nota en la carta al general Caicedo que el Héroe de Ayacucho se siente, digamos, incómodo con Bolívar, su antiguo ídolo, por haberlo mantenido en Pasto ese tiempo sin participar en la acción.

Claro que, en obedecimiento de sus planes, poco tiempo después Bolívar ordena, como se ha visto, su movilización a Quito y Guayaquil. En realidad desde el punto de vista militar tenía razón el Libertador para dejarlo a discreción en Pasto. Las tropas de Córdova eran el refuerzo que se necesitaba urgentemente cuando La Mar prosiguiera la guerra.

Pero sin duda alguna para ese entonces ya la perversidad de Mosquera con su correspondencia acomodada contra el héroe antioqueño, ha logrado el objetivo ante Bolívar. Ya éste ha dejado de pensar que Córdova es su amigo, aunque aún lo necesita en estos momentos dramáticos. Mejor aun, lo entiende como su potencial enemigo y en consecuencia hay que tenerle desconfianza y vigilarlo.

Capítulo XIV

Cambio de Gobierno en el Perú

El cambio de gobierno en el Perú. La paz con Colombia prioridad del nuevo gobierno. Tratado de paz y vigilancia del mismo por Bolívar. Nueva enfermedad de Bolívar en Buijo. Fino humor con Obando. Descanso en la Isla de Santay. Nueva carta a Páez. Éste disimula con Bolívar.

En el Perú iban a acaecer hechos que no eran previsibles frente al autoritarismo del mariscal La Mar y sus amigos. Él veía con odio a los colombianos, sentimiento que se aumentaba por la pérdida de la batalla del Portete, donde en verdad el ejército del Perú había sufrido un humillante estropicio, no obstante que doblaba al ejército de Sucre. Y es así como, tras de escamotear el tratado de Girón, La Mar decide continuar las acciones y envía a reforzar a Guayaquil, sometida a su poder, una división de 2.000 combatientes a cargo del general Necoechea, gran enemigo igualmente de Colombia. En ese momento la guerra que se avecina es total.

Como consecuencia inmediata de la llegada de Necoechea, el general Juan José Flores y Aramburo, que se encuentra con fuerzas menores en un cantón de la provincia de Guayas llamado Samborondón, debe retirarse con prudencia a otro sitio llamado Baba, para exaltar aún más la vanidad de estos peruanos envalentonados.

Sin embargo, el ángel de la guarda abandona a estos peruanos y un día en que estaba anclada la nave Presidente, orgullosamente la insignia de éstos y la más poderosa de su flota, en la ría de Guayaquil, se desató un incendio en la misma, que provocó el estallido de su arsenal con una explosión que aterrorizó a todos. Ese fue un golpe terrible que cundió al interior del país inca con una

crítica ardiente contra La Mar y sus amigos, quienes a los ojos del pueblo y de los otros dirigentes que no pertenecían a la camarilla, dejaban la impresión de su absoluta incompetencia.

A esto se sumaba que en los meandros de la política se rumoraba con insistencia que el orgulloso mariscal La Mar detentaba, contra derecho, la presidencia de la república del Perú porque no había nacido en su territorio sino en la provincia de Cuenca en el Ecuador; y la nueva constitución peruana reclamaba para ejercer la primera magistratura del país haber nacido en suelo peruano.

Era esta, obviamente, una medida previniendo futuras intenciones de Bolívar, pero adquiría dimensión en el caso de La Mar porque su posición era, sin lugar a dudas, ilegítima y este hecho había ganado conciencia entre el pueblo que veía sus errores como la fuente de sus infortunios. La economía estaba en ruinas, no había empleo y un estado general de incertidumbre alejaba la tranquilidad pública.

En general el pueblo pensante del país austral, más allá de las esferas del gobierno, veía con claridad el sin número de yerros que había cometido la camarilla gobernante. Desatar una guerra con Colombia no fue bueno. El ejército peruano estaba casi destruido y naturalmente la deuda externa crecería mucho más comprometiendo seriamente las ya deterioradas finanzas del país. En realidad, por todos los aspectos, reinaba la ruina en un territorio tan rico como lo era el Perú.

Bolívar, por lo demás, sabía de estos desarrollos y eso explica el contenido total de la proclama del 3 de abril, que vimos varias páginas atrás.

Empero, el Libertador que en verdad no quería la guerra en esos momentos, practicaba el viejo aforismo romano que dice: Si quieres la paz, prepárate para la guerra, y eso era lo que hacía como se ha visto antes. Estaba animado de febril entusiasmo, tal cual era su característica, y es así como ordena el movimiento de sus tropas hacia Guayaquil.

Vale la pena volver a la pluma del historiador y miembro del gobierno en esa época Restrepo, con pleno conocimiento de causa, para ver los desarrollos que de modo inmediato sobrevendrían en el campo de la política interna del Perú:

> *Ya hemos indicado el descontento de los pueblos por los grandes sacrificios que les obligaban hacer para la guerra contra Colombia, guerra en que no veían*

objeto alguno nacional sino el saciar las pasiones vengativas de Luna-Pizarro, Necochea, La Mar y de otros que la sostenían por su odio contra el Libertador.

Ambiciosos intrigantes se apoderaron de tan justo descontento para elevarse sobre las ruinas del partido La Mar, que no tenía hombres de talentos gubernativos, y que había reducido casi todos los ramos de la administración peruana a un verdadero caos.

Aprovechándose de estas favorables circunstancias, los generales don Antonio Gutiérrez de la Fuente, y don Agustín Gamarra, obrando de consuno, determinan apoderarse al mismo tiempo del gobierno supremo y del mando en jefe del ejército del norte. La Fuente acababa de llegar a Lima con la tercera división del ejército formada en el sur y destinada a Guayaquil, viaje que repugnaba a todos los que la componían. Así, poniéndose de acuerdo con el mismo La Fuente los principales jefes y oficiales le dirigen desde la quinta de La Magdalena una larga representación en que le pintan los males que sufría la patria a causa de la guerra en que se había comprometido a la nación; porque La Mar no era presidente legítimo, y porque "un gobierno (tales eran sus palabras) nulo, sin prestigio, sin respeto y sin sistema, no prometía ninguna esperanza". En consecuencia pedían a La Fuente que se resolviese a asumir el mando político y militar de la república y a reunir prontamente la representación nacional a fin de que eligiera el jefe que en lo sucesivo debía mandar. Concluían con la protesta de todos los revolucionarios de que estaban decididos a salvar el país a cualquier costo.

Seguro del triunfo por tener a su devoción la única fuerza que existía en Lima, el general La Fuente determina encargarse del gobierno. Abandonado el vicepresidente don Manuel de Salazar y Baquijano dimitió su destino en La Fuente, cuya renuncia fue aceptada en 5 de junio por la diputación permanente del Congreso. Al siguiente día La Fuente se hizo cargo del poder ejecutivo con el título de "Jefe supremo provisorio", mientras se instalaba el congreso, lo que debía ser pronto. …

El golpe de estado fue dado con arreglo a derecho. Porque fue el congreso quien determinó encargar del poder al general Antonio Gutiérrez de la Fuente. Y un poco tiempo después el mismo cuerpo legislativo elegiría provisionalmente al mariscal Agustín Gamarra, pero al mismo tiempo se convocaban elecciones para elegir presidente en propiedad por un período de cuatro años.

En ese certamen electoral ganaron abrumadoramente Gamarra como presidente por cerca de un millón de votos y Gutiérrez de la Fuente con la misma papeleta como fórmula vicepresidencial. Vale la pena anotar que de las primeras cosas que hizo el mariscal Gamarra fue deportar, sin conmiseración alguna, al anterior gobernante La Mar, quien se asilaría en Costa Rica, entonces parte de la República de Centro América -era en ese momento una república-, donde murió de tristeza y abandono un tiempo después.

Restrepo[119] cuenta este episodio, vital para Colombia, en los siguientes términos:

> *Casi al mismo tiempo que había sucedido este cambiamiento en Lima, ocurrió otro semejante en Piura. El gran mariscal don Agustín Gamarra dirigió en 7 de junio una larga carta al general La Mar concebida en el tono de la amistad, pero que contenía duras verdades. Decíale que el Perú caminaba a una absoluta ruina por los desaciertos de su gobierno, y por los partidos que por doquiera había promovido; que estaba dominado por la facción de Luna-Pizarro y daba su confianza a jóvenes inexpertos; que el descontento era general y que se hallaban conmovidos los departamentos del sur, sin que él lo supiera; que el Perú estaba decidido a no sufrir por más tiempo el ultraje de su constitución política, que prevenía rigiera a la nación un peruano de nacimiento, y que La Mar no lo era. Concluía aconsejándole que fuera generoso y renunciara con decoro al mando que obtenía inconstitucionalmente, para que lo ejercieran los peruanos, verdaderamente interesados en la felicidad de su patria; añadía que* él *estaba decidido a satisfacer los deseos de sus compatriotas.*

Esto está pasando el 5 de junio de 1829. Gutiérrez de la Fuente y Agustín Gamarra están unidos y reconocen que Bolívar y los colombianos tenían razón y que la agresión a Colombia era injusta y en consecuencia hay que pararla de modo inmediato y buscar un nuevo tratado que de vigencia a lo acordado en Girón y garantice una convivencia pacífica duradera. En el país inca, como ya se ha expuesto, todo es desorden. La economía no ha podido reactivarse mientras existe una deuda pública enorme, inclusive con Colombia por los gastos de la guerra de independencia. Hay que volver a comenzar la tarea reconstructiva dentro del amparo de la paz.

Vale la pena ver lo que expresó en su proclama inaugural al asumir el poder provisoriamente el general La Fuente:

119. Autor, obra citada.

Una guerra insensata y fratricida provocada artificiosamente con depravados designios; una invasión del territorio extranjero ejecutada con la más insigne indiscreción; la campaña que, dirigida por las máximas más obvias del arte militar hubiera debido producir laureles a nuestros bravos guerreros, terminaba con desdichas e inmerecido oprobio; los valientes salvados de las consecuencias primeras de la ineptitud, condenados después a perecer lastimosamente; el nombre peruano sin mancilla en medio de los antiguos reveses de la fortuna, ahora pronunciado con desprecio por las naciones y con baldón por un pueblo hermano; la constitución y las leyes holladas por satisfacer privados e innobles resentimientos y para arrancar a la indigencia contribuciones onerosas destinadas a fomentar la funesta lucha; los campos yermos, las familias desoladas, cegados todos los manantiales de la prosperidad pública… Hé aquí en bosquejo el triste, el espantoso cuadro que presenta el Perú, cuando debía ya saborear en paz y alegría los goces de la abundancia y de la dicha social.

Diciente cuadro el que pinta el otro lado de la medalla que antes presentaba el gobierno anterior y que demuestra ese odio feroz del mariscal de La Mar contra Bolívar y los colombianos. La Fuente, aquel oficial al que Bolívar conoció en Trujillo al comienzo de la campaña en el Perú, veía las cosas con otros ojos aterrizados en una realidad que no se podía desconocer.

Y luego, retrocediendo un poco en los desarrollos de esta nueva política, cuando asume el poder en Lima Gutiérrez de la Fuente, nombra al mariscal Agustín Gamarra como comandante de los ejércitos del Norte, y le ordena:

Que inmediatamente se pusiera en comunicación con el jefe de las fuerzas colombianas, a fin de tratar sobre la celebración de un convenio militar o suspensión de hostilidades, que subsistiera hasta tanto estuviese reunido el congreso, y deliberarse sobre la gran cuestión de la paz o de la guerra.

En el desenvolvimiento de estos nuevos acontecimientos que tienen inmediata repercusión en las filas peruanas, se iban a producir nuevos hechos muy significativos. El general Necochea, tan duro en el gobierno de La Mar con los colombianos, en compañía de la alta oficialidad que ocupa militarmente a Guayaquil, renuncian y regresan al Callao.

En realidad están renunciando a la guerra fratricida. Y dejan entonces encargado del puerto y de las tropas a un coronel nacido en España pero hoy al servicio del gobierno peruano, de nombre Miguel Benavides.

Bolívar, desde la hacienda Buijo, cantón de Samborondón donde ha establecido su cuartel general, le envía un oficio apremiante a Benavides exigiéndole la entrega de la ciudad y el puerto. Éste contesta que eso no es posible, pues sus órdenes expresas son las de defender este sitio estratégico a como haya lugar. Pero que le aconseja que hable con el mariscal Gamarra que se encuentra en Piura y él, Benavides, está dispuesto a llegar de inmediato a un armisticio. Todavía es el mes de junio.

Como Bolívar mostrara su acuerdo con la propuesta, Benavides le envía con poderes plenipotenciarios al cuartel general de Buijo al señor teniente coronel Francisco del Valle Ristra para negociar el armisticio. Por su parte Bolívar nombra como negociador al general León Febres Cordero. El 27 de junio firmaron un nuevo convenio de alto al fuego en tierra y mar. Este acuerdo provisional y de ejecución inmediata es ratificado por el mariscal Gamarra y también por el congreso de Lima. Pero el congreso, acorde con el nuevo gobierno, razona que es necesario proceder de inmediato a la elaboración de un tratado definitivo el cual ponga fin a la guerra y armonice las relaciones de los dos países.

Entonces pide a Gamarra, que elegido popularmente ya ha asumido el poder, que designe el comisionado del Perú en la elaboración de un tratado definitivo; y el nuevo presidente, plenamente identificado con esta política de paz, nombra para ese delicado cargo al general peruano Agustín Lira. Bolívar ha designado por su parte al general Antonio Guerra. Se reúnen y rápidamente convienen en un tratado que, de entrada, establece un armisticio de tres meses y regula todo lo demás de las relaciones colombo-peruanas. Es el 10 de julio de 1829.

Veamos de nuevo, por su alto conocimiento de todos los detalles al fondo, cómo cuenta esos acontecimientos el historiador Restrepo[120]:

> *Después de algunas otras contestaciones el coronel Benavides envió al cuartel general de Buijo a don Francisco del Valle-Riestra, jefe de su estado mayor. Este se puso de acuerdo con el general Cordero, nombrado por parte del Libertador (junio 27), y firmaron una suspensión de hostilidades por mar y tierra. Debía de durar mientras regresaba el coronel Antonio Guerra* -nombrado por Bolívar-, *que se había embarcado la noche anterior en Guayaquil para ir en comisión a Piura cerca del mariscal Gamarra. Entre tanto las fuerzas de cada una de las partes contendoras ocupan las posiciones que tenían en la actualidad.*

120. José Manuel Restrepo, ob. cit.

La misión del coronel Guerra había provenido de una excitación muy satisfactoria que el gran mariscal Gamarra dirigió al Libertador desde Piura; oficio que contenía las mismas ideas emitidas por La Fuente, que ya hemos transcrito, y aún todas más explícitas. En él se confesaban los esfuerzos que repetidamente había hecho Colombia para evitar o terminar una guerra injusta o fratricida, cuya culpa se atribuía enteramente a la administración del presidente La Mar y de sus partidarios.

Gamarra terminaba su nota proponiendo un armisticio por noventa días, hasta que instalado el congreso peruano, acto que debía realizarse en todo el mes de julio, dicha corporación autorizara el jefe de gobierno provisorio para nombrar los plenipotenciarios que acordaran el tratado definitivo de paz, la que el Perú deseaba ardientemente. A fin de promover en Lima este feliz resultado, el Libertador envió de comisionado a aquella capital a su edecán el coronel Demarquet. Este llevaba una nota oficial y una carta particular de Bolívar dirigida al jefe provisional del Perú; manifestábale los sentimientos pacíficos que le animaban y la esperanza que le hacía concebir la nueva administración de que se ajustara la paz sin derramar nuevamente la sangre americana en combates fratricidas, que había procurado evitar hasta entonces no atacando a Guayaquil a pesar de la superioridad de sus fuerzas.

La comisión a Piura del coronel Guerra tuvo feliz resultado. En 10 de julio ajustó un convenio militar con el teniente coronel don Juan Agustín Lira, y el mismo día fue ratificado por el general en jefe del ejército peruano. Estipulábase en él: primero, un armisticio de sesenta días por mar y tierra, y la cesación del bloqueo de las costas y puertos colombianos del Pacífico; y segundo, la devolución dentro de seis días después de obtenida la ratificación del Libertador, de la plaza y departamento de Guayaquil, sin la cual el gobierno colombiano había protestado que no podía continuar negociación alguna. Respecto de los buques, enseres y demás útiles que se entregaron a los peruanos con dicha plaza, se estipuló que continuaran en depósito hasta la ratificación del tratado definitivo de paz, sin que en ningún caso se pudiera hacer de ellos un uso hostil contra Colombia. Se convino en que comisionados de Colombia y del Perú se ocuparían tan pronto como fuera posible en concluir las negociaciones para el tratado definitivo de paz dentro de los sesenta días del armisticio, que se prorrogarían en caso necesario. ...

...El Libertador ratificó este convenio, que puso término a la guerra, mas no a los sacrificios de los pueblos. Mientras la paz no estuviera basada en un tratado definitivo, era preciso mantener en buen pie el mismo ejército, que era demasiado gravoso a las escasas rentas de Colombia, y principalmente a los arruinados departamentos del Ecuador, Guayaquil y Asuay. Esta consideración desesperaba a Bolívar, y por tanto se proponía activar la celebración del tratado.

Éste, conforme a su pensamiento, firmó este convenio que, efectivamente, acababa durante el término de tres meses la guerra y abría la puerta para que el congreso peruano aprobara esta política con un verdadero tratado que incluyese todos los diferentes aspectos que debía cubrir según lo acordado; y en acatamiento del mismo acuerdo, la ciudad de Guayaquil fue entregada seis días después al Libertador.

Era el 21 de julio y la ciudad estaba casi destruida. O sea que, hasta allí, la victoria del Portete era una victoria pírrica.

Permaneció el Libertador en Guayaquil unos pocos días buscando arreglar los sitios en ruinas y hablando con la gente. Y regresó, con urgencias de salud, a la base cercana de Buijo, donde ya se indicó que había trasladado su cuartel general.

Ya en los cuarteles, casi de inmediato, Bolívar cae gravemente enfermo el 3 de agosto de 1829. Su estado es deplorable: una fiebre superior a los 40° grados, el delirio, la bilis y la inconsciencia dejan en vilo su vida. Todos sienten que va a morir, y hacen cálculos sobre la forma en que se repartirán los territorios y los pueblos. Bolívar está en el sopor de la muerte y no hubo ninguno que no viera su final encima e hiciera sus propios planes, desmembrada la gran Colombia como un hecho inevitable. Entre ellos estaba el propio Córdova, que también tiene en ciernes su propio proyecto.

La postración del Libertador se extiende hasta el 18 de ese mes de agosto, cuando convaleciente y muy débil, comienza una vez más el proceso de recuperar su salud, mientras los problemas aquí y allá lo asedian.

Guillermo Ruiz Rivas[121] describe esos momentos de grave incertidumbre por la enfermedad del Libertador:

121. Guillermo Ruiz Rivas, "Bolívar más allá del mito", Librería Piñango , Caracas

El Libertador entra ahora de lleno en una grave enfermedad y se encuentra en su cuartel general de Buijo, atendido solamente por el fiel José Palacios, que no le desampara. El discutido José María Obando va a acompañarle y cuenta que "pareció a todos ser esta enfermedad la última de su vida: era una disentería". Bolívar la llama de bilis nerviosa. Está tomando líquidos únicamente. *Entre el 6 de agosto y el 18* -1829-*, el Libertador debió encontrarse gravísimo, casi en estado de coma y pocos, muy pocos, fueron quienes le acompañaron durante su enfermedad.*

Cuenta Obando que "volviendo una noche de un profundo y dilatado letargo, que desemejaba muy poco de la misma muerte, abrió los ojos, buscó alrededor y no halló en su compañía sino al propio Obando.

-General -le dijo- mucho es lo que debo a usted. ¿Con que usted es el único que está conmigo? ¡Cuán útil me ha sido la revolución de usted! Sin ella yo habría muerto ignorando muchas importantes verdades. Pero ¿qué he hablado contra usted durante mi delirio?

Es difícil encontrar una respuesta más curiosa, con un humor tan fino que surge de las propias circunstancias. Bolívar estaba seguro de que había hablado en su delirio de Obando, quien con tanta nobleza vigilaba el desarrollo de esa enfermedad. Y le aterraba que hubiera hablado mal.

Empero, en medio de tanta incertidumbre y de la fisonomía de la muerte que enfrentó, el Libertador se levanta y prosigue su lucha con el mismo optimismo. Es pues del caso entender que al llegar a aquella ciudad de Guayaquil el Libertador ya había cumplido con los actos posteriores a la batalla del Portete, tal como lo registró en su proclama del 3 de abril en forma tan elocuente como se vio antes, insistiendo en el gesto conciliador, pero de todas maneras vigilante.

En el estado de debilidad en que se halla, decide tomar un descanso en la isla Santay cerca de Guayaquil, donde llega el 31 de agosto. Su salud, sin duda alguna, ya no volverá a ser la misma. En realidad parece un viejo escuálido y desvalido y solo tiene 46 años.

La pasa bien Bolívar en la isla Santay. El mar, la brisa y el buen clima, hacen que aumente su apetito y coma normalmente, con lo que aumenta su peso, antes reducido al escombro. Pero le hace falta el ejercicio del caballo, porque la

isla es pequeña y accidentada y no le es posible montar. Sus carnes se reponen y escribe con mucha abundancia a los amigos, al gobierno y a Páez a quien todavía tiene como amigo.

Con clarividencia sabe que los problemas con el Perú están prácticamente resueltos, no obstante el empecinamiento de los peruanos en pequeñas cosas que rompen el equilibrio interno de Bolívar, como habremos de verlo en una carta al señor Vergara que luego transcribiremos.

Capítulo xv

El asunto de la monarquía

Viaje desde el Ecuador, proximidades del congreso de Bogotá. Antecedentes del asunto de la monarquía. Presencia en Bogotá de un diplomático francés de nombre Claude Just André Bouchet de Martigny. Él trae el embeleco de la monarquía. Se dice que el libertador ha dado instrucciones secretas de que busquen la monarquía. El gabinete ha venido trabajando en pro de la causa realista. Correspondencia clave de Vergara y de Restrepo sobre la monarquía. Nueva carta a Páez.

A estas alturas del tiempo, se puede decir que ya está encima el congreso convocado por el Gran Caraqueño, que debe iniciar en el comienzo del año entrante. De allí deberá salir fresca, como se ha dicho, una nueva constitución y la formación de un nuevo gobierno, al que Bolívar renuncia de labios para afuera y seguramente para adentro también.

Tiene el Libertador desde que salió de Lima aquella madrugada que vimos antes, empeño e insistencia en los diferentes aspectos de la organización del nuevo estado, mientras en Bogotá el Consejo de Gobierno, pensando quizás en el halago y dejándose llevar por los sueños monárquicos de un bribón francés llamado Claude Just Henry Bouchet de Martigny, el que había llegado como encargado de una misión comercial del gobierno del rey francés Carlos X y se había instalado en arrendamiento en la casa situada en la calle del Coliseo, que un tiempo después adquiriría el general Córdova.

Era este francés el inspirador de ese sueño dislocado que intentaba revivir los esfuerzos de Páez, que vimos atrás, para encarnar en Bolívar el espíritu autocrático de Napoleón y que, como ya se estudió, elocuentemente Bolívar

había rechazado en una carta de extraordinaria claridad mental en la que dice que él no es Napoleón ni los colombianos son los franceses.

Vinculado al ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, y ya en Bogotá, Martigny ha animado esa idea de crear una monarquía en la que Bolívar llevaría el mando a perpetuidad o la corona, a su elección; y cuando se presentase su falta, el rey de aquella nación presentaría a un príncipe de la sangre para que viniera a reinar.

En una comunicación al Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, Martigny ha escrito:

> *Habría necesidad de que las potencias europeas se decidan, sea a sostener al general Bolívar, sea a enviar a un príncipe que con la ayuda de una fuerza impositiva traiga a este país, con un gobierno estable, la paz exterior y la tranquilidad interior.*
>
> *Este último plan será el más asequible o ejecutable. Yo me doy cuenta por las gentes de aquí que el general Bolívar tiene un gran defecto: aquel de ser un colombiano. Un príncipe católico romano y no español, sería, en general, recibido con alegría por el pueblo cansado de tanta agitación.* ***El único obstáculo que yo veo sería llevar a un arreglo al general Bolívar,*** *quien tendría siempre un partido considerable y una gran influencia. (Resaltado del autor)*

Es de resaltar en esta carta-informe la anotación del francés al señalar que la única dificultad que advierte a esta idea es el propio Bolívar. O sea que vale la pena señalar, de entrada, que el Libertador no estaba hasta allí en el plan y menos comprometido en el arisco tema, conforme lo manifiesta el propio Martigny.

La venida de este francés a Bogotá era temporal y traía una misión exclusivamente comercial con rango de cónsul.

Al término de la misma habría de reemplazarlo un cónsul de verdad, que fue el señor Charles de Bresson, quien hizo su arribo a Bogotá el 16 de abril de 1829. Lo acompañaba otro francés, Jean Lannes, compañero de misión.

Presentó su carta de acreditamiento ante el secretario de Relaciones Exteriores doctor Estanislao Vergara y, por supuesto, habló largamente con éste enterándose de la idea de su antecesor, que recibió con regocijo. Vergara la miró con radiante expectativa. Después Bresson haría una visita protocolaria al presidente del Consejo de Gobierno en ese momento José María del Castillo

y Rada, quien enterado de la idea se mostró muy partidario de la monarquía y le ofreció todo su apoyo.

¡Vaya un descalabro!

Estas ideas se fueron agrandando y calaron hondo en el consejo de ministros, que seguía siendo el mismo de cuando el Libertador asumió la dictadura: José María del Castillo y Rada, quien lo presidía, José Manuel Restrepo, Estanislao Vergara, Rafael Urdaneta y Nicolas M. Tanco. Éstos oyeron con mucho interés al cónsul francés y se dijo por ellos que, antes del viaje al sur de Bolívar a atender la guerra de los peruanos, éste miró con buenos ojos la idea de la instauración de un príncipe en el gobierno colombiano, frente a la convicción de que este era un país ingobernable con la democracia.

No obstante, es lo cierto que el Libertador desde el Ecuador, oficialmente, no se pronunció sobre el tema. Su trabajo febril y absorbente allí discurrió en atender las distintas posibilidades de agravamiento del conflicto con los antiguos libertados, sobre todo en el gobierno de La Mar y en los detalles de los dispendiosos tratados posteriores que absorbieron su atención en esos meses. A lo cual es preciso agregar la enfermedad en Buijo y la convalecencia, que restaron mucho tiempo a ese Libertador saliendo de la muerte, para ocuparse detenidamente de este problema de la monarquía que él no tocó en público con nadie.

Es más, bien claro resulta que el problema que originó la insurrección de Córdova que se dio por esos días, inducido por las intrigas de Mosquera, estuvo matizado por el deseo de Bolívar de evitar ese conflicto que fatalmente, bajo el manejo de Urdaneta y O´Leary, agotó la vida del héroe de Ayacucho.

Es de recordar además que habiendo ganado O´Leary la desigual para Córdova batalla del Santuario, vencido y herido y quien había luchado como un león, en la casa-hospital del campo, bajo orden directa y sin ambages del irlandés a su supeditado compatriota Ruperto Hand, éste lo asesinó fría y cobardemente con dos golpes del sable del irlandés en la cabeza y en la mano, sin importar que, como se ha anotado, estaba herido y se había declarado vencido. Ese por supuesto, es un crimen histórico.

Además es de rigor admitir por cualquier observador de la historia, que no se puede desconocer el esfuerzo anterior del Libertador para arreglar este asunto con Córdova, primero con el nombramiento como ministro de Marina, que era la honrosa entrada al gabinete, que Córdova, envenenado como ya se

encontraba, rechazó con desprecio; o el nombramiento de ministro -así se llamaba a un embajador- plenipotenciario en Países Bajos para que se casara con la bella Fanny Henderson, a quien el antioqueño amaba con ternura, y se fuera a sentir otros vientos en una vía de descanso y aprendizaje, tal como el propio héroe de Ayacucho le había sugerido para el caso del propio Libertador, con noble amistad en Popayán.

Volviendo al tema que se traía, muy entusiasmado Charles Bresson, el nuevo cónsul francés, le escribe al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia tocándole el asunto de una eventual monarquía en Colombia, como si fuera un proyecto muy serio. Pero el ministro francés rechaza con energía tal idea y le formula una severa recriminación al funcionario. Resulta obvio, razona el ministro, que la idea proviene de unas circunstancias coyunturales que habrán de cambiar trayendo nuevos problemas.

No obstante este pronunciamiento que era reservado, la creencia general que se fue esparciendo en el agitado medio de la política criolla, era que el gobierno francés del rey Carlos X era el promotor de la monarquía en Colombia en arreglo con el Libertador, sin importar los enormes esfuerzos de tantos años para derrotar a otra monarquía con el lenguaje de la libertad.

Esto, por supuesto, radicalizó con mayor fuerza a los liberales, no obstante la ausencia del general Francisco de Paula Santander, quien se halla desterrado en Europa, al igual que un gran número de ellos. Uno de estos radicalizados, quizás el más brillante y el más noble, iba a llegar a la sublevación y a la muerte. Era, como se acaba de ver, el joven héroe general José María Córdova.

El tema, pues, había tomado más cuerpo y se había convertido en parte de la acción del gobierno, cuando en los días 11 y 22 de mayo de 1829 el secretario de Relaciones Exteriores Estanislao Vergara, gran amigo del Libertador y hombre de reconocida honorabilidad e inteligencia, escribe dos cartas a su jefe en el Ecuador. En la primera dice en parte:

> *Está ya muy general la opinión por un gobierno fuerte y bien establecido, por la permanencia de V. E. en el mando durante su vida, y por asegurarle la sucesión en un príncipe extranjero. Todos conocen que las elecciones de presidente o de primer magistrado, si subsisten, serán una fuente perenne de males, de transtornos y de conmociones, y que su exhibición es precisa, es necesaria para asegurar el orden y la tranquilidad. Estas ideas se irán extendiendo poco a poco*

y el congreso, cuando se reúna, hallará una opinión pública bien establecida que tendrá que seguir porque no podrán contrarrestar. Aquí se pronuncian ya altamente por una monarquía, aun los enemigos, y no se oye otra cosa en boca de todos.

En la siguiente misiva dice Vergara:

Una monarquía constitucional es lo que puede conservarnos y hacer a Colombia grande y respetada. ***Estamos ya todos en este proyecto y contamos con la cooperación de V. E.*** (Resaltado del autor) *Ella comenzará en vida de V.E. siendo presidente mientras exista, y después continuará en un príncipe extranjero que podrá tomar el nombre de rey, o el que quiera. V. E. conoce muy bien que con elecciones y con gobierno alternativo, Colombia no puede marchar y que su disolución será una consecuencia necesaria.* ¡Qué *remedio, pues, para impedirla! ¡Quitar elecciones, dar unidad al gobierno y cortar aspiraciones!*

Las dos cartas no son las de un audaz secretario buscando aceptación, sino que ambas tienen un valor entendido que no está revelando ninguna novedad al jefe. Son una especie de ratificación de algo ya conversado y adoptado como una posibilidad política. O mejor, como una probabilidad. Solo que el Libertador ha guardado un silencio exterior inescrutable, que bien parece que la decisión final no ha sido tomada por él.

Este nuevo problema, el de la monarquía en toda su dimensión, estaba vivo antes del viaje de regreso a Bogotá del Libertador, no obstante ese ambiguo silencio. Aunque como se ve, resulta obvio que el consejo de gobierno ha hecho trascendentes adelantos en ese sentido, con convicción.

Es claro además recordar que el genio de Bolívar no se detenía ante ningún problema. Su mente entonces, para bien o para mal, se bifurca y se explaya sobre otros temas que son para él una distracción. Dice una cosa con conmovedor acento, pero piensa otra con otro acento igualmente convincente. O con el silencio. La duda gobierna al mundo.

Es entonces muy difícil, aun en las encrucijadas de la historia, ubicar con certeza qué era en su momento lo que verdaderamente estaba pensando el Libertador frente al cúmulo de problemas que lo asediaban, gran parte de los cuales salían solo de su propio cerebro. El autor piensa que todo comenzó en el desconcierto de su propia ambición y en un ensayo de opinión bajo el alero del yo no fui.

Pero en medio de tales encrucijadas no decididas, resulta obvio que va prevaleciendo en la convicción de Bolívar el criterio de la democracia, contraria a cualquier autocratismo, tal como lo ha expresado reiterativamente en múltiples documentos públicos y privados, que el lector en cierta forma está obligado a aceptar.

Estando aun en el Buijo, el 13 de julio del mismo fatídico año 1829, escribe la siguiente carta al doctor Estanislao Vergara, que recoge sin duda alguna la manera como Bolívar iba digiriendo esa malhadada idea de la monarquía. Esa carta dice:

Al señor Doctor Estanislao Vergara, ETC., ETC., ETC. "(…) Yo he dicho hasta ahora a Vds., sí, sí, a todo cuanto me han propuesto sin atreverme a dar mi opinión verdadera, temiendo que interceptaran mis cartas y se prevalieran de ellas para hacer guerra al mismo gobierno y alarmar la multitud contra el consejo.

Mi opinión es vieja, y por lo mismo creo haberla meditado mucho.

Primero. No pudiendo yo continuar por mucho tiempo a la cabeza del gobierno, luego que yo falte, el país se dividirá en medio de la guerra civil y de los desórdenes más espantosos.

Segundo. Para impedir daños tan horribles que necesariamente deben suceder antes de diez años es preferible dividir el país (se refiere a Colombia) *con legalidad, en paz y buena armonía.*

Tercero. Si los representantes del pueblo en el congreso juzgan que esta providencia será bien aceptada por éste, deben verificarlo lisa y llanamente, declaración al mismo tiempo, todo lo que es concerniente a los intereses y derechos comunes.

Cuarto. En caso en que los representantes no se juzguen bastantemente autorizados para dar un paso tan importante, podrían mandar pedir el dictamen de los colegios electorales de Colombia, para que estos digan cuál es su voluntad y sus deseos; y, conforme a ellos, dar a Colombia un gobierno.

Quinto. No pudiéndose adoptar ninguna de estas medidas porque el congreso se oponga a ellas, en este extremo solamente puede pensarse en un gobierno vitalicio como el de Bolivia, con un senado hereditario como el que propuse en Guayana. Esto es todo cuanto podemos hacer para consultar la estabilidad del gobierno, estabilidad que yo juzgo quimérica entre Venezuela y Nueva

Granada, porque en ambos países existen antipatías que no se pueden vencer. El partido de Páez y el de Santander están en este punto completamente de acuerdo, aunque el resto del país se oponga a estas ideas.

"El pensamiento de una monarquía extranjera para sucederme en el mando, por ventajosa que fuera en sus resultados, veo mil inconvenientes para conseguirla:

Primero. Ningún príncipe extranjero admitirá por patrimonio un principado anárquico y sin garantías.

Segundo. Las deudas nacionales y la pobreza del país no ofrecen medios para mantener un príncipe y una corte miserablemente.

Tercero. Las clases inferiores se alarmarán temiendo los efectos de la aristocracia y de la desigualdad.

Y cuarto. Los generales y ambiciosos de todas condiciones no podrán soportar la idea de verse privados del mando supremo.

No he hablado de los inconvenientes europeos, porque pudiera darse el caso de que no los hubiera, suponiendo siempre una rara combinación de circunstancias felices.

En cuanto a mí, Vd. debe suponerme cansado de servir y fastidiado por tantas ingratitudes y crímenes que se cometen diariamente contra mí. Vd. vio el caso extremo en que me colocó la gran convención de dejar sacrificar el país o de salvarlo a mi costa. El artículo de que Vd. me habla, el más favorable que se ha podido escribir en mi honor, únicamente dice que mi usurpación es dichosa y cívica. ¡Yo usurpador! Una usurpación cometida por mí! Mi amigo, esto es horrible; yo no puedo soportar esta idea, y el horror que me causa es tal que prefiero la ruina de Colombia a oírme llamar con ese epíteto" (Resaltado del autor)

Sin duda alguna lo dicho en tal misiva es claro, unívoco y de todas maneras se diría que incluyente de una visión personal, pero de hombre de estado que resalta los inconvenientes de pensar en una monarquía y quiere que en la decisión solamente prevalezca la opinión mayoritaria del congreso. Es el congreso el que debe decidir. Pero sin lugar a dudas, no hay allí una expresión que facilite el entendimiento de que es partidario en esos momentos de la monarquía.

Abundando en razones, también vale la pena leer la diciente carta que le envía a Páez desde la isla Santay donde convalece, como se acaba de ver, del grave daño que sufrió en Buijo, el pasado agosto cuando casi se muere, como se vio atrás. En esta misiva el Gran Caraqueño le muestra al huidizo Páez un afecto de hermanos; y se sincera con el astuto personaje, cuyas traiciones y deslealtades conocía de sobra y bien pronto iban a mostrar su perfil verdadero de ingratitud:

Guayaquil, 5 de septiembre de 1829.
Al Exmo. Señor General. José A. Páez,
Etc., Etc. "Mi querido general:

Hace más de seis correos que no recibo carta alguna de Vd. No sé a qué atribuir tal falta, pues de mi parte puedo asegurar que no habrán pasado dos correos sin llevar alguna mía para Vd., y los varios amigos que me escriben de esa ninguno me dice que se halle Vd. enfermo o ausente, lo que hasta ahora me mortificaba creyendo que esto fuese la causa; mas ya más bien creo que me hayan interceptado las comunicaciones de Vd. porque a tanto llega la inmoralidad y corrupción.

Parece que la gente pensadora de Bogotá se ocupa de pensar sobre el mejor modo de constituir a Colombia. A mí me provocan con la mayor tenacidad para que les de mis consejos y opiniones sobre el particular. Pero viendo yo que la opinión nacional no se ha pronunciado enteramente, como es de suma necesidad, y como estoy cansado de prevenir que se le invite, para que lo hagan por medio de la prensa y de los colegios electorales, sólo les he contestado que mis opiniones están emitidas en los documentos de mi vida pública, y que de resto nada más puedo hacer ni decir, especialmente habiendo yo convocado ese congreso para que dé una constitución y nombre un gobierno. Además, estoy muy distante de pensar ir a Bogotá a influir en el congreso, como algunos quisieran, porque estoy resuelto a no recibir más la autoridad por aquellas razones y porque ya está de más en mis manos; siéndome aún menos permitido indicar la marcha legislativa de aquel cuerpo ni admitir la menor concesión de su parte.

Ha llegado el tiempo de hacer mi gusto y cumplir con mi honor. Yo me comprometí a combatir por la emancipación de Colombia: muchas naciones la tienen reconocida y la España misma está pensando en reconocerla, con cuyo paso queda asegurada para siempre*; los partidos todos se han apaciguado; la guerra del Perú se ha concluido, y bien pronto la paz*

quedará sellada, aunque sin garantías no poseyendo los medios de arrancarlas ni siendo posible que les dé un gobierno revolucionario. Es cuanto he podido hacer en veinte años de trabajos: ¿por *qué ha de haber todavía derecho para exigírseme que expire en el suplicio de la cruz? Y si no fuera más que la cruz yo la sufriría como la última de mis agonías. Jesucristo sufrió treinta y tres años esta vida mortal; yo paso de cuarenta y seis en ella, y lo peor de todo es que la he llevado sin ser un Dios impasible. No más, pues, mi amigo, no más puede ser mi martirio ni sufrimiento. Yo me alegraría que Vd. no se excusase de venir al congreso, si, como me aseguran, es Vd. nombrado, para que me defienda en él del horrible suplicio del mando con que acaso me quieren regalar todavía".* (Resaltado del autor)

Por acá no tenemos ninguna novedad. Seguimos esperando al comisionado del Perú que venga a tratar la paz con el señor Gual, lo que se verificará pronto porque habiéndose instalado el congreso peruano el 28 del próximo pasado, como se dice, y lo que sólo se esperaba para emprender su marcha el comisionado, es regular que esté ya navegando para acá. También esperamos con ansía la fragata que últimamente hemos pedido y que ojalá llegase a tiempo de los tratados! Porque nos sería bien importante presentar a los peruanos un argumento tan poderoso como sería para ellos éste y en estas circunstancias, y para mí de un inmenso consuelo, pues con este buque y las fuerzas útiles *que se nos devolverán al hacer la paz, dejaría esto enteramente seguro.*

Yo voy restableciéndome de la debilidad extrema en que me dejó el furioso ataque de bilis negra que sufrí; y me halló en el campo a una milla de la ciudad, donde me va bien porque hay fresco y como con apetito; de modo que en los ocho días que llevo aquí me he repuesto mucho. Sólo me falta terreno donde pasear a caballo, porque esto es una isla pequeña y muy cortada por los fangos.

Adiós, mi querido general, quedo de Vd. su amigo de corazón. "Bolívar".

Al recorrer el vasto epistolario del Libertador, como se explicó en los inicios de esta obra, lo que se hace inequívocamente es meterse en los meandros mismos de la propia sicología del gran hombre, que aun no ofrecía un pensamiento claro y sin dubitación. De ahí que esta misiva sea, como casi todas sus cartas, admirable en cuanto a la sencillez y claridad con que le escribe a Páez, al tiempo que va desnudando su estado interior. No se dirige a éste como el jefe que es Bolívar, sino al antiguo compañero. Y no quiere, de ninguna manera, que

el suplicio de la cruz -el gobierno- lo atormente más. Es claro que allí hay un valor entendido, porque el sinuoso Páez sabe mejor que nadie el compromiso que voluntariamente adquirió el Gran Caraqueño de apartarse del gobierno para viajar y olvidar los desengaños de la política.

Obviamente se trata de renunciar al sacrificio que supone el ejercicio del mando. Quiere ser libre de esas ataduras y no desea, en modo alguno, intervenir ante el congreso para imponer nada. Lo del Perú, lo da por arreglado como efectivamente estaba ocurriendo; y se siente descansado en la isla de Santay y en vías de recuperación total de su salud que siempre fue de hierro.

Allí pues, en la pequeña ínsula, vuelve a exultarse su espíritu alegre y optimista, aun considerando su separación del poder, que ansía como lo ha expresado tantas veces. Por cierto tal como se lo había aconsejado Córdova en aquella recordada conversación en Popayán que atrás vimos.

Sale del Ecuador, lentamente, sin afanes para no estar antes de la instalación en Bogotá. No quiere ninguna maquinación política y a fuer que no la adelantó de modo inicial. Aunque en los desarrollos las cosas fueron cambiando, como veremos.

Ahora veamos como una secuencia entrelazada que no deja duda de que el Libertador había tomado muy en serio su retiro del gobierno, la misiva que en respuesta a las dos suyas que vimos antes le envía el Libertador al Secretario de Relaciones Exteriores Estanislao Vergara, absoluto partidario de la monarquía como se ha visto, que debía comenzar según éste con el propio Bolívar. En esa carta es evidente que trata de evadir de frente el tema principal planteado, pero al mismo tiempo expresa la aceptación del mismo con el silencio y divagando sobre otros temas del gobierno. Leamos esa carta:

Al Señor Doctor Estanislao
Vergara. "Mi querido amigo:

He recibido la apreciable de Vd. del 15 de agosto, en que me habla del buen estado de la opinión pública, de lo que me alegro bastante, y doy a Vd. las gracias por su cuidado.

En efecto haremos la paz con el Perú, pero semejante al armisticio; quiero decir, que nosotros cederemos en todo y ellos no cumplirán nada. Las instrucciones del ministro Larrea son tan lacónicas y expresas como las de los esparciatas. Este señor ha venido ligado de pies y manos, sin dejar de traer pretensiones exageradas. Ya hemos convenido en un tratado en que se aseguran o reconocen

los derechos más esenciales de Colombia. Hemos logrado como un triunfo la integridad del virreinato de la Nueva Granada. ¿Puede Vd. creerlo? Pues es así. El ministro ha tenido que excederse de sus facultades para poder convenir en este punto. Se ha asegurado también el reconocimiento de la deuda; se ha establecido una liquidación que, al mismo tiempo, determine de modo y plazo en que se debe pagar. Deseo mandar una copia del borrador a la secretaría de relaciones exteriores para que Vds. se impongan de todo. Vd. verá que la ratificación no puede estar aquí antes de sesenta días y, por lo mismo, yo tendré que estar por acá ese tiempo, que no se perderá, pues que tengo que preparar, instruir y nombrar dos comisiones; la una para que fije los límites y la otra para que liquide la cuenta y reclamen todo lo que tienen usurpado. Ya he pensado en las personas que hayan de componerlas. El coronel Mosquera irá a Lima encargado de negocios, y como es muy activo trabajará bien.

Yo no puedo abandonar el Sur sin dejar asegurados los intereses y los derechos de Colombia. desde luego diré a Vd. que no es seguro que se ratifique este tratado, porque las pretensiones de los peruanos son extremadas y todavía más ridículas. Tienen la osadía de pedir, primero, la posesión de lo que ocupan; segundo, que borremos los decretos de gracia al ejército del Sur, y derribemos la columna de Tarqui; tercero, que demos amnistía a los comprometidos y otras muchas necesidades de esta especie. En todos estos puntos se violan nuestros derechos más o menos gravemente; lo que es incompatible con nuestro honor y seguridad. Así estamos por acá pendientes de unos locos mentecatos.

Con respecto a expedición -se refiere a la versión en boga de una nueva excursión de españoles en plan de reconquista- *yo estaré alerta para mandar fuerzas al Istmo, pues por fortuna nos sobran fuerzas militares.*

Es muy desagradable volver a entrar en luchas con la España; ***siendo lo peor que la Europa está irritada por nuestras revoluciones diarias y nuestro detestable sistema de gobierno que, a la verdad, no es más que una anarquía pura.*** (Resaltado del autor) *Nosotros somos los que estamos mejor y sin embargo, no gozamos un día de tranquilidad, siempre acosados por nuestros vecinos del Sur y del Norte. No hay nada más horrible que la conducta de nuestros paisanos de este continente. Esto aflige el alma porque, ¿Qué puede curar un mundo entero? Los estados Unidos son los peores y son los más fuertes al mismo tiempo.*

En estas circunstancias vamos a reunir una asamblea para embarazarnos más y quitarme a mí tiempo. Yo estoy resuelto a atender primero a la seguridad que a la formación. Vd. quiere que yo vaya volando mientras el peligro se acerca por acá. Yo obraré, sin embargo, conforme a las circunstancias y me dirigiré a donde sea más necesario luego que esté libre; pues en esta parte tengo un tacto muy delicado.

Vd. me habla de muchas reformas que deberían ser útiles. La baja de derechos en las aduanas, restablecimiento de crédito público, la extracción de mulas y ganados y el fomento de las minas. En esto último no sé qué decir ni que hacer; el restablecimiento del crédito bajando los derechos, y la defensa del país llevándose las mulas y los ganados son cosas todas incompatibles entre sí; por lo menos yo no sé cómo combinarlo. Tenga Vd. la bondad de ponerse de acuerdo con el consejo para que éste, *de acuerdo con el de estado, me propongan lo conveniente, a fin de ponerme a mí cubierto de los males que preveo de estas medidas o para hacer bien, si su adopción es útil.*

En cuanto al proyecto de Ouvrard hemos tenido la desgracia el señor Gual, Espinar y yo de no entenderlo. Lo peor es que la explicación nos ha parecido hipotética por no decir arbitraria. Gual ha juzgado muy mal del proyecto y añade que el modo de presentarlo es indigno y además fuera de toda regla. Ouvrard no tiene garantías ni las ofrece; tampoco presenta el proyecto; y últimamente no podemos tratar con misterios y con un hombre cuyo crédito es muy incierto. Yo siento mucho que esta esperanza se me desvanezca. Vd. sabe que hemos sido víctimas de los bribones, y, por lo mismo, yo no me atrevo a juzgar de una cosa que no entiendo.

En la parte final de esta interesante epístola, agrega Bolívar:

Deseo ardientemente con un deseo el más puro y vivo que autoricemos esta convención para que ejerza funciones constitucionales; que nombre a otro individuo presidente del estado, para que Colombia maneje sus intereses con más acierto y yo pueda servir mejor en el ejército, que es donde he tenido alguna fortuna. (Resaltado del autor) *Trabajen Vds. por allá para persuadir a todos de que esto es lo que conviene, para que se haga sin mucha dificultad. No hay un día en que no corrobore mis deseos, antes manifestados a Vd.*

Esta maldita carta va muy mal dictada y no mejor escrita. No tengo quien me escriba.

Soy de Vd. de corazón."Bolívar".

Se nota que no quería regresar a Bogotá antes de que el congreso se reuniera y estuviera claro que era una constituyente. Sostiene, sin ambages, que "*… nuestro detestable sistema de gobierno, que a la verdad no es más que una anarquía pura…",* y es allí donde se encuentra el destello de su pensamiento político de entonces, por supuesto acorde con el proyecto de la monarquía que era lo que manejaba el Consejo de Gobierno, aunque estratégicamente no lo nombra. Es una carta eufemística, en la que él habla de un nuevo gobierno con una nueva Carta constitucional, pero sin él en la cabeza, aunque reservándose para el ejército, en donde cree que puede desempeñar un mejor papel.

La historiadora Pilar Moreno de Ángel[122], sobre las intenciones reales de Bolívar en relación con una monarquía encabezada por él en esos momentos, apunta:

> *El comisionado francés* -Bresson- *se enteró acto seguido de que Bolívar, cuando se disponía a viajar rumbo al sur para hacerse cargo personalmente de la campaña contra los invasores peruanos, y como comentario a su ministro Castillo y Rada, cuando éste entregó la convocatoria para el próximo Congreso constituyente, que pretendía reunirse al año siguiente, el Libertador había manifestado a su ministro:* ***"No pierda de vista que este país no puede ser gobernado sino por un sistema que se asemeje a aquel del cual se ha emancipado".*** (Resaltado del autor)

La misiva es igualmente elusiva del problema central, que la mente de Bolívar aún no ha podido resolver bajo el amparo de su autoridad. Se desprende de esa manera el párrafo resaltado de fácil reconocimiento. Así, pues, deja la convicción plena de que el proyecto monárquico que había iniciado el consejo de gobierno llegó a contar en su momento inicial con un posible y tentativo apoyo de Bolívar. Es la lógica en su aplicación inductiva.

Pero pareciera ser aun más explícita en ese sentido la carta que dirige al Libertador de 8 de junio de ese año 1829 José Manuel Restrepo[123], quien, dicho está, era su secretario o ministro de Gobierno y gran amigo personal de Bolívar e

122. Autora, obra citada tantas veces

123. Carta citada por Luis Augusto Cuervo, en el libro "La monarquía en Colombia", publicada en Revista Moderna, tomo III, 1916.

historiador como hemos visto, al que hemos acudido tantas veces y volveremos, porque más parecía un testigo viviente que un narrador a distancia; y en la que da por hecho verdadero y sabido todo lo relativo a tal iniciativa -la monarquía-, la que, además y consensualmente convenido, permanecería oculta para la opinión pública. Veamos esa carta de Restrepo:

> *Celebro mucho que usted esté de acuerdo en la necesidad de variar de formas constitucionales. Trabajamos activamente por todas partes, y el proyecto va ganando opinión aun entre los enemigos del gobierno.*
>
> *Con esto y con las buenas elecciones no dudo del triunfo en el congreso constituyente, que es quien debe pronunciar la variación de formas.*
>
> *El punto un poco difícil es la casa que ha de suceder a usted en el mando, y en cuya familia ha de perpetuarse la corona por herencia.*
>
> *Mas tenemos tiempo de meditarlo. En la materia parece que debemos adelantar el proyecto los amigos de usted y que usted se manifieste como extraño a él, aunque sin contrariarlo.*
>
> *Varias veces he oído decir a usted que Colombia no tenía otro remedio que llamar a un príncipe extranjero, y que si la nación lo llamara a usted, lo apoyaría con todo su influjo.*

Esta carta, que es un documento de estado, por si sola habla de la estrategia de Bolívar de mantener un silencio en relación con el proyecto de monarquía que había albergado dubitativamente en su propio cerebro.

Es claro suponer que Restrepo, que respetaba y acataba a su jefe con la mayor admiración y aprecio, no se atrevería de ninguna manera a sostenerle en un mensaje de estado, o privado si se quiere, algo que no fuera cierto y verdadero y menos a afirmarle que él lo había oído plantear como solución a tan importante problema, la presencia de "un príncipe extranjero"..

Y como si fuera poco lo dicho en esa carta, es el mismo ministro Restrepo quien en el tomo VI de su obra[124] sostiene el siguiente párrafo que no deja duda alguna de que el Libertador era quien había iniciado el absurdo y antidemocrático proyecto de la monarquía en Colombia, vacilando entre un príncipe francés o inglés, aunque debía pertenecer a la religión católica. Restrepo apunta en su obra citada muchas veces:

124. Historia de la Revolución en Colombia, autor citado.

Bolívar fue más explícito con el encargado de negocios de la Gran Bretaña señor P. Campbell, que también le había escrito sobre el proyecto, que se meditaba en Bogotá. A la mitad de septiembre recibió Campbell una carta del Libertador, de la que dio aquél una copia al secretario de relaciones exteriores de Colombia. Hablábale en ella de las muy graves dificultades que había para organizar la república: indicábale que acaso el único medio sería el establecimiento de una monarquía constitucional, llamando a un príncipe extranjero que fuera de nuestra misma religión; mas que para esto sería necesario contar con los auxilios de una gran potencia como Inglaterra y Francia, que nos defendiesen de los ataques de las demás repúblicas americanas, que acaso harían la guerra a Colombia; que también sería muy difícil evitar los celos de los gobiernos europeos, pues ni la Francia querría que el príncipe se escogiera de la Gran Bretaña, ni ésta de la Francia. Bolívar terminaba su carta diciendo a Campbell que hiciera de este documento el uso que gustara.

El tema que acabamos de ver especialmente de modo documental, no solo es importante en cuanto a acreditar la contradicción a que había llegado Bolívar en su vida política, como que él, siendo el padre de la libertad de seis países de Suramérica como lo era, ahora, bajo su autoridad y mando se adelantaba una fuerte campaña que estuvo próxima a haber adoptado un sistema monárquico en Colombia, si no hubiera sido por la forma perentoria como el propio Bolívar terminó rechazando en la prevalencia de su convicción de siempre. Lo momentáneo que se ha estudiado tal vez surgió porque estaba desengañado del comportamiento de los sudamericanos a quienes consideraba, como se ha visto, ingobernables.

Dentro del dilema, es posible que Bolívar hubiere desechado al final de su estancia en el Ecuador la idea maligna de la monarquía. Pero de pronto es posible que aun albergara alguna vacilación entre el gobierno monárquico y la renuncia suya al poder.

El tema específico lo había meditado mucho; y es entonces cuando, a pesar de que el Consejo de Gabinete ministerial mantenía vigente la idea, Bolívar decide el regreso del Ecuador para hacer frente él mismo a los acaeceres de un debate en el que su posición era aceptar todo lo que decidiera el congreso soberano. Pero sin afanes y sin él en el poder, situación que ciertamente podía ser una postura simplemente política.

Era su costumbre viajar sin inmutarse aquellas largas distancias que ahora le obligaba a emprender la ruta entre el actual Ecuador hacia Bogotá por tortuosos caminos empinados con enormes piedras entre los grandes precipicios y a través de paisajes y climas variables, sobre el lomo de una mula lenta o un caballo brioso. Esa simple hazaña era estremecedora. No obstante la voluntad de hierro como sus sentaderas -lo llamaban entre la tropa "culo de fierro"- lo mantenían de pie y en actividad, de modo que sin pensarlo más, emprendió el largo camino con destino a la capital Bogotá, pero por un ruta más amplia y amable y sin afán.

Capítulo XVI

Cambio definitivo contra la monarquía

La llegada a Pasto. Se entera de la muerte de Córdova. Contesta a O´Leary sobre la muerte de Córdova. Popayán, hacienda Japio, cambio definitivo en contra de la idea de la monarquía. El Valle del Cauca.

Llega a Pasto donde se encuentra con Obando, quien antes lo ha acompañado en Ecuador, como se ha visto. En Pasto recibe el mensaje de O´Leary en el que éste, la misma noche del asesinato de Córdova, le escribe muy ufano un informe sobre la misma. Lo hace desde la ciudad de Marinilla, donde se ha movido él y ha hecho trasladar el cuerpo moribundo de aquel hombre en rebeldía, para evitar reacciones populares. Y lo envía, aunque aún no ha muerto, de una vez al cementerio. Es sin duda una misiva repugnante.

Bolívar en Pasto envía correspondencia hacia todos los lados y entre esas diferentes misivas remite a O´Leary el 10 de noviembre -1829- la carta que le contesta sobre el final de Córdova.

Veamos entonces esas dos cartas. La misiva de O´Leary apunta:

Marinilla a 17 de octubre de 1829.
Excmo. Sr. Libdor. Presidte. Simón Bolívar.
Mi General:

Me ha cabido el honor de haber derrotado al ingrato que injurió el nombre de V. E. Esta mañana me encontré con Córdova y sus tropas formadas en El Santuario. Después de una media hora de fuego, le obligué a retirarse de la primera posición que tomó. Él se formó por 2ª vez en una excelente posición, y al trabar la acción me reconoció y me llamó. Mandé cesar el fuego cuando

Córdova se adelantó y en alta voz me dijo: 'General O´Leary, ¿quiere U. salvar la República?'. Le contesté afirmativamente. Entonces gritó: 'Viva la República', y le contesté: 'Viva el Libertador'. Siguió rogándome, y al fin se dirigió a los Antioqueños que yo mandaba con el fin de seducirlos. Entonces hice tocar diana, y le mandé que se retirara. Dos horas duró la acción. Córdova peleo con un valor más que heroico, llamándome por mi nombre spre. que me reconoció en el campo, para reunirme con él. *Yo spre. le traté de traidor y de ingrato en estos encuentros.* ***Cuando fue completamente derrotado, se encerró en una casa que hice tomar a viva fuerza. Aquí recibió Córdova una herida mortal. Pidió hablarme y me dijo que era pa. recordarme de nuestra antigua amistad y de manifestar su sentimiento de haberse combatido conmigo. El pobre diablo me dio lástima, porque mi corazón es compasivo. Su última petición era de que le diera un poco de opio. A esta hora habrá expirado.***

Yo apenas tuve tiempo pa. escribir cuatro letras al Gobno. y me vine volando aquí pa. avisar a V. E. este importante suceso.

Mi general, mi corazón me dice que he llenado mi deber. Hubiera muerto si no hubiera vengado a V. E. y a la verdad una vez que la acción parecía favorable a Córdova busqué esa muerte que él recibió por no presentarme delante de V. E. como un desgraciado. (Resaltado del autor)

Admita V. E. mis respetos y créame de V. E. spre. fiel servidor, Daniel F. O´Leary.

Como se observa, está reconociendo que fue él quien dio la orden de que mataran al héroe cuando se encontraba herido y vencido, como realmente aconteció, en la casa a la que se refiere a un lado del campo de batalla.

Por su parte, Bolívar dice en respuesta a O´Leary:

Pasto, noviembre 10 de 1829- Al señor general Daniel F. O´Leary.

Mil gracias mi querido general por la victoria de El Santuario; ella nos ha dado paz y a V. gloria. Reciba V. pues la enhorabuena que bien la merece por su intrépido valor y constante sufrimiento. Déle V. de mi parte las más expresivas gracias a la división de su mando que tan heroicamente se ha portado en una cosa nacional y al mismo tiempo mía; por este doble motivo soy grato a los valientes que han peleado por la patria y por el gobierno.

Magníficas son las proclamas de V. y aún más magnífica su conducta generosa y noble con los vencidos. *Yo doy a V. las gracias por ese nuevo*

servicio hecho a ese país (se refiere a la actual Antioquia) *y a mí. Dé V. el indulto a S.* (Salvador, el hermano del general) *Córdova y dígale que me ha pagado con ingratitud y me ha faltado a su oferta de Popayán; pero debe salir del país por algún tiempo porque de otro modo* él *mismo tendría mucho que sufrir y el gobierno habría de observarlo con disgusto.* (Resaltado de autor)

El ministerio de la Guerra hará la propuesta de los beneméritos que merezcan ascenso en esa división. Debemos ser justos pero no pródigos porque los más de esos oficiales son muy nuevos y en prueba de ello duró el combate más de dos horas.

V. me dice que yo creía que V. sería derrotado; nunca lo creí, y si algo me ha irritado es la resistencia y demora de la victoria que yo creía debía ser facilísima por causa de los reclutas de Córdova.

No se enfade V. por esta declaración pues no debo ocultar nada de lo que pienso mucho más con V. a quien amo de corazón más que nunca. Bolívar.

P.D. Estoy en marcha y con los correos cruzados de norte a sur. Bolívar.

Es de resaltar que en esa misiva Bolívar felicita a O´Leary -ambos son militares- y no tiene inconveniente en expresarle con relación a Córdova: "*Magnífica su conducta generosa y noble con los vencidos".* Lo que quiere decir que aquel gran guerrero caído en desgracia, estaba ya muy lejos del afecto de ese Libertador que tanto lo apreció en el pasado inmediato y ahora estaba más que satisfecho con esa muerte alevosa que le hizo dar el extranjero O´Leary. Es posible que la guerra cambie la sicología del guerrero. El enemigo es el enemigo y contra él no debe existir otra ley que la muerte. Así lo practicaron desde las más antiguas sociedades. Y así murieron los vencidos.

Llegó Bolívar a la ciudad hidalga de Popayán el 21 del mismo noviembre de 1829. Los patricios payaneses lo recibieron con la misma alegría y afecto que siempre le habían prodigado. En esos momentos aun, como ya se dijo, afloran por la mente del héroe caraqueño las ideas de que la democracia en los países latinoamericanos no tenía un clima adecuado porque sus gentes no estaban preparadas para la lucha por el poder.

Llegaba del Ecuador después de más de un año de ausencia y había afrontado una guerra injusta entre hermanos a los que les había dado su libertad e independencia. Y según lo advierte don Manuel José Mosquera, futuro Arzobispo Primado, en carta del 22 de noviembre, es decir al otro día de la llegada

del Libertador a Popayán, éste les ha expresado allá en esa ciudad ante sus amigos, con cierto optimismo, que el gobierno inglés le ha ofrecido su apoyo y algunas seguridades para el éxito de un gobierno monárquico. O sea que hasta allí, el Libertador pensaba en el asunto de la monarquía como en una brújula.

Entonces ocurrió que los patriotas de Popayán le hicieron ver el error de tal pensamiento, que por cierto había mancillado su gloria y había causado tanto trastorno.

Las voces sabias despejaron la confusión indecisa, frente a lo cual, derrumbada su salud y sus sueños y reconociendo en su interior las equivocaciones en que había incurrido, descansa varios días en Popayán, pasados los cuales continúa hacia el norte dejando a un lado la ruta más corta de La Plata en la continuación de su camino hacia Bogotá. Se detiene en la hacienda Japio al norte de Popayán, de propiedad de su amigo don Rafael Mosquera; y allí, ya convencido en contra de la idea monárquica, él mismo decide enviar al Consejo de Gobierno en Bogotá, a través de un dictado suyo al secretario general que le acompañaba, general José Domingo Espinar, un manifiesto rectificatorio en el que expresaba oficialmente la posición de rechazo a la monarquía, que antes, para el gran público, había mantenido en silencio.

Veamos ese manifiesto:

REPÚBLICA DE COLOMBIA
Secretaría General.
Cuartel general en Japio, a 18 de diciembre de 1829.
Al señor ministro de Estado del despacho de relaciones exteriores. Señor:

Versándose el acto del consejo ministerial sobre fundar una monarquía, cuyo trono (cualquiera que fuese su denominación) debía ocupar S. E. el Libertador presidente, y por lo mismo sostener a todo trance sus cimientos a beneficio del sucesor, S. E. creyó de su deber improbarlo; porque su misma consagración a la causa pública sería infructuosa desde que, mancillada su reputación por un acto contradictorio de su carrera y de sus principios, entrase en la trillada senda de los monarcas.

Convenga o no a Colombia elevar un solio, el Libertador no debe ocuparlo; aún más, no debe cooperar a su edificación ni acreditar por sí mismo la insuficiencia de la actual forma de gobierno. Monarquizar la república y establecer una pacífica sucesión, es a la verdad una empresa sobrehumana. Y ¿quién puede dudar que el consejo, dando un paso tan gigantesco, se ha recargado de un

enorme peso, apenas soportable por el acendrado patriotismo que produjo tal inspiración? Al negar S. E. su aprobación al proyecto, pensó que paralizándolo exoneraría al consejo de la tremenda responsabilidad que pudiera resultarle, al mismo tiempo que manifestaba S. E. el fondo de su conciencia, rehusando afectar siquiera un consentimiento implícito que pugna abiertamente contra su propio honor y sus intereses individuales. En este estado me previno dijese expresamente al consejo, no se diese un paso adelante, y se suspendiese la prosecución de un proyecto que probablemente precipitaría al gobierno a un abismo de males.

Por otra parte, ¿se miraría como espontáneo el cambio de formas cuya transición había sido iniciada o preparada con toda la energía del gobierno actual? Estas y otras consideraciones abstractas que S. E. ha hecho sobre este importante asunto, son las que han dictado las resoluciones de S. E., sin que ninguna mezcla de popularidad ni de sentimientos individuales haya tenido parte en ellas. Por lo mismo, cuando S. E. está resuelto a separarse indefectiblemente del mando, no debe comprometerse a continuar en él, burlando *así las esperanzas de la nación y del consejo, a cuyos respetables miembros profesa S. E. el más profundo reconocimiento.*

Es cuanto puede decir a usted de orden de S. E. en contestación a su distinguida nota de 8 del que rige.

Soy de usted con perfecto respeto muy obediente servidor. José D. Espinar.

Pocos días después el Libertador llegaría más lejos aún, porque envía una nueva nota al consejo de gobierno en la que expresa a los secretarios que en adelante se ocupen ellos de todo el asunto del gobierno, porque él, desde ese momento, se retira de la dirección del estado para dejar en libertad total a los diputados de escoger el destino que vendría. Este por supuesto, es un paso trascendental, porque la renuncia y sus manifestaciones reiteradas de retiro se aplican de inmediato por la vía de la realidad.

En el Consejo de gobierno con ese motivo, se produce una reacción, humana por cierto, de rechazo a la nueva posición, ya irreversible, de Bolívar. Estamos en la antevíspera de la instalación del Congreso constituyente que él mismo llamó Admirable. Son momentos críticos, como han sido los tiempos anteriores.

El Libertador, por descanso y para meditación de todo el cuadro de debate que habría de tener por escenario el Congreso, permanece tres semanas en

Popayán, al cabo de las cuales, como ya ha sido expresado, reinicia su camino pasando a la Hacienda de Japio por la vía del Cauca Grande y en la ruta hacia el valle del Cauca.

Hay, por lo demás, un comandante de apellido Austria que ha enviado Páez para que sirva de enlace entre éste con el Libertador, y al que Bolívar le hace los análisis correspondientes que además entrega por escrito para que éste los exponga al Catire venezolano.

Por tanto es del caso ver, a pesar de su extensión, una nueva cita de José Manuel Restrepo sobre estos hechos puntuales, incluida la nueva carta a Páez, porque nadie como este historiador vivió esos hechos de propia experiencia, como que a la sazón, como se ha dicho, era parte del gabinete ministerial y gestor muy directo como también se ha visto en documentos, de la idea del trono:

> *Tres semanas se detuvo el Libertador en Popayán (diciembre 15). Desde allí escribió una carta a Páez Contestándole la que éste le escribiera inquiriendo cual era su pensamiento acerca del proyecto de monarquía. Decíale Bolívar que no le parecía debían cambiarse las instituciones de la República, y que tocaba al congreso constituyente establecer la forma de gobierno que más conviniera a los pueblos; que su ánimo decidido era dejar para siempre la presidencia del Estado, y continuar sus servicios como general en jefe del ejército, apoyando con toda su autoridad, influencia y recursos al nuevo magistrado que eligiera el congreso. Invitaba a Páez que le ayudara en esta empresa patriótica, ya fuera que se escogiese para presidente al mismo Páez, o ya a otro, pues decía que sin esta cooperación no se lisonjearía de poder conservar la existencia de la república. Expresábale que si era nombrado Páez para jefe del Estado, Bolívar serviría con gusto bajo sus órdenes.*
>
> *En seguida le exigía que le hablase con la mayor franqueza sobre sus planes y deseos. Protestábale su ardiente amor a Venezuela, con cuyo interés se hallaban íntimamente ligados los suyos propios, por lo cual debía formar una liga sincera y cordial: "pero tenga usted entendido para siempre, añadía, que la suerte de Colombia está dependiente de la de Venezuela, y la de Venezuela de Colombia. Mucho y mucho más podría añadir a usted en esta carta, que sería de nunca acabar. Por lo mismo me refiero en todo a lo que diga a usted Austria, que va bien empapado de mis ideas, que se reducen a dos palabras: sostener al congreso".*
>
> *En los apuntamientos que diera al mensajero Austria, manifestó a Páez que no opinaba por la monarquía, porque estaba seguro que los pueblos no*

cambiarían sus formas republicanas...; conservación de las libertades públicas y de la mayor suma de garantías individuales que fuese dable; pero que no expresaba opinión alguna a fin de que los pueblos por medio de sus representantes escogieran una forma de gobierno que emanara de la fuente pura de la nación.

S. E. ha dicho antes, añadía, que jamás cambiaría su título de Libertador por el de emperador ni rey, y que éste ha sido y es el voto más sincero de su corazón; y por último, que aun cuando Colombia entera, del modo más decidido y resuelto, quisiera un rey, S.E. no sería el monarca.

Esta declaración tan terminante, publicada por los mismos enemigos del Libertador en Venezuela, es la contestación más victoriosa que puede darse a las calumnias forjadas allí mismo, de que Bolívar aspiraba a coronarse. (...)

El mismo día que el Libertador expresadas estas ideas marchó hacia el valle del Cauca. Entre tanto el consejo de ministros recibió la fuerte y severa improbación que Bolívar había dado a la negociación entablada con los gobiernos de Inglaterra y de Francia; el contenido de aquella nota fue en extremo sensible a sus miembros.

Apresuráronse, pues, a contestar los cargos que se les hacían, y en nuestro concepto lo verificaron en 8 de diciembre (1829) con muy sólidos fundamentos. Decían al secretario general que el Libertador en su nota escrita en Buijo a 6 de julio último, insistiendo en la de 4 de abril, había prevenido al consejo que abriera una negociación con una o más potencias para obtener su protección, mediación o salvaguardia, y libertar a Colombia y a la América entera de la anarquía que la devoraba y de la colonización europea que nuevamente la amenazaba; que el consejo había juzgado insoluble el problema, y que ninguna potencia quería encargarse de protegernos, si no veía que se trataba de establecer un orden de cosas duradero, fijo y permanente, capaz de refrenar la anarquía y de burlar las esperanzas de sujetarnos, que pudiera haber concebido la España, aprovechándose de nuestros desórdenes; que por tan poderosos motivos había creído el consejo que no podía obtenerse resultado alguno favorable en la negociación prevenida, sino se excitaba el interés de la Francia y de la Gran Bretaña con el proyecto de fundar una monarquía, único arbitrio practicable, aunque erizado de muy graves dificultades, que halló el consejo para obtener el éxito que se proponía el Libertador; que hizo aun menos de lo que se le previno pues debía solicitar para la América entera "la mediación, protección, influencia, custodia o salvaguardia de uno o más Estados poderosos que la preservaran

de la anarquía erigida en sistema y del régimen colonial que la amenazaba, y que fuera un regulador.

Hubo pues en el Consejo un movimiento de inconformidad con la nueva apertura de Bolívar, sobre todo porque como lo vimos en páginas anteriores, no cabía ninguna duda de que el origen de la idea de una dictadura vitalicia y una corona había surgido de los propios pensamientos de Bolívar, aunque estratégicamente ocultó el tema y lo dejó para que solo lo plantearan sus ministros.

Es claro, además, que la insurrección y levantamiento ideológico de Córdova y su propia muerte, tuvieron causa en la diferencia que tuvo éste con esas ideas que los ministros convirtieron, con gran estridencia, en la política oficial del régimen, y que contaba con la vigilancia silenciosa del Libertador, informado de todos los movimientos y detalles y, por supuesto ilusionado con ella.

También debe recordarse que fue precisamente en la ciudad de Popayán donde el Héroe de Ayacucho en diálogo casi íntimo con el Libertador le dio, con toda la franqueza y sinceridad de que era capaz, el consejo al héroe caraqueño, al que quería como a un padre, para que dejara fluir la democracia y se retirara del poder, como ha de recordarlo el lector.

Ya se dijo que en su marcha hacia Bogotá el Libertador tomó camino hacia el norte en vez de hacerlo por el oriente como era tradicional; y pernoctó varios días con sus escoltas, antes de llegar a Cali, en la hacienda Japio de su amigo José Rafael Arboleda y Arroyo, entre Quilichao y Caloto, como se ha referido antes. Desde allí hizo que su secretario Espinar dirigiera al Consejo de ministros la circular terminante que se vio unas páginas atrás y así quedaba definida una política de rectificación.

Censurable, naturalmente, que el Libertador se lave las manos y deje todo el pecado o el dislate si fuere mejor así decirlo, al Consejo de Ministros, en especial al señor Vergara y por supuesto a Urdaneta y a Restrepo, a quienes reconoce su buena fe que extiende a todos los ministros o secretarios de su administración, conforme lo narramos anticipadamente en algunos capítulos anteriores.

Pero descargado de tales entuertos y despojado definitivamente de cualquier ambición de poder, renunciado como estaba del gobierno, se marchó lento de Japio y entró al valle geográfico del río Cauca, donde admirado con su belleza llegó a decir[125]: *"Sí, sí, ni los campos de Toscana: este valle es el jardín de América"*.

125. Cita de Carlos Ochoa Martínez

Cali, Palmira y siguió a Buga, sin afán. Veamos ese interesante itinerario descrito por el historiador tulueño Carlos Ochoa Martínez[126], quien acaba de morir después de una vida meritoria. Ochoa anota:

En Japio, Bolívar se dedica un poco a descansar del agotador viaje desde Popayán, a compartir y disfrutar de la compañía de sus propietarios, a quienes obsequia, a don José Rafael el certificado debidamente firmado de que la espada que le había obsequiado en Guayaquil en agosto de 1822, es la misma que usó en la campaña del Sur, y a doña Matilde, esposa de don Rafael, obsequió el anillo de compromiso que había regalado a María Teresa, en Madrid, antes de su matrimonio.

Y, como de costumbre, dedicó parte de su tiempo en leer y contestar la correspondencia recibida.

Repuesto un poco, reinicia su camino hacia Cali el día 21 de diciembre, pasando primero por Palmira (conforme al paso de los indios que habían trazado los caminos), *pasó del norte del actual Cauca hacia Candelaria y Palmira, y de allí a Cali, llegando por segunda vez a la capital del valle del Cauca, el día 24, y duerme esa noche allí, desde donde exhibe al siguiente día el decreto por medio del cual ratifica el privilegio de Puerto Franco y Ciudad Libre al puerto de Buenaventura, y da orden de construir un camino de herradura desde el Puerto hasta la ciudad de Cali.*

El 25, el doctor José María Cuero, pariente cercano del mártir caleño Joaquín de Cayzedo y Cuero, invita al Libertador a pasar el día de navidad en la casa de la Hacienda Mulaló de la cual era propietario, para disfrutarlo al lado de su familia, y pernoctar allí, como efectivamente sucedió, siguiendo la madrugada del día siguiente 26, hacia el norte con destino final Bogotá. No sobra anotar como lo hace el escritor Luis Alberto Londoño, que la Hacienda Mulaló es un símbolo de la independencia bolivariana, como que su historia está ligada a la campaña libertadora del Sur, propiedad de la familia Cuero y Cayzedo, visitada por el general Antonio José de Sucre en marzo de 1821 de paso para Guayaquil, …. Esto había sucedido veinte años atrás. Ahora, finalizando 1829, el Libertador Presidente continúa su viaje de retorno a la capital Bogotá, partiendo desde Cali con destino inmediato la noble e hidalga Guadalajara de Buga, el 26 de diciembre apenas clareando el día.

126. Carlos Ochoa Martínez, "La grandeza trágica de Bolívar", y "Visitas de Bolívar al Valle del Cauca". Sociedad Bolivariana de Colombia

Sobre la visita del grande hombre a Cali y a la Hacienda de su propiedad, el doctor José María Cuero escribe: "Bolívar estaba ya bastante enflaquecido y su mirada carecía de aquel brillo magnético que enantes era una fascinación sobre cuanto le rodeaba. Además se manifestó muy decepcionado y amargado por la injusticia y los rencores de sus gratuitos enemigos. Tal era el estado de ánimo en que se hallaba el Libertador.

Bolívar llega a Buga el 26 de diciembre de 1829 en horas del medio día, y de acuerdo con la entrevista que don Luciano Rivera y Garrido publicó en el periódico El Rumor que él editaba en 1893, y que él mismo hizo a un señor de apellido Maldonado, testigo presencial de la llegada del Libertador a la Ciudad Señora -Buga- *el entrevistado cuenta que si bien el Libertador llegó muy acabado físicamente, y tal vez triste por las calumnias y traiciones hasta de sus propios amigos, venía precedido de toda la gloria y la fama alcanzados por todas las hazañas, después de 18 años de lucha por la libertad de cinco países y la fundación de Bolivia.*

"El hombre contaba, según don Luciano Rivera, que las gentes de toda la región, desde que supieron que su regreso -de Bolívar- *pasaría por el valle del Cauca, le esperaban con ansiedad para tributarle el homenaje de su sincera admiración y de su gratitud ilimitada. La ciudad se preparó entonces, y pobres y ricos ofrecieron el concurso de sus personas y de sus medios para recibir al general Bolívar como él lo merecía. Así las autoridades eclesiásticas, políticas, entidades sociales y lo más granado de la sociedad bugueña se prepararon para recibirle dignamente, y se conocía que todas las poblaciones por donde pasaría el Libertador estaban igualmente preparándose para festejarlo.(...).*

El propio Libertador dijo en Buga al despedirse de la ciudad:

!Adiós hijos de Buga! ¡Nunca olvidaré los gratos instantes que he pasado en medio de vosotros! ¡Dulce recompensa para mí la de verme amado y comprendido por corazones nobles como los que palpitan en vuestros generosos pechos! ¡Adiós! ¡Sed felices!

Lo que evidencia este lento y articulado movimiento era la presencia espontánea del pueblo saliendo a recibirlo desde las afueras de las ciudades, en donde se formaban desfiles de gente de a caballo y otros a pie. Todos querían verlo, sentirlo cerca, hablar con él y palpar su gloria, a pesar de las habladurías de unos cuantos enemigos que lo denigraban. Las campanas sonaban al vuelo y los aires recibían la luz y el estruendo de los cohetes de fiesta. Bolívar con

toda la elegancia, conducía el fino caballo moro, garboso de paso fino y lucía su uniforme de hermosas charreteras. Aun eran imponentes su presencia y su gloria.

Se palpaba además que el carisma de ese Bolívar avejentado y enfermo estaba intacto y en ascenso. Quien vivió esos actos no los pudo olvidar jamás. Y así mismo aconteció en Tuluá, en Zarzal, en Cartago y en los caseríos y corregimientos por donde iba pasando. Y Bolívar, a pesar de su agobio y enfermedad, la pasó bien y eufórico, sin esquivar unos bailes que le organizaron en Tuluá y en Cartago, en los que bailó como era su gusto y mostró de nuevo alegría y felicidad.

Capítulo XVII

Llegada a Bogotá e inicios del congreso

En Bogotá el ambiente era otro. No hubo recibimientos ni cortejos como otras veces. Bolívar instala el congreso y leen su mensaje. Luego vendrán manifiestos y proclamas todos con el mismo sentimiento de renuncia y sometimiento al constituyente por parte de Bolívar. La situación interna de Venezuela y desarrollo de la separación.

Bolívar entró a Bogotá el 15 de enero de 1830. No hubo recibimientos ni cortejos como otras veces. Y descansó cinco días, después de haber vuelto a ver a Manuela, quien ardorosamente lo esperaba. Instaló el Congreso donde ya se había conformado una mayoría en contra de sus deseos iniciales, que por supuesto bajó el tono de ardentía cuando el Libertador, de forma elocuente expresa con la fuerza de sus palabras su desprendimiento del mando y el rechazo rotundo de una corona.

En mi obra sobre Córdova y Bolívar[127] describí la fase final del héroe de Ayacucho y el comienzo de la del Gran Caraqueño, con los párrafos que siguen, que no cree el autor poder encontrar otra forma de expresarlos con la objetividad que demanda el escribir un texto de historia:

Bolívar en la capital pronuncia varias arengas y proclamas dirigidas todas al Congreso, donde renuncia a todo poder, aunque en el fondo, por la acción de sus amigos, aun podría mantener recónditos algunos deseos de figuración, colocándose eventualmente como el jefe militar de aquella Colombia tan estremecida por los hechos.

127. "CÓRDOVA, GLORIA Y ASESINATO DEL HÉROE", editorial Cimpretis E.I.C.E. 2019.

Bolívar es un hombre superior, sin duda, que maneja grandes ideas la mayoría buenas, otras no tanto. Pero en estos momentos culminantes de su vida se atreve a corregir y admite para sí mismo como un error, aunque sometido al código de las circunstancias, lo ocurrido en la Convención de Ocaña y la dictadura que habría de sobrevenir luego de la firma del acta subsiguiente de la reunión de vecinos que se convocó en Bogotá, en perfecto acuerdo con él, su incondicional amigo general Pedro Alcántara Herrán, en connivencia con el gabinete de gobierno; y lo que siguió con aquella absurda idea de la monarquía.

Él que había sido de siempre un liberal, se había convertido de pronto, por las circunstancias, en un hombre de extremos. En este final procura acudir a la pluma y a la palabra para dar una imagen atemperada con la gloria ya ganada; pero es preciso agregar que de ninguna manera son plenamente verdaderos los nuevos argumentos donde niega los pasados; aunque sin duda alguna, con serenidad, hoy tenemos el convencimiento de que todo en esos tiempos eran injurias, mentiras y deseos de muerte montados contra él, empecinado ciertamente en un momento dado de su vida en el conjuro de una monarquía y de la propia dictadura. "Apiadaos del hombre que manda solo", había dicho entonces.

Pero también comprendemos su condición de ser humano imperfecto, trabado en una lucha manejada y dirigida por el enemigo, que había asumido con gran beligerancia la causa de la libertad.

Mas con el ánimo de una narración objetiva e imparcial, vale la pena mirar como un ejemplo de ese castillo de equivocaciones lo que dice el propio Libertador en uno de los párrafos del informe principal al Congreso, en que expresa que no se ha derramado sangre en esos tiempos de dictadura. No obstante, al referirse a la sangre de quien fuera un ser de su entraña afectiva como Córdova, le atribuye solo a Dios su fatal desaparición:

> *Me es grato deciros que para terminar las disensiones domésticas, ni una gota de sangre ha empañado la vindicta de las leyes; y aunque un valiente General y sus secuaces han caído en el campo de la muerte, su castigo les vino de las manos del Altísimo, cuando de la nuestra habrían alcanzado la clemencia con que hemos tratado a los que han sobrevivido. Todos gozan de la libertad a pesar de sus extravíos.* (este párrafo está dentro del informe al Congreso Admirable que adelante veremos)

No parece razonable que, según el Libertador Bolívar, fue el Altísimo quien mató a Córdova con un sablazo irlandés que le perforó el cerebro. Se diría

que aunque en realidad Dios puede con todo, hubo unos irlandeses, católicos, quienes pensaron que no podía haber piedad con el que fuere enemigo.

Lamentablemente no le salió bien al Libertador su relación con el nuevo Congreso, como luego veremos; y tampoco fue grato para él tener que acceder a la separación de su país natal, Venezuela, entregada a aquellos militares con los que tuvo tantas dificultades en la fragua de la independencia.

Como si fuera poco se encontraba hoy separado de sus bienes heredados, de lo que no quedaba sino una mina de oro improductiva, que luego le quitaron también en medio de esa vindicta pública manejada al inicio soterradamente por Páez, ahora bajo el descaro que producen el odio y la calumnia.

De ahí que cuando, bajo el agobio de la enfermedad en aumento emprende ese largo camino por el río que Gabriel García Márquez retrata en su obra "El general en su laberinto", lo que queda en su mente son los recuerdos de esa lucha titánica que duró casi toda su existencia, tan cargada de dificultades como él mismo lo reconocía en aquella carta que insertamos al inicio de esta obra.

Es posible que en algún momento haya pensado que si hubiera oído a Córdova en la reflexión de Popayán que vimos, su gloria no tendría la mancha de la muerte alevosa del mismo Héroe de Ayacucho, así ésta se la haya atribuido eufemísticamente al Altísimo.

Su discurso ante el congreso que a continuación veremos es, como todos sus escritos, un dechado de razones pegadas a una realidad que era como la visión del otro lado de aquella medalla que veían los opositores sin mayor esfuerzo. Pero sin duda alguna hay que considerar que solo quien sabe que ha obrado con rectitud a la vista buscando un resultado favorable al vasto territorio que había libertado, podría escribir con una sinceridad tan manifiesta a un hombre tan respetable como su ministro de relaciones exteriores, doctor Vergara, en la correspondencia que atrás hemos examinado.

Obsérvese cómo, a pesar de que insiste en que en caso de desorientación de los congresistas debían acudir a una consulta a los colegios electorales manejados por el gobierno, en aras a llegar idealmente a una presidencia y un Senado vitalicio como lo estatuyó en la constitución boliviana, comienza a ser muy claro el pensamiento bolivariano en relación con lo negativo de una monarquía y aun de su propia continuación en el poder que lo tiene asfixiado. Y ese discurso, como puede observarse, ha sido una constante suya.

"¿Cómo podría llenar los anhelos de un pueblo sumido en la pobreza una monarquía con su corte de aristócratas?" llega a preguntarse en un acto de gran sinceridad.

Pero, aterrizado de quimeras y sueños cesarenses o napoleónicos, entiende hoy Bolívar que su permanencia en la tierra ya será breve y que además Venezuela debe adquirir su propia autonomía después del sueño de la que llamaron la Gran Colombia. Ahora podría ser árbitro entre las diferencias que ocurran entre los dos países hermanos. Ese es su pensamiento, ya decepcionado de cualquier ambición. Desaparecido él, lo que resta como bien lo intuye, es la guerra fratricida. Ve entonces al final del túnel con su luz de estadista y el incierto destino de los países que libertó.

Se dijo en el inicio de este capítulo que Bolívar llega finalmente a Bogotá el 15 de enero de 1830 en medio de todas las incomodidades y cinco días después instala el congreso que apenas ha alcanzado un quorum de 47 miembros.

Es el 20 de enero de 1830. Y es preciso recordar que ha sido el mismo Libertador quien con gran espíritu democrático ha convocado ese mismo congreso para que ejerza, con plenas facultades, la función de constituyente. Igual que hiciera con el de Angostura, el de Cúcuta y el de Ocaña. Esa manera de obrar por supuesto, es un gesto democrático que impide que se lo compare con un dictador absolutista y atrabiliario.

De 67 diputados electos asistieron 48 o por lo menos ese fue el número de los que firmaron la Constitución aprobada con el quorum suficiente; de los 18 electos por las provincias del departamento de Venezuela asistieron Pedro Briceño Méndez, por Apure; Rafael Hermoso, por Coro; Miguel Figueredo, por Carabobo; José Laurencio Silva, por Caracas; Antonio José de Sucre, por Cumaná; José María Carreño, por Maracaibo; Juan Gual, por Barcelona; José Miguel de Unda, por Barinas. O sea que la provincia de Venezuela hizo parte de quienes votaron la nueva constitución, que se habría de expedir el día 29 de abril.

Bajo su presencia el cuerpo soberano elige para que lo presida al Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre y como vicepresidente al obispo de Santa Marta José María Esteves, a quien volverá a ver en su final el Libertador en la bella ciudad del Caribe.

Después de instalado formalmente este areópago y de pronunciar una breve arenga, el Libertador abandona el recinto y deja un discurso lapidario que es leído en el acto.

En ese discurso[128] anota:

Simón Bolívar, Libertador presidente, etc., á *los colombianos.*

Hoy he dejado de mandaros (palabras que habrá de utilizar descaradamente Páez unos meses después). *Veinte años ha que os sirvo en calidad de soldado y magistrado. En este largo período hemos reconquistado la patria, libertado tres repúblicas, conjurado muchas guerras civiles, y cuatro veces he devuelto al pueblo su omnipotencia, reuniendo espontáneamente cuatro Congresos constituyentes. A vuestras virtudes, valor y patriotismo se deben estos servicios; a mí la gloria de haberos dirigido. El Congreso constituyente, que en este día se ha instalado, se haya encargado por la Providencia de dar a la nación las instituciones que ella desea, siguiendo el curso de las circunstancias y la naturaleza de las cosas.*

Temiendo que se me considere como un obstáculo para asentar la república sobre la verdadera base de su felicidad, yo mismo me he precipitado de la alta magistratura a que vuestra bondad me había elevado.

Colombianos: He sido víctima de sospechas ignominiosas, sin que haya podido defenderme la pureza de mis principios mismos, que aspiran al mando supremo se han empeñado en arrancarme de vuestros corazones, atribuyéndome sus propios sentimientos; haciéndome aparecer autor de proyectos que ellos han concebido; representándome, en fin, con aspiración a una corona, que ellos me han ofrecido más de una vez (Por supuesto se refiere a Páez), *y que yo he rechazado con la indignación del más fiero republicano. Nunca, nunca, os lo juro, ha manchado mi mente la ambición de un reino, que mis enemigos han forjado artificiosamente para perderme en vuestra opinión.*

Desengañaos, colombianos, mi único anhelo ha sido el de contribuir a vuestra libertad y a la conservación de vuestro reposo: si por esto he sido culpable, merezco más que otro vuestra indignación. No escuchéis, os ruego, la vil calumnia y la torpe codicia, que por todas partes agitan la discordia. ¿Os dejaréis deslumbrar por las imposturas de mis detractores? ¡Vosotros no sois insensatos!.

Colombianos: Acercaos en torno del Congreso constituyente; él *es la sabiduría nacional, la esperanza legítima de los pueblos y el último punto de reunión de los patriotas. Penden de sus decretos soberanos nuestras vidas, la dicha de la*

128. Puede verse en "Discursos y proclamas", compilado por Rufino Blanco Fombona, Editorial Nacional, México.

república y la gloria Colombiana. Si la fatalidad os arrastrare a abandonarlo, no hay más salud para la patria; y vosotros os ahogaréis en el océano de la anarquía, dejando por herencia a vuestros hijos el crimen, la sangre, y la muerte. ***Compatriotas: escuchad mi última voz, al terminar mi carrera política: a nombre de Colombia os pido, os ruego que permanezcáis unidos, para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos.*** (Resaltado del autor). *Bogotá, 20 de enero de 1830, año 20.° de la independencia. Bolívar.*

Es de resaltar la manera como este hombre presenta el acontecer pasado como el resultado de diáfanas actuaciones suyas que merecieron el gran reproche de los demócratas de entonces y ganaron su odio. Pero no puede caber duda que la convocatoria de ese congreso -como las anteriores del mismo objetivo- y la entrega de la suerte de la República a sus deliberaciones, es absolutamente limpia y pura. No había una segunda intención enmascarada.

Mas sin duda que lo relativo a la constitución de Bolivia e incluso al pensamiento monárquico que tuvo origen en él, son actuaciones inspiradas en un lamentable error humano no propiamente suyo, frente a condiciones históricas ciertamente complejas.

Mas en este mensaje, al que se sumó su informe más extenso del mismo día, señala, como en todos sus discursos y proclamas, la limpieza de sus ideales y la obra de un gran demócrata, que conoció el fracaso y padeció derrotas coyunturales muchas veces; y forzado por tales circunstancias erró, tratando de buscar una salida en los caminos del autoritarismo.

De todos modos conmueven esa lucidez y la belleza conceptual de sus escritos afianzados en su propia vida.

El mismo día 20 de instalación del congreso, como se ha anotado, dirigió otro extenso mensaje que era el informe detallado de sus actuaciones y del que es preciso resaltar su voluntad de retiro, es decir, que no tenía ninguna aspiración más para hacer parte del gobierno y daba por terminada su carrera política. Vale la pena ver un aparte preciso que no puede dejar duda sobre esas intenciones:

Temo con algún fundamento que se dude de mi sinceridad al hablaros del magistrado que haya de presidir la República. Pero el Congreso debe persuadirse que su honor se opone a que piensen en mi para este nombramiento, y el mío a que yo lo acepte. ¿Harías por ventura refluir esta preciosa facultad sobre el mismo que os lo ha señalado? ¿Osaréis sin mengua de vuestra reputación

concederme vuestros sufragios? ¿No sería este nombrarme yo mismo? Lejos de vosotros y de mí un acto tan innoble.

Obligados, como estáis, a constituir el gobierno de la República, dentro y fuera de vuestro seno hallaréis ilustres ciudadanos que desempeñen la presidencia del Estado con gloria y ventajas. Todos, todos mis conciudadanos gozan de la fortuna inestimable de parecer inocentes a los ojos de la sospecha: sólo yo estoy tildado de aspirar a la tiranía.

Libradme, os ruego, del baldón que me espera si continúo ocupando un destino, que nunca podrá alejar de sí el vituperio de la ambición. Creedme, un nuevo magistrado es ya indispensable para la república. El pueblo quiere saber si dejaré alguna vez de mandarle. Los Estados americanos me consideran con cierta inquietud, que pueden atraer algún día a Colombia males semejantes a los de la guerra del Perú. En Europa misma no faltan quienes teman que yo desacredite con mi conducta la hermosa causa de la libertad. ¡Ah! ¡cuántas conspiraciones y guerras no hemos sufrido por atentar a mi autoridad y a mi persona! Estos golpes han hecho padecer a los pueblos, cuyos sacrificios se habrían ahorrado, si desde el principio los legisladores de Colombia no me hubiesen forzado a sobrellevar una carga que me ha abrumado más que la guerra y todos sus azotes.

Mostraos, conciudadanos, dignos de representar un pueblo libre, alejando toda idea que me suponga necesario para la república. Si un hombre fuese necesario para sostener el Estado, este estado no debería existir, y al fin no existiría.

El magistrado que escojáis será sin duda un iris de concordia doméstica, un lazo de fraternidad, un consuelo para los partidos abatidos. Todos los colombianos se acercarán al derredor de este mortal afortunado; él *los estrechará en los brazos de la amistad, formará de ellos una familia de ciudadanos. Yo obedeceré con el respeto más cordial a este magistrado legítimo; lo seguiré cual ángel de paz; lo sostendré con mi espada y con todas mis fuerzas. Todo añadirá energía, respeto y sumisión a vuestro escogido. Yo lo juro, legisladores, yo lo prometo a nombre del pueblo y del ejército colombiano. La República será feliz, si al admitir mi renuncia nombráis de presidente a un ciudadano querido de la nación; ella sucumbiría si os obstinaseis en que yo lo mandara. Oíd mis súplicas; salvad la República; salvad mi gloria que es de Colombia.*

Disponed de la presidencia que respetuosamente abdico en vuestras manos. Desde hoy no soy más que un ciudadano armado para defender la patria y

obedecer al gobierno; cesaron mis funciones públicas para siempre. Os hago formal y solemne entrega de la autoridad suprema, que los sufragios nacionales me habían conferido.

Concluía con este párrafo inmortal:

¡Compatriotas!, escuchad mi última voz al terminar mi carrera política: a nombre de Colombia os pido, os ruego, que permanezcáis unidos, para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos.

Resalta en el informe con rotunda decisión cómo declara que ha terminado su carrera política. Y en este mismo extenso mensaje plantea cómo había hecho un esfuerzo denodado para prevenir la disolución de Colombia al convocar la Convención de Ocaña, pero cuando todo fracasó por las pasiones, debió de asumir la dictadura en prevención, porque todo se precipitaba al abismo y al caos. Y para salvaguardar los derechos individuales en época en que había dejado de existir por mandato de la convención de Ocaña la constitución de Cúcuta, había dictado el Decreto Orgánico de 27 de agosto de 1828 que salvaguardaba esos derechos fundamentales. Y también explica sus actos en el Perú y en Bolivia.

Es de rigor comentar que, sin duda alguna, el héroe caraqueño era un hombre muy superior a todos los que estaban participando en la vida nacional de aquella época. Por lo demás, su capacidad descriptiva y su pluma elegante e ilustrada, conducen al estudioso a dudar si ese Libertador de media América podía ser mejor con la palabra escrita o hablada, que con la espada. Mas es de obligatoria conclusión que en ese párrafo anterior se haya la esencia de su gran desprendimiento y su grandeza.

O sea que queda claro que había renunciado al poder que entregaba plenamente a ese congreso que él llamó Admirable, como a la representación legítima del pueblo. Y nunca retornó a él.

Empero, el congreso de entrada no aceptó la renuncia a la presidencia presentada el mismo día por Bolívar, argumentando que no se le habían otorgado esas facultades -al congreso-, sino que difirió tal acto hasta que se hubiere promulgado la nueva carta constitucional, cosa que tuvo ocurrencia el 29 de abril.

Entre tanto estos hechos estaban ocurriendo en Bogotá, en Venezuela el mundo estaba agitado en extremo. Una cadena de sucesos se fueron concatenando bajo la autoría, oculta pero presente, del general José Antonio Páez en contra de Bolívar, al que convirtieron en el símbolo del despotismo y la negatividad.

Veamos este delicado asunto desde la óptica viviente e imparcial de Restrepo[129]:

Hacía algún tiempo que en Venezuela existía un fuerte partido contra el gobierno del Libertador, a quién atribuían muchos actos que eran producciones espontáneas y exclusivas de Páez como jefe civil y militar. Los enemigos de Bolívar no perdían ocasión ni medio alguno, por reprobado que fuera, para destruir su reputación y enajenarle el afecto de los pueblos que tan justamente había ganado por sus eminentes servicios a la patria. El proyecto de monarquía, concebido por el consejo de ministros (es de resaltar que lo dice uno de los ministros de Bolívar sin atribuirle a él la idea) *y adelantado hasta el punto que hemos visto, sirvió admirablemente a los enemigos de Bolívar para pintarle como un ambicioso que deseaba coronarse y dominar a los pueblos con un cetro de hierro.*

En vano quisiéramos excusar a Páez y a otros magnates de Venezuela que no contribuyeron a extender y acreditar esta calumnia, que tanto convenía a sus miras de futuro engrandecimiento. Aunque es cierto que el primero tuvo desde el principio noticia comunicada particularmente por el ministro de la guerra Urdaneta, sin que se opusiera al proyecto, pues solamente exigió saber lo que pensara el Libertador, y aunque le enviara con este fin al comandante José Austria, quién fue hasta Quito; con todo, tenemos datos para creer que Páez no obró en este negocio con la franqueza que aparentaba en sus cartas particulares. Toda su conducta en aquel tiempo y sus hechos posteriores nos persuaden, que aparentando a los miembros del gobierno de Bogotá que procederían de acuerdo con sus miras, se aprovechó diestramente de las circunstancias a fin de abrirse el camino para obtener la primera magistratura de un Estado independiente, rompiendo la unión colombiana.

Hallábanse los ánimos de muchos venezolanos en la disposición arriba expresada, cuando ocurrió la rebelión de Córdoba en Antioquia. El valor y nombradía del corifeo, la guerra que aún se ignoraba en Caracas haberse terminado con el Perú, y la ausencia del Libertador en los confines meridionales de la República, todo esto les hizo creer que había llegado el momento oportuno de disolver a Colombia, separando de la unión a los departamentos de la antigua capitanía general de Venezuela, a fin de erigirlos en un estado soberano e independiente. Los corifeos de este proyecto no dudaban que él reuniría en su favor la opinión de los pueblos, declamando contra el gobierno de Colombia y

129. José Manuel Restrepo, "Historia de la revolución de Colombia", citado antes, T. 6

contra el Libertador, excitando al mismo tiempo las fuertes antipatías, bien conocidas, ya, que había entre venezolanos y granadinos.

Una chispa bastaba para causar un terrible incendio, y desde los últimos días de octubre comenzaron a circular en Caracas pasquines manuscritos e impresos en qué atrozmente se injuriaba a la persona y al gobierno del Libertador, a quien pintaban como un déspota que pretendía ceñirse la corona de su patria.

Es obligado recordar que el primero que tentó, como Satanás a Jesús, al Libertador fue el propio Páez en carta que vimos atrás y que él descaradamente niega, en la que le pinta el trono de Napoleón que éste rechaza con grandes argumentos. "Yo no soy Napoleón ni Colombia es Francia", dijo entonces.

Circulaban con profusión en Caracas y en toda Venezuela, como se ha anotado, cantidad de pasquines y publicaciones en los que presentaban al Gran Caraqueño como un déspota con ansias de coronarse y de imponer a la fuerza su poder dictatorial. Y naturalmente ese sentimiento contra él crecía, detrás del cual maquiavélicamente se ocultaba aquel llanero que tanto fingió amistad a Bolívar.

Claro que en cierta forma era el propio Bolívar el que había alimentado, frente a la corriente de los hechos, el sentimiento de separación en sus compatriotas de origen. Cuando se encontraba en Guayaquil, dentro de la copiosa correspondencia privada que mantenía con el Catire, que hemos visto atrás, el 31 de agosto de ese mismo año 29 envió una circular al propio Páez y a todas las personas, en la que rotundamente declaraba que los pueblos tenían la libertad de adoptar su destino del modo que quisieran, de suerte que si Venezuela quería la separación, era libre de hacerlo, siempre y cuando concurriera al poder constituyente. Y dejaba abierta la puerta para las distintas expresiones democráticas, pero por supuesto en contra de la monarquía.

Páez hace distribuir por todo el territorio venezolano tal circular y, previendo la posibilidad de que fallara por alguna circunstancia el movimiento separatista venezolano, decide con su secretario Soublette trasladarse a Valencia casi que como observador. Pero el brazo de la traición contra Bolívar trabajaba en las sombras.

Puerto Cabello fue la primera ciudad que se pronunció por la separación en el mes de noviembre -día 17 de 1829-. La segunda fue Valencia el 23 del mismo mes y año. Páez en su condición de funcionario nombrado por el propio Bolívar había designado en toda Venezuela como jefe de policía a Juan Francisco Aris-

mendi, amigo de Bolívar de un día sí otro no, y quien ahora, definitivamente, estaba en favor de la separación y enemigo de Bolívar.

Inicialmente Arismendi convocó una reunión amplia en su casa en Caracas en la que convinieron citar para el día 25 del mismo noviembre, en el convento de San Francisco de Caracas y con asistencia del prefecto, dimanado de la autoridad de Bolívar, general Lino de Clemente, y a la cual le dieron el valor de una convención.

En esa mal llamada asamblea lo primero que leyeron fue una carta privada desde la misma ciudad de Guayaquil de Bolívar a Páez y por supuesto entregada por éste, en la que aquel decía:

> *He mandado publicar una circular convidando a todos los ciudadanos y corporaciones para que expresen formal y solemnemente sus opiniones. Ahora puede usted instar legalmente para que el pueblo diga lo que quiera. Ha llegado el caso en que Venezuela se pronuncie sin atender a consideración alguna más que el bien general. Si se adoptan medidas radicales para decir lo que verdaderamente ustedes desean, las reformas serán perfectas y el espíritu público se cumplirá. El comercio abrirá sus fuentes, y la agricultura será atendida sobre toda cosa. En fin, todo se hará como ustedes lo quieran. Yo no me atrevo a indicar nada porque no quiero salir responsable, estando resuelto a no continuar en el mando supremo. Como este congreso es admirable, no hay peligro en pedir lo que se quiera, y él sabrá cumplir con su deber, decidiendo de los negocios con sabiduría y calma; nunca se ha necesitado de tanto como en esta ocasión, pues se trata nada menos que de constituir de nuevo la sociedad, o, por decirlo así, darle una existencia diferente.*

La reunión de Arismendi, que llamaron asamblea, deliberó durante dos días -25 y 26 de noviembre del 29- y acordaron, incluso bajo la insinuación de Páez, que ante Bolívar como ya se ha dicho adoptaba otra cara, que hicieran conocer esa decisión ante el Congreso Admirable próximo a reunirse, dando la sensación de que estaba a derecho y buscando el engaño para el Presidente-Libertador, aunque autorizados por éste a través de sus manifestaciones en la circular y la carta privada a Páez, que bien sabía que no tenía nada de privada.

Para examinar este momento cenital de la ruptura de Colombia, resulta conveniente por sus detalles y verosimilitud volver a las anotaciones del mi-

nistro Restrepo, el mejor conocedor de estos sucesos, sobre tal reunión y esa carta de Bolívar[130]:

Los que ya conocían las opiniones y el secreto del Libertador, sobre la necesidad de dividir a Colombia, vieron en estas expresiones y en otras que contenía aquella célebre carta, que les decía claramente en ella: "Pidan ustedes la separación de Venezuela, y yo la apoyaré". Aún sospechamos que comunicara sus ideas sobre la materia a algún venezolano, y que éste no le guardara el secreto".

Empero sea de esto lo que fuere, las discusiones duraron los días 25 y 26 de noviembre -se refiere a la reunión convocada por Arismendi-*, rodando principalmente sobre la separación absoluta de Venezuela y el desconocimiento del gobierno de Colombia. El resultado fue acordar:*

Primero, separación del gobierno de Bogotá y desconocimiento de la autoridad del general Bolívar, aunque conservando siempre paz, amistad y concordia con sus hermanos de los departamentos del centro y sur de Colombia para entrar a pactar y establecer lo que convenga a sus intereses comunes.

Segundo, que se dirija el acta justificativa del proceder y que contenga estas resoluciones al excelentísimo señor general jefe superior (Páez)*, pidiéndole que consulte la voluntad de los departamentos que forman la antigua Venezuela, y se sirva convocar con toda la brevedad posible las asambleas primarias en todo el territorio de su mando, para que según las reglas conocidas se haga el nombramiento de electores y sucesivamente el de representantes que deben componer una convención venezolana, para que tomando en consideración estas bases, proceda inmediatamente al establecimiento de un gobierno republicano representativo, alternativo y responsable.*

Tercero, que esta convención extienda el manifiesto que se dirigirá a nuestros hermanos de Colombia y a todo el orbe, expresando las razones que imperiosamente han ocasionado esta resolución.

Cuarto, que S.E. el benemérito general José Antonio Páez sea jefe de estos departamentos, y que reuniendo como reúne la confianza de los pueblos, mantenga el orden público, y todos los ramos de la administración bajo las formas existentes, mientras se instala la convención.

130. Restrepo, citado antes.

"Quinto, que Venezuela, aunque impelida por las circunstancias ha adoptado medidas relativas a su seguridad, separándose del gobierno que la ha regido hasta ahora, protesta que no desconoce sus compromisos con las naciones extranjeras, ni con los individuos que le han hecho suplementos para consolidar su existencia política, y espera que la convención arregle estos deberes de justicia del modo conveniente". El acta que contenía estas resoluciones se firmó por cuatrocientas ochenta y seis personas.

En los días que se hizo este pronunciamiento en Caracas y en los siguientes, se cometió un exceso que fue prontamente censurado y reprimido. Tal fue el haber aparecido en las paredes de las casas inscripciones sumamente injuriosas a Bolívar y a sus amigos lo que hacía temer un trastorno y persecuciones a muchas familias, turbando el reposo público. El comandante de armas coronel Juan Antonio Padrón se apresuró a impedir este desorden: él publicó un decreto en que lo prohibía y conminaba a los infractores con el debido castigo.

El general Páez luego que supo aquellos desmanes (noviembre 30), envío a Caracas un edecán suyo al prefecto del departamento, previniéndole que mandara borrar cualesquiera inscripciones y letreros que se hubieran puesto, según decía, "contra el primer magistrado, que al mismo tiempo es el héroe más insigne de esta parte del Nuevo Mundo, y a quién debemos inmensos servicios" (palabras de Páez como autoridad de Colombia en Venezuela). *Fundábase en que habiendo libertad de imprenta, este era el vehículo regular para que el pueblo expresará sus sentimientos, y no valiéndose del anónimo para escribir ultrajes y amenazas contra el Libertador. Semejante desorden se había cometido no solamente en la capital sino también en otros lugares de la misma provincia, y se contuvo con estas providencias tan justas como oportunas.*

El acta de Caracas se envió inmediatamente al jefe civil y militar, que se hallaba en Valencia. Condujéronla tres secretarios, que fueron los señores Alejo Fortique, Félix M. Alonso, Antonio Leocadio Guzmán -aquel que estuvo en el Perú mandado por Páez para halagar a Bolívar con un trono, y quien escribió para el Libertador la constitución de Bolivia, como se recordará-*, y dos ciudadanos por enfermedad del primer secretario doctor Andrés Narvarte. Los comisionados exigían de Páez que se trasladara inmediatamente a Caracas a hacerse cargo del gobierno independiente que se le había conferido. Pero aquel, no olvidando los comprometimientos a que por su ligereza y precipitación se había sujetado en 1826* -con la República de Colombia y con Bolívar-*, quiso*

obrar con mayor cautela. Se denegó, pues, alegando que estaba comprometido con juramento a observar la organización provisional que el Libertador había dado a la República. Prometió sin embargo a los comisionados, que mientras se instalaba el Congreso constituyente de Colombia, ningún mal se originaría al pueblo de Caracas a causa de su pronunciamiento, que tendría efecto por las resoluciones de aquella corporación, a cuya fuente debían ocurrir para obtener remedio a sus males.

Creyeron algunos desde aquella época, que estando el general Páez en el secreto del acta de separación acordada en Caracas, la que promovieron activamente por órdenes suyas el jefe general de policía y sus demás amigos, no fueron escrúpulos religiosos los que le detuvieran para declararse inmediatamente jefe supremo de Venezuela. Eran las inesperadas noticias que recibió en aquellos días el tratado definitivo de paz con el Perú, así como de la derrota y muerte de Córdoba. Los promovedores de la separación habían contado con que la guerra extranjera detendría al ejército colombiano en los confines australes de la república. Creerían también que la valentía de Córdoba, y el sostenimiento de la libertad que había proclamado, le darían partidarios numerosos en otras provincias, causando nuevos embarazos al gobierno supremo, y que entretanto podría Venezuela consumar su revolución.

Mas, libre ya el gobierno de aquellos obstáculos y triunfante por todas partes, fue necesario a Páez y a los demás corifeos de la separación cejar algún tanto, aparentar moderación, y esperar a ver si los pronunciamientos se generalizaban en los otros departamentos de la antigua Venezuela. Páez, que por tres semanas había guardado un silencio desdeñoso con el gobierno de Colombia (diciembre 8), le dio entonces cuenta de los efectos que había producido la circular mandada expedir por el Libertador y comunicada por el secretario del interior. Decía que, publicada por bando, habían resultado varios pronunciamientos concebidos en forma de peticiones al congreso constituyente solicitando la separación; empero que los habitantes de Caracas la habían decretado de hecho y pedídole -a Páez- *que se pusiera al frente del nuevo gobierno, a lo que no asintió por la naturaleza de sus anteriores comprometimientos y la obediencia que había jurado a la organización provisional de la república.*

Ofrecioles, sin embargo -Páez-*, que no se les molestaría por sus opiniones; que sus deseos tendrían efecto por las relaciones del congreso constituyente, a cuya fuente legal debían dirigir su acta para la determinación, y que entretanto*

se le permitiera gobernar como era de su deber en nombre y bajo la autoridad de S.E. el Libertador presidente. Añadía que de esta manera había podido conservarel orden, y calmar la agitación y alarma de los pueblos que habían estado y aún estaban verdaderamente inquietos.

Todo calculado meticulosamente por el astuto Páez, por si en algo fallaban los planes. Una vela a Dios y otra al demonio. Conocía bien a Bolívar, quien en una de las cartas que vimos atrás llega a recordarle lo que fue la suerte de Piar y otros que se le opusieron. O sea que el llanero con cálculo, hasta allí se cubría preventivamente el rostro y las manos.

Empero, los reactivados enemigos de Bolívar, Mariño y otros como Soublette, Juan Bautista Arismendi, José Francisco Bermúdez y todos los militares antiguos al igual que los nuevos, emulaban para mostrar quien odiaba más al Libertador; y fueron haciendo que las provincias mantuvieran vivas sus expresiones de separación e independencia de Colombia y el extrañamiento de Bolívar, a quien, para evitar disturbios inmediatos y futuros, le prohibían su entrada a Venezuela.

Las calumnias eran el arma preferida. El movimiento revolucionario era ya general en todo el territorio, salvo el Zulia y su capital Maracaibo, sobre los que recayó la acción directa del propio Páez y sus séquitos.

El Congreso Admirable todavía no se había reunido ni Bolívar había llegado a Bogotá, donde arribó como se vio al comienzo de este capítulo el 15 de enero del año 30, pero Venezuela ya unánimemente había declarado, de hecho y sin esperar al congreso, su propia existencia independiente.

Páez entonces se quita la careta y asume como jefe supremo de su país. Luego, el 13 de enero de 1830, expide varios decretos que dan por terminada la Colombia que soñó Bolívar desde Caracas, donde el Catire se ha traslado definitivamente y organiza un ejército que recoge de todo el país. Y se le hacen notificaciones públicas agresivas a esa persona que había libertado esa tierra, en el sentido de que no podría llegar a hacer presencia en todo ese territorio, que era su patria.

Y adelantando el relato, vale señalar que lo que resta de la existencia del Libertador es poco. Las contrariedades que le esperaban en Bogotá en las deliberaciones del mismo Congreso, la enfermedad y el camino largo a través de ese río Magdalena en el que había triunfado quince años atrás. Ahora sería como el camino de los elefantes en el regreso de su vida. Y no habría de terminar ese año de 1830.

Capítulo XVIII

Debates y nueva constitución

El congreso no acepta la renuncia de Bolívar y da aprobación a su conducta. Moción de Bolívar para intentar un arreglo con Venezuela con visita suya y entrevista con Páez. El congreso dice no estar autorizado. Después vuelve al tema y se designa a Sucre y al obispo Esteves para viajar a Venezuela. Páez ordena que no se los deje entrar. No prospera la negociación. Entonces los amigos buscan la reelección de Bolívar. Otros amigos encuentran necesario el retiro de toda aspiración del libertador. Último mensaje al congreso reiterando la renuncia. Primera carta a José Fernández Madrid. El congreso nombra presidente a Joaquín Mosquera. Otra carta a Fernández Madrid. Y Bolívar emprende la marcha por el Magdalena. Manuela en su abandono.

Retornando a los inicios y desarrollo del Congreso Admirable, hay que remarcar que cuando Bolívar lo instala y deja su renuncia al tiempo que anuncia su retiro de la política, la Corporación elaboró una respuesta a ese mensaje y en medio de un reconocimiento a todo el mérito alcanzado en pro de la libertad y a su conducta procera, no le acepta esa renuncia como atrás se señaló. Y agregó en noble gesto la aprobación total de su gestión:

> *Por lo que hace a vuestra reputación, ella no puede sufrir menoscabo por las calumnias de vuestros detractores. La existencia de esta asamblea es la respuesta más victoriosa a todas ellas. Continuad, Señor, preservando a Colombia de los horrores de la anarquía: dejadle por legado la consolidación de sus leyes, y vuestro nombre, ya inmortal, aparecerá más resplandeciente aun y más puro en las páginas de la historia, cuando el buril de esta haya grabado en ellas que todo lo pospusisteis, todo lo sacrificasteis a la felicidad de vuestra patria.*

El Libertador, fiel a su palabra de acatar todo lo que decidiera el congreso constituyente, agrega ante ese cuerpo soberano:

> *Si el congreso determina que se haga la división* -se refiere a la separación de Venezuela-*, que se haga; si se resuelve la federación, o que de algún modo se sofoque esta novedad, estoy pronto a todo; pero deseo que el congreso medite muy bien y con mucha detención lo que debe hacerse.*

Siete días después de iniciadas las sesiones, o sea el 27 de enero, habían llegado a conocimiento en Bogotá unas actas de separación de Venezuela, aunque aún se ignoraban los acontecimientos definitivos de inicios de enero de Caracas y el Zulia. Y a pesar de que Bolívar en correspondencia con Páez que se vio atrás había expresado opinión favorable a la separación venezolana, si así lo expresaba el pueblo soberano, desconocidos como todavía eran estos últimos sucesos definitivos de Caracas, le surge la idea de que el Congreso Admirable le autorice a realizar el último esfuerzo de acercamiento con sus compatriotas de origen y propone, con moción escrita a la asamblea, que le autoricen el traslado a su patria chica, a efecto de estudiar la última situación y "*transigir amistosamente algunas desavenencias",* como lo dice en la parte final de tal documento.

Es realmente para el Libertador caraqueño una situación verdaderamente difícil de aceptar y comprender, a pesar de todos sus esfuerzos para evitar la desintegración de su más grande sueño: Colombia.

El congreso analiza la propuesta de Bolívar con un debate agrio, al cabo del cual, todavía con una mayoría favorable al Libertador, se decide que no se puede autorizar ese traslado, pues la asamblea no fue convocada para tratar esos asuntos sino para expedir la nueva carta fundamental. Y expresa además que es el ejecutivo representado por Bolívar, el que tiene toda la experiencia y autoridad para enfrentar tales hechos en su patria de origen; y por lo tanto no requiere de tal autorización. Por sí mismo posee tal facultad a la luz del Decreto Orgánico de agosto de 1828, dictado por aquel cuando asumió la dictadura.

El Libertador lo que quería con tal propuesta era realmente la autorización expresa del cuerpo soberano que afianzara su autoridad, para intentar lo que ya era imposible de lograr. En Venezuela, bajo la acción perversa de Páez y de aquellos émulos intransigentes de antes, el antiguo jefe Bolívar ya era objeto del odio incendiario con noticias deformadas y malas interpretaciones de los hechos. Es decir, la mentira había logrado transformar la calumnia en verdad.

Bolívar entonces, bajo el impacto de su rebeldía interior, pero vencido por las fuerzas que dominan su salud, le escribe una carta a su cercano amigo de Caracas José Ángel Álamo[131] en la que expresa con cierta ira interior bajo una conformidad obligada:

> *Le pedí a Colombia que dijera como quiere que la gobiernen. ¡Dejemos que hable, entonces! Todo el sur se ha ido a hacer lo que le dio la gana. Unos quieren un gobierno populista, funcionarios elegidos democráticamente con cambio periódico, otros una monarquía; y otros más... !Puras idioteces! Que Venezuela sea lo que quiera. Déjenla separarse, federarse, hacer lo que su corazón desee. ¡No me importa en absoluto, en absoluto! Lo único que quiero es lo que quiere cualquier soldado o esclavo: mi baja, mi libertad...*

Marie Arana, la historiadora peruana opina sobre estos acontecimientos:

> *Se sentía quisquilloso y molesto. Aquejado por un nuevo ataque de lo que* él *llamaba bilis negra, nombró presidente en funciones al general Domingo Caicedo y anunció que se iba a convalecer a un retiro campestre a pocos kilómetros al sureste de la Quinta. El gobierno no podía negarse. Para todos, excepto quizás para Bolívar, era claro que estaba al borde del colapso físico.*

La comisión para viajar a Venezuela, pues, no se formó en ese momento y Bolívar no viajó; pero pasó al descanso reparador en la Quinta de Fucha, finca del propio general Domingo Caicedo, quien quedó provisionalmente encargado del poder ejecutivo. Por cierto el Libertador no volvió nunca más a ejercer directamente el mando.

Entre tanto están pasando cosas en esa Venezuela de sus grandes afectos, que sacuden su atención y la de los granadinos. La declaratoria de separación había ocurrido en Valencia y Caracas; pero se veía cómo se extendía rápidamente por el territorio y lo más seguro es que llegaría a toda la provincia de Maracaibo y el Zulia. En prevención a tales hechos Bolívar toma precauciones en orden a evitar una invasión y lo más seguro una guerra.

El general Mariano Montilla, quien es el comandante en jefe de la provincia del Magdalena, que se extiende a Cartagena, Santa Marta y Riohacha y va hasta Maracaibo y el Zulia, donde aún no ha llegado la influencia de Páez y sus

131. Cita de Marie Arana, la historiadora peruana que hemos citado varias veces.

amigotes, sabe que se planifica una toma del territorio de la Nueva Granada y moviliza con órdenes del Libertador unos batallones importantes, inicialmente hacia Riohacha, y al frente de los cuales, desde Zulia, pensaba ubicarse Montilla. De la misma manera Bolívar ha hecho mover a varios contingentes, entre ellos el Rifles, hacia Cúcuta en prevención de algún intento de parte de Páez y sus conmilitones para invadir en guerra la Nueva Granada. Las órdenes iniciales de Bolívar para el general José María Carreño, comandante en Cúcuta, eran llegar hasta Maracaibo y unirse a las tropas de Montilla. Pero unos días después, cuando las cosas cambian, el Libertador reemplazó a Carreño por Daniel Florencio O´Leary y se van desgranando hechos como la proclama de la separación de Maracaibo y Zulia y toda la región el 16 de enero de 1830.

Entonces el Libertador ordena al irlandés O´Leary que permanezca en Cúcuta a discreción por si se producía el intento de entrar a la Nueva Granada. Días de gran angustia.

Pero mientras estas cosas ocurren, el batallón Boyacá, compuesto de quinientos hombres veteranos es trasladado a Riohacha bajo el comando de un coronel de nombre José María Vargas, nacido en El Socorro. De mala entraña él, entra en traición y se suma al enemigo, a cambio de lo cual recibe tres mil pesos. Defecciona en Riohacha y el 16 de febrero llega a Sinamaica donde es desarmado con todos sus hombres y jura su traición, dizque como un liberal y pasa a Maracaibo. Golpe duro para las fuerzas de la legitimidad.

Y es a partir de ese momento en el cual Bolívar, improvisando una estrategia desde Bogotá, observa el grave peligro en que se hallan y en procura de evitar la guerra fatal para él, decide ordenar a todas las fuerzas no moverse en ataque sino en defensa.

El Congreso Admirable, terminado el debate del reglamento interno, designa una comisión que preside el doctor Estanislao Vergara, antiguo secretario de Relaciones Exteriores, para que elabore el proyecto de constitución que entre al estudio del cuerpo soberano. Pero como es obvio, la comisión pide que se establezcan las bases de la misma, de entre las distintas opiniones ideológicas de los diputados.

Se integra entonces la nueva comisión conformada por los representantes Francisco de Martín, Aranda y Unda que redacta esos puntos básicos, adoptando el sistema federalista para atraer a Venezuela, al igual que la unidad republicana

de los tres países con la garantía de que por ningún motivo se adoptaría una monarquía y que el período presidencial debía ser de ocho años.

Entre tanto el congreso, que continúa sus deliberaciones y comprende a fondo la gravedad del asunto que se vive, dando una vuelta atrás en el tema ya propuesto por el propio Libertador, decide que es conveniente, como lo había propuesto éste días atrás, que se designe una delegación de alto nivel, no al propio Bolívar quien se halla enfermo, sino al presidente del congreso, mariscal Antonio José de Sucre y al vicepresidente Monseñor José María Esteves obispo de Santa Marta en ejercicio, al igual que al diputado por Cartagena Juan García del Río, quien no pudo aceptar, para que viaje a Venezuela en función de paz a dialogar con Páez y los demás líderes y a mostrar una fase distinta a la que han tratado de mostrar las malas habladurías. Lo esencial, básicamente, es que de ninguna manera habrá un gobierno de monarquía, que se temía, sino democrático.

El Libertador, a quien ya llamaban secamente el general Bolívar, para dar muestras de grandeza y generosidad, expresó que ordenaría una amnistía para los comprometidos en el golpe septembrino, quienes podrían volver a casa. Pero parece que a esas alturas de la historia a nadie conmovió tal promesa.

Por supuesto era obligado que los comisionados, al salir para Venezuela, portaran las bases de la que habría de ser la nueva carta constitucional, publicadas en el Diario Oficial, para toda Colombia y una exhortación a los venezolanos a conservar esta patria grande. No obstante, la comisión oyó con respecto a dicha comisión la opinión de Sucre al respecto, quien dijo que no tenía inconveniente en hacer el viaje, pero adelantaba que no le veía perspectivas de salir adelante. Quizás ya era demasiado tarde. O quizás nunca fue temprano para hacerlo.

Es de advertir que el grueso de la opinión pública granadina estaba por la liquidación de la gran república. Muchos venezolanos habían llegado a la Nueva Granada con ímpetus militares y abusivos. Los llamaban "espadones" y eran odiosos. O sea que predominaba la opinión de que cada cual estuviera en su propia casa.

Como la salud del Gran Caraqueño empeoraba, pidió al congreso que designara provisionalmente encargado del ejecutivo al general Domingo Caicedo. El congreso respondió que esa era una facultad exclusiva del presidente. Bolívar entonces encargó a este militar ecuánime como encargado, mientras él se iba a la Quinta de Fucha, como se mencionó antes, vecina y de mejor clima, en

busca de reponer su salud. Por cierto, fue en ese momento, al despojarse del poder, que lo haría para siempre, porque no volvería a gobernar.

Viajaron pues hacia Cúcuta Sucre y el obispo Esteves el 17 de febrero. En reemplazo de Sucre en la presidencia del congreso fue designado el caleño Vicente Borrero.

Los altos comisionados llegaron a Cúcuta y prosiguieron por la provincia de Maracaibo hasta un sitio llamado Táriba, en el Zulia. Allí los interceptaron unos guardias con la advertencia de que no podían pasar porque ese era territorio venezolano. Los comisionados respondieron que ellos no iban en representación de la autoridad de Bogotá sino del congreso colombiano. Les permitieron seguir hasta La Grita, en donde un gobernador venezolano de apellido Piñango les notificó que no podían proseguir un paso más. Las órdenes provenían de lo alto, de Páez, el nuevo gobernante de la República de Venezuela. Era el 20 de marzo de 1830.

Les tocó devolverse a Cúcuta adonde los seguiría una comisión designada por el propio Páez con la cual podrían dialogar, que no negociar. Y todo lo que siguió con los nuevos comisionados que eran Santiago Mariño, enemigo del Libertador, Martín Tobar Ponte y André Navarte, fue una farsa. A las razonables propuestas de los delegados del Congreso Admirable les contestaron con un no rotundo.

Páez, enterado de lo ocurrido, deforma la verdad y hace creer en una proclama de 2 de marzo que Venezuela va a ser víctima de una invasión de Bolívar para someterla; y ofrece que él como su nuevo jefe civil y militar no los dejará pasar y se opondrá a todo movimiento militar que atente contra la integridad de su patria. Solo pasarán "por encima de mi cadáver". Y aún más, inflama los sentimientos venezolanos cuando infamemente dice que Bolívar marcha con un ejército a "desgarrar las entrañas de su madre" y a saciar venganzas bajo el pretexto de obedecer la voluntad de la república.

A base de estas mentiras se pone en pie de guerra y marcha al frente de un ejército no solo a defender la integridad de su país, según su falsa postura, sino a liberar a la Nueva Granada; y llega hasta San Carlos el 16 de marzo con todos sus ímpetus frente a un ejército. Por supuesto tales manifestaciones irritan al máximo a Bolívar en su reposo de salud.

El estudioso biógrafo del Libertador Gerhard Masur[132] escribe la nota siguiente del mayor interés sobre ese instante histórico, similar a lo que también anota Restrepo en el mismo sentido:

El 1º de marzo, después de haber nombrado Presidente interino al general Caicedo, Bolívar dejó las riendas del Gobierno, que ya no volvería a tomar jamás, y se retiró a una casa de campo en las inmediaciones de Bogotá. Aunque los ataques de su mortal enfermedad arreciaban y aunque él sabía que carecía de vigor para guiar los asuntos de la nación, una y más veces sintió la mágica atracción de la política. A mediados de marzo llegaron a Bogotá noticias que revelaban la completa decadencia de la República. Un regimiento destacado en la región costera había desertado -el batallón Boyacá que acabamos de ver- *y el oficial que lo tenía a su mando se había puesto a las órdenes de Páez. La primera idea de Bolívar fue encargarse nuevamente del mando creyendo que su dictadura evitaría una mayor calamidad.*

No se daba cuenta de que le faltaba apoyo para esa aventura, de que sus colegas de 1828 se habían alejado de él y de sus ideas. Confiaba todavía en que Urdaneta, Herrán, París y Castillo y Rada le seguirían; por consiguiente, los invitó a una conferencia en el lugar a donde se había retirado. Esa memorable reunión se celebró el día 20 de marzo. Bolívar propuso hacerse cargo de la autoridad y declarar la guerra a los secesionistas de Venezuela. Los reunidos se arriesgaron a decir que esa guerra sería impopular: la separación de Venezuela era un hecho consumado y como tal debía aceptarse. Era perfectamente evidente que la mayoría se oponía al plan.

Hasta ese momento, Urdaneta había guardado silencio, y Bolívar le pidió ahora que expresará su opinión. Pero esa era la oportunidad de Urdaneta para desquitarse. Nunca había olvidado que Bolívar había calificado a Sucre del más digno de todos los generales, y también estaba resentido porque Bolívar lo había acusado a él, Urdaneta, de ser responsable del estado caótico de la República. Su respuesta a Bolívar fue cruel y vehemente. La separación de Venezuela, dijo, se había consumado ya en 1827, cuando el propio Bolívar hizo doblar las campanas por la muerte de la República perdonando a Páez. Bolívar no pudo refutar la acusación; además, le faltaba el apoyo de sus antiguos amigos. Castillo y Rada, después de excusarse de asistir a la reunión, habían enviado una carta que ahora leyó el Libertador, cuya voz temblaba de ira al enterarse de su

132. "Simón Bolívar", Editorial Grijalbo S. A., Bogotá 1984.

contenido. Renunciar al poder para siempre, le aconsejaba su antiguo primer ministro público; la separación de Venezuela es un hecho consumado; la guerra que proyectáis es impopular; es preciso mirar el problema cara a cara y constituir un Gobierno independiente para Nueva Granada; ¡Un gobierno sin Bolívar!

En su ira Bolívar acumuló acusaciones y reproches contra sus colaboradores de antaño. Querían que abandonara el timón del estado, pero él no se iría; se quedaría a pesar de ellos, a pesar de todo. La reunión se levantó sin haber llegado a ninguna decisión. Al volver a Bogotá a través de la niebla y la lluvia, los políticos tenían la impresión de que habían asistido a la agonía de un gran hombre.

El autor de esta obra entiende que en ese momento concurren en el Libertador varios factores encontrados y en cierta forma contradictorios: el primero es el deseo sostenido de su retiro de la actividad política y el segundo es el estado de conciencia del peligro que han desatado contra él Páez, a quien tanto había halagado, y sus áulicos, émulos furiosos que lo fueron dentro de un pasado no tan lejano.

Como se recuerda, en su mensaje al Congreso Admirable Bolívar renuncia al poder supremo, pero abre la posibilidad de un regreso al frente militar en el caso de presentarse un peligro a las instituciones o la integridad del territorio. O sea que su impulso de Libertador, en esos momentos de gran peligro, hace que desee reasumir el poder para estar él al frente de un ejército como el militar más antiguo, y combatir en defensa de esa patria idealizada de Colombia. Es fácil comprenderlo.

Ahora, su ira del momento contra Urdaneta y Castillo y Rada obedece a lo que él cree es una defección oportunista de éstos cuando expresan su opinión de que Bolívar no debe regresar más al poder, pues se encuentra sin apoyos y en grave estado de enfermedad. Cree el Libertador con ofensa que Urdaneta quiere la presidencia y Castillo la vice, o viceversa.

En la psiquis del Libertador operaba ya otra convicción diferente a la que lo asistía en los comienzos del Congreso, resultado de que había mucha gente de orden menor, sobre todo en el campo de los militares, que mantenía una red de adulaciones e intrigas en el terreno interior de su vanidad -que era en realidad su fuerte-, en el sentido de hacerle creer a él que la no figuración de su imagen en la elección de presidente de la república significaba que había sucumbido en la importancia de su gloria histórica y eran los enemigos los que habían ganado. Este se convertía entonces en un punto crucial de su sicología de momento.

De ahí que, contra su renuncia a la presidencia y al ejercicio del poder del inicio del Congreso Admirable, según analiza ahora, lo que debía ser la solución apropiada era su nombramiento como primer mandatario, así el poder lo ejerciera, como había venido ocurriendo, un vicepresidente.

Por manera que, no obstante la reiteración de su renuncia, el orgullo de Bolívar se imponía con esta última fórmula, que debía ser acogida por todos aquellos que habían figurado como sus amigos. De ese tamaño se habían puesto las cosas.

Naturalmente, bajo el influjo del creciente sector de sus aduladores, ese grupo de personas que con inteligencia y buen análisis pensaban que el momento recomendaba que se aplicara el propio razonamiento que había propuesto el Libertador en el sentido de la necesidad de su retiro y la apertura de un campo de relevo, quien así pensara era considerado por él como parte de sus enemigos.

Las circunstancias cambiantes habían hecho ver como un error del gran hombre su deseo de renunciar y lo único que quedaba era dar la batalla en sentido contrario, conforme a su grandeza.

Tal vez el documento que mejor refleja ese mundo interior casi desesperado, es la carta que escribe el 6 de marzo desde Fucha, donde aún se encuentra, a su amigo entrañable José Fernández Madrid, quien está de Ministro Plenipotenciario en Londres, nombrado con su visto bueno por el general Santander, y quien ha aceptado asumir una representación de Bolívar en el negocio de la venta de las minas de Aroa; y además le ha confiado elaborar, con todo su archivo personal muy extenso, una presentación ajustada a la verdad ante la historia, de su vida pública.

Posteriormente volveremos a hablar de este personaje tan importante y al que el Libertador llegó a amar, como lo dice en sus propias cartas. Veamos pues esta importante misiva:

Fucha, 6 de marzo de 1830
Señor José Fernández Madrid Mi estimado amigo:

Recibí a su tiempo la última carta de Vd. del correo pasado, y por la cual quedo instruido de que los señores que han comprado las minas piden nuevos documentos, los que Vd. no me indica ni yo puedo adivinar. El hecho es que mi situación se está haciendo cada día más crítica, sin tener esperanza siquiera de poder vivir fuera de mi país de otro modo que de mendigo; pues no vendiéndose las minas puedo sufrir alguna confiscación de parte del gobierno de Venezuela,

porque tal es el encono que hay contra mí de parte de aquellos jefes. Todo esto considerado, me atrevería a indicar a Vd. que tiene a ese caballero para ver si se logra que él represente mis derechos como nuevo propietario de las minas, dándose como ya posesionado de ellas a virtud de haberse cumplido el contrato por ambas partes: y como dicho comprador posee un contrato muy anticipado a esta revolución, nadie tendrá derecho de oponer obstáculos a esta venta perfecta".

Es en vano advertir a Vd. que debe consultar el punto con un abogado para que den los documentos correspondientes en favor de cada parte, tomando nosotros cuantas seguridades sean dables para no dejarnos engañar de modo alguno y cobrar a su tiempo el valor correspondiente.

El congreso sigue sus tareas y ya ha concluido el proyecto de constitución, que es muy republicano y liberal, propio para agradar a todos los partidos moderados. Dentro de un mes debe estar sancionada la constitución, para entonces se harán nuevas elecciones de presidente y vicepresidente de la república. También para entonces se sabrá el resultado de la misión que ha mandado el congreso a Venezuela, la que probablemente no traerá ningún resultado de importancia sino repeticiones de los actos anteriores. El congreso en vista de esto decidirá si se decide o no la separación de ambos países; en lo que habrá poca duda, porque parece que la opinión pública está por evitar la guerra.

Desde luego debe Vd. contar con que yo no seré más presidente, sea lo que fuere, y que me pondré en posición de no sufrir más vejaciones saliendo del país, con ánimo de seguir a donde pueda, según mi escasa fortuna. Sobre este punto sabrá Vd. más el correo que viene.

Había pensado remitir a Vd. los documentos de mi vida pública, pero he sabido por el coronel Wilson que el general, su padre, tiene la obra en dieciséis volúmenes, y que puede Vd. pedírselos prestados para poder responder a las calumnias que están prodigando contra mí.

No vacile Vd. en negar positivamente todo hecho contrario a lo que Vd. conoce de mi carácter.

Primero, nunca he intentado establecer en Colombia ni aún en la constitución boliviana; tampoco fui yo quien lo hizo en el Perú; el pueblo y los ministros lo hicieron espontáneamente. Sobre esto lea Vd. el manifiesto de Pando de aquel tiempo, y éste es un canalla que no ocultaría nada por favorecerme".

Segundo, todo lo que es pérfido, doble o falso que se me atribuya, es completamente calumnioso. Lo que he hecho y dicho, ha sido con solemnidad y sin disimulo alguno.

Tercero, niegue Vd. redondamente todo acto cruel contra los patriotas, y si lo fuí alguna vez con los españoles fue por represalia.

Cuarto, niegue Vd. todo acto interesado de mi parte, y puede Vd. afirmar sin rebozo que he sido magnánimo con la mayor parte de mis enemigos.

Quinto, asegure Vd. que no he dado un paso en la guerra, de prudencia o de razón que se pueda atribuir a cobardía. El cálculo ha dirigido mis operaciones en esta parte, y aun más, la audiencia. El hecho de Ocumare (donde le dejaron tirados en una playa los recursos que había traído de Haití y él quedó solo allí al alcance del enemigo español) *es la cosa más extraordinaria del mundo: fui engañado a la vez por un edecán del general Mariño, que era un pérfido, y por los marinos extranjeros que cometieron el acto más infame del mundo dejándome entre mis enemigos en una playa desierta. Iba a darme un pistoletazo, cuando uno de ellos (Mr. Bidau) volvió del mar en un bote y me tomó para salvarme. Este hecho necesita de una explicación detallada.*

En fin, mi querido amigo, los documentos de mi vida dan bastantes medios de defensa, aunque faltan la mayor parte de los primeros períodos de mi historia; mas, como son los últimos años los que más atacan, encontrará Vd. siempre argumento en los hechos que se han visto y están escritos.

Remito a Vd. la gaceta de hoy, por la cual se informará de algunas explicaciones satisfactorias y verá, al mismo tiempo, que he dejado el mando al señor Caicedo con motivo de los males que padezco, aunque no son graves (el optimismo de Bolívar todavía lo hace pensar en que los males que le aquejan no eran graves). *No volveré a tomar más el mando, porque ya me es insoportable bajo de todos los aspectos. Por fortuna, no se dirá que he abandonado a la patria, siendo ella la que me ha renegado del modo más escandaloso y criminal que se ha visto nunca. Yo no soy tan virtuoso como Foción, pero mis servicios me igualan con él; y sin embargo de que no me creo tan desgraciado como aquél, algo se parece la ingratitud de nuestros conciudadanos.*

El general Ibarra acaba de llegar de Venezuela, donde ha podido observar la opinión pública con bastante detención. Me asegura que todo el pueblo está en mi favor, no siendo más que unos pocos intrigantes favorecidos del terror los

que han causado la revolución. Esto no parecerá creíble sino a los que conocen el pueblo americano. Eche Vd. la vista sobre todo nuestro continente y verá la misma cosa; antes la historia nos había enseñado el influjo de los oclócratas[133] *de la Grecia y de Roma. Con estos ejemplos, no hay nada que esperar más.*

Adiós, mi querido amigo, conserve Vd. su salud y créame su mejor amigo de corazón. Bolívar.

No había abandonado Fucha el Libertador cuando tuvo la noticia de la traición de José María Vargas en Maracaibo con el batallón Boyacá, que vimos atrás y que lo enardeció aun más contra Páez y sus amigos. Entonces convocó a una reunión de alto nivel -Secretarios del Despacho, el presidente del congreso Borrero y otros congresistas- para oír su opinión. Su primer impulso en esos momentos de indignación era reasumir el mando -legalmente todavía podía hacerlo- porque era el presidente titular y en esa condición colocarse al frente de un gran ejército que enfrentara la soberbia del llanero.

Como se ve, las cosas no marchaban bien ni había un pensamiento cerrado dominante alrededor de los impulsos bolivarianos; y es allí donde se descubren Castillo y Rada y Urdaneta con su plan contra esas aspiraciones momentáneas, acorde con las circunstancias, del Libertador.

La ira subió de punto contra Urdaneta y Castillo y Rada, quien como se dejó anotado, no asistió a tal reunión como tampoco lo hiciera Vergara. Pero estos personajes que eran su gobierno en los días de la guerra con el Perú y durante su estada en Ecuador, sin duda alguna mantenían reconcentrado el sentimiento de rencor por haberlos metido en la aventura de la monarquía, que después desconoció el Libertador, como se ha examinado antes.

Y es innegable que la imagen de Bolívar se había deformado como si fuera un gran ambicioso, de doble faz. Así, pues, aprovechándose de tales circunstancias, Castillo llevó el asunto al seno del congreso, concentrado en la elaboración de la carta constitucional, ya bien avanzada. Presentó éste una proposición que decía:

Que se suspenda el examen del proyecto de constitución, dándose un reglamente provisorio con todas las garantías, y que se elijan un presidente y vicepresidente que con un senado o consejo dirijan la república hasta que en mejores circunstancias se reúna la representación nacional, y se de la constitución que más convenga.

133. Oclócrata es palabra griega que significa el gobierno de la multitud.

El debate que siguió fue ardiente y, finalmente la proposición de Castillo fue derrotada.

Pero todo siguió polarizado hasta el punto de que el presidente encargado, Domingo Caicedo, a pesar de ser un hombre equilibrado pero bajo el mismo criterio del exministro Castillo, el 15 de abril envió un mensaje a la corporación en que pedía reconocer como un hecho la separación de Venezuela, la que de ninguna manera aceptaría una constitución para un estado que ya había desaparecido, y de otro lado que se veía venir una actitud igual de separación del Ecuador. Por tanto mantener una posición contraria a esos hechos sería llegar a la guerra con sus altas consecuencias y costos.

El representante antioqueño Alejandro Vélez, de mucha respetabilidad, hizo una propuesta como proyecto un tanto pragmática: la constitución debía ser de Colombia, con la invitación a los hermanos venezolanos a que la acogieran; pero en caso de no entregar su apoyo Venezuela, sin que hubiese guerra, quedase acordado que en tal evento se convocara una nueva convención exclusivamente granadina para expedir la nueva carta. La moción prosperó y fue acogida, incluso a ella se atuvo finalmente el congreso.

Pero vendrían casi que de inmediato las manifestaciones de los ministros diplomáticos de Brasil y el Reino Unido -que abusivamente tomaban parte en la política interna-, y que se oponían a esa manera de pensar, pues, si se aceptaba esta fórmula como lo proponía el propio presidente encargado, el tratado suscrito con este último importante país dejaba de tener vigencia, por la sencilla razón de que había sido firmado por un país que había dejado de tener existencia. Desde luego Brasil coincidía con esta misma apreciación, aunque nada reclamaba en su caso.

Mientras el congreso avanzaba en el estudio de la Carta, reinaba un gran alboroto nacional, manejado en su mayor parte por familias de venezolanos y militares, que respaldaban a Bolívar.

Pero otros sectores muy amplios querían la separación de Venezuela y aun del Ecuador, como que la experiencia señalaba que esa relación había complicado la vida en común; y como consecuencia, las diferentes medidas económicas que se adoptaron habían encarecido el costo de la vida. Éstos consideraban que la presencia en el gobierno y aun en el país del Libertador, complicaba más esa ya perdida convivencia nacional.

Dividida la opinión pública, había pues unos partidarios del Gran Caraqueño y otros que abominaban su nombre, arrastrando el cúmulo de mentiras e infamias que habían puesto a circular sobre el Libertador.

El asunto llegó hasta el punto de que una persona de tanta rectitud y antipasional como el doctor Joaquín Mosquera, por cierto quien sería el próximo presidente constitucional de la Nueva Granada y gran amigo de Bolívar a quien acompañó, como ya se narró cuando la grave enfermedad de éste en Pativilca, escribe una nota serena y analítica en un periódico titulado *El Meteoro* en la que sostiene que nada alcanzaría el congreso aprobando una constitución que no lograría detener la separación de Venezuela, objetivo ya alcanzado; de donde nada sería más recomendable que disolver el congreso y que éste eligiera un presidente y un vicepresidente que convocaran una nueva asamblea que diera la constitución que la Nueva Granada esperaba.

Por lo además, cabía decir lo mismo en relación con el Ecuador como una consecuencia directa de los hechos de Venezuela, en donde Juan José Flores había levantado los ánimos en busca de la separación y con su propia ansiedad de poder.

Bolívar se encontraba mortificado con todos estos movimientos que darían la sensación ante la historia de que él, como un abusador, había perdido la batalla ante los opositores. Creía entonces con gran convicción, que era un asunto de acatamiento a su gloria su nueva elección como presidente, así no ejerciera sino el vicepresidente como había ocurrido antes; y él como una gran reserva, quedaría al frente del ejército. Incluso se elaboraron memoriales públicos para recoger firmas abogando por esa solución.

Por cierto llegó a creer el propio Libertador en el interés personal de Caicedo para ser nombrado contra él en el más alto cargo de la república; y eso lo mortificó más en medio de la enfermedad aguda que estaba padeciendo.

Restrepo[134] recoge estos importantes momentos de su vida y la dolorosa tragedia viviente del Libertador:

> *Imbuido el Libertador de estas ideas, se le persuadió por algunos que convendría reasumiese de nuevo el mando supremo que desempeñaba el general Caicedo por delegación suya. No lo ejecuta sin embargo antes de consultar*

134. Restrepo, "Historia de la Revolución de Colombia".

la opinión de éste, la de sus ministros, del general Urdaneta y de los doctores José María Castillo y Estanislao Vergara, a quien convoca en su casa el 21 de abril. Mas ninguno da su dictamen con franqueza, y la junta se disuelve sin acordar nada.

Al siguiente día hubo una grande efervescencia en Bogotá. Desde temprano circuló el rumor de que se recogían firmas a fin de elevar peticiones al congreso pidiendo que se reeligiese a Bolívar; que los prelados de los conventos de regulares le habían escrito que no los abandonara, porque peligraba la religión de Jesucristo; finalmente, que el coronel español al servicio de Colombia, Demetrio Díaz, uno de los colectores de firmas, iba a salir también a la cabeza de un escuadrón de milicias gritando por las calles: a la religión y el Libertador como presidente dictador.

Se anuncia que serían víctimas sacrificadas por esta revolución los diputados del congreso Castillo, Posadas y otros. La ciudad entera se alarma y ciérranse las puertas de las tiendas. Mas el jefe del gobierno Caicedo recorre las calles, calma a los tímidos y restablece la tranquilidad haciendo prender a Díaz y a los que le apoyaban con más calor. Esta tentativa costó la vida a su autor (1).

(1) El 29 del mismo abril, el coronel Díaz fue remitido preso a Cartagena. En el camino le hizo quitar la vida el oficial conductor capitán Juan Arjona. Mandósele procesar, lo mismo que al capitán Manuel Hernández, proceso que no tuvo resultado alguno contra los acusados de aquel delito.

Como se ve, la situación era altamente dramática, mientras los días pasaban apretujadamente. Bolívar, como se sabe, no era el hombre de dar su brazo a torcer. Sabía que todo había terminado para él, pero solo porque ese era su deseo de retiro y liberación propia. Mas no porque lo quisieran avasallar y él se dejara. De ahí que en ese momento está de regreso a la lucha.

El mismo Restrepo, continúa la línea narrativa y agrega en la descripción viviente de estos agitados hechos:

En los días siguientes los bandos encontrados se agitaron vivamente en la capital. En el congreso había un partido fuerte del que eran jefes los diputados Juan de Francisco Martín, y Juan García del Río, que deseaba reelegir a Bolívar

presidente constitucional. Este proyecto alarmó sobremanera a los republicanos exaltados, que amenazaron hasta con quitar la vida de aquellos diputados. Hacía algún tiempo que el general en jefe Rafael Urdaneta estaba unido con los primeros, y para hacerse partido en Bogotá, trabajaba porque la Nueva Granada se disociase de Venezuela, y contra la reelección del Libertador.

Este, sin embargo, había influido con el gobierno para que nombrase a Urdaneta comandante general de Cundinamarca, a fin de que mantuviera la tranquilidad pública, encargo que desempeñó con mano firme y vigorosa. Otras defecciones semejantes de sus amigos vio el Libertador en aquella época. Sufriolas en calma, aunque le causaron sensaciones harto amargas.

Claro que nombrar a Urdaneta como comandante de Cundinamarca garantizaba al Libertador restablecer el equilibrio militar y él, por supuesto, básicamente era un militar. Urdaneta era su amigo y lo siguió siendo y llegó hasta dar un golpe de estado bien disimulado, que luego veremos, en orden a restituir en el gobierno al Libertador y no dejarlo tendido en el campo de batalla como un gran derrotado, que fue en realidad lo que ocurrió, no obstante las reiteradas manifestaciones del general Bolívar de abandonar el mando, la política y el gobierno.

Desde luego que no todos los que opinaban en favor del retiro de éste del gobierno eran sus enemigos. Esa era una cuestión política con muchos enemigos de verdad; pero al mismo tiempo de realidad y vida frente a un ser enfermo a quien por cierto fastidiaban todas las contrariedades del ejercicio del gobierno y sobre todo de una lucha que no quería continuar cuando del fondo de su ser lo que se trataba de buscar era una paz interior y, por supuesto, la preservación de su propia gloria, conquistada mediante toda esa acción terrible, larga y cruenta que fue la independencia.

El Libertador ya había abandonado la Quinta de Fucha y había vuelto a vivir en el palacio de San Carlos. Era sin lugar a dudas el presidente titular como lo había reconocido meses atrás el congreso y esa era su residencia. Naturalmente le atormentaba lo que fuese a ocurrir, cuando ya están en el mes de abril y la constitución se encuentra casi terminada. Temía por supuesto el Libertador, lúcido de pensamiento, que el retiro de una aspiración suya a la presidencia se interpretase como una derrota dentro del seno de la asamblea constituyente, situación que le acarrearía mayores dificultades en el inmediato futuro.

Dentro de ese grupo de amigos sinceros, están incluso el general Pedro Alcántara Herrán y aun el propio presidente encargado Domingo Caicedo. Se estudia la cosa por ellos y le proponen a Bolívar, con el mayor sentido de la amistad y admiración que le profesan, que convoque a una reunión de personas de toda la confianza, sin estar presente él para que hablen con toda la sinceridad. Bolívar accede y Caicedo ofrece su propia residencia para efectuarla.

El propio Libertador sugiere que dentro del grupo de sus amigos cercanos se llame al señor Luis A, Baralt, hombre de fortuna personal y además independiente y muy respetable.

Los comisionados se reúnen y hablan con absoluta objetividad. Todos fueron de la opinión de que de ninguna manera debía ser reelegido el Libertador, en aras a la preservación de la paz y la armonía. Y frente a tal hecho Bolívar entendió que ese, acorde con sus primeros impulsos al instalar la convención, era un pensamiento honrado y sabio; y lo acoge con toda la meditación y convencimiento. Lo que demuestra que Bolívar está obrando de buena fe, en circunstancias muy difíciles, y que no es el mando ni el poder lo que lo obnubilan.

En obedecimiento al consejo de los amigos que acabamos de ver, cuando el 30 de abril de ese año 30 se concluye la Constitución, el Libertador dirige entonces un mensaje grande al Congreso Admirable, que es a la vez una proclama:

!Conciudadanos! Concluida la constitución, y encargados como os hayáis por la nación de nombrar los altos funcionarios que deben presidir la república, he juzgado conveniente reiterar mis protestas repetidas de no aceptar otra vez la primera magistratura del Estado, aun cuando me honrareis con vuestros sufragios. Debéis estar ciertos de que el bien de la patria exige de mí el sacrificio de separarme para siempre del país que me dio la vida, para que mi permanencia en Colombia no sea un impedimento a la felicidad de mis conciudadanos.

> *Venezuela ha pretextado, para efectuar su separación, miras de ambición de mi parte; luego alegará que mi reelección es un obstáculo a la reconciliación, y al fin la república tendría que sufrir un desmembramiento o una guerra civil.*
>
> *Otras consideraciones ofrecía la sabiduría del congreso el día de su instalación, y unidas éstas a otras muchas, han de contribuir todas a persuadir al congreso, que su obligación más imperiosa es la de dar a los pueblos de Colombia nuevos magistrados, revestidos de las eminentes cualidades que exige la ley y dicha pública.*

Os ruego, conciudadanos, acojáis este mensaje como una prueba de mi más ardiente patriotismo, y del amor que siempre he profesado a los colombianos.

Simón Bolívar

No hay ninguna duda de la sinceridad que anima las pocas letras del mensaje. Había buscado ayuda y consejo en amigos verdaderos y las palabras de ellos brillaron; y aunque como se ha visto había recibido para su reelección un gran respaldo popular, renunció a él y a la lisonjas que tejían sus amigos considerando con egoísmo que desaparecido de la escena Bolívar ellos también desaparecerían y tal vez sufrirían algunas persecuciones de los nuevos gobernantes, como habría de ocurrir, por ejemplo, en el caso de Perú de la Croix.

Ese mismo 30 de abril, terminado el texto de la Constitución de 1830, el Congreso Admirable envía un significativo mensaje de reconocimiento y gratitud al Libertador. En una de sus partes expresa:

(…) Sea cual fuera, Señor, la suerte que la Providencia prepara a la nación, y a vos mismo, el Congreso espera que todo colombiano sensible al honor y amante de la gloria de su patria os mirará con el respeto y consideración debida a los servicios que habéis hecho a la causa de la América, y cuidará de que conservándose siempre el brillo de vuestro nombre pase a la posteridad cual conviene al fundador de la Independencia de Colombia.

Se diría que allí culminaba ese largo y doloroso proceso de contradicción y Bolívar quedaba libre de los odios y mentiras urdidos en su contra aun por quienes debían gran parte de su vida política al Gran Caraqueño. Pero en realidad era allí donde comenzaba ese doloroso camino final del héroe, fatigado de la vida y empobrecido.

José Fernández Madrid, de quien se ha hablado atrás, su gran amigo y a quien Santander como encargado de la presidencia ha nombrado de tiempo atrás, primero en Francia como Agente Confidencial de nuestro gobierno en París y Encargado de Negocios en Londres y Ministro Plenipotenciario a pedido del Libertador, ahora, como ya se ha apuntado, es además cabeza en la gestión particular del negocio de la venta de las minas de Aroa, último activo patrimonial de Bolívar, y cultiva con él una correspondencia permanente.

Es altamente interesante la carta que le envía el 28 de abril de ese 1830 a Fernández:

Bogotá 28 de abril de 1830.
l señor José Fernández Madrid.

i

"Mi estimado amigo":

Muchos sentimientos tendrá Vd. al recibir ésta que le lleva la noticia que entre un par de días ya yo no seré presidente de Colombia, pues hoy mismo he hecho mi última renuncia para que el congreso nombre a otro individuo para este puesto. Este paso lo he dado, porque estoy persuadido de que es imposible que un hombre solo sea capaz de contener la inmensa anarquía que devora al nuevo mundo. La serie de vicisitudes rápidas y continuas no ofrecen esperanza de término alguno por efecto de medios e instrumentos del país mismo. Vd. es poeta y me entenderá con la imagen siguiente: éste *es un navío combatido por las tempestades y las olas: sin timón, sin velas, sin palos ¿qué podrá hacer el piloto? Necesita de quien remolque al buque y lo lleve al puerto. Yo soy este piloto que nada puedo.*

Todavía no sabemos quién será el electo para presidente, probablemente será el señor Caicedo, actual presidente del consejo; es candidato mío y del pueblo, pero parte del congreso lo repugna por su mensaje último en que habla de separación y otras cosas semejantes.

Las comisiones del congreso y de Venezuela han tenido sus sesiones en Cúcuta y su resultado es casi ninguno, aunque privadamente proponen federación de estados con algunas otras garantías recíprocas y un presidente para las relaciones exteriores. Yo todavía no se lo que decidirá el congreso en este asunto, pues este cuerpo se ha manejado con una dignidad y energía dignas del senado romano. Todo el congreso está empeñado en reelegirme de presidente, sin embargo, yo no creo que debo aceptar porque debo dejar la revolución en el punto en que se encuentra, sin comprometerme más últimamente y perdiendo cada día más mi opinión y mi nombre por los mismos medios que empleo para conservar a Colombia y conservar mi gloria. La mayor parte del pueblo y la mejor está enteramente decidida por mí; sólo los intrigantes están en contra, pero logrando triunfos espantosos: la juventud sobre todo está furiosa contra el poder y contra el orden.

Yo no sé todavía lo que haré de mi persona, se empeñan muchos en que me quede aquí, y mis inclinaciones me llevan fuera. Muy posible es que pronto nos veamos por allá.

Remito a Vd. parte de una carta que me escribe el señor Camacho (era el apoderado que había nombrado el Libertador para llevar su representación en la negociación de las minas de Aroa) *sobre la transacción que le han propuesto sobre la venta de las minas. Participo a Vd. que accedo a la proposición y condescenderé a rebajar cuatro y cinco mil libras por tal de concluir este negocio, especialmente si no se puede conseguir de otro modo*(…).

(…)*Mientras tanto, mi amado amigo, póngase Vd. bueno, que yo lo estoy, y le deseo la misma dicha, y cuente con el corazón de Bolívar.*

Fernández Madrid ya estaba enfermo en Londres y al poco tiempo falleció en la pequeña ciudad de Barnes, cercana a la capital. Su historia es realmente conmovedora. Fue él el último presidente de la que llamó Francisco José de Caldas la Patria Boba, en momentos en que Morillo, después del sitio de Cartagena, se desplaza a la capital donde fusila a tantos ilustres patriotas. Lo cierto es -como el autor lo ha anotado en el libro *Córdova, gloria y asesinato del héroe*-, que Fernández pedía una capitulación con Morillo; y al fin éste le perdonó la vida a él, a su mujer y a su hermano, quienes según disposición del propio Pacificador, fueron a recalar en Cuba, bajo el dominio español, después de haber oído su regaño encrespado.

Ya cuando los españoles fueron vencidos, José Fernández Madrid regresó bajo el amparo de la libertad. Pero hubo un anónimo que fue publicado en el periódico de origen conservador La Miscelánea, que "daba a conocer una noticia sobre una traición del expresidente". El anónimo se extendió por todo el país y naturalmente le causó perjuicios y una gran amargura.

Mas como cosa insólita, y con un gran arrepentimiento, el doctor Rufino Cuervo, quien había sido magistrado y padre del gramático Rufino José Cuervo, escribió una carta dirigida al propio Fernández que hizo pública, en la que descubría que él era el autor del anónimo. En esa carta decía:

*Cuando El Constituci*onal *anunció la llegada de Ud. a Cartagena e hizo el elogio de su persona, creí de mi deber tomar la pluma y pronunciarme contra Ud. Pero* desvanecidos *por su "Exposición"* -se refería a la nota que en su defensa había escrito Fernández y que fue publicada en el mismo medio de comunicación- *los motivos que me hacían mirar a Ud. con ojos de horror, me congratulo de verlo restituido al seno de su familia y amigos, y deseo que Ud. consagre sus talentos y luces a esa patria, que tanto necesita los esfuerzos combinados de sus hijos. Viva Ud. tranquilo y feliz y reciba la atención de su afecto servidor.*

El hechizo negativo del anónimo había desaparecido y Fernández Madrid había vuelto a ganar el respeto de sus conciudadanos.

Un poco tiempo después, según lo comenta el gran patriota doctor Carlos Martínez Silva en una biografía de José Fernández Madrid, Bolívar insinúa los nombramientos diplomáticos que se han señalado y que Santander atiende con admiración por el prócer, que fue abogado, médico científico, escritor y poeta y padre del teatro colombiano. A partir de allí Bolívar lo amo con el más puro sentimiento de amistad.

Los hechos en esa antigua Colombia continuaron aceleradamente. Vale la pena recurrir una vez más al testimonio fidedigno de Restrepo[135]:

> *Por el mensaje del libertador se publicó su resolución definitiva de abandonar a su país natal, teatro de sus glorias, y al que había hecho tan grandes servicios en la guerra de Independencia. Sus enemigos en Venezuela y en la Nueva Granada temían sobremanera que renaciese el influjo debilitado de Bolívar, y que* éste derrocara su poder naciente. Exigían por eso que saliera de Colombia, *cubriendo su negra ingratitud y sus pasiones, tan interesadas como rencorosas, con el manto del bien público. Sus amigos deploraban profundamente este sacrificio doloroso que se le quería imponer; mas por diferentes motivos deseaban se verificase. De una parte esperaban que las atenciones, obsequios y consideraciones que en Europa se prodigarían al libertador, calmarían sus penas y la profunda melancolía que se iba apoderando de su* ánimo; *esperaban igualmente que los viajes restablecieran acaso su salud arrancándole del teatro de sus padecimientos morales. Querían además sacar a Bolívar de Colombia para que en la lucha de los partidos, que probablemente aún debía causar revoluciones, no se le comprometiese en algún paso indebido, ni su nombre se tomara como enseña para nuevos transtornos.*

A diferencia de Páez y los venezolanos y de algunos granadinos que miraban con anhelo y gusto el extrañamiento que el propio Bolívar había aceptado de abandonar su patria, postura que ellos reclamaban como furiosos enemigos, en el Ecuador, bien adelantado ya su proceso de separación, Juan José Flores y el obispo de apellido Lasso invitan a su jefe de la víspera a ir a vivir el resto de sus días a ese nuevo país, en el que se observaría una gran devoción por su memoria y presencia.

135. Autor, obra citados.

Mas Bolívar entiende, con un gran dolor interior, que su única liberación es el abandono de los territorios por él liberados y el regreso al antiguo horizonte de su juventud de la vieja Europa. Sin embargo otra cosa va sucediendo: carece por completo de los medios económicos para esa movilización en forma decorosa y adecuada a su alto rango aun en el viejo mundo, transándose con una simple permanencia en Curazao o en Jamaica. Se aumentan los escollos que él mismo había definido en aquel título autoimpuesto del "Hombre de las dificultades".

Reiteramos que el 29 de abril oficialmente se da por terminada por el congreso la nueva carta fundamental, que es jurada y firmada por sus miembros y promulgada el 3 de mayo. Al mismo tiempo se fija la fecha del 4 de mayo de 1830 para elegir el nuevo presidente y vicepresidente de Colombia. Ha prevalecido el criterio del ministro inglés en el sentido de que no se debe cambiar el nombre de Colombia por la existencia de tratados públicos vigentes.

La nueva Carta contiene 164 artículos permanentes y 3 transitorios. Los cuatro primeros dicen[136]:

"Artículo 1°. La nación colombiana es la reunión de todos los colombianos bajo un mismo pacto político.

"Artículo 2°. La nación colombiana es irrevocablemente libre e independiente de toda potencia o dominación extranjera, y no es ni será nunca el patrimonio de ninguna familia ni persona.

"Artículo 3°. La soberanía reside radicalmente en la nación. De ella emanan los poderes políticos, que no podrán ejercerse sino en los términos que establece esta Constitución.

"Artículo 4°. El territorio de Colombia comprende las provincias que constituían el Virreinato de la Nueva Granada y la Capitanía General de Venezuela".

El día 4 de mayo se reúne el congreso para elegir a los nuevos gobernantes. El período de éstos es realmente breve: hasta que se reúna el nuevo congreso y convoque a nuevas elecciones. Los amigos de Bolívar presentan la candidatura a presidente del doctor Eusebio María Canabal y los antibolivarianos y neutrales postulan al doctor Joaquín Mosquera, quien como se ha dicho antes, ha adoptado una posición independiente a la esbozada por Bolívar antes de su último mensaje al congreso. En el escrutinio gana Canabal. Entonces las barras

136. Diego Uribe Vargas, "Las constituciones en Colombia", tomo II,Ediciones Cultura Hispánica, Madrid.

agresivas de los liberales exclaman que ha habido un fraude y que han cambiado votos, y se forma en algunas calles una manifestación agresiva de rechazo.

El presidente del Congreso Admirable, general Vicente Borrero hace repetir la elección y es así que muchos de los que habían sufragado por Canabal, ahora lo hicieron por Mosquera para evitar el enfrentamiento que se anunciaba. En la nueva votación ganó Mosquera. El general Domingo Caicedo era de nuevo el vicepresidente.

Mosquera se encontraba en Popayán, así pues que mientras llegaba sin prisa, ejerció el poder de nuevo el general Caicedo. El congreso el mismo día de la elección, con conocimiento de causa, posesionó como encargado al general Caicedo, mientras llegaba el doctor Mosquera.

Luego la misma cámara aprueba el envío de un mensaje muy importante al Libertador, quien los había convocado, en el que declara solemnemente haber cumplido con su deber:

> *Haber* éste -el Congreso- *cumplido ya con los objetos de su convocatoria, y que por consiguiente debía cesar el decreto orgánico de 27 de agosto de 1828, y las facultades que por la convocatoria se reservó el Libertador, a quien se le expresara la gratitud de la nación por los servicios que le ha prestado.*

Por su parte el Libertador dio respuesta diciendo que él quedaba reducido a la vida privada, que tanto había deseado; y que si el congreso quería una prueba especial de su ciega obediencia a la constitución y a las leyes, estaba pronto a dar la que se le exigiese.

Hubo otro elemento final de gran alcance en los trabajos constituyentes ese mismo día 4 de mayo: el diputado Salvador Camacho Roldán, nacido en Socorro y quien alcanzaría por sus méritos y talentos una gran figuración y hasta fue presidente de la república, propone el cumplimiento del pago de una pensión al Libertador que ya había sido decretada antes. Restrepo anota[137] sobre el punto:

> *En esta misma célebre sesión el diputado por el Socorro, doctor Salvador Camacho, hizo presente que la república debía al Libertador una gran suma de servicios que debía satisfacerle, y que habiendo vuelto a la vida privada, era muy justo que, bien existiese en Colombia o fuera de ella, si lo creía*

137. Restrepo, autor y obra citados.

conveniente, se le continuase la pensión que por toda su vida le decretó la legislatura en 23 de julio de 1823, a cuyo efecto debía expedirse un decreto por el congreso.

La propuesta fue apoyada por el coronel Joaquín Posada Gutiérrez, diputado, y fue aprobada por unanimidad por la corporación, de donde quedó establecida esa pensión tan justa y necesaria.

Como parte final de este capítulo piensa el autor que es del caso comentar que la enfermedad final del héroe no fue la tuberculosis como la mayoría de la gente cree. El médico colombiano Luis Arcila Gómez[138], como lo anoto en mi libro "El magnicidio de Sucre"[139], ha hecho una valoración científica y profunda del cuadro clínico del Libertador con los datos consignados por el doctor Reverend en la autopsia. Y concluye:

(…) *Con lo dicho queda demostrado que, vistas las cosas a través de una información clínica y necroscópica tan deficiente como la que, por razones explicables, nos proporciona la historia, y confrontando tanto el cuadro en conjunto como los elementos que lo integran, con los conocimientos científicos actuales, el criterio de probabilidad se inclina a concluir, con poderosas razones, que el Libertador Simón Bolívar no murió a consecuencia de una tuberculosis pulmonar, como se venía creyendo hasta ahora, sino de un absceso amibiano del hígado abierto en los bronquios porque no hay ninguno de los síntomas comprobados que no concuerden con este diagnóstico, mientras que, por el contrario, sería preciso forzar un tanto la interpretación para encajar el conjunto dentro de la concepción de una tuberculosis pulmonar.*

Sí, lo más seguro es que el agente patológico que determina su muerte no fuera la tuberculosis como se ha creído. Eso, en realidad poco importa. Es posible que el doctor Próspero Reverend, el médico francés graduado en Cartagena que lo atendió y practicó su autopsia, no fuere una gran eminencia en medicina y además es de tener en cuenta el poco adelanto de la ciencia en esa época. Pero es solo una curiosidad científica la que lleva al autor de esta obra a anotar la observación anterior sobre la verdadera enfermedad del Bolívar.

138. Luis Arcila Gómez, "La amibiasis intestinal y hepática en Colombia", citado por el historiador venezolano Guillermo Ruiz Rivas "Bolívar más allá del mito"

139. "El magnicidio de Sucre, juicio de responsabilidad penal", Armando Barona Mesa, editorial Feriva, Cali.

Capítulo XIX

Final de un camino y comienzo del último

Salida de Bogotá. Llegada a Guaduas. Correspondencia al abogado de Caracas sobre la mina de Aroa. Última nota a Manuela. Despojado de todos sus bienes en Venezuela. Llegada a Honda y atenciones de posada Gutiérrez. "No quise entregar la república al colegio de San Bartolomé". Retrato hablado de Bolívar de Páez. Baile de despedida en Honda. Abordaje de los champanes. Mompox, Turbaco. El recuerdo de Anita Lenoit.

Es el día 8 de mayo de 1830 cuando el Libertador sale de Bogotá a las seis de la mañana, con la salud muy resentida. Ese día abría frío y brumoso. Pocas personas componían su comitiva, a pesar de que lo acompañaban los secretarios del gabinete ejecutivo hasta la salida de la capital y se agregaba el infaltable negro José Palacios, su mayordomo y muy lejano esclavo.

Por voluntad propia, como se ha visto, había dejado el mando supremo de un país aun en ciernes, idealizado por él durante veinte años de lucha por la independencia de España. En algunas esquinas unos muchachos, pagados, le lanzaban a su paso el grito de un apodo que le habían trasladado de un personaje de la parroquia, conocido -el apodo- en ciertos círculos políticos: Longanizo[140]. El sobrenombre peyorativo se debía al color moreno encendido que el sol de cinco países andinos le había dejado en el rostro y en las manos. Por cierto que en Lima y por iguales motivos similares de odio, lo llegaron a llamar el Zambo.

140. Indalecio Liévano Aguirre, BOLÍVAR, asegura que en Bogotá existía un loco que se vestía de general y era bastante moreno, al cual apodaban Longanizo.

Él marchaba sin afán, al paso normal de la bestia. En realidad nadie lo esperaba en ninguna parte. Pero por dentro la serie de los últimos sucesos le laceraban el espíritu. Sin embargo sus males huían cuando él, dentro de sus planes, se veía viajando por lejanas tierras y por mares que había conocido en los inicios de su vida pública.

Había sentido la noche anterior cerca de su boca la boca fresca de Manuela Sáenz, de quien se había despedido de una manera rápida y casi fría y ella partió muy temprano para su residencia. Nunca más se volverían a ver.

Él había permanecido, conforme era su derecho, en el palacio presidencial de San Carlos. Manuela vivía, como se ha descrito, a la mitad de esa cuadra, un poco arriba del palacio. Era Bolívar, como lo fue su padre don Vicente, un enamorado de casi todas las mujeres atractivas que a su paso encontrara, pero difícilmente su pasión se detenía en los lazos del amor. Muerta su esposa María Teresa antes de él cumplir los veinte años, los múltiples amores que pasaron por su vida fueron fugaces y sin amarras. A Manuela Sáenz Aizpuru ciertamente la había amado y la amaba, pero siempre supo que no convenía a su cargo la cercanía y el mando que fácilmente asumía esta quiteña, a quien, una vez agotado por ella el fusilamiento en efigie de Santander, su vicepresidente, él, en carta a Córdova, habría de llamar la "amable loca", tal como lo vimos mucho antes.

Así pues que, aunque la amara a su manera después de seis años que por momentos fueron de gran pasión, nada estaba marcado para ella en ese destino amargo que ahora le esperaba a él, Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Palacios.

Tampoco le atisbaba a él nada atrayente en el seno de aquella que era su familia antiguamente opulenta y de hondas raíces aristocráticas, pero a la que por cierto no faltaba el genes de una abuela de origen afro. Él era, como se sabe, un mantuano de alto reconocimiento público. Mantuanos, como ya ha sido señalado, era el calificativo que se daba a los pertenecientes a la más alta élite social.

Para mayor ilustración del rango aristocrático de la familia del Libertador leamos lo que apunta don Salvador de Madariaga en su rica biografía del héroe y los alcances del término *mantuano*[141]:

141. Salvador de Madariaga, BOLÍVAR, tomo I, Gráficas Futuro, Madrid.

Vivía la familia en Caracas en la casa que había heredado de la Marín y en el campo, en la hacienda de San Mateo. Eran mantuanos puros, es decir, familia cuyas mujeres tenían derecho a ir a la iglesia con el manto característico del rango más alto de la sociedad. Porque los Bolívares, ejercían a perpetuidad uno de los cargos de regidor del cabildo; por los Palacios, gozaban del privilegio del cargo de Alférez Real. Por ambos lados, hombres de su casa figurarían siempre entre los dignatarios que revestidos de oro, plata, encajes y seda iban a visitar ceremonialmente al Capitán General en los días de besamanos para formar después parte de su séquito camino de la catedral donde celebraban la misa solemne y el te deum.

Es lo cierto que no había emprendido ese camino de regreso a ninguna parte vencido, porque nunca lo estuvo a pesar de las circunstancias hostiles que tantas veces le rodearon. Se había sacrificado él mismo de su propia voluntad y deseo; pero sus bronquios sonaban con crudeza y una sustancia verde oscura, casi negra, salía con espasmos en algunas ocasiones de sus entrañas. Además, la fiebre le acompañaba con intermitencias a las que ya estaba más o menos acostumbrado. Pero tenía sus momentos completos de salud.

Todo había dejado de ser para él, en lo que se refiere a esta América del Sur que había liberado de la opresión del imperio español con su talento y valor, no obstante las terribles circunstancias que debió enfrentar. Fueron muchos los momentos en que sintió el vuelo de la muerte a su alrededor. Pero siempre enfrentó esos accidentes con el valor de un héroe y estuvo seguro de su victoria.

Había renunciado al mando supremo de lo que quedaba de Colombia, ese en apariencia poderoso estado compuesto por tres grandes países a los que se había sumado el muy importante istmo clave de Panamá. En realidad ese estado gigante, salido de la mente de quien fuera al comienzo su gran maestro, Francisco de Miranda[142], nunca funcionó en debida forma por las enormes distancias que separaban a las distintas naciones y por las marcadas diferencias de idiosincrasia entre las poblaciones que las componían y, por supuesto, por las ambiciones humanas que con desenfreno aspiraban a todos los recodos del poder.

142. Ver mi obra NARIÑO Y MIRANDA, DOS VIDAS PARALELAS.

En un proceso lento se había dado pábulo a las pasiones que se iban levantando contra él, Libertador de esos cuatro países, cinco con Panamá. Pero en el fondo lo que hacían era alimentar ese conjunto creciente, surgido de todas partes, de ambiciones personales. Era realmente el reinado de la política con sus intrigas y enfrentamientos en ese conjunto dispar de naciones y hombres codiciosos que no respetaban los méritos de nadie.

Para ese ser enfermo, sumido en los mayores desengaños que unos días después lo llevarían a consagrar como síntesis de sus batallas la sentenciosa frase "Aré en el mar y edifiqué en el viento", estaba en esos momentos de ocaso la perspectiva cada vez más distante de viajar a Londres donde había estado en busca de ayuda en los comienzos de la epopeya libertaria que acababa de tener lugar, o simplemente la de quedarse en busca de salud en las Antillas, incluido Curazao, donde también había estado en el comienzo de la larga batalla.

Él, realmente, ya sabía que su temperamento no era el de un gobernante dirigiendo los negocios complejos de un estado, arbitrando los recursos fiscales y proyectando una perspectiva de progreso en un país que en medio de sus frustraciones había él mismo terminado por considerar ingobernable.

En uno de esos momentos premonitorios -tal como antes se vio- le había alumbrado la idea de que era preferible para él el mando supremo de las tropas al lado de un vicepresidente que se ocupare de esos asuntos menores para él. Pero ahora ya ni eso. Su retiro sería definitivo, no obstante la nostalgia que le invadía en las tardes solitarias y en las noches de insomnio.

Tomaba pues las riendas de su caballo hacia un destino incierto y había un camino muy largo por delante. Su meta inmediata era Cartagena. Pocas personas lo acompañaban y sus recursos económicos escaseaban. Diecisiete mil pesos solamente había podido recoger hasta allí para el largo viaje, que incluían la venta de su propia vajilla que le acompañaba.

Tres días después, el 11 de mayo, está en Guaduas, pequeño municipio de la sabana de mejor temperamento que Bogotá. Desde allí, sobreponiéndose a sus dolencias, escribe a su abogado y amigo Gabriel Camacho a Caracas sobre un punto vital de sus negocios personales que era el pleito que le habían montado sobre la mina de su herencia, a la que había abierto venta, como ya se ha anotado. Era la rica mina de Aroa.

Bien poco era lo que quedaba de todo el esplendor lejano de su familia, pasada ya la larga y cruenta confrontación por la independencia.

Leamos de nuevo al testigo de la época y gran amigo del Libertador, José Manuel Restrepo[143], miembro de su último gabinete, para ver en su dimensión exacta cuál era su situación económica en ese momento:

Nota 23. El Libertador vendió desde el fin de marzo su vajilla de plata a la casa de moneda de Bogotá, la que apenas produjo dos mil quinientos treinta y cinco pesos. Bien poco más tenía Bolívar, y el hombre que había dominado desde el Orinoco hasta el Potosí, y que tuvo por tantos años a su disposición las rentas de estos ricos países, solo pudo juntar para su viaje fuera de Colombia diecisiete mil pesos.

… Contaba además con la venta de sus minas de cobre de Aroa, heredadas de sus padres sobre las cuales había un pleito reñido. Es digna de conservarse la carta que escribiera el Libertador sobre esta materia a su apoderado en Caracas, la que es auténtica[144].

En efecto, esta conmovedora carta[145] dice así:

Guaduas, mayo 11 de 1830.
Señor Gabriel Camacho "Mi querido amigo".

Al fin he salido de la presidencia y de Bogotá, encontrándome ya en marcha para Cartagena, con la mira de salir de Colombia y vivir donde pueda. Pero como no es fácil mantenerse uno en Europa con poco dinero, cuando habrá muchos de los sujetos más distinguidos de aquel país que querrán obligarme a que entre en la sociedad de alta clase, y después que he sido el primer magistrado de la República, parecerá indecente que vaya a existir como un miserable.

Por mi parte, le digo a usted que no necesito de nada, o de muy poco, acostumbrado como estoy a la vida militar. Mas el honor de mi país, y el de mi carácter me obligan imperiosamente a presentarme con decoro delante de los

143. Historia de la Revolución de Colombia, tomo 6, Editorial Bedout, Medellín, marzo de 1970, Nota 23.

144. A esta misiva también se refiere su otro contemporáneo y amigo Joaquín Posada Gutiérrez en su obra Memorias Histórico Políticas, Editorial Bedout, Medellín. Y figura en Obras Completas del Libertador Simón Bolívar, Librería Piñango de Caracas, tomo III-

145. Obras Completas de Simón Bolívar, T. 3, Librería Piñango, Av. Urdaneta, Caracas.

demás hombres; mucho más, cuando se sabe que yo he nacido con algunos bienes de fortuna, y que tengo pendiente todavía la venta de las minas heredadas de mis padres, y cuyos títulos son los más auténticos y solemnes. Yo no quiero nada del gobierno de Venezuela; sin embargo, no es justo por la misma razón, que este gobierno permita que me priven de mis propiedades, sea por confiscación o por injusticia de parte de los tribunales. Me creo con derecho para exigir del jefe de ese Estado, que ya he dejado el mando de mi país solo por no hacerle la guerra; se me proteja a lo menos como al más humilde ciudadano.

Mucho he servido a Venezuela; mucho me deben todos sus hijos, y mucho más todavía el jefe de su gobierno: por consiguiente, sería la más solemne y escandalosa maldad que se me hubiese de perseguir como a un enemigo público. No lo creo sin embargo, y por lo tanto le ruego a usted se sirva hacer presente todo lo que llevo dicho, y todo lo que usted sabe en mi favor; al general Páez y al doctor Yáñez porque éstos *deben ser los que más influyan, sea directa o indirectamente en este negocio. Se sabe que tengo justicia y que soy desvalido. Con estos títulos solos me creo ya en seguridad contra los tiros de mis enemigos.*

No se todavía a donde me iré por las razones dichas. No me iré a Europa hasta no saber en qué para mi pleito, y quizás me iré a Curazao a esperar el resultado, y si no a Jamaica; pues estoy decidido a salir de Colombia, sea lo que fuere en adelante. También estoy decidido a no volver más, ni a servir otra vez a mis ingratos compatriotas. La desesperación sola puede hacerme variar de resolución. Digo la desesperación, al verme renegado, perseguido y robado por los mismos a quienes he consagrado veinte años de sacrificio y peligro. Diré no obstante que no los aborrezco; que estoy muy distante de sentir el deseo de la venganza, que ya mi corazón los ha perdonado, porque son mis queridos compatriotas, y sobre todo caraqueños…

Tenga usted la bondad, mi querido amigo, de escribirme a Londres por medio de Sir Roberto Wilson, y a Jamaica por el señor Hislop[146]*. Ambas cartas*

146. Maxwell Hislop, personaje amigo de las épocas de Jamaica, fue un comerciante inglés, quien le prestó dinero y le ayudó en la adquisición de armas para Venezuela. A él, cuando estaba desesperado, Bolívar le envió la siguiente misiva: "(30-X-15) Ya no tengo un duro: ya he vendido la poca plata que traje. No me lisonjea otra esperanza que la que me inspira el favor de usted. Si usted no me concede la protección que necesito para conservar mi triste vida, estoy resuelto a no solicitar la beneficencia de nadie, pues es preferible la muerte a una existencia tan poco honrosa. La generosidad de usted debe ser gratuita, porque me es imposible ofrecer recompensa, después de haber perdido todo; pero mi gratitud será eterna". Y prestó el dinero. De ahí la amistad.

deben ser duplicadas para que me llegue alguna, aunque se pierda otra, y porque las primeras las recibiré en las Antillas. Escriba usted además al señor Madrid (José Fernández Madrid) *sobre todo lo que ocurra en el pleito. En el correo anterior escribí a usted diciéndole que había aprobado la transacción propuesta por el señor Ackers, debiendo yo pagar por ella las cuatro mil libras esterlinas, pues quiero terminar el negocio de cualquier modo, y sobre esto he escrito ya también al señor Madrid.*

El Congreso ha mandado que se me pague fielmente la pensión, y me ha dado las gracias por mis servicios (se refiere por supuesto al gobierno de Bogotá)*; a pesar de todo, no puedo contar con estas gracias, porque nadie sabe los acontecimientos que sobrevendrán, y las personas que tomen el mando. Por lo mismo lo más seguro es mi propiedad que reclamo una y mil veces para vivir independiente de todo el mundo.*

Salude usted a su mujer y a mis hermanas. De usted de corazón, Bolívar.

Como se observa, la misiva contiene una queja ante nadie. Está además presente el desengaño de quien se siente hondamente lastimado por gentes como Páez a las que entregó honores y distinciones. Ha sido despojado de su antigua fortuna y es ahora pobre, pero eso no detiene su marcha.

La espera que anuncia como probable la hará en Curazao, indica que nada está definido en su futuro inmediato; pero será un poderoso motivo de alarma en el gobierno venezolano por el temor que despierta el personaje, como veremos luego.

Se diría además que a pesar del dolor que encierra, esta no es la carta de un derrotado, ni es la entrega al destino fatalista, ni un pliego de llanto. Ahí está intacta su capacidad de lucha y de enfrentar la adversidad con la tenacidad del líder que siempre ha sido.

Por cierto que pasados unos días, el arte de sus enemigos en el poder en Venezuela, lograron definitivamente privarlo de la propiedad de la mina en litigio, único bien como se ha dicho, que ha quedado de la incalculable fortuna familiar que recibe el Libertador cuando joven. Y todo se va derrumbando, inicialmente comprometiendo aún más su salud, después sin importarle ésta mayor cosa, tomando los hechos solo como el resultado de un destino.

En el libro de la historiadora peruana Marie Arana[147], de moda hoy en las librerías, puede leerse sobre este tema específico:

En resumen, el hombre que había liberado a los americanos desde Panamá hasta Potosí, que había decomisado el oro y la plata de las Indias -y a quien habían otorgado coronas y vainas de espada con instrucciones de joyas y bonos de millones de dólares y había regalado todo-, tenía poco que mostrar por sus sacrificios. Había dicho que no le importaba el dinero, que no necesitaba más que lo que se le daba a cualquier soldado, pero había terminado con menos: no tenía ingresos ni pensión. Finalmente, cuando Venezuela ilegalizó totalmente las ventas de las minas de Aroa, perdió toda esperanza de recuperar alguna vez su legítima herencia.

No estaba sorprendido. Bogotá había tratado de asesinarlo, y ahora en Caracas, donde Páez había suscitado una poderosa beligerancia, estaban matando su propio nombre. Los antiguos camaradas de Bolívar comenzaron a volverse contra él con notorio deleite. Su viejo amigo Bermúdez lo acusó de ser "un déspota con designios criminales". Arismendi, a cuyo lado había luchado muchos años atrás, lo llamó tirano con cerebro malvado. Era persona non grata: alguien que había obligado a su país a inclinarse ante otra capital.

No tendrían piedad de él ahora. Se le despojó de su ciudadanía, sus propiedades, su derecho a regresar a casa. Al principio, cuando se enteró de la decisión del tribunal, se indignó, pero a medida que las semanas se convirtieron en meses, la ira se convirtió en resignación. Le escribió a un amigo que intentaba ayudar a María Antonia en sus batallas legales: Renuncié a defenderme. Que el juez y sus compinches se queden con mi propiedad. Los conozco. ¡Sin vergüenzas! No haga nada más por mí. Moriré como nací: desnudo. (...) No puedo soportar más humillaciones.

De esta misma población de Guaduas donde está pernoctando en su primera jornada, escribió ese mismo 11 de mayo del año 30 la muy breve carta de despedida que remitiría a Manuelita Sáenz. Dice:

Mi amor:

Tengo el gusto de decirte que voy muy bien y lleno de pena por tu aflicción y la mía por nuestra separación. Amor mío, mucho te amo, pero más te amaré

147. Marie Arana, BOLÍVAR Libertador de América, Debate, impreso en Colombia, Edit. Géminis, Bogotá, pág. 558.

si tienes ahora más que nunca mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues si no nos pierdes a ambos perdiéndote tú.

Soy siempre tu más fiel amante. Bolívar.

Manuela lo había sacrificado todo por el amor a este personaje surgido de una realidad ya lejana. Era casada ella, como se recuerda, con un comerciante inglés llamado James Thorne, quien la adoraba a su manera inglesa; pero ella dejó el matrimonio y la reputación colgados de la quimera y amó a Bolívar por encima de todas las cosas, hasta que murió en la población de Paita en el desierto del Perú veintiséis años después de haber fallecido su héroe. Allí, despreocupada y sin más gustos ni entretenciones que el pasado, vendía muñequitos de azúcar con miel por dentro.

En mi libro sobre el magnicidio de Sucre[148] hago un recorrido por las contrariedades que debió sufrir la quiteña cuando supo de la muerte de su amado Bolívar en Santa Marta y quiso llegar allá con sus dos negras. Pero solo logró arribar hasta Guaduas en donde, con su desesperación huracanada, como Cleopatra, se hizo morder de una víbora. Solo que no murió porque las negras y los chamanes del lugar le salvaron la vida y superaron el veneno.

Anduvo errante y divagó lugares. Volvió a Bogotá, donde el general Santander era el nuevo presidente. Por conspiradora la mandó a sacar de su vivienda y la desterró, con el buen cumplimiento de la orden presidencial por parte del alcalde, don Lorenzo María Lleras, el abuelo de dos expresidentes colombianos.

Y entonces, -digo en aquella obra-, *desterrada de la Nueva Granada, ambuló Manuelita por varios puertos sin encontrar hospitalidad ni querencia. Rechaza, estando en la pobreza, la herencia que le deja quien fuera su marido, el noble doctor Thorne, para recalar, cansada y para siempre, en la cálida población peruana de Paita. Y allí discurre una vida opaca sin importarle que su belleza inexorablemente se fuera ajando y que su cuerpo lúbrico y cimbreante se desvaneciera en la adiposidad. Y luego llega una plaga de difteria que todo lo convierte en desolación y muerte, que a ella lamentablemente no le alcanza. Pero hay algo más terrible: debe quemar con dolor en sus entrañas, los archivos amados de Bolívar. Casi todos. Mas ya nada importa.*

148. "El magnicidio de Sucre, juicio de responsabilidad penal", Talleres Gráficos Impresora Feriva S. A. Cali 2006.

Es allí cuando, inválida, veinte años después de la muerte de su amado, vivía más que de los muñequitos azucarados con miel por dentro que vendía, de aquellos recuerdos que la alejaban de la ruda tierra que pisaba, para elevarla a los oníricos pasajes de los sueños perdidos y de los fantasmas de los hombres que conoció en la epopeya incomparable que forjó su héroe.

Y una tarde polvorienta y sofocante llegó a conocerla y a rendirle el homenaje de su admiración el que iba a ser el padre de la libertad y unificación de Italia, con barba rubia y gallarda estampa. Se inclinó éste *ante ella en reverencia galante, el sombrero alón en su mano derecha y con gran cortesía se presentó: Io sonno Giuseppe Garibaldi...*

Joaquín Posada Gutiérrez fue un general de la Independencia que admiró mucho a Bolívar y fue su amigo y partidario. En esos tiempos era diputado al Congreso Admirable que acababa de terminar, como se ha anotado, la tarea para la que fue convocado. Se había expedido ya la nueva Carta Constitucional, y existía un acuerdo, como también se vio antes, aceptado por el propio Bolívar sobre todo el conjunto de entendimientos que, básicamente, aseguraba el abandono del poder y del país por su parte, no obstante que fuera llamado el Padre de la Patria. Precisamente ese acuerdo estaba cumpliéndose.

Y, además, se le había reconocido, con justicia, la pensión vitalicia de que hablamos páginas atrás, rodeada de honores para que pudiera ausentarse del país como era su deseo, con toda la dignidad de su pasado.

Para ese momento, cosa que también se vio, ya se había nombrado en propiedad como presidente al doctor Joaquín Mosquera y Figueroa, hermano de Tomás Cipriano, quien no se había posesionado y andaba por los caminos buscando llegar a Bogotá para asumir.

Entre tanto el general Domingo Caicedo, un hombre ecuánime y sin pasiones, amigo de Bolívar y quien era el vicepresidente, tal como se anotó páginas atrás, había asumido el mando. En su finca cercana a la capital en Fucha había pasado una breve temporada de reposo el Libertador, golpeado por la enfermedad y el cansancio después de su último regreso del Ecuador.

Pues bien, Posada Gutiérrez conoce el itinerario del Libertador y ha estado en la organización del mismo. Se encuentra a su lado en Bogotá y su propósito es acompañarlo todo lo que pueda en el viaje; y si bien Posada, en ese tiempo

coronel, sale de esta ciudad el mismo día 8 de mayo más temprano, se adelanta un poco a la ruta de Bolívar y llega a Honda para organizar los preparativos del viaje por el Magdalena.

Escribe como historiador una obra[149] de obligada consulta sobre los momentos que pasa Bolívar en ese puerto fluvial de Honda, donde debe permanecer cuatro días, mientras disponen el acondicionamiento de los champanes del viaje. Veamos cómo lo expresa Posada:

Yo salí para Honda el 8 de Mayo, un poco antes que el Libertador, cuidadoso por el resultado que tuviese el proyecto en curso en su favor, sobre pensión y honrándole, pues temía que con el suceso del día anterior pudieran las calumnias levantadas por los liberales contra él, hacer que dicho proyecto tuviese algún entorpecimiento, o que fuese rechazado, en tercer debate; pero en Honda supe que el 9 fue aprobado también unánimemente, y pocos días después fue sancionado por el Poder Ejecutivo.

Ya conoce el lector los exiguos recursos que llevaba para su viaje el hombre que por tantos años había gobernado la potente Colombia y el opulento Perú, habiendo consumido la mayor parte de lo que heredó de sus mayores en la guerra de la independencia. Afectado con la idea de verse en la indigencia en un país extranjero, escribió de Guaduas a su apoderado en Caracas una carta manifestándole su absoluta penuria y previniéndolo que vendiese cuanto le quedase de sus posesiones para no verse en la mendicidad en tierra extraña; carta que la historia ha conservado por ser ella un testimonio más de la probidad y honradez del grande hombre perseguido, comprobando su pobreza.

Al llegar el Libertador a Honda fui a recibirle al puerto con el concejo municipal, los empleados públicos y los principales ciudadanos. De los pueblos inmediatos habían ido a la ciudad cuantas personas pudieron, algunas con sus familias; y como todos los del tránsito fue recibido con iguales demostraciones de afecto y gratitud, su corazón se ensanchó y se complacía en manifestarlo.

Al caer la noche, el capitán de la compañía de granaderos se puso a colocar centinelas en el balcón, en los patios, en las esquinas de las calles, y algunos de los oficiales acompañantes aparentaban una vigilancia manifesté al Libertador que en la ciudad de Honda y en mi casa gozaba de completa seguridad y que por tanto le rogaba que mandase cesar esas precauciones, y así lo hizo.

149. Joaquín Posada Gutiérrez, Memorias Histórico Políticas, Edit. Bedout, Medellín.

Para preparar de un lado los champanes eran necesarios todavía tres o cuatro días. Aprovechando este intervalo, el director de las minas de plata de Santa Ana, que estaba en Honda, le invitó a pasar un día en aquel establecimiento, distante unas seis leguas de la ciudad, y lo hizo con tanta insistencia, que aceptó Bolívar la invitación más por condescendencia que por curiosidad. En Honda no ha sido ni es fácil hallar buenos caballos de pronto para más de dos o tres personas, por cuya causa no pudimos salir sino muy tarde en la mañana siguiente.

El sol en el cenit derramaba torrentes de fuego quemando la tierra cuando llegamos a la quebrada de Padilla, bello oasis de los llanos de Mariquita. El Libertador, en extremo fatigado y débil como estaba, quiso descansar allí y echando pie a tierra, hubimos todos de hacer lo mismo con mucho gusto, acostándonos sobre nuestros pellones a la orilla de aquel arroyuelo…; el bramido sordo y lejano del río Gualí, que estrellándose de una en otra roca sobre su lecho pedregoso, se precipita al Magdalena en rápida y espumosa corriente; el reposo de la naturaleza en aquella hora en que todo lo que vive, menos el esclavo, descansa en los campos de los climas ardientes: todo, todo producía en nosotros un dulce sopor que excitaba a unos a la meditación, a otros al sueño. Después de más de media hora en que descansábamos en una especie de somnolencia, levantó Bolívar la cabeza, se sintió impaciente, y dirigiéndose a mí, que estaba a su lado, me preguntó: ¿Por qué piensa usted, mi querido coronel, que estoy yo aquí?.

Tan extraña pregunta me sorprendió. Si yo hubiera respondido lo que instantáneamente se me ocurrió, le habría contestado que por el gravísimo error político que cometió al regresar de Perú no sosteniendo el principio de la legalidad, sofocando la revolución de Venezuela de una manera diferente de como lo hizo; pero tímidamente, por no ofenderle, le contesté: "la fatalidad mi general". – "¡Qué fatalidad! ¡No!", me replicó con vehemencia, "yo estoy aquí porque no quise entregar la república al colegio de San Bartolomé"; y calló inclinado, meditabundo, la cabeza sobre el pecho. El general Santander había sido colegial de San Bartolomé, el mayor número de los miembros de la Sociedad Filológica y de los conjurados del 25 de septiembre eran o habían sido del mismo colegio, y ellos figuraban como corifeos del partido liberal…

Esa misma tarde se metió Bolívar en esa especie de fuente Castalia que pinta Posada Gutiérrez como la quebrada de Padilla y se dio un gran baño. Era un gran nadador. Y como el entonces coronel Posada le hizo ver que ese baño seguramente no le caería bien, pues venía de clima frío, Bolívar contestó:

Cuando Alejandro se bañó acalenturado estaba en el apogeo de su gloria: yo no corro ya ese peligro; además, la muerte de Alejandro la atribuyen unos a que Antípater lo hizo envenenar con el mismo objeto con que Santander me quiso asesinar, y otro a que su enfermedad se agravó por el exceso del vino en una orgía, y yo jamás me he embriagado.

Efectivamente el Libertador jamás se emborrachó. Solo gustaba de tomar dos copas de moscatel u otro vino espirituoso después de comida.

Y lejos de caerle mal el baño, el agua fría lo recompuso en esa zona de clima caliente de Honda y Mariquita. Luego, a la noche, el pueblo le había organizado un gran homenaje al que asistió complacido Bolívar y el que terminó en un baile-conforme era la costumbre de éste-, gran bailarín y hombre alegre y enamorado, a pesar de los quebrantos de su salud que eventualmente mejoraban.

Es del caso repetir que aquel Bolívar desde muy joven era un hombre alegre y festivo. Danzaba y cantaba y algunas veces podía amanecerse bailando. En esa ocasión no fue larga la fiesta, pero pasó de la media noche y el Libertador, no obstante su enfermedad, se reanimó y bailó, mientras la alegría animaba su semblante.

Cuenta el mismo taimado general José Antonio Páez[150] que el Libertador "era amigo de bailar, galante y sumamente adicto a las damas". Esto lo afirma en un "Retrato de Bolívar", donde dice:

Su estatura, sin ser procerosa, era no obstante suficientemente elevada para que no la desdeñase el escultor que quisiera representar a un héroe; sus dos principales distintivos consistían en la excesiva movilidad del cuerpo y el brillo de sus ojos, que eran negros, vivos, penetrantes e inquietos, con mirar de águila, circunstancia que suplía con ventaja a lo que a la estatura faltaba para sobre salir entre sus acompañantes. Tenía el pelo negro y algo crespo, los pies y las manos tan pequeños como los de una mujer, la voz aguda y penetrante. La tez tostada por el sol de los trópicos, conservaba no obstante la limpidez y lustre que no habían podido arrebatarle los rigores de la intemperie y los continuos y violentos cambios de latitudes por los cuales había pasado en sus marchas.

Para los que creen hallar las señales del hombre de armas en la robustez atlética, Bolívar hubiera perdido en ser conocido lo que hubiera ganado en ser

150. Autobiografía de José Antonio Páez, Editorial Bedout.

imaginado; pero el artista, con una sola ojeada, y cualquier observador que en él se fijase, no podría menos que descubrir en Bolívar los signos externos que caracterizan al hombre tenaz en su propósito y apto para llevar a cabo, empresa que requiera de gran inteligencia y la mayor circunstancia de ánimo. *A pesar de la agitada vida que hasta entonces había llevado, capaz de desmedrar la más robusta constitución, se mantenía sano y lleno de vigor; el humor alegre y jovial, el carácter apacible en el trato familiar; impetuoso y dominador cuando se trataba de acometer empresas de importante resultado; hermanando así lo afable del cortesano con lo fogoso del guerrero.*

Era amigo de bailar, galante y sumamente adicto a las damas y diestro en el manejo del caballo: gustábale correr a todo escape por las llanuras del Apure, persiguiendo a los venados que allí abundan. En el campamento mantenía el buen humor o con oportunos chistes, pero en las marchas siempre se le veía algo inquieto; procuraba distraer su impaciencia entonando canciones patrióticas. Amigo del combate, acaso los prodigaba demasiado, mientras duraba, tenía la mayor serenidad. Para contener a los derrotados, no escaseaba ni el ejemplo, ni la voz, ni la espada.

Se ha tenido la idea de que Bolívar en el final de su vida se tornó un tanto melancólico o taciturno. Todo lo contrario, tal como lo reconoce su cambiante enemigo Páez. Su alegría, el carácter vivaz, los ojos como de águila y el chiste fácil a flor de labio conquistaba a sus interlocutores. El propio Santander lo reconocía y decía que no era sino oírlo para desvanecer cualquier sentimiento que se tuviese en contra suya.

Al otro día del baile tomaron los champanes. La comitiva bajó hasta el nivel del agua aleonada del Magdalena y subió a los botes acondicionados por órdenes de Posada Gutiérrez. Vale la pena acudir una vez más a su pluma[151] para leer estos detalles interesantes de la despedida, por cierto con la autoridad de su presencia que después, por el afecto y la aflicción que tenía por la enfermedad, lo llevó -a Posada Gutiérrez- como compañero hasta San Pedro Alejandrino, como luego veremos:

Al gran champán para el Libertador y los oficiales que le acompañaban, le hice abrir ventanas en cada costado de la tolda, forrarlo interiormente de zaraza y entapizar lo mejor que se pudo; le puse mesa, asientos, piedra de destilar para

151. Joaquín Posada Gutiérrez, "Memorias histórico políticas", citada antes.

clarificar la turbia agua del cenagoso Magdalena. En un champán embarqué una abundante provisión de víveres para todos, incluso la tropa; frutas, bebidas refrescantes, en fin, hice lo que debía hacer en aquel caso, y por ello se fulminó por los liberales un cargo contra el general Herrán y contra mí.

Todavía descansó Bolívar un día más en Honda, mientras se concluían los preparativos para su viaje, y al siguiente, a las siete de la mañana se embarcó. La concurrencia al puerto fue numerosa: a caballo, a pie, todo el que pudo ir lo hizo. Al tiempo de embarcarse, abrazándome, me dio las gracias por las atenciones que había tenido con él, y poniéndome en la mano la medalla de oro de su busto, me dijo: "Use usted este recuerdo mío, en mi nombre". Todos querían abrazarle, y a todos manifestaba su agradecimiento, visiblemente, enternecido. Al arrancar los champanes de la playa, pasó a la popa y nos dio el último adiós, con el sombrero en la mano.

Su siguiente parada fue en Mompox, donde él había enfrentado victorioso varias batallas contra los españoles y había sido atendido por una población que todavía lo amaba.

Gabriel García Márquez cuenta una anécdota[152] -seguramente ficción-, sobre la llegada y permanencia del Libertador en Mompox, donde los vecinos le organizan una gran fiesta. Veamos la anécdota:

La navegación era más rápida y serena, y el único percance lo ocasionó un buque de vapor del comodoro Elbers que pasó resollando en sentido contrario, y su estela puso en peligro los champanes, y volteó el de las provisiones. En la cornisa del barco se leía el nombre con letras grandes: El Libertador. El general lo miró pensativo hasta que pasó el peligro y el buque se perdió de vista. "El Libertador", murmuró. Después, como quien pasa a la hoja siguiente, se dijo: !Pensar que ese soy yo!

Por la noche permaneció despierto en la hamaca, mientras los bogas jugaban a identificar las voces de la selva: los monos capuchinos, las cotorras, la anaconda. De pronto, sin que viniera a cuento, uno de ellos contó que los Campillo - los anfitriones de la fiesta- *habían enterrado en el patio la vajilla inglesa, la cristalería de Bohemia, los manteles de Holanda, por terror al contagio de la tisis.*

Era la primera vez que el general oía aquel diagnóstico callejero, aunque ya era corriente a lo largo del río, y había de serlo muy pronto en todo el litoral.

152. "El general en su laberinto"

José Palacios se dio cuenta de que le había impresionado, pues dejó de mecerse en la hamaca. Al cabo de una larga reflexión, dijo:

"Yo comí con mis cubiertos".

Luego pasó a Turbaco el 25 de mayo, donde se recuperó bastante por el clima seco y parejo. Fue un trayecto largo pero sereno, sobre las mansas aguas del Magdalena, que fluyen allí en el silencio atropellado de sus recuerdos. Evoca la "campaña admirable", cuando lleno de vida arremetía con denuedo a las fuerzas españolas en una franca emulación con el francés Pedro Labatud, aventurero al que también le dio poder el cabildo de Cartagena. El Gran Caraqueño iba ganando allí espacio y nuevas tropas que lo seguían.

En aquella época ya un tanto lejana, conoció en el Magdalena, en el reducido puerto de El Piñón, a una jovencita francesa llamada Anita Lenoit[153], de 17 años, de la que se enamoró. Ella también de él. Le mostró sus sueños en medio de la locura del amor que, aunque lo cautivó, no logró detenerlo en su misión libertaria y prosigue su camino.

Ahora con ilusión manda a buscarla, sabe que está viva y es una mujer madura de treinta y siete años. Ella recibe el mensaje, pero Bolívar debe moverse a Cartagena por la proximidad de un barco en el que podría viajar al exterior. Ella, que conoce las actividades de aquel amor de jóvenes, todavía con alguna ilusión, toma el camino y va en su busca. Sus padres han muerto. Pero cuando arriba a Cartagena ya Bolívar ha debido partir por instrucciones médicas para Soledad y luego a Barranquilla. Sabe Anita que está enfermo y con mayor razón prosigue la búsqueda.

Entonces al par de las noticias que recibe, Anita llena de ansiedad se embarca también, como el Libertador en Barranquilla, para Santa Marta. Pero solo logra llegar a esta ciudad el día 18 de diciembre de ese 1830. Un día después y Bolívar ya está muerto.

Hay algunos autores que ponen en duda la existencia de la francesita Lenoit o del intento del reencuentro; pero parece que esa presencia lejana y cercana al mismo tiempo, volvió por un momento a encender las luces casi apagadas de aquel soñador que siempre vio en las mujeres el oasis donde podía alcanzarse esa paz que finalmente busca el guerrero.

153. La historia de Anne Lenoit la cuenta Cornelio Hispano y Hugo E. Velasco A. en su obra "Secretos amorosos del Libertador".

Capítulo XX

Aumentan las contrariedades políticas

El comienzo de las penurias en Turbaco. El agresivo y mentiroso editorial del periódico "La Aurora". A Bolívar ni siquiera le ha llegado el pasaporte ni la pensión. Carta al presidente encargado Caicedo. Consideraciones sobre los errores de Bolívar. El congreso constituyente de Valencia. Epistolario de Bolívar sobre los niveles de descontento y los deseos de insurrección de las gentes. El Libertador se niega a participar en una revolución y la instauración de un nuevo gobierno y se coloca del lado de los contrarios. El fracaso del negocio de la mina. Carta del Libertador sobre el mismo asunto de la mina. Noticia de la muerte de Sucre.

Al llegar a Turbaco el 25 de mayo, Bolívar no tiene ni siquiera el pasaporte para poder viajar, ni se le ha cancelado la pensión de los treinta mil pesos anuales que le fijó el Congreso y que luego ratificaría con una nota especial de reconocimiento y agradecimiento al propio Libertador. El presidente encargado todavía es el general Domingo Caicedo, su amigo; pero el estado se derrumba con la separación de Venezuela y de Ecuador.

Las ambiciones de José Antonio Páez y de Juan José Flores, ambos venezolanos, han producido un resultado irreversible de disolución. Páez estaba en su lugar nativo, pero Flores había llegado en un comienzo con órdenes de Bolívar a Quito y se asentó allí calculando todo el tiempo el golpe que iba a darle a la conocida como la Gran Colombia. Ha aprovechado con gran habilidad la ocasión y ha manejado la opinión principal que decide la separación del Ecuador. Todo ha llegado a la crisis y hay algo peor: la gran mayoría de los opositores que buscan

medrar, atribuyen a Bolívar todos estos reveses. Aunque ese realmente no es el caso de Flores, quien admira a Bolívar y mantiene con él una línea de respeto.

El asunto del Ecuador tiene una mayor gravedad de la aparente, como lo habremos de ver un poco adelante.

Ese es el ambiente general; pero sigamos conforme al tema que traíamos. Ha llegado el Libertador a Turbaco, clima parejo que le hace algún beneficio. Ya es conocido que su única ambición de ahora es partir de esta tierra, cuanto antes mejor. Pero las condiciones para el viaje no se dan por ningún aspecto. Al otro día de llegar a aquella población le escribe al señor Prefecto:

Turbaco, 26 de mayo de 1830.
Señor Prefecto Juan de Dios Amador[154].

Permítame Vd. que me tome la libertad de participarle que he llegado hoy aquí con el ánimo de irme fuera del país; pero con el deseo al mismo tiempo de expresar a Vd. mi reconocimiento por la benevolencia con que me ha tratado la autoridad departamental y todos los pueblos del Magdalena, de lo que doy a Vd. las gracias más expresivas.

Mi sobrino Fernando Bolívar va encargado de cumplimentar a Vd. de mi parte y manifestarle los sentimientos de estimación y respeto de que estoy animado.

El gobierno me entregó en Bogotá una libranza de ocho mil pesos contra la tesorería de este departamento, y como estoy pobre y necesito de este dinero para mi partida, suplico a Vd. muy encarecidamente la mande pagar; y si no hubiere fondos disponibles, me atrevería a esperar que Vd. diese providencia para que algunos deudores del tesoro me la pagasen, aunque fuese con algún descuento.

Me lisonjeo que la bondad de Vd. me servirá en esta ocasión, como siempre lo ha hecho Vd. con todos los desgraciados. Mi sobrino Fernando presentará a Vd. la libranza, y él se *encargará de dar todos los pasos.*

Mientras tanto reciba Vd. los sentimientos de mi más distinguida consideración. Bolívar.

154. Prefecto era el jefe de la prefectura, que era un conjunto de ciudades gobernadas por aquel. En este caso era el prefecto de Cartagena.

Es realmente triste que no se le haya otorgado ni el pasaporte, ni la pensión y que resalte tanto la necesidad de Bolívar, que esté dispuesto a pagar un descuento de su nómina para quien pueda adelantarle el pago. Triste situación.

Es necesario además anotar que la víspera del viaje de Bolívar desde la capital y durante los días 6 y 7 de mayo, ha habido en Bogotá una especie de insubordinación del batallón de artillería Granaderos, de origen venezolano. El vicepresidente encargado, general Caicedo, como es su deber, ha intervenido y ha contado con el apoyo solo conceptual de Bolívar, ya de salida. Como se recordará, éste abandona esa ciudad fría del altiplano en la madrugada del día 8.

Mas el día 10 sale al público en los puestos de revistas y periódicos de la capital la edición número 4 del periódico liberal La Aurora. La publicación de corte panfletario e incendiario y con un lenguaje soez, suelta infamias e insultos contra el Libertador a quien en verdad odian y calumnian.

Bolívar lee el injusto escrito en Turbaco y envía, mortificado, una carta al presidente Caicedo apremiándolo para la expedición del pasaporte. En la parte final de la misma se refiriere al infame escrito de La Aurora, acudiendo en su verdad al propio testimonio del general Caicedo, testigo directo del suceso que conduce a tales falsedades. Vale la pena leer esa misiva que dice:

Turbaco, 1° de junio de 1830.
Al Exmo. Señor Domingo Caicedo.
"Mi estimado amigo y señor":

Todavía me tiene Vd. aquí, porque no he recibido el pasaporte que Vd. me ofreció, a pesar de que han venido muchos amigos y dos correos después de mi salida. Desde Mompox recordé a Vd. de nuevo este olvido, pues es imposible que verifique mi marcha sin el permiso del gobierno. No hay un solo documento por el cual conste que puedo salir de Colombia: así es que tendré que esperar aquél hasta que lo reciba; mientras tanto estaré impaciente y molestísimo con su retardo, pues las desgracias se multiplican y las calumnias con ellas. Últimamente ha venido una "Aurora" llena de groserías infames, y cuando yo estoy trabajando noche y día en mantener el orden público y predicar la unión se me supone un vil conspirador. A nadie consta más que a Vd. lo que ha pasado en Bogotá con el batallón Granaderos y, por lo mismo yo esperaba que no se me dejase calumniar impunemente.

He recibido carta del general Flores en que me dice que la acta o representación de Popayán había gustado mucho en Quito y que el espíritu de división se había exaltado; que de Pasto lo llamaban y él marchaba con dos batallones. Esto quiere decir que ya se abrán (sic) *roto las hostilidades entre Quito y Popayán. Ahora también me atribuirán a mi esta gracia, y esta verdadera locura que no puede menos que hacer sucumbir el sur, entre Pasto y los Peruanos. Al general Flores le he escrito, por el Istmo repetidas veces repitiéndole mis consejos por la unión con Cundinamarca y la obediencia al gobierno. Después me corresponderán esto con nuevas calumnias.*

No será extraño que sucedan mil diabluras y que también se me atribuyan, por lo cual ruego a Vd. nuevamente me envié cuanto antes mi pasaporte para salir del país.

Cartagena está muy tranquila y tanto el prefecto como el comandante general, resueltos a cumplir su deber: creo que así lo harán si el genio del mal no dispone otra cosa.

Nada sabemos de Silva ni de las tropas que se hallaban en Pamplona. Suponemos que se habrán ido para Venezuela.

Queda muy sinceramente de Vd. amigo de corazón. Bolívar.

P.D. – Si Vd. escribe al señor Mosquera -Joaquín- *dígale Vd. lo que contiene mi carta, y añádale la estimación que le profeso. Bolívar.*

Estaba, como es natural, muy fastidiado con la perversidad de sus perspicaces contrincantes, surgidos como vilanos en el aire; y además, menciona la carta que le ha enviado Flores dándole cuenta del inicio, plebiscitario, de la independencia o separación del Ecuador, noticia a la que se agrega el apoderamiento de Pasto con consentimiento de sus habitantes, y la adhesión de la provincia del Cauca, que incluía a Popayán y al propio valle geográfico del Cauca.

Pero veamos qué es lo que se escribe en ese número 4° de la Aurora del 10 de mayo:

EL GENERAL BOLÍVAR O LA ASONADA DEL 7 DE MAYO. Tenemos el dolor de anunciar a nuestros lectores el acontecimiento más escandaloso que haya podido presentarse en el teatro de nuestra revolución, y que acabará por convencer a los incrédulos, si es que los hay, de los nefandos crímenes del general Bolívar.

Este hombre, separado del gobierno por el voto unánime de toda la República, no pudo ver con impavidez que se arrancase de sus manos el cetro de hierro con que pretendía convertirnos en miserables esclavos, y con que nos había destruido hasta el derecho de pensar. Apenas nombra el Congreso los altos funcionarios de la República, y le manifiesta que han estado esas facultades escandalosas que él mismo se había usurpado, cuando trama la más negra traición contra el gobierno establecido legalmente.

…El día 4 tuvieron lugar las elecciones, y el día 7 estalló la funesta conspiración dirigida a asolar esta ciudad con el fuego y con el hierro, a convertirla en teatro de horrores y a que le sirviese por segunda vez para plantear desde ella el más horrendo despotismo. La víspera de este día fatal dispuso la rebelión de los cuerpos veteranos que guarnecían la ciudad, y con este objeto pasó por la noche, asociado de otras personas, al cuartel del batallón Granaderos en donde, después de haber hecho prender a los dos comandantes del cuerpo, que por su honradez conocida no podían tomar parte en aquel proyecto, encargó el mando de él al general Portocarrero y arengó a la tropa ofreciéndole el SAQUEO de la ciudad como concurriese a sus planes. Estos se reducían a formarse los dos cuerpos al amanecer del día siguiente, amenazar e intimidar a los habitantes de Bogotá, proclamarlo dictador y en seguida inmolarlos a todos a su venganza…

A las cinco de la mañana del día 7 toda la tropa reunida y municionada comenzó a amenazar la seguridad pública, y se disponía a salir de la ciudad, pues tal era el pretexto que se había abrazado para paliar el crimen.

…El Gobierno, inocente de la parte que en esto tuviese Bolívar, le manifestó la necesidad que había de que con su influjo contuviese aquel desorden; pero este traidor protestó que no lo haría, porque no era ya jefe de la República, y saboreándose en su crimen, esperaba ansioso el momento de verlo completamente perpetrado.

El general Bolívar, a quien Portocarrero dejó una guardia de cien hombres, marchó con dirección a Cartagena el día 8, y no se ignora que su plan es pasar a Ocaña, a donde también debe ir aquel por diferente vía a reunirse con otros cuerpos que establecerán allí el cuartel general de Bolívar, con el objeto de mirar toda la República y de hacernos la guerra para destruirnos y destruir también a Venezuela…

El es ya un traidor declarado, un faccioso, un enemigo del Gobierno…

Esta nota fue publicada en Bogotá, como se dijo, el 10 de mayo, o sea dos días después de la partida del Libertador; y luego aparece otra nota en El Demócrata que hace eco y respalda como ciertas las afirmaciones que se formulan en La Aurora.

El asunto es que a los miembros del batallón Granaderos, veteranos casi todos y venezolanos, se les debían salarios y ellos buscaban en forma altanera que se les pagara para irse tranquilos.

Tales sucesos fueron narrados sin pasión y con objetividad por el doctor José Manuel Restrepo[155], quien los vivió. Veamos cómo expone lo que ocurrió con el Granaderos:

> *El batallón Granaderos y el escuadrón Húsares de Apure, que componían la guarnición de la capital, se sublevaron al amanecer del 7 de mayo; ellos pusieron presos a sus comandantes Mugüerza y Soto, se apoderaron del parque y se sujetaron a las* órdenes *del general venezolano Trinidad Portocarrero. Éste, auxiliado y de acuerdo con otros generales, especialmente con Luque, fue al autor principal del motín. En vano el ministro de la guerra Herrán, el comandante general Urdaneta y otros jefes se presentaron en el cuartel de los sediciosos; todos fueron rechazados. La primera demanda que hizo Portocarrero fue que le dieran bagajes, víveres y setenta mil pesos, suma a que dijo ascendía lo que se les adeudaba, y que le era necesaria para trasladarse a Venezuela con los cuerpos insurrectos. Se les ofrecieron mil pesos para raciones y los bagajes precisos con tal que no hicieran daño.*
>
> *Luego que esto sucediera se publicó un bando para que se reunieran las milicias, y todos los demás ciudadanos que tuvieran armas. A las diez de la mañana había ya en la plaza de la Catedral cerca de mil voluntarios, los ochocientos armados de fusil, pero con muy pocas municiones, porque los sublevados ocupaban el parque. Muchos eran de opinión que se les hostilizara; pero otros más prudentes, incluso los miembros del gobierno, previendo los males que podían seguirse de un choque tan desigual con tropas veteranas, contuvieron la impetuosidad, especialmente de doscientos jóvenes estudiantes apostados en el edificio de la alta corte. Sin embargo, aquellas muestras de entusiasmo y decisión impusieron a los amotinados: ellos no se atrevieron a cometer exceso alguno; antes por el contrario aceleraron su partida, rebajando sus primeras y exageradas demandas, pues se contentaron con mil pesos y los bagajes ofrecidos.*

155. Autor, obra citados.

A las dos de la tarde desfilaron quinientos buenos soldados del batallón Granaderos y ciento ochenta húsares, tomando la ruta de Venezuela. Acompañoles por disposición del ejecutivo el general Laurencio Silva, encargado de mantener el orden, proporcionarles vituallas y bagajes y de conducirlos hasta la raya (la frontera) *de Venezuela. Ejecutolo de buena voluntad tanto más que muchos creyeron que tal motín se había fraguado con su consentimiento y aprobación. Una columna de milicias de caballería, mandada por el general Urdaneta, marchó también al día siguiente pisando las huellas de los cuerpos amotinados, con el objeto de contenerlos y promover la deserción que era inevitable, lo que en gran parte consiguiera. El comandante general del Boyacá también reunió algunas milicias; pero habiendo el prefecto doctor Bernardino Tovar dado en Tunja los correspondientes auxilios a los cuerpos sublevados, estos continuaron pacíficamente su marcha hacia Pamplona…*

Como se observa, nada tuvo que ver Bolívar con la gente del Granaderos. Solo dio opinión de que debían continuar su viaje por Pamplona y Cúcuta a Venezuela. El temor, tanto en Venezuela como en la antigua Nueva Granada era que Bolívar, el ambicioso de poder sin escrúpulos que ellos pintaban, pudiera dar en este último país el golpe que le diera fortaleza para proseguir a Venezuela y conquistarla. De ahí que desconfiaran tanto de los movimientos del Libertador, que ellos trataban de ver ambiguos.

Por lo demás es bueno anotar que el Congreso Admirable había concluido el 29 de abril la nueva Constitución de 1830. Ésta fue firmada el 3 de mayo. Dicha Carta en el Artículo 1° sostiene que "*La nación colombiana es la reunión de todos los colombianos bajo un mismo pacto político….*"… "*Artículo 4°. El territorio de Colombia comprende las provincias que constituían el Virreinato de la Nueva Granada y la Capitanía General de Venezuela*".

O sea que inexplicablemente ya no está en dicha Carta constitucional el Ecuador; y Venezuela lo está solo dentro de un último esfuerzo de unión, como lo hemos estudiado antes, que ya había sido rechazado por sus nuevos gobernantes venezolanos.

El punto político más sensible era el de la conformación del gobierno; y estatuye el Artículo 82:

Artículo 82. Para ser Presidente[156] *y Vicepresidente de la República se requiere:*

1°. Ser colombiano de nacimiento.

2°. Haber cumplido cuarenta años.

3°. Haber residido en la República seis años, a lo menos, antes de la elección; pero esto no se entenderá con los que hayan estado ausentes en el servicio de la República.

Quiere lo anterior decir que el sistema democrático se conservaba igual a la Constitución de Cúcuta de 1821, aunque el período presidencial se elevaba de cuatro a ocho años. Y sobresale un hecho muy significativo: se establecía como un requisito fundamental haber cumplido la edad de cuarenta años, que Sucre, a quien entendían como el sucesor de Bolívar, aún no había cumplido. Ese punto de la edad constituía, sin lugar a dudas, una condición inalcanzable para él.

O sea que descabezaban al mariscal de una sola plumada, para alejar las posibilidades de regreso al poder de Bolívar, así fuera por interpuesta persona. Por cierto a Sucre nada le importó ese detalle político, porque él había dado por terminadas sus funciones políticas después de los dolorosos hechos de Bolivia. Su futuro él lo veía al lado de su esposa Mariana Carcelén y de su pequeña hija nacida hacía un año.

Resulta evidente que lo que más radicalizó el pensamiento de una gran mayoría de personas en la Nueva Granada, que se fueron llamando liberales y que determinó la enemistad con el vicepresidente Santander, fue el pensamiento de Bolívar mostrando su gran desencanto con la indisciplina del pueblo; situación que hasta llegó, por un momento casi indefinido, a conducirlo a la idea en favor de una monarquía, como se ha visto atrás.

Él, con habilidad, se cuidó de hacer público ese deseo, pero transmitió esa orientación a su gabinete en cuyas manos entonces se había depositado el poder real del gobierno.

En mi libro sobre la vida del general José María Córdova[157] hago un análisis de todo este conjunto fáctico, que también se hace en capítulos precedentes

156. Diego Uribe Vargas, Las Constituciones de Colombia, tomo II, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1977.

157. "Córdova, gloria y asesinato del héroe", Cimpretics Eise, Cali 2019. Puede verse en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes Saavedra, de España.

de esta obra; y es importante acreditar la contradicción a que había llegado Bolívar en su vida política, como que él, siendo el padre de la libertad de seis países, ahora, bajo su autoridad y mando, dio lugar a que se adelantara una fuerte campaña por los miembros de su gabinete ejecutivo en pro de la monarquía, que en verdad nunca estuvo próxima a haber adoptado ese sistema en Colombia, porque el Libertador, en Popayán como se ha examinado *in exten*so, lo desechó de modo rotundo y definitivo.

Además hay que agregar a manera de conclusión, como bien lo dijo el mismo Libertador y lo vimos páginas atrás, también fue un error suyo no haberse amistado con Santander porque esa enemistad "nos ha perdido a todos".

Son fallas humanas grandes, aunque cometidas de todas maneras por un hombre así mismo grande y con un destino inmortal. Mas es pertinente que se reitere que en el caso de la monarquía, el deseo muy pasajero que pudo tener Bolívar de llegar a ella nunca fue una decisión definitiva, porque no alcanzó a trascender a los hechos reales, como también se ha dejado expuesto[158].

Según Restrepo[159], a pesar de que él mismo había sido propulsor de la idea de la monarquía como miembro del gabinete de Bolívar, para la corriente liberal granadina y para todos los venezolanos, Bolívar ante sus enemigos era réprobo de las siguientes faltas gravísimas:

> *Con esta guerra tan encarnizada, los enemigos del Libertador habían conseguido el triunfo de minar todo su influjo, y de que se le aborreciera así en Venezuela como en la Nueva Granada. La lista de las faltas y errores que a Bolívar se le atribuían, algunos de los cuales se apellidaban crímenes contra la libertad, era larga. Sus opiniones en Guayana desde 1819 a favor de un senado vitalicio; la constitución boliviana, que su secretario Pérez llamó su "profesión de fe política"; los ofrecimientos que se le hicieron en el Perú y en Colombia de una monarquía; sus ataques a la constitución de Cúcuta, a los que* ésta *no pudo resistir; sus elogios desmedidos a Páez, porque también la combatiera en 1826 y el desprecio que hizo de los defensores del gobierno; la disolución que se le atribuía de la Convención de Ocaña, la admisión de la dictadura y las fuertes medidas consiguientes a la conspiración del 25 de septiembre; el proyecto, en*

158. "Córdova, gloria y asesinato del héroe", citado antes, Armando Barona Mesa, páginas 239 a 241.

159. José Manuel Restrepo, obra citada.

fin, que otros concibieron de establecer en Colombia una monarquía: he aquí los cargos que siempre se repetían para inculcar y persuadir los proyectos ambiciosos y la tiranía que le achacaban sus crueles enemigos.

Obsérvese como el historiador y testigo citado no atribuye a Bolívar el haber cometido el pecado de autonominarse él para la monarquía, sino que sostiene que fue objeto de "ofrecimientos en ese sentido en el Perú y en Colombia". Y Restrepo tenía que saberlo.

Sea momento para anotar que -se dijo arriba- cuando en el Congreso Admirable se declinó el ofrecimiento del Libertador para volver a Venezuela a hablar con Páez, ello ocurría como producto del temor del congreso por su vida, enfermo como estaba y objeto del odio feroz que habían convocado en su contra; pero fue con su propio visto bueno que unos días después se aceptó enviar en la sugerida misión de paz al presidente del cuerpo colegiado constituyente, mariscal Antonio José de Sucre, no obstante las expresas objeciones de éste de no creer en que a esas alturas fuere posible convencer a los venezolanos de una nueva unión.

Inútil esfuerzo el que se hizo , pues las nuevas autoridades venezolanas, en forma agresiva e irrespetuosa, no lo dejaron ni a Sucre ni a su comitiva entrar al territorio de Venezuela.

Todo presentaba ya un ambiente enrarecido de final. En Venezuela todos querían la separación, igual que en Ecuador y por supuesto en la nueva Granada. El mismo Restrepo, viviendo lo que se sentía en Bogotá y en todo el país granadino, formula este comentario que refleja ese sentimiento común:[160]

Añadíase a esto, que gran parte de los hombres pensadores de la Nueva Granada, y aun muchos de sus amigos, censuraban a Bolívar algunos defectos capitales en su sistema gubernativo. El principal y más funesto era su excesiva condescendencia con los militares. Habíales conferido desde 1826 grados y empleos con prodigalidad. Antes de aquella época, Bolívar había sido harto económico en conferir grados y ascensos, que daba con más profusión el vicepresidente general Santander. Mas luego que principiaron las funestas divisiones entre estos dos jefes, el Libertador tuvo que seguir el mismo camino, tanto respecto de los altos empleos militares, como de los subalternos. Por consiguiente las rentas de Colombia apenas eran suficientes para cubrir la lista militar.

160. Restrepo, obra citada.

Sin embargo la ambición de éstos no conocía límites; el Libertador con los premios no los ganaba para sostener la tranquilidad y el orden. Otra de sus grandes faltas en el gobierno era que había elevado al poder militar sobre las ruinas del civil, que estaba deprimido. Fundábase en que solamente a éste *se le obedecía con puntualidad. Así los militares mandaban de un extremo al otro de Colombia, ocupando los primeros destinos desde las parroquias hasta las grandes ciudades. Y lo más sensible para los granadinos "eran en su mayor parte venezolanos.*

Conforme es conocido, desde su regreso del Ecuador después de la guerra con el Perú, Bolívar al instalar el Congreso Admirable, fue expreso, tal vez insistente, en sostener su proclama contra la monarquía y su renuncia al poder. Hoy pude decirse que ese muy seguramente, era su pensamiento definitivo y meditado ampliamente, aunque Restrepo apunta, como acaba de verse, que la tentación de la monarquía fue en realidad un "ofrecimiento" que le hicieron tanto en el Perú como en el Ecuador.

No obstante ese ambiente, agotado el estudio de la nueva Carta Política, Bolívar, quien como se ha examinado varias veces atrás en realidad no se opone a la separación de Venezuela de Colombia y con sentido realista la ha aceptado, escribe aquella proclama al congreso admirable que vimos en el capítulo XVIII en la que da por terminada su misión y agrega:

...Conveniente reiterar mis protestas repetidas de no aceptar otra vez la primera magistratura del Estado, aun cuando me honraseis con vuestros sufragios. Debéis estar ciertos de que el bien de la patria exige de mí el sacrificio de separarme para siempre del país que me dio la vida...

La situación, tanto en Venezuela como en la Nueva Granada se ha vuelto demasiado tirante y agresiva. Los liberales -sin Santander que está ausente en el destierro- escriben pasquines y panfletos sumamente irrespetuosos contra ese ser que ya padece el agobio de la ingratitud y que en realidad, según sus palabras ante el Congreso, ya a nada más aspira, fatigado de la vida y pobre de solemnidad.

Restrepo[161] anota en relación con esta proclama de Bolívar:

Por el mensaje del Libertador se publicó su resolución definitiva de abandonar su país natal, teatro de sus glorias, y al que había hecho tan grandes

161. José Manuel Restrepo, Historia de la Revolución de Colombia, obra citada antes.

servicios en la guerra de la Independencia. Sus enemigos en Venezuela y en la Nueva Granada temían sobre manera que renaciese el influjo debilitado de Bolívar, y que este derrocara su poder naciente. Exigían por eso que saliera de Colombia, cubriendo su negra ingratitud y sus pasiones, tan interesadas como rencorosas, con el manto del bien público. Sus amigos deploraban profundamente este sacrificio doloroso que se le quería imponer; más por diferentes motivos deseaban se verificase. De una parte esperaban que las atenciones, obsequios y consideraciones que en Europa se prodigarían al Libertador, calmarían sus penas y la profunda melancolía que se iba apoderando de su ánimo; esperaban igualmente que los viajes restablecieran acaso su salud arrancándole del teatro de sus padecimientos morales. Querían además sacar a Bolívar de Colombia, para que en la lucha de los partidos, que probablemente aún debía causar revoluciones, no se le comprometiese en algún paso indebido, ni su nombre se tomara como enseña para nuevos trastornos.

Es una buena opinión interpretativa del doctor Restrepo, conocedor de todo el ambiente, pero especialmente del alma de Bolívar y del sofocante clima que se había generado.

En Venezuela, conocedora ya de lo acordado finalmente por el Congreso Admirable por el envío de aquella comisión que vimos, y de la invitación que se les hacía de estudiar alguna fórmula de avenimiento y recomposición de la vida en común, se instala en Valencia el 6 de mayo el Congreso Constituyente de Venezuela, en orden a estudiar la nueva situación que planteaba el congreso que acababa de terminar funciones en Bogotá y a expedir la nueva Carta Constitucional de ese país.

En general en el congreso de Valencia había un ambiente receptivo, pero finalmente, por los voceros de la pasión, se redactaron varias proposiciones abiertamente agresivas contra el Libertador, a quien se creía autor de todos los males y abominaban su presencia, tanto en Venezuela como en la Nueva Granada.

Páez, como siempre taimado, presenta un informe a la corporación como presidente en ejercicio, cargo que venía ejerciendo desde unos meses atrás, como se ha relatado. Finge humildad y desprendimiento.

Hasta este día he gobernado -dice- como jefe del Estado y general del ejército, sin otra regla que el bien común y la tranquilidad de todos: los pueblos, congregados parcialmente, me confiaron la autoridad, y desde el día 13 de enero, en que tomé sobre mí tan delicados encargos, se ha conservado el orden,

la paz y sumisión al gobierno en todo el territorio del Estado, y el ejército ha observado la más estrecha disciplina. ***Se han disipado ya las negras nubes formadas por un poder ilimitado, que causaban temores al celo de la libertad*** (Resaltado del autor)*, y con la más dulce satisfacción he visto llegar la aurora del día en que la ley recobra su poder(...)*[162].

Sí, humilde y desprendido el señor Páez. "Hasta hoy he gobernado", pero siguió de largo más de veinte años. Y a Bolívar, a quien él fue el primero de ofrecer una corona igual a la de Napoleón, se refiere como "las negras nubes formadas por un poder ilimitado". Ese congreso constituyente de Venezuela, pues, era el receptáculo del odio, sobre todo de los nuevos políticos, contra ese Libertador que todo les había dado y ahora ni siquiera tenía en pedazo de tierra ni un lugar para morir.

Sobre lo que fue Venezuela en esa época desalada, vale la pena leer de nuevo el testimonio que expone nuestro acogido historiador Restrepo[163] en relación con ese punto tan interesante:

El congreso venezolano, después de encargar a una comisión especial compuesta de un diputado por cada provincia, es decir de diez miembros, que redactara un proyecto de constitución, declaró "que el gobierno de Venezuela no sería central ni federal, sino centrofederal"; base a que precisamente debían sujetarse los redactores del proyecto. Por consiguiente el congreso llevaba adelante el propósito manifestado por los pueblos de gobernarse con absoluta independencia del resto de Colombia, e iba a consumar la separación.

Era una consecuencia precisa de esta opinión general en el congreso, que sus miembros excogitaran los medios que cada uno juzgaba más eficaces para conseguirlo. El reconocimiento de su independencia por la Nueva Granada, que era el resto de Colombia, y el libertarse del influjo de Bolívar, que podía echar por tierra sus proyectos, y cuya sombra perseguía por doquiera a los separacionistas, fueron los dos primeros objetos que llamaron la atención de algunos diputados. Señalose el representante Alejo Fortique por una violenta proposición, solo excusable por su juventud e inexperiencia en los negocios políticos. Propuso (mayo 19) "que se exigiera del gobierno que existiese en Bogotá el reconocimiento pronto

162. "Autobiografía de José Antonio Páez", tomo II, edit. Bedout.

163. José Manuel Restrepo, autor, ob. cit.

y expreso de la separación y soberanía de Venezuela, en el concepto de que la negativa o dilación se tendría por una declaración de guerra".

Esta intimidación desusada e insolente fue combatida por el buen juicio del diputado José Vargas. En las sesiones de los días siguientes los representantes Ramón Ayala, Angel Quintero y otros redujeron la proposición a que se participara al congreso de Bogotá la instalación del de Venezuela a fin de que reconociendo la independencia de ésta, pudieran extenderse, "pero que no tendría lugar ninguna negociación mientras permaneciera en todo el territorio de la antigua Colombia el general Simón Bolívar; entendiéndose además que no debía tener intervención ninguna en este negocio el consejo de ministros". En otra modificación del diputado José Osio se exigía de la Nueva Granada, para que Venezuela entrara con ella en relaciones amistosas de mutuo reconocimiento, "la expulsión del general Simón Bolívar de todo el territorio de Colombia". La violencia de esta proposición fue excedida, algunos días después, por otra que hicieron los diputados Ramón Ayala de Caracas, y Juan Evangelista González de Maracaibo, cuando propusieron "que se declarara al general Bolívar fuera de la ley, si iba a la isla de Curazao, y lo mismo a todo el que se le uniera".

Se torna increíble que hayan llegado a tanto, sobre todo unos noveles parlamentarios que no habían participado en ninguna batalla. Pero ese fue el ambiente que fueron creando aquí y allá bajo la esfera de la mentira y el odio. Y lo peor es que Páez, Bermúdez y Mariño y los antiguos camaradas del Gran Caraqueño, sumido como Virgilio en el infierno de Dante, guardaban silencio y asentían en la iniquidad.

El congreso en sí, como entidad, dejó de lado los comentarios agresivos y odiosos contra Bolívar, pero el 11 de mayo determinó que de ninguna manera se acogía la constitución del Congreso Admirable.

Luego, como punto final, se expidió el decreto de 16 de agosto en el que, a manera de broche definitivo de sus decisiones se dispuso:

Que Venezuela de ningún modo admita la constitución colombiana; pero que está resuelta a entrar en pactos recíprocos de federación, que unan y arreglen las altas relaciones nacionales de Colombia, luego que ambos Estados estén perfectamente constituidos, y que el general Bolívar haya evacuado el territorio de Colombia.

Esta proposición aprobada fue transmitida de gobierno a gobierno, ya posesionado de presidente en Bogotá don Joaquín Mosquera. En su gabinete figuraba como secretario del interior nadie menos que el doctor Vicente Azuero, quien se remilgó con gran satisfacción e hizo conocer oficialmente y con gran despliegue a Bolívar en Cartagena el contenido de la nota oficial del destierro, aquí y allá. Empero, Bolívar nada contestó al secretario Azuero.

Sin embargo se oyó su voz y su escritura en una carta a su hermana Antonia: "*No puedo vivir entre asesinos y rebeldes. No tengo honor ante esa escoria ni tranquilidad ante su amenaza".*

Cosa curiosa, el doctor Joaquín Mosquera, gran amigo del Libertador, su visitante en Pativilca cuando éste casi muere como se dejó anotado en la parte respectiva, y miembro de una familia que amó a Bolívar, cuando llega al poder está animado por un sentimiento de equilibrio entre los dos grandes bandos de la política; pero entrega casi todo el gabinete a los sedicentes liberales, enconados enemigos del Libertador. Él, Mosquera, aunque fuera un hombre de gran equilibrio, hace ver al final del Congreso Admirable su llegada al poder como un triunfo de los radicales, lo que realmente no fue así, tal como se ha examinado detenidamente.

Este cuerpo colegiado guardó, como se ha visto, un gran respeto por ese Libertador que lo había convocado e instalado y dejado en absoluta libertad de acción.

Posesionado Mosquera integró el gabinete así: Secretario de Relaciones Exteriores Vicente Borrero, de Hacienda José Vicente Márquez, Guerra y Marina general de Luis F. de Rieux e Interior doctor Alejandro Gutiérrez, quien no aceptó. Fue entonces cuando designó a Vicente Azuero en su reemplazo. De igual modo nombró como Procurador General al destacado liberal Fransisco Soto.

Naturalmente la conformación del gabinete con la presencia de Vicente Azuero como emblema del régimen en el cargo de secretario o ministro del interior y luego su comportamiento publicitario contra ese odiado Libertador al hacer pública la determinación del gobierno venezolano -con Páez a la cabeza- de prohibir la entrada de quien les había conquistado la libertad, era una señal inconfundible de que esa nueva administración, que así comenzaba, estaba impregnada de la pasión malsana del odio contra Bolívar.

Así, pues, posesionado Azuero, el aviso del congreso de Venezuela fue ampliamente divulgado por éste en el diario oficial y en todos los pasquines, lo que lejos de alimentar más el odio de los liberales, lo que provocó fue una reacción muy fuerte de los partidarios del Libertador, resueltos ellos mismos a erradicar el gobierno de Mosquera para instaurar uno que restituyera a Bolívar. Un juego de tesis y antítesis.

Oportuno resulta ver lo que ha escrito sobre este ardiente tema el también testigo viviente general Joaquín Posada Gutiérrez[164], en relación con el doctor Joaquín Mosquera desde que éste ha llegado a Bogotá el 12 de junio para tomar posesión:

El señor Mosquera se sorprendió al recibir en Popayán la nota del Presidente del Congreso comunicándole su elección. Su primera idea fue no aceptar; pero las muchas cartas suplicatorias que recibió, entre ellas una del Libertador, le hicieron vacilar. Por otra parte consideró que habiendo el Congreso cerrado sus sesiones, no tenía ante quien excusarse, y se decidió asustado, desconfiando de sus propias fuerzas, manifestándolo así en su respuesta al Presidente del Congreso. En sus contestaciones a los discursos que el Vicepresidente y autoridades locales le dirigieron en su recepción, se conocía que no era fingido el temor que le dominaba. Rebozando, empero, en buenas intenciones, y teniendo por necesidad que dirigir la palabra a la República, lo hizo el mismo día que prestó el juramento de posesión en una sentida proclama excitando a los partidos a la concordia.

El Congreso constituyente -decía- os ha dejado arbitrios legales de expresar la voluntad nacional por medio de diputados de vuestra libre elección. El Libertador de Colombia se ha retirado de entre nosotros para calmar a los amigos celosos de la libertad, ocultando sus laureles, y ha quitado todo pretexto al desorden. Yo invoco a la patria y a la libertad para merecer que me escuchéis…

Ciudadanos de todas las opiniones, uníos por el interés de la patria: no miremos *atrás. Los verdaderos amigos de la libertad no son los que experimentan una constante necesidad de movimiento. Que no se hagan revoluciones nuevas; que termine la que está comenzada…*

¡Tiempo perdido! Estas palabras dictadas por el más puro patriotismo, que si hubieran sido atendidas habrían reanimado la patria moribunda, fueron calificadas de blasfemia por el partido liberal, que levantó el grito contra ellas,

164. "Memorias histórico políticas", ya citado antes.

y poco faltó, si es que faltó, para que se hubiese declarado al señor Mosquera traidor. En el atrio, o sea el altozano de la catedral, hervían corrillos maldiciendo de la proclama, y la prensa se desató contra ella, aunque con ciertos miramientos.

Veamos algunos párrafos de un artículo de El Demócrata, en que a pesar de sus precauciones para atenuar la acrimonia de su lenguaje, probará lo que acabo de expresar. Dice así:

"La entrada de su excelencia el Presidente de la República en esta capital, tan deseada por todos los amigos de la libertad; el júbilo que se manifestó a su llegada y la confianza que se tiene en los principios, rectitud, honradez y liberalidad de su excelencia (Mosquera)*, prometen una era de paz, de consuelos y de esperanzas. Es de creerse que varíe el giro de la administración, para inspirar más confianza y hacer el bien de los pueblos. Nosotros, atentos a sus pasos, diremos siempre con franqueza nuestro modo de verlos y juzgarlos; y no dudamos tener con frecuencia el placer de elogiar justamente sus providencias. Empero, la desgracia ha querido que rompiese su marcha presidencial con una proclama loable a la verdad, en su mayor parte, llena de sentimientos patrióticos, emanados de un corazón puro y todo consagrado al bien de la patria; pero que, manchada con una frase demasiado honrosa para Bolívar, desmaya, languidece y resfría mucho a cuantos la lean, con mengua, tal vez, de la inmensa confianza que goza el encargado del Poder Ejecutivo. Acaso se creerá que su excelencia es capaz de anteponer rancios respetos por aquel traidor, a los vivos intereses de Colombia. Nosotros estamos muy lejos de pensar de esta suerte; pero sabemos el desagrado con que se ha visto, aun por los más íntimos amigos del señor Mosquera, su citada proclama".*

Por nuestra parte observamos que haber llamado a Bolívar Libertador, cuando está demostrado generalmente que solo le conviene el dictado de traidor, es un insulto a la opinión pública y decir que quiso ocultar sus laureles por quitar este pretexto al desorden, es un ultraje vergonzoso a los republicanos...

"¿Qué necesidad había de alabar a Bolívar dirigiéndose a los pueblos por la primera vez ?"

El autor de esta obra ha querido utilizar los testimonios de quienes no solamente escribieron la historia sino que la vivieron, como se dijo en los inicios de esta obra. De ahí que cuando se acude al testimonio del general Posada

Gutiérrez éste nos permite ver que la exposición vista del presidente Mosquera y sobre todo en la definición de su pensamiento real quitándole el ropaje de la intransigencia y el sectarismo, lo condujo a recibir los ataques y dardos de los fieros liberales o republicanos, como eran conocidos.

De ahí que aun cuando su inicial gabinete podía ser una muestra de su respeto al derecho ajeno, la llegada a él de uno de los más violentos enemigos del Libertador da inicio a una reacción, casi que instintiva, de aquellos a quienes éstos llamaban con gran desprecio y odio los *serviles*. Y lo que siguió fue entonces para Mosquera un infierno viviente y calcinante.

Claro que había muchos venezolanos todavía vinculados al ejército y al sentimiento pro bolivariano, ofendido en extremo con las humillaciones que trataban de imponerle al héroe desterrado y pobre. Y por supuesto que en estos brotes revolucionarios estaba Manuela con su denuedo y sus armas. Y todo su amor. Ella era coronela y valiente y estaba jugándose todo en el actuar sin tapujos de una nueva aventura, atenta a cada detalle o movimiento del gobierno y de los enemigos.

Por cierto el mismo día en que se posesionaba don Joaquín Mosquera, en medio de un desfile de gente movida por los santanderistas, con flores, banderas, pólvora de cohetes y algarabía de fiesta, Manuela se encontraba con sus dos negras en la casa donde vivía cerca del palacio de San Carlos -se vio páginas atrás-. Bordaba, mientras Jonatás y Natán observaban desde el balcón los movimientos de los desfilantes en medio del ambiente recogido de la quiteña.

La gente que desfilaba se agolpó alrededor de la puerta con insultos agresivos, mientras Manuela enardecida, con sus dos negras y un sirviente, bajaron y empuñaron fusiles que allí tenían. Mosquera disimulaba el incidente, pero la guardia daba captura a Manuela y sus acompañantes.

El Demócrata y la Aurora trinaban en ediciones extraordinarias y la ira recorría como una ventisca los sectores populares. Pero así mismo había una levadura que levantaba los ánimos en los antiguos bolivarianos.

Veamos en La Aurora la siguiente reseña que escribieron sobre Manuela en esa tarde de posesión del presidente Mosquera:

> *Una mujer desquiciada, una devota del general Bolívar que siempre viste ropas que no corresponden a su sexo, y que, a decir verdad, insiste en que sus sirvientas aparezcan de la misma manera, irrumpió en la escena, ofendiendo*

*el decoro, interrumpiendo el orden y quebrantando la ley. (...) Se dirigió a la plaza con dos soldados (*que eran, de hecho, sus sirvientas negras*), mostró una pistola, se declaró en contra del gobierno, la libertad y la gente. (...) Cuando arrestaron a las mujeres negras, pensamos que el régimen podría aprovechar la oportunidad para castigar sus delitos con sanciones graves. En cambio, las autoridades las liberaron y el vicepresidente* (Caicedo) *a cargo terminó yendo a la casa de la "Extranjera" y haciéndole una visita amistosa.*

La cosa cobró tanto ímpetu durante esos días, que Joaquín Mosquera se enfermó a los dos meses de haber asumido y se retiró del mando el 1º de agosto, retirándose al clima suave de Anolaima población cercana a Bogotá, volviendo a encargarse el mismo vicepresidente general Domingo Caicedo.

Hay que señalar además que, cuando Urdaneta recuperó el mando de las tropas a instancias del propio Bolívar -se vio atrás-, quien todavía se encontraba desempeñando la presidencia por decisión del Congreso Admirable, recapacitó sobre sus relaciones personales y políticas y el afecto que profesaba por el Gran Caraqueño; y volvió a la vanguardia de su fidelidad, aunque haciendo prevalecer sus intereses personales. Urdaneta era, lo que se dice, un hombre que se las trae.

Los hechos que siguieron fueron tormentosos para el gobierno de Caicedo y por supuesto para Mosquera, aun cuando estuviere retirado en licencia. La situación compleja que se vivió nos obliga a volver a mirar a Restrepo[165] sobre esos desarrollos, como que nadie los conoció y describió como él. Veamos:

Crecía -en Bogotá- *entre tanto la discordia entre los oficiales y soldados de los batallones Callao, Boyacá y Cazadores de Cundinamarca, que guarnecían la capital. Tanto por esto como porque tuvo el ejecutivo* -el presidente Mosquera- *algunas noticias de que se trataba de seducir al Callao a fin de que apoyara una revolución, determinó enviarle a Tunja de guarnición. Marcha en efecto el 9 de agosto, y al siguiente día llega a la parroquia de Gachancipá a diez leguas de la capital. Allí se presentaron el coronel Jiménez* -José Florencio Jiménez- *, que lo mandaba, José María Serna, Buenaventura Ahumada, Pedro Domínguez Hoyos, el coronel Juan Jhonson y algunos otros individuos moradores en las parroquias de la sabana de Bogotá. Solicitaron estos de Jiménez por medio de una carta firmada por ellos y por otros ausentes, que no continuara su marcha a Tunja, a fin de que apoyara el movimiento que decían iban a hacer los pueblos,*

165. "Historia de la revolución de Colombia", que se ha citado tantas veces.

cuyo nombre usurpaban unos pocos facciosos. Jiménez parecía dudar, y aun dio parte al ejecutivo de que temía se le impidiera su marcha quitándole los bagajes. En contestación le previno el ministro de la guerra que disuadiera de su intento a los que pretendían detener la marcha del batallón, y que si no lo conseguía por medios pacíficos los dispersara usando la fuerza (agosto 11). En el mismo día se enviaron a Zipaquirá dos compañías del Boyacá, regidas por el coronel José María Gaitán. Por la tarde salió el resto del batallón, compuesto en su mayor parte de reclutas guiados por su comandante y por el general Francisco de Paula Vélez. En aquel día el vicepresidente rechazó una petición firmada por algunos habitantes de la capital, en que solicitaban el regreso del Callao, como una garantía para los que no eran del partido exaltado.

Hizo el gobierno dicho envío de tropas cuando supo que Serna, Ahumada y Domínguez, auxiliados por Ignacio Acero y otros campesinos ricos, habían estado reuniendo las milicias de caballería de la Villa de Funza, así como de las parroquias de Cerrezuela y Facatativá, que marcharon con ellos, en alcance del Callao. Halláronle en efecto en Gachancipá, y viendo su comandante Jiménez que la revolución tenía el apoyo de las expresadas milicias, de las que se le presentaron cerca de trescientos hombres, olvidó todas sus protestas de fidelidad. Decidiose, pues, a favorecer aquella rebelión, armada contra el gobierno que tanto le había distinguido.

La única razón que diera para colorir su alzamiento, fue decir que había interceptado un oficio del secretario de la guerra del comandante general de Boyacá previniéndole que disolviera el Callao de un modo que Jiménez juzgaba ignominioso. Pero tal oficio no se publicó en el manifiesto dado posteriormente por Jiménez, ni su partido vencedor pudo hallar la copia original en el archivo del ministerio de la guerra, prueba clara de que nunca existiera.

Luego que supo Jiménez la marcha a Zipaquirá de la columna de Gaitán (agosto 12), se dirigió a esta villa. Después de haber conferenciado con Gaitán, ocupa éste la altura del Águila: Allí le ataca Jiménez y le vence, dispersándose la fuerza del gobierno con pérdida de tres muertos y ocho heridos, tres oficiales y treinta soldados prisioneros. Gaitán huye hacía la parroquia de Pacho, de donde regresará a la capital con sólo diez y nueve compañeros. Esta fue la primera sangre que los facciosos derramaron siendo ellos los agresores.

Así fue el comienzo de la revolución que habría de deponer, después de muchas jerigonzas y movimientos, la última de las cuales fue el encuentro brutal de los dos bandos en el sitio denominado Santuario. Todas las perdió el gobierno de Mosquera y Caicedo.

El asunto terminó, como se lo había pedido el coronel rebelde y venezolano José Florencio Jiménez a Caicedo, nombrando un nuevo gabinete en el que figuró como ministro de guerra el general Rafael Urdaneta.

Empero, el asunto no era tan sencillo. Apenas estaba comensando, como que los pueblos de la sabana continuaron la refriega.

Bolívar se encontraba ya en Cartagena y mantenía un flujo epistolar de envío y de recibo intenso. Por supuesto se encontraba muy bien informado de todo el acontecer, que le despertaba satisfacción como lo veremos. Sabía que todo estaba enderezado a restituirlo a él en el gobierno, que ciertamente no quería, pero le halagaba que sin mover él un dedo, el pueblo le hiciera el reconocimiento claro de su gloria.

Estaba ciertamente enfermo, pero los hechos estimulaban su ánimo. Era claro que en ese momento un sector muy grande, tanto en Caracas como en la Nueva Granada, sentía un reconocimiento muy grande a toda su lucha. Además es preciso anotar que la gente que lo respaldaba era igual de radical que los liberales. O quizás más. Tenían reuniones y organización y no estaban dispuestos a que los pisoteara un gobierno sin el arraigo popular que ellos tenían.

Y todo esto estaba pasando mientras Bolívar esperaba en Cartagena el pasaporte y la pensión. Empero, así los acontecimientos de la capital le producían una satisfacción íntima, de ninguna forma los autorizaba.

Es altamente descriptiva la carta que le envía por esos días a su gran amigo el General Pedro Briceño Méndez, quien ha viajado a Venezuela. Por supuesto leerla constituye un complemento emanado de la mejor fuente de conocimientos de estos hechos, en el momento en que tenían suceso y con una narrativa directa y precisa que era el estilo de los escritos de Bolívar:

> *Cartagena 1º de septiembre de 1830.*
> *SEÑOR GENERAL PEDRO BRICEÑO MÉNDEZ*
> *"Mi querido general":*

Desde la salida de Ud. no hemos tenido ninguna noticia sobre su viaje y paradero. El teniente Carreño, que hemos sabido que venía con pliegos, tuvo la desgracia de ahogarse saliendo de Jamaica y por este fatal acontecimiento ignoramos de un todo la situación de Ud. y los demás amigos que le acompañaban.

Yo he tenido cartas de Caracas, de personas allegadas y fidedignas, que me aseguran que por Venezuela todo va bien, pues nuestro partido es tan extenso, que quizás no tendrá quien se le oponga y, por consiguiente, se evitarán hasta los desastres de la guerra civil. Estas son sus palabras:

Ahora mismo claman por usted todos los pueblos de Calabozo, Riochico, hasta Guarenas y Ocumaré con el general Monagas e Infante a la cabeza. El clero es decidido por Ud.y cada cura es un general en su pueblo. El obispo padece mucho. Las deserciones son considerables, la paga ninguna y los montes de todas partes están llenos de desertores armados que dicen que no quieren a nadie sino a su Padre y Libertador. P... está loco y mucho más el congreso, de modo que todo está en completa anarquía. Arismendi y Valero presos. El congreso se compone de monarquistas y republicanos que se baten continuamente.

Mariño ya quiere separarse si no lo hacen poder ejecutivo con las tropas y parte de las que trajo Silva, que están en Barquisimeto, y no obedecen a nadie. Lo cierto es que esto es un fandango de locos que no se entienden ellos mismos que hicieron su revolución.

Esta carta -la que transcribe el Libertador- *tiene fecha del 11 de julio y me ha inclinado a creer que Ud. se habrá ido para Riochico a reunirse con el general Monagas. Si fuere así, sírvase Ud. darle las expresiones más finas de mi parte, asegurándole que yo pongo grandes esperanzas en su influjo, valor y capacidad; y como nunca he dudado que él sea amigo mío y de Colombia, confío que ahora nos dará las más evidentes pruebas, haciendo al mismo tiempo un servicio eminente al país.*

En el último correo de Bogotá que llegó el 25 del próximo pasado trajo noticias las más interesantes, sobre el estado en que se hallaba la capital. Habiendo querido el gobierno hacer salir de la ciudad el batallón Callao, que manda Jiménez, los orejones, que de antemano parece tenían un plan combinado, se apoyaron con este pretexto justo, para pedir al gobierno que cambiase de ministerio -de gabinete-*, que echase de todo destino público a los que tuvieron parte en la conspiración del 25 de septiembre, y que castigase a los escritores públicos y demagogos que oprimían la capital. Una orden del gobierno, mandando al*

batallón Callao que siguiese su marcha e hiciese fuego a cualquiera que se opusiese, fue la señal de desobedecer al gobierno. Éste mandó tres diferentes partidas a abatir aquel cuerpo y los patriotas que se le habían reunido, que eran en número de 3.000, y entre ellos los Parises, el coronel Johnson, el coronel Acero, Benavides, Piñeres, los Arjonas y todo lo principal y más rico de la sabana con los jefes adictos que habían quedado en Bogotá.

Hasta la salida del correo antedicho no había sucedido más sino la derrota de esas tres expediciones mandadas sucesivamente por el coronel Gaitán, el general Vélez y el coronel Vargas. Esto es lo que sabemos hasta ahora, pues la capital estaba sitiada, en gran consternación y solo dos o tres particulares han escrito. Estas noticias las verá Ud. más detalladas en los papeles públicos que remito a Ud. El correo que debió llegar ayer no ha venido todavía, lo que nos anuncia o que el gobierno ha caído ya o que está sitiado por todas las milicias de las sabanas de Bogotá. Los patriotas no me nombran a mí más que en una de sus representaciones al gobierno en que pedían que se me respetase; y cuando cargaron al enemigo dando el grito de Viva el Libertador.

Acaba de llegar el correo de Honda, y se dice que el de Bogotá no había llegado dos días después del señalado para su llegada. Solo se sabía allí que el gobierno estaba muy afligido. Mosquera ha abandonado la capital antes de estos sucesos, porque ya los temía, y temía por su vida: Caicedo despachaba interinamente. Los ministros odiosos han salido y piden los amigos a Castillo, Urdaneta, Gual y Vergara para reemplazarlos. Pero se cree que no se contentarán con todo esto. Dicen que lo tentarán todo y que mis amigos son los que fomentan este partido. Urdaneta mandaba las tropas. La religión y el Libertador son vitoreados y el triunfo final puede ser muy completo. ***Aquí se trata de un pronunciamiento que por milagro no se ha ejecutado ya. Me quieren comprometer y yo rehuso, lo que ha parado todo.***

Memorias finas a todos los generales amigos particularmente a Diego y sus hermanos, Aranda, etc. Adios. Bolívar.

Resulta incontrovertible que, aun cuando el Libertador muestra simpatía y halago por el creciente aumento de los amigos suyos y el deseo de recuperación del gobierno -causado sin duda por los golpes publicitarios contra Bolívar y las demostraciones insultantes de su poderío por parte del secretario del interior Azuero, que vimos antes-, el Gran Caraqueño rehúsa ponerse a la cabeza del movimiento y ni siquiera lo autoriza.

Mosquera prácticamente está perdido y cae su gabinete encabezado por Azuero. Pero resulta obvio que carecen de razón los del pensamiento liberal de entonces y los venezolanos encabezados por Páez cuando afirman que detrás de estas manifestaciones estaba la ambición del general Bolívar, como ahora lo llamaban simplemente.

Son esos, precisamente, los sentimientos que ahora lo impulsaban vehementemente a embarcarse y no volver a la patria. Y es ese dolor el que lo conduce cuando se ha ido para Cartagena en espera del barco inglés Shannon, que seguramente sería su transporte.

Han pasado varios meses en esta espera y en la expectativa del negocio de la mina de Aroa, que ha sido vendida en forma muy ventajosa para los adquirentes. Aunque como se ha visto, no han cesado las dificultades de trámite.

El Libertador se halla hospedado en una casa del general Mariano Montilla, quien en realidad, conocedor de todo el asunto de la reacción de los bolivarianos contra el gobierno actual, no desea que el Libertador marche ahora fuera de la patria, cuando se intenta por muchos una reivindicación de su nombre y su obra y un retorno al poder.

Pero es preciso remarcar que como ya se ha visto tangencialmente, existe un pleito pendiente contra la mina de Aroa, que su apoderado Gabriel Camacho ha intentado arreglar; y hay fallas dolorosas e inexplicables en esos trámites. Veamos, a pesar de su extensión, un importante aparte de la misiva que le escribe Bolívar a Camacho desde Cartagena el día 2 de septiembre de ese fatídico 1830:

> *Cartagena, 2 de septiembre de 1830*[166]
> *Señor Gabriel Camacho. "Mi estimado amigo":*
>
> *He recibido las dos apreciables de Ud. del 10 y 11 de julio, por el paquete* (se refiere al paquebote, que es un barco) *que vino de Jamaica por las cuales he quedado instruido de la transacción que Ud. ha concluido por la suma de 42.500; lo que me ha parecido exorbitante, pues Ud. sabe muy bien que yo no lo autoricé ni aun para la mitad. Lo que más me ha sorprendido en este negocio es que Ud. me escribe el 10, haber recibido la orden de ofrecer las 4.000 libras y me ofrece al mismo tiempo procurar no dar más de dos mil; y luego sale el*

166. "Obras completas de Bolívar", vol. 3, Editorial Publicaciones Reunidas, soc. anónima, Madrid. Ibrería Piñango.

11 diciendo que se había concluido la transacción por la suma duplicada de la que yo había ordenado, y esto sin indicar siquiera qué causas han podido inducir esta mutación espantosa. Ud. mismo me había anunciado antes que Ackers no pedía más que 4.000 libras y cuando se le concede la petición salimos con que se necesita el doble. Yo no he podido entender esto; y mucho menos cuando he sabido que en la misma época, mis enemigos empezaban a temer la pérdida de su influencia.

Yo ignoro lo que se haya hecho con esos cincuenta y tantos esclavos de la Sagarzazu, y por lo mismo, tampoco se, qué razón hay para que yo responda de ellos; pues, según parece, yo indemnizo a los amos de esta pérdida. En fin, diré a Ud. que nada me ha gustado la tal transacción y que si hubiera medios de anularla me alegraría mucho que Ud. lo hiciera, pues debe Ud. estar entendido que si llego a enajenar esas minas en los términos de la transacción, a mí no me quedará sino la tercera parte de su valor, cuando la renta que ahora me da es de trece mil pesos.

Incluyo a Ud. una carta que escribo al general Wilson remitiéndole mi poder para que reclame allí mis derechos conforme a las instrucciones que le doy relativas a esta materia; por dicha carta verá Ud. que, a pesar de lo onerosa que me ha sido la tal transacción, llego a conformar con ella, bajo las condiciones que expreso en la citada carta. Estas condiciones en substancia son: que yo no entregaré más documentos de venta que los que exijan nuestras leyes y tribunales; y segundo, que inmediatamente debe darse Badams por satisfecho y empezar a concluir la contrata, mandando recibir las minas dentro del término de tres meses después de haber aceptado la transacción en Londres, pero que, si ha de haber nuevos retardos, yo prefiero continuar el pleito y entregar todos los documentos que me piden y que no hay ninguna dificultad para exhibirlos en buena forma. Ud. verá largamente este negocio por la copia que le incluyo de la que he escrito al general Wilson. (…)

(…) *Si mis amigos han decaído absolutamente y no se puede ganar el pleito y, además, el señor Badams se conforma con la trasacción y empieza a cumplir; todas estas circunstancias se reúnen de una manera positiva, clara y distinta; en este caso único deberá Ud. empeñarse en cumplir la transacción. Por el contrario, si todas estas circunstancias no coinciden, yo le ordeno a Ud. positivamente romper la transacción que Ud. me ha anunciado y de que hablamos.*

En todos los casos posibles, yo ruego a Ud., mi amigo querido, que haga cuanto dependa de sus facultades para poner un pronto término a esta mortal agonía en que me hallo, porque no veo delante de mi más que miseria, vejez y mendicidad cuando nunca he estado acostumbrado a semejantes calamidades.

Conmovedora carta que marca la situación síquica y económica que vivía en aquellos momentos el Libertador. Sus minas de la región de Aroa, antes una fuente inagotable de riqueza, hoy una fuente de "agonía mortal" para el héroe que ve venir *la miseria, la vejez y la mendicidad* atropelladamente en su destino inexorable.

Pero tal vez el golpe más brutal lo había recibido unos días atrás, cuando le llega la peor noticia que podría esperar: el asesinato del mariscal Antonio José de Sucre.

Tomo de mi libro "El magnicidio de Sucre, juicio de responsabilidad penal"[167], el momento en que Bolívar recibe esa noticia:

En la casa de La Popa, conocida como la quinta Quisqueya, a donde había llegado el 24 de julio de ese fatídico 1830, Bolívar cenó breve y austeramente. Después, como era su costumbre cuando el humor se lo permitía, se tomó dos copas de oporto. Le daban calor a su cuerpo atormentado por el reumatismo y la bilis. Su salud, después de los días de Turbaco, había alcanzado algún progreso. Se sentía optimista y esperaba de un momento a otro la llegada del barco inglés Shannon en el que viajaría a Jamaica. En realidad todo estaba preparado por el general Mariano Montilla, su gran y fiel amigo, gobernador de la provincia de Cartagena, quien no ahorró esfuerzos para hacer grata la estancia del Libertador, a quien amaba. A las nueve de la noche de ese 30 de julio hacen su arribo dos coches. Las bujías ardían despidiendo un tenue pero penetrante humo negro. Y allí están Montilla, Juan de Dios Amador y otros amigos. Bolívar sale a recibirlos afablemente. Pero nota algo extraño en la mirada de Montilla. «¿Qué ocurre general?», interroga inquieto. «Excelencia –contesta Montilla, que sabe que va a descargar un fardo aplastante sobre la débil humanidad del héroe–: Han asesinado a Sucre antes de Pasto. Fue una emboscada en un sitio tenebroso llamado Berruecos». Bolívar se llevó ambas

167. "El magnicidio de Sucre, juicio de responsabilidad penal", Armando Barona Mesa, Talleres Gráficos Impresos, Editorial Feriva, Cali, 2006. Puede ser consultado en la biblioteca española Miguel de Cervantes Saavedra.

manos a la cabeza. «¡Imposible!, ese es el crimen de Cain, que vuelve a matar a Abel». Y todo se desplomó. Entró callado a la estancia. Su dolor era tan grande que solo el silencio y la soledad podrían mitigarlo. Amablemente pidió a los visitantes, sus amigos, que le dejaran solo, y antes de que se retirasen exclamó: «Tenía *el presentimiento de que si viajaba por tierra lo asesinaría Obando».*

Ese tema doloroso de tragedia griega lo trato extensamente en esa obra, que puede ser consultada en la biblioteca virtual de España Miguel de Cervantes Saavedra. El magnicidio fue planeado y ejecutado en cadena por quienes pertenecían, lamentablemente, al entonces partido de los liberales; y a Obando correspondió la parte final. Éste había pedido que impidieran a Sucre que viajara por Buenaventura, por supuesto para tenerlo en el paso obligado y siniestro de la montaña de Berruecos.

Un tema tan importante como este hace necesario que acuda una vez más al ministro Restrepo para incorporar unos aspectos ciertamente muy graves que es necesario tener de presente en el manejo del indicio como parte importantísima del juicio de la historia sobre tan inicuo magnicidio, en orden a señalar a Obando como el ejecutor de una orden dimanada de secretos pasajes de la infamia. Veamos[168]:

En esta ciudad, en Bogotá, en Pasto y en Quito hizo la más profunda sensación el asesinato del gran mariscal de Ayacucho. Deplorante suceso tan lamentable para todos los hombres de bien y los verdaderos patriotas, como una gran desgracia preñada de males para la patria, los que aún no se podían prever.

Las primeras sospechas se fijaron justamente sobre Sarria y Erazo, como antiguos e insignes criminales. Tampoco estuvo exento de ellas el general José María Obando, que se hallaba en Pasto, de donde venia Sarria cuando se encontrara con Sucre en la venta. Sospecharon algunos que dicho general habría dado la orden para el asesinato, pues había manifestado enemistad hacia el gran mariscal, especialmente en sus cartas y con algunos de sus confidentes. Al general Flórez le escribió -Obando- *a Quito en abril y mayo varias cartas, una de las cuales contenía este pasaje: Pongámonos de acuerdo, don Juan; dígame si quiere que detenga en Pasto al general Sucre, atribuyéndole que pretendía sustraer el sur y ponerlo bajo la protección del Perú. Igualmente, había escrito*

168. Restrepo, obra citada.

Obando al general Pedro Murgüéitio de Cartago: Si Sucre va por allá se le mande para Popayán y no le deje ir por Buenaventura.

No se trata en esta obra de entrar a la discusión sobre la autoría intelectual de Obando en el horripilante magnicidio, que como anoté antes, analizo ampliamente en mi obra citada y llevan al autor a concluir que hubo una unidad de conciencia en la elaboración del magnicidio. Y que fue Obando el autor directo.

Así, pues que, continuando el relato de los hechos finales del Libertador, conviene anotar que de ninguna manera los nuevos gobernantes, tanto allá en Venezuela como en la Nueva Granada, aceptaban la posibilidad de la presencia de aquel en su propia patria. La infamia lo mostraba como el hombre que, donde llegara, constituiría un peligro de alteración del orden y además la guerra.

En Ecuador estaba ocurriendo algo similar a lo que había ocurrido en Venezuela, aunque se mantenía por iniciativa de Juan José Flores, respeto y veneración por el nombre y la figura del Libertador, a quien aquel invitaba a ir y permanecer en esas tierras del sur el resto de la vida, en medio del homenaje de las nuevas generaciones.

Venga usted a vivir en nuestros corazones, y reciba el homenaje y el respeto que merece el genio de América.

Le expresa Flores en una carta de 27 de marzo de ese 1830.

Hay que agregar que al movimiento separatista de Flores se agregó por pedido de gran parte de los pastusos la ciudad de Pasto; y como si eso fuera poco, también los caucanos llegaron a sumar igual deseo, de tal manera que hasta el valle del Cauca, Buenaventura y Cali, pertenecientes a la extensa provincia caucana, también quisieron anexarse. Se habían levantado los ánimos después de la vinculación de Obando y José Hilario López a la muerte de Sucre.

Continuando con el relato de lo que estaba ocurriendo alrededor del gobierno de Mosquera, con toda la inconformidad que había aglutinado el tratamiento inicuo dado al Libertador por los liberales, especialmente por el ministro Azuero y por los otros antiguos santanderistas, es muy importante que sea el propio Libertador quien narre algunos de tales sucesos.

La carta de Bolívar que a continuación se agrega, por su trascendencia en todas sus partes, es diciente en cuanto a demostrarle al presidente Mosquera que no había ninguna participación suya en los movimientos rebeldes que se levantaban por todas partes contra su gobierno:

Cartagena 24 de junio de 1830
A. S. E. El Presidente de la República, "Don Joaquín Mosquera".

Me permitirá Vd. que moleste aún su atención por esta vez, que no he podido dispensarme, por remitir a Vd. un documento auténtico y muy confidencial de la inculpabilidad de las tropas que se han ido a Venezuela. Por la carta del coronel Andrade se impondrá Vd. de que yo no he sido cómplice en semejantes desórdenes y perfidias como lo ha dicho "La Aurora", en virtud de las calumnias levantadas por hombres viles incapaces de conocerme. Espero, mi estimado Presidente, que Vd. tendrá la bondad de devolver esta carta al general Montilla, luego que la haya visto, pues este caballero ha tenido la bondad de prestármela sólo para desengañar a Vd. delante de quien he querido parecer inocente y honrado.

*He recibido por el último correo mi pasaporte para salir de Colombia, y luego al punto me vine con la mira de embarcarme en un paquete inglés que está fondeado aquí, pero ya la cámara (*se refiere al espacio ocupado por los pasajeros) *estaba ocupada por una porción de señoras. Además, el tiempo era demasiado angustiado para arreglar todo, y no me pareció decente marchar en medio de una emigración de mujeres: sólo huyendo pudiera parecer esto natural.*

Por lo demás, los días que quede en Cartagena no pesarán al gobierno, pues estoy muy lejos de conspirar contra mis mayores enemigos; y como he tenido el honor de contar con Vd. entre los que fueron mis amigos, me será grato poder influir de alguna manera en el éxito de la presidencia de Vd., que deseo sea tan gloriosa como la merecen sus virtudes y sus talentos.

Mientras tanto me ofrezco de Vd. respetuoso amigo y servidor Q. B. S. M. Bolívar.

Cuánta donosura -e ironía- encierra esa carta con quien fuera su amigo y ya no lo es. Pero le da una muestra irrefutable de su ninguna participación en el complot que marcha adelante y le desea lo mejor a su gobierno. Hay que destacar aquí que el presidente Mosquera, enfrascado en el turbión de la que inicialmente era una revolución en su contra y ahora una guerra civil, le ha hecho llegar al Libertador su pasaporte; y aun cuando por esos mismos días llega un vapor inglés a Cartagena, la circunstancia de estar ya lleno de mujeres el pasaje, le impide viajar con esa premura, como si fuera un fugitivo. Así, pues, Bolívar declina el viaje a la espera de la llegada del Shannon u otro barco.

Es preciso aclarar que el Shannon era un poderoso buque de guerra inglés y hacía la ruta entre Cartagena, Caracas, Jamaica y Londres. Cuando llegó a Cartagena el Libertador salió con su pequeño equipaje y su mayordomo José Palacios a buscar su pasaje. El comandante lo recibió con honor y hasta le anunció que le dejaba su propio camarote. Pero tendría que esperar allí un mes para su regreso de La Guaira, ya que no podría llevar a Venezuela a Bolívar, después de la grosera orden de Páez y su gobierno de prohibirle a éste siquiera pisar tierra venezolana.

Todas estas infamias sucedían, mientras tanto en Venezuela como en la Nueva Granada se adelantaba un juego de enfrentamientos entre las pequeñas tropas del gobierno y los rebeldes a cuya cabeza estaban los amigos de siempre del Libertador.

Es necesario acudir a la cita de Restrepo otra vez para empaparse del interesante desarrollo de estos acontecimientos[169], sobre todo en el punto cenital de la batalla de Santuario, donde el gobierno perdió apabullantemente el 27 de agosto (1830).

Veamos esa cita tan significativa y trascendente que narra la derrota del Santuario:

> *Las tropas del gobierno que estaban decididas a superar todas las dificultades, marchan a las siete de la mañana del 27 de agosto hacia el Puente Grande. Cerca de este hallaron a cuarenta y cinco jinetes enemigos que fueron retirándose para empeñar a los nuestros en su persecución. En efecto, así sucedió, y nuestra división en vez de procurar flanquear por su derecha y desde el puente la posición enemiga, se introduce toda entera en la calzada sin orden ni regularidad alguna. Por consiguiente forma una larga columna en que hay artillería y caballería mezcladas con la infantería, sin que estas armas puedan obrar. Rompiose un fuego vivo de una y otra parte, y hubo momentos en que parecía que las tropas del gobierno conseguirían forzar la posición de los rebeldes con el peso y fuerza de su columna. Pero el coronel García mandó hacer fuego a pie firme, lo que embarazaba la marcha de los que venían atrás. En este momento cae mortalmente herido García, y por el frente y los flancos se sienten los estragos de los fuegos enemigos cruzados sobre la mayor parte de la columna del gobierno. Esta resiste con vigor hasta la tercera carga a la bayoneta; empero*

169. Restrepo, obra citada.

faltándole cabeza, y hechas un pelotón la infantería, artillería y caballería, no combaten más y huyen despavoridos (las fuerzas del gobierno).

Unos heridos se precipitan en los pantanos que circuyen la calzada, donde perecen; otros son lanceados por las milicias de caballería que persiguen a los fugitivos -del gobierno de Mosquera-*; otros caen prisioneros. Ciento y ocho hombres, entre ellos un jefe y diez oficiales, quedaron muertos; ciento treinta y dos heridos, quinientos sesenta y seis prisioneros, los treinta y cuatro siendo oficiales, perdiéndose el armamento y todo cuanto llevaba la división del gobierno.*

Tres cuartos de hora apenas duró el combate, que se terminara a las nueve de la mañana. Debiose tan funesta pérdida a la impericia y precipitación de los que mandaban, que pusieron las tropas en una situación donde la caballería y artillería no pudieron combatir, ni maniobrar la infantería expuesta sin defensa a un fuego destructor. A las diez comenzaron a llegar los fugitivos a la capital.

La desolación fue general con aquella derrota completa e inesperada. La ciudad entera no pensó en defenderse, pues sólo quedaron cuatrocientos reclutas desalentados. Así, cuando los vencedores se presentaron en las cercanías del barrio San Victorino, intimaron al gobierno que se rindiera a discreción -fue en realidad un golpe de estado-. *El presidente nombró a los generales Antonio Morales y José María Ortega para que ajustaran una capitulación. Siendo excesivas las pretensiones de los facciosos, se pasó la tarde y la mitad de la noche sin obtener resultado y en la mayor ansiedad.*

A la una de la mañana nombró el presidente a los señores José María del Castillo y Luis A. Baralt como negociadores. Cuando amaneció, los reclutas que guarnecían la plaza mayor se habían desertado. El prefecto José María Mantilla, el comandante general Francisco de Paula Vélez, y los ministros Azuero, Márquez y Rieux estaban ocultos. Sólo acompañaban al presidente el doctor Vicente Bojeros y el doctor Felix Restrepo; y de los militares el coronel Francisco Javier González, y los tenientes coroneles José Acevedo y José Manuel Montoya, con algunos otros que habían permanecido custodiando la plaza de la Catedral.

Pasadas las diez de la mañana se firmó (agosto 28) la capitulación por los comisionados del gobierno y los que había nombrado Jiménez -el después general de origen venezolano Florencio Jiménez-*, que eran el coronel Carlos Castelli y Pedro Domínguez Hoyos. Aquélla fue ratificada por el mismo presidente de la república y refrendada por el secretario de las relaciones exteriores, a causa de haberse ocultado el jefe militar.*

Es afortunada la narración que hace Restrepo de este triste episodio en el que, posterior al congreso, a la nueva constitución y a un gobierno que se entregó a los panfletarios que habían tratado de dar muerte al Libertador la noche del 25 de septiembre. La administración de Joaquín Mosquera y Domingo Caicedo lo había perdido todo ese 27 de agosto, en la famosa batalla del Santuario.

Por cierto que Mosquera, movido por las circunstancias adversas a su gobierno, exasperado como se encontraba, ya había regresado de su licencia y había reasumido el mando. Domingo Caicedo como vicepresidente, también estaba en la escena. Muy poco tiempo les restaba en el ejercicio del mandato.

Curiosamente esta batalla lleva el mismo nombre de la que perdió Córdova en Santuario, actual Antioquia. El presidente Mosquera, paliando su propio retiro del gobierno que ya se ha producido, se vio obligado, aun desde antes de esta batalla, a cambiar el gabinete, sin que tal medida sirviera para tranquilizar los ánimos, aunque ya no figurara allí el agresivo Vicente Azuero y los otros septembrinos.

Al gabinete habían entrado, entre otros, el doctor Estanislao Vergara, gran amigo del Libertador y antiguo miembro de su gabinete a quien Bolívar le remite una misiva el 9 de septiembre en la que reconstruye, como si fuera un espectador privilegiado, lo que ha ocurrido aquel 27 de agosto -la batalla del Santuario-, aunque con toda la razón se sustrae él mismo de tales acaeceres que fueron consecuencia, en verdad, de lo que habían hecho los que eventualmente se unieron y manejaron el congreso con la enseña del cambio a la ideología liberal.

La carta en mención y todo el epistolario de Bolívar de esta época, constituyen una fuente riquísima de conocimiento de los hechos históricos que están teniendo suceso y en los cuales queda claro que aunque el Libertador miraba con gran simpatía, no tenía una participación directa que lo colocara como un subversivo o golpista; y nunca estuvo en su mente el regreso a las abominables intrigas del poder, así dijera otra cosa a sus amigos solo para estimularlos.

Veamos esta interesante carta:

Cartagena, 9 de septiembre de 1830 Al señor E. Vergara.
Mi querido amigo:

Hemos recibido ayer el correo del 29 del pasado por el cual hemos sabido la catástrofe que ha tenido lugar en Bogotá, entre los dos partidos que se combatían tiempo ha. Los seudo liberales han perdido en el Santuario y en el tribunal de

Dios que, como Vd. sabe, es el que decide de los combates. He visto la capitulación firmada por el señor Mosquera, y también he sabido las dificultades que se ofrecían para cumplirla, porque, según parece, los comprometidos se habían ocultado todos. Esto a mi ver va a renovar las sangrientas escenas que ahora deploramos, porque habiéndose encarnizado los partidos beligerantes y comprometido del modo más extremoso, juzgo que la guerra civil durará mucho tiempo.

Desde luego, me figuro que cada uno se refugiará a donde encuentre asilo. Unos irán al Cauca, otros a Casanare y otros a Venezuela, y por todas estas consideraciones me compadezco de Vd. y de todos mis amigos; a menos que usando el señor Mosquera de alguna prudencia y de alguna rectitud, logre aplacar el volcán de las pasiones.

Aquí también han hecho unas actas reforzando el partido de Jiménez. Estos señores me nombraron de general en jefe del ejército, lo que no he admitido por mil razones y a pesar de muchas instancias. Vd. puede concebir fácilmente los inmensos motivos que he tenido para no aceptar una comisión de esta naturaleza. (Resaltado del autor)

Aquí se dice que Vd. será ministro -del nuevo gobierno de Urdaneta- *y, si es así, me alegraré infinito, y, en este caso, aconsejo a Vd. mucha energía, para no sucumbir infaliblemente bajo la cuchilla de los demagogos, que si triunfan lo destruirán todo, convirtiéndose cada uno de ellos en un Robespierre, en un Marat, y si Vd. no se mezcla en nada no se lo que será del país y de sus pobres compatriotas, porque hay muy pocos ciudadanos como mi amigo Vergara.*

Tenga Vd. la bondad de manifestar al general Urdaneta esta carta, y persuádalo Vd. de mi parte a que me crea su amigo y pronto a servirle en lo que pueda. ***Añadale Vd. que yo estoy muy lejos de pretender el mando, sea militar o civil y que yo deseo muy sinceramente que nuestros compatriotas lo coloquen en el más alto puesto de la República"*** (Resaltado del autor)

En sustancia diré a Vd., mi amigo, que he roto en esta vez mi silencio con esa capital, para saludar a Vd. y darle la enhorabuena por haber salido de ese gran conflicto sin la menor lesión, ***y asegurar a Vd. que he rehusado el mando militar que aquí querían darme, para que Vd. lo haga saber a todo el país, y sepan mis amigos y mis enemigos que yo no aspiro a nada y que veré con gusto a cualquiera de mis amigos en el primer puesto.*** (Resaltado del autor) *En este caso ofrezco servir de cualquier cosa, pues lo que yo aborrezco más es la presidencia.*

Mientras tanto, mi querido amigo, salude Vd. de mi parte a los antiguos ministros, mis compañeros, y a los valientes que se han conducido en honor y nobleza.

Me pondrá Vd. a los pies de la señora y reciba mi corazón. Bolívar.

Qué claridad y qué serenidad la que usa el Libertador. No se nota allí una expresión de rencor, ni odio que alterara su comportamiento.

Es muy importante señalar que en la capitulación de Santuario llevada a cabo en Bogotá, tanto el presidente Mosquera como el vicepresidente Caicedo habían dimitido al cargo y una junta de vecinos -como era costumbre entonces-, había determinado en las capitulaciones entregarle el poder a Bolívar, habiendo encargado del mando al ya ministro o secretario de guerra Rafael Urdaneta, quien debía viajar a Cartagena para comunicar tal decisión a Bolívar y hacer entrega del poder. Por supuesto Urdaneta ya sabía que el Libertador de ninguna manera aceptaría el regreso al poder y debía ser él, Urdaneta, quien asumiera.

En relación con el ejercicio del mandato constitucional que ejercían tanto Mosquera como Caicedo, duró teóricamente hasta el día 4 de septiembre, cuando a las seis de la tarde aceptaron la intimación de los rebeldes triunfantes y dejaron voluntariamente el poder. Pero la verdad es que el país estuvo sin gobierno, casi sin que se notara, durante nueve días.

Veamos entonces en una sola secuencia, primero una carta del Libertador al general Briceño Méndez, su gran amigo de siempre, en la que se registran todos estos movimientos de la historia y se advierte con toda claridad que su misión, la de Bolívar, no es la de un faccioso que aspira a triunfar en una revolución. En el texto de esta misiva se refiere, con disgusto, a otra carta de Aranda que le han hecho llegar.

Y luego otra misiva que contiene la respuesta que le envía el Libertador a Urdaneta, en contestación a la que éste le ha enviado comunicándole lo que se ha determinado en Bogotá y se encuentra en ejecución.

Las dos misivas dicen:

Cartagena 10 de septiembre de 1830
Señor General P. Briceño Méndez
Mi querido general:

He recibido la carta de Vd. y las noticias que trajeron Austria y los demás oficiales que, a la verdad, son las más desagradables; pero como remitimos a Vd. otras que son muy satisfactorias, puede ser que el mal se compense. Otros dirán a Vd. todo lo que ha pasado por acá y yo me reduciré a hablar a Vd. de lo que me concierne. Vds. instan mucho porque yo me vuelva un faccioso y me ponga a la cabeza de unos rebeldes; a lo menos éste es todo el sentido de una carta muy larga del señor Aranda.

He leído esta carta que ciertamente me ha llenado de disgusto, en lugar de animarme a cometer una acción criminal. No están ellos contentos todavía de haberme perdido en la opinión pública por los consejos de Ocaña y las infames actas y los proyectos de monarquía; sino que también se me quiere privar del honor personal, degradándome a la especie de los enemigos de la patria. Aranda dice que yo soy ingrato con mis amigos, débil, y me tacha hasta de cobardía. Vd. sabe muy bien, que el único *carácter que hay en Colombia enérgico es el mío, pues es el* único *título que he tenido para mandar a todos los demás, y Vd. sabe también que mi aborrecimiento al mando ha sido tan sincero como todo mi carácter.*

Me exigen que yo sacrifique mi nombre de ciudadano honrado, sólo para llevar a cuatro emigrados a sus casas. Pues bien, no lo haré y le juro a Vd. que jamás volveré a tomar el mando, para no volver a ser ingrato con mis amigos ni cobarde con mis enemigos. No se podrán quejar de esta abnegación de mi parte. (Resaltado del autor). *Yo dejo a mis amigos el campo libre para que realcen su valor, su carácter y sus talentos. Con esto les proporciono el* único bien que ellos necesitan; y los alivio de la carga de amar y de servir a un *ingrato. Tenga Vd. la bondad de preguntarle a Aranda cuáles son esos amigos a los que he correspondido mal. Yo entiendo bien esta frase, que perdono, porque es el grito de la desesperación y de la torpeza.*

Remito a Vd. una carta para que tome mucho interés en que llegue a las manos de Camacho -se refiere al apoderado dentro del pleito de la mina de Aroa, cuya carta ya transcribimos-*, de quien apenas he recibido una carta diciéndome que había transado el pleito a costa de cuarenta y dos mil quinientos pesos; y como Austria me dice y Vd. también que el valor que ha dado Camacho son cuatro mil libras esterlinas, quiero saber esto claro y distintamente para poder decidir definitivamente esta cuestión, aunque ya creo que está bien decidida.*

Espero por la vuelta de este buque -ha enviado su carta por el barco Shannon, que vimos antes estuvo en Cartagena y prosiguió su rumbo a Caracas- *noticias bien claras y extensas del estado de este asunto de las minas y las noticias que haya de Venezuela. Creo que estas se mejorarán cada día más y más por la influencia y acción de los sucesos de Cundinamarca. El espíritu de los vendedores está altamente pronunciado por la integridad nacional: también aquí participan eminentemente de este sentimiento.*

No sabemos quien manda en Bogotá ni que ministros se han nombrado, ni aun si Urdaneta está a la cabeza del cuerpo militar (todavía se ignoraban esos sucesos). *Sin embargo, no debemos temer mucho, porque la buena opinión se propaga y hace rápidos progresos: todo Boyacá ha seguido a Cundinamarca; probablemente Antioquia, el valle del Cauca y Neiva habrían hecho lo mismo.*

A Diego que tenga esta carta por suya, que no le escribo porque el otro día lo hice mandándole las mejores noticias. Mil memorias a los otros hermanos y emigrados amigos.

Tenga Vd. la bondad de no leerle esta carta a Aranda, que no lo quiero molestar a pesar de que él me ha molestado bastante. ¡Pobre del que desespera!.

Aquí me han querido nombrar de general del ejército a imitación de una acta del Socorro y de una proclamación de Justo Briceño. Es inútil añadir que no he admitido semejante impertinencia. Ahora me llamarán ingrato porque no he querido ser el vil instrumento de los que se llaman amigos; mas yo me río de todo y los conozco además. Cada uno quiere arrimar la brasa a su sardina, sacrificándome a mí; porque cada uno de ellos vale más que yo.

Adiós, mi querido general, reciba Vd. el corazón de su amigo, abrace Vd. a Juanica y a Benigna y dígale Vd. mil cariños de mi parte.

Bolívar.

P. D.-Por la vía de Jamaica remiti a Vd. todos los papeles públicos y noticias que había, no lo hago ahora porque supogo que otros lo harán.

Mándeme algunas frutas de esa isla, pero mejor acomodadas que la del otro, pues no llegaron.

No puede dejar de considerarse que para ese mes de septiembre Bolívar padecía cruelmente el golpe de la enfermedad. Pero su pensamiento estaba claro y despojado de pasiones y veía el futuro con certeros análisis. Esta carta

es clara, casi familiar y demuestra que, aunque la salud iba quebrando su vida cada día más, su cerebro y pensamiento se conservan intactos.

Allí están sus análisis certeros, mientras va cobrando espacio su desapego por el poder, por la intriga y por la propia vida. Sabe ya él que le han prohibido la entrada a Venezuela y no ve cómo la infamia pudiera llegar más lejos. Pero no muestra un derrumbamiento espiritual.

La fase final de todo lo que ocurrió después de la batalla de Santuario, clave de estos últimos acontecimientos que en cierta forma han retrasado el viaje del Gran Caraqueño, la expone Restrepo con todo el conocimiento del fondo y el subfondo de lo que estaba ocurriendo. Veamos una vez más a este testigo inigualable[170] sobre el tema de la negociación entre los comisionados después de aquella derrota:

> … *Túvose en efecto la sesión en la casa del gobierno, concurriendo también los negociadores Castelli y Baralt* (esta parte ya la vimos en otra misiva). *Mas sin embargo de las urgentes persuasiones de éstos y de Mosquera, no cedieron los vencedores un* ápice *de la capitulación. Aun hicieron cargo al presidente de que no hubiese puesto presos a los once ciudadanos proscritos. Además los ingleses Jackson y Johson faltaron al respeto debido al primer magistrado de Colombia. Pareció en aquel día que Mosquera vencido comparecía a ser juzgado por sus vencedores.*
>
> *A pesar de esto, el presidente instado por sus amigos para que ensayara a ver si podía reorganizar el gobierno, al fin convino en formar un ministerio, y en escoger para el de la guerra al general Rafael Urdaneta, que había llegado a la capital; para relaciones exteriores nombró al señor Pedro Gual; para el interior al señor Agustín Gutiérrez Moreno, y para hacienda al señor Rafael Caro. Todos confiaban que Urdaneta restablecía el orden de las tropas, por su influjo y firmeza de carácter. El se dejó rogar antes de admitir, lo que al fin se consiguió (agosto 31). (…).*
>
> *(…)Los señores Mosquera y Caicedo, que desde la funesta jornada del Santuario, habían sido de opinión que debían cesar en el gobierno, especialmente, el segundo, que jamás convino en otro medio, se conformaron en todo con la consulta del consejo (*de Estado, aclaramos*) en el mismo día (4 de septiembre), a las seis de la tarde, lo dijeron así a los jefes que habían suscrito la intimación, y cesaron enteramente en el gobierno de Colombia. Nueve días había estado*

170. Restrepo, ob. cit.

la capital sin autoridades reconocidas, y para honor, tanto de los vencedores como de sus habitantes, añadiremos que ningún exceso se cometió.

Aquellos días fueron amargos para el presidente y para todos los ciudadanos que amaban a su patria, al ver que una facción insignificante al principio había conseguido derrocar al gobierno, a la constitución y a las leyes. A pesar del carácter aprehensivo por lo común del señor Mosquera, él *supo, mientras se sucedían tales acontecimientos, exponer al consejo de Estado las demasías de éstos y sostener con vigor su opinión de no continuar en el mando. El consejo de Estado tuvo constantemente la misma firmeza laudable.*

Después de su caída Mosquera se fue a los Estados Unidos, y Caicedo se retiró a su hacienda de Saldaña.

Apenas recibieron los jefes militares la noticia que deseaban de haber cesado el gobierno de Mosquera, cuando oficiaron al prefecto Urquinaona previniéndole convocase al consejo municipal y a los padres de familia, y los instruyera de este acontecimiento. Juntaron en efecto en la casa de la prefectura algunos ciudadanos de los más exaltados partidiarios de Bolívar y acordaron: "que no se hiciera nueva acta de los vecinos de la capital, sino que en la mañana siguiente se reuniera la municipalidad y ofreciera el gobierno a Urdaneta. En consecuencia la municipalidad envió a éste una diputación suplicándole se encargase del poder ejecutivo en atención a la confianza que tenían los habitantes de Bogotá en su probidad y talentos, a cuya súplica se unían los votos del mismo consejo municipal. Pedíale también que después de posesionarse enviara una comisión a llamar al Libertador, a fin de que viniera a la capital a ejercer el gobierno supremo de la república".

El general Urdaneta opuso, como de costumbre en tales casos, algunas dificultades para encargarse del mando de Colombia; pero al fin cedió prestando el 5 de septiembre, en presencia de todos los oficiales de la guarnición de la capital, el juramento de "observar la constitución de la república en lo que no se opusiera a aquel acto y los pronunciamientos de los pueblos.

(....)

Urdaneta organizó inmediatamente su ministerio. Para relaciones exteriores continuó al doctor Vicente Borrero; para el interior nombró al doctor Estanislao Vergara; para hacienda al contador Jerónimo Mendoza, y para guerra y marina al general Joaquín París. Encargó la prefectura de Cundinamarca a

Buenaventura Ahumada, uno de los más activos promovedores de la revolución, y la comandancia general al coronel Mugüerza.

Sobra decir que Bolívar estaba informado de todos estos movimientos, que como se ha anotado alentaban sus sentimientos, pero no seducían su voluntad que con toda claridad había examinado todo el asunto. Lo que restaba de su vida no podía quedar sometida a los altibajos de la política, cuya experiencia tanto lo había lastimado en todos los sentidos de la vida.

Veamos la otra importante carta a Urdaneta, autor calculado y hábil de lo que en realidad fue un golpe de estado contra Joaquín Mosquera, que los hizo a él y a su vicepresidente Caicedo desear intensamente el abandono de ese poder incinerante:

Cartagena, 18 de septiembre de 1830
Señor General Rafael Urdaneta.
"Mi querido general":

Ayer llegaron los comisionados trayéndome el acta -comisionados enviados por Urdaneta con toda la documentación que volvía a entregar el poder al Libertador- *y dándome parte de todas las ocurrencias más notables de esa capital.*

Por más que he querido rendirme a los argumentos y exhortaciones de los mismos comisionados, de los amigos que hay en este país, y aun de las cartas recibidas de Bogotá, no me ha sido posible decidirme a aceptar un mando que no tiene otros títulos que dos actas de dos consejos municipales. Además, el señor Mosquera no ha renunciado su título y mañana se hará reconocer en otra parte de presidente legítimo. Este caso no está muy remoto, pues al llegar a Popayán tiene lugar, porque Obando y López se empeñarán en esto, y el señor Mosquera no ha tenido hasta ahora otras inspiraciones que las de estos dos monstruos.

Entonces él será presidente légitimo y yo usurpador. Yo no puedo reducirme a esta situación, por más que me esfuerce a dominar mi repugnancia.

Santa María me dice que si no acepto el mando habrá infaliblemente una espantosa anarquía, pero ¿Qué he de hacer yo contra una barrera de bronce que me separa de la presidencia?. Esta barrera es el derecho: no lo tengo ni lo ha cedido el que lo poseía; por consiguiente, esperaremos a las elecciones. Llegado este caso, la legitimidad me cubrirá con su sombra o habrá un nuevo presidente; se habrá despejado el horizonte político, y sabremos, en fin, si hay patria

o no hay patria. Entonces y solo entonces, podré entrar en el poder ejecutivo, suponiendo siempre que las elecciones se hacen conforme a la ley.

No se me podrá culpar de haber abandonado a mis conciudadanos a la anarquía, puesto que ninguna parte he tenido en sus comunicaciones; y que además Vd. está a la cabeza del gobierno y revestido de todas las cualidades necesarias para crisis semejantes. Como ciudadano y como soldado ofrezco mis servicios a la república: ninguno será más celoso en servirla; y sostendré al gobierno con toda mi influencia y todas mis fuerzas. Hay también una circunstancia que me hace inútil en esa administración: primero es existir que modificar; debemos antes crear de nuevo esta patria que se ha disuelto y, por consiguiente, hasta que no esté reunida por las armas no se puede gobernar bien. Yo me ofrezco para servir en la parte más difícil y peligrosa; así evitaré que me culpen de egoísmo.

Remito una proclama que contiene expresiones propias para lisonjear a los que más me desean. Con esto se evitará algún disgusto; mientras tanto, se les puede decir a todos esos caballeros que yo marcho para allá a la cabeza de 2.000 hombres a contribuir el restablecimiento del orden público y a sostener el gobierno existente; y que cuando llegue se sabrá definitivamente si acepto o no. Aquí entrarán los ruegos y los empeños, y todo se conseguirá. Austria tiene orden de decir todo esto para consolar esa gente, y salvar yo, mientras tanto, mi responsabilidad, sin dejar de ser útil en este tiempo.

El oficio de respuesta al de Vd. debe publicarse para que se vea que estoy pronto a sostener la nueva administración. Yo escribiré también a todos mis amigos que sostengan a Vd., porque Vd. es el hombre necesario en este país. Yo haré además de modo que la esperanza pública se entretenga y no se pierda enteramente.

No debe Vd. quejarse de que no hago cuanto puedo por el bien de la cosa pública, pues el último paso no lo puedo dar, porque para mi es imposible.

Ahora me toca a mi rogar a Vd. que no nos abandone a la merced de anarquía tan horrorosa. A Vd. no le pueden culpar de ambición en vista de que Vd. es el más empeñado en que yo vaya y que nunca ha rivalizado al gobierno. Vd. se halla en una necesidad más forzosa que la mía, porque Vd. estaba ya de ministro cuando se acabó el gobierno, porque lo ejerce por pocos días, y porque es interino, en fin, mientras yo llego. Yo marcho para esa capital, lo que debe suponer que puedo admitir el mando: también es verdad que si llegó a poner

los pies en Bogotá, no sé que será de mí, acosado por todas partes, con la iglesia por un lado, con el ejército por otro, y el pueblo por todas partes!. Allí perdería la cabeza, mi amigo , y no respondería de mí.

Estas lisonjas y otras muchas, pueden servir tanto, con toda retitud y firmeza, como lo exigen imperiosamente las crueles circunstancias del día. Los gobiernos deben ser inexorables cuando las circunstancias son horribles; y si Vd. salva a Colombia del caos en que se halla, se llena de una gloria inmortal y se acredita para siempre.

Creo que no ha gustado mucho a los próceres de Cartagena la elección del actual ministerio; sólo Vergara dicen que es bueno. Yo sé que Vd. no lo podía componer mejor, por consiguiente, no sé lo que Vd. hará en esta parte. Desean los amigos que Vd. emplee a García del Río, y a mi me parece hombre de mucha importancia para cualquier destino, y particularmente para el de relaciones exteriores, pues conoce estos negocios y es muy propio para ello. Lo mismo se quejan con la tolerancia que suponen va a haber con los traidores y asesinos. Sobre esto no añadire nada, porque Vd. debe saber lo que se hace y es además el responsable.

Yo creo indispensabilísimo mandar un excelente jefe con oficiales, armas y municiones al valle del Cauca. Si Vd. hace general a Jiménez (Bolívar se refiere a su viejo amigo venezolano y vasallo Florencio Jiménez, triunfador de la batalla de Santuario que acaba de verse, y a quien Urdaneta ascendió a general)*, es el mejor, y si no a Murgüerza o Castelli. A todos estos señores los recomiendo mucho, lo mismo que a todos los que se han distinguido. Las tropas que vayan a Antioquia pueden llevar un buen refuerzo al Cauca. Popayán y Patía nos harán la guerra por mucho tiempo; pero el Valle es una excelente base. Atienda Vd. exclusivamente a esa parte, que yo haré lo demás del Magdalena a Venezuela, incluyendo a Boyacá.*

Pero repito que necesitamos de dinero en Cúcuta. Este va ser el gran milagro de Vd. Los malvados deben pagar con algunos sacrificios, y los buenos deben hacerlos para salvarse: todos deben pagar para mantener la vida política y aun la física.

Si acaso ocurriere algo más, volveré a escribir a Vd. por el correo que parte esta noche.

Aquí desean los magistrados que el gobierno los revista de las facultades extraordinarias de que él goza por el acta que señala la constitución -se refiere a la constitución de 1830 del Congeso Admirable- *como regla, pero con las excepciones indispensables para continuar el nuevo orden. Aquí se van a quedar sin tropas, y, por lo mismo necesitan de mucha fuerza en la autoridad; para que el respeto impida las tentativas criminales.*

Póngame Vd. a los pies de la señora y quedo de Vd. corazón. Bolívar.

Qué valioso análisis introspectivo el que hace Bolívar sobre las posibilidades que pudieran tener un acto precipitado suyo. La vida le había enseñado el conocimiento de los hombres y las posibilidades de la historia.

Pero celebra que caiga un gobierno que, como se vio, estaba marcado por la pasión torcida del odio injusto contra él, en una connivencia perfecta con el pérfido Páez, para desterrarlo de su propia patria y de la otra patria granadina, ambas su propia creación. Y aun cuando la herida de Bolívar era grande, asociada a la pérdida de su fortuna, precisamente en esos momentos el propio Páez declara, de consuno con el juez del litigio que habían iniciado, el despojo y nacionalización de las minas de Aroa. ¡Cuánta ingratitud y cuánta infamia!

Pero pueden más en Bolívar los llamados que le hacen la prudencia y el rexamen minucioso y la valoración sobre las posibilidades del porvenir.

Marie Arana[171] dice hablando de esos momentos aciagos de Bolívar:

Era persona non grata: alguien que había obligado a su país a inclinarse ante otra capital -eran argumentos del enemigo-. *No tendrían piedad de él ahora. Se le despojó de su ciudadanía, sus propiedades, su derecho a regresar a casa. Al principio, cuando se enteró de la decisión del tribunal* -se refiere al pleito que tenía sobre las minas-*, se indignó, pero a medida que las semanas se convirtieron en meses, la ira se convirtió en resignación.*

Le escribió a un amigo que intentaba ayudar a María Antonia en sus batallas legales: “”Renuncié a defenderme. Que el juez y sus compinches se queden con mi propiedad. Los conozco. ¡Sinvergüenzas! No haga nada más por mí. Moriré como nací: desnudo. (…) No puedo soportar más humillaciones.

171. Autora citada, obra Bolívar.

No obstante todo este cúmulo de dolamas, Bolívar, pensando que lo mejor era que el gobierno granadino lo asumiera su amigo Rafael Urdaneta, permite hacer creer a todos sus partidarios que él va a viajar a la capital para asumir el poder. Pero ve, por encima de todo, cómo la desunión y el rencor terminarán apoderándose del destino.

Sus últimos días en Cartagena están sobrecargados de diferentes aspectos personales. Le han dicho unos médicos que tiene que abandonar ese lugar; y como cosa curiosa y tal vez desesperado, debe viajar en barco para que el mareo le produzca vómito y movimiento del intestino para limpiarlo a él interiormente.

Y por supuesto escribe a todos sus conocidos. Quizás la penúltima misiva desde Cartagena la escribe el 25 de septiembre dirigida al secretario Vergara. Diciente mensaje en el que analiza por qué ha hecho creer a Urdaneta que viaja inicialmente a Ocaña y luego a Bogotá a aceptar el mando que oficialmente se le ha ofrecido, tal como se ha visto. Él cree que el cambio de gobierno que se ha operado puede salvar a Colombia, aunque en su interior lo duda. En la parte directa de la mencionada misiva, Bolívar le expresa al secretario Vergara:

> (…) *Aun cuando no hubiera nada de lo que llevo dicho, no puedo menos de confesar a Vd. que aborrezco mortalmente el mando porque mis servicios no han sido felices, porque mi natural es contrario a la vida sedentaria, porque carezco de conocimientos, porque estoy cansado y porque estoy enfermo. No puedo, mi amigo, no puedo volver a mandar más y crea Vd. que cuando he resistido hasta ahora a los ataques de los amigos de Cartagena, seré en adelante incontrastable.*
>
> *Dentro de tres días me voy hacia Santa Marta, por hacer ejercicio, por salir del fastidio en que estoy y por mejorar de temperamento. Yo estoy aquí renegando, contra toda mi voluntad; pues he deseado irme a los infiernos, por salir de Colombia; pero el señor Juan de Francisco, a la cabeza de otra porción de importunos, me han tiranizado haciéndome quedar donde no puedo ni quiero vivir.*
>
> *Vd. me dirá que todo esto está en oposición con mi proclama y mi oficio al gobierno. Responderé que Santa María* (uno de los que llegó a Cartagena con los pliegos comunicantes de su designación como presidente de la nación)*me hizo ver que Vds. se iban a dividir en mil partidos y se arruinaba completamente la patria si redondamente yo respondía que no aceptaba: ofrecí, pues, disimular, hablando vagamente de servir como ciudadano y como soldado. Sin embargo, no dejé de manifestar al general Urdaneta que yo no iba a Bogotá*

ni aceptaba el mando: lo mismo he dicho a los amigos. Por consiguiente, yo no he engañado a nadie sino a los enemigos para que no acaben con Vds. de repente y de nuevo.

Dígale Vd. al general Urdaneta que no he recibido carta suya en este correo, y que ésta le puede servir para informarse de mis ideas. Deseo que se reconcilie el ministro americano con el general, para que no falte esta ceremonia a su instalación. Sobre esto le escribe Wilson a Moore, rogándole encarecidamente de mi parte, a lo menos para que haga su presentación pública.

Ya vd. sabrá la insurrección de Rio Hacha, contra la cual se han tomado todas las medidas indispensables, y venceremos sin duda. El resto del departamento está muy bien aunque Santa Marta no se ha pronunciado aún. El general Montilla ha partido hoy para aquella ciudad a dirigir la operación militar. El está quemado con todo lo que se hace en Bogotá y me ha dicho hoy al tiempo de irse, que está resuelto a dejar el mando y a separarse de los negocios públicos. Aquí se habla muy mal de la composición de los cuerpos de nueva creación, dicen que los oficiales son traidores y asesinos; que Joaquín París es un imbécil que se deja corromper y es completamente perjudicial. Yo veo que en esa capital no hay otro y así no sé que hará el general Urdaneta. En una palabra, se quejan de todo, y ésta *es una de las razones porque yo no quiero darle gusto a tanto pícaro.*

Si las cosas continúan como aquí se dice, me parece que yo, lejos de servir, me voy del país. Para lograr esto, no tengo inconveniente ninguno, pues no acepto encargo público.

Yo compadezco al general Urdaneta, a Vd. y a todos mis amigos que se ven comprometidos sin esperanzas de salir bien, pues nunca debieron Vds. contar conmigo para nada, después que había salido del mando y que había visto tantos desengaños. A nadie le consta más que a Vd. mi repugnancia a servir y la buena fe con que insté mi separación. Desde aquel momento he tenido mil motivos para aprobar mi resolución, de consiguiente, sería absurdo de mi parte volverme a comprometer. Añadiré a Vd. una palabra más para aclarar esta cuestión: todas mis razones se fundan en una: no espero salud para la patria. Este sentimiento, o más bien está convicción íntima, ahoga mis deseos y me arrastra a la más cruel desesperación. Yo creo todo perdido para siempre; y la patria y mis amigos sumergidos en un piélago de calamidades. Si no hubiera más que un sacrificio que hacer y que éste *fuera el de mi vida, o el de mi felicidad o el de*

mi honor.... créame Vd., no titubeara; pero estoy convencido que este sacrificio sería inútil, porque nada puede un pobre hombre contra un mundo entero; y porque soy incapaz de hacer la felicidad de mi país me deniego a mandarlo. Hay más aun, los tiranos de mi país me lo han quitado y yo estoy proscripto; así yo no tengo patria a quien hacer el sacrificio.

(...) Póngame a los pies de su señora y mande Vd. a quien lo ama de corazón. Bolívar.

Bueno, en una carta tan contundente el lector encuentra la claridad del pensamiento de un Bolívar muy cerca ya del desenlace fatal, pero con una mente en la plenitud de su lucidez. Es conmovedor el análisis que hace sobre la infaltable tristeza de un destino agobiado por los desengaños y por las desventuras que ve marcadas inexorablemente en el inmediato futuro. No obstante, aún se lisonjea -como le gusta decir- con la recuperación de la salud y encuentra otro destino en el viaje allende el mar.

Su itinerario entonces está marcado hacia Santa Marta, donde cree recuperar al amparo de la brisa fresca, suave e iluminante de las nieves eternas de la Sierra Nevada, y el inicio de otra vida plena, sobre la que aún le alumbra el optimismo.

Capítulo XXI

Los pasos finales y el último puerto

El viaje a soledad, la salud decae. Copiosa correspondencia. Espera en soledad. Viaje a Barranquilla. Ofrecimiento de Don Joaquín de mier. Más correspondencia. Su diaria tragedia. Viaje final en un barco llamado Manuel a Santa Marta y destino final a san Pedro Alejandrino. La última proclama. Paz con la iglesia y testamento. Muerte. No tenía camisa.

En este capítulo final será más recurrente el método que estableció el brillante escritor norteamericano Thorton Wilder en su obra *Los idus* de marzo, cuyo escenario es aquella Roma de ochocientos mil habitantes de la época de Julio César, en la que todas las comunicaciones, chismes, intrigas y crímenes se manifiestan únicamente a través de cartas que circulan profusamente en la urbe.

Siguiendo ese camino, puede afirmarse que la mejor vía informativa de la biografía del propio Libertador se desprende de su propia correspondencia, es decir de su pensamiento expuesto en las misivas que a su vez indican el pensamiento de sus corresponsales. Allí se acude a la mejor fuente de lo que está pasando en el entorno en aquellos momentos de gran intensidad.

Su sicología está presente, incluso con sus manifestaciones agresivas de intimidad. Ser humano al fin y al cabo, acostumbrado a la guerra. Ese es el Bolívar soportando de modo individual la presencia de los jinetes del apocalipsis.

En los días finales de Cartagena la salud del Libertador ha empeorado. Come muy poco. Algo de lentejas sin aceite o de arroz o papas y una sopa cualquiera,

elementos de su dieta que le caen mal, aunque de vez en cuando, haciendo un gran esfuerzo, prueba la cerveza, el jerez o el oporto, de los que lo hace proveer Montilla.

La bilis lo atormenta, vomita y se indispone, mientras sus músculos se van estirando y cada vez está más flaco. Hay algo peor y es que no soporta las medicinas de ninguna especie. En cierta forma hasta se jacta de no haber tomado ninguna en los diez años pasados. Pero escribe y siente esperanza de salir fuera de esa tragedia acorralada. Piensa él que de algún modo un cambio de temperamento le ayudará a escaparse de esa tormentosa vejez prematura.

Un médico inglés de una nave americana de apellido Gasterbond, que lo ve de paso, muy seriamente le advierte que no responde por su salud si no sale de Cartagena en busca de otro temperamento más suave. Ese temperamento, sin duda alguna, es el de Santa Marta. Algo de optimismo aun le resta, pero su espíritu vuelve a decaer.

Manda muchas cartas a sus amigos más próximos a los que alienta en su expectativa de asumir de nuevo ese mando que ahora le han decretado. En varias de ellas, como se ha anotado, llega a decir que va a emprender el viaje a Ocaña, su ruta tantas veces trajinada, para llegar luego a la capital a tomar posesión. Pero jamás creyó de verdad en esa posibilidad, como se palpa en la última carta a Vergara que acabamos de transcribir.

Ha pasado el mes de septiembre entre las inquietudes que despertaba una revolución contra aquel gobierno legítimo de Joaquín Mosquera que acaba de sucumbir. Éste, como se ha visto, se había trasteado hacia las entrañas de un liberalismo urticante e intransigente, con toda la pasión que antes vimos. Era un simple instrumento.

Esa revolución contra Mosquera ha triunfado, con el reconocimiento y aceptación de quienes eran los mandatarios legítimos; y ahora, al frente de ella, se encuentran varios oficiales, entre ellos el coronel Florencio Jiménez, quien antes había sido fiel subalterno de Bolívar. Ahora es general, a sus instancias.

Naturalmente en esos momentos todos aceptan y claman que Bolívar sea de nuevo el presidente, como salvador de la patria. Mientras tanto encargan legítimante a Urdaneta como primer mandatario, quien a su vez quedaba en el deber de entregar el gobierno al Libertador. O sea que éste ya es gobierno, como ya se ha visto.

Bolívar reiterativamente trata de orientar a Urdaneta y recomienda varias acciones, que son atendidas por éste. Entre todas esas recomendaciones está la de ascender a general a Florencio Jiménez, el triunfador de la batalla del Santuario y además es nombrarlo jefe en el valle del Cauca, puesto que el Libertador considera vital para la nueva era, por la cercanía regional que tiene con Obando y López. Urdaneta atiende.

Se busca, en líneas generales, que en el país de la Nueva Granada se produzca una especie de plebiscito en favor del retorno al gobierno del Libertador. Urdaneta labora intensamente en conquistar la opinión de las regiones, que recoge en unos pliegos que envía a Bolívar, en quien las mayorías ven al único posible salvador de la anarquía que se ha instalado. Es la esperanza de restablecer un gobierno constructivo que salve la patria.

Son estos, ciertamente, días agitados en los que Bolívar, no obstante la simpatía que le produce el movimiento revolucionario bolivariano, para sus adentros sabe perfectamente que él ya no es el hombre en condiciones de liderar un gobierno y además le repugna volver al mando. Así se lo ha hecho saber a Urdaneta y a Vergara y a todo el pequeño círculo de sus amigos cercanos.

Pero identifica en Urdaneta al héroe que debe asumir y afrontar ese peligro acechante y la mano escondida, por el momento, de los enemigos. Es por eso que escribe tanto y da instrucciones constantes al general venezolano que ha sido su ministro de guerra, aunque éste se demora a veces en responderle. Bolívar sabe que Urdaneta en realidad es un amante del poder y hábil en su manejo. Pero además también conoce del poder del odio de los enemigos, que también practica el mismo Bolívar.

El 30 de septiembre el general Bolívar se moviliza a Soledad, pasando unos días por Turbaco. Su correspondencia con Urdaneta se intensifica, aunque éste, muy ocupado como anda con el manejo del estado -ya es gobierno-, no responde como se ha anotado con la misma intensidad.

Pasa Bolívar unos días en Soledad, no obstante que el clima no le es favorable, mientras aguarda el resultado de una revolución que ha estallado contra Páez en Riohacha, la que finalmente se pierde. Con ilusión el Caraqueño ha llegado a creer que era posible que en corto tiempo pudiera estar hablando con sus hermanas en Caracas.

Eso por supuesto podría haber sido si sus amigos le hubieren ganado a Páez y a sus allegados, dentro de los cuales se encontraba el conspirador septembrino Pedro Carujo. Mas no ocurrió así sino que las cosas se dieron solo a medias.

Hay una carta desde Soledad, precisamente a Montilla, que conmueve y en la que el propio Libertador hace un recuento de lo acontecido en Riohacha:

Soledad, 27 de octubre de 1830.
Al señor General Mariano Montilla "Mi querido general":

Vino esta mañana el correo trayéndome la pamplina de Río Hacha, que no me cogió de nuevo porque sabía muy bien que esto mismo iba a suceder por la combinación que ordinariamente sale mal. Desde los primeros días vi que se dilataba demasiado la noticia, temí que hubieran derrotado a Blanco y que Valdés estaría incierto sin saber qué hacer. Por fortuna el mal no ha sido tan grande; aunque doy por perdida la columna de Blanco, por el mal tiempo y los malos caminos; y porque tendrán que resistir solos a todo el enemigo. Si triunfan harán mucho y me cogerán de nuevo, porque siempre he temido por esa pequeña columna, aunque tengo muy buena opinión de Blanco.

¿Qué diré a Vd. de Valdés? Vd. que lo conoce podrá juzgarlo mejor que yo.

Aunque he deseado irme para Santa Marta, por gozar de todas sus conveniencias y de las bondades de Mier, me es imposible ejecutarlo porque mis males van empeorándose y realmente no creo que pueda hacer el viaje.

Desde antes de salir de Cartagena había empezado a sentir dolores en el bazo y en el hígado, y yo creía que era efecto de la bilis, pero me he desengañado que es un ataque formal por efecto del clima a estas partes delicadas, y mi bilis ha llegado a tal punto que ya me tiene descompuesto todo el estómago.

También el reumatismo me aflige no poco, de manera que estoy inconocible. ***Necesito con mucha urgencia de un médico y de ponerme en curación formal para no salir tan pronto de este mundo, lo que no me costaría mucho, pues yo me he quedado contra toda mi voluntad en este país y no sé a punto fijo si me sería sensible morirme con tal de salir de Colombia".*** (Resaltado del autor)

Estoy desesperado con los hombres y con las cosas y mucho más al ver el empeño que hay en que yo haga lo que no puedo y lo que no podría el más grande de los hombres: la restauración de Colombia. Vea Vd. lo que da qué hacer esa bicoca de Río Hacha y cómo se conducen ya los mariscales. Cosi va il mondo.

Siento mucho los pesares que Vd. tiene y las molestias que le ha dado Río Hacha y sus consecuencias, que en mi opinión no dejan de ser graves.

Temo mucho que Río Hacha sea el Pasto de este departamento, y que la Goajira y Maracaibo fomentarán a muchos Cisneros. ¡Dios queiera que no sea así!.

Quedo de Vd. de todo corazón. "Bolívar".

Riohacha es el camino abierto a Venezuela. Todo el problema suscitado está en que, como ya se ha esbozado, circulan unos manifiestos de reconocimiento a la legitimidad del gobierno del general Urdaneta, teniendo al fondo a Bolívar, que no todos aceptan. No era fácil -nada lo era- que en medio de una polarización cargada de pasiones, llegase a conseguirse una unanimidad o siquiera una mayoría que dejara establecida una verdad o un buen propósito. Nada es constante, nada se edifica con derecho, nada conduce a la unión. Pero se siente el dolor en la misiva. El dolor y la frustración de ese momento.

Veamos a nuestro testigo preferido el historiador Restrepo -a pesar de que también cargaba sus pasiones- en relación con el tema de lo que aconteció en Riohacha[172]:

A excepción de las provincias de Pasto, Buenaventura, Casanare y Ríohacha, toda la Nueva Granada, propiamente dicha, se pronunció por el gobierno del Libertador y por el de Urdaneta, mientras aquél se trasladaba a la capital a encargarse de la administración pública -tal como se hacía creer a la gente, agrega el autor-. *Mencionose en algunas actas el sostener la integridad de la República* -se refiere a la denominada Gran Colombia-*; pero en otras muchas este artículo se omitió.*

La mayoridad de los granadinos no quería que se disiparan sus pocos recursos, ni que se derramara la sangre de sus hijos combatiendo por sojuzgar a Venezuela y al Ecuador. Estaban persuadidos, que aún en el triunfo completo en esta empresa difícil en extremo, no haría más rica ni más feliz a la Nueva Granada. Opinamos que tanto en esto como en reconocer a un gobierno de hecho, mostraron su cordura los granadinos. Al dar semejante paso tuvieron en mira liberarse de la anarquía y de la guerra civil que habrían sido consiguientes.

Parecíales con razón, que era mejor tener provisionalmente un gobierno general que carecer de él. Influyó también en su determinación el prestigio de

172. José Manuel Restrepo, tantas veces citado.

Urdaneta entre los militares y civiles, por su elevado puesto en la milicia, por sus antiguos servicios a la causa de la Independencia, y por los altos empleos que había desempeñado con probidad, talento y firmeza. Sin embargo estas razones habrían aparecido sin fuerza alguna delante de los partidos violentos y los odios populares, sin la esperanza que muchos alimentaban de que el Libertador se encargara de la primera magistratura. Su nombre hizo el prodigio de acallar por algunos meses los rencores y las exaltadas pasiones tanto de sus amigos como de sus enemigos los más decididos.

Empero no se había conseguido este feliz resultado en la provincia de Ríohacha. Casi toda ella estaba en armas, y sus habitantes sólo pensaban en defenderse y sostener sus pronunciamientos. A pesar de que el jefe de la expedición a Cartagena, general Valdés, se había apoderado de la capital con setecientos cincuenta y cuatro hombres de buena tropa, encerrado en la ciudad y sin emprender operación alguna, ocupábase de pedir nuevos auxilios de infantería, caballería y pertrechos, y en hacer preparativos de defensa. Temiendo que iba a ser atacado, envió dos compañías del Batallón Tiradores a praticar un reconocimiento en los alrededores de la plaza. Cuando regresaban el 29 de octubre, cayeron en una emboscada que les había preparado Carujo -Pedro Carujo, el septembrino a quien el propio Libertador perdonó la vida y ahora estaba en servicio de Páez-*, quien las derrotó haciéndoles perder treinta y siete soldados y tres oficiales. (...).*

(...) Ni un hombre podían hallar los defensores del gobierno de Bogotá. Al acercarse a los pueblos, a las haciendas, y aun a las chozas de los yermos, hombres, mujeres y niños, todos huían, llevándose cuanto podían conducir. Ni un guía, ni un peón, ni una noticia podían encontrar los invasores. Por el contrario se daban a los riohacheros armados cuantos informes conseguían sus compatriotas. Preguntados algunos sobre ¿cuál era la causa de tanto odio y decisión contra el gobierno existente -el de Urdaneta-*, contestaban: "que se habían levantado contra la tiranía del general Bolívar porque la sangre de Padilla pedía venganza": añadían, que pronto vendría Páez a libertar los pueblos del yugo del "tirano".*

El que designaban con este nombre -Bolívar- *estaba retirado hacía ocho meses; así que eran ridículos semenjantes motivos para tamaña ojeriza. Borrás, el gobernador de Maracaibo, por medio de Carujo había ofrecido socorros y halagado a los habitantes de Riohacha con la quimérica y falsa esperanza de que serían auxiliados por el gobierno de Venezuela. Ingerencia indebida y*

falsedad inexcusable de Borrás, que por este medio causó daños muy graves a los pueblos de aquella provincia granadina.

Siendo tan contrarias las disposiciones de los habitadores de Riohacha, las tropas acantonadas en San Juan se hallaban sin vituallas en un país todo enemigo, y apenas por la fuerza podían atrapar algunos ganados. Sabiendo los enemigos que la columna estaba enferma en gran parte, la atacaron con más de quinientos hombres (noviembre 14). El coronel Lima consiguió rechazarlos, causándoles alguna pérdida. Sin embargo, alentados por Carujo recién venido de Riohacha, pusieron con setecientos hombres el 17 de noviembre un estrecho sitio a las tropas acantonadas en San Juan.

En consecuencia las privan del agua, se apoderan de muchas casas, que fortalecen, e impiden las comunicaciones entre los cuarteles de los cuerpos. Pasose la noche en un tiroteo y alarmas continuos. Al amanecer manda Lima incendiar las casas de paja ocupadas por los enemigos. Arden, y entonces los acomete con doscientos infantes y sesenta húsares. Sucesivamente los arroja de las casas y corrales fuertes que ocupaban. En seguida la columna de Carujo es derrotada con bastante pérdida y se dispersa por los bosques. Díjose que Carujo huyera de los primeros, sin embargo de su bien acreditada valentía. (…).

Esta pues era la situación que Bolívar conocía en detalle y había impedido su desplazamiento desde Soledad a Santa Marta. Y así las cosas, con un triunfo a medias, desde Turbaco a donde ha llegado el 2 de octubre, le escribe a Urdaneta:

Turbaco, 8 de octubre de 1830
A. S. E. El general Rafael Urdaneta.
"Mi querido General":

Ha vuelto este correo también sin carta de Vd.: ya es demasiado silencio en tales circunstancias.

Yo he venido aquí de Cartagena un poco malo, atacado de los nervios, de la bilis y del reumatismo. No es creíble el estado en el que se encuentra mi naturaleza. Está casi agotada y no me queda esperanza de restablecerme en ninguna parte y de ningún modo. Sólo un clima como el de Ocaña puede servirme como alivio; pues la tierra caliente me mata y en la fría no me va bien; la experiencia me lo ha enseñado así.

Dentro de dos días me iré a Santa Marta con la mira de visitar aquel país, que no lo he visto nunca, y por ver si desengaño a algunos enemigos que influyen demasiado en la opinión. Al mismo tiempo veré de cerca las operaciones contra Río Hacha y me acercaré a Maracaibo, allá lo veremos y lo meditaremos todo con el general Montilla y los demás generales que mandan y conocen el país -Esto ocurre antes del desenlace en Riohacha que cuenta el propio Bolívar en carta anterior-. *Aún me lleva otro fin y es de mi salud; pues dicen que hay climas templados cerca de la Sierra Nevada que se parecen al de Ocaña. Ya Vd. ve que reuno lo útil a lo agradable y que no pierdo el tiempo. Las autoridades del departamento están muy empeñadas en obrar sobre Maracaibo y yo en buscar mi salud, así logramos todo sin perjuicio de nada.*

El correo de ayer ha traído algunas noticias: la toma de Pamplona y la proyectada conspiración de más de veinte oficiales de esa capital. Igualmente se dice que Justo Briceño ya tenía cerca de 2.000 hombres y que en Antioquia no se había reconocido al nuevo gobierno -el del propio Urdaneta- *ni tampoco en Neiva. Yo temo mucho de esos oficiales prisioneros en el Santuario, y es una de las razones que me retienen por acá.* ***Ocupe Vd. con fuerza a Neiva y Antioquia antes que las armen Obando y López, y después es preciso obrar sobre el Valle del Cauca.*** *Muchos generales, dice Montesquieu, han sabido vencer, pero muy pocos aprovechar la victoria. Yo me pongo tras de esta máxima para que Vd. vea que otro, que sabía infinitamente más que yo, ha pensado de esta manera. Una derrota pone alas en los pies de los vencidos y mete miedo en su corazón.*

Saque Vd. los soldados de Ulises de las cavidades del caballo de Troya y mande después las tropas a hacer reconocer en todas partes el nuevo gobierno. Briceño debería mandar a Vd. alguna guarnición a Bogotá, ***pero no permita Vd. en ella prisioneros ni pasados. Yo le escribiré a Justo que ejecute esta orden,*** *y le diré mis razones. Vamos a mandar el batallón Apure a Cúcuta, a cuyo comandante le escribo con esta fecha. Estas tropas con algunas más que tenga Carrillo pueden cubrir aquel punto; porque no es regular que lo ataquen, cuando nos esperan por Maracaibo; esta operación es esencial para que la Nueva Granada no sea atacada mientras que Vds. se ocupan en restablecer las cosas internas y de hacer reconocer el nuevo gobierno.* (Resaltado del autor)

Entiendo que Vd. carece de dinero para los gastos más indispensables ¿Por *qué no reclama Vd. del patriotismo de los buenos un préstamo voluntario? En esta ocasión es indispensable un servicio semejante, para que no se pierda todo por una* economía *mezquina. (...)*

El enemigo ha brotado agresivamente en varias partes claves. Bolívar entonces, a pesar de su enfermedad, como se ve, imparte instrucciones al propio Urdaneta y muestra la misma ira que alienta al enemigo. **No debían hacerse prisióneros,** dice con furor. Porque su disciplina es la guerra que ha tenido que enfrentar toda su vida. Era un ser humano que había tenido que pasar su vida en la lucha sangrienta. Y era duro cuando la lucha tenía importancia.

Desde Soledad le escribe otra carta con afán a Urdaneta el 25 de octubre:

A. S. E. El general Rafael Urdaneta, etc., etc., etc.
"Mi querido general y amigo":

Me tiene Vd. aquí detenido a causa de mi salud que se ha deteriorado mucho, porque los males que adolezco se han complicado de una manera muy penosa. Yo sufría antes bilis y contracción de nervios, y ahora ha resultado mi antiguo reumatismo; así es que cada remedio, o cada precaución que tomo para impedir el progreso de una de las enfermedades, perjudica a la otra muy fuertemente. Es inútil detallar la serie de estas menudencias; siendo lo peor de todo que ni hay un médico regular ni tampoco el clima me conviene.

Yo conozco, y los profesores me lo han aconsejado, que debo navegar unos días en el mar para remover mis humores biliosos y limpiar mi estómago por medio del mareo, lo que es para mí un remedio infalible, ya que no puedo vencer la repugnancia a tomar remedios por la boca. (Resaltado del autor)

Todavía no he llegado a tragar una gota de medicina a pesar de la gravedad de mis males: al mismo tiempo mi reumatismo se opone a que vaya a percibir las humedades y fríos de esas sierras heladas que se encuentran desde Ocaña, al paso que mis nervios sufren extraodinariamente de este inmenso calor; de suerte, con mucho dolor, suelo menearme y dar un paseo en la casa, sin poder subir una escalera por lo mucho que sufro. También ha de saber Vd. que mi debilidad ha llegado a tal extremo que el menor airecito me constipa y que tengo que estar cubierto de lana de la cabeza a los pies. Mi bilis se ha convertido en atrabilis, lo que ha influido poderosamente en mi genio y carácter.

Todo esto, mi querido general, me imposibilita de ofrecer volver al gobierno, o más bien de cumplir lo que había prometido a los pueblos de ayudarlos con todas mis fuerzas, pues no tengo ninguna que emplear ni esperanza de recobrarlas. Bien persuadido de esta verdad, y no queriendo engañar a nadie, y mucho menos a Vd., tengo la pena de asegurarle que, no pudiendo servir más, he resuelto decididamente tratar sólo de cuidar mi salud, o más bien mi esqueleto viviente. Advierto a Vd. esto para que tome sus medidas para asegurar la presidencia de la república, o el poder supremo que ahora ejerce, sea para Vd. mismo, o para quien parezca capaz de dirigir la nación, si es que Vd. no quisiera continuar en el mando: en esto yo no me meto, porque no puedo querer para otro lo que no quiero para mí.

He recibido aquí tres comisiones, la primera del departamento de Boyacá que me dirigió sus actas, y, según me ha informado el comisionado Canales, el espíritu allí es generalmente bueno; lo mismo me han dicho los que me trajeron el acta de Santa Marta. Urdaneta y Barrientos, que me han entregado la de Antioquia, me aseguraron otro tanto, añadiendo que hay muy pocas expceciones a esta regla, lo que me asegura aun más fuertemente el pariente de Vd. Barrientos me ha dicho que el prefecto le había encargado insinuarme que no convenía el general Urdaneta en Antioquia. También me dijo que en aquel país querían ser gobernados por sus hijos; le contesté que la familia de Córdoba lo había gobernado y lo había perdido. Este oficial ha dado a entender que en el país desean a Vélez, y él también desea quedarse mandando: dando, por supuesto, mil seguridades de celo y de lealtad.

Refiero a Vd. esto para su inteligencia. Yo creo lo que me han dicho estos comisionados de que los pueblos son afectos, y algunos individuos enemigos; con todo esto no creo que haya la menor seguridad ni aun probabilidad de mantener las provincias en orden y obediencia.

Mi dictamen es que los demagogos se van a esparcir por todas partes para asestar cuantos tiros puedan contra los venezolanos, alegando para esto razones, pretestos (sic) *y localidades; lograrán sus tiros infaliblemente, porque somos muy pocos, y después dominaran el resto del país aniquilando nuestros amigos; el pueblo, aunque forzado, seguirá el impulso; y muy luego este mismo pueblo se comprometerá tanto, que se hará culpable a su pesar y se defenderá con una obstinación ya libre, como sucedió con los criollos en Venezuela en tiempo de Boves.*

Los jóvenes demagogos van a imitar la conducta sanguinaria de los godos o de los jacobinos para hacerse temer y seguir por toda la canalla. Ellos han visto por sus propios ojos y a su costa que la conducta débil y algo moderada de sus magistrados queridos les ha producido su ruina. Ahora será lo contrario: guerra a muerte será un grito, y, como nosotros hicimos con los españoles, nos exterminarán.

El actual gobierno, en lugar de comprometer los pueblos y los hombres de importancia, está paralizando la acción espontánea del pueblo y de los hombres de bien que sienten todo el peligro que corren, y se dejará conducir como estúpido cordero a la matanza: volverá a caer, y no se levantará la tercera vez, porque los miembros que lo componen y las masas que lo sostienen, serán exterminados o proscriptos, y sus restos irán a comprometerse con ellos para salvar sus vidas.

Dice Madame Staël, y otros antes que ella, que el lecho de un moribundo es un altar profético que debe considerarse como una especie de inspiración que recibe allí el moribundo. Yo profetizo, pues que el actual gobierno no alcanza al día en que se elija nuevo presidente, a menos que Vd. devuelva su carácter y se defienda como un desesperado. ***Tenga Vd. entendido que se ha observado en la historia, que en todas las guerras civiles ha vencido siempre el más feroz, o el más enérgico, según la acepción de la palabra.***

Al partido de Vd. no le queda otro recurso que optar entre dejar el país o deshacerse de sus enemigos, porque la vuelta de estos será espantosa. *Por no colocarme yo en tan cruel alternativa no me he atrevido tomar parte en esta reacción, pues* ***estoy persuadido que nuestra autoridad y nuestras vidas no se pueden conservar sino a costa de la sangre de nuestros contrarios, sin que por este sacrificio se logré la paz ni la felicidad, mucho menos el honor.*** (Resaltado del autor)

La situación de la América es tan singular y tan horrible, que no es posible que ningún hombre se lisonjee conservar el orden largo tiempo ni en siquiera una ciudad. Creo más que la Europa entera no podría hacer este milagro sino después de haber extinguido la raza de los americanos, o por lo menos la parte agente del pueblo, sin quedarse más que con los seres pasivos…

Carta muy dura, tal vez apocalíptica, que el propio Bolívar habría de pedir en forma confidencial al mismo Rafael Urdaneta -en nueva carta del 4 de noviembre desde Soledad- que la destruyera con el conjunto muy nutrido de cartas enviadas en esta coyuntura. También le ofrece reciprocidad destruyendo las de

éste, plenamente consciente de las duras visiones que tiene de ese inmediato futuro y de lo que siente como el empuje de un deber, que es destruir a ese enemigo, cuyo puño ya ha sentido en carne propia.

La parte pertinente de la nueva carta del 4 de noviembre al mismo Urdaneta dice:

> *(…) Voy a hablar a Ud. de un negocio muy delicado, porque toca, como dicen, a la delicadeza. El mal humor, la atrabilis que me devora y lo desesperanzado que me hallo de la salvavación de la patria, me han inspirado los pensamientos más negros y menos cortesmente expresados. Diré, en fin, la palabra: yo deseo que Ud. le entregue todas mis cartas de esta época última al coronel Austria, pues pudiera suceder que en una revolución cayeran en manos de mis enemigos y le darían un sentido muy siniestro, aunque en todas he renunciado una y mil veces el poder supremo y he declarado que no he tenido parte alguna en esta reacción. Austria me las mandará y, si Ud. quiere, le devolveré las suyas o las quemaré; aunque las de Ud. edifican por la piedad. También le ruego que rompa luego las cartas que le escribo, pues estoy resuelto a decirle a Ud. algunas veces lo que pienso, porque nadie me quita de la cabeza que Uds. corren un furioso huracán y no dejo de tenerles lástima como buenos y antiguos compañeros.*
>
> *Diré a Ud. de paso, que materialmente me es imposible ir a Bogotá a conferir a Ud. una delegación de mando, porque es imposible que yo pueda hacer en el estado en que estoy este viaje, pues realmente no es practicable. (…).*

El paso del tiempo dejó claro que Urdaneta jamás le envió aquellas cartas a Bolívar para quemarlas y allí quedaron para el juicio de los siglos. Lo que se escribe ata con vida propia al que lo escribe.

Bueno, Bolívar ha visto en sus visiones intuitivas, desde hace ya un tiempo largo, que lo que sigue es la guerra en su América y en esas nacientes repúblicas concebidas y alimentadas por su cerebro.

Cita a madame Staël, la brillante escritora francesa de centro de la época de la revolución y de Napoleón, con quien ella mantuvo serias diferencias. Éste no entendía que las mujeres se pudieran dedicar a otra labor distinta al bordado. Bolívar era asiduo admirado de Anne Louise Germaine Necker, baronesa de Stäel, cuya lectura ha realizado, refiriéndose a la etapa del Terror en Francia, época aun más terrible que la actual, en lo que resta de Colombia.

Su mirada ya no se detiene en una presidencia que ciertamente ha sido acordada ante los triunfadores de Santuario, cuando se operó la renuncia al cargo de Mosquera y Caicedo, como se ha visto, sino en ese desvencijamiento de su cuerpo y en el enemigo que palpita agitadamente sobre el presente y el inmediato futuro.

Se ha demorado usando cierto optimismo, en anticipar en su portentosa imaginación el desenlace fatal. Ahora ya lo siente.

En el libro "Bolívar", de Salvador de Madariaga[173], se puede leer en relación con el estado físico del Libertador y su modo de vida en Soledad, a comienzos de octubre:

> *Uno de sus oficiales* -se refiere a Vallarino enviado del general José Domingo Espinar desde Panamá donde se encuentra en la responsabilidad del gobierno-*, José Vallarino, que llegó el 10 de noviembre a informarle sobre los sucesos de Panamá, ha dejado unas escenas de la vida de Bolívar en aquellos días. Escribe Vallarino:*
>
> *S.E. me recibió en la alcoba, muy amistosamente, estaba en traje de casa, cubierta la cabeza con un gorro de seda color cáscara de almendra. Al darme la mano, y conducirme a uno de los sillones que estaba enfrente de la puerta del balcón cerca de su cama, de los que él tomó uno y yo otro, me dijo lo siguiente (irrelevante al tema que se trata). Después de la sopa bebió conmigo; estuvo muy obsequioso. Al servirme un poco de lentejas advirtió que estaban preparadas con aceite y se manifestó enojado con el cocinero (...). "Ud. notará que estoy algo impertinente. Qué quiere Ud., no aciertan a complacerme y mi estado de salud me hace intolerante". La comida fue de corta duración. Nos levantamos y a poco sirvieron el café a la mano. Ya oscurecía y el mosquito empezó a ser molesto. S.E. salió conmigo al balcón habiéndose abrigado antes con una caperuza de paño azul bordada, y forrada de terciopelo carmesí, que le cubría la cabeza.*
>
> *Después pidió sus botas porque el mosquito le molestaba por los pies. Continuamos hablando del Istmo, y de negocios políticos hasta las nueve de la noche, que me retiré. S.E. tuvo la bondad de acompañarme hasta cerca de la escalera. Advertí en la fisonomía de S.E. mucha languidez, sus ojos se fijaban y no brillaban como siempre (...). Su cuello estaba un poco hundido entre los*

173. Salvador de Madariaga, "Bolívar", Biblioteca de la Historia, t.II, Madrid.

hombros, la espalda un poco cargada, el pecho algo fatigado, una tos tenue, pero bastante fuerte, tardió (sic) en discurrir y sus pasos vacilantes.

Vallarino sigue contando: <A la una de la tarde estuve a visitar al Libertador, le anunció su sobrino mi llegada, y salió a recibirme, me saludo con afabilidad, nos sentamos uno frente al otro, le pregunté por su estado de salud y me contestó: "Voy bien, los baños me prueban, la bilis es mi mayor mal", hablamos del estado político de Colombia, "los pueblos -me dijo- están cansados, no quieren más que paz y orden, porque amigo mío, pensar que las ideas liberales están generalizadas es un error, hay muchos hombres de juicio que no están por el sistema representativo, porque están persuadidos que es inadaptable a estos países". Yo le dije que un pueblo nuevo era susceptible de adoptar cualquier clase de instituciones, siempre que hubiera firmeza para sostenerlas por algunos años hasta conseguir que se habituase a ellas: "no lo crea Ud. -me repuso con viveza-, aquí los hombres están acostumbrados al sistema español, y no hay poder bastante fuerte para contrariar unos hábitos que están arraigados en el corazón".

Al anochecer encontré al Libertador que volvía de paseo asido del brazo del comandante Glen (se refiere a un comandante canadiense John Glen, quien con su hermano Eduard habían llegado al pequeño pueblo de Barranquilla de cinco mil habitantes y habían formado una compañía de transporte fluvial- y *cubierto con la caperuza, le acompañé hasta su casa; al subir la escalera lo hizo apoyado del brazo de Glen, con alguna fatiga de pecho, reposó un rato sentado, entró en su alcoba, volvió a salir, le sirvieron unos caracoles que me brindó y tomé; poco después me invitó a bajar a la sala baja de la casa, donde le esperaban para jugar malilla; bajó la escalera apoyado del capitán Iturbide, su edecán; se acercó a la mesa en que ya estaba esperándolo la señora de Molinares, dueña de la casa, tomó los naipes, llamó a Molinares con el título de papá, me convidó a hacerle cuarto, y ocupé un asiento, estuvimos jugando dos horas.*

Bolívar siempre fue un jugador, porque el juego calmaba su ansiedad y constituía un escape a esas diarias angustias.

El español Joaquín de Mier y Benitez, rico hacendado de Santa Marta a quien Bolívar no conocía, pero buen amigo del general Mariano Montilla, a pedido de éste invita al Libertador al viaje a Santa Marta para que permanezca en un clima benigno en busca de mejorar su estado de salud. Mier, quien ostenta el título nobiliario de marqués, es el generoso propietario de la hacienda San Pedro Alejandrino, a una legua de la ciudad de Santa Marta, en donde el español

tiene sembrados de caña y destila ron, en medio de una hermosa vegetación. Ha levantado una quinta cómoda, sombreada por frondosos tamarindos, que pone a disposición del Libertador.

Mier es igualmente dueño de un bergantín de nombre Manuel, el que hace atracar en una playa que ostenta el nombre de Sabanilla, en la propia pequeña ciudad de Barranquilla desde unos días antes. Y Bolívar, llegado el momento, embarca con especiales cuidados. El viaje es corto hoy, pero en aquella época era preciso navegar el río Magdalena desde Sabanilla y alcanzar alta mar con fuertes movimientos y sacudidas que duran varios días. Entonces, como estaba previsto por los médicos, sus intestinos se mueven y vomita esta vida y la otra, mientras la muerte le mostraba su afilada guadaña.

Claro que ese viaje a Santa Marta Tampoco fue inmediato, porque el Libertador debe pasar varios días en aquella Barranquilla, a la espera de que se termine definitivamente el levantamiento de Riohacha, del que hemos hablado, y otro menor que estalló con unos indígenas en Ciénaga, población cercana a Santa Marta. Durante ese tiempo Bolívar recibe una copiosa correspondencia y envía la suya; y muestra un estado de conciencia e interés por lo que estaba ocurriendo en toda la geografía de la Nueva Granada. No obstante, se diría que en estos días Bolívar más pertenecía a este mundo que al otro desconocido.

El viaje de salud que el Gran Caraqueño emprende, a sugerencia médica, desde Cartagena, tuvo sus etapas y todo estaba ocurriendo en los episodios que han precipitado la caída del doctor Joaquín Mosquera de la presidencia.

Bolívar había llegado a Soledad el día 14 de octubre, cuando dentro de su activa correpondencia envía carta al señor Prefecto de Antioquia y permanece en esa ciudad hasta el 6 de noviembre. Ese día envía nueva misiva a Urdaneta. Son muchas esas cartas dirigidas a quien mantiene el gobierno en sus manos para hacerle entrega del mismo a él.

Soledad es una pequeña urbe a poca distancia de Barranquilla, a donde se dirige el mismo 6 de noviembre. Lo primero que hace desde allí es enviar su nuevo y consabido mensaje a Urdaneta.

El aplazamiento de la partida hacia Santa Marta obedece, como ya se anotó, al levantamiento de algunos indios en Ciénaga, pequeño pueblo cercano a aquella ciudad, que en verdad no tuvo mayor trascendencia.

Entonces Bolívar permanece en Barranquilla veinte días, en los que escribe a distintos destinatarios veinticinco cartas. Su cerebro está intacto, según se puede advertir en la lectura.

Veamos para acercarnos a la sicología de Bolívar de esos días algunas cartas muy interesantes:

El día que llega a Barranquilla le dice a Urdaneta:

Barranquilla 8 de noviembre de 1830
A. S. E. El general Rafael Urdaneta "Mi querido general":

He recibido el oficio de la secretaría de guerra y la carta de Vd. de 28 de octubre. Por esta correspondencia quedo instruido de los sucesos militares que han tenido lugar y de la situación de esos departamentos. Todo es muy bueno, puesto que el oficio empieza muy bien; pero los desaguisados del Socorro (donde se han levantado) *pueden traer una grande consecuencia sin contar con el antecedente. Esta consecuencia es una expedición de Venezuela, que será infaliblemente puesta en movimiento luego que sepan por todas partes, y sobre todo por Fortoul, que Río Hacha ocupa el Magdalena, Moreno a Tunja, y Obando está en el Sur. Lo del Socorro será el estimulo, la ocasión y, sobre todo, la gana que tiene Páez de salir de nosotros. Carujo mandará a Venezuela mil y mil exageraciones, lo que no dejará de ser creído, porque halaga, y Maracaibo llenará en esta parte todos los vacíos que deje Carujo. En fin, Vd. sabrá todo por lo que escriba Montilla; y allá verá Vd. lo que quizás yo no sé todavía. Yo creo que Vd. debe tomar muy a pecho los negocios del centro, y hacer lo posible para no ser ahorcado, pues allá van todos los desgraciados que se dejan batir. En cuanto triunfen esos señores, nos ponen fuera de la ley, matan a los que cojan y proscriben a los que se escapen. Si me engaño será una fortuna.*

Mis males van así, así; sufro en general todos los achaques pero suelo tener más o menos fuerzas, cuanto menos dieta tomo, pero este desorden de mi dieta es aconsejado por el médico mismo para que no me muera de consunción. Así es que las fuerzas que gano me cuestan el aumento de mi bilis y la mayor irritación de mis nervios; pues es a fuerza de vino generoso y de especerías que exitan el apetito y me dan fuerza. Todo lo que gano es en daño de mi mal. Espero poder embarcarme dos o tres días para arrojar mi bilis, y quedar aliviado, pues no tomo remedio para nada, y mucho menos cuando me acuerdo que el vomitivo

que tomé en Bogotá me hizo dejar el mando en el momento más crítico, exponiéndome a la censura y quizás al sacrificio.

Quedo de Vd. el mejor amigo de corazón. Bolívar.

Es una carta desalada. Desconfía de Urdaneta y de todos sus amigos tratando de entender su cortedad en las medidas adoptadas, sin la rigidez que él entiende hay que adoptar. Es duro a veces con Urdaneta por la falta de esa mayor dureza de éste con el enemigo, pero como veremos en otra carta, ante la queja de Urdaneta, Bolívar le da explicaciones de amistad que rebelan sin duda alguna su angustia por los sucesos que simultáneamente ocurren con el derrumbamiento de su salud en permanentes altibajos. No obstante, su buen ánimo se despierta a veces y piensa en vivir y vive. Y toma cuando puede sus acostumbradas dos copas de vino.

En otra carta a Montilla, su paño de lágrimas, procura obtener las provisiones que en Barranquilla no hay, entre ellas pan, jerez seco, cerveza y vino. Y explaya y amplía sus comentarios sobre Riohacha. Interesante misiva:

Barranquilla, 8 de noviembre de 1830
Al señor general Mariano Montilla.
"Mi querido general":

Le sorprenderá a Vd. la llegada de José (José Palacios, su mayordomo) *por allá; lo mando a buscar algunas cosas para mi mesa, pues no tenemos por aquí ni pan ni vino ni nada más que lo que da la tierra.*

Escribí a Vd. lo que pensaba sobre las cosas de Río Hacha (por supuesto se refiere al levantamiento que ha sucedido en la Guajira). *Ojalá que los resultados sean más felices que los que yo he temido y temo. Entre otras aprehensiones tengo la de que el río que detiene a Blanco puede ser que no baje en muchos días, y que si tiene la desgracia de pasarlo no será auxiliado por Valdés, y quizás pueda sufrir algún descalabro por esta falta de cooperación, pues supongo que Blanco no traerá 300 hombres en estado de combatir, aun cuando haya escrito otra cosa para engañar a los enemigos en el caso de que cogieran su parte* (se refiere al parte de guerra que está comunicando al superior)*, cosa que todo hombre prudente teme en la guerra.*

Si hay tiempo todavía, yo instaría a Vd. a tomar medidas capaces de evitar un revés: revés que puede traer consecuencias muy funestas. En el día la pérdida

de 200 o 300 hombres puede arrastrar consigo un transtorno cuyo último *resultado no es muy fácil prever; porque ahí está Venezuela, los asesinos en el Sur* -obviamente de refiere a Obando y a López- *y los demagogos por todas partes.*

He recibido aquí comisiones de Flores -en Ecuador- *y de Espinar* -en Panamá-*: ambos aseguran estar muy adictos y a mis* órdenes *y que harán todo lo que yo les exija, pero ambos están independientes todavía y me parece que con ganas de conservar este precioso bien. Pero lo que es certísimo es que los pueblos de una y otra parte son decididísimos por mí, según la relación de las cartas y de los comisionados. No entro en detalles porque son larguísimos y minuciosos. Se espera con fundamento que la recepción de mis respuestas arreglará todo felizmente.*

Mando a buscar un poco de jerez seco y cerveza blanca. Me dicen que no hay nada de esto, pero como necesito de muy pocas botellas, puedo decentemente pedirlas a un amigo: pero yo no soy amigo de Mier (se refiere por supuesto a Joaquín)*, y, por lo mismo, a Vd. le toca esta impertinencia, siempre que no se encuentre en la ciudad; pues de otro modo no admito nada, excepto algunas verduras que tampoco se encuentran en la plaza. José* (se refiere a su viejo mayordomo José Palacios) *dirá a vd. esto, y quizás Vd. mismo lo sabrá por experiencia. Esto es pedir con modo.*

Quedo de Vd., mi querido general, su afectísimo. Bolívar.

Este en realidad es un mensaje del que uno no puede creer que quien lo escribe está muriendo; y además, que no obstante su interés por el inmediato futuro, tampoco acepta el gobierno a su propio nombre. Es como una cuestión de principios, por supuesto exacerbada por la ocurrencia de hechos que él previó y no pudo evitar y ahora están teniendo un desarrollo contrario a sus convicciones. El futuro es el que le hace temer; pero ve con horror cómo va desarrollándose, acorde con esos mismos temores.

Esta sicología que se advierte en sus cartas, naturalmente, permite estudiar la profundidad del pensamiento y la personalidad de ese genio, hecho en la guerra y conocedor de los hombres. Él mismo cargado de pasiones coyunturales.

Pero veamos otra carta a Montilla, el generoso general que lo amaba por encima de todas las vanidades y altibajos de la vida, en la que es evidente que Bolívar de ninguna manera, y así esté padeciendo su declive final, deja de ser el jefe:

Barranquilla, 10 de noviembre de 1830
Al señor general Mariano Montilla "Mi querido general":

Ha llegado anoche el general Carreño, y me ha dado parte de toda su comisión, y como me ha parecido negocio capital, dar mi dictamen sobre los diferentes objetos de que se me ha dado noticia, despachamos este extraordinario para que Vd. se instruya prontamente y a tiempo, a fin de que no tome medidas en consecuencia, o haga lo que le parezca mejor.

Me parece muy bien y muy acertada la remisión de más tropas al Río Hacha con Sardá, que lo creo útil, ***pero desapruebo enteramente la instrucción que se le da de ir a obrar separadamente de Valdés o de cualquier otro que sea, pues creo y temo que esa mala columna sea destruida por los enemigos antes de que pueda reunirse con nadie.*** (Resaltado del autor)

Por consiguiente, mi dictamen cerrado es que no se exponga nada, pero nada absolutamente como lo pensé desde el primer día. Sardá debe ir a desembarcar a Río Hacha, que se reuna con Valdés; y que reunido con él se asegure perfectamente el castillo, dejando en él *a Adlercreutz con todas las tropas que sean indispensables, todas las municiones y víveres que sean precisos; y que se concluyan antes los trabajos que crea útil y el mismo Adlercreutz. Deben colocarse en este castillo piezas de cañón y artilleros (...).*

Es de rigor resaltar la forma como interviene el Libertador y da las órdenes que son acatadas por los generales del comando. "Desapruebo", dice, las instrucciones que se le dan a Sardá. Bolívar seguía siendo el jefe, mejor aun, el comandante supremo. Tal era el respeto que le tenían sus partidarios.

Hay otra carta a Urdaneta muy interesante:

Barranquilla, 16 de noviembre de 1830
A. S. E. El general Rafael Urdaneta etc., etc., etc. "Mi querido general":

Mucho gusto he tenido por la última correspondencia que he recibido de Vd. dándome parte privadamente de los sucesos de Carrillo, de Casanare, del Socorro y del Cauca. Tan faustos acontecimientos deben llenar de gozo el corazón de Vd. y la esperanza de los amigos: repito que mucho me han gustado, sobre todo la reacción del Socorro, si su resultado corresponde al principio.

No me ha gustado mucho el espíritu de división que me parece va a desenvolverse de resulta de la quitada de Fernández y las demás providencias que

se tomen en Boyacá. Vd. ha debido hacer general de división a Justo Briceño (Urdaneta mantuvo una diferencia un poco urticante con Briceño que el Libertador, hasta el último momento intentó componer)*, pues es justo este premio y se debe ganar a una persona que ha servido tanto en estas circunstancias y que estaba muy atrasado en sus ascensos. Además resultará que los amigos de Briceño dirán que por parcialidad no se le ha hecho.*

Fernández estaba resuelto, según dicen, a no entregar el mando del Socorro sino cuando hubiera renunciado voluntariamente. Por fortuna yo había escrito con tiempo a Briceño diciéndole que uno de los motivos que más me retenían en el Magdalena y por lo que no había aceptado todavía el mando, érase porque preveía una división muy tonta entre mis amigos, y que ***no quería volver a otra lucha como la de Páez y Santander, que al fin nos ha destruido a todos. Veremos qué produce esta verdad saludable. Voy a escribir de nuevo sobre esto, rogándole a Vd. de paso que tampoco desoiga mis avisos en esta parte y que mejor es una buena composición que mil pleitos ganados: yo lo he visto palpablemente, como dicen: el no habernos compuesto con Santander nos ha perdido a todos.*** (Resaltado del autor)

Vd. sabrá por Montilla lo que haya ocurrido en Río Hacha.

Mi salud marcha regularmente, es decir marcha su camino, pues yo no le pongo término por causa de mi repugnancia a las medicinas y porque este clima me mata. Ya no tengo dieta, porque era el único *medio de no morirme de debilidad, mas en nada he ganado. Pienso embarcarme en una goleta que vendrá muy pronto a Sabanilla* (para Santa Marta)*. Arrojaré bilis y me debilitaré más.*

Quedo de Vd. de corazón. "Bolívar".

Famosa carta esta de Bolívar en la que reconoce que el error de "no habernos compuesto con Santander nos ha perdido a todos ". Igual reconoce en lo tocante a sus disparidades con Páez, que bien pudieron evitarse. Sí, cuánto hay de malo en la vida, que hubiere podido evitarse; y reconocer estas equivocaciones un tanto pasionales, le da mayor grandeza humana al Caraqueño.

Pero hay algo más: su salud marcha irregularmente y él no le pone término. Al fondo siente que se puede curar, aun cuando observa el desvencijamiento de su carne y de su cuerpo y su repugnancia a tomar medicinas. La carta es admirable y trascendente.

Desde esa pequeña ciudad que es Barranquilla observa la vida de la misma forma que la observó desde el Monte Sacro en Roma, y le vuelve a escribir a Urdaneta:

Barranquilla, 26 de noviembre de 1830

A. S. E. El general Rafael Urdaneta.

"Mi querido general":

Tengo en mi poder la apreciable de Vd. del 14 de noviembre y las reflexiones que en ella me hace Vd. han sido bien sensibles para mí. Al escribir a Vd. aquella carta en Soledad -se refiere a la fechada el 4 de noviembre de Bolívar a Urdaneta- *de que Vd. me habla no tuve otro objeto que prepararlo a Vd. contra lo que podía suceder y al avisarle a Vd. el triste estado en el que me hallaba reducido por mi salud, me aproveché de la ocasión para manifestarle los temores que tenía de que acontecimientos desagradables podrían perturbar y aun trastornar todos los planes y esfuerzos de Vd. Algunos acontecimientos han manifestado que* éstos *no eran enteramente infundados, y aunque afortunadamente no han tenido ningún resultado funesto hasta ahora, no creo todavía que debemos lisonjearnos de lo futuro.*

Vd. sabrá el peligro en que ha estado el general Montilla por esa miserable revolución de la Ciénaga. La casualidad, de haber llegado tan a tiempo el batallón Pichincha, lo salvó y evitó que se perdiera Santa Marta, que hubiera acarreado infaliblemente la ruina de la expedición de Río Hacha (esta por supuesto fue la causa de la demora en Barranquilla). *Aun como ha sucedido es bien dudoso el* éxito *que tendrá, pues las noticias últimas de Valdés son que no puede moverse de su campo porque no tiene tropas con que hacerle frente a los miserables paisanos que manda Carujo; y que cada día se debilita más por las enfermedades que ya le han inutilizado más de 400 hombres* (se refiere a la malaria y el paludismo). *De Blanco no se sabe nada, pero por esta relación se puede inferir cual será el estado de sus tropas, cuando Valdés que no ha hecho nada esta así. La revolución de la Ciénaga ha tenido su origen por la del Socorro, y aquélla ocasionará otras.*

Acabo de leer una carta del general Montilla con fecha de ayer, en que anuncia haberse concluido el negocio (el alzamiento) *de la Ciénaga. Que los indios recibieron una segunda derrota en Bonda, por la cual se han dispersado todos, quedando Holmechea con seis u ocho errantes por las montañas.*

También me ha mandado avisar que dos buques ingleses mercantes han llegado a Santa Marta y que hoy vendrá uno a Sabanilla para que yo me embarque; y estoy preparándome para hacerlo inmediatamente, pues estoy resuelto a irme a cualquier parte por no morirme aquí. Creo que los aires del mar me harán provecho y que debo irme a un temperamento donde pueda recobrar mi salud, sea donde fuere, pues es peor quedarme para seguir sufriendo los achaques que hace doce meses estoy padeciendo, y morirme cuando más tarde dentro de un par de meses que duraré cuanto más.

En Jamaica hay excelentes temperamentos y allá es donde pienso irme; si me mejoro volveré y si no lograré a lo menos no padecer tanto. Ruego a Vd., pues, me mande un pasaporte, aunque puede suceder que llegue tarde; ya estoy casi todo el día en la cama por la debilidad, el apetito se disminuye y la tos o irritación del pecho va de peor en peor. Si sigo así dentro de poco no se que será de mí y de consiguiente no puedo aguardar.

He recibido la nota del ministerio de la guerra, y la he contestado como debía en estas circunstancias.

Adiós, mi querido general, deseando a Vd. felicidad, quedo de Vd. de todo corazón. Bolívar.

Carta impactante que refleja en su inicio aquella que le mandó Urdaneta después de la brutal carta de 4 de noviembre desde Soledad, que incorporamos antes y en la que habla de no dejar vivo al enemigo, como debe recordarse. Bolívar le habla con dureza de lo que debe ser esta nueva guerra a muerte; y le pide que le envíe sus cartas para quemarlas, naturalmente para evitar que eventualmente cayeran en manos enemigas y mostraran esa ruda faceta del Libertador en relación con los adversarios.

Urdaneta se ha quejado por lo que le expresa en esa anterior misiva el Libertador; y éste responde con la sinceridad de su corazón sobre su forma de ver anticipadamente las cosas que expresa, a veces con cierta desesperación y con el apremio propio de su visión del futuro. Vaticina dos meses de supupervivencia, que ciertamente no alcanzan a cumplirse.

Esta misiva muestra mayores interioridades del Libertador, consciente ya de la parte final del juego de la vida y la muerte. Se atribuye como se ve, en el mejor suceso, esa supervivencia de dos meses; no obstante que sueña con volver a esa Jamaica lejana en la que definió el curso de su lucha y de su propia existencia.

No obstante, después de contar lo relativo a los últimos acontecimientos y a "haber concluido el negocio de la Ciénaga", relata como si él fuera la mejor fuente informativa, la llegada de los dos buques que él cree son ingleses, pero que en realidad son, uno de ellos el Gramphus, norteamericano. El otro es el Manuel, que con su nombre recuerda a su dueño el marqués Manuel Joaquín de Mier -que así se llamaba-, que llega por Bolívar a Sabanilla, en donde lo estuvo esperando con paciencia varios días mientras se resolvían los problemas de Riohacha y Ciénaga.

Cuando al fin se pone en marcha el Manuel, fueron, afirman historiadores, cuatro días de navegación terrible; y Bolívar arriba exhausto a Santa Marta, después de haber vomitado casi todas sus vísceras, tal como había recomendado un médico, según se vio, pero no para bien del paciente exactamente.

Lo han acompañado en el viaje: el general Mariano Montilla, el militar José María Carreño, el general Laurencio Silva, José de la Cruz Paredes, el coronel inglés Belford Wilson, Andrés Ibarra, Lucas Menéndez, José María Molina, el sobrino Fernando Bolívar, el doctor Juan Pérez de Recuero y un extranjero muy amigo suyo, don Juan Glen, también militar.

Llegó a esta ciudad el 1° de diciembre, ya oscurecido el día. El arzobispo Esteves, a quien conocía desde el Congreso Admirable, lo esperaba igual que Mier y varios amigos, entre ellos Montilla. Es bajado con dificultad y montado en un coche se traslada a la vieja estructura del Tribunal de Comercio, hoy conocida como la Aduana. Han improvisado una habitación para su vivienda inicial. El resto del personal que lo acompaña ocupa otras habitaciones.

Al otro día Montilla lleva al médico francés Próspero Reverand, de quien muchos autores dicen que no es en realidad graduado, no obstante que ha ejercido la profesión en el propio ejército de Napoleón en campos de batalla. Éste llega acompañado del doctor norteamericano George B. Mc Night, quien es el médico del Gramphus y lo examinan y están a su lado hasta el día 5, en que sarpa el Gramphus de regreso. Y ambos facultativos, después de examinarlo esos pocos días, concluyen en que a esas alturas de la enfermedad ya no tiene cura. Así se lo expresó Reverand al general Mariano Montilla, quien recibe la noticia desolado.

Al médico Reverend se lo ha recomendado su gran amigo Jean Pavajeau, cuando Bolívar aun se encontraba en Cartagena.

El día 4 escribe tres cartas desde Santa Marta, relativamente breves: la primera de ellas la dirige a su sobrino el general Diego Ibarra, la segunda al general Pedro Briceño Méndez y la tercera al general Rafael Urdaneta.

Bolívar quiere salir al campo y de Mier ordena que lo trasladen a la hacienda de San Pedro Alejandrino, que le recuerda de entrada la de San Mateo en su infancia. Es el día 6. El Libertador sabe de cierto que este es el último puerto de su vida. El mismo marqués lo acompaña en un coche.

El autor venezolano Guillermo Ruiz Rivas[174] escribe este elegante pasaje:

La fragata Gramphus levó anclas el 5 (es decir, abandonó el puerto de Santa Marta). *Reverand quedó solo, con la responsabilidad del paciente, que se quejaba del costado derecho y de dolor en el pecho. El aire puro de la sierra le sentaría mejor. Montilla hizo llamar al médico para preguntarle su opinión.*

-Señor general, mi concepto como facultatativo, es el de que el Libertador no tiene remedio: considero una tisis pulmonar llegada a su último grado, y esta no perdona.

El bondadoso médico, con este diagnóstico, remataba el muro de incomprensiones que rodeó al Libertador en los últimos años de su vida. Morir de tuberculosis, o de cáncer, ¿qué más daría? Por desgracia, parece demostrado que a través del diagnóstico moderno, la enfermedad que padecía Bolívar no era tuberculosis y que los medicamentos y aplicaciones que el doctor Reverand formuló al ilustre paciente, lejos de causarle el beneficio que el bondadoso corazón de su médico buscaba, eran contraindicados.

(…) Cuando el general Montilla escucho de labios del bondadoso Reverand la tremenda noticia que le dio, lanzó un formidable taco y salió en busca del marqués de Mier (éste aun ostentaba un título nobiliario español*). El día 6, después de vestirse ayudado por José* (Palacios, su mayo*rdomo*)*, Bolívar subió a un cochesito en el que esperaba Mier para conducirle a la hacienda de San Pedro Alejandrino. Al pasar por frente de su casa, la esposa, doña Isabel Rovira, distinguida dama caucana, se hallaba asomada en el balcón.*

- Detente un momento, Joaquín -le dijo en francés- y tráenos al Libertador para que conversemos con él.

174 "Simón Bolívar más allá del mito", autor y obra ya citados.

*-¡ Imposible! Repuso el marqués en el mismo idioma-. ¿*No *ves su estado? No puede dar un paso…*

Bolívar, inclinándose, interrumpió en español:

- ¡Señora: Aun me quedan alientos para ir a besar a usted las manos! Doña Isabel bajó, apenada. Se sentó al lado del Libertador y les acompañó hasta San Pedro.

Su llegada a la hacienda fue triste. Lo llevaron cargado a la habitación. Pero sin duda alguna mejoró su estado, porque pudo levantarse al siguiente día y caminar por el terreno plano y respirar el aire puro que venía de la sierra, cuyas estribaciones se ven y se sienten. Mejoró su comida y sintió nuevamente que la vida era suya.

Hay una anécdota graciosa de por medio. En uno de esos días de agobio llega a visitarlo un gran amigo, el general José Sardá que ha tenido una actuación brillante en Riohacha como se vio unas páginas atrás. Bolívar se encuentra en la hamaca colgada de unos tamarindos y a su lado se sientan amigos que desean verlo y conversar con él. Sardá que fuma mucho, se le hace cerca. Entonces Bolívar le dice con respeto que si se puede correr un poco más hacia atrás. Sardá se corre y Bolívar le dice que un poco más. Sardá se molesta y le dice: "Bueno Excelencia, pero por qué conmigo?" Bolívar le contesta: "Bueno Sardá, es que usted huele a demonios. Tiene un olor de cachimba". Y Sardá contesta sonriendo: "Pero cuando estaba con Manuelita que también fumaba, allí si no decía nada". Y se corrió más. Bolívar entonces exclamó: "Pero es que era Manuelita. ¡Ah Manuela, cuánto te recuerdo y cuánto te amo!"

Escribió cartas conforme a su costumbre. Una al general Justo Briceño el 7, absolutamente intrascendente, otra a Urdaneta el mismo día, y en ella sostiene:

Santa Marta, San Pedro, 7 de diciembre de 1830 "A. S. E. El general Rafael Urdaneta, etc., etc., etc.
"Mi querido general":

Debo confesar a Vd. que la última que he recibido con fecha 21 del pasado me ha causado bastante disgusto: las diferencias entre Vd. y Briceño, pueden ser causa de muchos males. Antes he hablado a Vd. sobre el particular, y yo espero que mis consejos y pronósticos habrán llegado muy pronto, después de haberme dirigido Vd. la que contesto. Pero no es esta causa sola que me

molesta, las reflexiones de Vd. me han sido muy sensibles, y no puedo figurarme con que objeto han sido dirigidas. Si Vd. cree que yo soy capaz de ocultar a Vd. algún pensamiento poco favorable, después de la franqueza que he usado hacia Vd., me hace una injusticia de que Vd. no podrá quejarse de mí, pues me han incomodado hasta las seguridades que otros han pretendido hacerme de la sinceridad de Vd. pareciéndome muy importunas.

Si las diferencias de Vd. y Briceño aparecen bajo otro aspecto y no como resentimientos personales, no alcanzo a comprender por que Vd. me hace indicaciones tan extrañas a la amistad que me lisonjeo existe entre nosotros. Pero no hablaré más de un negocio desagradable, que yo espero que en adelante cese de ser una nueva tea de discordia. Me parece que lo que yo he aconsejado a Vd. sobre el particular es suficiente si Vd. quiere tomar mis consejos; si éstos *no están de acuerdo con el parecer de Vd. en vano haría instancias de la misma naturaleza. Yo me alegraré, sin embargo, que mis temores no se realicen y que asuntos tan insignificantes no ocasionen desgracias más serias. Con este objeto he llamado al general Briceño para que sirva en el ministerio de la guerra. Vd. conoce este sujeto y sabe de su integridad y buenos sentimientos; y yo me lisonjeo de que podrá cortar algunas dificultades. Blanco también tiene mucho influjo sobre Justo Briceño; este amigo dicen que está muy malo y quizás convendrá de todos modos que vaya a servir en Boyacá. (…).*

(…) Yo he estado bien malo, y los médicos me han creído de cuidado y, a pesar de haberme embarcado y venido a Santa Marta, no había sentido mejora ninguna hasta ayer que me vine a esta hacienda. Hoy me he sentido mucho mejor y ya tengo esperanzas de reponerme pronto, especialmente si me prueban los temperamentos a donde pienso ir a convalecerme. (Resaltado del autor)

Adiós, mi querido general; quedo de Vd. de todo corazón. Bolívar.

Se aprecia la preocupación del Libertador en relación con una enemistad que fue surgiendo entre Urdaneta y Justo Briceño que Bolívar divisa en el futuro como causante de varias desgracias. Allí habla el amigo que quiere a ambos y que hasta el último momento de su vida agitó su preocupación y extendió su consejo para eliminar la discordia. Y el peligro que se anunciaba.

Habla de su salud absolutamente quebrantada, pero celebra con esperanza cómo, al otro día de su estada en la hacienda, la va recuperando y se anima aun en cuestiones de mando. Esa transformación muestra sin duda alguna lo que era el temperamento invencible bolivariano.

Es precisamente ese día 8, desde San Pedro Alejandrino, cuando Bolívar muestra esa mejoría del cuerpo, que le escribe a Estanislao Vergara esta interesante misiva:

Santa Marta, San Pedro, 8 de diciembre de 1830.
Señor Estanislao Vergara, etc, etc. "Mi querido amigo":

He recibido la muy apreciable de Vd. del 14 del ppdo. Que he leído con toda la atención que merecen las reflexiones amistosas y prudentes que Vd. me hace. Siento bastante que mi carta al general Urdaneta causara a Vds. tanta pena, pero había prometido comunicarme con toda la franqueza posible y no podía menos que manifestarle mi situación y los pensamientos tristes que naturalmente emanaban de ella. Nunca he creído que debía hablar a mis amigos sino en el lenguaje más franco y, por lo mismo, me complace cuando ellos gozan conmigo de la misma libertad. ***La oferta de Vd. de servir hasta lo último, si yo me encargo de ayudar a la patria que me ha causado los sentimientos más gratos y me lisonjeo de que no llegará el caso de que Vd. nos abandone como piensa, a lo menos un presentimiento favorable alimenta mis esperanzas.*** *Yo no he pensado nunca después de la reacción de Bogotá abandonar mi país y mis amigos por no participar de sus peligros y cuidados. El estado lamentable de mi salud me hizo temer que yo no podría servir en adelante para nada y que si no atendía a cortar el progreso de mi mal, sólo me exponía a perecer inútilmente. (…).*

… Mis males afortunadamente han calmado un poco y esto ha sido bastante para hacerme variar de dictamen, pues había pensado hasta irme a Jamica a curarme. Sin embargo mis mejoras han comenzado desde antes de ayer acá; hasta entonces los médicos han dudado sobre mi salud y he estado como Vd. no puede tener una idea: los que me han visto podrán decirlo a Vd. (Resaltado del autor).

Aquí han llegado varios generales y jefes de Venezuela y dicen que allá no guarda más que una fuerza que proteja la opinión para pronunciarse, pues la disposición de los pueblos no puede ser más favorable. Algunos de ellos han seguido al interior y Vd. sabrá las noticias de ellos mismos.

Aquí ha habido sus disturbios, pero todo se ha calmado y aun hay esperanzas de que se concluya el negocio de Río Hacha. Estamos interesados de que el Obispo haga un viaje allá y parece dispuesto a hacerlo y está obrando de muy buena fe.

Adiós, mi querido amigo, presente Vd. mis respetos afectuosos a su señora y reciba los sentimientos de verdadera amistad con que soy de Vd. afmo. amigo.

Bolívar.

La amistad que tengo por Vd. es más pura que la luz del sol.

Es naturalmente una hermosa carta en la que muestra en el fondo, como si fuera una estrella delirante, el sentimiento de la amistad pura y con franqueza. Y el renacimiento de su esperanza de recuperar la salud por esa mejoría inicial que le entregan el paisaje y el clima benigno. Bolívar siente la mejoría y camina en la larga extensión de San Pedro. Luego, como ha sido su costumbre de siempre, cuelga su hamaca y los amigos hacen corrillo y conversan.

Hay un momento en que la vida sonríe y los acompañantes de su comitiva mandan a traer unos músicos que alegren tocando instrumentos y música que siempre ha gustado al héroe. La ilusión renace.

Ese mismo día 8 de diciembre, en que su salud sentía una mejoría, contestó una carta enviada por los amigos de la ciudad de Buga al año de cumplirse su visita a esa ciudad, antes de que se iniciara el Congreso Admirable, tal como lo dejamos expuesto en la parte final del capítulo XVI. En el valle del Cauca se le guardaba afecto y gratitud y él también lo hacía aun dentro de los umbrales de su propia muerte. Esa carta emotiva dice:

Santa Marta, diciembre 8 de 1830
SEÑORES DE LA CIUDAD DE BUGA

He recibido con la más grande satisfacción la apreciable comunicación que Uds. se han servido dirigirme por la cual he visto con igual placer que esa ciudad, acreditando la opinión que siempre ha manifestado, de nuevo ha dado su voto en favor del orden y de la integridad de Colombia.

Los encarecidos conceptos con que Uds. me favorecen y que son una prueba del afecto y decisión de Uds. hacia mi persona, han sido acogidos con el más sincero reconocimiento y yo espero que Uds. se persuadirán de los sentimientos con que correspondo a tan distinguidas pruebas de confianza y amor.

Sírvanse Uds. aceptar mis gracias más expresivas por la conducta decidida y noble que han observado en estas circunstancias y las seguridades de mi verdadero afecto con que soy de Uds. atto. servidor. Bolívar.

Imposible negar que allí está libre el pensamiento de Bolívar, su buen*a* escritura y ese afecto que les profesaba intacto; y que el mensaje de los bugueños le llega al corazón. Bolívar siente la vida, aunque de todos modos sabe que su muerte está encima con todos los anuncios.

Así pasan dos jornadas más, en las que escribe para los siglos su proclama final:

Simón Bolívar, Libertador de Colombia Colombianos:

Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiábais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.

Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos *deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la Unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.*

Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Uníón, yo bajaré tranquilo al sepulcro.

Hacienda de San Pedro, en Santa Marta, a 10 de diciembre de 1830.

Se nota que ya existe su conformidad con la muerte. El héroe va a morir y lo anuncia con la súplica de que con ese sacrificio supremo de su parte, deben cesar los partidos y consolidar la unión. Porque fueron los partidos que se habían formado de manera irsuta, los que ocasionaron el odio y la guerra. Y por supuesto la ambición de algunos.

Finalmente, la última carta desde San Pedro se la dirigió al general Justo Briceño un día después de esta proclama, el 11 de diciembre, en la que le reitera su pedido de conciliación con Urdaneta, que sigue en el gobierno y le pide a Briceño que participe en él. Veamos una parte de ella:

Mi corazón, mi querido general, me asegura que Ud. no me negará este último homenaje a la amistad *y al deber. Es solo con el sacrificio de sofocar sentimientos personales, que se podrán salvar nuestros amigos y Colombia misma de los horrores y de la anarquía.*

Vale la pena acudir a lo que constituyó el final de aquellos anuncios auspiciosos, cuando se produjo la mejoría que siente el Libertador después de la llegada a San Pedro, que trae en la obra *Bolívar* (II) don Salvador de Madariaga[175], y que éste toma de un escrito del sobrino del Libertador Fernando, sobre la insinuación del obispo y de Montilla de avenirse con la Iglesia, que Bolívar recibe a desgano en cuanto siente que ellos en esos momentos en que que para él renace la esperanza de sobrevivir, lo están viendo como un moribundo; y además él ha sido siempre un agnóstico. Veamos:

Un segundo recado a Montilla dio por resultado la visita del obispo, con quien Bolívar estuvo conversando, mientras tocaban unos pífanos que se habían conseguido para distraerlo. Ni el obispo ni los pífanos consiguieron que Bolívar no se durmiera. Retiróse Su Eminencia, volviendo después para recomendar a Bolívar ordenar sus cosas, pues era mortal. Bolívar reaccionó con energía y llamó a sus deudos, Fernando Bolívar[176] *y a Silva* (se refiere al general Laurencio Silva)*, marido de su sobrina Felicia, para preguntarles si estaban de acuerdo el médico con el parecer del obispo. Dijéronle que sí; pero Bolívar disintió de ambos y de todos. Él no se sentía tan mal.*

Se levantó de la hamaca y se echó a andar. Por gran rato quiso luchar contra la naturaleza, diciendo que no dejaría morirse por debilidad. Pero su físico no pudo soportar largo tiempo un esfuerzo tan violento y sobrenatural.

Vino Montilla y conversaron; luego, sintiéndose débil, Bolívar volvió a echarse sobre la hamaca, y tanto el general como el obispo le instaron a que considerase sus asuntos espirituales con el poco tiempo que le quedaba. Bolívar lo pidió para reflexionar.

Es evidente que no sentía ninguna inclinación íntima *y personal a morir en el seno de la Iglesia; pero sus dos consejeros, el general y el obispo, hicieron valer su situación excepcional, y el efecto moral que produciría la muerte del Libertador sin los sacramentos de la Iglesia.*

175. Autor, ob. citados.

176. Fernando Simón Bolívar Tinoco se llamaba.

Pidió más tiempo, se levantó y se puso a pasear por el cuarto. Dio primero a Montilla instrucciones sobre sus bienes, y luego quedó por algún rato entregado a sus pensamientos. Hasta la hora de comer estuvo en desasosiego, hablando y aparentemente en una lucha interior con sus ideas. Montilla volvió a instarle a que se preparara y se reconciliara con la Iglesia. Objetaba Bolívar que sería demasiado aparato estando en el campo. No le gustaba la idea de una conversión meramente política. Se le aseguró que de ningún modo; que debía hacerlo por la influencia moral que tendría. Entonces -sigue diciendo su sobrino Fernando-, con una grandeza de alma que nada puede igualar, y manifestando su gran interés por los objetos laudables sin reparar en pequeños obstáculos, convino inmediatamente que lo haría. Aquella misma noche le dio la extrema unción el párroco (indio, por cierto) de Mamatoco, aldea cercana, con mucha sencillez y humildad, en presencia de unos cuantos indios.

El cura de Mamatoco se llamaba Hermenegildo Barranco, un nombre como puesto por Gabriel García Márquez.

Tal vez le dio alguna tranquilidad al Libertador el paso que acababa de dar con la Iglesia. Quizás, como lo dice el sobrino, sintió una paz interior. Pero no hay duda que dejó sin apelación alguna su esperanza de sobrevivir y volver a ser el mismo. Es realmente la muerte infatigable la que está al frente a la mañana, a la tarde y en la noche.

Entonces, aunque sus bienes son pocos y precarios, como paso siguiente y concatenado, pensó en hacer su testamento y llamaron notario que hizo las preguntas ritualísticas que también lo indujeron a sentir el final inexorable. A su fiel mayordomo José Palacios, antiguo esclavo manumitido por Bolívar, le dejó 8.000 pesos que debían salir de su propia pensión. Era en realidad una buena cantidad. Las propiedades en Venezuela en pleito que había perdido por la acción maléfica de Páez que vimos, se las dejó a sus dos hermanas Juana y María Antonia y a los herederos de su hermano Pedro Vicente, fallecido en alta mar en los comienzos de la revolución, al regresar de una misión a Estados Unidos. Sus libros fueron donados a la Universidad de Caracas y hasta su espada, como gesto de amor a Sucre, se la envió a su viuda infiel, la marquesa de Solanda en Quito. No había más.

Como hecho curioso el día 12 de diciembre arribó a Santa Marta el general Luis Perú de la Croix, a quien Bolívar le dictó cuando la Convención de Ocaña, el Diario de Bucaramanga que hemos visto atrás. Llegaba enviado por Manuela

en la invencible creencia de que su amado recuperaría la salud y volvería al poder, que en su nombre desempeñaba en esos días, como se ha visto, Urdaneta.

De la Croix, que estaba en el servicio activo, se presentó primero ante Montilla, su jefe militar, para pasar después a visitar al Libertador a quien quería con verdadero afecto. Pero simultáneamente llegaba al puerto don Ezequiel Rojas, uno de los participantes principales de la noche septembrina y gran enemigo del Caraqueño. Venía de los Estados Unidos.

Al enterarse Rojas de todos los sucesos que se estaban desarrollando en Santa Marta, se sintió en peligro, mientras el general Montilla lo mandaba a detener. Rojas le pidió asilo al obispo Esteves, quien como prelado de la Iglesia se lo concedió. Entonces Montilla mandó a rodear la catedral y Rojas, cargado de temor y adelantándose a los hechos, se entregó y fue puesto preso por aquel. Así las cosas, Montilla despachó a Rojas hacia Bogotá para colocarlo bajo las órdenes del presidente encargado Urdaneta; y para más seguridad, nombró al general francés Peru de la Croix como jefe de la escolta. De modo que éste no se pudo ver siquiera con el Libertador.

Ezequiel Rojas, unos años después sería el fundador del partido liberal. Y fue así que con esas emociones sobrevinientes, la fiebre retorna y aquel deseo tan marcado de sobrevivir, se diluye en ese vapor inconsciente que ha traído la propia muerte.

Vale la pena comentar que circula una famosa carta, que atribuyen como un escrito íntimo al Libertador del día 16 de diciembre y dirigida a quien fuera su amante, que solo era su prima lejana, la señora Fanny Louise Troubiand Aristagueta, casada con un noble de nombre M. Dervieu Du Villars, para más señas un conde de la posrevolución.

Esa famosa carta dice: *"Querida prima: ¿Te extraña que piense en ti al borde del sepulcro ? Ha llegado la última hora, tengo al frente al mar Caribe, azul y plata, agitado como mi alma por grandes tempestades: A mi espalda se Alza el maciso gigantesco de la sierra con sus viejos picos coronados de nieve impoluta como nuestros ensueños de 1805. (...)".*

Esta carta es apócrifa sin discusión alguna. La escribió por motivos lúdicos y ejercicio de la escritura imitando al Libertador, un abogado venezolano que llegó refugiado a Barranquilla por contrariedades políticas en su país, de nombre

Luciano Mendible Camejo. Era el año de 1925. Él mismo le habría de confesar tal hecho al historiador Vicente Lecuna. El dictador Hugo Chávez, ignorante de la historia, le dio vigencia al mensaje como si fuera un original.

Bolívar entra en un período de inconsciencia en el que llega el delirio. Ausente ya, desde su territorio onírico, expresa con alguna reiteración y cierta angustia: "Vámonos José que aquí ya no nos quieren". , "Vamos muchachos, lleven mi equipaje a bordo de la fragata". Y hay gestos de angustia aunque los ojos estén medio cerrados y su débil voz se pierda en el amplio salón en el que él yace con la respiración de un viejo fuelle.

Solo lo acompaña en ese momento su viejo criado José.

El médico Reverend ha llegado tarde, después de atender a otro enfermo. Y simplemente al verlo sabe que en pocos momentos dejará de existir. Llama entonces a todos al salón para presenciar ese final, como un recuerdo doloroso e imborrable. Y entran recogidos y traspasados por el sentimiento las siguientes personas: los generales Mariano Montilla, José María Carreño, José Laurencio Silva, José de la Cruz Paredes, coronel Belford Wilson, comandante Juan Glen y los capitanes Andrés Ibarra, Lucas Meléndez, el teniente José M. Molina, el doctor Reverend, otro médico llamado Manuel Pérez Recuerdo y por supuesto el propietario de la hacienda Manuel Joaquín de Mier y el obispo Estévez.

Momentos de gran tensión y de silencio en los que tan solo se oye un poco la inspiración pesada del aire a las cavernas pulmonares de Bolívar. Todo lo demás es silencio. De pronto se interrumpe ese sonido ligero y el rostro del Libertador cae en un éxtasis ya sin movimiento, los ojos abiertos, opacos, sin el brillo de la vida. Ha muerto dice el médico francés y muchos estallan en un llanto recogido.

La rigidez perfila el rostro del Libertador que va adquiriendo una tonalidad amarillenta. Y la noticia comienza a extenderse por la ciudad y por el mundo. Ya no hay dolor ni sentimiento. Todo en adelante será silencio.

Epílogo

1

Reverend llevó el cuerpo a uno de los cuartos de San Pedro y allí montó su anfiteatro. Lo hizo desnudar y alistó la mesa y los instrumentos, entre ellos una sierra para sacar la tapa superior del cráneo. El cuerpo había adquirido ya las livideces cadavéricas y la rigidez de los objetos inanimados. Pesó el cadáver que solo alcanzó a registrar cuarenta kilos. Es decir, era un escombro humano. Abrió con el bisturí su tronco y halló unos pulmones deshechos.

Veamos lo que consignó el mismo Reverend en el protocolo de necropsia firmado por él, que por sí solo, aunque pudiere tener alguna equivocación de fondo, señala que quien lo escribía era un médico experimentado[177]:

PROTOCOLO DE LA AUTOPSIA DEL LIBERTADOR

El 17 de diciembre de 1.830, a las 4 de la tarde, en presencia de los señores generales beneméritos Mariano Montilla y José Laurencio Silva, habiéndose hecho la inspección del cadáver en una de las salas de habitación de San Pedro, en donde falleció S.E. el General Bolívar, ofreció las características siguientes:

1. Habitud del cuerpo. Cadáver a los dos tercios de marasmo, descolorimiento universal, tumefacción en la región del sacro, músculos muy poco descoloridos, consistencia natural.

2. Cabeza. Los vasos de la aracnoides en su mitad posterior ligeramente inyectados, las desigualdades y circunvoluciones del cerebro recubiertas por una materia parduzca de consistencia y transparencia gelatinosa, un poco de

177. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-00112005000200009

Revista de la Facultad de Medicina, Print version ISSN 0120-0011, rev.fac.med. vol.53 no.2 Bogotá Apr. 2005, OPINIONES, DEBATES Y CONTROVERSIAS , EL LIBERTADOR Y SU MÉDICO EL Dr. REVEREND LA HISTORIA CLÍNICA Y LA AUTOPSIA DE

SIMÓN BOLÍVAR , Ignacio Vergara García1, Gabriel Toro González2, 1.Neurólogo. Profesor Honorario. Facultad de Medicina. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá., 2.Neuropatólogo. Profesor Honorario.Facultad de Medicina. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Investigador Emérito. Instituto Nacional de Salud. Bogotá.

serosidad semiroja bajo la dura-máter; el resto del cerebro y cerebelo no ofrecieron en su substancia ningún signo patológico.

3. Pecho. De los dos lados posterior y superior estaban adheridas las pleuras pulmonares a las pleuras costales por producciones semimembranosas; endurecimiento en los dos tercios superiores de cada pulmón; el derecho casi desorganizado presentó un manantial abierto de color de las heces del vino, jaspeado de algunos tubérculos de diferentes tamaños, no muy blandos; el izquierdo, aunque menos desorganizado, ofreció la misma afección tuberculosa, y dividiéndola con el escalpelo se descubrió una concreción calcárea irregularmente angulosa de tamaño de una pequeña avellana. Abierto el resto de los pulmones con el instrumento, derramó un moco pardusco que por la presión se hizo espumoso. El corazón no ofreció nada particular, aunque bañado en un líquido ligeramente verdoso, contenido en el pericardio.

4. Abdomen. El estómago, dilatado por un licor amarillento de que estaban fuertemente impregnadas sus paredes, no presentó sin embargo ninguna lesión ni flogosis; los intestinos delgados estaban ligeramente meteorizados; la vejiga enteramente vacía y pegada bajo el pubis, no ofreció ningún carácter patológico. El hígado de un volumen considerable, estaba un poco escoriado en su superficie convexa; la vejiga de hiel muy extendida; las glándulas mesentéricas obstruidas; el bazo y los riñones en buen estado. Las vísceras del abdómen en general no sufrían lesiones graves.

Según este examen es fácil reconocer que la enfermedad de que ha muerto S.E. el Libertador era en su principio un catarro pulmonar, que habiendo sido descuidado pasó al estado crónico y consecutivamente degeneró en tisis tuberculosa.

San Pedro, Diciembre 17 de 1.830, a las ocho de la noche. Alejandro Próspero Reverend" Tomado fielmente del original.

Y continúa narrando el autor de la cita:

El cadáver fue trasladado a la casa de la Aduana en Santa Marta, la misma que habitó a su llegada y allí fue embalsamado por el mismo Dr. Reverend. El general Mariano Montilla dispuso el entierro lo mejor posible el cual se realizó el día 20, con la asistencia de su séquito de militares, sus pocos amigos, los veteranos de la independencia y la población de Santa Marta. Fue enterrado en una humilde bóveda en la catedral, sin distinción alguna que le pusiera el gobierno. Allí permaneció durante 12 años.

2

Dicen algunos historiarores que como tenían que vestir de parada al Libertador para la cámara ardiente, fueron a buscar una camisa suya limpia y no la encontraron. No tenía. Entonces, sobre la urgencia hallaron en la misma hacienda una que guardada un indio de Mamatoco que vivía allí y había participado en las batallas de la independencia, y que el indio no se ponía por su propia humildad.

Por supuesto el cadáver vestido debía verse aun más enjuto, pues le habían extraído el corazón para guardarlo con celo sagrado en un cofre especial de la catedral.

Llegaron otros militares que estaban vecinos o cerca de Santa Marta para la ceremonia; y el cuerpo, embalsamado por el mismo médico Reverend, se trasladó al edificio de la Aduana, donde había llegado el Libertador el 1° de diciembre muy mal, después del viaje en el bergantín Manuel.

La población toda se volcó a las calles con un recogimiento sagrado. El liviano cuerpo de Bolívar se había crecido y agigantado en la conciencia general de esa ciudad. Y tres días después, el 20 de diciembre fue depositado en un nicho de la iglesia en medio de una misa gregoriana. Y se quedó allí en el silencio sepulcral sin que nadie en doce años le hubiera levantado un monumento. Las administraciones que siguieron, entre ellas la de Santander con su rencor a cuestas, lo olvidaron.

3

Bogotá discurría en medio de una paz aparente. Con un gabinete de centro, el general Rafael Urdaneta ejercía el poder que se le había confiado después de la batalla del Santuario de forma provisional, en espera de que Bolívar, nombrado en propiedad, asumiera el mando, tal como se explicó en el momento. Bolívar, ya se sabe, había declinado la designación, aunque al principio alentó a sus partidarios en la esperanza de su aceptación. Nada de eso estaba en su voluntad, como también se ha visto, aunque admitía los sucesos con toda su simpatía y hasta daba órdenes en pro de que no se cometieran errores por sus partidarios.

El 9 de enero se supo en Bogotá la noticia de la muerte del Gran Caraqueño. Todos los círculos se movieron con estupor. Urdaneta ya sabía que ese fatal desenlace estaba próximo y había organizado a sus amigos, que se movían alrededor del poder. Mientras tanto los enemigos, que ignoraban la grave cercanía de la muerte que asediaba al Libertador, y se preparaban para levantar sus armas.

Al conocerse la noticia fatal, los amigos le dicen a Urdaneta que no puede renunciar y debe continuar en el poder. Éste entonces preparado como estaba, presenta ante los colombianos una proclama:

> *¡Colombianos!, las pasiones contemporáneas aun las más encarnizadas deben darse por satisfechas. Bolívar no pertenece de hoy más sino al dominio de la historia; y mientras ella le asigna en sus páginas el prominente lugar al que le han hecho acreedor sus relevantes servicios a la causa de la humanidad, nosotros los que tenemos la desgracia de sobrevivirle, debemos reunirnos en torno de su tumba helada, a llorar la pérdida que hemos hecho, a meditar sobre la situación de Colombia y prestarle los auxilios de que tanto necesita la patria para revivir.*
>
> *¡Colombianos!, deseoso de que no se malogren los esfuerzos inauditos de aquel varón esclarecido por la independencia y la libertad de nuestra tierra, me ocupo actualmente en dictar aquellas medidas que demandan el reposo y bienestar de los que viven sometidos al gobierno racional, y negociar con los que no lo están los medios de llegar a un avenimiento amistoso, que tenga por resultado reorganizar a Colombia, y presentarla de nuevo a los ojos de las naciones en su pasada majestad y esplendor. En nombre de la independencia y de la libertad*

convido a todos los que abriguen en sus pechos sentimientos nobles y generosos, a que coadyuven a la bella empresa de restaurar a Colombia. Venid, pues, colombianos, al templo de la Concordia, venid conmigo a darnos un abrazo fraternal. Sólo así evitaremos que el país sea patrimonio de la anarquía más espantosa y devoradora que jamás vieron los siglos.

Urdaneta gobernó mientras pudo, entre tanto en el país se iba levantando la bandera de la rebelión. Pronto tambarían a Urdaneta y pronto también volvería Santander a pasar recibo de sus servicios pasados y de su antibolivarianismo.

Unas fuerzas caucanas encabezadas por José María Obando y José Hilario López, tal como lo había previsto el Libertador, hicieron una asamblea en Buga, que llamaron la Asamblea Caucana; y de allí surgió un ejército que llamaron de la Libertad, con el que enfrentaron a las fuerzas debiluchas y torpes del gobierno de Urdaneta, mirado por ellos como el de un usurpador.

Y asombrosamente obtuvieron una victoria que se conoce como la Batalla del Papayal, ocurrida en Palmira el 10 de febrero de 1831. Es decir, apenas habían pasado dos meses de la muerte del Libertador y ya los opositores estaban victoriosos.

Esos mismos trinfadores a cuya cabeza estaba José María Obando, subieron hacia Bogotá a cobrar su éxito. Pero Urdaneta, que no se sentía usurpador, se les unió en Apulo sin dar batalla y anunció su renuncia que presentó ante el Consejo de Estado, entidad que como se señaló atrás, en su momento le había expedido la credencial.

Y se retiró mientras era llamado a ejercer el poder de nuevo el presidente Joaquín Mosquera, quien se hallaba en los Estados Unidos y no se presentó. Por tanto fue llamado en su reemplazo y en propiedad, el día 30 de abril de 1831, el general Domingo Caicedo en su condición de vicepresidente. Se posesionó y entró de nuevo a ejercer el alto puesto.

Es quizás la persona que más ha desempeñado el cargo de presidente de la Republica encargado.

Veamos la parte final de lo que narra José María Obando[178] sobre estos episodios que arrasaron con la victoria del Santuario de los partidarios del Libertador y dio entrada a una nueva fase de la historia de la actual Colombia:

> *A las 6 de la noche del 25 de mayo entré a la capital: al desmontarme pasé a la casa del vicepresidente Caicedo, que tardó poco en manifestarme el peligro en que estaba su autoridad y yo le contesté francamente: "los celos del ejército son fundados; pero eso tiene otro remedio: yo prometo a usted por mi parte, no permitir tal escándalo; estaré siempre al lado de una autoridad que he invocado desde el campo de Palmira. Pero es preciso contemplar también que los esfuerzos generosos de un pueblo que ha lidiado por establecer el gobierno derribado en el Santuario, no deben despreciarse; que las batallas no son simulacros sino hechos que deciden, y usted, como encargado del ejecutivo, en quien se han depositado tan altas confianzas, tiene el deber de acoger todas las consecuencias y encaminarlo todo hasta llegar al punto en que se vea afirmado el imperio de los principios y de la libertad, por los cuales se han hecho estos sacrificios; por mi parte, consecuente a esta creencia política, ofrezco a usted ayudarle con todas mis fuerzas.*

Al otro día, consolidado el general Caicedo en la presidencia de la República, el general Obando se posesionaba ante él como Ministro de Guerra. Y todo siguió como una orquesta.

178. "Apuntamientos para la historia", José María Obando, Editorial Bedout.

4

Doce años pasaron. El poder en la Nueva Granada se rotó con ciertas angustias y muchas rivalidades. En ese año de 1842 ejercieron interinamente Juan de Dios Aranzazu como encargado y Pedro Alcántara Herrán como titular. Pudo haber tirantez y amenazas de guerra. Pero no ocurrió lo mismo en Venezuela, en donde Páez seguía gobernando por largos períodos salteados. Él envía una nueva renuncia al Congreso, que por supuesto no le es aceptada y continúa. En realidad gobernó tres veces: 1830-1834, 1839 a 1843 y 1861 a 1863.

En el 1842[179] eleva un informe especial ante el parlamento, que es una especie de proposición de cogobierno:

> *Otro recuerdo tengo que haceros también para que a la gloria de Venezuela nada falte, y brille sin sombras, y nada quede qué desear a los venezolanos para satisfacer el noble orgullo de haber llegado a un estado de nacionalidad perfecta.*
>
> *Nueve años hace que tuve la honra de presentar al Congreso, como Presidente de la República, una solicitud la más grata a mi corazón, y al mismo tiempo la más conforme a los sentimientos del pueblo de Venezuela, y la mas justa diré también a los ojos de la América y del mundo que conoce los grandes servicios hechos por el Libertador Simón Bolívar a su patria y a la América del Sur. Seis años después fue reiterada y esforzada por el Poder Ejecutivo con razones dirigidas a remover cualquier duda que, circunstancias accidentales y que ya habían pasado, pudieran haber hecho concebir sobre la oportunidad de tomarla en consideración. Ella tenia por objeto los honores debidos a aquel ilustre caudillo de la independencia de la América española.*
>
> *En toda ocasión y de todas partes se han presentado las mas expresivas demostraciones de un convencimiento general del mérito eminente de Bolívar, y de un sentimiento profundo de amor y gratitud* á *este héroe, bienhechor magnánimo de nuestra patria.*

179. Este documento se presenta con la misma ortografía de su original, tal como fue presentado ante el congreso venezolano. Figura en la autobiografía de Páez, Edit. Bedout.

Paréceme, por tanto, que estoy en el deber de recordar al Congreso aquella solicitud y de pedirle que la decrete. La conveniencia y aun la moral política se interesan también en esto, a fin de que en adelante los actos en que el pueblo explique su aprecio a la memoria del Libertador, se apoyen en el voto nacional legítimamente expresado, y las demostraciones de agradecimiento y de admiración por sus grandes hechos de patriotismo y de humanidad, no se crean contrarias a las intenciones de los legisladores.

Los restos preciosos del hijo ilustre de Caracas permanecen en el lugar en el que terminó su existencia: ellos deben venir al lugar en que la principió, pero nadie debe traerlos sino la Nación a quien pertenecen, porque a ella se consagró exclusivamente. Ellos son una propiedad de Venezuela. Ruego al Congreso disponga su traslación y colocación en el momento que se le erija a expensas de tesoro nacional, como uno de los honores a que se hizo acreedor. (…)

El congreso venezolano aceptó la idea al igual que el gobierno colombiano y se movilizaron los restos del Libertador hacia Caracas. Y luego, con la colaboración de los dos países, se depositaron en un gran monumento nacional donde ahora se encuentran en su ciudad natal.

Lo cierto de todo es que, a pesar de lo dicho en su mensaje al Congreso que acabamos de leer, Páez, como se ha visto en este texto, fue protervo y malévolo con el Libertador, a quien después de agotada la negociación de la venta de la mina de Aroa, de manera infame lo despojo de ese patrimonio nacionalizándolo.

Y luego cerró con ferocidad la puerta a Bolívar de su propia patria chica. Lo calumnió, lo vilipendió como quiso y lo hizo odiar injustamente de sus compatriotas. Cuando estas infamias tuvieron ocurrencia, el Libertador Bolívar, agobiado, en carta a un amigo, expresa:

Renuncié a defenderme. Que el juez y sus compinches se queden con mi propiedad. Los conozco. ¡Sinvergüenzas! *No hagan nada más por mí. Moriré como nací: desnudo. (…) No puedo soportar más humillaciones.*

Y, como ya se anotó, finalmente, en el momento de su muerte, no tenía otra camisa.

Bolívar entra en un período de inconsciencia en el que llega el delirio. Ausente ya, desde su territorio onírico, expresa con alguna reiteración y cierta angustia: “Vámonos, José, que aquí ya no nos quieren”. “Vamos, muchachos, lleven mi equipaje a bordo de la fragata”. Y hay gestos de angustia aunque los ojos estén medio cerrados y su débil voz se pierda en el amplio salón en el que él yace con la respiración de un viejo fuelle.

Solo lo acompaña en ese momento su viejo criado José.

El médico Reverend ha llegado tarde, después de atender a otro enfermo. Y simplemente al verlo sabe que en pocos momentos dejará de existir. Llama entonces a todos al salón para presenciar ese final, como un recuerdo doloroso e imborrable. Y entran recogidos y traspasados por el sentimiento los generales Mariano Montilla, José María Carreño, José Laurencio Silva, José de la Cruz Paredes, el coronel Belford Wilson, el comandante Juan Glen, los capitanes Andrés Ibarra y Lucas Meléndez, el teniente José M. Molina, otro médico llamado Manuel Pérez Recuerdo, el propietario de la hacienda Manuel Joaquín de Mier y el obispo Estévez.

Momentos de gran tensión y de silencio en los que solo se oye un poco la inspiración pesada del aire a las cavernas pulmonares de Bolívar. Todo lo demás es silencio. De pronto se interrumpe ese sonido ligero y el rostro del Libertador cae en un éxtasis ya sin movimiento, los ojos abiertos, opacos, sin el brillo de la vida. Ha muerto, dice el médico francés, y muchos estallan en un llanto recogido.

La rigidez perfila el rostro del Libertador que va adquiriendo una tonalidad amarillenta. Y la noticia comienza a extenderse por la ciudad y por el mundo. Ya no hay dolor ni sentimiento. Todo en adelante será silencio.

ISBN: 978-958-49-7433-4

9 789584 974334